PREMIO DE NOVELA "EULALIO FERRER"

DEL ATENEO DE SANTANDER

SELECCIONADA ENTRE LOS FINALISTAS DE LOS SIGUIENTES PREMIOS:

PREMIO PLANETA.
PREMIO NADAL (Bajo el título “TRÁNSITO)
INTERNACIONAL PLAZA & JANÉS (Bajo el título “SE ABRIÓ EL AZOGUE DE LOS ESPEJOS”)

Para la redacción de la novela “GLADIOLOS Y ROSAS”, su autora recibió una beca del MINISTERIO DE CULTURA.

Carolina-Dafne Alonso-Cortés

GLADIOLOS Y ROSAS

(Novela)

KNOSSOS

Copyright: Carolina-Dafne Alonso-Cortés
alonsocac@wanadoo.es
Editorial KNOSSOS. Madrid. 2010.
Www.knossos.es
D.L. M.18430-2010
ISBN.978-84-935306-8-9

“El austro entorpece los oídos, obscurece la vista, carga la cabeza, y deja el cuerpo lánguido y perezoso. Cuando reina, se notan en los enfermos los síntomas indicados. El aquilón produce toses, ronqueras, retenciones de vientre, dificultad de orinar, horripilaciones, dolores de costado y de pecho. Mientras domine dicho viento, no se extrañe ver en los enfermos semejantes accidentes.

“Los que durante la fiebre tienen la orina revuelta como los jumentos, padecen o padecerán dolores de cabeza.

AFORISMOS DE HIPÓCRATES

“... Porque pienso que muchos que hoy son emperadores y reyes, príncipes, duques y papas de la tierra, descienden de cargadores de basura; y al contrario, muchos que hoy son mendigos de hospital, sufrientes y miserables, descienden de sangre y linaje de grandes reyes y emperadores, como los asirios y medos, medos y persas, persas y macedonios, macedonios y romanos, romanos y griegos, griegos y franceses, por efecto de los admirables cambios de reinos e imperios...”

François Rabelais, GARGANTÚA Y PANTAGRUEL.

Cualquier anacronismo, etc., en que pudiera incurrir esta historia, no es imputable al autor, sino al narrador, que se salió de madre. Y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga. Vale.

Addenda a la nota. -Todos los personajes que aparecen en la historia son ficticios.

Y dijo el otro:

“Quitando a Pasos Largos, llamado bandolero, uno de los hombres más reales que ha pateado el puto mundo”.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO: LA SERRANÍA.....9
I. EL PUEBLO.....15
II. LA SIERRA.....73
III. LOS CONTRABANDISTAS.....111

LIBRO SEGUNDO: LA CIUDAD.....141

LIBRO TERCERO: EXTREMADURA.....223

EPÍLOGO: EL MERCADILLO.....289

Esquema de las Generaciones.....325, 326

LIBRO PRIMERO: LA SERRANÍA.

“Ejemplo de la fuerza y cólera que hicieron temblar a nuestra madre en su trágico albor es esta brava serranía que alzaron a pulso dos titanes, el agua y el fuego, cerca del mar latino y en la postrera de las tierras hacia donde el sol se pone.”

Ricardo León. ***Alcalá de los Zegríes.***

EL SIGLO DIECINUEVE se inició en la Serranía con una mortífera peste y con graves quebrantos de la naturaleza. Desde la margen derecha del río Guadalhorce a las playas atlánticas de Cádiz, una gran mortandad asoló el campo andaluz causando miles de víctimas; fuertes granizadas castigaron las cosechas y un temblor de tierra puso a la región en situación desesperada. Mientras, al otro lado de los Pirineos, una revolución había empezado proclamando el reino del derecho y acabó ejerciendo el de la fuerza, mientras en la corte de Madrid reinaban la ineptitud, la abulia y el envilecimiento. Cuando llegaron los franceses, no se ponía el sol sin que los serranos los hostigaran a diario con dureza. Los campesinos acudían a miles formando batallones y regimientos; allí se unían los contrabandistas con los jornaleros, los criminales fugitivos con los curas rurales, y cada pueblo improvisaba su partida al mando del más temerario de los vecinos. Los invasores no hallaban momento de reposo, pues las guerrillas atacaban las escoltas de convoyes y correos apostándose en los ventisqueros y apareciendo tan pronto en lo alto de un risco como en lo profundo de una cortadura. Tan asustados estaban los franceses que a algunos los vieron llorar mientras formaban para salir a combatir a los serranos, y algunos tenían tal miedo a los *brigantes*, como ellos decían, que llamaban a la Serranía el cementerio de Francia. La guerra arrebataba brazos a la agricultura, diezmaba las cosechas y el hambre apareció en la comarca, de forma que las gentes se alimentaban de bellotas y raíces; los menos afortunados comían berzas y harina de maíz, y aún algunos bellotas y raíces, y el pan de trigo era privilegio de unos pocos. Viejos y mujeres con niños recorrían la sierra en busca de alimentos, refugiándose en cuevas o en solitarios caseríos; los curas decían misa sobre peñas y tocones, bautizando a los recién nacidos en las fuentes. Al fin, un mes de agosto, los gabachos hubieron de marcharse seguidos de cerca por el repique de todas las campanas; y, cuando abandonaron la Serranía, sentían más alivio que los propios liberados.

MONTEJAQUE ERA uno de los pueblos perdidos en el corazón de la sierra. Sus habitantes, duros como el cristal de roca, también se batieron contra los franceses. Sus antepasados no se habían movido de aquellas breñas desde tiempos prehistóricos y se mezclaron con los moros cuando éstos llegaron al mando del jefe bereber Zayde ben Kasadi. Allí hicieron frente a las tropas cristianas, que al grito de Santiago y cierra España arrasaban viñas y quemaban bosques, mientras los naturales contemplaban el acoso con la rabia de la impotencia. Las mujeres del pueblo llevaban todavía el cántaro a la cabeza, se arregazaban las amplias faldas negras de algodón y las echaban sobre el rodete; caminaban erguidas y el cántaro parecía formar parte de ellas mismas. Eran cenceñas, de pómulos salientes y ojos luminosos como brasas encendidas; conservaban vestigios árabes en sus ropas y en su gutural algarabía, adivinándose en sus cantos viejos sones moriscos. Las empinadas callejas estaban empedradas y zigzagueaban por encima del pueblo hasta el castillo, que no era tal, sino unos roquedales erizados donde centelleaba el sol. Grandes lajas de piedra formaban rampas en mitad de las calles, brillando por el resbalar de los chiquillos desde tiempo inmemorial. Pues se desgastaban el trasero en la roca y sus padres, los padres de sus padres y de sus abuelos lo habrían hecho igual. Lo hicieron sus antepasados moros y antes los hijos de los iberos, muchachos semidesnudos de cabello ensortijado que montaban caballos a pelo y usaban armas arrojadizas. Trepaban por las callejas y a mitad de camino se dejaban caer, desculándose en las piedras enormes y lisas; así durante siglos, de forma que las lajas brillaban por la noche igual que pedazos de luna. *Allí, los hombres obesos corrían mayor peligro de morir súbitamente que los flacos. Los viejos aguantaban la abstinencia con suma facilidad, después de estos seguían los hombres maduros, a los adolescentes les costaba más trabajo el sobrellevarlo, pero mucho más a los muchachos, sobre todo a los muy traviesos. En cuanto a las edades, sucedía lo siguiente: los niños muy tiernos padecían vómitos, toses, aftas y espantos, como en todas partes, y también inflamaciones umbilicales y fluxiones de oído. Cuando les llegaba la dentición sobrevenía la picazón de las encías, las convulsiones y las fiebres, y sobre todo las diarreas el echar los colmillos, y más si los niños eran robustos y estaban habitualmente estreñidos. Casi todas las dolencias infantiles hacían crisis,*

unas el cabo de cuarenta días, otras en siete meses, otras a los siete años o al empezar la pubertad. Pero las que se mantenían reacias y no desaparecían en esa época, y en las muchachas hacia la evacuación menstrual, solían durar toda la vida. Para saber si una mujer estaba preñada la metían en la cama sin cenar, y le daban a beber un poco de miel desleída en agua; y si tenía retortijones de vientre, era que lo estaba.

***

I. EL PUEBLO

LA NIÑA SE LLAMABA LAURA y era hija de los amos del pueblo. Llevaba el doña desde que nació, poco después que las huestes derrotadas de Napoleón abandonaran Montejaque. No le gustaba ir a la escuela, porque la maestra era fea y hasta un poco jorobada; en cambio, desde siempre le interesaron las historias de aparecidos que contaban las viejas, que acababan creyéndose sus propias mentiras. Se quedaba plantada frente al viejo alambique donde su padre había instalado las cuadras; allí las bestias pateaban las moscas verdes y tornasoladas, agitaban las crines y volteaban las cabezas, resbalando luego en la pendiente de piedras redondas. Acudía a la fuente a beber y el agua fría le salpicaba brazos y piernas, colándose por el escote hasta el ombligo. Mientras, en un banco de madera sus amigas jugaban a la pájara pinta, o entonaban el romance de Elisada, o se despechaban con una copla:

Un rondeño y un serrano se apostaron a correr,
el uno llegó primero y el otro llegó después.

En la cocina de su casa los cacharros de cobre brillaban sobre la chimenea; platos de cerámica adornaban las paredes y en la repisa lucían unas bonitas hueveras de bronce. La chaira de afilar pendía de una alcayata junto al almirez, y las maquinillas de hacer el café estaban en un plato con las zurrapas sobrantes. Había un cachucho de agua sobre el poyete de la ventana, una mesa con tablero de castaño y ristras de ajos gordos colgadas de la despensa, mientras en un gran perol humeaba el guiso reciente, bañado por la pringue rojiza del tomate, con aliños de clavo y nuez moscada. En un rincón estaba la mesa camilla con faldas bordadas en colorines, con nostalgias de brasero y badila, de cisco o picón de orujo, de firmas cuidadosas que en invierno removían las brasas, allá por los fríos meses del invierno. Parloteaban las criadas mientras cortaban los rábanos, rojos por fuera y muy blancos por dentro, y trataban de atinar de lejos con los huesos de las aceitunas en una rana verde de loza con una enorme boca abierta. Sobre el blanco muro, sujeto con alcayatas, el jazmín se derramaba sobre unas matas de dedal de la reina y crecían dalias de todos los colores; la niña las cortaba y las metía con agua en un búcaro, y mientras andaba canturreando:

En casa del alcalde, todas las puertas
cuando no están cerradas están abiertas.
Yo soy una muchacha tan bien mandada,
que de cuanto me dicen nunca hago nada.

Había una begonia, una fucsia y geranios de diferentes tonos entre las clavellinas. Laura criaba una albahaca, y le gustaba más desde que le contaron la historia de aquellos dos hermanos que mataron al novio de la hermana y enterraron la cabeza en la huerta. Entonces ella la desenterró, y la guardó en una maceta de albahaca que tenía en la ventana. El armario chinero estaba lleno de unas lindas tazas con asas doradas y frágiles, estampadas en colores pálidos y en letras de oro que decían: “Amistad”, “Amor”. Alzaba la tapadera rosa de un cestillo tejido con mucho primor y, sobre el lecho de seda, aparecía un juego diminuto de café con bandeja y tazas más pequeñas que un dedal, todo bañado en oro, con su azucarero y su jarrilla. Se abría la puerta y el chiquillo rubio que recogía a diario las basuras cruzaba de puntillas sobre las losas coloradas del patio. Llevaba alpargatas de esparto, cuando no iba descalzo; se dirigía a la cortinilla de mimbre haciendo entrechocar sus varillas con chasquidos menudos y se perdía en el lavadero, mientras los mimbres se mecían cada vez con menos fuerza. Luego salía con un cubo en la mano y una vaharada espesa a alimentos fermentados se adueñaba del patio, haciendo palidecer las clavellinas y estremecerse los jazmines. El cubo rebosaba desperdicios coronados de cortezas de sandía y melón; era un olor revuelto a pescado podrido y frutas avinagradas que tardaba en desvanecerse. El niño tenía los ojos azules y los dientes parejos y blancos. Cuando la cortinilla de mimbres acababa de aquietarse él ya había llegado al zaguán, tiraba del picaporte como si temiera romperlo y salía; mientras, la niña Laura se había tapado la nariz. Se llamaba Rafael Arcángel y también había nacido cuando los franceses abandonaban la Serranía. No era muy alto, pero proporcionado y erguido como una caña; tenía las cejas y pestañas doradas y, cuando le daba el sol de cara, entrecerraba los ojos. El padre había sido capitán de guerrilla, un hombre apuesto y bien despatillado que llevaba siempre a la cabeza un pañuelo de colores chillones con las puntas cayendo hacia atrás. Fue uno de los siete Niños de Écija, la gloriosa partida que tantos dolores de cabeza diera al mando francés. Fue preso y el enemigo le quemó los ojos con un hierro de marcar las reses, cruzándole la cara con una enorme cicatriz. Ahora era porquero y el niño le llevaba comida para los animales. Rafael Arcángel se había criado en el

viejo alambique, entre rosas de pitiminí y acostumbrado al grito de los pavos reales; vestía pobremente y en sus tobillos firmes se trenzaban las cuerdas de sus alpargatas. En verano toda su comida era un gazpacho de vinagre, y decía su madre que *a los que tenían las carnes húmedas les convenía pasar hambre, porque ésta desecaba los cuerpos.* En un rincón al lado de las cuadras tenía su madre el anafe, un hornillo con patas de hierro y dentro carbones relucientes; encima, una olla con muy poca cosa dentro. La madre era semejante a las otras mujeres; iba liada en unas telas negras y parecía vieja, porque además llevaba un manto a la cabeza y con él se tapaba la cara, dejando asomar sólo los ojos. Sobre el manto llevaba un rodete y el cántaro encima, bamboleándose a cada paso. "¿Te vienes a chorrar a las lajas?", le decían al niño los que andaban más desocupados, pero él siempre tenía qué hacer. Un tufíllo a guisado salía por las ventanas entornadas de donde venía la luz, y cantaba Rafael Arcángel:

El que tiene pan come y el que no ayuna,
y el que no tiene cama duerme a la luna.

El aire de la tarde era fresco y las cortinas se mecían caracoleando; sobre las piedras mondas flotaba un polvillo blanquecino que se arremolinaba en el aire. Luego las sombras inundaban los zaguanes, las grietas y las losas, y las historias fantásticas se mezclaban con las verdaderas hasta que no podían separarse. A esa hora no se distinguía un gato blanco de uno negro y las viejas murmuraban en tono misterioso, mientras los chicos se acercaban a oír cuentos de fantasmas y aparecidos, de animales dañinos, o de trasgos y gigantes que se comían a los niños. Sonaban los cencerros entre las breñas en el silencio de la anochecida; arriba se asomaba una cabra escondiéndose luego, el sol se había ocultado hacía tiempo y quedaba la bruma sobre las piedras veteadas de blanco. En la montaña había cortaduras negras y sin fondo, que saltaban los niños por entretenerse. Sabían escuchar el grito ancestral de la caverna y la llamada los llevaba, los atraía como un imán a la cueva donde en la oscuridad se estremecían lágrimas de cristal y el silencio se rompía al rozar un insecto, donde el tiempo permanecía quieto y una vida era sólo un suspiro en el transcurso de los siglos. Nunca tuvieron miedo, nunca recelaron el abismo. Veían la profundidad como algo propio, nunca la huyeron, y el temor se desvanecía entre sus dedos como una pompa de jabón. Las grietas para ellos no tenían relieve, los graznidos de las aves les resultaban familiares y las piedras saltaban alegremente desde sus pies hasta el fondo del barranco. Desde lo que alcanzaba su memoria, Rafael Arcángel había guardado los

cochinos de su padre en el campo. A ratos sacaba de la zamarra una cartilla que le dio un maestro errabundo que pasaba de cortijo en cortijo y, a fuerza de manosearla, había aprendido a leer. A la niña Laura le gustaron de siempre sus ojos azules con motas doradas; por eso aguardaba cada día, balanceándose en la mecedora, a que llegara el niño del porquero. Como siempre, encima del cubo habían dejado las criadas una pella de pipas de melón con flecos de un amarillo claro, entre cáscaras verdes y mondas de patatas que despedían un ácido hedor. Cuando llegaba el niño saludaba con timidez y entraba al lavadero a recoger los desperdicios. Ella miraba la cortinilla de mimbres cortados y unidos con alambres, donde alguien había pintado un paisaje con árboles y nubes. En primavera, el campo se llenaba de amapolas. La vereda zigzagueaba desde el pueblo hasta la cima entre rocas blanqueadas por la lluvia, giraba una y otra vez hasta dar en el camino de herradura que llevaba a la ermita, donde las niñas cogían matojos de flores amarillas y moradas. En el alambique nacían capullos de rosas de pitiminí, hasta que llegaban los calores del verano y luego el invierno. Entonces los montones de estiércol humeaban en las calles donde se habían detenido las caballerías; ya no había moscas, porque se habían muerto de frío. Salían nubes de vaho de las narices de las bestias, porque estaba helando y la tierra cubierta de escarcha. Crecieron Rafael y la niña Laura; ella se estaba volviendo tan hermosa que ya empezaban a venir los señoritos del contorno a pretenderla. Pero seguía acudiendo al portón del alambique; desde allí miraba la calleja empedrada y los pavos reales que paseaban muy solemnes. Semejaban aves maravillosas arrastrando sus colas de tornasol en verde y azul, y con sus inquietas cabezas coronadas parecían los reyes de las aves. Subían a lo más alto del pretil, rozando apenas el suelo con sus mantos suntuosos, y lanzaban un extraño grito de amor o de guerra mientras desplegaban el plumaje ante sus ojos maravillados. Era como un rito de Egipto o de Siria; el grito agudo horadaba distancias y entonces parecía detenerse el tiempo, dilatarse el espacio. Relinchaba un caballo en la cuadra y las rosas de pitiminí, que escalaban el murete bajo, más que naturales parecían pintadas. De la huerta subían aromas calientes, el sol brillaba en los tejados y abajo el arroyo parecía un hilo de plata. Oía voces alejadas en el pueblo y se quedaba quieta para no romper el hechizo, escuchando las esquilas a lo lejos y la voz chillona y gutural que parecía venir de otros tiempos y otras civilizaciones. Aquel día Laura había empujado la puerta; dos pavos se detuvieron en el pretil y, desperezándose, extendieron sus colas. Dentro, Rafael Arcángel estaba herrando un

caballo. Desde fuera ella veía al semental con la pata sujeta en alto, mientras el muchacho sustituía la herradura vieja por una reluciente, y le pareció mentira que aquellos martillazos no le dolieran a la bestia. Recordaba el día en que él le arrancó a la yegua una sanguijuela de la garganta: el animal sangraba y relinchaba cuando el zagal metió la mano y tanteó, hasta dar con el bicho que se había prendido del gañote. Aguantaba la yegua adivinando la buena voluntad; cuando él sacó la sanguijuela entre los dedos la Galana lo rozó con la testuz, agradecida, y relinchó de gusto pateando las moscas y sacudiéndolas con la crin de la cola. Él, entonces empezó a cantar:

Cuando me parió mi madre acababa de nacer,
y a los quince días justos ya tenía medio mes.
El día que me dijeron que tú ya no me querías,
la cara se me quedó lo mismo que la tenía.

Y ella le contestó, riendo:

Me casé con un viejo por la moneda,
la moneda se acaba y el viejo queda.

A lo que siguió él:

Las uvas de tu parra son las mejores,
si no tuvieran tantos vendimiadores.

Laura no lo pudo remediar y soltó la carcajada, salió corriendo y le dijo a voces: "Cásate por amores, y tendrás malos días y buenos noches". Desde entonces, él llegaba a la casa con un queso de cabra o un cesto de peras, y ella salía a recogerlos; entonces, él le entregaba el queso en el serete y le pedía el canasto. "Mucha fiesta me haces para nada bueno", le decía la señorita sonriendo. Porque le gustaba sentirlo pasar, y para escucharlo se quedaba callada: guardaba las risas para mejor ocasión, y aquel regalo en sus manos le parecía el presente de un rey. “¿Quién es ése?”, le preguntaban a Laura las amigas que venían de fuera. “Es Rafael Arcángel, el hijo del porquero”. “Pues qué guapo es”. Al final, la niña Laura terminó por despreciar a todos sus pretendientes señoritos y decidió casarse con él. Pensó en declararle su amor, ya que estaba aguardando a que él lo hiciera, pero el muchacho tardaba en decidirse más que un entierro de ricos. “Ese es más llano que el camino del infierno”, le decía su madre contrariada, al leer sus pensamientos. Aquel día estuvo rebuscando en un cajón de la cómoda; sacó un collar de abalorios antiguos y unos zarcillos tan largos como los de las comediantas. Se puso un vestido nuevo y un corpiño, unas zapatillas de

terciopelo y una mantilla a la cabeza, que dejaba asomar tan sólo sus ojos castaños. Halló en el alambique el portón entreabierto; en cuanto vio al muchacho y se le fue a declarar, le dio un ataque de risa. Él la miró amoscado y ella le puso encima de la oreja un ramo de jazmín, besándolo en la boca para ahorrar palabras. Cuando se casaron al domingo siguiente, la madre había gastado una docena de varas de puntillas en el velo de la novia. Ésta acudió a la iglesia vestida de seda, con peineta de oro y aguantando las ganas de reír. Llevaba jazmines prendidos en el velo y un ramo de rosas de pitiminí. No faltaban los envidiosos, que decían: “Ayer porquero y hoy caballero”, pero ellos se hacían los sordos. Los novios durmieron en la sierra y amanecieron envueltos en un polvo de estrellas; al día siguiente, el desposado tarareaba:

Si los besos prendieran como prende el perejil,
la cara de mi morena perecería un jardín.

Tuvieron dos hijos y una hija, pero esa sería una historia distinta.

***

NADIE SE ACORDABA de su nombre y desde joven lo llamaron Carcunda, porque era carlista. Fue el hijo mayor de doña Laura y Rafael Arcángel; ante la consternación de su familia acostumbraba desde siempre a hacer ademanes groseros, acompañados de sonidos soeces. Contaba picardías y, cuando había visita, su madre le hacía señas por detrás para que se portara como un niño educado. Cuando creció fue pendenciero y mujeriego, y bebía más que la alpargata de un pisador. Se declaraba conservador y carlista, pero nunca había pisado un campo de batalla y sus padres pagaron para evitarle el servicio militar. Pero llevaba siempre puesta una bilbaína grande y roja como Zumalacárregui. “Hablar de la guerra y estar en la cama”, bromeaban los del pueblo; él hacía oídos sordos mientras se hinchaba a salchichón, morcillas y chorizo. "Buena es la vida de aldea", decía satisfecho. El médico no se cansaba de decirle que *la extrema robustez en los hombres era peligrosa, pues ni podía mantenerse en el mismo estado ni adquirir incremento favorable. No pudiendo, pues, recibir mejora, ni quedarse estacionaria, por fuerza tenía que degenerar en perjudicial.* A lo que él contestaba: “*A mi corto entender, una excesiva dieta es todavía más arriesgada*”. No se casó nunca y se fue a vivir solo para hacer su vida; pero cuando Emerenciana la Rubia, criada de sus padres, se quedó viuda de un tal Florentino, él se la llevó a su casa para que lo sirviera. Le mostró un bonito reloj que tenía, prometió que se lo daría y así la convenció. Todos empezaban a murmurar, sobre todo porque ella era albina y medio cegata.

“Debajo de la manta, tanto da la prieta como la blanca”, bromeaba él. Hubo quien dijo que el pequeño Florentino Zunifredo no era hijo de Florentino, sino del propio Carcunda; pero el chiquillo desmintió la calumnia, porque cada vez se parecía más a la estirpe de los Florentinos. No era sanguino, sino seco como ellos. Al niño se lo llevó su abuelo, Florentino el Viejo, que era pastor de cabras en la sierra a la vez que curandero; de forma que el niño acabó heredando sus dotes. Mientras, Carcunda y la criada hacían vida marital; doce años después, Emerenciana dio a luz a una hija a quien llamaron Cuarenta Mártires. Ya por entonces Carcunda se dormía a menudo sin poderlo remediar. Le gustaban los gatos, y había recogido a una gata a quien todos llamaban Cleopatra. Pero aquella gata infeliz e incauta cayó en manos de Lucifer, el gato de Emerenciana. Era un animal negro y feroz que se parecía en los ojos descoloridos a su ama, que los tenía de loca. El gato sojuzgó a Cleopatra, se la llevó al corral debajo de unos aperos y no la dejaba salir si no era para robarse la comida, que luego se comía él. Era un gato chulo, la gata empezó a adelgazar y él estaba cada vez más gordo y lustroso; y la Emerenciana tan contenta porque su gato-hijo era ya un hombre y tenía concubina. Cleopatra se hacía más hurona cada vez, no aparecía por la casa, y cuando lo hacia se ponía de uñas y con los pelos erizados como una fiera. El pelaje se le caía a corros y era una visión, Carcunda seguía llamándola por su nombre, y a veces ella acudía y lo rozaba un momento, pero luego huía como una endemoniada. Pero tiñosa y todo no dejaba de tener hinchada la barriga. "Qué trajín", murmuraba su dueño, y ella dejaba a las crías tiradas en cualquier rincón, pero antes las habla matado a mordiscos. Había tenido tantas que ya era una gata con experiencia, y andaba atropellada por el gato grande y gordo que abusaba de ella, pero famélica y todo tenía que gestar a las crías que se alimentaban de sus huesos. Carcunda le echaba piltrafas y tripas al corral, pero Lucifer salía de debajo de los aperos y se las comía relamiéndose, y encima mordía a la gata que salía aullando, muerta de hambre y con el rabo entre las piernas, Carcunda se cagaba entonces en el gato maldito, cada vez más gordo, y Cleopatra andaba ya furiosa, maullando a todas horas. Emerenciana entraba en el corral con ojos de loca y cara de gurrumina, se reía y acariciaba a su gato sumiso. "Mi bonito, mi gatíto". decía, mientras Cleopatra maullaba debajo de los aperos. Eran unas sardinas hermosas, Carcunda las partió por la mitad y con mucho cuidado las fue rellenando con aquellos polvos grises, y cuando estuvieron rellenas se asomó al corral. La gata acudió, pero también acudió el gato y la espantó de un zarpazo. Con qué gusto se estuvo

comiendo las sardinas, pero con más gusto él miraba cómo se las comía. Luego la Emerenciana lloraba y gritaba: “¿Quién habrá matado a mi gato? ¡Como yo llegue a saberlo!...” “Se habrá comido el veneno de las ratas”, la consolaba él. Cuando don Sotero el cura llegó al pueblo, quiso convencer a Emerenciana para que dejara a Carcunda y se fuera de ama con él. Venía al parecer castigado y cobraba por cualquier cosa a todo el mundo. “Aquí lo que no se lleva Cristo se lo lleva el fisco”, se quejaba la gente. Era un hombre obeso amigo de comer y beber; tenía la costumbre de cortarse los callos en la sacristía, hasta que le sangraban. Era un vicioso jugando a las cartas. Todas las noches, hasta que apuntaba el alba, se las pasaba tallando en casa de Carcunda; y se reía de él porque llevaba elástica, una camiseta de lana que le asomaba por los puños. El cura ponía quince reales, los perdía y al final decía siempre lo mismo: “Vámonos a acostar, que cantan los gallos”. Pero una noche la suerte cambió: Carcunda empezó jugándose el dinero para los gastos de la casa, se jugó la casa luego y terminó jugándose a la criada. Así que Carcunda tuvo que dormir en un pajar aquella noche, abrazado a una botella de Cazalla. "A mala cama, colchón de vino", se decía. Estaba más borracho que Noé y, al despertarse, se dio cuenta de lo que había sucedido. De cuando en cuando iba a la iglesia para insultar a Emerenciana: "Beata sin devoción, las tocas bajas y el rabo ladrón", le decía por lo bajo; y ella se santiguaba, escabulléndose con el matacandelas en ristre. Cuarenta Mártires andaba por entonces vestida de monago y lo llamaba Papacunda, aunque no sabía a ciencia cierta si era su padre o su tío. Él la enseñaba a hacer visajes y a decir picardías, malmetiéndola contra don Sotero. En realidad, al cura lo estorbaba la hija de Emerenciana y la estaba preparando para servir a Dios. “Tú serás pelegrina”, le decía, y aguardaba a que cumpliera doce años para mandarla a la sierra. Cuarenta Mártires no quería ni ver a Carcunda, porque la habían convencido de que era un pecador. Por entonces él ya se quedaba dormido a lomos de su caballo, que era lo único que no habían logrado quitarle, porque la bestia se negó. El caballo ya lo conocía, daba la vuelta con cuidado de no dejarlo caer y desandaba el camino; eso era cierto, porque en el pueblo lo comentaba todo el mundo. Su hermana menor, doña Ana, trataba de convencerlo para que confesara sus pecados. Cada vez se dormía más largo y hasta se dormía de pie. *"Si el sueño o el desvelo son excesivos, mal agüero",* le decía el médico, y le mandaba purgas. "Sobre cuernos penitencia. Echate a enfermar y verás los amigos", se quejaba él. A temporadas padecía *perturbaciones mentales, melancolía, epilepsias, flujos de*

sangre, toses, herpes, pústulas ulcerosas y dolores articulares. Otras, además de las referidas dolencias, fiebres continuas ardientes, vómitos y diarreas, oftalmías, dolor de oídos, llagas en la boca, corrupción de las partes generativas y pústulas sudorales. “Donde hubo fuego siempre queda ceniza”, resoplaba, porque era más viejo que el repelón y todavía le gustaban las mocitas y las rajas de chorizo. Por fin Cuarenta Mártires se fue de pelegrina; tres años después murió Emerenciana, al enterarse por una vecina del desastre de Cuba. Carcunda vivió lo suficiente para ser testigo en la boda serrana del bandolero Pasos Largos. Luego, cuando Cuarenta Mártires tuvo la desgracia de dar a luz a su hijo Cuatro Coronados, fueron Carcunda y Florentino Zunifredo, el curandero, quienes la atendieron en el parto. Dijeron a la gente que había nacido del cielo, aunque tenía los ojos bizcos y era pecoso, como un tal Geminiano el Chico. A la vuelta del viaje, Carcunda llegó a dormirse tan largo que ya no despertó. Estaba a punto de declararse la primera guerra mundial y don Sotero lo fue a ver, tendido en su caja. “Yo te excomulgo in articulo mortis”, le dijo con solemnidad.

***

AUNQUE DESDE NIÑO lo llamaron Frasquito, se llamaba Sócrates Francisco y más tarde sería para todos el tío Frasquito que en paz descanse. Era el hijo segundo de Rafael Arcángel y doña Laura; a los doce años no era mucho más alto que el resto de los chicos del pueblo, pero luego empezó a crecer y los pantalones se le quedaban cortos antes de que le hubieran terminado de sacar los dobladillos. Tuvieron que alargárselos con telas distintas, de forma que parecía el muestrario de una sastrería. Llevaba postizos los faldones de las camisas, con telas de florecillas de los vestidos de su madre. Al mismo tiempo *experimentaba alteraciones en todo el cuerpo, ya fuera sintiendo tan pronto frío como calor, ya palidez o encendimiento. Las fiebres con rigor diario le terminaban diariamente. En verano respiraba con dificultad, en invierno el contrario, y también, aunque no tanto, en primavera*. Conocía a sus hermanos por la voz, porque nunca se había detenido a mirarlos y eso fue desde que creció, porque de lo anterior no se acordaba. *Cuando se aproximaba la pubertad, estuvo expuesto a fiebres pertinaces y a flujos de sangre por la nariz.* Una vez que Tobalito sin Pena llegó a su casa con un recado de la barbería, él lo miró de frente y pareció asombrado de toparse con alguien de su estatura; pero aquello no volvió a repetirse en mucho tiempo. Sócrates Francisco, llamado Frasquito, era un ser extraño e introvertido; quizá le viniera de las palizas de los frailes en el colegio del pueblo grande. "Si hay que pegarle, le

pegan", había dicho su padre, y le pegaron. Luego se hizo veterinario y, cuando en la facultad le pasaban lista por Sócrates Francisco, sonaban risitas. Cuando volvió a casa medía dos metros de alto y traía una maleta llena de revistas de veterinaria con grabados de cerdos y pollos. También llevaba obras de filosofía, libros de teología y religiones diversas, las obras de Séneca y la vida de Jesús de Nazaret, y en la cabeza teorías que no revisaría nunca: *"Lo que no sanan las medicinas, lo sana el hierro. Lo que el hierro no sana, lo sana el fuego. Lo que el fuego no sana, puede considerarse incurable".* Era desgraciado y se sentía solo; tenía la cara pálida y la mirada triste y, como era más alto con mucho que todas las muchachas del pueblo, nunca las miró. “No se muere una vez, vamos muriendo en cada cosa nuestra que se muere”, decía mascando la boquilla de ámbar o atrayendo con ella pequeños papelillos cortados, pues un andaluz triste es lo más triste que hay. “Aquí todo es mágico”, decía. “Este pueblo no pertenece al mundo, aquí se juntan los vivos con los muertos”. Su madre tenía terror al espiritismo, pero él lo practicaba y andaba siempre con muertos alrededor. “Hablo con ellos -declaraba-, me comunico, me consuelan o me aconsejan. No soy espiritista, es mucho más sencillo que eso. Quizá sea que estoy un poco loco, o que veo más allá de mis narices”. Un día se vistió de domingo, con un terno de paño gris y unas botas nuevas. Llevaba capa serrana y sombrero, y cabalgaba sin prisa en un caballo negro. Cuando llegó a la cumbre estuvo avizorando, picó espuelas y se lanzó a campo través. Llevaba el sombrero echado hacia la cara para que no lo deslumbrara el poniente; atravesó el riachuelo de espumas blancas y se adentró en la sierra, antes de que cerrara la noche. En las cumbres las últimas luces arrancaban de la nieve destellos de fuego. Cuando era niño le daba miedo pasar junto a la cabaña abandonada, porque pensaba que alguien estaría atisbando detrás de la pared de troncos. Había una parra delante y la puerta permanecía siempre cerrada. Pero ahora no tenía miedo y, dejando el caballo, se acercó. Rechinaron los pernios y cedieron con un gemido; dentro no halló a un hombre, sino a una mujer morena y espigada que tenía el pelo azul de puro negro, brillando a la luz de un candil. Sus ojos enormes parecían entrecerrados por el sueño. De un rápido vistazo abarcó su fino talle y la tersura de sus manos; vio sobre la mesa un globo de vidrio, y que ella observaba un trozo de plomo fundido que había volcado en un cuenco de agua. Estaba tan absorta que no pareció advertir su llegada, pero luego habló sin mirarlo. “El plomo me decía que vendrías”, musitó. La luna apareció sin avisar y, aunque él sabía que lo estarían aguardando, allí se quedó. “Tienes la belleza

de las huríes del desierto”, dijo, y ella sonrió. “Usted se pone lírico, don Frasquito”. Cuando él salió de la cabaña, las piedras agudas aparecían veteadas de luz y sobre el valle se extendía la neblina de la mañana. Estaba hambriento de cariño y se enamoró tardíamente de aquella bellísima mujer. En el pueblo, con las últimas luces de la tarde, las historias crecían como hongos. Todos pensaron siempre que Frasquito moriría virgen y ahora no había estopas para tapar tanta maledicencia. La llamaban Fanny y decían que era una meretriz que vivía con su madre en Ronda; otros, que era la propia María Padilla que había embrujado al rey don Pedro. Alguien aseguró haber visto cerca de la cabaña un aquelarre, un corro de brujas desdentadas que hinchaban sus jorobas y lanzaban conjuros, incendiando los bosques y quemando los pastos. Mientras, los diablos vertían un líquido rojo como sangre en el arroyo, y hundían el lugar bajo nubes de ceniza. Decían que ella había vendido su alma al diablo, que hacía bebedizos de acónito y sabía el secreto de disolver la piedra imán en un vaso de vino blanco. Si un hombre bebía un poco de la piedra, nunca podría resistírsele. “El mozo no tiene la culpa”, decían los más viejos, pero ni siquiera Florentino el Viejo pudo convencerlo con razones. “El mayor mal de los males es tratar con animales”, rezongaba su hermano Carcunda, pero Frasquito salía cada noche a caballo para encontrarse con ella en la cabaña, directo al camino del campo de Gibraltar. En la parra crecieron pimpollos, las hojas susurraban con la brisa y el aire se hacía espeso por el aroma de los heliotropos. De camino atravesaba dehesas de encinares, cruzaba arroyos y dejaba atrás los alcornoques centenarios. Aquella noche Frasquito no tuvo que entrar, porque ella lo aguardaba a la puerta. “Estoy embarazada y lo que nazca será fruto de nuestro amor”. Cantaron las cigarras en verano, la parra extendió sus vástagos cargados de uvas sobre el cañizo y un sopor húmedo se cernía sobre los verdes jugosos y brillantes. “Gran calma, señal de agua”, decían los pastores oteando el cielo. Cuando tronaba la tormenta aquello semejaba un cataclismo, todo el pueblo temblaba y sus cimientos parecían aferrarse a la ladera. Pasaron las tormentas del verano y las del otoño, y llegó el invierno. Nadie pudo saber de cierto lo que entonces pasó. Decían que Frasquito había encontrado en la cabaña a un hombre que era el terror de los bandoleros, porque había matado a traición a más de uno pare robarles el alijo. Dijeron que no estaba solo sino jugando con otros a las cartas, y que tenía a Fanny en sus rodillas mientras el niño dormía en la cuna. Frasquito entró sin hacer ruido, sacó un duro de su chaleco y lo puso a una carta. "Mujer en venta, o puta o enamorada”, le dijo, y ella se sobresaltó. "El malo

siempre piensa engaño", le contestó mirándolo. “La honra no tiene más que un golpe”, decían que dijo él. Pero nadie la volvió a ver en la comarca. Hacía siete fechas que salió Frasquito del pueblo y no había regresado a su casa. Las ventanas del ayuntamiento estaban iluminadas día y noche con candiles y mariposas; los hombres salían a caballo a buscarlo y volvían sin él. Aquella tarde se estuvieron formando nubarrones mientras la cellisca azotaba las laderas desnudas; el cielo estaba gris y los golpes de viento hacían resonar el pantano como un órgano hueco. Los relámpagos se sucedían y los truenos llegaban apagados por la distancia cuando Rafael Arcángel, ensillando una mula, dijo que se marchaba a la sierra a buscar a su hijo. Ya de noche, culebrillas de fuego cruzaron el cielo en zig-zag hasta donde alcanzaba la vista; las montañas se estremecieron por el fragor del trueno y las bestias se lanzaron despavoridas por las trochas. Había descargado la lluvia y las calaba hasta los huesos. Rafael Arcángel murió enmedio de la tormenta, cuando montado en la mula lo alcanzó un rayo. Frasquito lo halló en su delirio y lo enterró bajo unas piedras, cuando ya el borde dentado del Hacho que dominaba el pueblo se recortaba contra el anochecer del día siguiente, y había amainado la tormenta. Volvió al pueblo con un niño recién nacido envuelto en una manta. Nunca supo nadie de dónde provenía, pero lo llamaron Rafael porque era igual que Rafael Arcángel, y alguien llegó a decir que era el viejo reencarnado. Los vieron aparecer a galope en el caballo negro por el camino de herradura y Frasquito llevaba ribetes colorados en torno a los ojos, y el sudor le chorreaba por la frente a pesar del frío. Pero no sólo había perdido a su padre, sino que perdió a su madre también, porque Laura murió misteriosamente cuando se remecía en la hamaca. Alguien creyó ver una pareja por el lado del alambique; juró que el hombre llevaba alpargatas de esparto y la mujer un velo blanco con peineta de oro. Frasquito andaba delgado y doblado, más taciturno que nunca; hablaba con el espíritu de Fanny y duraban aquellas sesiones hasta la madrugada. No se supo de cierto si la evocaba o no, pero guardaba sus alhajas en un cajón y lo sorprendían mirándolas, durante el tiempo que le quedó de vida. Fumaba mucho y sin parar, escarbaba la boquilla con un palillo de dientes para quitar la nicotina y se hacía en la maquinilla tazas y tazas de café. Las malas lenguas decían que había matado a Fanny y la había enterrado en lo más hondo de una cueva para librarse de su influjo. “Yo no duermo, y a todos doy mal sueño”, sonreía tristemente; y él, que nunca probó el alcohol, empezó a tomar vino aguado y acabó bebiéndose de un trago una botella de coñac. Doña Ana,

su hermana menor que estaba soltera todavía y era muy piadosa, terminó por hacerse cargo del pequeño Rafael. A Frasquito le llevaba ruedas de tejeringos, para que se los comiera mojados en el café. "Te vas a morir", le decía, y él le contestaba, como ido: "Yo la quería bien, para olvidarla tan pronto". Un día se miró en un espejo, y se diagnosticó sin lugar a duda: "No viviré más de tres meses", afirmó. Por entonces ya había llegado al pueblo un forastero, que se llamaba Mario y acabaría casándose con la heredera. El día de la boda Frasquito asistió a los festejos; parecía más contento que nunca y hasta cantó y bailó, estuvo bromeando con las mocitas y se retiró con el alba. “Hace tiempo que no me habla, debe estar demasiado arriba”, le oyeron decir. Al día siguiente estuvo en la iglesia y le encargó a don Sotero que dijera misas por su alma, porque estaba en vísperas de morir. Nadie lo volvió a ver. Las campanas tocaron solas; se registraron uno a uno todos los boquetes de la sierra y por fin lo dejaron tranquilo. “Se habrá caído en alguna hendedura”, decían. Se repartieron esquelas mortuorias con los bordes de luto; debajo de una cruz estaba su nombre en letras góticas, y abajo: “Sufrió un accidente, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de Su Santidad”. Durante muchos años lo llamaron el tío Frasquito que en paz descanse. Alguien derribó la cabaña en la sierra y levantó en su lugar un ventorrillo con una galería de cristales, cuando ya se habían inventado las gaseosas de bolita. Desde allí se pasaba a una huerta con árboles frutales cerca del arroyo; en verano, el porche debajo de la parra se llenaba de cajas con botellas de refresco, mesas con niños y parejas amarteladas. Más tarde levantarían allí mismo la estación del ferrocarril.

***

CARCUNDA LE LLEVABA veinte años y Frasquito diez. Ana se parecía en todo a su madre, menos en la alegría. Era una niña grande y tranquila; le gustaba leer y a los diez años había devorado más libros que muchas personas mayores. A los doce escribía versos de gitanos; fue componiéndolos sobre la mesa del comedor, cuando debajo del trinchero oyó gemir a la gata Cleopatra. Pero sus maullidos no eran como otras veces, sino la mezcla de un quejido largo y de cuando en cuando un grito, como cuando Carcunda la azuzaba o las criadas la echaban a la calle de una patada. Bajo el aparador advirtió una pequeña bolsa extraña con vísceras surcadas de venillas, algo así como un manojo de tripas o intestinos, y adivinó un hecho oculto y terrible. Retrocedió entonces, ante un asco o un miedo a lo desconocido, barruntando algo extraño y sin saber qué. Y había algo más, unos maullidos finos y unos quejidos

suaves, como de gatos muy pequeños. Recogió los versos y salió del comedor, y no comentó nada con nadie ni al día siguiente ni ningún otro día, sin entender lo que había visto ni intentar comprenderlo; y sólo años después pudo darse cuenta de que había sentido parir a la gota. Se hizo una muchachita triste y muy piadosa que rezaba y hacía obras de caridad, y a su puerta aguardaba todas las mañanas una cola de pobres, que aseguraban que hacía milagros. Por entonces, *el otoño era mala estación para los tísicos. Si el invierno era seco y dominaban vientos del norte, y la primavera lluviosa con vientos de mediodía, habría forzosamente en el estío fiebres agudas, oftalmías y disenterías, especialmente en las mujeres y en los hombres de temperamento húmedo. Mas si el invierno era lluvioso y templado, si reinaban vientos del sur, y la primavera era seca y fatigada de vientos del norte, las mujeres a las cuales correspondía parir en ella, abortaban con el más leve motivo; o si llegaban a parir, tenían hijos tan endebles y enfermizos, que o bien morirían desde luego, o se criarían enclenques y valetudinarios. Las demás gentes padecían disenterías y oftalmías secas, y los viejos, catarros que les quitaban la vida en breve tiempo.* Un día, Ana estaba repartiendo chorizos de la fábrica de su padre cuando llegó Carcunda, furioso, echándole en cara su derroche. Pero ella le mostró la falda, y la tenía llena de amapolas. Todo el pueblo pensaba que se iría monja o se quedaría moza vieja, porque cuando no hacía versos estaba tejiendo encaje de bolillos. Cruzaba los palillos sobre una almohadilla redonda y sujetaba los nudos con alfileres, hasta hacer unas tiras primorosas: los palillos se entrechocaban, con un ruido fino cuando los apartaba en grupos, y lo hacía tan deprisa que no se le veían los dedos. El día de la Virgen ella arreglaba la carroza para la procesión, recortaba las flores en papel colorado simulando amapolas, unía varios pétalos y los sujetaba con alambre. En la cocina había un hornillo de carbón y una larga campana para los humos, con una repisa alargada y cacharros de cobre, y hueveras de bronce para los huevos pasados por agua, que aunque estaban de adorno se usaban a veces para comer los huevos. En una alcayata en la pared colgaban el jarrillo de porcelana con asa y un borde redondeado, cerca del tinajero. En un armario de dos cuerpos, Ana guardaba sus zarandajas y la calderilla metida en un cestillo de maíz, y de allí la sacaba para dársela a sus pobres. En la despensa, el tocino añejo colgaba en tiras llenas de sal, con una costra de pelos y entreverado de jamón; luego en el cocido cogía un color de miel y deba muy buen sabor. Ella ayudaba a las criadas a encalar las paredes, con una brocha atada al extremo de una caña larga; echaban los trozos de cal viva en un cubo y encima

agua, y aquello hervía, y cuando se apagaba le mezclaban azulete para que las paredes parecieran más blancas. El cubo se ponía tan caliente como si hubiera estado el fuego. Hundían la brocha en la pasta y blanqueaban con ella, la cal estaba tan espesa de tanto repintar que las esquinas se iban redondeando y las ventanas más pequeñas empezaban a cegarse. Al muro blanco le pesaban las costras de cal, y siempre había goterones en las hojas verdes de las aspidistras. El hecho de que sus padres murieran al mismo tiempo le pareció lo más natural. Tenía veinte años cuando se hizo cargo del pequeño Rafael y una noche en sueños le pareció que la llamaba. Se aproximó a la cuna donde dormía el niño rubio como un angelote y vio en la almohada un bicho amarillo, con pinzas y un aguijón retorcido en la cola. Sacó con cuidado al bebé de la cuna y dio gracias a Dios que le había salvado la vida, llamando después a las criadas para que echaran el alacrán al fuego con unas tenazas. Llegaban a la casa hombrecillos entecos con mascotilla parda, mujeres con pañuelos de un negro-pardo a la cabeza y un bocio grueso y tembloroso como buche de paloma. Venían de toda la comarca buscando los remedios del veterinario y no se les cobraba; y mientras Frasquito curaba a las bestias, Ana les preparaba un desayuno de café negro con crujientes ruedas de tejeringos. Ella tenía un aire tan fino y una piel tan delicada que, según decían en el pueblo, se iba a marchitar muy pronto. Fue por entonces cuando llegó don Mario al lugar. Frasquito estaba cada vez más melancólico, porque se consideraba responsable de las muertes de su padre y su madre, y acostumbraba a sentarse a meditar al borde del camino a las afueras del pueblo. Un día vio acercarse a un hombre joven de talla media, con mirada orgullosa y sombría, que llevaba a su caballo de la brida. Vestía camisa fina, chaquetilla de terciopelo con botones de plata y calzaba polainas de piel blanca. Fue hacia Frasquito, le pidió fuego y él se lo dio. Estuvieron charlando; Frasquito lo invitó a su casa y el otro rehusó. El sol iba cayendo, una calina luminosa se extendía sobre los tejados y desdibujaba las cumbres en la lejanía. El recién llegado dijo llamarse Mario y poco más de sí mismo; al final cargó el trabuco y el zurrón, montó su bayo y tomó al galope el camino de la sierra. Desde entonces llegaba al pueblo casi todos los días; el veterinario y él se convirtieron en uña y carne. Parecía un hombre duro y, aunque nadie sabía su procedencia, a todos hablaba y a todos convidaba. “El que es amigo de todos o es muy rico o es muy pobre”, decían. Como tenía los dedos ágiles y finos como los de un jugador profesional y manejaba doblones de oro, decían que había sido un consumado tahúr y que sabía más

que las culebras. Alguien habló de Arrebatacapas, el puerto por donde pasaban sus alijos los contrabandistas, y a él se le demudó la cara. Ana tenía veintidós años y había empezado a emperifollarse y a desempolvar las alhajas de la familia. Una tarde fue a darle un recado a su hermano que estaba con el forastero. “Hoyo en la barba, hermosura acabada”, le susurró él al oído, y desde entonces se acabaron los lutos. Todas las tardes Ana tenía algún recado para Frasquito y siempre se presentaba a buscarlo con unos zarcillos nuevos. Se puso por primera vez la gargantilla que había heredado de su madre y ésta de la suya, de perlas desiguales y pequeñas que llamaban aljófar. Daba el recado y don Mario no le quitaba ojo, porque tenía el talle fino, la tez nacarada y la nariz un poco respingona. Ana llegó a viajar a Ronda y a hacer importantes gastos allí; se compró una sortija con un camafeo y algunos vestidos, y al mismo tiempo iba abandonando al niño Rafael, que salía cada vez más a menudo a triscar a la sierra. Don Mario se instaló en una finca y llegaba al pueblo a diario; le regalaba rosas a la hermana de su amigo y llevaba en la boca el extremo del tallo para que con la humedad de la saliva no se amustiaran. Un día la pidió en matrimonio y le regaló un aderezo de brillantes que esparcía una cascada de luces. La casa de la novia se derribó entera. Don Mario mandó renovar las alfajías; se eligieron suelos nuevos en muestrarios con flores y hojas, disponiéndose alrededor grecas adecuadas para cada dibujo. El patio lo solaron en mármol blanco y, aunque el agua no llegaba al pueblo, se plantó una fuente en el centro para cuando llegara, con azulejos sevillanos y ranas de cerámica verde. Se alicataron las paredes de colores, cambiaron el pasamanos de la escalera por uno de madera brillante y revocaron la fachada, limpiando el escudo en piedra de don Miguel de Mañara que estaba encima del dintel. La chapa metálica de la chimenea se pintó de negro con faisanes y pusieron en la sala cojines de seda con paisajes japoneses y borlas de oro. “Te vas a arruinar”, decía ella. Cambiaron el tapizado del reclinatorio por otro de brochado escarlata; Ana se arrodillaba en el oratorio, para dar gracias a Dios por lo que estaba sucediendo. Mandó renovar todas las instalaciones de la fábrica de embutidos, incluidas las grandes vigas de madera de donde colgaban los jamones. Las tierras de los tres hermanos iban mal, porque Frasquito era soñador, Ana era mujer y Carcunda ya se ha dicho cómo era. Por eso don Mario compró el Baldío y el Alcornocal, pagando al contado en pelucones de oro. “No conserva bien quien no aumenta”, decía. Y aunque era recio y de mucha autoridad parecía temer alguna cosa, por lo que se mandó hacer una tumbaga, una sortija en oro,

plata y cobre que era amuleto contra la perlesía. “El hombre a quien muchos temen, a muchos ha de temer”, decían en el pueblo, porque tenía mucho que perder ahora, mucho más que antes que apenas tenía nada que perder. Cazaba en la sierra alimañas y gatos monteses y a veces se llevaba el pequeño Rafael; tomaba la calzada romana y tarareaba entre dientes:

Contrabandista valiente, dónde vas tan de mañana,

a dar agua a mi caballo y a visitar a mi dama.

Tenía caballos en su finca, algunos de montar, y en sus tierras se cebaban los cerdos. Dentro del edificio, que rodeaba una plazoleta cerrada, las paredes estaban cubiertas de pieles de zorros y gatos monteses. Caminaba solo al anochecer por el pueblo, sólo para otear el horizonte, subiendo a las calles más altas entre muros cubiertos por siglos de cal que no se detenía el terminar el muro, sino que cubría las peñas que les servían de cimientos. Compró en la capital un bonito vestido de novia, alquiló músicos para la iglesia y a la boda estuvo convidado todo el pueblo. Fue entonces cuando Frasquito desapareció. A los nueve meses y dos días, el matrimonio tuvo una niña; don Mario le regaló a su hija el mejor mantón de Manila que se viera en la sierra y repartió duros de plata entre todos los huérfanos del contorno. Aquel año pagó de su bolsa las fiestas de la Virgen, que se alargaron por más de quince días. No obstante doña Ana, que fue la madrina, pasó por las casas del pueblo como era costumbre, a recoger el óbolo de los pobres para que no se hicieran de menos. En todos los balcones se pusieron mantones y colgaduras, llevaron toros y toreros y las corridas se celebraron en la plaza. La última noche hubo un estallido de luces sobre el pueblo que los dejó maravillados, una lluvia de fuego trazando mil colores, mientras las varillas de los cohetes zigzagueaban más altas que la torre de la iglesia. Pasado el tiempo, llevaba don Mario a su hija a ver acostarse la luna. La subía a hombros por el camino pedregoso y aguardaban el momento en que la luna se acostaba. A veces la sentaba en su rodilla y la hacía cabalgar en su pierna, diciendo. "Mi niña va a Madrid en un caballito gris", y en su escaso conocimiento a ella le parecía que iba a Madrid de veras, primero el paso, luego el trote y al final al galope. Saltaba en la rodilla de su padre, y los dos se morían de risa. No tuvieron más hijos que ella, porque un mal día asesinaron a don Mario en una emboscada. La luz incierta de la tarde iba dominando el pueblo cuando él salió como siempre a caballo, llevando delante en la silla al pequeño Rafael. Un serrano lo había visto todo desde lo alto de una loma y fue quien

relató lo sucedido. Vio apostado un corro de hombres, que al verlos venir los rodearon, sacando las navajas. Desmontaron al niño para que no se entrometiera y todos saltaron sobre don Mario al mismo tiempo. El que le había dado el alto lo alcanzó en la garganta con la faca; allí movió la hoja con tal fuerza que la rompió, saliendo de la herida empujada por un caño de sangre. Luego lo remataron con una puntilla para toros. Él no sintió más que una punzada, porque su pensamiento no miraba el presente sino el pasado, y sus ideas saltaron sobre el tiempo y el espacio hasta quedar parados lejos. Murió a los treinta y cinco años. En el pueblo el sol se había ocultado por detrás del Hacho, inundando el cielo con un resplandor rojizo. La torre de la iglesia con sus balconcillos y sus campanas se recortaba contra la pared rocosa, los árboles cabeceaban suavemente, y los chiquillos se habían sentado rendidos en los escalones de piedra, en la rampa que bajaba a la plaza. Otros volvían a sus casas, y sus voces se perdían tras de los portalones y las esquinas. Ana estaba haciendo encaje de bolillos a la luz de un candil: cruzaba los palillos sobre la almohadilla redonda, y sujetaba los nudos con alfileres. De pronto, sintió también un pinchazo en el cuello. Cuando salió al zaguán vio que traían a alguien envuelto en una manta; era una persona porque asomaban unas botas, así que no quiso ver más y entró en la casa, horrorizada. Todos pensaron que a don Mario lo habían matado sus antiguos compañeros, porque llevaba en la frente rajada la cruz de san Andrés y se le había formado en la garganta un abrevadero de moscas. “Cayó muerto sin decir ni puñetero el pío”, accionaba el serrano. “Mientras, el niño Rafael estaba sentado en una peña, mirándolo todo”. "Era un pobre hombre, como todos", dijeron los otros cuando lo vieron cosido a navajazos. Luego lo habían amortajado y estaba tan quieto, con las manos cruzadas, y el cuerpo parecía más largo; le cubrieron el rostro con una piel de zorro y pusieron un gato montés disecado a sus pies. Carcunda estaba tomando la mañana con una botella de aguardiente cuando le dieron la noticia. “Esto es el fin del mundo”, fue lo único que se le ocurrió decir. Muchos años después, la hija querría recordar sus manos; sabía que eran morenas y alargadas y que en el dedo anular lucía una tumbaga. Hablaban en el pueblo de aquella historia dolorosa que su madre evitaba siempre, que tenía entreoída en medias palabras y alusiones veladas. Doña Ana estuvo mucho tiempo acudiendo al portón de abajo, aguardando el chasquido de los cascos del bayo y su rasgar sobre las piedras mondas. A los niños los vistieron de negro, desde el lazo que la niña llevaba en el pelo hasta los calcetines y zapatos; su madre llevaba un velo espeso cubriéndole la

cara y se envolvía en un manto de gasa negra que le llegaba hasta los pies. Hasta a Carcunda lo obligó a ponerse una camisa negra; el luto duró años y se empalmó con otro, porque siempre había alguien para morirse y alargarlo. La niña siempre recordaría a su madre de negro; nunca sabía si el luto era de un muerto reciente o de alguno anterior. “Duelen llagas, pero untadas menos”, decían los del pueblo. Doña Ana parecía haber muerto también; su vida se componía de sensaciones muertas y desde entonces los muertos empezaron a cobrar relieve. Muertos que antes eran como personas de cera se volvían ahora de carnes a medio pudrir. “Enterradlos antes de que se pudran”, rogaba ella en su delirio. Había dejado de hacer versos y estuvo acostada mucho tiempo, escuchando el tañer de las campanas lento y acompasado, sabiendo que fuera era de noche todavía y no tardaría en amanecer, en sonar el canto de los gallos y el tintineo de las esquilas; en la oscuridad de los párpados sentía el calor de las lágrimas, mientras oía sus propios suspiros y los ruidos de siempre. “No hay mal tan grave que no se acabe alguna vez”, la consolaban las criadas. Pero a ella seguían castañeteándole los dientes cuando salía al portón de la casa y miraba a la calle; su sonrisa era una sonrisa triste, porque había perdido al marido tan joven. "Descansar para llorar", suspiraba. Se había quitado los brillantes y se puso un aderezo de azabache que la acompañaría hasta la muerte. Su hija era una niña nacarada de piel, castaña de pelo y con los ojos color avellana. Era reflexiva como su madre, pero al mismo tiempo tenía la alegría esporádica de su abuela. Había en la casa largos rezos de rosario, lo de menos era el rosario en sí que guiaba doña Ana vestida de negro, contestándole las criadas sin demasiada devoción. Luego estaban las letanías y la salve, el credo y el padrenuestro por los difuntos, otro por las intenciones de nuestro Santo Padre y así hasta quince padrenuestros, todos con el avemaría y gloria. Se les abría la boca y ahogaban los bostezos, pero aún quedaban las jaculatorias; luego la niña se despedía y la acompañaban a su cuarto a dormir. Algunas noches, doña Ana la llevaba a despedirse de las viejas. Las viejas estaban en un cuadro en la escalera, iban por un sendero de nieve envueltas en mantones y en el cielo había un anochecer de invierno, los árboles estaban pelados y en la ventana de una casa habían encendido una luz. Las viejas tenían la cara casi tan blanca como la misma nieve, y los ojos negros como carbones. A la cabecera de su cama había un cromo con un lago muy grande y tranquilo, y delante una mujer muy guapa con un manto azul pálido y un niño en los brazos. También había que darles las buenos noches, porque eran María y su hijo

Jesús. Debajo estaba la pequeña pila con agua bendita y sobre la mesilla el verdó, la jarra de cuello alto y estrecho ribeteada de oro, con un vaso a juego que la cubría, sobre el mármol de vetas rojizas. Ella y su primo Rafael almorzaban con las criadas en la cocina frente a la chimenea que no se usaba nunca, o al menos ellos no habían visto que se usara, comían rabanillos con la sopa que estaban servidos en el entremesero, pelados y abiertos en cuatro, y unos eran dulces y otros picaban mucho. A doña Ana no la veían más que para rezar el rosario. Poco a poco se había ido entregando de nuevo a sus obras de caridad; se llevó a la casa a una huérfana de cinco años a quien llamaban Niña Difuntos que luego sería, para su desgracia, la mujer de Pasos Largos. "Mal ajeno te consuela", decía la viuda, y la niña era medio hija medio sirviente, sin más obligación que regar las macetas de fucsias y sacar brillo a las hueveras de la chimenea. "Trabajo sin provecho, hacer lo que está hecho", se quejaba algunas veces. Pasó el tiempo y el niño Rafael, que se había hecho un hombre, iba por la sierra vendiendo tocino con un borrico. Fue por entonces cuando doña Ana se murió de ganas de morirse. *"Peor es que a la convulsión le siga calentura, que a la calentura le siga convulsión",* había dicho el médico cuando la vio. Su hija María le cerró los ojos y la amortajaron con el aderezo de piedras negras, que ella llamaba azabache y no eran más que trocitos de carbón endurecido. “Desde que nací lloré, pues cada día tiene su propia pena”, fueron sus últimas palabras. María se llevó con ella a Niña Difuntos cuando se casó con Rafael, que había vuelto rico y le compró la fábrica de embutidos. No hubo festejos porque la novia estaba de luto y se casó de negro, con una rosa negra que el novio le trajo de la sierra, prendida en el pelo castaño.

***

DE NIÑA, María había tomado en las manitas las tazas que compró su padre en su fiebre de renovarlo todo y que eran de color naranja con dragones enroscados, las levantaba en alto y luego las dejaba caer, y las hacia añicos en el suelo con un ruido delicioso. Cuando hubo terminado con las tazas se encargó de los platos, de la cafetera y de todo lo demás. Tenía dos años cuando se quedó huérfana de padre; entró en la iglesia de puntillas y encontró el túmulo envuelto en crespones negros, con dos gruesos cirios a la cabecera como si hubiera habido un muerto de verdad, aunque el muerto ya estaba enterrado. Le pusieron a ella zapatos negros de charol con trabilla; cuando se le ponían blandos de orines los dejaban al sol a secar, pero seguían oliendo a orines hasta que los tiraban por viejos. Creció en el patio entre jazmines y azulinas, macetas

de fucsias y claveles menudos, bajo la palmera de dátiles ásperos que remontaba los tejados. Rafael la enseñaba a vaciar los melones pequeños, quitarles la carne y las pipas con cuidado, recortando dibujos con una navajilla en la cáscara vacía y metiendo papeles de colores y una vela dentro, para usarlos de farolillos y adornar el patio. La bañaban en una tina y la pesaban en la romana colgada por una cadena del techo, y así sabían si la niña había ganado peso, cuando la barra se ponía horizontal. En el matadero de la fábrica relucían las perolas de cobre; se oía berrear a los cerdos en su último alarido mientras las mujeres ataban chorizos y morcillas en largas mesas de madera. Por la tarde, a los niños los ponían de limpio y los sacaban de paseo a la plaza; a veces bajaban a la huerta y metían los pies en el arroyo, husmeaban en el alambique o resbalaban en las piedras mondas con los zapatos recién embadurnados de betún. Se cruzaban con las mujeres del pueblo vestidas de negro de pies a cabeza, envueltas en mantos negros de algodón, tapándose la cara como si todavía anduvieran los moros por la sierra. Así corrían, se agachaban, trajinaban y se volvían con el cántaro a la cabeza, que se balanceaba sin caer. Otras porteaban lebrillos con ropa y se dirigían e la fuente a lavar, el agua se llenaba de espumas porque siempre había alguna mocita o alguna vieja lavando, y tenían las ropas pardas de tanto darles el sol. Cerca estaba la casa que fue de Carcunda y luego de don Sotero el cura, y una alberca grande donde se bañaban los chiquillos y donde había alacranes y culebras. Los niños entraban en la iglesia donde había aromas a cera quemada y a flores marchitas, se paraban mientras se hacían a la oscuridad, metían los dedos en la pila del agua bendita con cuidado de no remover la suciedad del fondo y se persignaban con el dedo húmedo. Allí estaba la niña descolorida vestida de monago que se llamaba Cuarenta Mártires, que tenía el pelo ralo y los ojos de un azul desvaído. “Cochina, tienes velas de mocos”, le decía María, que era su prima sin saberlo, porque era verdad que las tenía, y observaba curiosa sus piernecillas retorcidas y los ropones de monago transparentes de tantos lavados y zurcidos. Para la procesión hacían farolillos de papel con calados caprichosos, dejaban un agujero para la vela y así no se manchaban la falda del vestido, aunque lo más seguro era que la de atrás las manchara de cera y con un poco de suerte les prendiera la mantilla, y no salieran ardiendo de puro milagro. El día de la Virgen, el pueblo amanecía en la ladera como una tanda de ropa puesta a asolear. Cuarenta Mártires aparecía lavada y repeinada, menos desgalichada que otras veces y con sandalias nuevas; la habían vestido de ángel con unas alas de plumas de gallina

y una corona de orillo en la cabeza, con una estrella de lo mismo. “¿Has visto a mi niña? Hoy no tiene mocos”, dijo Emerenciana la Rubia. María la miró un momento y pensó: "Es verdad no los tiene". Y dijo: "No tiene mocos". Luego siguieron resbalando por las calles en procesión, sobre los goterones de cera, cantando a voz en grito el “Venid y vamos todos con flores a María, que madre nuestra es”. Por la tarde los niños jugaban endomingados enmedio de la plaza, y junto a los portales había mujeres con niños en brazos, sentadas en sillas de enea o en taburetes bajos. Miraban los picos ásperos del Hacho y de Tabizna, y al otro lado una caída pedregosa que se extendía hasta Benaoján. Al subir la cuesta del pueblo, María hallaba a las personas de siempre en los zaguanes: el viejo curandero de huesos que se llamaba Florentino el Viejo; la niña de ojos negros y tristes que se quemó las piernas y las manos volcándose el café, y a quien llamaban Niña Difuntos, y los chiquillos con velas de mocos mirándola pasar. "Todo eso es de mi madre. Todo, hasta Benaoján", les decía. Los tejados del pueblo tenían un remate encalado y había azoteas con barandillas, pero lo que más le gustaba era llegar a la choza del curandero. Lo hallaba a la puerta entre un corrillo de vecinos y vecinas, y todos se quedaban callados cuando la veían: era siempre lo mismo, aquellas miradas huidizas, aquel callar cuando ella se acercaba. Sabía que relataban antiguos sucedidos, historias de bandoleros, heridas que nunca se cerraban y no se olvidarían. Un día se sentó junto al viejo y notó en la mejilla la caricia áspera de sus dedos. Lo miró fijamente y le dijo: "¿Me puedo sentar?". "Claro que puedes, siéntate". “¿Cómo era mi padre?”. El le contestó: “Era un hombre de una vez.” Luego le mostró el cementerio abajo, en un suave desnivel. “Allí está enterrado, en la casilla con tejado verde, que él mismo mandó hacer”. ¿Y para qué mandó hacer una casa en el cementerio?" "Para que lo enterraran a él, y a todo su familia. ¿Sabes una cosa? Él te llevaba a hombros, a ver acostarse la luna". “Ya lo sé, mi madre me lo dice muchas veces”. Cada vez se parecía más a su madre y a su abuela, alegre como ésta y sensata como aquélla. Tuvo que sacar adelante su casa, porque su madre era negada para las cuentas y se había retirado de las cosas del mundo, y ella era una muchacha inteligente. Doña Ana hacía bolillos y rezaba todo el tiempo, en invierno y en verano, entre macetas de claveles rojos, blancos y jaspeados. Le había enseñado a hacer flores desde muy pequeña, y era María quien arreglaba ahora el paso de la Virgen para la procesión. Tenía materiales para flores de trapo, pétalos de rosas y azucenas y rabos de alambre y pistilos de fábrica, y rabillos finos que remataban en pequeñas bolas

amarillas. Doña Ana aguardaba a su hermano Carcunda cuando llegaba adormilado en su caballo y trataba de convertirlo. Para ello, lo convidaba a sopas de la abuela, que eran un caldo del puchero con lonchas finas de pan y una ramita de hierbabuena. Había cumplido María los catorce años cuando recogieron a Niña Difuntos, que no tenía más que cinco y se había quedado sola en el mundo.

***

EL NIÑO RAFAEL había pasado muchas horas retrepado en el montón de piedras donde se suponía que descansaba el cuerpo de Rafael Arcángel, su supuesto abuelo. Era rubio lo mismo que él, pero siempre fue chaparro de talla y tenía en la frente entre las cejas un antojo de color café que se le fue aclarando con el tiempo. También andaba trasteando por la casa, mirando a través de aquellos agujeros redondos que había en las puertas y llamaban gateras, por donde veía las pantorrillas de las criadas que zaleaban las alpargartas de acá para allá. Unas tenían piernas gordas como morcillas, algunas como palos, y él las reconocía por las pantorrillas. Jugaba con su prima María dentro de una tina; allí supo que las niñas tenían dentro de los calzones unos pellejillos rosados y brillantes. Cuando don Mario mandó tirar la casa él se pasaba tiempo y tiempo mirando a los albañiles, que tomaban mezcla en el palustre y la lanzaban, encima colocaban un ladrillo y lo enrasaban hasta que salía un churrete de argamasa, y así una vez y otra. Usaban la plomada, ponían el hilo colgando junto al tabique y así estaban seguros de no torcerse; y usaban el. nivel, un taco de madera con una burbuja que no se estaba quieta. Era muy joven Rafael cuando, a lomos de su borrico, empezó a trabajar acarreando fardos de tocino añejo por la sierra. Se acostaba bajo las estrellas entre jara y retama florecida y en invierno escalaba ventisqueros, gargantas donde el aire rugía y tronaban las tormentas. En el camino se unía a los contrabandistas que llevaban tabaco de Gibraltar a toda Andalucía, jugándose la vida por un alijo miserable y, para llegar a los cortijos, en cada curva había que esquivar a la guardia civil. Nunca las alforjas del niño volvieron de vacío. Pero nunca lo oyeron cantar. "Cuando el español canta, o rabia o no tiene blanca", solía decir. Cuando creció vestía pantalón de pana, botas de cuero con correderas en los tobillos, chaqueta corta a la andaluza y sombrero de ala ancha, matando el gusanillo de mañana con un vaso de aguardiente. Cuando su prima se lo afeaba, él le decía: "Me he criado en la sierra, no querrás que me desayune con un cuenco de leche". Se había propuesto comprarle la fábrica de embutidos y luego casarse con ella, que se había quedado sola con Niña Difuntos. De nuevo se remozó

la casa, las ranas de la fuente soltaban chorros por la boca y en la pila nadaban peces rojos y panzones que abrían las boquitas de continuo como si estuvieran papando alguna cosa. De vez en cuando desocupaban la fuente para fregarla y que la cal no se incrustara en el azulejo sevillano. La dejaban medio vacía, hasta que los peces más gordos tenían que nadar de costadillo y así era posible, aunque no fuera fácil, cogerlos con la manos, ya que se escurrían entre los dedos como si hubieran estado untados con un moco muy suave. Y los volcaban en un cubo con agua, mientras fregaban la fuente con jabón y vinagre. Restregaban también con vinagre las losas blancas de mármol en el suelo, para que brillaran de limpias. En la pared central del patio colocaron al Cristo del Gran Poder, bajo un tejadillo vidriado por donde trepaba el jazmín; trasplantaron las clavellinas a macetas de cerámica colgadas de finas cadenas doradas, y un brote de palmera a un caldero de cobre con asas. En las tardes de verano subían los aromas entreverados del jazmín y las clavellinas, y hasta de las flores que no tenían por qué oler. Se veía desde los dormitoríos la fuente en el centro, y zigzagueando los peces pequeños y los grandes y descoloridos, y se oía el bisbiseo del agua entre las cuatro mecedoras de los cuatro ángulos del patio. Un día Rafael llevó frutas de cera que parecían de verdad, manzanas amarillas con un carrillo colorado muy duras y suaves, y naranjas de piel rugosa y una coronilla verde como las naranjas de comer, y al chocar unas con otras se notaban que estaban huecas por el sonido. En la despensa se añadieron baldas y María las forró con tiras de papel pintado, con cuadros azules y blancos o grabados de colores. Rafael se pasaba horas en el despacho con el secretario y odiaba las barajas, porque la gente se jugaba todo lo que tenía, hasta la mujer. Él había llevado a la casa una culebra para que se comiera los ratones, y el bicho se deslizaba por los corredores como la sombra del Edén. Y estaba muy enamorado de María, aunque era arisca y no consentía que la besara en público. Con el tiempo, el matrimonio tuvo tres hijas a las que pusieron de nombre Alacoque, Consuelo y Amelia; el padre no las dejaba hablar en la mesa sin pedirle permiso, y tenían que besarlo por la mañana y por la noche, y cada vez que lo encontraban por la calle; aunque como el pueblo era pequeño, se lo tropezaban en todas las esquinas. Por entonces, Rafael recibió en su casa a los ingenieros suizos que venían al pueblo para construir un pantano. Cuando la mujer del ingeniero vio el mantón de Manila de María, se quedó enamorada de su filigrana de pájaros. Ella, que era muy fina, lo puso a su disposición, y la extranjera se marchó con él. María se quedó consternada, porque no

sabía que los extranjeros se lo tomaban todo al pie de la letra, y Rafael se la encontró llorando. “¿Qué hacemos ahora? -le dijo. -“La señora del ingeniero suizo se ha llevado mi mantón”. “Aguántate, mujer”, le dijo él, porque el mismo ingeniero había visto a la pequeña Amelia bailando la Tarántula encima de una mesa, y le regaló un espejo de plata con sus iniciales grabadas. Así que María se quedó sin el mantón. Aquel pantano fue desde el principio un proyecto disparatado, ya que la montaña estaba hueca y llena de agujeros, de forma que el agua se colaba y el embalse se quedó sin terminar. El ingeniero se volvió a Suiza con su esposa, llevando él puesto un sombrero de ala ancha, y ella el mantón de Manila que con el tiempo legaría a sus nietas. Mientras, Rafael se había comprado el mejor caballo de la serranía, un alazán careto que no tenía cinco años; y cuando por las tardes volvía del campo el caballo piafaba contento, él echaba pie a tierra y se lo entregaba al mozo para que lo atendiera. Un día pasaba con él por la cancha de Cantarranas, sin saber que el bandolero Pasos Largos lo aguardaba escondido. Sabía que cruzaba por allí a diario, y le dio el alto, apuntándolo con su escopeta. Era muy alto y seco, tenía las pupilas de un gato y sobre la camisa raída le penduleaba una cruz de metal; a continuación, le pidió cuarenta mil reales contantes y sonantes. “No tengo tanto disponible. Sólo diez mil, en la casa del pueblo”. “Mandaremos por ellos”, dijo Pasos Largos y echó a andar camino adelante, sujetando las bridas del careto. Al cabo de una hora llegaron a la cañada del Almendro; allí el bandolero pegó un largo silbido y de las matas salió un zagal. “Avisa al aparcero de don Rafael y díle que aquí lo aguardamos”. Cuando llegó el colono, le dieron el recado para doña María. “Y que no tenga miedo, que estoy en buenas manos”, dijo el amo con sorna. Había desmontado y estuvieron echando un cigarro, y cada vez que Pasos Largos se movía, la cadena que llevaba el cuello brillaba. Como Rafael tenía hambre, el bandolero sacó del zurrón pan negro y un trozo de queso y se pusieron a comer. Al final le pidió el reloj para resarcirse del convite y el otro se lo dio sonriendo. “Los negocios son los negocios”, le dijo. Para una vez que había jugado a las cartas para entretenerse, Pasos Largos le ganó todo lo que llevaba; luego, cuando el aparcero volvió con el resto, cada cual se fue por su lado. Y cuando Rafael llegó a su casa, se encontró a su mujer detenida por haber pagado el rescate. Poco después, Niña Difuntos se echaría a la sierra con el bandolero. Por entonces nombraron alcalde del pueblo a Rafael; llevó la luz eléctrica, remozó la escuela y construyó lavaderos nuevos cerca de la fuente. Quiso interceder cuando a Pasos Largos lo llevaban preso por doble

asesinato, y no consiguió nada. Tenía en su despacho un retrato del rey y tuvo que quitarlo cuando llegó la República: se había granjeado enemigos, y el peor era el administrador de unos marqueses de Ronda. “Guárdate del agua mansa”, le decía su mujer cuando estalló el Movimiento. Todo pareció empezar cuando María perdió el solitario que había heredado de su madre. Lo buscó por todas partes, trajeron fontaneros que casi desbaratan la casa rastreando las cañerías, pero el brillante de la sortija, gordo como un garbanzo gordo, no apareció. Buscaron hasta en el tinajón de las aceitunas, las abrieron una a una y siguieron sin encontrarlo. Aquel día Florentino Zunifredo parecía mohíno y la miró con gravedad. “Con bien venga el mal si viene solo”, pronosticó. Ella se estremeció, temiendo lo que ocurriría después. Rafael venía sangrando a menudo por la nariz, por lo que tuvieron que internarlo en el hospital de Ronda. Al principio no se supo nada, más que lo habían sacado de la cama y se lo habían llevado, porque así lo contaron los que estaban con él. Rafael desapareció y no lo volvieron a ver. Estuvieron mucho tiempo sin saber de él hasta que un tal Pastor, hijo de Florentino Zunifredo, contó que vio cómo lo quemaban en el campo, sin haberlo fusilado primero. Buscaron sus cenizas y sólo hallaron los gemelos de la camisa que llevaba puesta; el mismo curandero los recogió y se los llevó a María. "Cogí lo que pude, ná", le dijo, y enterraron aquello en la casilla de tejado verde del cementerio. El mismo día apareció muerto el Careto; se había tumbado en la cuadra y no volvió a levantarse. Estamparon el nombre de Rafael en una lápida a la puerta de la iglesia, y a María se le quedó el pelo blanco en pocos meses. Abandonó Montejaque y se marchó a vivir a Ronda, a una casa alquilada al lado de la plaza de toros.

***

CUANDO NACIÓ ALACOQUE, el siglo veinte tenía cuatro años. Su nombre le parecía tan natural como el de Carmen o María, y tuvo que pasar mucho tiempo para que empezara a percatarse de que no era tan bonito como los demás. Fue desde siempre una niña revoltosa y díscola. Era alta y desgarbada, vivo retrato de su tío Frasquito; los vestidos se le quedaban cortos y los tenían que alargar, igual que ocurriera con la ropa de su tío-abuelo. Tenía la rara habilidad de hacer las cosas torcidas, más por aturdimiento que por malicia. Las criadas la tomaban por loca porque hablaba con los pájaros, y fue que a los siete años tuvo la meningitis, se le torcieron los ojos y salió de la enfermedad entendiéndose con las aves. Se pasaba la vida en el alambique parloteando con los pavos reales y deshojando las rosas de pitiminí, y era

más mentirosa que la luna y tan fina como un cardo borriquero. “Miente más que da Dios”, se quejaba su padre, pero Florentino Zunifredo, el curandero, le acariciaba la cabeza y decía: "Dejad a la niña tranquila, que tras los días viene el seso". Él mismo le dijo que si orinaba en el extremo del arco iris se volvería varón; desde entonces la niña perseguía al arco iris cada vez que salía, sin que nunca diera con la punta. Otra vez se fue con una amiga pobre a vender castañas por los pueblos y a la vuelta llevaba las rodillas llenas de mataduras. “Con ésta, es lo mismo que majar hierro en frío”, se quejaba su padre, pero el curandero la disculpaba por aquello de la meningitis. Saltaba de un lado a otro las tenebrosas grietas sin fondo, se dejaba caer por los desniveles entre laderas de chaparros y se destrozaba los vestidos con las ramillas y los escaramujos. Arrancaba las espigas y pelaba los granos, y se los comía sin pensar que las raspas se le podían ir por el respiradero. Por la tarde jugaba en la plaza con las otras niñas al Antón Pirulero y había que besar a una vieja como prenda o llamar a una puerta, o andar por la calle con los ojos cerrados. Daban vuelta a la palomilla de un timbre, salían corriendo para esconderse en un zaguán, la puerta se abría y se oía una voz destemplada chillando. Cuando jugaban a la carioca ataban un saquillo de tierra con una cuerda larga y fina, cortaban tirillas de papel de colores y las ataban a la bola, y con la cuerda las volteaban sobre la cabeza hasta que el papel se enroscaba y crujía, y entonces soltaban el hilo y aquello salía disparado hacia arriba como el cometa Halley, encajándose en un tejado o en la rama de un árbol, mientras los tirajos de colores se quedaban bailando al viento. Burreaba en la plaza con los muchachos o saltaba las tapias del cementerio, para jugar a las tabas encima de las tumbas descuidadas cegadas por la hierba, y recorrían los nichos del fondo leyendo nombres, mirando la foto del muerto, alguna casi blanca por el sol, y hurgando en los pequeños floreros que habían tenido agua y ya no la tenían, sino algunas siemprevivas medio muertas. Por eso Alacoque tenía siempre las rodillas con postillas oscuras y las despegaba con la uña, con cuidado de que no sangraran. Le gustaba el sabor de la postilla que sabía a sangre seca cuando la trituraba entre los dientes. Andaba siempre con Pastor, el hijo de Florentino Zunifredo. Cogían cañadú que era caña de azúcar, chupaban y mordisqueaban regaliz de palo hasta que se convertía en una escobilla parecida al esparto, comían las algarrobas que caían de los árboles y guardaban las pipas para hacer rosarios, y algunas no habían madurado y estaban ásperas, y les dejaban la lengua acorchada. “Mientes más que parpadeas”, le decía su madre, y

también le decía que antes se pillaba a un mentiroso que a un cojo, y que con ella era como sembrar en el camino, que cansabas a los bueyes y perdías el trigo. Dormía en una cama grande con su hermana Consuelo y le daba pellizcos por la noche, y aunque Consuelo era tranquila, tampoco le gustaba que la pellizcaran. Entonces se reía de Alacoque, porque al dedo gordo del pie lo llamaba el *porrúo*. Cuando alguien mentaba a la bicha, ella hacía muy deprisa la señal de la cruz. El cura le decía que eran supersticiones propias de gente sin cultura, pero no de cristianos. Por eso le habían impuesto el escapulario de la virgen del Carmen. Había llegado un fraile jovencito vestido de marrón, y era una cosa buena, porque quien lo llevaba y moría en sábado iba derecho al cielo, y si no se moría en sábado iba de todas formas al sábado siguiente. Fueron todas las niñas a la iglesia, y el frailecito de marrón les impuso el escapulario. Su padre le trajo de Ronda un libro de urbanidad para que aprendiera a comportarse. En la página de la derecha había viñetas con una niña rubio con trenzas, que besaba a sus padres, tenía la habitación ordenada y ayudaba a cruzar la calle a los ciegos y a los ancianitos. La niña de la izquierda era flaca y tenía el pelo corto, parecido al suyo, se pegaba con las compañeras y rompía las cosas, sacaba la lengua a los mayores y con una escopeta mataba la imagen del Tiempo que era un viejo encorvado encima de un pedestal. “Esto es más desperdiciado que el unto de mona”, decía su madre, porque a la niña le gustaba la segunda, aunque todo le saliera mal. Compraba calcomanías en la tienda, chupaba el papel y lo raspaba con la yema del dedo, con el dibujo hacia abajo hasta que salían fideíllos negros del papel. Cuando Alacoque se ponía a coser, su hebra era como la de María Moco, que hizo un camisón y le sobró un poco; y de tanto chuparla tomaba un color de pedo de lobo. De cuando en cuando soltaba el trapo a reír, y nadie sabía por qué. “Esta niña está aventada”, se quejaba la madre, porque andaba siempre zarceando por la fábrica y columpiándose de una soga en el matadero. Notaba un mordisco en el estómago al bajar mientras la miraban los ojos de Pastor, que veía en la oscuridad como los gatos, y por la noche se le podía distinguir, agazapado en un rincón del matadero. En un estante había un cajón lleno de clavos, y Alacoque se entretuvo una tarde en acribillar la mesa de hacer chorizos con los más grandes; y lo que nadie creyó nunca fue que lo había hecho sin darse cuenta, cuando vieron que bajo el tablero asomaban las puntas aceradas de los clavos enormes. “Parece un erizo”, pensaba ella, y la cosa la divertía. Se pirraba por los muchachos desde muy pequeña, y cuando sus amigas estaban orinándose en la cama,

ella ya tenía una larga vida sentimental. Ni castigos ni amenazas la hacían desistir de pelar la pava en la ventana con el primero que llegaba, y un día fue Pastor quien se llegó a la reja. "Anda, zarrapastroso, que hueles a zorruno", le dijo, y él le contestó: “mira la otra, que es más fea que el callo”. Tuvo un novio albañil, otro titiritero, y hasta un viejo vendedor de fritadas negro como un moro, que había pasado por el lugar montado en una mula torda. Había compañías modestas que daban funciones de teatro en los cebaderos, se colocaban sillas y se montaba un escenario encima de los pesebres. “Niña, ¿qué dan?”, le preguntaban las mujeres, y ella siempre conocía el programa. Un año por ferias llegó al pueblo un faquir, y Alacoque se enamoró de él. Era un hombre flaco todo lleno de huesos, llevaba un turbante a la cabeza y se pasaba el tiempo tumbado en una tabla con pinchos. Estaba dispuesta a marcharse con él, y lo hubiera hecho si él no hubiera desaparecido una noche como por arte de magia. En su casa la regañaban por desahogada. “El hombre que haga ciento y a la mujer que no la toque el viento”, rezongaba ella. A los quince años terminó por hacerse novia de Pastor, que tenía su misma edad. Por entonces soñaba que estaba acostada con su novio y todos los veían, y otras veces que estaba metida en la cama con su hermana como si fueran hombre y mujer. Un domingo decidieron escaparse juntos, y Consuelo no pudo hacerla desistir. El día fijado caía en jueves, y cuando Alacoque fue a despedirse de la hermana menor, que estaba en la salita zurciendo calcetines, la escena no fue como para derretir las piedras. “Quiero decirte algo”, comenzó Alacoque. “Adelante”, respondió Consuelo, y ella le contó que había pensado marcharse aquella noche. Quería aparecer tranquila, pero se le notaba que se contenía para no echarse a llorar. “Buscaré un trabajo”, le dijo, y ella sin dejar de zurcir contestó: “¿Un trabajo? Será de corista, porque lo que es de otra cosa... No sirves ni para freír un huevo. No creas que me vas a quitar el sueño”. Era medianoche cuando don Sotero el cura, que volvía de dar los óleos a un agonizante, se los topó a un tiro de piedra de la fuente. Primero vio a Alacoque y luego un bulto blanco que se movía en la oscuridad, y era que Pastor se había vestido de fantasma. Llevaba por encima una sábana grande y encajado en la frente un trébede en forma de corona; en cada una de las tres patas del trébede había atado una vela encendida, y las tres humeaban ahora, apagadas por el airecillo. “Vas a matar a tu madre a disgustos”, le dijo a la chica don Sotero, mientras la llevaba a su casa a empujones. “¿Hasta dónde pensabais llegar, pecadores?” Fue entonces cuando los padres determinaron mandar a las tres niñas a un colegio de monjas en la capital.

Amalia, la menor, no tenía más que seis años. Consuelo tenía trece, y Alacoque estaba metida en dieciséis. Era primavera cuando llegaron al colegio del Monte. Por entonces Consuelo era regordeta, con un hoyuelo en la barbilla, y cayó bien a todo el mundo. Rezaba el rosario en las filas, meneaba los labios en un continuo bisbiseo o susurro, y en sus ratos libres pintaba estampas de pergamino con lirios y azucenas, que luego las monjas vendían en las rifas. En cambio Alacoque parecía un alma en pena, un muerto en vida. Los uniformes le quedaban mal y llegaba tarde a todas partes; acudía tarde a la capilla y al recreo, siempre olvidaba el velo, el devocionario o los guantes, y nunca lograba estar donde debía. Y cuando iban de excursión, cuando llegaba ya habían salido todas, o estaban esperándola con caras de perro. Guardaba en el pupitre meriendas atrasadas y rancias y trozos de pan duro, libros sin estrenar, y dentro de la tapa abatible prendía con chinchetas a los actores del cine mudo, recortados de las revistas, o un calendario hecho a mano con los festivos en rojo, donde tachaba una fecha cada día. Contaba los días que faltaban para que terminara el mes, miraba entre la barahúnda de libros y cuadernos, abría el paquete del almuerzo y sacaba un chorizo, dejaba el paquete encima de la Urbanidad y mascaba el chorizo escondida detrás de la tapa del pupitre. Próximo al colegio había un edificio donde daban clase a las niñas pobres de los alrededores, y a las ricas las mandaban allí como castigo. Pero a Alacoque no necesitaban mandarla, porque se escapaba por sí misma muchas veces. Ella no era como las otras, no quería ser como las otras ni moverse a golpes de palmada. Los domingos se aburría de muerte, comían empanada con salchichas y ella lo pasaba saltando la acequia o tocando la campanilla de la puerta. Jugaban a civiles y ladrones, y como era tan bruta todas temían sus embestidas ciegas. En el internado había chicas tranquilas, que siempre parecían estar a gusto y sonreían, pero casi todas mantenían crisis secretas que podían ser penas de amor o cualquier otra cosa. Llevaban velos alargados y estrechos que alcanzaban el borde de las faldas, y los prendían con alfileres de cabeza gorda, que luego dejaban pinchados en el tul. Si olvidaban el velo para entrar en la capilla tenían que quedarse atrás, medio escondidas para no ser motivo de escándalo. Apenas tenía amigas, y al final las monjas tuvieron que avisar a sus padres: “Vale más que se la lleven, esta chica está demasiado encerrada en sí misma”. Estaban a punto de mandar a buscarla cuando ella, por llevar la contraria, decidió quedarse en el convento. Desde entonces cambió de medio a medio, y en lugar de sembrar la rebeldía entre sus compañeras, se hizo tan dócil y

amante del colegio que no quería ir a su casa ni durante las vacaciones. Sus padres tenían que llevársela a rastras, de modo que las malas lenguas llegaron a decir que no era hija natural, sino que la habían adoptado. Tanto tiempo pasó en el internado, que al final jugaba al tenis con las hijas de sus antiguas compañeras. Sólo consintió en salir cuando Amelia, a la que llevaba diez años, dejó el colegio para casarse con don Camilo el médico. Poco tiempo después, quiso el destino que Alacoque conociera a un italiano llamado Zito Palli. Lo oyó cuando cantaba ópera bajo un automóvil, mientras arreglaba una avería del tubo de escape. Cuando se puso en pie vio que era un hombre bajito que no le llegaba ni siquiera al hombro, pero aún así se enamoró de él, y siguió enamorada hasta la muerte.

***

ZITO PALLI HABÍA NACIDO en Buenos Aires de padres italianos, pero nunca se desprendió de su lengua materna. Había ejercido multitud de oficios, viajado por muchos países, y conocía muchos idiomas, menos el castellano. Fue camarero en Francia y cantante de ópera en Londres, y hacia el año treinta llegó a Ronda, donde coincidió con Pasos Largos tomando café o jugando a las cartas en el café Sibajas. Era bajito pero muy aseado, y llevaba el pelo bien repeinado con gomina, botas lustradas y corbata de pajarita, y en el dedo anular una gruesa sortija con sus iniciales. Usaba flexible gris y un bastoncillo con puño de plata que le hubiera servido a un niño de diez años, y al caminar daba saltitos como un pájaro, como si tratara de sobrepasar lo menguado de su estatura. Para saludar a las damas se doblaba por la mitad en ángulo recto, llevaba siempre los pantalones impecablemente planchados, y para ello los estiraba por la noche debajo del colchón. Lustraba las botas a diario con escupitinas, y las frotaba minuciosamente con una bayeta amarilla. Él mismo almidonaba los cuellos de sus camisas, con una vieja plancha de hierro que transportaba en su maleta de piel de cocodrilo, y mientras no dejaba de cantar ópera. Se había especializado en la busca de objetos romanos y árabes, y a ratos ejercía como guía de turistas. Les mostraba las bellezas de Ronda que conocía como nadie, y en un español defectuoso les contaba que allí luchó Sertorio contra Pompeyo, y que él mismo le dio el nombre de Munda. Les enseñaba la iglesia de santa María, templo cristiano que antes fue mezquita y antes templo romano, y antes quién sabe qué. “Somos tan viejos que ya no nos acordamos”, bromeaba en un español chapurreado. Le estuvo mostrando la plaza de toros al gobernador, el día en que llegó a felicitar a las autoridades por la muerte de Pasos

Largos. Y mientras hablaba y gesticulaba, Zito Palli no podía dejar de pensar en aquel cuerpo muerto que estaba en el depósito y que quizá estuvieran empezando a comerse los gusanos. “Fíjese en la barrera de pietra y en el antepequio del balcón, de pura forja rondeña”, -explicaba de memoria. Era la segunda vez que el gobernador visitaba Ronda, y tenía prisa por volver a Málaga, pero tuvo que oír cómo le enumeraban toda la dinastía de los Romero, toreros de Ronda que fijaron las leyes del toreo. “La plaza es propiedad de la Real Maestranza”, intervino el alcalde, y él asintió: “No él la más antigua, ma sí la piú fermosa. Interior neoclásico, chento cuarenta archi rebajati sobre ágiles colonnas de pietra”. Poco después, Zito Palli visitó Montejaque; estaba arreglando una avería cuando pasó Alacoque, que en al acto se enamoró de él por los trémolos de su voz. En su casa no lo querían porque era aventurero y de procedencia dudosa, y tuvieron que celebrar la boda sin el consentimiento de la familia, el mismo día en que se casaba su hermana Consuelo con un tal don Jesús, emparentado con el marqués de los Zegríes. Además de ser guía, entró él de *maître* en el hotel Victoria Eugenia, y estaba muy elegante con su traje negro y su corbata negra de pajarita. Pronto, Zito Palli se dio cuenta de que Alacoque tenía una facilidad pasmosa para los idiomas: dominaba el francés y el inglés, se atrevía con el alemán, y pronto supo el italiano mejor que su marido, de forma que él mismo le preguntaba las palabras que no recordaba. Todo lo había aprendido sola, en los diccionarios y en las enciclopedias, así que él tuvo que prohibirle su consulta para que no lo dejara mal, y al final terminó por quemárselos. “Ya sabes bastante, ahora dedícate a hablar con los pájaros”, le sugirió inocentemente. Se habían comprado una bonita casa frente a la alameda y, como nunca tuvieron hijos, su sobrina Tránsito pasaba largas temporadas con ellos. Era la hija mayor de Amelia y don Camilo el médico. Cuando Zito Palli salía del hotel, Alacoque y la niña iban a buscarlo por la puerta de atrás, por donde estaba la cocina. Él guardaba unos borriquillos de trapo con alforjas llenas de naranjas que eran para los turistas ingleses, y un día le dio un burrito de aquéllos, con naranjas chiquitas de trapo que tenían el mismo color que las de verdad. La querían de veras, y ella les correspondía; Alacoque la vigilaba desde la terraza cuando jugaba en la alameda, se subía trepando al quiosco de la música, o saltaba desde los poyetes y sólo por milagro no iba a hacer compañía a los peces del estanque. Por entonces Alacoque tenía el pelillo suave y ralo como plumón de pájaro, la nariz arremangada y dentadura postiza, y siempre llevaba de un brazo un gran bolso, y del otro a su marido bajito. A Tránsito

la llamaba nena y jugaba con ella como si hubiera sido una muñeca. Un día quiso regalarle el viejo libro de urbanidad donde la niña bien educada estaba a la derecha, y la otra tenía los pelos revueltos, y los ojos redondos. “Esa niña es una pava”, dijo Tránsito señalando a la rubia de las trenzas. “Vaya por Dios”, sonrió la tía, comprendiéndola; y desde entonces Tránsito, como hiciera ella muchos años atrás, se entretenía en leer y releer la carilla de la izquierda. Fue por entonces cuando Zíto Palli había podido comprar una pequeña finca al pie del puente romano, con tan buena fortuna que descubrió en ella unos legendarios baños árabes. Bajaban hasta allí bordeando el palacio del marqués de Salvatierra, con su fachada de sabor incaico donde un par de muchachitas de piedra se cubrían sus partes pudendas con las manos, mientras dos hombrecillos les sacaban la lengua. Luego atravesaban el arco del sillón del rey moro, el puente árabe y el romano, hasta que llegaban a la huerta. Un día Zito Palli estaba arreglando las coles, cuando se abrió un profundo agujero a sus pies. Bajó colgado de una cuerda, y halló una serie de salas llenas de ajimeces y de arcos lobulados; descubrió el lugar por donde pasaba el vapor al baño principal, y halló la sala de relajación, y la de los masajes, mientras Tránsito lo aguardaba arriba junto a las coles. “Non vivía mal Ahmed El Zegrí”, exclamó al salir, después de trepar por el agujero. Instaló un anticuario en su casa frente a la alameda, y desde entonces convivió el matrimonio con las monedas y medallas antiguas, y los toros ibéricos de piedra berroqueña. Vendía de todo, cachivaches romanos y piedras de colores que estaban guardadas en vitrinas con fondo de terciopelo, y los turistas los sorprendían almorzando entre capiteles corintios. La familia se avergonzaba y no querían pasar por delante de la casa en donde entraba todo el mundo, aparte de que Alacoque decía cada vez más palabrotas, sin importarle delante de quién. Zito Palli se especializó en venderles a los extranjeros el reloj de bolsillo de Pasos Largos, y para ello no daba abasto a hacerse con relojes antiguos de toda procedencia. Se dedicaba a mandar carteles de toros grabados en seda azul celeste a los más ilustres personajes del mundo; ellos le contestaban, y tenía cartas de las más famosas estrellas del cine, del presidente de China comunista y de la otra, del duque de Edimburgo y su mujer, de cuatro presidentes de Estados Unidos, y hasta del general Franco que no escribía cartas a nadie. Algunos papeles empezaban a ponerse amarillos cuando Alacoque quiso enseñarle a Tránsito la lengua de los pájaros, así como el francés y el inglés, pero Tránsito no descubría la pólvora, ni se le daban los idiomas. Sí le gustaba mirar aquellas piedras rojas como

rubíes, verdes como esmeraldas, aunque nunca estuvo segura de que fueran en realidad más que pedacitos de cristal. Así que la tía la dejó por imposible, y se dedicó a buscarle un novio. Le regaló una colcha de seda italiana con faisanes bordados para cuando se casara, pero la colcha estuvo tantos años guardada, que acabó deshilachándose la seda y sólo quedaron los faisanes al aire, bordados en colorines.

***

CONSUELO HABÍA SIDO una niña regordeta y bonita. Tenía hoyuelos en la cara como su abuela doña Ana y era piadosa como ella, pero heredó la alegría de su bisabuela doña Laura, aunque siempre la vestían de negro porque no había acabado un luto cuando lo empalmaba con otro. Iba a la catequesis que impartía don Sotero el cura, y él le daba recortes de oblea que se le deshacían en la boca como los barquillos. Guardaba estampas de todos los santos, de san Antonio con el Niño en brazos, de la Milagrosa con rayos en las manos y de san Juan Bosco rodeado de niños. Tenía la casa llena de altares adornados con pensamientos y margaritas; las estampas terminaban alabeándose al sol en el poyete de las ventanas, y las flores por amustiarse en los frascos de brillantina. Le gustaba cantar arias de zarzuelas, y lo hacía tan mal que la mandaban a los cebaderos a entonar “La linda tapada”. Cuando a los trece años la llevaron interna al colegio de monjas, sor María de la Fe empezó a enseñarle a pintar estampas devotas, y ella se pasó años iluminando a la acuarela varas de azucenas y manojos de violetas sobre el pergamino. Todos los días se encajaba el camisolín de piqué blanco que ataba a la cintura con cintas de hiladillo, encima se metía el uniforme, se lavaba a lo gato y salía a toda prisa para no llegar tarde a la capilla. Las ventanas tamizaban una luz muy suave y todo era suave allí, las maderas y los dorados, los manteles almidonados en el altar, y el brillo de las velas siempre encendidas. Sólo podían entrar allí a rezar las Hijas de María, y ella lo era. En las funciones de teatro sonaba la muñeira y salían aquellas dos hermanas gallegas que la bailaban siempre, que llevaban faldas coloradas con franjas negras, corpiños de terciopelo negro, blusas blancas y pañuelos atados a la cabeza. Al saltar en la tarima lo llenaban todo de polvo, luego bajaba el telón chirriando y cambiaban el decorado de columnas por unas tarlatanas con árboles. En Navidad desenterraban las túnicas de los profetas y de los ángeles, las zamarras de los pastores, y una religiosa aporreaba villancicos al piano mientras el público lanzaba confites y dulces; y, para alcanzarlos, estaban a pique de caerse del escenario. Su hermana Alacoque hacía siempre de demonio, le habían

confeccionado un disfraz de raso negro con un rabo largo y mangas acuchilladas en rojo y negro; el rabo lo habían rellenado, y estaba tieso y duro. Hacía mal el papel, porque lo olvidaba, y era el único fallo en toda la representación. En lugar de caramelos, Consuelo les pedía a sus padres tubitos de acuarela y purpurina, que vendían suelta en la droguería y lo dejaba todo como si hubiera sido de oro o de plata. El polvillo venia en papelillos y ella lo mezclaba con goma para que no se despegara, y con la punta del pincel bordeaba la letra mayúscula de la jaculatoria. Adornó los botones del uniforme con florecillas, y estaban mucho más bonitos. Luego, su padre le compró unos tubos de pinturas de óleo, y desde entonces consumía sus vacaciones pintando la serranía, y las piedras grises veteadas de blanco que había entre Montejaque y Benaoján. Lo hacía de memoria, porque se sabía de memoria su pueblo, y el aguarrás se iba tiñendo mientras surgían en la tela las lajas verticales y lisas apiñadas en grupos. El vestido de luto de Consuelo contrastaba con el blanco de la cal en las paredes, su perfil era nacarado y sus manos blancas y finas. Un día quiso pintar una Purísima, y todos vieron con estupor que tenía las pupilas coloradas. Entonces se dieron cuenta de que era daltónica, y que no había sido un simple capricho que pintara en verde el tejado de la ermita cuando en realidad era rojo, y que las manchas color rosa eran para ella de un verde muy claro. Nunca entendió nadie si confundía el rojo con el verde porque los veía iguales, o era que los trabucaba, o era que ni siquiera los veía. Su afición estuvo a punto de venirse abajo por el inconveniente. Le sugirieron que se dedicara a la escultura y la casa se llenó de pequeñas arquetas talladas con cabezas de guerreros, de bargueños enanos haciendo juego con pequeñas mesas salomónicas, y de jamugas diminutas que se abrían y cerraban como las de verdad. Pero luego volvió a su afición natural y siguió pintando paisajes de memoria y estampas con azucenas. Cuando salió del internado había adquirido distinguidos modales, era bonita y lo sabía, y se pasaba horas ante un espejo de tres cuerpos que le devolvía su perfil. Tenía muchos pretendientes, como en tiempos le sucediera a doña Laura, pero tampoco se decidía por ninguno. Un verano actuó en Ronda en una función de aficionados y allí conoció a don Jesús, que era primo y cuñado del marqués de los Zegríes y vestía en la comedia calzas de seda y zapatos de tacón, llevaba tirabuzones en el pelo y una coleta, y una casaca de damasco orlada con cenefas de colores. Ella estaba lindísima, con su túnica de gasa ceñida al cuerpo, con un velo de lo mismo y una trenza gruesa hecha de gasa que le costó a su madre un ojo de la cara. Desde el primer momento, don Jesús se

quedó prendado de Consuelo. Por entonces los dos tenían que ayunar porque habían cumplido los veintiún años, y se atiborraban en el almuerzo para evitar el apetito de la noche. Había una comezón que no era hambre sino la imposibilidad moral de comer, el terror de considerar que no golosearían nada en todo el día hasta la colación de la noche, y nunca supieron si lo lícito entonces era el vaso de leche, o el vaso de leche y un bizcocho, o si también un huevo frito, todo según la amplitud de conciencia de cada cual. Él era un estudiante aventajado que estaba terminando la carrera de derecho y pensaba preparar notarías. Empezó escribiendo a Consuelo, luego se hicieron novios y él seguía preparando oposiciones, iba a hacer nueve años que empezaron a escribirse y se hubieran cumplido los catorce, y se hubieran convertido en viejos si Dios no lo hubiera remediado. Pero lo remedió, y don Jesús salió notario. Ella dibujó los muebles a escala en pequeño, instalaron un taller en el alambique y un carpintero los reproducía a tamaño natural. Cuando al fin pudieron casarse, ella estaba nuevamente de luto, y además tenía un grave inconveniente, y es que nunca había relacionado el acto del matrimonio con el flujo menstrual. Había para no creérselo, diez años con un novio y ya con treinta, y sin saber nada de aquello. Fijó una fecha cualquiera, y hablando con una amiga íntima le dijo: “Mala suerte, la boda va a coincidir con la regla”. La amiga abrió unos ojos como platos. “¿Pero cómo puede ser eso? ¿Es que nadie te ha dicho nada?” “Nadie me ha dicho nada, te lo juro, pero es que tampoco yo lo he preguntado”. Se tuvo que cambiar la fecha de la boda, hubo que dar explicaciones a la familia del novio, y hasta al novio con mucha vergüenza, porque también estaba en la inopia; y menos mal que no se habían hecho las participaciones. Quiso el destino que quedara embarazada en su primera noche, o a lo sumo la segunda, porque no volvió a ver la regla ni la vería nunca, ya que siempre paría o criaba. Pasaron la luna de miel en París, en el palacete deshabitado que había mandado construir el primer marqués de los Zegríes, antepasado del novio. Allí estuvieron encerrados una semana, mientras a su puerta se acumulaban los periódicos y las botellas de leche. Hicieron el amor a la manera de los argentinos afincados en París, y mientras a él se le crotulaban los epídimos, ella aprovechaba para opilarse los escatilunios gritando evohé, evohé, muchos años antes de que lo experimentaran Lalita y Oliveira. Cuando salieron estaban agotados, y ella creyendo que cometía un grave pecado si a su marido se le negaba una sola vez. Cuando recogieron las botellas ya se había cortado la leche, las noticias estaban atrasadas y ella estaba preñada del mayor, y a don Jesús tuvieron que ponerle

durante muchos meses inyecciones de hígado de bacalao. Consuelo tenía sus dudas acerca de sus sentimientos de maternidad porque nunca había sido muy tierna con los niños. “Llegar a querer a algo engurruñado que sale de ti”, se decía, y se atormentaba con remordimientos precoces. Pero luego la cosa pareció funcionar, quitaba las cacas como nadie, no olvidaba la hora de los biberones casi nunca, y se daba una maña especial para provocar el eructo de la criatura. Fue maestra en sarampiones y toda clase de erupciones infantiles, porque durante doce años se dedicó exclusivamente a la recría. Crió al pecho a todos sus vástagos, y si no crecieron más fuertes y robustos no fue culpa de ella, sino de los genes paternos, porque todos salían a su padre y eran varones descoloridos con pecas oscuras. Al primero lo llamaron Pedro, y según iban naciendo les fueron poniendo los nombres de los apóstoles. Don Jesús había colgado el título de notario que tantos sudores le costó, y vivían en la casa de Montejaque que había abandonado doña María. Consuelo estaba muy hermosa, y en el pueblo todos la llamaban la Señora. Rezaba todos los días el rosario como su abuela doña Ana, pero se ahorraba los padrenuestros y jaculatorias, y entre misterio y misterio contaba chistes inocentes. Por las noches se manejaba con aquella barriga, con un esquijama que se hizo con un pantalón largo de felpa, cuando los primeros esquijamas no se conocían, y se tenía que levantar a medianoche para amamantar a su hijo y se quedaba helada, encendía la estufa eléctrica y se quedaba dormida en el sillón con el apóstol de turno colgado de la teta. Porque nunca hicieron el amor contra natura ni usaron ninguna clase de anticonceptivo, así que estaban libres de pecado y tenían el alma como dos ramos de azucenas. Ya al final la cosa cambió, bien porque él hubiera perdido las ganas, o es que estaba demasiado ocupado escribiendo la Historia de las Generaciones, una especie de genealogía familiar. Con eso, y con que los años no pasan en balde, no estaba para muchos retozos. En fín, las cosas corrientes de la vida. Pero en un principio había siempre dos bebés casi iguales en las bonitas cunas niqueladas; por la tarde bañaban a todos los hermanos y los llenaban de volantes y encañonados, y cuando salían a la plaza con sus niñeras, aquello no parecía una familia, sino la salida de los toros. Dos de los niños nacieron tartajosos. Cuando el padre volvía de Málaga de completar el material para sus Generaciones, los niños saltaban de sus cunas y todos acudían a él como moros a pasas, porque les traía triciclos de maderas pintadas y coches con pedales, trajes de torero y hasta un disfraz del Coyote, con sombrero negro y antifaz. Y uno de indio con plumas y un arco con flechas que disparaban a un blanco

con círculos verdes y amarillos. Una vez les llevó once gaitas con largos flecos de seda que ostentaban los colores de la bandera nacional; desde entonces, andaban unos tras de otros como cangilones de noria, soplando las gaitas. Les compraba caramelos, y como eran angurriosos se los guardaban y hacían que los comían; así, cuando los menos cautos se los habían comido de veras, los otros se burlaban. “En esta casa el más tonto hace aeroplanos”, decía muy satisfecho don Jesús. Crecieron los hermanos, hasta convertirse en unos muchachos correctos y educados. “Ellos para arriba y nosotros para abajo”, decía el padre moviendo la cabeza, pero a punto estuvo de perder al primogénito. Pedro, el mayor, era aficionado a las armas de fuego. Un día que estaba jugando con la pistola de su padre estuvo mirando por dentro el cañón, y cuando la volvió hacia abajo la pistola se disparó, y le encajó un tiro en el pie. Bien fuera por la providencia o la suerte, lo cierto es que a poco se le mete el tiro por un ojo. Hubo una procesión de acción de gracias con penitentes y monagos, con estandartes y banderas, y a excepción del herido todos sus hermanos hicieron prematuros votos de castidad, aunque decía la gente que se lo había ordenado el padre para evitar engorros genéticos de nuevos tartajosos. Con el tiempo fueron ingresando en el Opus Dei, no sin antes procurarse una buena dote y equipos completos, porque se iban al extranjero y allí tenían que alternar. Escribían a casa cada siete días y echaban las cartas escalonadas según la procedencia, desde el más lejano que estaba en Sumatra y tenía que escribir con una semana de antelación, al más cercano que se había quedado en Sevilla.

***

GUADALUPE CONSUELO fue un producto otoñal de su madre. Era la menor de los doce apóstoles y once años más joven que el que la precedía. Estuvo en un tris de llamarse Judas Iscariote, de lo que la libró su tía Amelia, que fue su madrina de bautizo. Creció consentida, comiendo chucherías y haciendo destrozos, y era más fuerte que todos sus hermanos juntos. “Esta niña está creciendo como los salvajes de África”, se quejaba su madre, ya en los sofocos de la menopausia. Desde que abandonó la lactancia hablaba como un carretero, y adoraba bajar al cebadero y mecerse en el columpio de cuerda que había sido de Alacoque, porque dando impulso daba con los pies en las vigas del techo. Montaba la bicicleta de su padre, que era grande y niquelada, despreciando la suya que tenía ruedecillas a los lados, y se metía a jugar en la carbonera con los chicos del pueblo. “Es más áspera que un cardo cuco -se desmoralizaba don Jesús. -Ha salido a su tía Alacoque, aunque mucho más burra”.

“Costurera sin dedal cose poco y lo hace mal”, la aconsejaba Consuelo, pero ella no sabía o no quería coser con dedal, y apoyaba la aguja en la yema del dedo hasta que la tenía llena de agujeros como un acerico. Consuelo sacaba fuerzas de flaqueza para perseguirla por los corredores y meterla en el baño, porque era enemiga del jabón, y una niña tenía que tener bien limpias la cara y las manos, tenía que lavarse los dientes después de comer, tenía que dejar bien puesta la ropa en una silla, y no podía amarranarse nunca. Miraba pintar a su madre y ella dibujaba Maripepas, y las coloreaba con las acuarelas. No iba a la escuela nacional, sino a un colegio privado que había abierto el Opus cerca del alambique, en un local que había sido cochera y ahora era un aula grande llena de niñas y de murales de colores. Le parecía imposible aprenderse el catecismo de Ripalda con tantas preguntas y respuestas seguidas sin nada que le diera una pista, y cuando llegaban al limbo se lo imaginaba como un sitio cursi con angelitos que no tenían cuerpo, como en los cuadros de Murillo. También estaría allí el tonto que veían en la iglesia sentado en el último banco y haciendo morisquetas, hasta que un día lo dejaron de ver y ella pensó que estaría en el limbo, con todos los niños que morían sin bautizar. Enredaba en las clases y pateaba con disimulo a las compañeras, cerraba el pupitre de golpe y lo rayaba con una cuchilla, trazando corazones con su nombre ligado al de todos los chicos del pueblo. Cambiaba en clase prospectos de cine, siempre tenía los difíciles y daba uno a cambio de diez. Un día llegó al pueblo un fraile vestido de marrón, con la barba blanca como un chivo, y se hospedó en su casa, porque venía a imponer los escapularios como se había hecho en el pueblo desde tiempo inmemorial. “¿Quieres ser monjita?”, le preguntó a Guadalupe Consuelo, y ella le contestó que se iba a hacer monja de dos en celda. “Bendito sea el Señor”, se santiguó él. Siempre fue una niña precoz, y a los nueve años, su primer ejercicio de redacción causó estupor entre sus maestras: “Caperucita era una linda niñita -decía-, con unas rubias trencitas y un delantalito de flores. Salió de su casa a llevarle varias cosas a su abuelita. Pocos días antes, Caperucita había encontrado sangre en sus braguitas, y se había asustado mucho. ¿Qué es esto, mamá? ¿Será que he reventado por dentro? No, Caperucita, estáte tranquilita, es solamente que te has convertido en mujercita. Pero ahora tienes que tener mucho más cuidado con el lobo”. La pusieron al fondo de la clase para que no contaminara a las demás, y sólo cuando don Jesús le regaló a la profesora una máquina de cortar chorizos en lonchas, y chorizos para cortar, la maestra se mostró más amable. Guadalupe mentía más que la gaceta, igual que su

tía Alacoque, y sus amigas la temían más que la querían. Compraba tiras de mixtos cachondeos y con ellos las sobresaltaba, o tiraba piedras de fósforo entre las piernas de las viejas, y mientras las otras daban la lección, ella tarareaba canciones de cuplé, y se hurgaba dentro de las bragas buscando los rincones. Le gustaba comerse los mocos porque estaban saladillos y mientras decía para sus adentros todo lo que sabía que no se podía decir, y salmodiaba por lo bajines, disimulando:

San José era carpintero y hacía muchas virutas,

y se gastaba el dinero en aguardiente y en putas.

Curioseaba en los cancioneros que guardaba su padre, y de allí sólo aprendía los cantares de cuernos. Había una cosa que le daba rabia y era que tarareaba constantemente por dentro aunque no quisiera, y además se inventaba palabras raras, terminaciones raras para las palabras como cachundacalero o calerocachunda, y todo el tiempo las tenía dando vueltas dentro de la cabeza. No sabía cómo librarse de aquello, lo veía imposible. Fue por entonces cuando sufrió el accidente que la dejaría inútil para procrear. Estaba su padre trabajando en su Historia de las Generaciones, y tanto lo importunó que él la persiguió por toda la casa con una vara en la mano. “Ven acá, que te voy a dejar más suave que un guante”, le decía. Era un piso bajo y ella encontró una ventana abierta, y sin pensarlo dos veces saltó, con tan mala fortuna que quedó ensartada en una estaca y el padre arriba blandiendo la vara, y sin atreverse a saltar. El médico le extendió un certificado de virginidad, y sus hermanos la llevaron a recorrer el mundo para que olvidara su desgracia; pero ella no era desgraciada en absoluto, porque ya no tendría que hacer voto de castidad como los otros. “No tendré que tomar píldoras -decía despendolándose a reír-, así que no me saldrán varices. Ni tendré que usar aparatos incómodos, ni respetar los ciclos, y podré hacer uso del matrimonio cuando me dé la gana”. No tenía once años y había recorrido los cinco continentes. Sus hermanos le traían de China muñecos fabulosos, cestillos de labor llenos de sedas de colores, con punzones y agujas de crochet, dedales de hueso y agujas de todos los tamaños, y alfileteros con florecillas menudas. Y cartones con ropa para las muñecas, con katiuskas de goma y sandalias de tirillas, y un disfraz de enfermera con su cofia y una cruz roja en el pecho, pero era como echar guindas a la tarasca. En cambio, era una experta imitando a Elvis Prestley, y les pedía a los reyes tocadiscos y estéreos que instalaba en un altillo, cerca del matadero donde se mezclaban los berridos mortales de los cerdos con los acordes de la música rock. Sus

hermanos le enviaban discos de todos los países, y equipos de alta fidelidad que ella acomodaba en el altillo. Cuando llegaban a casa la querían hacer del Opus Dei, pero ella se mofaba y hacía muecas soeces a sus espaldas, por causa de los genes que había heredado de Carcunda. Cuando murió su prima Tránsito, que era moza vieja, ella le organizó un funeral de rock-and-roll. Por entonces mucha gente del pueblo se había marchado a Alemania, y mandaban dinero a la familia. Todos arreglaban sus casas. Las casas eran las mismas de siempre, o al menos ocupaban el lugar de siempre porque no había espacio para más, pero todas tenían ahora un tresillo al entrar, en las paredes papeles floreados, y habían convertido el corral en un cuarto de baño con losetas negras hasta el techo y grifos dorados. Seguían siendo pequeñas, porque el sitio no daba mucho de sí en aquel lugar tan apretado, pero habían derribado algunas, y en el mismo solar habían levantado una moderna de dos pisos. El pueblo no parecía el mismo, y las gentes estaban orgullosas con razón. Consuelo asomaba la cabeza por todos los portones que veía entreabiertos, y preguntaba en voz alta: "¿Hay alguien?" Todos la acogían con cariño, llamándola Señora, y le mostraban las novedades venidas de Alemania. En los comedores había ahora sillas altas barnizadas, tapizadas en terciopelo de fibra. Habían sustituido las plumas de pavo real de los búcaros por flores de plástico con olores diversos, y habían quitado las losetas del suelo que antes pintaban con almagra por grandes losas de terrazo. Y se mostraban orgullosos del cuarto de baño que ocupaba el sitio del antiguo corral, sobre todo si tenía los azulejos negros y los grifos dorados.

***

AMELIA HABÍA NACIDO el mismo año que empezó la primera guerra mundial, el mismo en que murió Carcunda dormido a lomos de su caballo. Era retaquita como su padre don Rafael, y era su predilecta; también lo era de Florentino Zunifredo, que le contaba cuentos de aparecidos y le enseñaba coplas. Algunas letras eran picantes y ella las cantaba inocentemente, causando la risa de todos. No tendría más de cuatro años cuando el ingeniero suizo que estaba construyendo el pantano la vio bailar la Tarántula encima de una mesa, y tanta gracia le hizo que le regaló un espejo ovalado de plata con mango, con sus iniciales grabadas. Poco después, la mujer del ingeniero se quedó con el mantón de Manila que doña María le ofreció. Cuando se le empezaron a caer los dientes las otras niñas le cantaban lo de *la mellada hizo unas gachas para todas las muchachas*. El diente pendía de un hilo y ella lo removía, le daba vueltas

hasta que acababa por caerse. Si no cedía lo ataba de una puerta y tiraba, y lo escondía después bajo la almohada por si acaso llegaba el ratón por la noche y le dejaba una perrilla para cromos. En las láminas de cromos la bailarina venía pegada con una tira al payaso, con otra a una damisela con peluca, con otra el cestillo de rosas, y por fin al enano. Cuando estaban separadas las figuras ella las ponía en un montón, las cubría con la palma cóncava de su manita y las golpeaba. Algunos cromos se volvían y otros se quedaban boca abajo, y cada jugadora tomaba los cromos que había logrado volver. A los seis años, sus padres la mandaron interna al colegio del Monte. Llevaba una caja de aseo lacada con escenas de chinas, con las caras de hueso y marfil, luciendo en sus kimonos nácar y puntitos dorados. Las monjitas decían: “Sagrado corazón de Jesús en vos confío, tened misericordia de mi, salvad a España”, y era porque España debía estar apunto de perderse. Había un gran patio en el centro del colegio, a dos niveles separados con tela metálica, para que las mayores jugaran al tenis. Fuera estaba el monte al que subían por una carretera en espiral; había de cuando en cuando una cruz para rezar el viacrucis, y arriba del todo un crucifijo negro y grande. Durante el recreo trepaban a los terraplenes y se dejaban resbalar sentadas, como en las lajas de Montejaque. Guardaba el recreo una monja pequeña, que tenía tantos años que nadie los sabía, y una cara redonda como un garbanzo rosado. A Amelia nunca le gustaron los estudios. Los lunes recordaba de pronto que tenía que haber repasado y haber hecho deberes, rogaba angustiada hasta que con gesto de fastidio la compañera le pasaba un cartapacio, y a toda prisa trataba de copiar aquello para cubrir el expediente. Su ilusión era empezar un cuaderno, lo hacía con primor subrayando los títulos en rojo con letra cuidada, pero a las dos páginas ya estaba lleno de tachones. Para atender mejor se sentaba en el estrado a los pies de la monja, y desde allí le veía los hábitos por debajo de la mesa, y colgando a un lado el rosario de gruesas cuentas de madera. Nunca pudo aprenderse que el metro era la diezmillonésima parte de un cuadrante del meridiano terrestre, o sea la parte comprendida entre el polo y el ecuador, y que también era una barra de platino iridiado que se conservaba en el museo de pesas y medidas de París. Estudiaba en geografía los cirros, cúmulos, estratos y limbos, pero no lograba distinguirlos arriba en el cielo. Eran nubes pequeñas y aborregadas que presagiaban lluvia, o estiradas como gasas rojizas, o espesas y densas, y según decía el libro había otras altísimas, en las capas superiores de la atmósfera. Amelia nunca conseguiría distinguirlas, ni podía aprenderse

las cosas de memoria. Apuntaba las fechas de las batallas en la palma de la mano, y para aprenderse las bienaventuranzas echaba mano de trucos mnemotécnicos, y luego olvidaba los trucos. En el mes de mayo cambiaban el uniforme de invierno por uno de verano, era el mes de las flores y llevaban ramos las externas que tenían jardín, para rezar las Flores en la iglesia. El viejo capellán subía al púlpito cuando todas estaban allí y las velas se habían encendido, y mascullaba una oración que todas sabían de memoria. Amelia aprendía música, mientras Consuelo estaba pintando estampas con azucenas. Una escalera de caracol desembocaba en los cuartillos de los pianos, y ella cogía el método y subía, porque las tres hermanas cursaban todas las materias de adorno que se podían dar en el colegio y que a su padre le costaban un riñón. Ante el piano volteaba la banqueta para bajarla, porque siempre la encontraba demasiado alta para ella, y a veces el asiento se salía y rodaba. Se sentaba ante la partitura, leía los signos negros con dificultad y se pasaba horas enteras en la misma línea, mientras oía en otras celdas a las compañeras que también estudiaban música, pero que tocaban de corrido. La nota redonda le recordaba a una señora gruesa y afable, que lo ocupaba todo y apenas cabía por la puerta, y había que apartarse para dejarla pasar. La blanca era una mujer casada muy limpia, que no había engordado todavía pero llevaba camino de ello; y la negra una muchachita pizpireta tostada por el sol, que casi nunca estaba sola, sino con otras compañeras. Las corcheas eran niñas cogidas de la mano, y las fusas aves con las alas desplegadas. El calderón era un sombrero muy solemne y había que quedarse parado cuando aparecía, y el silencio de la negra le recordaba un murciélago. “Da capo”, decía el letrerito, y había que volver atrás y empezar de nuevo junto a la clave de sol, que era una señora mandona. Los puntillos parecían cagadas de mosca y el bemol una be pequeña, y al entonar la nota había que quedarse corta como si la nota no se atreviera a subir, como si se quedara con un pie alzado y sin posarlo en el escalón. Luego, el becuadro hacía que la nota pudiera posar el pie arriba sin ningún reparo. Las Hermanas llevaban tocas blancas y almidonadas y se ocupaban de la limpieza y de la portería, porque eran muchachas de servicio que habían profesado en el colegio. Algunas no eran monjas todavía pero iban para ello, llevaban peinados ñoños y eran dóciles y piadosas. Había monjas y Hermanas viejísimas recluidas en clausura, y oían misa en la tribuna de la iglesia para no subir ni bajar escaleras. Casi todos las monjas francesas eran altas, tenían una larga nariz y gran prestancia, y las españolas rechonchas y coloraditas. La priora era siempre muy alta y

erguida y no se reía nunca, sólo sonreía, y había que inclinar la cabeza y hacer la reverencia cuando una alumna se cruzaba con ella en los corredores. Había en el colegio un letrero que decía “Clausura”, de donde no se podía pasar, y por eso Amelia soñaba por las noches con pasillos oscuros y celdas, y le hacía gracia que las monjas se bañaran en camisón, y que no pudieran tocar sus partes pudendas. Decían que se acostaban con una túnica y una toca sin almidonar. Tenía quince años Amelia cuando su padre la llevó a las ferias de Arcos de la Frontera. Vio reflejado en el espejo del café a un muchacho muy guapo que la miraba, y al momento se enamoró de él. Resultó que era médico y se llamaba don Camilo; la llevaba ocho años, y en un pueblo cercano trataba de erradicar el paludismo y las endemias que asolaban por entonces la Serranía. *En todas las estaciones aparecían enfermedades de toda especie, pero había dolencias que eran más comunes que otras. Las purgas hacían rápidos estragos en los hombres que gozaban de buena salud, y también en los que usaban de malos alimentos. En el otoño, además de una gran parte de las enfermedades del estío, abundaban las cuartanas y fiebres erráticas, las afecciones del bazo, las hidropesías, tisis, estrangurias, lienterías, disenterías, dolores ciáticos, anginas y aberraciones mentales. Del invierno eran propias las pleuresías, perineumonías, letargos, corizas, ronqueras, toses, dolores de pecho y de costado.* A don Camilo le hizo gracia Amelia, tan menudita, porque además le gustaba el jamón, y de eso había mucho en casa de don Rafael. La muchacha volvió al internado, tan enamorada que perdió las ganas de comer y se estaba quedando transparente. Un día, don Rafael recibió en Montejaque la visita del médico, que venía a pedir la mano de su hija. La noticia la hizo revivir, aguardaba continuamente las cartas de su novio y las monjas la dejaban recibirlas sin censura previa. Ya no pensaba en otra cosa y las cartas olían a jabón y a colonia, porque las guardaba en la caja de aseo que tenía chinas en la tapa, aunque todo el mundo las leía porque solía dejarlas olvidadas en cualquier lugar. Tenía una foto de su novio vestido de tuno con la golilla y la capa con cintas, y una bandurria en la mano, y otra en que vestía capa de paño con vueltas de terciopelo, y se le notaba muy bien un lunar que tenía en la mejilla. Amelia curó desde entonces, y no había cumplido los dieciocho cuando salió del colegio para casarse. Aquel año hubo claveles en las mesas del refectorio, los tableros de mármol se habían cubierto con manteles blancos, se respiraba un aire de fiesta y todas las compañeras felicitaron a la prometida. En el pueblo nunca se había visto un ajuar como el suyo, y así don Rafael, que no era tacaño,

se puso pálido cuando le entregaron la factura de los filtirés. “Tiene más suerte que el niño de la bola”, decían las amigas, porque el novio le regaló una pulsera de brillantes para la pedida. Pero cuál no sería la consternación de la familia, cuando el médico se negó a pisar la iglesia para casarse. No practicaba ni recibía los sacramentos en lo que le alcanzaba la memoria, y se negó a confesar y comulgar, aunque le rogaron y le suplicaron. Al final llegaron a un arreglo: la boda se celebró en el oratorio de la casa; el párroco nuevo, que era un hombre joven y liberal a quien llamaban el Cura Mocito, eximió al novio de todo sacramento previo. Él mismo los casó y, entrando en la capilla, la desposada era tan menuda que parecía vestida de primera comunión.

***

DON CAMILO EL MÉDICO había nacido en La Coruña de una familia numerosa. Su padre se llamaba don Crispín y era ingeniero, y profesor de matemáticas en la Escuela de Comercio. Don Camilo tenía el pelo negro y ondulado, una dentadura perfecta y el perfil un tanto aguileño. Cuando terminó la carrera se marchó a Andalucía, dentro de la lucha antipalúdica. Allí conoció niños enfermos de kalazar que empezaban por ponerse pálidos, les crecían las pestañas y se les llenaban las mejillas de un vello oscuro y suave que era el aviso de la muerte. Luchaba contra los parásitos, formaba parte del ejército silencioso que dedicaba sus días a erradicar la endemia, aferrada desde siempre a los hombres, mujeres y niños que la padecían ya en forma resignada, como si hubieran sido conscientes de su impotencia. Entre los afectados del paludismo estaban los niños pálidos de piel transparente que padecían kalazar, que con sus ojos hundidos y sus manitas sudorosas se agarraban al embozo crispados por la fiebre; había vientres hinchados bajo las pobres mantas, y ojos asustados bordeados de largas pestañas, tan largas y tan espesas que parecían un milagro a sus madres, y no eran más que el principio del fin. Porque el parásito se había apoderado de sus cuerpecillos, del interior de su bazo y de la médula de sus huesos, chupaba su sangre y deshacía sus glóbulos, mientras que por un extraño fenómeno las pestañas crecían y las mejillas se cubrían de un suave vello oscuro. Con el tiempo, don Camilo llegó a conocer al dedillo toda clase de mosquitos, de forma que su tesis doctoral versó sobre un ejemplar raro, antes desconocido por allí, y del que sólo se había visto otro espécimen en Europa. Todos los periódicos de Andalucía habían publicado la noticia en primera página. Fue por entonces cuando vio a Amelia reflejada en el espejo y le hizo gracia aquella muchachita menuda, y más cuando alguien le dijo que su padre era el amo de

media Serranía. Cuando llegó a Montejaque a pedir su mano, le admiró la distorsionada geometría de los tejados desiguales, desparramados en la ladera. Pasado el tiempo don Camilo se instaló por su cuenta en la provincia de Sevilla. Cobraba a duro la consulta y los enfermos abarrotaban la sala de espera, el rellano de la escalera y hasta el cuarto de baño; se sacaban todas las sillas de la casa y terminaban sentándose en los escalones. Él se lavaba las manos a cada paso porque muchos estaban enfermos del pulmón, hacía que todos en su casa se lavaran también y hablaba siempre de bacilos, repitiendo que el jabón era el mejor sistema para combatirlos, porque se enquistaban y aguantaban así tiempo y tiempo, y resistían al alcohol pero no al jabón. Tenía en el laboratorio tubos llenos de sangre roja y de orina amarilla; con una pequeña manivela los volteaba y se perdían de vista de tan rápidos, deteniéndose luego poco a poco. Introducía la pipeta en el líquido oscuro que era sangre, o amarillo que era orina o blancuzco que era algo peor, absorbía con cuidado y de allí lo trasladaba al portaobjetos, y a veces se le iba la chupada demasiado arriba y tenía que enjuagarse la boca con un desinfectante. Luego, estudiaba su composición en un viejo modelo de microscopio. Al final se hartó de ganar duros en la provincia de Sevilla y se trasladó a Málaga, pasando por Ronda donde nació su único hijo varón. El matrimonio tenía problemas con los hijos porque llevaban el errehache trabucado. Tránsito que fue la primera no sufrió nada, a la segunda le tuvieron que hacer transfusiones de sangre en la cabeza, pero el tercero murió en brazos de su abuela doña María. Junto a la cuna se sentaba Amelia a llorar, guardaba la medalla del niño en un cajón de la coqueta junto con los velos y las estampas y los libros de misa, hasta que enmedio de su crisis decidió marcharse de casa. Quiso llevarse a las niñas con ella pero las niñas decidieron quedarse con el padre, y por si hubiera sido poco llegó tarde a coger el autobús de los Amarillos y tuvo que volver. En Málaga don Camilo no cobraba a los pobres y se desquitaba con los ricos. por eso los clientes pobres lo querían, y los ricos también aunque les cobrara, porque a muchos les había salvado la vida. No había engordado nada y pesaba lo mismo que a los dieciocho años, de forma que las muchachas iban por verlo a la consulta, y eso lo sabían por la enfermera, porque él era un hombre muy serio. Le gustaban las corbatas de color granate y llevaba mondadientes en todos los bolsillos, en los trajes, en las gabardinas y en las batas de la consulta, y tenía reserva en el cajón de la mesílla y en los del despacho. El brazo derecho se le salía por el hombro desde una vez que se tiró de un trampolín y cayó de mala postura. Cada vez

lo tenían que llevar al hospital, hasta que al final había aprendido a metérselo solo. Se daba fijador en el pelo porque tenía mucho, era una crema verde y babosa que venía en frascos de cuello ancho; todos los peines los dejaba llenos de fijador, y por eso Amelia decía que con tanta pasta el pelo le olía mal, y usaba un peine para ella sola. Aunque seguía bajita le lucía mucho el arreglo, y desde por la mañana se ponía los pendientes de brillantes que habían sido de su abuela, las sortijas y las pulseras, porque a su marido le parecía mal que anduviera sin arreglar por la casa. Era muy difícil que a él le gustara un vestido, sacaba faltas a todo lo que no había elegido como si sólo él hubiera tenido buen gusto, aunque quizá no lo tuviera tan bueno como creía, y más bien su mujer lo tuviera mejor. Sus hijas nunca lo vieron ir a misa, y para tranquilizarlas les decía que había ido de madrugada. Amelia conservaba su ajuar en los cajones de la cómoda y ponía los juegos sólo de cuándo en cuándo porque eran tan difíciles de planchar, cuajados como estaban de un filtiré fino como tela de araña. Usaba peinadores de seda y los dejaba colgados detrás de la puerta del cuarto de baño, por una costumbre que le venía del colegio de monjas. Conservaba sus cartas en la caja lacada con chinas que seguía oliendo a jabón y a colonia, que tenía un agujero con escudo para meter la llave, aunque la llave se perdió hacía tanto tiempo que ya ni la recordaba. También se cayeron los departamentos de tablillas, pero el espejo no se había roto, y Tránsito quería llevarse también el estuche al colegio cuando fuera interna. Metería allí el jabón con su jabonera, el peine, el cepillo de uñas y la peina espesa que las monjas obligaban a tener, el cepillo y el tubo con la pasta de dientes, todo dentro de la caja negra con chinas pintadas. Habría que ponerle un candado pequeño, porque hacía tanto que se había perdido la llave. Sobre la coqueta del dormitorio estaba todavía el espejo ovalado de plata con sus iniciales, y en los cajones de mayor a menor estaban los libros de misa con los velos doblados, y la medalla del niño que se murió, y un cepillo de limpiar la ropa. Conservaba abanicos de blonda con escenas románticas, estampas de la Virgen pintadas con ramos de azucena, guantes de piel de cabritilla, y en una puertecilla abajo las zapatillas de paño de don Camilo. A Tránsito, su hija mayor, lo que más le gustaba era aquel espejo ovalado con mango, con las iniciales grabadas, que le regalara a mamá el ingeniero suizo que hacía el pantano en Montejaque, por bailar de niña la Tarántula encima de la mesa.

***

TENÍA TRÁNSITO DOS AÑOS cuando su madre se quedó embarazada por

segunda vez. Dio a luz en Ronda, en la casa frente a la plaza de toros, donde doña María, su abuela, se acababa de mudar. A la recién nacida la llamaron Plácida, y el que le puso el nombre debió ser adivino o profeta. Así como Tránsito fue desde siempre una niña feúcha, Plácida fue bonita desde siempre. Se parecía a su padre y tenía los ojos negros como él. Era tan pacífica que no lloraba nunca, ni siquiera cuando la bañaban en una palangana y la palangana se cayó, ella se rompió la clavícula y no lloró siquiera. Era tan buena que podían dejarla en la azotea, horas y horas debajo de la lluvia, metida en su capacho de palma, y lo único que haría sería chuparse el agua que le caía encima. Claro que aquello no pasó más que una vez, y fue que se olvidaron. También fue lista desde que nació, al contrario que su hermana Tránsito que nunca descubrió la pólvora, y adoraba a su hermana mayor por algún recóndito misterio de la sangre. Y aunque nadie la enseñó a leer, un día la encontraron en la cuna leyendo el periódico de corrido. Siempre le habían llamado la atención aquellos garabatos tan graciosos que los mayores llamaban letras, hasta que empezó a juntarlos de dos en dos, luego de tres en tres, y quisieron decir algo conocido. No tenía dos años y leía los cuentos de Pepinillo y Garbancito, los de hadas noruegas y los de Pinocho, que tenía una nariz larga de madera y una casaca azul con vuelos, un lazo al cuello y un gorro puntiagudo, y estaba además el malo que se llamaba Chapete y tenía forma de huevo. Pinocho liberaba princesas, viajaba en un cesto a la luna mientras los globos hacían que el cesto se elevara, pero a mitad de camino los globos se habían dividido en dos partes y el cesto no subía ni bajaba por las leyes de la gravedad. Popeye y Pilón pescaban sirenas, Popeye pescó una sirena muy bonita con un hermoso pelo rubio, pero era caprichosa y sólo sabía pedir sortijas, collares y pulseras, así que Popeye volvió a tirarla al mar y pescó otra sirena fea y delgaducha, pero que no le pedía nada. Era increíble que a Popeye lo asaran a flechazos y él ni se enterara, aquello no casaba con la idea que Plácida tenía de la realidad. Le daba pena de Aladino cuando su malvado tío lo dejaba encerrado en la cueva, pero luego se consolaba cuando los genios trabajaban de noche para él, y le construían un palacio de lapislázuli con los pasamanos de oro macizo. Las adivinanzas las acertaba enseguida y Tránsito se quedaba pasmada de ver lo lista que su hermana era: “No tiene pies y corre, no tiene dedos y lleva anillos”, o “qué cosa es la que cuanto más grande menos se ve”, y contestaba en el acto que eran la cortina o la oscuridad. Jugaba al ajedrez como una persona mayor, y a los cinco años hacía toda clase de juegos con los naipes, mientras que Tránsito no sabía jugar ni a la brisca.

Desde pequeña vivió en Morón de la Frontera. Sabía que había guerra pero nunca oyó las explosiones, porque la tenían escondida en la despensa, metida en la cuna rosa de madera con pájaros pintados. Dominando el pueblo estaba la estatua de un gallo desplumado con el pico muy abierto, sobre un alto pedestal. Cuando hacía calor, que era casi siempre durante el verano, subían todos a dormir a la azotea bajo las estrellas, y era tan grande que ocupaba toda la parte alta de la casa, y desde allí se veía el gallo. Criaban allí en un macetón un níspero pequeño, que daba frutos con pipas grandes y gemelas, y una planta que llamaban madreselva con un aroma pegajoso y largos filamentos blanquecinos. Les regalaron un chivito, Plácida se encariñó con él y lo engordaban en la azotea hasta que llegara el momento de comérselo, pero cuando el momento llegó nadie quería matarlo, era como si hubieran acuchillado a alguien de la familia. Daban largos paseos por las afueras entre edificios que eran fábricas de jabón y las niñas llevaban bragas atadas con cintas, de modo que cuando más descuidadas estaban podían destrabarse las cintas y caerse las bragas, y aunque a veces no llegaran a desatarse, el nudo se quedaba flojo y amenazaban con caerse. Tenían dos pepones guardados en la alacena, dos muñecos grandes de cartón piedra casi iguales pero que ellas distinguían. Sus ojos no eran de cristal sino pintados con pintura brillante, los pelos también eran pintados y formaban bultos en las cabezas demasiado grandes. Tenían además una jirafa rellena de serrín con pintas negras en el cuerpo, una cocina de madera con su cortina de lunares, y sillas de madera para llevar a los muñecos, la de Plácida rosa y la de Tránsito azul. Y un cisne que era una bicicleta sin pedales y que avanzaba llevando la cabeza del cisne hacia adelante y hacia atrás. Pero entre todo lo que hubieran podido regalarle, Plácida prefería una varita mágica con una estrella de papel en la punta, que fuera la llave de todos los deseos. Le habían prohibido hablar con los soldados porque tenían piojos. “Tu padre sí que tiene piojos como gambas”, le decían ellos. En la consulta estaban el laboratorio y la sala de espera, el despacho y la sala de rayos, y en un cajón su padre guardaba dos pistolas, una con cachas de nácar. También tenía un muchacho que hacía las veces de recadero, a quien llamaban el limpiatubos porque limpiaba los del laboratorio, y contaba a las niñas historias fantásticas de sus cacerías de leones en África que Tránsito escuchaba atónita, pero que Plácida no se creía en absoluto. Luego nació su único hermano varón, y sólo vivió doce días. Plácida entendía muy bien el problema del erreheche trabucado de sus padres, pero Tránsito siempre creyó que el niño se había desangrado por el ombligo en

un descuido de la comadrona. Aquello sucedió en Ronda en la casa alquilada el lado de la plaza de toros, y como en la cocina preparaban el brasero de picón de orujo y Plácida acostumbraba a andar de espaldas, un día se cayó en los carbones y se quemó el trasero, y le quedó una cicatriz suave y de color de rosa. Muchas veces Tránsito le pediría después por curiosidad que se la mostrara, pero en vano. Cuando a Tránsito se la llevaban Alacoque y Zito Palli al cine de la plaza de toros, a la menor la mandaban el cine de las sábanas blancas, o la enviaban a Montejaque con su tía Consuelo. Y como Plácida aunque buena era un poco pesada, siempre le preguntaba lo mismo: “Cuéntame otra vez lo del retrato de las viejas”, decía. “Tiene detrás un retrato del rey. Cuando la república prohibieron los retratos del rey, y por eso pusimos las viejas encima”. En la cocina las criadas pelaban la piel verde y rugosa de la calabaza y aparecía la carne fofa y anaranjada, la troceaban para echarla al cocido y quedaba entreverada entre los garbanzos y la sopa. Jugaba a farmacias con su primo Pedro, que era de su edad y el mayor de los apóstoles, y Florentino Zunifredo la enseñaba a hacer juegos con barajas. Cuando don Camilo el médico trasladó su consulta a Málaga, el piso era oscuro porque era entresuelo y había que tener siempre las luces encendidas, aunque la casa tenía patinillos interiores a donde daban las habitaciones. En los patinillos ponían colgaduras para jugar, y unos flecos de seda que eran de las niñas de los porteros, y lo malo que tenían los patios era que estaban siempre llenos de basura porque la tiraban desde arriba, y lo peor eran las bolas de pelos de la gente que se peinaba en las ventanas. Había un túnel excavado en la montaña que iba a dar al patio más grande, que había servido de refugio y ahora estaba oscuro y con cajones apilados, y el suelo manchado de carbón. Mientras jugaban dentro notaban un olor muy raro y tenían miedo de las ratas, y era claro que tenía que haberlas; y nunca supieron si el túnel llegaba a alguna parte o salía por el lado opuesto de la montaña, o sí se quedaba a la mitad, porque nunca se aventuraron a llegar al final. La casa tenía puertas de cristal esmerilado y Tránsito las miraba por la noche cuando no había luz en la casa y sí en la calle, y a través de los balcones bajos entraba la claridad de los faroles. La luz se estrellaba en los cristales en miles de puntos luminosos, unos más brillantes y otros menos, de forma que parecían piedras preciosas, y nunca podría olvidar aquellas luces que la dejaban atónita en la oscuridad sin poder apartar la vista de ellas. Alguien daba al interruptor de la lámpara y desaparecía la cascada de fuego como si algo maravilloso se esfumara de pronto, y la miraban con sorpresa. “¿Qué hacías aquí con

la luz apagada?”, le decían. Plácida fue siempre la primera de la clase y adivinaba los problemas de matemáticas antes de que empezaran a explicárselos. Iban al colegio alemán que era un edificio encalado con tejadillos verdes, y fue entonces cuando un profesor se percató de que Plácida miraba los libros de un modo raro, y era porque tenía un ojo vago. Ironías de la vida, por eso bizqueaba siempre que le hacían un retrato y le pusieron gafas, pero seguía mirando con un solo ojo y aún así seguía siendo la primera de la clase y cada vez leía más. Su padre había comprado un gabinete nuevo, un tresillo de velludo que pinchaba los muslos, y cuando Plácida se levantaba del sillón tenía la carne colorada y llena de puntos. La librería era mueble-bar y dentro se encendían bombillas escondidas que iluminaban los espejos, las copas y todos las botellas, entre otras las de un licor verde llamado pippermint. Mientras Plácida leía las obras completas encuadernadas en piel metía la mano en la raja del sillón, entre el asiento y el respaldo, siempre temiendo que una cuchilla de afeitar perdida le rebajara un dedo limpiamente y allí palpaba pelusas y migas de pan endurecidas, hallaba las tijeras que todos echaban de menos, la hebilla vieja de un cinturón, la cinta métrica que buscaban por todos lados y no aparecía, y más migas de pan, y botones de todos los colores y hasta alguna cuchilla de afeitar agazapada en un rincón. A su padre le regalaban anguilas enroscadas dentro de una caja de cartón y sobre papel piqueteado, con ojos de cristal pinchados con alambres, frutas escarchadas y anises de colores incrustados en la anguila, y una mariposa de azúcar que no sabía a azúcar sino a yeso coloreado. Plácida le pedía a su padre el sobrante del bloc de recetas después de arrancadas las hojas, y en las tirillas de papel dibujaba bailarinas remedando la técnica del cine, que bajaban y subían los brazos al pasarlas deprisa entre los dedos. Cogía el tubo de cartón que quedaba del papel higiénico, un trozo de espejo y uno de cristal, y con unas tijeras cortaba el cristal bajo el agua como si hubiera sido mantequilla. Con los cristales y los espejos, el tubo cilíndrico y los celofanes de colores, el kaleidoscopio quedaba terminado. Y aunque era un fenómeno natural de la física, Tránsito nunca pudo llegar a comprender cómo debajo del agua su hermana podía cortar el cristal con tijeras de costura, como si hubiera sido un simple cartón. Los papelillos entonces formaban estrellas caprichosas, tan pronto estaban en redondo, como luceras de catedrales, como se desglosaban derrumbándose en columnas concéntricas. Eran fragmentos verdes como esmeraldas, rojos como granates, amarillos, violetas y azules, y a cada movimiento de rotación cambiaban las formas sin repetirse nunca y formaban

pequeñas estrellas esparcidas. Desde muy pequeña, su padre la había enseñado a mirar por el microscopio. La niña entraba de puntillas y observaba el microscopio que estaba encima de la mesa del despacho, metido en un fanal sobre un fieltro verde y circular rematado de piquillos. Al lado había una vieja máquina de escribir Underwood, y fichas clínicas con dibujos de pequeños pulmones donde su padre esbozaba sombras rayadas con la pluma, distintas para cada paciente. Ella se encaramaba en la mesa, y mientras situaba un ojo sobre la lente, él hacía girar un tornillo con suavidad hasta que aparecían los extraños cuerpos traslúcidos de un color violeta o verde pálido, que estaban dotados de vida. Antes el médico había teñido las preparaciones, y trazaba signos en un papel al tiempo que observaba el microscopio, o reproducía en dibujos a mayor tamaño aquellos corpúsculos de formas anómalas aprisionados en el portaobjetos. Luego los coloreaba con las pinturas de una caja negra y alargada con los rótulos en alemán, en la tapadera abombada hacía las mezclas y tomaba la pintura con un pincel tan fino que no tendría más allá de cuatro o cinco pelos. Cerca, el laboratorio estaba abarrotado de frascos con líquidos azules o con cristales transparentes parecidos a la sal común, y todos los frascos tenían tapones de corcho y etiquetas garabateadas por la letra ininteligible del médico. Las niñas habían oído que su padre era ateo. Tránsito no sabía lo que era aquello, y cuando luego le dijeron que iban al infierno le daba lástima mirar a su padre, porque lo estaba viendo ya dentro de una caldera y a los demonios que lo pinchaban.

***

DON PEDRO era primo de Plácida por parte de madre y había sido concebido en París, en el palacio de sus antepasados que ahora pertenecía al marqués. Desde pequeño fue ojeroso y pálido, y tan endeble que se clareaba. Aunque su padre pudo sacar las oposiciones a notario, nunca se movió de Montejaque, y la familia vivió siempre en el pueblo entre latas de chorizo en manteca que estaban pintadas de azul con letras plateadas. De las vigas colgaban jamones como estalactitas espléndidas, y morcillas oscuras que se arrugaban poco a poco, contrastadas con una chapa de hojalata. Por los cebaderos se paseaba vestido de sheriff con la cartuchera y los zahones de montar a caballo, y al pecho una estrella plateada y brillante, cuando no se estaba bebiendo a escondidas la leche condensada destinada a su hermano el menor. La leche estaba racionada para los pequeños y Consuelo guardaba los botes en la despensa. Él hizo correr las voces de que no le gustaba y hasta le daba asco, así que

cuando alguien se había bebido la leche chupando por uno de los agujeros todo el mundo decía que no había sido Pedro, porque odiaba la leche condensada. Desde pequeño, además de robarse el alimento de su hermano había sido un apasionado por la química, y llevaba a cabo toda clase de experimentos caseros. Echaba una pizca de bicarbonato en el vaso con zumo de limón y el líquido espumejeaba, subía y se desbordaba del vaso anegando la mesa. Compraba llaves pequeñas de hierro y las imantaba, dejándolas pegadas encima de todos los metales, o fabricaba bengalas de colores y bombitas que estallaban al lanzarlas al suelo, y que no eran más que un puñadíto de pólvora envuelto en papel de seda. Tenia una balanza con un juego de pesas diminutas de bronce, metidas en un taco de madera donde cada una ocupaba el hueco apropiado a su forma y tamaño. Las había tan pequeñas como medio guisante, él las sacaba con la uña y con ellas pesaba sus mejunjes, y para apreciar décimas de gramo tenía unas plaquillas de metal semejantes a lentejuelas. Para estudiar las leyes de la cohesión y elasticidad se daba jabón en las manos y luego soplaba, se inflaba una gruesa burbuja entre sus dedos y seguía soplando, la luz brillaba en la superficie de la pompa con todos los colores del iris y conforme seguía soplando las imágenes se estiraban, bien fuera el cuadrilátero de luz de la ventana o el punto luminoso de la bombilla, hasta que la pompa reventaba con una lluvia de minúsculas gotas de jabón. La cuestión era dar con el punto de humedad. Cuando había que borrar algo escrito en tinta su padre se lo encargaba siempre, él se encerraba en el altillo del matadero donde todavía Guadalupe Consuelo no guardaba sus equipos de música porque no había nacido siquiera, y allí tenía una caja con pomos pequeños llenos de líquidos que él mismo había fabricado. Se encerraba con dos vueltas de llave, manejaba los líquidos de distintos colores con un pequeño hisopo, salía sonriendo y decía: “Ya está”. En sus experimentos terminó con las frutas de cera del comedor, de forma que nadie volvió a ver las manzanas amarillas con un carrillo colorado, ni los limones rugosos, ni las peras, uvas y plátanos que habían estado desde siempre en una panera de plata. Porque después del escarmiento las frutas se pusieron pardas y achatadas por los polos, y la plata de la panera tomó unas manchas que nunca se pudieron quitar. Fue cuando decidió ser químico, y su presencia iba siempre seguida del olor de una cierta colonia, pues había inventado una fórmula extrayendo del heliotropo y la lavándula sus primeros jugos primaverales. Más tarde, había cambiado a la jara y el malvavisco. Cuando tuvo edad para empezar el bachillerato lo enviaron interno a los Salesianos de Ronda,

guardaba debajo de la cama matraces y retortas, platillos y almireces. Una madrugada estaba mezclando azufre, salitre y carbón, cuando estalló la mezcla y todos sus compañeros tuvieron que huir despavoridos, atropellándose mientras se alzaba una negra columna de humo de su cabecera. Hubo que dejar las ventanas abiertas durante todo el invierno para que no les lloraran los ojos, pero nunca llegó a quitarse el olor de la pólvora de los colchones y las mantas. Pasó una temporada tratando de aislar la carotina, que era lo que daba a las zanahorias aquel limpio color anaranjado. No había hecho más que llegar al colegio, cuando estuvo en un tris de prender fuego en la capilla inventando unas velas que se encendían solas cada vez que se abría la puerta del sagrario. Fue por entonces cuando nació su onceavo hermano, el penúltimo de los apóstoles. Cuando lo supo acogió la noticia con escepticismo, ya que abundaban en su familia los defectos de dicción, y él mismo padecía ya a dos hermanos tartajosos hasta el ridículo. Sabía por las leyes de Mendel que aquello podía repetirse hasta el infinito, y abrigaba el deseo secreto de hacer voto de castidad. Siempre ansiaba que llegara la hora de hacer experimentos en el laboratorio del colegio. El profesor de física tenía modales suaves y pellizcaba los carrillos de los alumnos, y hacía demostraciones con un trozo de hielo, colgando una pesa de un fino cordón. El cordón iba cortando el hielo que de nuevo se soldaba por arriba, lo que demostraba que también la presión podía fundirlo. Él tomaba apuntes de todo con su letra redondílla y apretada, copiaba los dibujos del encerado y se interesaba por las explicaciones. El profesor frotaba la barra de ebonita con un paño de lana y atraía con ella la bolita blanca de médula de saúco que pendía de un hilo, o bien la desplazaba. En el laboratorio del colegio, colgado de una percha estaba el esqueleto con sus huesos ensartados en alambres que podían desmontarse a voluntad. Bastaba la menor corriente de aire para que el esqueleto bailara, se remeciera un rato y tardara luego en quedarse quieto. Él tomaba en la mano la blanca calavera, dejaba resbalar su mano fina y pálida sobre los huesos como cera, y ante las atónitas miradas de los más pequeños les iba mostrando los ungis, los nasales, los dos cornetes inferiores, el vómer y los pómulos, y terminaba hundiendo los dedos en las cuencas oscuras. Pedro se convirtió en un joven redicho a quien los frailes presentaban a los concursos interescolares y los ganaba todos, así que ya se iba haciendo un nombrecillo en el ambiente científico estudiantil. Como el mayor de los apóstoles le llevaba once años al menor, apenas habían convivido y no lo veía apenas, porque sólo pasaba en su casa los meses del verano. Se había pasado la pubertad

entre el dormitorio del colegio y el laboratorio, y aunque no conocía el sexo sentía una instintiva atracción por la belleza de la mujer. Ninguno de sus compañeros conocían a las muchachas sino de vista, y paseaban arriba y abajo para encontrarlas, por si ellas volvían la cabeza al pasar. Llevaban todavía pantalón corto y andaban en pandillas, y desconocían las conversaciones que tenían las chicas, aunque les llegara algún indicio por medio de la hermana de alguno. Lo cierto es que Pedro, sin saberlo estuvo enamorado siempre de su prima Plácida, con quien coincidía durante el verano en el pueblo, y la amó desde que jugaba con ella a boticarios en los arriates del alambique. Juntos situaban una vieja lupa frente al sol, hacían incidir los rayos sobre una madera, hasta que se alzaba una fina columna de humo y trazaban sobre ella los nombres de los dos. Cuando acabó el bachillerato, Pedro se fue a la capital para estudiar. Había tomado un piso con varios compañeros, y él se quedaba estudiando mientras ellos se iban de putas y de francachela. Dormía entre libros y fórmulas magistrales, sin quitarse siquiera la bata blanca, llena de agujeros por causa de las quemaduras del ácido. Estudió dos carreras a la vez, una de ellas la de farmacéutico, mientras su prima Tránsito que era mayor había podido terminar el bachillerato a trancas y barrancas ayudándose de chuletas, había empezado a estudiar medicina obligada por su padre, y se dedicaba ahora a bordar en las clases y a jugar el ping-pong en los sótanos de la universidad. Plácida, que también se estaba haciendo farmacéutica, enseguida la dejó atrás. En la facultad don Pedro coincidió con su prima de quien estuvo enamorado de siempre, y con quien jugaba a boticarios desde siempre en el alambique, donde cien años antes Rafael Arcángel, tatarabuelo de los dos, le sacó a una yegua la sanguijuela de la garganta. Todavía ahora los pavos reales se detenían en el pretil, y desperezándose extendían los abanicos iridiscentes que eran sus colas y huían luego, cuando los dos primos daban palmadas para espantarlos. Las rosas de pitiminí seguían deshojándose entre los dedos, tenían un color encendido y eran diminutas, con sépalos y pistilos enanos. Cuando don Pedro empezó su carrera le resultaba excitante recorrer la capital, montar en autobús con aquellos amigos puertorriqueños que llevaban los billetes hechos una bola en el bolsillo, se daba cuenta del zumbar de los aeroplanos sobre la ciudad que nadie notaba sino él, y calculaba la velocidad por el sonido. Había cogido un piso con otros compañeros y soñaba que el ascensor subía sin detenerse, llegaba al último piso y seguía subiendo a través del tejado, sostenido por váyase a saber qué cables misteriosos, recorría las azoteas con él dentro, y enfilaba las calles

descendiendo a los patios de vecindad, y en sueños le parecía un medio de transporte tan natural como cualquier otro. En el piso tenían un frigorífico donde guardaban las preparaciones de laboratorio junto con los alimentos de cocina, y la nevera hacía un ruido continuo y persistente. Fue por entonces cuando le dijeron que su hermana menor había nacido, y que era una niña tan robusta que todos la miraban por la calle cuando la niñera la paseaba en el cochecito, porque llamaba la atención. Aunque Plácida era superdotada, en tiempo de exámenes se le descomponía el vientre y cogía diarreas. Se negaba a presentarse a las pruebas orales, y era don Pedro quien tenía que meterla en el aula a empujones y cerrar la puerta detrás. Fueron al cine alguna vez, siempre con una amiga, y en una ocasión vieron una de Ava Gardner con ciertas escenas violentas, como aquélla en que el impotente no podía consumar su matrimonio. Las amigas se daban con el codo, menudo papelón. Aunque don Pedro ya había hecho voto secreto de castidad, estaba enamorado de su prima y dispuesto a casarse, siempre que formaran un matrimonio blanco, en abstinencia carnal. La puso al tanto de sus votos perpetuos y ella estuvo conforme, así que formalizaron las relaciones. Pasaron horas felices haciendo planes, dibujando casas, midiendo calles donde pudieran encajar sus farmacias cuando acabaran sus carreras, enfadándose a veces y contentándose luego. Cuando se casaron abrieron dos boticas, una enfrente de otra, para lo que tuvieron que obtener el permiso del Colegio Profesional. Dormían en el mismo cuarto, pero en camas separadas, y para evitar tentaciones habían puesto entre los dos un biombo chino que les regaló su tía Alacoque. Nunca se habían visto desnudos, y charlaban a través del biombo hasta que apagaban la luz, por eso ella nunca supo que el marido tenía el pie derecho taladrado por una bala, ni que tenía las piernas torcidas, porque vestido no se le notaba. Fueron siempre castos; era él quien se resistía a las solicitudes esporádicas de su mujer, pero cuando iba a abandonarse, ella reaccionaba en contrario y nunca llegaron a violar la frontera del biombo. De cuando en cuando visitaban Montejaque, subían el laberinto de callejas hasta el castillo y miraban desde arriba el pueblo, los tejados a dos aguas y las pequeñas azoteas. Un día abrieron la portezuela de su automóvil utilitario y vieron dos cachorros que alguien había introducido por la abertura que dejaba el cristal. Estaban húmedos, porque quizá los habían mojado en la fuente para que aguantaran el calor del automóvil. Estuvieron buscando a alguien que quisiera adoptarlos y consiguieron colocar a uno, y al otro se lo llevaron y le pusieron de nombre Galeno. Fue a raíz de que un camión lo atropellara cuando adoptaron a una caniche

recién nacida, pero antes el entierro había sido una verdadera manifestación de duelo. Ahora la perra les daba cuidados y los esclavizaba, pero lo compensaba todo con su inteligencia y su cariño. No los admitían en los hoteles, y tuvieron que dejar de viajar. Últimamente la perra se estaba quedando ciega y no descartaban la posibilidad de operarla y adaptarle unas lentillas para perro, porque era tan cariñosa que sólo le faltaba hablar. Fue por entonces cuando murió Tránsito, y don Pedro se empeñó en embalsamarla con ungüento de ajonjolí. Como la familia lo impidió, le envió a la muerta un gran ramo de gladiolos y rosas, con una cinta de muaré que ostentaba los colores rojo y gualda de la bandera nacional.

***

II. LA SIERRA

"...Hombres expuestos a la plenitud del influjo cósmico, ajenos al apremio de los acontecimientos..."

Rainer Maria Rilke.

LA SIERRA APARECÍA HORADADA por cuevas profundas que enlazaban grietas infinitas, y en las montañas vacías se colaba el agua gota a gota sin ninguna prisa, con una paciencia de milenios bajo la cáscara gris de las piedras puntiagudas. Algunas fueron ocupadas por tribus primitivas de hombres belicosos y bárbaros que buscaban refugio contra los animales prehistóricos en las grutas de aguas estancadas y frías que nunca vieron la luz. Dejaron su recuerdo en peces estilizados, en mamíferos perfilados en tonos de ocre en las oscuras paredes, restos de una inmemorial y rústica civilización de serranos primitivos. Más tarde llegaron los tartesios que eran agricultores y entraron por el Guadalquivir, que producían miel y cera, pan de bellota y sal. Hablaban las leyendas de luchas de titanes, gigantes de la Atlántida alzados en rebeldía contra el cielo, y que lucharon entre sí en el corazón de la Serranía. Luego la ocuparon los celtas, que marcaron el principio de la edad del hierro formando una isla enmedio del dominio tartesio y que fundaron Accinipo, que luego llamarían Ronda la Vieja. Los fenicios y los griegos trataron de llevar su civilización hasta la Sierra sin conseguirlo, y cuando llegaron los romanos todavía la hallaron repartida entre las poblaciones indígenas. Los romanos fundaron Arunda en el lugar que ocuparía Ronda, y del Charco Lucero en Arunda surgirían misteriosos caballos alados y monstruos helénicos con parte de hombre y parte de animal. Pero la Serranía era por encima de todo árabe, porque seguían siendo árabes los pueblos y las casas, y los hombres tenían costumbres y sobre todo almas de nazaríes. Eran arrogantes, de tez pálida y con ojos oscuros. Conservaban la grandeza de una raza tan antigua como el mundo, unida a la mirada del árabe rebelde, y en la frente la claridad de un mundo apenas terminado de nacer.

***

AQUÉL A QUIEN LUEGO llamarían Florentino el Viejo, pertenecía a la Sierra. Era

hijo de soltera, y uno de los cuatro varones que habían aguardado a nacer hasta que los franceses abandonaron la Serranía. Los otros eran Rafael Arcángel el hijo del porquero, Tobalo el hijo del contrabandista, y el primer marqués de los Zegríes, hijo de un majo rondeño y de Carmen la Gitana. Y así, mientras las campanas de todas las iglesias y ermitas celebraban la huida, cuatro mujeres que aguantaban los retortijones del parto hasta recobrar la libertad, parieron a la vez a los cuatro varones que vinieron acompañados del olor a la pólvora de las tracas y cohetes. Florentino nació en Montejaque y nunca había salido de allí. Vino al mundo al pie de las rocas del castillo que no era tal castillo, sino un pegujal de piedras mondas, donde las casas eran como nidos de rapaces y sus inquilinos más parecían pájaros que hombres, creciendo con las cabras que convivían con ellos. Nació en un corral que compartían un cerdo y un asno, y pronto sus pies de simio se acostumbraron a agarrarse a cualquier cosa. Las costras de cal en las paredes lo protegieron del calor achicharrante del verano y del frío sin consuelo del invierno, cuando el viento silbaba por encima de la mole del Hacho. Sus ojos taladraban la oscuridad, abría la mirada cada mañana a horizontes sin límite, y tenía la vista tan aguda que nadie podía sorprenderlo, ni siquiera dormido, porque veía más allá de los sueños y de las pesadillas. Sentía como la cosa más natural el abismo bajo los pies y atravesaba solo la Serranía; cuando lo sorprendía la noche se acostaba al aire libre, entre matas de retama florecida y perfumes de jara y corregüela. Siempre fue seco como un palo y, después de él, todos los Florentinos lo serían. Sus manos renegridas arrojaban piedras al abismo y sus pupilas de aguilucho seguían los rebotes hasta el fondo. El chiquillo fue cabrero desde que nació, como lo habían sido su padre y el padre de su padre, y había sufrido tantas caídas que no le quedaba hueso sano. Un día en que estaba solo con los animales se subió a un alcornoque, cayó de espaldas y allí mismo se rompió el espinazo. Como nadie venía, él solo se lo estuvo recomponiendo, repizcando enmedio de los huesos y volviéndolos a su sitio con una vara y una soguilla. Desde entonces, a más de ser cabrero se convirtió en curandero, y mientras otros de su edad hacían flautas y bastones él estaba recomponiendo huesos. En sus largas noches de pastor, en las jornadas tórridas del verano o heladas del invierno fue estudiando las coyunturas de su propio cuerpo; las palpaba una a una, desde los huesos de la cabeza a los del costillar y las caderas, siguiendo por las piernas hasta los dedos de los pies. En esqueletos de animales que hallaba por la sierra estudiaba la osamenta de los lobos y los gatos monteses; con el tiempo le llevaban

mulos a curar, y hasta perros descalabrados y gallinas que no ponían huevos. *Por entonces, a la diarrea seguía la disentería, de la disentería procedía la lientería, y resultaba luego la exfoliación de los huesos. Al que le eran convenientes las sangrías, se las hacía en primavera.* Él también pronosticaba el tiempo. “Tiene ovejas el viento, va a llover”, aseguraba cuando los otros no veían más que un cielo terso y azul, y no tardaba en diluviar. Pronto notó que le llegaba el día de arrimarse a una hembra. Se acercaba al pueblo por la noche canturreando su nostalgia entre dientes:

Mi padre y mi madre fueron un hombre y una mujer,
ellos hicieron su gusto, yo también lo quiero hacer.

Estuvo un tiempo sin decidirse porque le daban miedo las mujeres. Hasta que un día al toque de ánimas se llegó a la fuente, donde se encontró con Geminiana, que era la moza más basta de la serranía y la más parecida a una cabra. Pero las urgencias de él no lo dejaban escoger: “Con marrano y con mujer más vale acertar que elegir”, era su idea, y aunque olía a zorruno se le arrancó con una copla:

Por cantar la malagueña a la puerta de un molino,
me dieron catorce reales y me molieron el trigo.

La Geminiana le ofreció agua de su cántaro. Ella era montejaqueña y vivía con sus padres en un pegujal de cardos y chumberas. Era tan tonta que apenas hablaba y, según la costumbre del pueblo, vestía de negro tapándose la cara con trapos, de forma que al menos eso no enseñaba a los hombres, porque en lo demás andaba más sobada que un pleito. No había probado en su vida más que chumbos, algarrobas y lonchas de un tocino salado y seco, que arrancaba a tiras y chupaba con toda la sal. Dormía a todas horas, como los gusanos, aunque su madre la porfiaba porque no era posible dormir y al tiempo guardar la era. Iba a encalar de cuando en cuando a casa de la niña Laura con la aljofifa, el cubo y una caña larga con una brocha en un extremo, sujeta con una guita. Llevaba siempre el percal negro de la falda lleno de chafarrinones de cal; arrimaba el cubo a la pared de un empujón, metía la brocha y la sacaba preñada de cal, tan espesa como una leche gorda que se hubiera cortado. Al final aljofifaba los goterones que caían en los arriates de begonias y al toque de ánimas se iba a orinar al lavadero. Allí la fuente brotaba a borbotones, mozas y viejas golpeaban y retorcían la ropa y el agua espumejeaba, y corría sobre las piedras cubiertas de verdín. Fue allí donde la encontró Florentino, y aunque la moza olía a zorruno a él le pareció de perlas y la atropelló contra el pilón. Desde entonces empezó a cortejarla y a cantar bajo su

ventana:

Una pata tengo aquí y otra tengo en el tejado,
mira si por tu querer estoy poco esparrancado.
Qué tienes en ese pecho que tanto gusto me da,
dos naranjas coloradas, mete la mano y verás.

Cuando fue a hablar con los futuros suegros, halló a la madre pelando chumbos al pie de una lata herrumbrosa. “Doncella es, que ella lo diga”, le espetó la suegra sin dejar de pelar. Él no pudo aguantar las ganas de reír, pero disimuló. “Cabellos y virgos, postizos hay muchos”, replicó, y enseguida habló de la dote. “Llegas con un pie descalzo y el otro calzado y ya vienes pidiendo -gruñó la mujer-. Puede llevarse el cachucho del agua y el dornillo, una arroba de chumbos y un tonel de cebollas. Yo no doy más”. Florentino consiguió además un jarrillo de porcelana blanca, un lebrillo vidriado y un almirez; y a mayores, dos taburetes y un arcón. Se hizo el trato, Florentino se llevó a la novia a la sierra y aquella noche hubo cencerrada, a la que acudió todo el pueblo. De madrugada repicaron cacerolas, peroles y sartenes; unos tocaron el almirez mientras otros agitaban cencerros y hubo tal alboroto delante de los escalones de la plaza que ni en los pueblos vecinos pudieron dormir. Las viejas miraban desde las ventanas, porque no podían salir, y mascullaban cantares:

Árboles de la arboleda, los de arriba y los de abajo,
donde se recibe el gusto y al hospital van los llantos.

En realidad, ya la Geminiana estaba preñada de Florentino y desde el principio supo él que llevaba mellizos. La vigilaba constantemente porque decía que *si a una mujer embarazada de dos mellizos se le disminuía el pecho abortaría uno de los dos, y que si durante la preñez la acometía el tenesmo, el aborto era seguro.*

Cinco meses después, ella se quejó de dolores en el bajo vientre, como si un par de gatos la estuvieran arañando. *“Cuando el útero está duro, es señal de que está cerrado”*, la tranquilizó él antes de marcharse a la sierra. Pero se sucedían los retortijones, se le hincharon los pechos y le subió la calentura, así que pensó ir a buscar al marido; la cogió el parto en plena noche, con tan mala fortuna que fue a caer en un cepo para lobos que él personalmente había escondido entre los jarales. Gritaba y aullaba de tal forma que se la oía al otro lado de la sierra, cuando sintió que algo suave y caliente se le escurría entre las piernas. La tierra se empapó de sangre cuando ella misma se echó las manos al vientre y apretó. Cuando Florentino logró soltarla del cepo

ya había nacido un mellizo y otro estaba atascado, con un pie dentro y otro fuera. A ella se la había llevado el Señor a su gloria y había dejado de poblar el mundo sin haber cumplido diecisiete años. *Tenía los labios cárdenos, paralizados, trastornados y fríos.* El cabrero encontró al primer mellizo berreando en la tierra enmedio de un charco de sangre; una cabra le había cortado el cordón y lo había lavado a lengüetazos. El atascado estaba tranquilo y la cabra lo amamantaba en aquella difícil posición; a éste lo llamó Florentino y al que berreaba Geminiano, y vio que ambos eran idénticos, secos y renegridos como él. Los metió en el zurrón, los llevó a casa de sus suegros y dijo que se iba, porque tenía que enterrar a Geminiana para que no se la comieran los cuervos. "Nuestro gozo en un pozo", gemía la madre, y el padre sólo dijo: "Así es la vida, unos nacen y otros mueren", y siguió trenzando una tomiza de esparto. En el pueblo lo consolaban diciéndole que dolor de marido y dolor de codo mucho dolía y duraba poco, pero Florentino no volvió a mirar a ninguna mujer y se dedicó a criar a los gemelos, que crecieron con él de cabreros. El balido de las cabras montaraces entretuvo sus primeros días y el silencio sin fin guardó sus noches, cuando brillaban las estrellas, parpadeando como gusanos de luz. Mientras, Florentino permanecía despierto en un catre descuajaringado, pensando en Geminiana; entonces sus pupilas brillaban y rodeaba sus ojos un halo rojizo. "A todo hay mañas, menos a la muerte", suspiraba. Pero todos salieron adelante. Los gemelos atravesaban los ventisqueros en invierno, las gargantas donde silbaban los aires, conociendo cada boquete, cada quebrada y cortadura. En primavera se dejaban caer por la ladera cuajada de brezos y chaparros, cortaban racimos de madroños y aspiraban el aroma de la hierbabuena. Las peñas fueron su parque y su alameda y las cabras sus compañeras de juegos. Otro juego no tenían, ni lo deseaban, porque no lo conocieron. Se agachaban con las manos hacia atrás entre las piernas; su padre afianzaba las manos y tiraba de los dos a la vez, ellos daban la voltereta y se quedaban plantados en el suelo, con el corazón golpeando en el pecho. Nunca aprenderían a leer ni lo echaron de menos, porque nunca vieron un libro y en la sierra se comunicaba la gente chiflando; más allá, nada llamaba su atención. Ya aprenderían sus nietos, para marcharse a un país extranjero donde lo aprendido no les serviría de nada, ya que tendrían que empezar otra vez desde el principio. Crecieron a fuerza de leche de cabra, palmitos y de vez en cuando un mendrugo de pan más duro que el corazón de un rico; antes de darse cuenta, se habían convertido en dos hombres. Florentino se quedó siempre con su padre y luego entró de criado con los señoritos,

pero Geminiano no soñaba más que en marcharse con los contrabandistas. “Mientras sirva a otro no seré libre”, decía altanero, y acabó uniéndose a la partida de Tobalo, el que nació cuando se fueron los franceses. Florentino se casó con la criada albina que se llamaba Emerenciana, a quien todos llamaban la Rubia. Tuvieron a Florentino Zunifredo, que nació en la casa; tenía el niño cuatro meses escasos cuando su padre murió de un atracón de chumbos. A Emerenciana le faltó tiempo para marcharse con Carcunda, el hermano mayor de su señora; entonces, Florentino el Viejo se llevó a su nieto con él. Hizo un atadijo con el crío y tomó el sendero que zigzagueaba hacia la cumbre, arrastrando al caminar las alpargatas, mientras rezongaba; “Oficio merdulero, criar al hijo y luego al nieto”. El niño era más flaco que olla de pobre, tenía las piernecillas retorcidas y los ojos redondos como los de un gato. Dormía con los ojos abiertos, igual que el abuelo, y siempre sería tan renegrido y enteco como él. “Hijos sin padre son caros de balde”, se impacientaba el viejo; pero, como antes hizo con los suyos, se arregló para sacarlo adelante. El día que Rafael Arcángel, ya viejo, salió a la sierra a buscar a Frasquito, Florentino el Viejo lo previno contra la tormenta. Luego la propia ánima de Rafael Arcángel, en cuerpo joven, fue a darle la noticia. “He muerto por un rayo”, le dijo; desde allí se fue a buscar a Laura, que lo aguardaba remeciéndose en la hamaca con asiento de aneas, la cogió de la mano y se la llevó con él. En noches de luna, Florentino el Viejo los había oído muchas veces reír. El viejo nunca asistió a las procesiones ni a los cultos de la iglesia; a don Sotero el cura no lo podía ni ver. “Bien predica quien bien vive”, solía decirle. Cuando mataron a don Mario, hacía semanas que él ya barruntaba su muerte. Nunca le faltaba qué contar, porque tenía historias para todos los gustos; narrándolas parecía crecer y su voz adquiría modulaciones de órgano. Las niñas del pueblo lo escuchaban alucinadas cuando contaba cuentos de fantasmas y aparecidos; él cerraba los ojos como si meditara, para acabar riendo con sus encías desdentadas. Tenía el mentón erizado de pelillos canosos, unas grandes orejas y las uñas duras y ennegrecidas por la nicotina, la del meñique más larga, retorcida como la de un chino. Llevaba en la mirada la grandeza del abismo y en las carnes flacas una eternidad de hambre. “Es como un monje del Tíbet”, decía de él Sócrates Francisco. Al final ya no estaba para nada y se pasaba el día trenzando pita y sentado con otros de su quinta. Sujetaba entre los dedos las fibras blancuzcas como pelos de vieja, las retorcía y las trababa, murmurando: “El que llega a larga vida, vio mucho mal, y más espera ver”. Florentino Zunifredo era ya un hombre y solía ir al mercado de Ronda para

vender el queso de cabra. Allí conoció a Magdalena, una criada de los marqueses que había llegado de Extremadura. Se encaprichó con ella; con ella se casó y a los siete meses también les nacieron mellizos. Un día Florentino el Viejo había estado trenzando y destrenzando la tomiza de siempre; hurgó en el bolsillo del chaleco pardo, sacó una navajilla y rebanó las hilachas sobrantes. Luego se estuvo escarbando con ella en su único diente. Se puso a rascarse la pana de los pantalones con sus uñas duras como de ave de presa y le dijo al vecino: “Va siendo tiempo de que demos de mano”. Agachó la cabeza, como si quisiera esconderla entre los pliegues del pescuezo, y la cara se le llenó de arrugas como el cuero. Había cumplido los noventa años pero parecía mucho más viejo. Al día siguiente estaba en la misma postura, más tieso que ajo porro, con los tendones del cuello tirantes como los de una momia. Sostenía en la mano la tomiza de cuatro y la trenza blancuzca tenía un aire desdichado, reptando por el suelo como una culebra muerta y seca. Avisaron al nieto, que lo estuvo palpando; al final, sólo dijo: “Ponerse frío y convulso el testículo derecho es un síntoma mortal”. Se lo llevaron doblado en una carretilla y, mientras lo acarreaban, el cigarro le colgaba del labio sin despegarse. El nieto se puso de luto desde las alpargatas hasta la mascotilla, pasando por la camisa que había heredado de su padre y estaba ya de un negro pardusco, y lloró recordando las coplas que cantaba el abuelo:

En la flor de la niñez gocé de lo que tuvistes,
no volverás a tener aquello que tú me distes.

***

EMERENCIANA LA RUBIA había nacido en Benaoján y tenia las pantorrillas como las del escarabajo, tan estrechas por arriba como por abajo. Sus colores eran desvaídos, sus ojos aguanosos y el pelo como paja, pero aún así creció con un algo que atraía a los hombres. En la casa de los señores pasaba como una sombra, siempre con su latita y su trapo frotando algo por acá y por allá. “Qué calinga, niña”, se quejaba, porque la atosigaban el calor del verano y la luz directa del sol. Llevaba la pañoleta negra atada a la cabeza, como se la ataron su madre y su abuela, como la ató su bisabuela mora y hasta la abuela ibera, que sin duda se ataba a la cabeza una pañoleta negra de algodón. Iba siempre lustrando aquí y allá con el trapito del petróleo; luego metía la escobilla en la cáustica que corría por los desniveles de la fábrica, entre pellas de grasa de cerdo. De cuando en cuando se sacaba del moño una horquilla, se rascaba el oído con ella y, después de limpiarla en el delantal, la volvía a pinchar en el rodete.

A Florentino le llamó la atención que sus cabellos fueran como el lino y que sus cejas y pestañas fueran blancas también, hasta que alguien dijo que era albina y que la luz del sol le dañaba los ojos. Los casaron en la casa de los señores y todos en el pueblo menos el marido sabían que Emerenciana iba por malos pasos. “De la mala ten guarda y de la buena no te fíes”, le advertía su padre, y en el pueblo no lo dejaban tranquilo con las coplas:

Yo sembré y otro sembró en el jardín de una niña,

al año salió una flor, de quién de los dos sería.

“El celoso es de suyo cornudo, y para preñar a mi mujer no necesito a otro”. Pero hasta Emerenciana cantaba cuando él no la oía:

Mi marido es un santo bajao del cielo,

coronado de espinas del matadero.

Tuvieron el niño que nació en la casa de los señoritos, y cuando el padre tuvo la mala fortuna de morirse, llevaba más cuernos que un apero de bueyes. Con todo, Emerenciana se lamentaba por su Florentino y desde entonces fregaba los suelos con una gasa negra tapándole la cara, de forma que la gasa se metía en el cubo, hasta que tuvo que doblarla y la tenía siempre a mano, en un escalón o encima de una silla, pinchada con un alfiler negro de cabeza gorda. Cuando tenía que cambiarse de sitio para seguir fregando trasladaba su gasa de luto, de silla en silla hasta que acababa de fregar; entonces volvía a ponerse la gasa negra prendida con el alfiler negro y se limpiaba las lágrimas con ella. “Con un ojo llora y con otro repica”, murmuraban las otras criadas. Siempre le había gustado Carcunda, aquel mocetón que llevaba puesta una bilbaína colorada, y más cuando él le mostró su lindo reloj de bolsillo, con la caja de oro finamente labrada, y en la esfera dos ángeles que golpeaban una campanita con mazos diminutos, produciendo un sonido de duendes. Tanto la porfió Carcunda, que una noche quitó la barra que atrancaba su puerta y se marchó con él, haciendo una junterita con vergüenza. Con la premura de la nueva pasión se dejó olvidado a su hijo; Florentino el Viejo aprovechó para llevárselo, lo hizo cabrero y curandero y lo malmetía de continuo en contra de su madre. Así que Emerenciana no volvió a ver al niño, que creció renegrido y seco para no desmentir la casta de los Florentinos. A los ocho años de feroz concubinato dio a luz a Cuarenta Mártires, una niña albina como ella. “Trabajar toda la noche y parir hija”, se quejaba. Llegaron al mismo tiempo la niña y una gata que llevó Carcunda, a la que llamaron Cleopatra por una sugerencia del maestro del pueblo.

Emerenciana ya tenía un gato negro que hacía un vivo contraste con ella; a todos lados iba con su gato detrás y con Cuarenta Mártires colgada de la teta. Luego se murió el gato y parecía que se hubiera quedado de nuevo viuda, porque suspiraba a todas horas y miraba a Carcunda de una forma torcida, como pensando: “¿No habrás sido tú?” “Debió ser algo de comer”, decía él. Cleopatra también lo comió, por eso Carcunda tuvo que rematarla a palos. Por entonces Emerenciana se fue con el cura, que la había ganado a las cartas en buena ley. “Quien no muda marido no medra", le espetó a Carcunda, y se llevó el reloj y la niña. Enmedio de la borrachera, él la persiguió en vano y al final se conformó con decirle que era más puta que la zaranda y le empezó a cantar, abrazado a la botella de aguardiente:

Me dijiste que era un gato el que entró por tu ventana,

en mi vida he visto yo gato negro y con sotana.

Otra vez las vecinas tuvieron de qué hablar. “Uno la deja y otro la toma”, decían. Junto a la sacristía de la iglesia estaba la cocina; entre jaculatorias andaba ella con el soplillo y las tenazas, entre peroles, matalahúga, y frascos de comino y nuez moscada. “Ánimas que estáis penando...” bisbiseaba, repitiéndolo en la sacristía y en el campanario para ganar indulgencias para los difuntos, y que salieran antes del purgatorio. Mientras, los chiquillos cantaban a la puerta de la iglesia:

Para qué quiere el cura perro de caza,

si la caza que busca la tiene en casa.

El manojo de llaves le sonaba como las esquilas a las cabras cuando arreglaba las flores del altar y balanceaba el incensario. Luego estiraba los manteles y, para encender las velas más altas, usaba la vara del matacandelas que llevaba una mecha en la punta. Con la caperuza de metal sofocaba los pabilos al final de la misa, mientras en el aire flotaba el aroma de la cera quemada. Aprovechaba los ropones que dejaban viejos los monagos, parecía una caña vestida de colorado y al final de la ceremonia iba quitándose la sobrepelliz camino de la sacristía, con un chapalear de llaves en la cintura. Luego reaparecía con el hisopo en ristre, mientras las viejas acurrucadas en el último banco suspiraban en su duermevela; ella las echaba a patadas y cerraba la puerta con tres vueltas de llave. Iba poco a poco aprendiendo latines y, cuando don Sotero la llamaba, ella respondía: “Ipso facto”. Ya decía “alibi” por decir en otra parte y, cuando no tenía ganas de trabajar en la cocina, se destapaba proclamando: “Dies dominicus non est iuridicus”, con lo que se negaba a guisar en domingo. Hablaba a sus

antiguas compañeras del profeta Joel y aseguraba que Dios, en su misericordia, le había concedido el don de lenguas. “Emerenciana, ¿por qué no nos hablas en francés?”, se burlaban, y les contestaba que sólo hablaba en francés cuando la inspiraba el Espíritu Santo. Entonces ellas le cantaban:

Qué hermoso pelo tiene la sacristana,

que vale para soga de la campana.

Cuando Cuarenta Mártires cumplió siete años era una niña desgalichada con unas piernecillas como palos, que andaba por la sierra cogiendo cardos borriqueros para los floreros de la iglesia. Nunca entraba ni salía sin meter el dedo en la pila del agua bendita y se limpiaba el barrillo del fondo en el ropón de monago que había heredado de su madre. Era un ser hierático, con los ojos del color dudoso del agua de la pila. Los muchachos se reían de ella porque no miraba de frente, sino de través, y porque llevaba los faldones de monago rotos y las sandalias atadas con cuerdas de tomiza. Por eso, cuando su madre la mandaba a un recado, andaba deprisa mirando al suelo y escondiendo las manos entre los ropones. Don Sotero le había regalado a Emerenciana unas gafas negras y la estaba enseñando a jugar a los naipes. Vivía por entonces las guerras de América sin haberse movido del sillón, hablando de ellas como si las hubiera presenciado. Quien no va a las Indias es loco”, decía. Con la navaja barbera se rebanaba los callos de los pies y al mismo tiempo canturreaba:

A la guerra me lleva mi necesidad,

si tuviera dinero no fuera en verdad.

Le ordenó a Cuarenta Mártires que no saliera de la sacristía, por miedo a que perdiera la virginidad. “Cristianilla horadada, plata quebrada”, le solía decir. Los muchachos del pueblo la tenían tomada con la chiquilla, y no podía asomarse a la calle sin oír alguna copla:

Dice Cuarenta Mártires que no quiere novio,

debajo de la cama tiene a san Antonio.

Cuando cantan las ranas bailan los sapos,

tocan las castañuelas los gusarapos.

Cuando cumplió doce años la mandó de pelegrina a la sierra, poco antes de que su madre muriera cuando supo el desastre de Cuba. Emerenciana murió dentro de la iglesia con el matacandelas en ristre como si fuera un san Miguel, gritando en plena crisis “Viva la España imperial”, pero en realidad la había acabado la tisis que la

consumía desde que nació. Cuarenta Mártires ni se enteró de su fallecimiento; muchos años después les daba recuerdos para ella a la gente que pasaba por la ermita y ellos nunca la desengañaron.

***

DON SOTERO EL CURA había llegado al pueblo en una mula hacia el año noventa, cuando frisaba en los treinta veranos. Seguía el camino que hollaron las tribus prehistóricas feroces y errantes, los héroes fabulosos y los mercaderes de Fenicia, los guerreros de Cartago, los griegos y las cohortes de Roma, los árabes más puros y los más fieros habitantes del desierto. Escaló con su mula las mismas montañas pedregosas, los despeñaderos cortados a pico, y cuando coronó la última cumbre llevaba sus abaciales posaderas tumefactas y estaba rendido por la caminata. La Serranía se iba oscureciendo cuando detuvo la bestia y desmontó; mientras el guía que llevaba se sentó a descansar en un mojón cercano, él se tumbó de bruces sobre las matas de tamariscos. Abajo el camino serpeaba y al fondo estaba el pueblo, con sus casas encaramadas en la ladera. No pudo volver a montar y siguieron a pie; cuando llegaron a la plaza, era ya noche cerrada. Era gordo y pálido, tenía el cogote ancho, el rostro surcado de venillas y los ojos parecían dos grietas en la cara. Tenía los labios gruesos y los dientes picados, y de lejos le olía el aliento a ajos y a cazalla. Se corrió el rumor en el pueblo de que venía castigado por el obispo, porque a su edad ya tenía diez hijos de la misma mujer, pero nadie pudo comprobarlo. Sólo sabían que había nacido en Salamanca, que tenía muchos humos y era un veneno para sus feligreses. Empezó zahiriendo con rigidez las costumbres del pueblo; como por entonces la Iglesia había abolido el diezmo eclesiástico, él se desquitaba cobrando hasta el abuso las bodas, los bautizos y funerales. A poco de llegar empezó a jugar al tresillo en lo de Carcunda, y enseguida cogieron confianza. “Paz y paciencia”, lo saludaba el solterón, y él le contestaba: “Dijo el asno a las coles, pax vobis”. Quiso convencer a Emerenciana para que lo dejara, amenazándola con la condenación eterna porque estaban en pecado mortal. “Leonina societas”, decía, pero lo que él quería era llevársela de sacristana, hasta que un día le ganó la criada a las cartas. "Y a quien duela la muela, que se la saquen". A él le aconsejó dieta, mangueta y un nudo en la bragueta; se llevó a la madre y la hija, y Emerenciana hizo confesión general. “A cuentas viejas, barajas nuevas -le dijo el cura con la absolución. - Quitada la causa se quita el pecado; arrepiéntete, que de menos nos hizo Dios”. “Tanto nacer en Salamanca y tantos humos,

para venir a pudrirse en este pueblo", rezongaba Carcunda. Cuando don Sotero consiguió que Emerenciana aprendiera a cocinar a la manera de Castilla, él mismo se había aficionado ya al gazpacho. Agarraba el frasco de vino, cogía la cuchara de palo y, ceremoniosamente, la introducía en el líquido rojizo. "Ave", decía santiguándose, y ella le contestaba: "Ave, Jesús y sopa". Según él era del dominio popular que la *leche era mala para los que padecían de la cabeza, mala para los calenturientos que tenían elevados los hipocondrios con ruido en ellos y ansia de beber, mala también para los que arrojaban materiales biliosos, para los que padecían de fiebre aguda, y para los que por la cámara habían echado sangre en abundancia. Sólo era buena para los tísicos, y para los muy extenuados.* "In vino veritas", sentenciaba, y les iba contando que *la estranguria y la disuria se curaban con tomas de vino puro y sangrías, pero había de ser de las venas internas, y era más cómodo lo del vino. Que los dolores de ojos cedían también al uso del vino puro, mejor que al baño, los fomentos, sangrías ni purgas.* "Comer trucha o ayunar", solía decir mientras aspiraba el jumillo del pescado. "Buena es la trucha, mejor el salmón -decía Emerenciana -, pero yo, ¿qué como?" "Primus inter pares", le contestaba él, y luego se santiguaba: "Ave", decía con los ojos bajos. "Ave", le contestaba la criada, y añadía: "Jesús y sopa". Cuarenta Mártires lloriqueaba sorbiéndose los mocos y el cura le decía que soplar y sorber no podía ser al mismo tiempo. "Salir del lodo y entrar en el lodazal", se lamentaba la mujer, porque tenía que fregar los escalones de la iglesia donde se sentaban los chiquillos y las niñas jugaban al esconder o al tú la llevas, encender la mariposa del altar que nadaba encima de una capa de aceite dentro de un recipiente rojo, cepillar el terciopelo también rojo de los reclinatorios que apenas tenía pelo ya, que se levantaba y ocultaba debajo un cajoncillo donde nadie guardaba nada por miedo de que se lo robaran, y hasta cortarle los callos al cura. Por si fuera poco, los domingos tenía que ayudar a misa. La figura adiposa de don Sotero se detenía ante la puerta de la sacristía para contar a los asistentes a vista de pájaro; luego se acercaba al altar, donde alzaba una mano y la dejaba arriba con los dedos unidos, decía una oración en voz baja que Emerenciana trataba de entender, pero se le escapaba en jeribeques de latines. Al final hacía al vuelo la señal de la cruz, cerraba de golpe la puerta del sagrario, sumergía el hisopo en el acetre, se volvía con él en la mano y lanzaba el agua bendita sobre la concurrencia y los bancos acabados de encerar. Cobraba por las primeras comuniones, por los responsos y los entierros, y siempre estaba pidiendo dinero. Así que en el pueblo las parejas, que siempre se

habían juntado por las buenas, tenían una excusa ahora. Y como las bodas escaseaban, don Sotero descubrió el negocio de los exorcismos. A los endemoniados los trataba con cocimientos de hierbas que preparaba Emerenciana en la cocina junto a la sacristía, mientras Cuarenta Mártires la miraba hacer, chupándose las velas de mocos. De tanto mirar, la niña acabó aprendiéndose los ingredientes y hasta inventó por su cuenta un potingue para matar a los ratones. Las mujeres llevaban al endemoniado de turno y la sacristana salía a recibirlas con el manojo de llaves pendoleando de la cintura. Les hacía una seña de complicidad y ellas la seguían cargando al desgraciado; lo llevaban a la sacristía y lo dejaban tirado en las losas, pataleando, echando espumarajos por la boca y con los ojos dando vueltas. Entonces llegaba don Sotero poniéndose la estola y el manípulo y, mientras ellas lo agarraban, él le ponía la mano en la cabeza y lo obligaba a beberse el brebaje. “Es un demonio malo, pero curará”, las tranquilizaba, porque el que no empeoraba se ponía mejor. Al que no mejoraba él le decía que era la voluntad de Dios, le daba una estampa de san Pascual Bailón y le cobraba la factura. Cuarenta Mártires siempre constituyó un problema de conciencia para el cura. “Res nullius”, solía decir, “cosa de nadie, sin dueño”. La niña coleccionaba ratones muertos en una caja de zapatos bajo el altar, y se los disputaba a los gatos. Cada vez olía peor en la iglesia, hasta el punto de que la gente más devota estaba dejando de ir; era tal la hedentina que chisporroteaban las velas y se amustiaban las flores de los búcaros. El cura quemaba alhucemas en el incensario, pero como lo cagaban los gatos olía luego a boñigas quemadas. Hasta que un día halló a Cuarenta Mártires jugando con sus tesoros. “¡Flagrante delicto!”, bramó, mientras sus ojos se inyectaban en sangre y golpeaba el suelo con los pies. “Puñetera niña, ¿tú ves lo que has hecho? Me has dejado sin parroquia”. Luego fue a quejarse a la madre, que estaba haciendo cocimientos en la cocina. “Esto es comer uva y pagar racimo”, le dijo, y ella le contestó sin volverse : “Quien quiera la carne que roa el hueso”. El día de la fiesta todos los niños del pueblo llevaban el traje de primera comunión. Estrenaban zapatos y calcetines blancos de ganchillo y salían a la calle cantando el Venid y vamos todos, detrás de la pequeña virgen que iba en su trono con el manto blanco recamado, encima de un prado de amapolas hechas en papel de seda rojo con rabillos de alambre. La cera chorreaba en las piedras haciendo trastabillar a las viejas, mientras los monagos mecían el incienso con las sobrepellices recién lavadas y planchadas. Don Sotero mascullaba oraciones, canturreaba resbalando y animaba con una mano gordezuela los

cánticos piadosos de las mujeres, niños y viejos. A Cuarenta Mártires las habían vestido de ángel con alas de plumas de gallina y corona de orillo; los monagos le alzaban las faldas, por ver lo que tenía debajo. Así anduvo hasta que se fue de pelerina y al final guardaba las plumas que se le caían en la caja de los ratones muertos. Cuando murió la albina, don Sotero perdió el laboratorio de sus cocimientos. Por entonces leyó en un periódico el anuncio de las Pilules Orientales y empezó a administrárselas a los endemoniados, a quienes aumentaban la potencia viril. “Sea milagro, y que el diablo lo haga”, decía él para sus adentros; y tanto éxito tuvieron las píldoras que acabó encargándolas por arrobas, porque a las mujeres les agrandaban los pechos y les afinaban el talle, de forma que sacaban novio muchas que nunca lo tuvieron, recobrando el marido las que lo habían perdido en las casas de citas de Ronda. De cuando en cuando el cosario llevaba al pueblo un burro con las alforjas llenas de cajitas de Pilules Orientales, ya que el cura se pasó treinta años administrándolas a todos los serranos de la comarca. Era el mejor cliente de la casa, que se asombraba de un consumo tan fenomenal, y los fabricantes llegaron a pensar que el reverendo se las comía de postre. De forma que un día llegó con el cosario un pergamino que olía a química, con un sello de lacre, en que se nombraba a don Sotero consumidor ejemplar. El día en que Cuarenta Mártires se fue, el cura estaba tan contento como si se hubiera quitado unas botas que le apretaran demasiado, aunque los chiquillos lo criticaban y le sacaban coplas:

Tengo en mi pueblo un cura, que si me muero
me enterrará de balde por el dinero.
El bonete del cura va por el río,
y el cura va diciendo bonete mío.

Para acallar murmuraciones repartió por el pueblo estampas de la Milagrosa y de san Antonio con el niño en brazos, y les daba láminas enteras de estampas con toda clase de santas y santos que los niños se entretenían en cortar con unas tijeras. A Carcunda tuvo que excomulgarlo in artículo mortis, porque no le dio lugar para otra cosa. Organizó un jubileo cuando Cuarenta Mártires fue madre sin ayuda de varón y lanzó un virulento discurso desde el púlpito cuando Pasos Largos mató a los Geminianos. Cuando se topó a medianoche en la fuente con Alacoque y Pastor, que iba vestido de fantasma, él mismo llevó a empujones a la muchacha hasta su casa. “Inter nos -le dijo a su padre-, me parece que esta chica es un peligro público, exceptis

excipiendis”, y don Rafael la mandó interna con las monjas del colegio del Monte, y aprovechó también para enviar a Consuelo y Amelia. A don Sotero se le estaban cayendo los dientes de la piorrea, y su lujo era por entonces un tazón de chocolate con tejeringos que le mandaba doña María por caridad; al final había abandonado la cura de almas y se pasaba el día comiendo chocolate con churros. “El viejo y el horno, por la boca se calientan”, bromeaba, enjugándose los chorreones. Cuando se jubiló dejó la casa rectoral llena de esquelas mortuorias, cartas impresas y dobladas con una greca negra que abarrotaban los aparadores, los cajones de las cómodas y hasta las baldas de la cocina. Era un papel fuerte y labrado en forma de sobre, con un ojal donde encajaba la lengüeta y una cruz de luto estampada en el frente; había también recordatorios satinados, con imágenes de cristos sangrantes y de Dolorosas impresas en tonos marrones sobre fondos oscuros. “El recuerdo de sus virtudes servirá de ejemplo a los que aquí lloran su ausencia”, rezaban, o”María, auxilio de los cristianos, concededle el descanso eterno”. Por entonces llegó al pueblo un cura joven al que llamaban el Cura Mocito; él mismo se encargó de quemar las esquelas y los recordatorios, para no verse obligado a tirarlos a la basura. Años después, cuando los guardias civiles lo tenían acorralado en la cueva, le parecía estar viendo la premonición de los cerros de esquelas, en un papel labrado con bandas negras, el nombre del difunto y una negra cruz. Al año siguiente de su jubilación, a finales del treinta y uno, don Sotero falleció en Salamanca: murió de pulmonía complicada con una indigestión.

***

CUARENTA MÁRTIRES era hermana de madre de Florentino Zunifredo y, aunque no lo supiera, prima por parte de padre de doña María. Era albina como su madre y tenía un labio leporino y los ojos tristes; cuando sonreía era peor, porque mostraba los dientes y la encía entre los bordes del labio anormal. Hasta cumplir los siete años, su madre la había vestido con unos pantalones amarillos para combatir el reúma. Su padre, Carcunda, no la reconoció. Ella no tuvo nunca más juguete que una palma despelujada del color de su pelo que le servía de escoba, con la que iba a todas partes. “Mariquilla barre, madre no quiero barrer, tengo las braguitas rotas y el culito se me ve”, iba canturreando. Subía barriendo hasta la casa de Juan Simón que era la más alta del pueblo, para jugar con su hija, que era su única amiga. La niña se metía el dedo en el culo por debajo del calzón, lo sacaba lleno de porquería y trataba de untársela en la cara a Cuarenta Mártires, que huía despavorida mientras la otra la perseguía con el

dedo tieso y una porrita marrón en la punta; cuando quería desquitarse, ella trataba de hallar lo mismo en su culo, pero nunca sacaba nada. Los chiquillos solían remedarla, y con la costumbre del pueblo le sacaban coplas:

Tienes una boquita como un anillo,

que te cabe una rosca y un panecillo.

Un día, su única amiga se le murió de unas viruelas. La enterraron por la noche a la hija de Juan Simón, y era Simón en el pueblo el único enterrador. Y todos le preguntaban: "¿De dónde vienes, Juan Simón?" "Soy enterrador, y vengo de enterrar mi corazón". Desde entonces jugaba sola detrás de los muros hinchados de cal de la iglesia, donde la penumbra fresca estaba cargada de un olor húmedo a cera quemada y a flores marchitas. La vestían con los ropones de los monagos y siempre llevaba velas de mocos; cuando soplaba, una pompa se inflaba bajo su nariz con irisaciones de cuello de pichón. Se limpiaba los mocos con la faldamenta colorada, y se hacía el pis por todos lados y a todas horas. Enmedio de la misa tiraba a su madre con desesperación de la manguleta y se la sacudía como quien se cuelga del cordel de una campana, tocando a rebato. "Me estoy orinando", le decía en voz baja. "Niña, ¿tienes angurrias?" "No sé." Y le pedía pis a medianoche cuando dormía a los pies de su cama. "Carape con el pis -gruñía la madre, amodorrada. -Bájate tú sola y pónte en el perico, muchacha". Ella se bajaba, pero como tenía pocas carnes se quedaba helada y la madre se quejaba de que le enfriaba los pies. Un día se orinaba en la iglesia y lo hizo dentro del confesionario. "O llueve o apedrea, o nuestra moza se mea", bramaba don Sotero, y también los chiquillos le cantaban:

Las monjas de santa Clara todas mean a chorrillo,

menos la madre abadesa que mea en su canastillo.

Le hacía gracia aquella coronilla afeitada que llevaba el cura como una calva entre los pelos, y aunque de frente no se apercibía, era de ver cuando se daba la vuelta y echaba a andar. A Cuarenta Mártires se le saltaba la hiel de ganas cuando veía a don Sotero mientras estaba comiendo con los dedos el conejo con tomate que su ama le solía apañar, y ella estaba chupando espárragos trigueros. Luego se quedaba dormido y atronaba la sacristía con sus eructos a fritanga. Sólo la virgen pequeña acompañaba desde arriba los juegos sigilosos de la niña en la iglesia. Para agradecérselo, Cuarenta Mártires iniciaba una genuflexión dando una voltereta, que hubiera sido un sacrilegio si no fuera por la inocencia con que la ejecutaba. Luego se sentaba en el terciopelo

ajado de un reclinatorio y se quedaba mirando con los ojos velados el nicho donde estaba san José. Un rayo oblicuo, entrando por un ventanuco dibujaba una línea de luz que se estrellaba en el enlosado, mientras que el más leve roce provocaba un eco escandaloso en el recinto vacío. San José sostenía la vara de azucenas y a ella le parecía que estaba haciendo gestos con la cara. “San José me hace morisquetas”, le decía a su madre como quien observa un milagro, y luego salía cantando:

Un ratón se confesaba a la sombra de un limón,
y al tiempo de arrodillarse se le rompió el pantalón.
Una niña se cayó de lo alto de una iglesia,
no se hizo daño en los pies porque cayó de cabeza.

Por entonces don Sotero había llevado una gata pequeña para que espantara a los ratones y la gata andaba siempre por la iglesia, ensuciándose en el incensario al calor de los rescoldos o paseando por la sacristía; para entrar en la iglesia necesitaba sólo una rendija, porque el lomo sedoso resbalaba contra la hoja de la puerta. Tenía miedo a los ratones y nunca los atacó. También se hizo amiga de Cuarenta Mártires que la tomaba en brazos muchas veces.

Para cuando me case ya tengo un gato,
ya no tiene mi madre que darme tanto,

decía la niña, acunándola. Así que tuvieron que colocar ratoneras por toda la iglesia, de madera con un agujero redondo, con alambres y un pincho donde prendían un trozo de queso. El ratón se acercaba olisqueando, meneaba la cola y mordía finalmente el queso; entonces el cepo se cerraba y lo agarraba por el cuello. Fue por entonces cuando empezó a oler mal y la gente a huir de la iglesia, mientras don Sotero cavilaba la causa de la peste. “A mí me huele a diablo”, decía Emerenciana; y cuando el cura dio con el cuerpo del delito, ella se echó las manos a la cabeza. “De mí salió quien me está matando”, chillaba como una posesa, mientras él se agitaba al borde del colapso. En la procesión iba la sacristana abriendo el paso con un estandarte de seda, que llevaba bordada una virgen y unas azucenas en el envés; le colgaban flecos de oro y a los lados caían dos cordones con borlas. Ella llevaba el estandarte y las niñas del pueblo se peleaban por llevar las borlas. Las velas se apagaban por el airecillo y se volvían a encender unas con otras; las voces desafinadas entonaban el salve regina, mientras la procesión zigzagueaba bajo la mole imponente del Hacho. Hombres y mujeres, viejos y viejas, niños y niñas repeinados vestidos de primera comunión y con

zapatos de charol con trabillas seguían a la virgen, que cuatro serranos llevaban en andas sobre su alfombra de amapolas; la Virgen llevaba una corona de oro con piedras y el Niño la tenía igual, sólo que más pequeña. Las más ricas del pueblo llevaban mantilla negra y rosarios de nácar en las manos; las pobres llevaban velo y un rosario hecho con pipas de algarrobas. Los de las niñas eran menudos, con cuentas de colores. Aquel año nadie se peleó en la procesión por llevar el estandarte ni las borlas, porque lo llevó Cuarenta Mártires, la niña delgaducha con ojos color de agua sucia y labio leporino que se había lavado, peinado y limpiado las velas de mocos. La vistieron de ángel para la procesión, y estaba como mosquita en leche. Para hacer las alas su madre había desplumado tres gallinas y había pegado con engrudo las plumas en cartón de embalar. Llevaba una corona con una estrella que tenía que ir por delante, pero con las prisas salió con la estrella para atrás. Desde entonces fue vestida así y andaba por la iglesia con la túnica deshilachada en harapos, soltando plumas como un almohadón y con más agujeros que una grillera. Acabó comida de piojos y las liendres le coruscaban en el pelo albino como puntos de plata. Emerenciana se las aplastaba con la uña y reventaban con un chasquido sordo; y andaba tan zarrapastrosa que hasta a su madre le daba vergüenza, y ella canturreaba:

Pulgas y chinches me sacan los ojos,
y otras avecillas que se llaman piojos.

Tenía doce años cuando se fue de pelegrina; para entonces las alas se habían desplumado tanto que no quedaba más que la armadura. Don Sotero la mandó a la sierra con una pareja de gatos, a falta de leones como los ermitaños antiguos, eligiéndole un lugar selvático donde se apretaba el lentisco con el acebuche. Estaba lejos de cualquier camino, siguiendo a lo largo el lecho del río al fondo de un despeñadero, hasta que se llegaba a una meseta inaccesible rodeada de picachos erguidos. La instaló en una choza junto a una ermita derruida, cegada de zarzas y de jaramugos. Tiró del cerrojo que gimió oxidado, lo fue girando con chirridos de llanto, hasta que consiguió sacarlo de la argolla. “Este será tu hogar”, le dijo. Ella dijo que sí con la cabeza y se quedó mirando un cristo pequeño y renegrido que tenía fama de milagroso, tan viejo que la madera asomaba a vetas por debajo de su pintura. “Y reza por mí”, añadió don Sotero, que se marchó sin despedirse. Años atrás habían acudido a la ermita enfermos a pie o en borricos; hasta formaban caravanas en el camino que hicieron los romanos y desde lejos veían la ermita detrás de los peñascos y las matas

de espinos. Pero ahora del camino no quedaban más que unas piedras puestas en ringleras, la ermita se había arruinado entre jaramugos y no llegaba más que un romero al año, arreando un caballejo que encogía las ancas para tirarlo por el despeñadero. Cuarenta Mártires se alimentó de bellotas y leche de cabras monteses. Los gatos habían proliferado a su alrededor y había apañado un corral, donde gruñía una pareja de cerdos montunos. De cuando en cuando cambiaba en la ermita los ramos de jaramugos y de matas de aligustre, y tenía siempre la lamparilla encendida, con aceite que le mandaba el cura una vez el año por Navidad. Llevaba el pelo enmarañado y se vestía con pellejos de cabra, despidiendo un olor a zorruno que era la mejor garantía de su virginidad. Hasta que llegó Geminiano el Chico a los alrededores de la ermita, y no habían pasado nueve meses cuando ella se encontró con un niño en los brazos. Había cumplido ya los treinta cuando vio al hombretón lleno de pecas, con los ojos torcidos. El llegaba desnudo, porque acababa de bañarse en el río, y llevaba un casquete de hojas de laurel dándole sombra en la cabeza. “En cueros y con sombrero”, dijo ella extrañada, y no le costó trabajo convencerla de que era un ángel del cielo que venía a anunciarla. Pasó allí la noche y ella achacó al delirio del éxtasis lo que no fue más que el estampido de la naturaleza. El niño vino al mundo ayudado por Carcunda, que era su abuelo natural, y por su tío Florentino Zunifredo; ellos lo bautizaron en el arroyo y le pusieron de nombre Cuatro Coronados. “Irse de romera y volverse ramera”, decían en el pueblo, porque el recién nacido era igual que el menor de los Geminianos. Dos años más tarde llegó por la cabaña Pasos Largos, que andaba fugitivo con la ropa hecha tiras, las botas despedazadas y muerto de cansancio. Vio a una mujer vestida con harapos que salía con un niño apoyado en la cadera; le dijo que iba huyendo y ella le contestó que podía quedarse. “Los probes nos tenemos que ayudar”, pronunció sin mirarlo. Le señaló una manta vieja y él se echó en un rincón, pero antes le dio cuarenta duros para que comprara comida y municiones. A ella le faltó tiempo para guardarse las monedas, correr al cortijo que tenía más cerca y denunciarlo a la guardia civil.

***

CUANDO CUATRO CORONADOS NACIÓ, la madre dijo de buena fe que era de Dios y que la había anunciado el arcángel san Gabriel. Aunque las malas lenguas decían que nació de un carnero, lo cierto era que el chiquillo era el vivo retrato de Geminiano el Chico. Ella lo crió con sus pechos blancos y fláccidos y lo miraba como una niña vieja que hubiera descubierto de pronto un rayo de sol, aunque tenía el

cuerpecillo arrugado y la cabeza como un melón gorrinero. Acostaba al hijo a su lado en un montón de paja y lo amamantaba con la mano cogida; mientras, ella chupaba los huesos con algo de carne que le daban por caridad en las dehesas, acabando el festín con zarzamoras y fresas salvajes. Luego empezó a darle al pequeño ancas de rana y pajaritos fritos; estaba medrando, cuando una mañana ella se despertó temprano, miró a su hijo y lo vio más blanco que la leche. Desde entonces gemía y lloraba a todas horas; estaba tan flojo como un muñeco de trapo y serrín que se hubiera quedado vacío. Y aunque parecía comerse con gusto las piltrafas de carne, no había terminado de tragarlas cuando las vomitaba. Un vello oscuro le estaba naciendo por las sienes; tenía los bracillos y las piernas flacos y el vientre tensado y redondo, se le estaba afilando la nariz y sus ojos miraban con angustia. Mientras, le crecían tanto las pestañas que ya le sombreaban las mejillas. Llegaron los días asfixiantes de julio y el niño iba de mal en peor; Florentino Zunifredo lo resobaba abarcando con sus hábiles dedos la barriga hinchada y tirante, desnudaba su pequeño vientre timpanizado y lo palpaba y repalpaba con sus manos ásperas, cavilando para sus adentros. Fue atando cabos y dando forma a sus conjeturas; empezó a abrirse paso el pensamiento de que el niño padecía aquel mal que se veía raramente en los confines de la sierra, cuando los pequeños enfermaban y las pestañas les crecían, hinchándose sus vientres como panzas de sapo. Estuvo una semana buscando hierbas para preparar un cocimiento. “No sé si pasará de esta noche”, le dijo a Cuarenta Mártires después de embutirle el potingue entre arcadas con una cuchara de palo. Ella lo cogió en brazos, lo apretó contra sí porque estaba convulso y helado y los dos se quedaron dormidos. Cuando la madre despertó, el chico tenía las mejillas rosadas y dormía con una respiración muy suave. Creció en la cabaña junto a la ermita, rodeado de todos los gatos del contorno que la pelegrina recogía porque también eran hijos de Nuestro Señor. Un día le llevó a su hijo un nido con tres pajarillos que tenían la cabecita desplumada y los ojos ciegos; él les estuvo dando bellotas mascadas y gusanillos, instaló el nido bajo la techumbre de palmas en un sitio donde les daba el sol y los alimentaba cada día, hasta que los pájaros pudieron volar. Habló con mucha seriedad a los mininos para que guardasen las distancias; pero ellos mismos se mantenían en alto por un miedo ancestral a los gatos. Hasta que tomaron confianza y bajaban a picotear los granos de alpiste, picoteando también a los gatos que se dejaban hacer. Fue por entonces cuando a Cuatro Coronados lo castró un cerdo. Allí llovía más que en el resto de la sierra y los

cochinos se revolcaban en el fango; un día en que el niño estaba ensopado de lluvia, se refugió con ellos en la gorrinera. La cerda lo tiró por el suelo y lo pateó en la barriga; cuando se hartó de patearlo, estaba más liso que su madre. Cuando el chiquillo se vio en los brazos de Cuarenta Mártires, tenía encima más basura que hojas menea un temblor de tierra y ya nunca podría engendrar. “Los eunucos no padecen de gota, ni se quedan calvos”, le dijo Florentino Zunifredo a la madre para consolarla; pero el infeliz desde entonces no podía ver un cochino a lo lejos sin que le dieran alferecías. También empezó a tener miedo a la gente, porque la madre le contaba que los hombres-lobo salían al campo con el plenilunio para comerse el hígado de los niños; por eso miraba asustado al romero cuando llegaba una vez al año a la luz de la luna, redonda y amarilla. Se entretenía jugando con las arañas grandes y peludas, de aspecto achaparrado y torpe que se alojaban en la techumbre; perseguía a las menudas que tenían el cuerpo como un grano de anís y unas patas largas y finas como hilos, y que corrían tanto que no se las podía seguir con la vista. Se comía las pequeñas y grises que tejían sus telas y se descolgaban de un hilo, aguardando la presa. Mientras, Cuarenta Mártires se entretenía repelándose los callos de los pies con las uñas sucias de las manos; daba vueltas a la dureza con mucha paciencia para descuajar la raíz que se hundía en la carne y, cuanto más trabajo le costaba arrancarlos, con más gusto los saboreaba luego. Iba a cumplir diez años Cuatro Coronados cuando una tarde llegó a la cabaña Florentino Zunifredo. “Por santa María de agosto te llevaré de mozo de cuadra con los marqueses”, le dijo. “¿En qué mes cae santa María de agosto?” El movió la cabeza y no le contestó, pero llegado el tiempo se presentó en la cabaña a buscarlo y se lo llevó montado a la grupa. Para aguantar la soledad, Cuarenta Mártires empezó a comerse las uñas de los pies que se arrancaba antes, dejándolas sobre una piedra. Cuando estaban todas juntas las mascaba junto con las lágrimas; la suciedad blanquecina le sabía a queso y, mezclada con la tierra, le chirriaba entre los dientes dándole sensación de compañía. Las más apetecibles eran las más grandes que a fuerza de chuparlas se reblandecían; al final se cansaba de mascar las uñas y las escupía, aunque algunas se le quedaban entre los dientes, arañándole las encías. Cuatro Coronados era muy torpe, pero fiel; acabó de crecer en las caballerizas de palacio cumpliendo bien su cometido, porque se entendía con los caballos mejor que con las personas y nunca los relacionó para nada con los cerdos. En sus largas noches de vigilia se acordaba de su madre, de los pájaros y de los gatos; y, como no podía

procurarse el placer solitario, se dedicaba a comerse los mocos. Miraba a los lados por si alguien lo estaba viendo, los extraía con la punta del dedo y les daba vueltas hasta convertirlos en albondiguilla, disfrutando de su sabor salado. Había veces que estaban tan duros como la madera, pero la saliva los ablandaba y eran los más sabrosos; se entretenía en desprenderlos con la uña de las paredes de la nariz, donde se agarraban a los pelillos. Tampoco despreciaba los blandos, que parecían zarcillos de perlas. Se tapaba un agujero con el dedo, soplaba y los mocarros salían por el otro; había de todo, blandos y duros, y con fruición los sorbía y se los tragaba. Tenía quince años cuando nació el hijo mayor de los marqueses, Francisco de Borja Carlos Miguel, a quien llamaban Francisco para abreviar. El lo ayudó desde niño a subirse a la jaca y, cuando el pequeño marqués lo sorprendía sacándose los mocos y goloseándolos, se reía de él y se lo contaba a todo el mundo. Pero él no escarmentaba y seguía haciéndolo cada vez con menos pudor; por el contrario conservaba el más hermoso entre los dedos, lo trabajaba antes de engullirlo y lo chupaba para que durara más. No le gustaba la velilla líquida porque le sabía a poco y le daba náuseas comerse los blandos cuando se habían quedado fríos, porque le parecía que no eran suyos, sino del pequeño marqués. Se comía también las legañas que estaban saladillas y las masticaba si estaban endurecidas. Cuando nació la hija de los marqueses la bautizaron con los nombres de Martina Beatriz Isabel de Hungría, pero la llamaban Martina a secas. Él tenía diecinueve años y seguía en la casa, pero nunca consintieron que la tocara. Era ya un hombre hecho y derecho aunque le faltaran los atributos de la masculinidad y tenía las espaldas recias, el cogote grande, un pelo abundante y crespo y las piernas achaparradas. Pero siguió siempre teniendo la voz aflautada y era barbilampiño, porque estaba castrado. Él mismo no sabía si había nacido de esta guisa por un raro capricho de la naturaleza, o es que había resultado así por un accidente desgraciado, pero el hecho era que no podía sentir el placer como sus compañeros, ni visitar los lugares de amor que ellos visitaban. Fue mucho tiempo después cuando Cuatro Coronados le llevó a su madre a la sierra una criatura moribunda envuelta en una manta de caballo. Nadie supo de dónde había sacado aquel engendro y sólo sabían que no podía ser hijo de su padre adoptivo, porque estaba inútil para engendrar desde antes de tener uso de razón. El niño sufría un ataque y daba botes como un pez, tenía el pelo colorado pegado a la frente y los sesos le latían, porque había nacido sin cráneo. La albina lo acogió con un cariño montaraz, aunque quiso disimularlo; cuando lo aupó en brazos se percató de que

le resbalaba un sudor que era preludio de una muerte cierta. Llamaron a Florentino Zunifredo para que lo sanara y él se presentó con su lata de hierbas y dos estampas de san Apuleyo y san Aquiles. “Está más frío que culo de muerto”, fue lo único que dijo cuando lo vio, y le estuvo administrando el mismo potingue que le dio muchos años antes a su sobrino. Tan mal lo veía, que lo bautizó bajo condición y le puso Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados. Pero en esta ocasión fue Cuarenta Mártires quien barruntó el mal que lo aquejaba, porque tiró las hierbas al tejado de la cabaña y le puso en la manita una tira de tocino salado. En dos minutos el pequeño monstruo lo había devorado a fuerza de chupetones angustiosos y lo mismo hizo con media libra de tocino con toda la sal, mientras Cuarenta Mártires lo ayudaba a tragar con sorbos de leche. “Sorbe un buchito”, le decía. Le había encajado la boina que heredó de Carcunda para que no se le advirtiera la deformidad de la cabeza, y le daba al fenómeno bellotas masticadas para la merienda. Tenía junto a la ermita una cabra salvaje atada con nudos de tomiza y la había elegido para el niño ética, pelética, pelapelambética, peluda y pelapelambruda. A ciertas horas la soltaba y el animal triscaba en la maleza, trepaba las escarpaduras hasta alcanzar el pedriscal y, siempre a la misma hora, estaba de vuelta para dejarse ordeñar. Ella no le daba al niño otra leche que aquella porque no era raro que en las dehesas las cabras enfermaran, y ella ya estaba escarmentada con lo de su hijo, porque sabía que las fiebres maltas dejaban a las gentes postradas hasta consumirlas. La criatura se ponía como chivo de dos madres, porque tenía un apetito voraz y se merendaba media arroba de bellotas ayudadas por la leche de cabra. Luego Cuarenta Mártires le daba un trago de anís que le había traído su hijo de casa de los marqueses; el bebé se relamía con el carminativo y poco después el cuerpecillo se estremecía con un eructo pavoroso. “Es más puñetero que el mundo”, reía con cariño la abuela adoptiva; jugaba con él a topa y cuando el niño topaba la cabeza le sonaba a hueco. “Escupe, que te sale un cuerno”, lo jaleaba ella. El chiquillo creció como un mueble. No hablaba y gruñía como los animales, y su voz se fue haciendo tan profunda como el tañido de una campana. Los gatos le lengüeteaban los piececillos descalzos y tenía un ciento de gatos siempre alrededor; mientras, él despegaba el hollejo de las bellotas y se las comía de cuatro en cuatro; luego, se encajaba los cascabullos en los dedos en forma de dedales. Siempre llevó la boina colorada que había sido de Carcunda y que se confundía con el color natural de su pelo, cubriéndole la aberración de la cabeza. Tenía las uñas tan grandes como peinas, recias y descoloridas; se

rascaba el envés de las manos hasta que sangraba a fuerza de arañar y se las chupaba para aliviar el picor de la sarna. Cuatro Coronados llegó a querer al malhecho como si hubiera sido su propio hijo y, con el tiempo, llegó a creerse que lo era. Iba a verlo a la sierra y le llevaba golosinas envueltas en papel de celofán, lo sentaba en un banco de troncos dentro de la ermita para protegerle la cabeza del sol y él chupaba el papel, mirando con sus ojos del color de las uvas la lamparilla del altar. Así estaba cuando llegó una tarde Cuarenta Mártires de recoger bellotas. “Bien te estás en tu nido, pájaro”, le dijo cacheteándole el cogote, pero el frío siniestro que notó la percató de que estaba muerto. Lloró tanto por él que se le acabaron las lágrimas; cuando llegó Florentino Zunifredo, no pudo más que envolverlo en la misma manta que le había servido de pañal, subirlo a lomos de una mula y llevarlo a enterrar a Montejaque. El muchacho acababa de cumplir treinta años y murió el mismo día que Tránsito, la hija de Amelia y del médico don Camilo. Le dio sepultura con la manta y con la gorra puesta; allí estaba Cuarenta Mártires medio centenaria, arrugada como una pasa y ya casi sin pelo, limpiándose las lágrimas con unos trapos negro-pardos. “Está la vieja muriendo y aprende”, suspiraba. Por aquellas fechas Florentino Zunifredo cumplía cien años y estaba dispuesto a cumplir otros cien.

***

FLORENTINO ZUNIFREDO dio por entonces en recordar su vida pasada, hasta en sus detalles más nimios y pormenorizados. Contaba a todo el que lo quería oír que era hijo legítimo de Florentino y de Emerenciana la Rubia, que sus padres habían sido criados en casa de los señores y que se habían casado por la iglesia. No recordaba al padre que murió joven sin pena ni gloria, pero sí que a él se lo llevó su abuelo, Florentino el Viejo, cuando su madre se marchó con Carcunda. “Con niños y con cabras nunca faltan incordios”, solía decirle; y para enderezarle las costumbres le daba una azotaina cada día, siempre a la misma hora como un ritual. Aunque sabía que era hermano de Cuarenta Mártires la pelegrina, durante mucho tiempo no la conoció ni de vista. Del viejo aprendió el oficio de cabrero y el de curandero, lo llamaba “güelo” y tenía en él su única compañía. Nunca bajaba al pueblo, desde el castillo se asomaba a las calles más altas al anochecer, cuando las chicharras se habían quedado calladas entre los jaramugos y las cabras olisqueaban las peñas y los matojos. El chiquillo dormía boca arriba en el campo, como lo había hecho su abuelo, con todas las estrellas por techo. Pateando la sierra con el ganado se encontraba con Pasos Largos, que por

entonces era todavía Juan Mingolla y no había empezado a delinquir; juntos atravesaban los ventisqueros, cruzando las gargantas donde zurriaban los aires. De tiempo en tiempo llegaba hasta Ronda a vender el queso de las cabras y atravesaba la calle de Pedro Romero, que entonces no se llamaba así, pero que ya trasminaba a madera fresca del aserradero, y tenía que saltar los tablones que se apilaban cerrando el paso. En la plaza de toros, las piedras lucían repulidas por el roce de los siglos. Las tiendas de los talabarteros estaban abiertas y mostraban alforjas de colores, cinchas, ataharres y mantas de lana bordada, junto a zahones de cordobán. Bajo un sol achicharrante pasaban las bestias cansinas, resonando los cascos en el silencio de la tarde, y el sol derretía las piedras en las callejas de ventanas cerradas por donde no transitaba un alma. El sol trazaba una línea recta, a un lado la penumbra y al otro la canícula del mediodía rondeño; de cuando en cuando acertaba a pasar un serrano, adormilado en su caballo debajo del sombrero de palma. Podía oírse en la modorra un relincho desesperado, o un rebuzno estentóreo que iba bajando de fuerza y de tono en cada arremetida. Aquel día Florentino Zunifredo había cargado el asno de higos chumbos y queso de cabra; después de estar en el mercado vendiendo la mercancía, se llegó hasta el palacio de los marqueses y tiró de la campanilla. Al rato chirrió algo, se abrió la puerta como frenada y apareció una doncella con cofia y delantal. “¿Quiere quesos de cabra? No los hay mejores en toda Andalucía. También llevo chumbos maduros”. “No necesito quesos ni chumbos”, le dijo ella, y le dio con la puerta en las narices. Dentro se oyó la voz de una señora. “¿Quién era, Magdalena?” “No era más que un cateto vendiendo quesos, señora marquesa”. “Pues déjalo pasar, mujer”. Se abrió otra vez la cancela y lo hicieron pasar en un patio lleno de macetas vidriadas y rodeado de azulejos sevillanos. Desde entonces volvía al palacio y siempre le compraban un queso; luego en el mercado veía a Magdalena y volvía por la tarde a su pueblo, arreando a su burro. Así pasó el verano, luego vino el invierno y llegó el mes de marzo, con las celebraciones de la semana santa. Salieron los tronos dolorosos entre filas de encapuchados y el cateto miraba a los cofrades como a apariciones de otro mundo, entre estandartes morados bordados en oro, con los clavos y las espinas de la cruz. Llevaban en la mano un cirio humeando, los hachones goteaban y los pies descalzos de los penitentes pisaban los goterones de cera. Sus ojos brillaban como carbones encendidos y lo miraban al pasar, como si hubieran querido leer sus pensamientos. Luego veía sus espaldas cargadas y los hombros redondos bajo el

capirote; y no se movía hasta que no se alejaban, no fueran a volver la cabeza y a aojarlo, dejándolo convertido en piedra. En el mercado encontró a Magdalena entre ristras de ajos comprando azúcar de pilón; él peló un chumbo y se lo dio para que se lo comiera. “Cásate conmigo”, le dijo, y ella le contestó: “Que el diablo te lleve”. Magdalena había nacido en Trujillo de Extremadura y era dicharachera y muy espabilada. De niña tuvo un paralís y cojeaba un poco, pero lo que a nadie decía es que también se le había caído el pelo y desde siempre usaba peluca, aunque aquello no lo sabían más que ella y la madre que la había parido. Cuando cumplió los diecisiete estaba naciendo el siglo veinte y la llevaron a servir a Cáceres, en casa de los condes de san Justo y san Pastor. Eran cuñados de doña Manolita, la marquesa de los Zegríes, quien le tomó tanto cariño que se la llevó a Ronda con ella. Doña Manolita era golosa hasta la exageración; desde el primer día la muchacha lo pasó haciendo bizcotelas y budines, melindres y alfajores, tartas para el obispo y piñonate para el abogado-notario, un señor bajito y con calva que vivía en la plaza, en una casa nueva con un portón brillante y aldabones de bronce pulido. También preparaba conservas caseras, jaleas y mermeladas que en botes de cristal criaban una costra de moho. Bullían las perolas y se envasaban las compotas en botes y en botellas; a medianoche se oía un tiroteo, y es que saltaban los tapones por la fermentación emplastando los techos de gelatinas y melazas. Asaba boniatos que chorreaban almíbar, la piel se despegaba sola y quedaba la carne rosada o amarilla, tan tierna que se deshacía en la boca. Ella mezclaba aquella carne con azúcar molido, moldeaba croquetas que envolvía en azúcar y las ponía a orear en un confitero de plata. Como a la marquesa le gustaba el confite casero, ella daba vueltas con cuchara de palo revolviendo el azúcar con polvo de canela, mientras sentía los lengüetazos del fuego y el caramelo hervía con burbujas doradas. A diario tenía que acudir al mercado a comprar chocolate o azúcar de pilón; allí se encontraba con Florentino Zunifredo, que empezaba dándole los buenos días con un chumbo y acababa llamándola por lo bajo aborto del paraíso. A ella aquello le sonaba a burrada, pero tampoco lo entendía; y aunque al principio pasaba muy derecha y sin mirar, al final llegaban juntos hasta el puente nuevo, se asomaban al abismo a través de las rejas panzudas y oían juntos el graznar de los cuervos. Se detenían a la mitad del puente sobre la batahola de los hojalateros, a más de doscientos metros sobre el lecho del arroyo; en ese punto las murallas eran verticales y en el fondo de la garganta estrecha serpeaba un torrente de espumas. “Esta profundidad me da vértigo.

Vámonos de aquí, que se me trabuca la cabeza", decía ella. "El que vive en la sierra no se da cuenta de lo hondo, ni siquiera lo ve", le contestaba él, y la acompañaba al palacio mientras el sol hacía chiribitas en las piedras, y las bestias cansinas se atragantaban del calor. Él iba dándole razones y hablándole de las muchas cabras que tenía, hasta que la convenció y se pusieron en relaciones. "Esa es más interesada que la iglesia", le decía a su nieto Florentino el Viejo. Pero todo fue en vano y se casaron por la iglesia, porque así lo exigió la novia, que tuvo que conformarse con irse a vivir a Montejaque. Tomaron una casa medio decente para vivir y allí se llevaron en el burro los cachivaches de deshecho que les regaló la marquesa. El novio llevó una mesa con cuatro sillas de aneas y un tapete alargado, y de adorno para el comedor un búcaro con las plumas de dos pavos reales. Allí supo Magdalena que aljofifar era fregar el suelo con un trapo, porque en casa de doña Manolita no había hecho más que dechados de confitería. Se pasaba el día aperreada, encalando y pintando de rojo almazarrón los zócalos y los escalones. Se le estaban abriendo las manos de frotar las sartenes con asperón y estropajo de esparto y, cuando salía a la calle, los chiquillos la coreaban: "Badajoz, tierra de Dios, donde andan las putas de dos en dos". Ella volvía a casa con el cesto de los chícharos y de rabia los pelaba y se los comía al mismo tiempo, de forma que al final se quedaban reducidos a nada. "Miren que llamar chícharos a los guisantes", rezongaba. Cogía el soplillo de esparto que era redondo y plano con mango de madera, lo meneaba delante de la hornilla y el fuego se avivaba haciendo borbotar el puchero, mientras de la ventanilla del fogón brotaba una cascada de carbonillas incandescentes. Cuando el marido le llevaba castañas, ella les daba un corte y las ponía en las brasas hasta que empezaban a estallar como balines. Siempre había en torno a la luz lagartijas que aguardaban quietas, acechando a su presa ajenas a todo ruido o movimiento, y otras veces se colaban en el dormitorio y entonces eran los gritos y los aspavientos. En invierno, todo fue a peor. "Ocho meses de infierno y el resto de invierno", se quejaba ella, y él la consolaba diciendo que en febrero con un día malo vendría otro bueno. Pero cuando llegaba por las noches, en lugar de calentarla le daba más frío y ella protestaba entre sueños: "Qué placer de marido, que fue a cagar y vino aterido". Cuando estaba amasando el pan tenía la cabeza en los bizcochuelos y las tartas de doña Manolita; con la imaginación juntaba las yemas y batía las claras, las mezclaba con harina y azúcar y, trabucando lo que hacía, metía el pan en el horno envuelto en un papel de plata. Al mismo tiempo cantaba a voz en grito, para olvidar lo

aperreada que estaba:

Yo a los hombres los quiero como a las uvas,

colgadas de una parra las asaduras.

También echaba de menos las comidas del palacio y se le hacía la boca agua recordando el zafarrancho de langostas y pichones. Cuando la marquesa tenía invitados, las langostas aguardaban atadas sobre la mesa de mármol del obrador y había en la lumbre grandes cazuelas humeantes. Y cuando el agua empezaba a hervir, la cocinera cogía las langostas y las zambullía en el agua, donde los bichos se estremecían y agitaban las antenas; luego se quedaban quietos y cambiaban de color. Mientras, una ayudante de cocina estaba escaldando los pichones para pelarlos mejor, chamuscando en las brasas los cañones de las alas y de la cola. Allí hasta las criadas olían a lavanda y a benjuí; aquí su marido olía a cabras, porque sólo se había adecentado para la boda y luego andaba siempre sin quitarse las trazas de cabrero. El jornal de la venta de quesos entraba por la puerta y se iba como el humo, así que pasaban la vida regañando. “Tú tienes tanto dinero como Jesucristo pecaos”, le dijo ella el primer día; él le replicó que la culpa era de ella, que tenía más costos que una dama. Pero Magdalena ni se molestó en contestar, le dio la espalda y se puso a cantar a voces:

Mi marido fue a las Indias por acrecer su caudal,

trajo mucho que decir, pero poco que contar.

Aquella casada llora la ausencia de su marido,

no llora porque se va, que llora porque ha venido.

No volvió a ver la regla porque enseguida se quedó embarazada; quiso el destino que tuviera mellizos y los llamó Justo y Pastor, en memoria de sus señoritos de Cáceres. “Soy más desgraciada que el postigo de san Rafael, que todos se cagaban en él”, se quejó cuando le dieron la noticia de su parto doble. Porfiaban cuando él llegaba tarde de guardar las cabras; Magdalena se acostaba de madrugada lavando pañales, refajos y muletones, y se desesperaba porque los dos gemelos no dejaban de ensuciar. Ya estaba pensando que dos críos eran muchos críos y, aunque a ratos se los comía a besos, la mayor parte de las veces tenía ganas de ahogarlos. Además de la falta de dinero, el motivo de las peloteras solía ser la pasión arrebatada del marido. Ella estaba con la cuarentena; como no podía satisfacerlo él se ponía como loco, se le subía la sangre a la cabeza y a poco no se le salía por los ojos. Una noche llegó casi

por la mañana y ella notó que había bebido. “A mí no te acerques”, le dijo. “Ven acá, que voy a rebanarte el pescuezo”, le gritó él como un basilisco, y ella le contestó entre sueños: “La puta de tu madre”. No se dio cuenta de cómo cayó, pero lo culpaba a él porque la había apechugado. Lo cierto fue que resbaló de la cama y dio con la quijada en el suelo de losas; además de perder la peluca, todos los dientes le saltaron tronchados de raíz. No se molestó en restablecer el postizo; en cuanto a los dientes, no le quedaba uno para muestra. Los mellizos berreaban por el estruendo, ella fue a mirarse en un trozo de espejo y lloró también sin consuelo por su juventud perdida. Cuando él vio lo que había pasado le devolvió la peluca, sacó una navaja barbera y se la dio para que lo matara. “Estás loco perdido”, fue lo único que ella le dijo. El marido se marchó vociferando, dio un portazo y se fue a dormir la mona a la choza de su abuelo. Mientras los niños se desgañitaban y todo el pueblo se había puesto en pie, Magdalena empezó a guardar sus cosas en un hato envuelto con la colcha de novia. Recogió la mitad de los pañales, de los fajeros y las mantillas, y dejó en un cajón de la cómoda media canastilla infantil. “No es la miel para la boca del asno. Descalostrado te dejo al Pastor, medio criado está”, lloriqueaba. Terminó en menos que se persigna un cura loco y cuando llegó a Ronda acababa de amanecer. Iba montada en el burro, con una sombrilla en una mano y en la otra un bulto con una criatura, porque había dejado a Pastor con el padre y se llevaba a Justo con ella. Y mientras avanzaba, iba tarareando con tristeza:

La primer noche de novios la cama se me cayó,
a ninguna le sucede lo que a mí me sucedió.

Las calles estaban tan calladas que ni los pájaros se habían despertado, y ella se fue derecha con su pena a casa de los marqueses. Le dejó el burro al caballerizo para que se lo devolviera al cabrero y le dijo a doña Manolita que quería regresar a su tierra; que se sirviera escribirle una carta de recomendación, porque había decidido volverse a servir en casa de los condes de san Justo y san Pastor, sus cuñados. Al día siguiente le dijeron a Florentino el Viejo que Magdalena se había ido a Extremadura. “Tenía una voluntad más fuerte que el peñón de Gibraltar”, dijo él. Por entonces lo encontraron muerto trenzando una tomiza de cuatro y Florentino Zunifredo llegó, como el socorro a España, tarde. Liquidó el alquiler de la casa, repartió los muebles entre las vecinas y se llevó con él a Pastor. Trató de atarlo al pastoreo como era tradición en la familia, pero no pudo conseguirlo porque era un niño indócil y contumaz, y lo único que le

gustaba era triscar por la sierra a sus anchas. “Este anda el camino dos veces, como los perros”, se quejaba él, pero no pudo domarlo por más palizas que le dio. Florentino Zunifredo vivió desde entonces en la casucha donde había que agachar la cabeza para entrar, en lo más alto del pueblo entre peñascos y pegujales de cardos. La casa no tenía más que un cuarto que hacía las veces de comedor y cocina, dormitorio y sala de recepción, y desde la puerta se veía abajo el cementerio. Tenía las paredes tapizadas de fotografías antiguas que se había dejado Magdalena, retratos en color sepia que el tiempo había descolorido; había fotos de bodas y de primeras comuniones, otras del servicio militar y de viejos que habían ido a Ronda para retratarse, porque aquí no había ni esperanza de fotógrafo. Guardaba como una reliquia un ramo de culantrillo de pozo que había sido de su abuela Geminiana y ahora estaba momificado, así como el búcaro con las plumas de los pavos reales. No conocía el cansancio y, muchos años después, aún seguía trabajando como pastor y curandero. “Durmiendo sana el joven y muere el viejo”, solía decir. Le llevaban heridos de bala, descalabrados, parturientas y hasta burros con mataduras. Había sido comadrona de medio pueblo y por tradiciones ancestrales estaba al tanto de los ciclos fértiles e infértiles de la mujer; por la orina conocía si iba a ser o no madre y si lo que naciera sería hembra o varón. Hacía las pruebas a solas, cogía un pincelito y un ungüento y trataba la orina, pero nunca lo hacía delante de nadie. “¿Por qué se esconde?”, se preguntaban sus pacientes, sabiendo que lo que predecía no tenía error. Parecía un Merlín de los tiempos modernos trajinando unturas en un jarrillo de aluminio lleno de abolladuras. Daba los ungüentos de balde y machacaba cantáridas en un almirez para hacer compresas con ellas y poder levantar ampollas en los asmáticos y en los congestivos. “Poca ciencia y mucha conciencia”, era su lema, pero lo cierto era que él ponía la ciencia y los otros ponían la fe. Todo lo había aprendido de su abuelo, porque aquellos remedios se administraban en el pueblo desde que llegaron los fenicios y sus fórmulas magistrales estaban escritas en las paredes de las cuevas, en caracteres mágicos de la prehistoria. Llegó a no vivir el presente sino en un pasado remoto, como hiciera su abuelo, y de tanto meditar se había convertido en un filósofo. Tenía encendida en su choza una lamparilla a san Aquiles y otra a san Apuleyo; guardaba estampas de san Beda el Venerable y de Romualdo el Eremita, que en sus tiempos luchó contra la relajación de costumbres entre los monjes, caminando esforzadamente hacia la perfección. Sus remedios eran una mezcolanza caótica de los inicios de la medicina, fórmulas mágicas y restos de una religión de los tiempos del

Génesis, además de mucho sentido común. Sabía que *cualquier tendón, cartílago o nervio del cuerpo que se cortara, ni crecía, ni volvía a reunirse.* “Dios sana y el médico cobra”, decía zumbón.”Pero yo no cobro, porque no tengo estudios y porque no me sale de los cojones”. Cuando lo llamaron para ver al pequeño monstruo, él lo bautizó con el nombre de los dos santos de su devoción; y cuando murieron Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, y Tránsito, la hija de Amelia y don Camilo el médico, él aún vivía y había cumplido los cien años. Por entonces no era más que el puro soporte de sus huesos, tenía la nariz de aguilucho, los ojos en el cogote y una cabeza que era una mojama; no se sorprendía de nada ni se asustaba por ninguna cosa, porque se le había gastado toda su capacidad de asombro y de temor. Las venas de su frente parecían talladas en bronce y su pelo era brillante y suave, tan blanco como el lino. “El viejo que se cura, cien años dura”, reía sin dientes; y conocía lo que había ocurrido en el pueblo en un siglo, sin que perdiera las esperanzas de seguir siendo su corresponsal. Estuvo en el entierro del tonto y fue uno de los pocos seres vivos que pudo hablar con Tránsito en su velorio, contándole cosas de Pasos Largos. “¿Tú fuiste amigo suyo?”, le preguntó la muerta con un hilo de voz. “Sí que lo fui”, contestó él con un brillo de lágrimas, que resbalaron luego por el mentón erizado de pelillos canosos.

***

PASTOR SABÍA MUY BIEN que tenía un hermano gemelo, y que era hijo de Magdalena, aunque nunca los conoció. Los mellizos nacieron tan iguales que su padre los quiso llamar a los dos Florentino, pero ella lo miró tocándose una sien con el dedo y moviendo la cabeza, y dijo que se llamarían Justo y Pastor porque a ella le daba la gana, y porque era un contradiós poner el mismo nombre a dos hermanos, y más si eran mellizos. El poco tiempo que estuvieron juntos, los conocían en que Justo berreaba siempre y Pastor tenía los ojos secos y redondos. “A Justo le gustarán las flores y Pastor acabará de camarero”, dijo su bisabuelo Florentino el Viejo el día del bautizo. El contorno de su primera infancia conformaría para siempre la mentalidad de los mellizos; y aunque los dos crecieron bien formados y eran esbeltos y ágiles, uno se criaría salvaje triscando por la sierra y el otro adaptado a las costumbres cotidianas de la ciudad. Desde antes de cumplir el año Pastor subía trepando hasta la alberca derruída, se sentaba en el muro y se quedaba mirando abajo, a los bancales ásperos entre la desolación de los palmitos. Amaba las cumbres abiertas a soles y vientos y lo atraía el abismo, que se extendía hasta alcanzar el valle. Podía abarcar de una vez todo

el horizonte de cordilleras moradas y azules, con el río zigzagueando abajo ; y cuando su padre lo buscaba no podía encontrarlo, por más que pateara las trochas. “Deja tranquilo al angelito”, le decían sus antiguas vecinas, y él contestaba que entre padre e hijo no metieran la mano. Lo azotaba con una correa hasta que le brotaba el sudor y el niño apretaba los dientes pensando que no le dolía; era cierto que no le dolía, ni le hubiera dolido aunque su padre lo hubiera matado. “Este niño es imposible”, decía, sudoroso. Un día a Pastor empezó a olerle a muertos la nariz, como si se le estuviera pudriendo. Se le había inflamado y cada vez le olía peor, y se le hubiera podrido de veras si no le saca el padre un trozo de anea de la silla, que ya le estaba echando raíces. A la iglesia no iba más que a meterse con los monagos que andaban zarceando con la túnica colorada y la sobrepelliz de encaje blanco, apagando los cirios con matacandelas como en sus tiempos hiciera Emerenciana la Rubia. Les pedía recortes de hostias; como no se los daban, les decía Pastor: “Que os den por el culo”. No sabía leer ni escribir, no porque su padre no quisiera mandarlo a la escuela, sino porque lo suyo era triscar por los boquetes y descularse en los desfiladeros. El maestro era el encargado de desasnarlo y la obligación tampoco le quitaba el sueño. Las pocas veces que Pastor asistía a la escuela se escondía detrás del pupitre al fondo de la clase y, con una navajilla, iba desbastando la barra de tiza hasta lograr la figura de una mujer desnuda con sus pequeños pechos. Era tal la aplicación con que lo hacía, que el alcalde tuvo que mandar una queja por el despilfarro de tizas. En el alcornocal, en lugar de cuidar las cabras arrancaba trozos de corcho hasta dejar los árboles pelados. Se lo guardaba en el bolsillo y, cuando le racionaron las tizas, se entretenía en tallar las figuras; era tal la lluvia de polvillo y virutas que el maestro lo mandaba a la calle a rematar sus virguerías. El hombre empuñaba el puntero y señalaba en el mapa los ríos y las cordilleras; de pronto se volvía y preguntaba por sorpresa a Pastor, y siempre lo pillaba tallando el corcho y desbastando las barras de tiza. “Así nunca triunfarás en la vida”, lo amonestaba. “No quiero triunfar en la vida. Sólo quiero ganar dinero y gastarlo, y hacer lo que me dé la gana”. Por entonces andaba en la sierra Pasos Largos y Pastor lo había convertido en un mito. Cuando supo que lo habían metido preso, juró que alguna vez lo vengaría. “Para los desdichados se hizo la horca”, decía con odio. Por las tardes iba en busca de las niñas del pueblo y les lanzaba huesos de cereza con una cañilla; pero siempre le gustó Alacoque, la hija mayor de los señoritos. Un día la retó a llegar a la fuente Tabizna, que derramaba sus aguas en el boquete tenebroso del

pantano. “¿Es que tienes miedo?”, la azuzó. “Yo no tengo miedo de nada”, le contestó ella, aunque cuando le mentaban la fuente un escalofrío le recorría la piel y se le ponían los vellos de punta, como si hiciera frío. Tuvieron que salir temprano porque caía en la otra vertiente, sobre la profunda cortadura donde sólo las cabras ponían el pie. El camino era pedregoso y estaba seco y resbaladizo; cuando estaban llegando hallaron una culebra muerta y estirada, picoteada por los pájaros. Pastor se agachó a cogerla y la guardó para hacerse unos tirantes; y aunque Alacoque lo llamó marrano, allí mismo se dieron un beso y se hicieron novios. De esa forma llegaron a la fuente, brincando entre peñas y quejigos; al volver al pueblo iban enlazados pisando los surcos entre mazorcas de maíz, entre frutos maduros envueltos en penachos suaves como la seda. Despegaban los granos con la uña y con cada mordisco dejaban en la mazorca una huella, redonda como una herida. Al final los arrancaban a puñados, se llenaban la boca de su jugo y tenían que sacarse uno a uno aquellos hilos amarillos que se habían colado con los granos; y cuando quedaba el garojo lleno de cicatrices, lo tiraban riendo entre las cañas. Cuando Pastor pretendía a Alacoque era un mocito esbelto y tenía el andar garboso y ágil, un corte de cara moruno y un brillo inquietante en los ojos. Luego decidieron marcharse a la ventura y fue cuando Pastor se vistió de fantasma, con una sábana llena de agujeros y un trébede encajado en la cabeza en forma de corona. Los agarró don Sotero el cura y se lo dijo al suegro, así que a Alacoque la mandaron al colegio de monjas. Pastor estuvo llorando como un niño junto a la alberca derruída y fue la primera y la última vez en su vida que lloró, pero desde entonces tuvo odio a los ricos por el hecho de que lo fueran. “No hay cerradura cuando la ganzúa es de oro”, decía con expresión retorcida. Y cuando su padre le hizo los cargos para que se pusiera a trabajar, él le dijo que por hacienda ajena nadie se perdía el almuerzo. Le parecía que aún vagaba por la sierra la sombra huidiza de Pasos Largos, y en su cabeza fue creciendo la obsesión de marcharse con los bandoleros. “Aléjate de los tuyos y Dios te maldecirá”, lo amenazaba su padre sin provecho; y cuando lo animaba a que se buscara una mujer, él decía riendo que más valía andar soltero que cabrón. Es que había odiado a las mujeres desde que su madre lo dejó y, cuando se llevaron a Alacoque, decidió no casarse nunca. Unos le achacaban en el pueblo que tenía trato carnal con las cabras y otros que usaba por una sola noche a las mujeres que hallaba por la serranía. “De padre santo, hijo diablo”, se santiguaban las viejas. Dormía el día y andaba la noche; tuvo tan buenos maestros en sus correrías que cuando llegó la

república se había hecho petrolero; se había convertido en un hombre indiferente y duro, concentrado y sereno, que gozaba incendiando cosechas y prendiendo fuego a las dehesas de los terratenientes. Nunca lo cogieron, y de ello se jactaba en público. “Yo no soy bandolero ni hago contrabando. Yo soy un político que quiere el triunfo del pueblo”, solía decir. Un día, huyendo de los guardias se había caído de un picacho a la profundidad del despeñadero y lo llevaron al pueblo descalabrado, con todos los huesos rotos y lleno de mataduras. El padre vio cómo lo acarreaban a lomos de un caballo; cuando lo pudieron desmontar le estuvo buscando el mecanismo de la osamenta, sin conseguir ponerle los huesos en su sitio.”No sé si morirá, pero sí es seguro que no andará más en su vida”, sentenció el curandero, porque tenía la cara de un tinte verde de aceituna y los labios descoloridos. Tuvieron que llevarlo a la ermita donde Cuarenta Mártires hizo de plañidera; el viejo se hincó de rodillas delante del cristo, con los ojos en blanco y los brazos en cruz. Un vecino fue a buscar al cura que había sustituido a don Sotero y, cuando pudo llegar a la ermita, se encontró a Pastor como muerto. Ordenó que lo llevaran al cortijo más cercano y llamaran a un médico, así que entre los cuatro lo trasladaron en unas parihuelas y llamaron a don Camilo, que había llegado al pueblo para casarse. El médico hizo lo que pudo al tiempo que el Cura Mocito le daba la extremaunción a Pastor, que lanzando un hondo suspiro se estremeció y abrió los ojos. Desde entonces al médico ateo lo llamaban la virgen de Lourdes y otros empezaron a decir que el nuevo cura había curado a Pastor milagrosamente. Un día andaba el cura cerca de la fuente; cuando estaba más descuidado sintió un silbido junto a su cabeza al tiempo que una navaja se quedaba clavada en un nogal, a un palmo de su sombra. Enfrente, el Pastor se reía con su cara afilada como un cuchillo, con su barbilla puntiaguda y los brazos penduleando; todavía llevaba el brazo vendado con un jirón de sábana renegrida, atada detrás del pescuezo con un nudo. “Bastante nos han estado jodiendo los curas”, bromeó, pero desde entonces hasta la muerte los dos hombres fueron uña y carne. Los dos juntos trataron de salvar a Pasos Largos cuando, ya de viejo, se volvió a echar a la sierra. Y aunque durante dos días con sus noches lo estuvieron buscando para protegerlo de la guardia civil, cuando lo encontraron no pudieron ya más que rezar juntos por él. Los arrieros y gañanes no hablaban más que de Pastor el de Montejaque, de que llevaba un rifle con anteojo para alcanzar más largo y tenía a los guardias en un puño, porque nunca faltaba un zagal para esconderlo y conocía palmo a palmo las cuevas naturales, donde

tenía su guarida. En los cortijos estaban bajo su escopeta las mujeres y niños, pastores y rebaños, y hasta el alcalde de Ronda había recibido amenazas de Pastor. “La gente de la sierra lo encubre”, se quejaba el teniente coronel. “Ni aunque fuéramos cinco mil podríamos cercar a un hombre que conoce el terreno como él”. Un día fue contándole a su padre que había presenciado de lejos cómo quemaban vivo en la sierra a don Rafael. “Yo no era de ellos. Ni quise ayudarlos ni pude impedirlo”, aseguró, y poco después se unió al Cura Mocito, a quien ya por entonces perseguían los nacionales por ocultar a los insurrectos. “Quien debe algo no descansa como quiere”, le dijo, mientras lo guiaba a la cueva del Gato. La conocía desde chico y sabía que no les faltaría qué beber, porque recogía el agua de las lluvias y estaba llena de estalactitas y pinturas antiguas, que dejaron los brujos antes de que el hombre existiera. Había visto muchas veces los caballos, rebecos y bueyes pintados en amarillo, rojo o negro, y rodeados de signos cabalísticos, que eran galimatías de los magos antiguos. Entraron en la cueva por la sala de los murciélagos, donde hallaron peces dibujados con trazos misteriosos. Al tiempo que avanzaban, Pastor hacía resbalar la luz de su linterna por los muros, sin que lograra alcanzar la cúpula, tan alta como la de una catedral. Sólo se distinguían arriba las puntas afiladas de las estalactitas, como dientes de un enorme cetáceo. Siguieron por galerías inverosímiles, tratando de no resbalar por el lecho musgoso; hallaron una y otra sala mientras el cura no se atrevía a respirar, más que por el temor por la admiración del prodigio. Avanzaban con tiento, porque el terreno era resbaladizo; así llegaron hasta la gran sima, un abismo que tenía en su fondo de barro una estalactita en forma de pinsapo gigante. “Ahora, cada uno por su lado -vino a decir Pastor. -Antes de que me cojan me corto las venas y me desangro como un cerdo”. Le dejó la linterna y el cura se quedó solo. Pastor siguió reptando en la oscuridad como una culebra; pudo salir al exterior y pensó en dirigirse a Ronda, aunque sabía que se metía en la boca del lobo. El cielo estaba negro y la niebla era fría; al pie de la ciudad estuvo escondido en la mina, aguardando a sus compañeros. Anduvo y desanduvo los cuatrocientos escalones que lo llevaban a la cima. Abajo estaba la fuente que servía a los moros para abastecer la ciudad en tiempo de guerra; habían socavado la mina en el muro terroso utilizando a los cautivos cristianos, que morían a cientos en la tenebrosa oscuridad. Por eso, desde tiempo inmemorial, se decía en la sierra: “Morir en Ronda acarreando agua”. Se estuvo imaginando a los esclavos que a oscuras trasegaban el agua, y entonces fue consciente de ser un heredero de la mala fortuna. “Me cago en

mis muertos”, masculló. Por fin llegaron dos serranos con las caras tapadas, imitando el canto del cuco, que sonó en las mazmorras como un chasquido lúgubre; él se dio a ver y le dieron un envuelto con comida, que devoró como un lobo hambriento. Cuando se hizo de noche huyeron por la salida de la fuente. Tenían que dirigirse a la costa y allí hacerse pasar por comerciantes de frutas. Le entregaron unos papeles con el salvoconducto falso; estaba amaneciendo cuando en un tren de mercancías dejaron atrás la sierra y se adentraron en el aire salado de la marisma. Tuvieron luego que separarse en Algeciras, donde Pastor sufrió un reconocimiento rutinario que no logró vencer la fortaleza de su temple de hierro. Sin que se le conmoviera un solo músculo de la cara atravesó el puesto de aduanas y se adentró en el puerto, junto a barcos mercantes sujetos con maromas, sobre un suelo regado de aceite y polvillo de yeso. Estuvo paseando entre las grúas, y palpaba dentro del bolsillo el pasaporte falso mientras los marineros iban y venían en las cubiertas, o saltaban al muelle entre pilas de sacos y torres de cajones con letreros estampados en negro. Había guardias merodeando, pero aún así el fugitivo conservó la serenidad. En el barco carguero no bajó al camarote; ni siquiera sabía si tenía derecho a ocupar algún camarote, porque el viaje era corto y llevaba billete de tercera. Viajó en cubierta con un par de tipos de mala catadura y una bandera que se agitaba al viento con los colores portugueses. Estuvo tratando de dormir sobre un banco de tablas, mientras intentaba dominar la náusea y el mareo, y cuando pudo darse cuenta habían atravesado el estrecho y estaban en aguas de Tánger. Allí desembarcó; desde el primer día tuvo que hacer de todo, desde gancho de contrabandistas a chulo profesional, y nunca volvió a comunicarse con su padre. “Cría cuervos y te sacarán los ojos”, se lamentaba el viejo en Montejaque. En Tánger un monte dominaba la bahía y en sus laderas se escalonaban las suntuosas villas de árabes millonarios, banqueros suizos y traficantes internacionales; cuando llegaba la noche, podían distinguirse al otro lado del estrecho unas pequeñas luces titilantes. Nadie le habló nunca a Pastor de la profecía de Florentino el Viejo; pero el presagio se cumplió y terminó de camarero en un merendero de la playa, al tiempo que hacía contrabando por su cuenta. Le entristecían las coplas que le recordaba a su tierra, que tenía tan cerca y a la vez tan lejos; a ratos se mordía los labios hasta hacerlos sangrar, pues sentía un nudo en la garganta que le quitaba el resuello porque echaba de menos los limpios horizontes y los cielos abiertos de la serranía. Un día se llevó la mayor sorpresa de su vida: le escribían su madre y su

hermano, porque los habían echado de casa los condes en Extremadura y querían que él los reclamara desde Tánger. Cuando vio por primera vez a su hermano le pareció que se estaba mirando en un espejo; a su madre la encontró muy vieja. Los recogió en el barco y se los llevó a desayunar a un café moruno; y mientras ella se limpiaba las lágrimas con un pañuelo floreado, ellos se estuvieron contando sus vidas. “Hasta la hormiga quiere compañía”, admitió Pastor; Magdalena afirmó con la cabeza y se sorbió las lágrimas, mientras Justo sujetaba el vaso con la punta de los dedos, porque el té con hierbabuena estaba hirviendo y lo estaba abrasando. “El hermano para el mal día”, le dijo Justo, y él le contestó: “Hoy por ti, mañana por mí”. Instaló a su madre en una vivienda de moros en el Zoco Chico y a su hermano lo colocó de jardinero en casa de un moro notable, el amín de la Mendubía. Por entonces él mismo se había aburguesado, se había agostado la claridad ancestral de su mirada y había perdido sin remedio la fortaleza animal de su vida.

***

EL CURA MOCITO anduvo tanteando las paredes de la cueva, porque había dejado la linterna encendida y se le había agotado la pila. Lo acorralaron al salir de la gruta. La luz apareció de pronto detrás de una trocha, tan cerca que le pareció poder cogerla con la mano. “No disparen -gritó-, me voy a entregar”. El sargento decidió poner fin a aquella historia que ya lo estaba jodiendo y, apuntándolo con precisión, apretó el gatillo. La primera bala alcanzó al cura entre las cejas y le hizo un agujero del tamaño de una perra chica. Luego lo remataron. El responsable de la muerte se dispuso a dar instrucciones a los suyos: se sacó brillo a los botones de los puños, enganchó el dedo pulgar en el correaje, sujetó el arma por el cañón y apoyó la culata en una piedra. A la luz de varias linternas, su tricornio despedía reflejos de charol. Observó un momento aquel rostro que las balas habían deshecho y dijo, moviendo la cabeza: “Muy listo tiene que ser el que lo reconozca. Habrá que inventar algo, es difícil explicar una cosa así con la Iglesia por medio. Diremos que lo hallamos herido, lo llevamos al hospital, y allí hizo tiras con las sábanas y se ahorcó de los barrotes de la cama”. Lo estuvieron desnudando y debajo de su traje de paisano apareció su musculatura suave; no había alcanzado siquiera los treinta y tres años, la edad de Jesucristo, otro muerto prematuro. Y mientras él permanecía de bruces, con la cara rota descansando en un charco de sangre coagulada, se oía el lejano canto de un labrador y el sonido de las ruedas de un carro chirriando en la vereda.

III. LOS CONTRABANDISTAS

"En Alcalá de los Zegríes, hasta los mendigos tienen humos de rey".
Ricardo León. *Alcalá de los Zegríes*.

TOBALO NACIÓ en plena sierra y era hijo de contrabandista. A su padre lo llamaban el Cristo y se decía que las balas lo atravesaban sin herirlo. Tobalo había venido al mundo al tiempo de marcharse los franceses, igual que Florentino el Viejo y Rafael Arcángel en Montejaque, y en Ronda el primer marqués de los Zegríes. Era más largo que paga de tramposo y tenía los ojos verdiazules. Siendo mozo se juntó con Josefita, a quien llamaban la Tarara, que estaba en su misma partida; las malas lenguas decían que eran del mismo padre, engendrados en madres distintas. La Tarara tuvo desde niña un aspecto varonil, transportaba grandes pesos y peleaba con los muchachos. Luego se convirtió en una moza garrida y, aunque era más chata que la muerte, sedujo a Tobalo por su valentía y bravura. Era contrabandista como él y la primera arreando las recuas de mulas. En las expediciones peligrosas la utilizaban como espía; llegaba a Gibraltar y allí arreglaba con el patrón el embarque de la mercancía; por eso, aunque decían que era tan burra que clavaba los clavos con la cabeza, todos la respetaban. Por regla general, los contrabandistas no tenían por costumbre maltratar a los viajeros que topaban por los caminos de la sierra; pero a ella le gustaban las bromas y mandaba desmontar a cualquier infeliz, lo ataba a un árbol y lo pinchaba con la faca, coreando la fiesta a carcajadas. Un día secuestró al alcalde de Igualeja y organizó una juerga donde lo obligó a cantar y bailar; luego ella misma lo ató a un pino y se entretuvo repicándolo, de forma que no tuvieron ni que rematarlo porque parecía un colador. Ya por entonces Tobalo se había hecho famoso como jefe de partida y el gobierno daba doscientos ducados por su cabeza, ya lo entregaran vivo o muerto. Se había acostado con quien había querido, ya fueran mozas o casadas, pues todas le servían y todas lo servían a él. Había hecho tantas veces el camino a Gibraltar que lo conocía como la palma de su mano y de noche cerrada podía seguir las calzadas antiguas por donde bajara hasta Cádiz Hernando Colón. Él y su partida dejaban atrás

los ventisqueros, gargantas y umbrías, mientras las mujeres y niños espiaban a los migueletes y les pasaban la información. Desde Gaucín a Parauta se sucedían los alcornoques y encinas, los castaños entreverados con algarrobos y acebuches, y los diferentes verdes de sus hojas formaban manchones de distinto color. Los valles se estrechaban tanto que se convertían en barrancales, y en las cumbres más altas y empinadas estaban los bosques donde crecía el pinsapo, un árbol prehistórico reliquia de tiempos antiquísimos. Había aldeas suspendidas en los taludes de las rocas, castillos ruinosos en los altozanos y bosques majestuosos al fondo de barrancos sombríos; y por contraste se encontraban viñas, huertas de almendros y limoneros, y arroyos bordeados de adelfas. Los contrabandistas de Tobalo tenían de su parte a los pastores, que desnortaban a la guardia civil; y mientras los buscaban en la sierra enmedio del temporal, ellos habían huido a la costa para comprar munición y tabaco. Con el tiempo, Tobalo y la Tarara tuvieron dos hijos de su relación incestuosa. Al niño lo llamaron Tobalito sin Pena, porque era alegre y vivaracho; desde que nació aborreció la vida trashumante de sus padres, y su aspiración era llegar a ser dueño de una barbería. “Viviréis tanto tiempo como los guardacostas tarden en poneros las manos encima”, le advertía a su madre, preocupado. La niña había nacido en pleno alijo, mientras los guardias los perseguían. Habían embarcado los fardos a medianoche y los caballos aguardaban, porque la noche era oscura y apropiada al desembarco. Cuando llegaban a la costa hicieron la señal y oyeron la respuesta, lanzaron los alijos al agua atados en los perros, y sólo el ruido de las olas rompía el silencio. Veían luces lejanas en las casillas de los pescadores, y cuando descargaban a los perros y pasaban la mercancía a los caballos era todavía noche cerrada. Acababan de liar los fardos de tabaco cuando las balas empezaron a silbar, y del mismo susto Josefa la Tarara empezó con dolores de parto. Tobalo no pudo seguirla, porque llevaba una bala encajada en los riñones y los suyos lo dejaron por muerto. Tan sólo la Tarara no había perdido la cabeza. Los otros abandonaron los mulos y se arrojaron a los barrancos, donde no podían seguirlos los caballos, huyendo cada cual por su lado. Al final, sólo cinco hombres pudieron salvarse de los cincuenta que formaban la partida; la Tarara escapó a galope mientras disparaban contra ella, dando a luz a la niña sobre la silla del caballo. Tuvo que cortar el cordón con los dientes, porque había perdido la faca en la carrera, y lo ató con una cinta de su pelo. Cuando vio que no la seguían se dejó caer en un jaral, despernada por el ajetreo, sin nada que comer y dándose ya por viuda.

Envolvió como pudo a la recién nacida y le dio de mamar; luego siguió cabalgando de noche y durmiendo de día, hasta llegar al Burgo, cerca de Montejaque. En su pueblo pasó la cuarentena, en casa de una prima lejana, a dos puertas del corregidor que no dejaba de buscarla. Un día llegó Tobalo arrastrándose como una culebra y ella lo tomó por una aparición. Bautizaron a la niña en secreto, aunque el padre quería celebrar el bautizo a bombo y platillo, y la llamaron Josefita igual que la madre, que la amamantaba a caballo por el camino de Gibraltar. Aprendió a cabalgar antes que a gatear, y al contrario de su hermano siguió en el oficio de sus padres. Creció en el alijo trabajando como los hombres y era mejor contrabandista que su padre y su madre juntos. Cuando estaban a cubierto se acomodaban en torno a la hoguera, y allí conversaban hasta la madrugada. Allí se confundían los cuentos de viejas con cosas que pasaron de verdad, pero que casi nadie recordaba porque eran demasiado antiguas. Las historias se enredaban con el humo de la leña, y se confundía lo que era mentira con lo que tampoco era verdad. Tobalo replegaba sus piernas de araña y las cruzaba, exploraba a tientas el bolsillo, sacaba un librillo de papel y arrancaba una hoja. Luego volcaba en el cuenco de la mano una porción de tabaco picado, arrugaba el paquete y lo volvía a guardar buscando a tientas el bolsillo. Un día le preguntó su hija si había conocido a José María el Tempranillo, y al hacerlo se puso colorada. “No era más que un bribón y un tacaño”, le contestó él, y emprendió la envoltura del cigarro haciéndolo girar entre los dedos, ajustándolo, lamiendo el bordecillo engomado del papel con la punta de la lengua, y remetiendo hacia adentro el sobrante. “En cierta ocasión me convidó a café, que era a lo único que convidaba”. Le contó que su amante era una muchacha de bien y acabó cosida a puñaladas. “Me hubiera gustado conocerlo”, suspiró Josefita. Por entonces se había juntado a la banda un muchacho llamado Geminiano, hijo de Florentino el Viejo y Geminiana de Montejaque y hermano gemelo de Florentino, el que se casó con Emerenciana la Rubia. Sabía que su madre había muerto prendida de un cepo y a los dos hermanos tuvo que amamantarlos una cabra, lo mismo que la loba de Rómulo y Remo. Cuando cumplió los diecisiete, Geminiano le pidió a su padre la hijuela y se marchó de casa. Pasando el tiempo entró en la banda de Tobalo, donde conoció a Josefita que era más burra que el brocal de un pozo. Tenía la dama un bigote incipiente, los pies tan grandes como libros de coro y andaba más sucia que oreja de confesor. Geminiano se enamoró de ella y la seguía a todas partes vestido como para una fiesta, con su manta de colorines echada al hombro y una bota de vino colgando

de la cintura. Aunque no tenía un duro, Josefita se juntó con él, porque más quería hombre sin dinero que dinero sin hombre. “Tú que no puedes, llévame a cuestas", lo embromaba ella. Le decía para cincharlo que no eran hombres todos los que meaban en pared y añadía, cantando:

Los amantes y la luna son en todo semejantes,

entran en cuarto creciente, salen en cuarto menguante.

El día de la boda apareció la novia llena de faralaes, mientras que él se había comprado en Ronda un sombrero de ala ancha y una zamarra de piel de oveja, moteada de alamares de plata y con botones de filigrana. Para celebrarlo convidaron a todo el mundo a caldo de puchero con gallina, dos guisados y una menestra, un asado y una ensalada con pan y vino a discreción, y después de tres postres una copa de aguardiente. La cama la puso la novia y consistía en un jergón, un colchón y dos sábanas limpias, dos almohadas limpias con sus fundas, una colcha de seda y una buena manta de Grazalema para pasar el invierno. Él armó un cobertizo que ocuparon sin interrupción durante cinco noches con sus días, mientras los convidados se emborrachaban hasta el frenesí, cantando a voces coplas desvergonzadas:

La puñetera mi suegra me dice que no trabajo,

que se lo pregunte a su hija cuando la tengo debajo.

De allí salió ella preñada y más suave que un guante, de forma que aborreció su antigua vida y abandonaron juntos la partida y el contrabando. Con el dinero que tenían ahorrado se compraron un cortijillo. Tobalo los acompañó llorando hasta el camino y, desde un risco, los vio marchar por el fondo de la torrentera. Cuando nació el nieto, la Tarara quiso conocerlo y convenció a Tobalo para que la llevara; fue a montar su caballo, pero vio que estaba enfermo de los corvejones, así que los dos cabalgaron en la jaca negra del contrabandista, que andaba un tanto desequilibrada de un tiempo allá. No obstante era una bestia andaluza ligera y firme, de una gran pujanza y mucho brío, y con cinco años en la boca. Tobalo la montó, ella se trepó a la grupa de media anqueta, se pusieron en camino y cabalgaron el resto de la noche sin decir palabra. Tobalo se iba acordando de cuando era joven y recorría Andalucía a lomos de un buen corcel, con el trabuco en una mano y la amante de turno en la grupa. Llevaban horas de camino salvando cortaduras, desfiladeros y vericuetos, cuando fueron a toparse con un rebaño de ovejas, y en el silencio de la anochecida sonaban sus balidos como quejidos de fantasmas. Asustada la jaca empezó a cocear, a encoger las ancas y a

respingar con un trote cochinero, y aguijada por su jinete embocó el barranco resbalando en las peñas. Primero arrojó a Tobalo a lo más hondo del abismo. Luego a galope remolcó a la Tarara, que empezó dejándose el rodete enganchado en las retamas, y después del rodete se fue dejando a trozos todo lo demás. Un santero vendedor de reliquias acertó a pasar por el lugar, y divisó en un hoyo el cadáver de Tobalo, que había rodado allí desde lo alto de su cabalgadura. Estaba despeñado, boca arriba, con los sesos fuera y la mandíbula desquijarada, y tenía los pelos de las cejas como estropajo de alambre, tiesos por la sangre cuajada. Tenía las orejas frías, diáfanas y contraídas. *"Estas son las señales más claras, junto con la elevación y la inflamación del vientre"*, se dijo, mientras miraba las ventanas grandes y negras de la nariz, por donde asomaba una maraña ensangrentada. Más tarde halló los pedazos de la Tarara, muy alejados unos de otros; cuando pudo reunir las tajadas que habían despreciado los cuervos los metió en un serete, para llevarlos al pueblo y que les dieran sepultura. Mientras, la jaca había vuelto renqueando, con un refajo enganchado en la silla y un trozo de camisa tremolando como una bandera. Durante tres noches Josefita no había podido dormir soñando con muertos. En vista de que los abuelos habían anunciado la visita y no acababan de llegar, salió Geminiano a buscarlos. En el camino, un vendedor de anís le dio la noticia y lo llevó a ver a su suegro, a quien no habían podido sacar del fondo del boquete, y se estaban comiendo los gusanos lo que habían dejado los pájaros. Josefita no pudo asistir al entierro de sus padres porque estaba recién parida. Había dado a luz a un varón, a quien llamaron Geminiano el Chico, y la madre se sorbía las lágrimas mientras le daba de mamar. "Antier los enterramos", les decía a las vecinas del cortijo, y mientras estuvo criando no se veía ni harta ni limpia. La familia tenía buen arreglo, cebaban pollos y pavos, engordaban conejos y cerdos, y además sacaban el corcho y hacían el carboneo. Pudieron librarse de peste cuando una nueva oleada del morbo asoló el campo andaluz, causando más de cien mil víctimas.

***

CUANDO GEMINIANO EL CHICO NACIÓ, acababa de terminar la última guerra carlista; y aunque era fuerte y rechoncho como su madre no era valiente como ella, sino un simple cagueta. Josefita estaba decepcionada con él. "Éste se entera por la bragueta, como los gigantones", decía. Era sobrino de Tobalito sin Pena, y por ende primo hermano de Pasos Largos, y de su misma edad; desde siempre le tuvo envidia

porque era mejor mozo que él. Cuando corrían, el primo lo dejaba atrás, y mientras el otro conocía la sierra palmo a palmo, él no había salido del cortijo. Tenía que pasar lo que pasó. Una vez, Pasos Largos se metió en sus terrenos cazando, y por envidia él lo denunció a la guardia civil que le dio una paliza soberana, tanto que casi lo matan a palos. “Tres parientes y mal avenidos”, decía la gente. Geminiano el Chico se fue convirtiendo en un hombre mujeriego y obsceno; buscaba las hembras fáciles, y a falta de ellas usaba a las cabras de su finca. Por el contrario, Pasos Largos era de natural casto y se conservó virgen hasta que dio con Niña Difuntos, a quien amó toda su vida. Cierto día, Geminiano el Chico había estado bañándose en el río; cuando pasaba cerca de la ermita vio a una mujer albina envuelta en unos trapos negros, que estaba comiendo algarrobas sentada en un escalón. Él iba desnudo, y para no alarmarla le dijo que era el arcángel san Gabriel; ella se lo creyó, y él aprovechó el delirio del éxtasis para poseerla sobre una manta de caballo. Un gusaneo de picores sacó a Geminiano de su primer sueño, así que aprovechó para marcharse. A los nueves meses justos, ella dio a luz a Cuatro Coronados; pensó que era de Dios, aunque decía la gente que era de un carnero. El menor de los Geminianos sabía bien que era hijo suyo, aunque se guardó muy bien de decirlo, no fuera que lo apedrearan por sacrílego. “Bendito sea el vientre que el cielo siente”, bromeó cuando se enteró de la noticia. Por entonces Niña Difuntos se había juntado con Pasos Largos y se fue a la sierra con él, y a poco andaba desesperada por su vida de sobresaltos y privaciones. Un día llegó deshecha en lágrimas al cortijo de los Geminianos que eran parientes de su marido; él, que estaba solo, vio la ocasión de herir a su primo y, como además le gustaba la moza, la invitó a marcharse con él a Málaga. Allí supo que estaba embarazada de dos meses. y sin pensarlo la dejó sola, desamparada y sin un trozo de pan que llevarse a la boca. Cuando Josefita comprobó que su hijo le había robado dos caballos y los dineros que guardaba en una orza de manteca, le echó la culpa al padre por haberlo malcriado. “El hijo borde y la mula cada día hacen una fechoría”, se lamentaba. Geminiano el Chico pasó a las Américas y en Buenos Aires se gastó los dineros; anduvo un tiempo mendigando, hasta que consiguió comprar un pasaje para volver a casa como el hijo pródigo. Y fue por poco tiempo, porque no tardó Pasos Largos en enterarse de su vuelta. Llegó con la escopeta al cortijo y se encontró a su primo, que cortaba leña con un calabacillo; se echó la escopeta a la cara y le disparó a bocajarro, rematándolo con la herramienta. Luego se fue a buscar a Geminiano el Grande; lo mató también a

quemarropa, y a su tía Josefita no pudo matarla porque se encerró en el granero y empezó a chillar pidiendo socorro. Cuando pudo salir se encontró con el padre y el hijo bañados en sangre, y le costó trabajo reconocerlos. “Ira de hermanos, ira de demonios”, decía la gente. Muchos años después, siendo ya casi centenaria, la guardia civil pilló a Josefita haciendo estraperlo. La detuvieron en el tren de Algeciras inflada de bolsas de café; llevaba la mercancía en los refajos y hasta en los calzones, con una obesidad hecha de paquetes de tabaco y saquillos de azúcar, de medias de nilón y chocolatinas inglesas.

***

TOBALITO FUE EL HIJO menor de Tobalo y la Tarara. Era largo y enteco y tenía los ojos verdiazules del padre, pero nació apacible y lleno de alegría. Así como su hermana Josefita hizo el contrabando desde que nació, él prefirió quedarse en el pueblo con su abuela, la madre de Tobalo, la que había aguardado a que se fueran los franceses para darlo a luz. Desde niño tarareaba cañas y peteneras. Hiciera lo que hiciera había siempre un soniquete dando vueltas en su cabeza, como una piedrecilla dentro de un sonajero, que debía haberse redondeado ya por el roce con la calavera. Por eso lo llamaban Tobalito sin Pena; y, para consternación de su padre, toda su aspiración era ser barbero. “Barbero, o loco o parlero", decía Tobalo con despecho. Pronto se colocó en un ventorrillo donde fregaba de sol a sol, acarreaba el agua y ayudaba en la cocina cantando a todas horas:

A la reja de la cárcel no me vengas a llorar,
tienes cara de beata y hueles a sacristán.

Llegó a casarse con Ana Gallardo, la hija del ventero y, como era ahorrador, en poco tiempo consiguió una barbería en el Puerto de los Empedrados. Encima de la puerta puso un letrero que decía: “Tobalito Mingolla, barbero”. Tuvieron tres hijos: al menor lo llamaron Juan, y luego sería conocido en toda España con el mote de Pasos Largos. Al mismo tiempo, supieron que Josefita había dado a luz a un varón a quien llamaron Geminiano el Chico; pocos días después morían los abuelos despeñados y toda la sierra acudió al entierro de las piltrafas que quedaron. En las noches de invierno, el barbero les contaba a sus hijos las travesuras de la Tarara entre carcajadas de alegría. Les relataba historias de moros y cristianas cautivas, así como de bandidos y contrabandistas, de aparecidos y fantasmas, y les enseñaba tonadas que serían proféticas:

El pajarito en la jaula se divierte con la alambre,
así me divierto yo con las rejas de la cárcel.
Pidiendo de puerta en puerta para darle de comer,
cuando vine estaba muerta, y de lástima lloré.

Nadie enseñó a Juan a leer ni a escribir, pero a los doce años era un cazador consumado. Su infancia fue como la de cualquier chiquillo de por allí, sin más trato que el de los arrieros que se detenían en la barbería del padre. “¿Tú quién eres?”, le preguntaban. “Joselito Mingolla Gallardo, para servirlo. Pero mis amigos me llamen Juanillo”. Sus hermanos no se parecían a él, porque eran enfermizos, igual que la madre. Tobalito murió cantando una rondeña a la puerta de la barbería y desde entonces entró la miseria en la casa; pasaban tanta hambre, que Juan decidió marcharse a la guerra de Cuba. Estuvo por allí tres años; tomó parte en la batalla de Guantánamo, en el desastre de Cavite y en el de Santiago, y por una ironía del destino fue allí donde aprendió a borretear las letras, aunque las hilara mal. "Nadie nace enseñado”, -decía, cuando se burlaban sus compañeros porque leía a trompicones. Cuando volvió venía enfermo de calamidades, y lo primero que supo al llegar fue que su hermano mayor había muerto de tisis. El otro se casó y se marchó lejos con su mujer, así que él se quedó solo con la madre; y como apenas tenían qué comer se dedicó a la caza furtiva. Y como todo es empezar, como el rascarse, a poco estaba metido hasta el cuello en el delito. “Honra y provecho no caben bajo el mismo techo”, decía. Por entonces ya lo llamaban Pasos Largos; pateaba la sierra a largas zancadas llevando pendiente del cuello una cruz de metal que había heredado de su padre, y cada vez se parecía más a él, sólo que no había salido alegre, sino triste. Era melancólico y sombrío, más largo que una noche de invierno y con los ojos verdiazules. Merodeaba como una alimaña en torno a los cotos de caza, burlaba a sus guardianes y volvía a su casa con el morral repleto. Luego malvendía la caza y con eso sobrevivían, hasta que un día la madre enfermó, acabada por las penas. *Padecía vértigos tenebrosos, tenía horror a la luz, sentía gran ardor y sueño profundo.* “No tiene remedio", dijo la sabia del Laurete que había acudido para sanarla. *Al vómito de sangre sobrevino la tisis, y la expectoración purulenta; a esta la diarrea, a la diarrea la supresión del esputo, y a la supresión del esputo, la muerte.* Cuando ella murió, el hijo trataba de olvidar sus penas ante un vaso de vino y una maza de naipes; iba a jugar al café Sibajas de Ronda y el juego era el antídoto de su soledad. “El mejor lance de los

dados es no jugarlos”, le aconsejaban sin provecho los pocos amigos que tenía. Estaba ciego, loco de rabia y harto de injusticia, y peor que el hambre del estómago era el hambre que le salía a chorros del corazón. La guardia civil lo prendía y lo soltaba, pero no escarmentaba nunca, y la última paliza que le propinaron casi termina con él. Un día entró a cazar en terreno de los Geminianos, aunque eran primos suyos. Cuando lo denunciaron, los guardias lo ataron a un pesebre y lo molieron a palos, de forma que él les pedía la muerte a gritos. Tan maltrecho lo dejaron que tuvo que pasar tres meses en el hospital, y de ahí nació su rencor contra los parientes. “Todos los ojos no lloran en un día”, amenazaba para sí. Siguió de cazador furtivo, que era lo único que sabía hacer; un día llegó a desarmar a dos guardias civiles, pero les devolvió los fusiles por medio de un zagal para no comprometerlos. “No tardes, porque si se presentan desarmados se les va a caer el pelo, y pueden ser dos buenos padres de familia", lo apremió, y aquello no hizo más que acrecer su popularidad. En toda Andalucía se hablaba de él, porque manejaba la escopeta con tal puntería, que donde ponía el ojo ya había puesto la bala; los lobos y los gatos monteses lo olían de lejos, y salían huyendo. Llevaba a la cintura una canana con las cartucheras y vestía chaquetilla corta y pantalón de pana. Por entonces había pedido rescate en la sierra a don Rafael, que era alcalde de Montejaque, y ambos quedaron tan amigos que lo visitaba en el pueblo. “Es más importante que el dinero humillar al que lo tiene”, le dijo al hacendado en la ocasión. Luego se enamoró de la protegida de don Rafael a la que conoció en el alambique cuando estaba tendiendo la ropa, y él llegaba herido y lo curó. “¿Eres Pasos Largos?”, le preguntó ella. “Por mal nombre", repuso él con una sonrisa estirada, y desde entonces se veían a las afueras del pueblo, junto a la alberca hundida. Y como ninguno podía vivir sin el otro, el final se marcharon juntos a la sierra. Allí se casaron ante Dios, sin cura, y sus testigos fueron Florentino Zunifredo y Carcunda, que iban al parto de Cuarenta Mártires. Aquel mismo día nació Cuatro Coronados y Carcunda murió dormido a lomos de su caballo, y por fin don Sotero pudo excomulgarlo in articulo mortis. Pasos Largos seguía cazando y jugándose en Ronda el dinero; y aunque siempre perdía, él convidaba a todo el mundo. “Es tan inocente que le juegan con ventaja”, decían algunos, y hasta al que lo ganaba con trampas lo llegaba a convidar. Mientras, Niña Difuntos se desesperaba aguardándolo. Cuando supo que estaba embarazada no se lo dijo a su marido; se fue llorando por el campo y llegó al cortijo de los Geminianos, donde halló solo a Geminiano el Chico. Este vio la ocasión para herir

a su primo en lo que más quería y la invitó a marcharse con él. Aprovechando que sus padres habían ido al mercado de Ronda, le robó a su madre dos caballos y los ahorros de toda la vida; tomaron el camino de Málaga, donde al llegar ella le dijo que estaba embarazada de dos meses. Toda la Serranía comentó la fuga, y Pasos Largos no supo nunca dónde había ido a parar su mujer, aunque la buscó por los confines de la sierra.“Mientras el deudor no se muera, la deuda queda en pie”, le oían decir, entre vaso y vaso de vino. Tampoco sabría nunca que iba preñada de él, ni que tuvo una hija. Alguien dijo que trabajaba de ramera en las Indias, que había abierto un burdel por su cuenta allende los mares y le iba muy bien. A los dos años volvió Geminiano sin ella y en el café Sibajas supo Pasos Largos que había regresado su primo. Llegó a la finca de los Geminianos recordando tiempos pasados, y por encima de su deshonra como marido sentía en los flancos la paliza de los guardias civiles. Geminiano el Chico lo estaba aguardando, y en lugar de contenerlo lo provocó llamándolo cabrón ; y como no hay peor burla que la verdadera, se puso como loco. Quiso llevarse al primo en dirección al horno de cal, pero el otro se resistía, así que allí mismo le disparó a quemarropa; como vio que zarpeaba todavía, lo remató con el calabocillo de cortar la leña y se limpió la sangre en el envés de la chaquetilla. Y no se conformó con eso, sino que se fue a buscar al padre con la herramienta en la mano. “Buenas, tío”, lo saludó con una sonrisa retorcida. El otro miró la podadera ensangrentada y se demudó. “¿Cómo por aquí?” “Es que venía a buscar a su hijo. ¿No está?” “Ha subido al monte, a cortar leña”, dijo el viejo con la voz enronquecida. “No será con esto, ¿verdad?”, dijo, mostrándole el calabocillo. Lo despenó también y fue a buscar a Josefita, la hermana de su padre. Pero se había atrancado en el granero y la puerta era recia, y además daba voces pidiendo socorro, así que decidió marcharse. Llegó huyendo hasta lo alto del peñón del Mure, donde estaba la ermita que antaño visitaban los peregrinos. Entró en la ermita oscura iluminada sólo por el último rayo de sol que entraba por el ventanillo, y el Cristo del altar le pareció más pálido que nunca, con el color de un muerto. “Una mortaja y no más, de este mundo sacarás”, deletreó en una leyenda, colgada en una pared llena de exvotos. Cuando se llegó a la cabaña de Cuarenta Mártires, que vivía allí con su chiquillo de dos años, ella lo miró con buena cara y hasta estuvo zalamera con él. Por eso se le confió, le contó a la mujer sus miserias y le pidió que lo ayudase, y además le dio cuarenta duros para que fuera a comprar comida y munición. A cambio, ella le echó un bebedizo en el café, y le faltó tiempo para denunciarlo a los civiles que

estaban rastreando la sierra. “Está arriba, en la cabaña del peñón del Mure”, manoteó. Cuando llegaron los guardias a la ermita, el sol bruñía las cumbres con reflejos sangrientos. Lo hallaron dormido, pero un ruido lo hizo saltar como un gato montés; como les hizo frente ellos le dispararon a un brazo y una pierna, porque tenían orden de cogerlo vivo y llevarlo a la cárcel de Ronda. Entre todos no pudieron reducirlo y se les fue de entre las manos, de forma que lo persiguieron hasta el extremo del peñón, en un lugar tan alto que era imposible seguir adelante ni volver atrás. Abajo había un ventisquero y en el fondo se escuchaba el rumor de las aguas de un río. Pasos Largos se detuvo un momento, aspiró hondo, cerró los ojos y saltó al vacío. El guardia que llegó el primero estuvo midiendo con la vista el talud vertical y pensó que era abismal y pavoroso. “Se ha tirado”, les dijo a los otros, y se les puso la carne de gallina bajo los tricornios y los correajes. Porque Pasos Largos había dado el salto increíble y mítico, que lo haría famoso por los siglos en los confines de la Serranía.

***

SE QUEDÓ ENGANCHADO en la copa de un fresno y cayó de bruces contra las raíces, perdida la noción de las cosas. Así estuvo hasta la madrugada; de pronto apareció la luna como una hoz de plata y a su luz volvió en sí magullado y herido, sin saber cómo había llegado al lugar. Estaba sudando y sentía vértigos, le dolían el brazo y la pierna y notó que se estaba desangrando. Por una vez sintió miedo, porque no quería morir solo y devorado por los lobos, de forma que el temor le dio fuerzas para levantarse y caminar. La luna se ocultó detrás de las nubes, privándolo de su resplandor lechoso, y cuando pudo verla de nuevo estaba en campo abierto, en un terreno lleno de zarzas, y aquí y allá se alzaban algunos alcornoques como gigantes semidesnudos. Oía chasquidos que lo sobresaltaban; sentía ruidos delante y atrás, y la tierra parecía bullir y removerse igual que un nido de gusanos. Se encontraba tan mal que decidió marchar a Ronda y entregarse. Un arroyo susurraba muy cerca, y él pensó: “Llora por mí”. Fue a adelantar el paso, y su pierna herida se hundió en un lecho viscoso. Alzó la vista en dirección al pueblo, por encima del Tajo, y sus luces eran como un faro en la noche. Le pareció escuchar a lo lejos el tañido de unas campanas que tocaban a muerto y sintió que el frío le inundaba los huesos. De cuando en cuando se dejaba caer entre los palmitos, siempre con los ojos clavados en las luces de Ronda, que aparecían o desaparecían según que él se derrumbara o se alzara. Era quince de agosto, día de la Asunción; el pueblo estaba en fiestas, habían tenido toros y cuando llegó de

madrugada estaban todavía encendidos los faroles. Se arrastró pegándose a los muros para que nadie lo reconociera; cuando llegó al café Sibajas, se callaron las conversaciones y se interrumpieron las partidas. Allí estaba Florentino Zunefredo, que había llegado la víspera a vender unos quesos y aprovechó para quedarse a la fiesta. "¿No ves que aquí estás perdido, hombre?", dijo cuando lo vio. "Vengo a entregarme", repuso él. El curandero le abrió la camisa ensangrentada, volcó en la herida un chorro de coñac y lo curó como pudo. "¿Qué ha sido?", preguntó. Pasos Largos le estuvo contando de los Geminianos, que eran parientes de los dos. "Quise despenar a la puta de la madre, pero se me encerró y empezó a chillar como un grajo", explicó, y luego dijo: "Una mujer me ha traicionado, y es la segunda que lo hace". "¿Y quién fue ella?" "La única que vive en el peñón del Mure. Tú la conoces, es tu medio hermana. No sé si me delató por el miedo, o por los cuarenta duros que le dí". Florentino Zunifredo no dijo nada, y asintió en silencio. Él se limpió el sudor de la frente con el borde de la manga, y en aquel momento entraban tres parejas de guardias, porque los habían avisado. "Necesitaba compañía, aunque fuera de los civiles", dijo Pasos Largos con una sonrisa torcida, mientras le brillaban los ojos verdiazules en la cara atezada. Lo llevaron a la casa de socorro y de allí a la cárcel, y la gente se arremolinaba en el camino para verlo, tanto que tuvieron que disparar al aire. "Es Juan Mingolla, Pasos Largos", se oía murmurar. "Primero cazador furtivo, una traición y una venganza", comentaban los hombres, jugando. "Las circunstancias lo obligaron", decían los que más, pero las mujeres opinaban otra cosa. "No es eso, es que le tiran las malas inclinaciones", decían, y sus maridos las miraban con desprecio: "Tú calla, que no sabes de la misa la mitad". Lo condenaron a noventa años y lo enviaron al penal de Figueras; y aunque más de una vez intentó evadirse, siempre lo sorprendieron. A las siete de la mañana abrían los calabozos y los reclusos salían al patio, y al oscurecer volvían a encerrarlos en las celdas. "Por un perro que maté me llamaron mataperros", solía bromear, y sus compañeros le cantaban:

En el patio de la cárcel hay una fuente que mana,
donde se lavan los presos la cara por la mañana.
Una mujer fue la causa de mi perdición primera,
no hay perdición de los hombres que de mujeres no venga.

Trató de escaparse de nuevo, pero fue descubierto y lo incomunicaron, en una celda chorreante y sombría donde estuvo dos meses sin ver la luz. No le quitaban los

grillos ni para dormir, vegetaba tumbado en un camastro o sentado en el suelo, hasta que los ojos empezaron a atrofiarse por la oscuridad, y en su cabeza daban vueltas los sones que le enseñara su padre cuando chico:

Cuando yo estaba en prisiones, en lo que me entretenía,
en contar los eslabones que mi cadena tenía.
No tengo miedo a valientes, que valiente lo soy yo,
tengo miedo a los traidores, que un traidor me la jugó.

Y así fue consumiendo los años, hasta quince, cuando comprobaron que estaba tísico perdido y lo enviaron al Puerto de Santa María. Allí seguía cumpliendo condena cuando llegó la república y una amnistía lo alcanzó; y una mañana del mes de mayo pudo salir de la prisión, habiendo saldado sus cuentas con la justicia, y canturreando entre dientes:

Adiós calabozo y cárcel, sepultura de hombres vivos,
donde se amansan los bravos y se olvidan los amigos...

No hizo más que llegar a la sierra y se le pasaron las toses y los arrechuchos. Había dejado la bebida, fumaba poco y bebía mucho café. Don Rafael, que había sido su víctima en los tiempos de bandolero, le dio cobijo colocándolo de guarda en una finca cerca de Montejaque. Y cuando Amelia se casó con don Camilo el médico, Pasos Largos estuvo en la boda con su cabeza rapada y una camisa nueva, que le compró el amo para la ocasión. Con la llegada de la república los serranos andaban crecidos; los campesinos y gañanes que antes lo apoyaban, lo provocaban ahora invadiéndole el cortijo. “Bien se ve que lo han amansado”, reían. Hacía poco que había llegado al pueblo el Cura Mocito; desde el principio le llamó la atención aquel hombre alto y flaco que lo miraba con desdén, que andaba con sigilo como un gato y tenía el pelo blanco y unos ojos verdiazules que le recordaban otros muy queridos. Por entonces, toda la ambición del bandolero era escribir sus memorias para venderlas y costearse los años de vejez, como había hecho el Vivillo, su compañero de prisión que había muerto rico en Argentina. “Tus memorias no valen más de cuarenta reales”, se burló un reportero que había venido de la capital. Cuando autorizó a la revista a publicar su retrato escribió Min y Golla por separado, y en Gallardo se había comido la primera sílaba. Luego escribió debajo: “Pasos Largos”, como si hubiera sido la firma de un rey. El periodista se echó a reír. “Yo no necesito ortografía para ser más grande que nadie”, le dijo él, pero otra le quedaba por dentro. Con todo esto, pasaba las noches en vela porque la

rabia lo sublevaba y el odio renacía en su pecho, así que decidió marcharse de nuevo. “No lo hagas”, le aconsejó don Rafael, pero ni el Cura Mocito ni él pudieron convencerlo para que se quedara. “No pienso morirme en un hospital”, les dijo, y no había pasado una semana cuando una madrugada abandonó la finca de don Rafael y se volvió a la sierra, para seguir haciendo su vida. Aquella misma noche fue a pernoctar a un cortijo que llamaban la Elipa. Cuando salió por la mañana se llevaba una escopeta de fuego central, una manta y una caja de municiones, por lo que pudiera suceder, así que volvieron a denunciarlo. Anduvo vagando y se refugió en una cueva, sin saber que ocho guardias lo estaban buscando con vituallas para cuatro días, y un perro policía al que llamaban Tom Mix. Durante dos días con sus noches estuvieron rastreando la sierra y por fin lo cercaron en la cueva. Resguardado detrás de una peña comenzó a disparar, de forma que un guardia cayó herido y el fusil del civil Ramírez llevaba ocho impactos en la caja y en el guardamano. El sargento, que estaba decidido a acabar de una vez, rodeó la cueva y le ordenó que dejara las armas. El le contestó disparando. La primera bala alcanzó a Pasos Largos en el vientre, pero él apretó los dientes y cargó de nuevo. El segundo impacto fue mortal. Su sangre salpicó la piedra que le servía de parapeto y de atalaya, y empapó el suelo de tierra machacada; y allí se quedó frío, con una expresión socarrona en la cara, mirando sin ver el resplandor de la mañana. Cuando Pastor y el cura lo encontraron tenía los miembros rígidos, y una mano crispada agarrando la cruz de metal. Y cuando el juzgado registró su cuerpo sin vida, hallaron en los bolsillos dos cartuchos, un monedero con piezas de a peseta y un papel en varios dobleces, que era su foto en una hoja de periódico. En la cueva hallaron un hacha pequeña con funda de esparto, dos latas vacías y una calabaza con agua. Más tarde salió un guardia con una sartén envuelta en un pañuelo, una fiambrera con lonchas de tocino y un taleguillo con cuchara, azúcar y un colador. Todo quedó consignado, con varios cartuchos vacíos que estaban esparcidos por el suelo. Para subir a la cueva, los nuevos guardias y el juzgado tuvieron que utilizar caballerías, y terminadas las diligencias se situaron delante de ella ante el fotógrafo. Todos sonreían, fumaban cigarros y adoptaban posturas estudiadas para la posteridad. Llevaban subidos los cuellos del gabán, porque hacía frío en la sierra en aquella mañana de marzo y el aire se colaba hasta los huesos. Mientras, el bandolero estaba de bruces con la cara rota contra el suelo y el corazón partido por el plomo, llevaba todavía el crucifijo pegado a la camisa ensangrentada y descansaba sobre su propia sangre, que se había

coagulado. Sus amigos le cerraron los ojos y lo cubrieron con una manta vieja, para que los curiosos no vieran sus ojos velados, los dientes desiguales que asomaban entre los labios agrietados y yertos, y la barba de varios días con cuajarones de sangre seca. “Han matado a pasos Largos”, decía la gente de la sierra. “Lo han matado cerca de El Burgo, donde nació”. Cuando lo llevaron al pueblo para dejarlo en el depósito, todavía llevaba el crucifijo pendiendo del cuello, y la mandíbula desencajada. “Es Pasos Largos”, decían las mujeres, y los guardias tuvieron que disparar de nuevo al aire para ahuyentar a la turba enfurecida. El gobernador civil había felicitado al capitán. “Esto le va a valer un ascenso”, le dijo, palmeándole la espalda. Aquel día, Florentino Zunifredo llegó a la ermita donde estaba Cuarenta Mártires y, mirándola muy fijo a la cara, la agarró de la muñeca hasta hacerle daño. “Cuando lo denunciaste, -le dijo-, ¿fue acaso por el miedo, o por los cuarenta duros que te dio?”

***

EN LA TAHONA HABÍA UN PATIO, y allí jugaba Niña Difuntos, que era hija de los panaderos. Siempre fue una niña muy bonita, y cuando la mandaron a la escuela era la más pequeña del corro, la dejaban enmedio y todas se ocupaban de ella, porque era la alumna más chica de la escuela. El grupo escolar quedaba a la entrada del pueblo, con sus pabellones alegres y sus tejas coloradas, y unos grandes ventanales que se abrían a la Serranía. No aprendió gran cosa, más que a recortar pequeños muebles de papel y a colorearlos con ceras de colores que venían en cajas de a seis. Los primeros cuadernos de palotes tenían pequeños recuadros donde se trazaba el palote; luego no eran más que dos rayas paralelas y había que unirlas con el trazo inclinado, y al final una sola raya servía de guía y había que dibujarlo a palo seco, lo que no era fácil para Niña Difuntos. Los primeros le salían derechos, luego se iban tumbando y se retorcían a derecha e izquierda. Había perdido el catón, y estuvo varios días buscándolo para que no la castigaran. Las mayores charlaban y reían, trataban de acomodarse en las mesas pero no podían, porque eran tan pequeñas como mesas de enanos. La niña pasaba despacio las hojas del atlas, primero eran estrellas diminutas en un cielo azul y unas curvas extrañas que no comprendía, luego estaban la lluvia, el rayo y el ciclón, y finalmente los mapas de todos los colores, con los mares, los montes y los ríos, y también los de las ciudades. Cuando salían de la escuela se iban a jugar al cementerio, junto a los nichos que tenían retratos de los que habían muerto y pequeños floreros, donde las flores se habían quedado secas desde tiempo inmemorial. Jugaban entre las

losas que tenían a la cabecera cruces de hierro despintadas con volutas llenas de orín. Se quedaban mirando la casilla con tejado verde, los huecos de los nichos que se abrían en el muro como colmenas, con sus cristales rotos, las flores marchitas y los retratos descoloridos por el sol; y pisaban las yerbas que crecían en las grietas y cegaban los letreros de las lápidas. Niña Difuntos se quedó huérfana muy pronto; quiso el destino que fuera la única en su casa que se libró de la catástrofe. Fue un día de tormenta, cuando la lluvia oscurecía la sierra. El agua caía a torrentes formando hilillos de plata en la ladera por encima del pueblo, hasta que llegaron a cegarse las alcantarillas que en sus tiempos instalaron los moros. El Hacho bramaba, el agua resbalando reventó las madreviejas y fue un estallido de casas y agua, de barro y enseres, cerdos y personas que bajaban desnudas por la fuerza del agua, revueltas con los muebles y los cacharros de cocina. Todos los de su familia murieron; la casa reventó por el comedor donde estaban todos menos ella, porque la víspera se había volcado encima el café, se escaldó los brazos y el pecho y estaba en la cama a dos pasos de allí. La avenida los arrastró a todos; cuando llegaron a la calle el agua los había desnudado y nadaban en cueros entre muebles, ropas y cerdos que chillaban antes de ahogarse también. Hubo que buscar los cadáveres muy abajo, a varias leguas en el valle. De pronto dejó de llover, se rasgó el cielo y el sol se asomó como si nada hubiera sucedido. Niña Difuntos tenía cinco años cuando doña Ana se la llevó con ella a su casa. Había enviudado y vivía con su hija María que había cumplido los catorce; allí creció la huérfana, en parte como hija y en parte como criada, entre olores a zotal y a sosa cáustica, mezclados con los aromas de las clavellinas y las rosas de pitiminí. Ella lustraba las hueveras y regaba los tiestos, o la mandaban al bar a comprar la botella de sifón. La botella era gruesa y grande con una manija; el líquido burbujeaba hendido por la varilla de cristal y, si Niña Difuntos apretaba sin querer la clavija, podía ponerse perdida de soda. Cuando el sifón se vaciaba, la enviaban de nuevo a cambiar la botella y ella se marchaba saltando sobre el agua mezclada con la sangre de los cochinos sacrificados en el matadero, que serpeaba en los canalillos oscuros corriendo por el desnivel. Cuando doña Ana se murió de ganas de morirse, María se casó con su primo Rafael que se había hecho rico, y se llevó a la huérfana con ella. “Es más rara que el sargento de Utrera”, decían las criadas que en el fondo le tenían envidia. A Pasos Largos lo conoció en el alambique, mientras tendía los roquetes de don Sotero el cura y los calzoncillos largos que solía usar debajo de la sotana. Oyó detonaciones, miró

hacia arriba y vio a un hombre que se despeñaba por la ladera mientras lo disparaban. Le habían dado el alto en la cima, no era más que un reconocimiento protocolario, pero acosado por la mala conciencia él había echado a correr. Pudo alcanzar las cañas del arroyo dando una voltereta, y fue cuando lo recogió Niña Difuntos y le estuvo curando la pierna. No habían pasado cinco meses cuando se marchó con él a la sierra; pero en casa del jugador la alegría dura poco, y él la dejaba sola para cazar, vender la caza y luego jugarse el dinero. Llegó a pesarle a su mujer más que un pecado mortal. “El daño principal está en el dinero que el juego te cuesta”, le repetía. Pasaba ella días enteros encerrada sin poder salir, porque además él era celoso y la tenía esclavizada. Un día decidió escaparse al cortijo de los Geminianos, y cuando halló solo a Geminiano el Chico llevaba el cabello pegado a las mejillas por las lágrimas. “La calentura del juego no le deja pensar en otra cosa”, la malmetió él. Llevaba bajo el descote del vestido, mostrando el nacimiento de los pechos, y el primo empezó a enrollar los cabellos húmedos en la yema de sus dedos. “Él come la fruta agria y yo sufro la dentera”, lloraba ella; y aunque estaba rígida, cuando él empezó a consolarla se fue aflojando poco a poco y tomando confianza. “No es más que un inútil”, la malmetía, acariciándola. “Te lo digo yo, que lo conozco desde siempre”. La yema de los dedos se deslizó desde la cabellera a la oreja morena, luego siguió bajando, y no se detuvo al llegar a los senos. Mientras, él le estuvo proponiendo su plan; ella acabó por aceptarlo, de forma que él les robó a sus padres los caballos y el dinero y juntos tomaron el camino. Pasaron la noche en un bosque, al lado de un fuego de piñas que ardían muy bien, y al cabo de dos días llegaron a Málaga. Durmieron en una pensión y él no la había tocado todavía, porque ella le dijo que tuviera paciencia, y al final declaró que estaba preñada de su marido. El se asustó y, mientras la mujer dormía, cogió todo el dinero y se marchó, sin despedirse y sin pagar el hospedaje. Niña Difuntos se quedó sola en Málaga, porque volver a la sierra no quería, en parte por temor y en parte por vergüenza. La patrona le consintió que se quedara mientras encontraba un trabajo; estuvo buscando casa donde servir, pero en ninguna la tomaban porque no tenía referencias. Había en la pensión una muchacha que trabajaba en un burdel del puerto y ella la convenció de que el oficio no era tan malo, que sacaría lo bastante para comer y comprarse ropa, ya que no tenía más que lo puesto. Niña Difuntos tuvo que consentir en marcharse con ella, pero nunca cambiaría su vestido negro por uno de color. En toda la serranía comentaban lo suyo con Geminiano el Chico. “Es muy jodido que la hembra te ponga los cuernos con un

primo tuyo”, decían los hombres, y las mujeres la defendían: “La suya no era vida para nadie”. “Es la vida de muchas, y se aguantan”, contestaban ellos. Niña Difuntos nunca pudo olvidar Montejaque. Por las noches, enmedio de sudores y gemidos le parecía oír los cascos de las caballerías remontando las calles empedradas, sentía el vuelo de los pavos reales y sus graznidos y en las cuadras las bestias sacudiendo las crines, y hasta podía oler el rosal de pitiminí cuajado de flor y el olor que subía de las tierras bajas mezclado con los aromas del arroyo, mientras las mujeres de su pueblo se azacanaban en las cocinas avivando el fuego con soplillos de esparto. Añoraba su infancia bajo la palmera del patio de los señoritos, y echaba de menos los cocidos con acelgas y la sopa perfumada con una rama de hierbabuena. Ahora caminaba a lo largo de las playas como ausente, bordeando las rocas para evitar las casetas donde mujeres gordas devoraban paellas con sus maridos y sus niños. Ocupaba el burdel un barracón que había sido merendero, con techo de cañizo sujeto con palos, donde por todo aseo disfrutaban de una ducha de alcachofa que pendía de un cubo. Por la carretera podía llegar al pueblo de pescadores con el bar en la plaza, donde todos la conocían y algunos la evitaban; seguía la costa inhóspita de curvas solitarias, el cuartelillo de la guardia civil y las vertientes secas punteadas de palmitos, tierras pizarrosas y estériles, y al fondo las espumas marinas bajo un cielo blanco de tanta luz. Llegaba andando a la casilla del lechero que tenía cuatro vacas y una de ellas brava, y dejaba atrás la venta de la Costa Azul hasta llegar a la revuelta, sobre el viejo puente. Para ir a Málaga cogían un pequeño tren renqueante que paraba en el puerto, junto al agua aceitosa y los barcos atados; la locomotora jadeaba bordeando la playa de chiquillos desnudos, mujeres desgreñadas y tejados de latas. Y como la chimenea vomitaba un humo espeso y negro, se les tiznaban el rostro y las manos con chafarrinones de carbón. No lejos del burdel había un campamento de gitanos; algunos enfermaban de tifus, y cuando morían iban a recogerlos en un carro, trasladándolos en cajas de pino sin pintar. Algunas eran demasiado cortas y no podían encajar; así, cuando el carro saltaba, iban asomando los pies. Los arrieros se detenían en la playa y por unas pocas monedas compraban los favores de una mujer. De paso cargaban el pescado que vendían los marengos, que eran hombres duros hechos a toda privación; tenían los ojos azules y pálidos, como hechos con agua de mar, y llegaban desnudos como salvajes, con pulpos abrazados a las piernas; soltaban los avíos y, sin haberse despegado los pulpos, hacían el amor con las mujeres revolcándose por la arena. Apenas algún punto brillaba a lo

lejos, parpadeando, quizá unos pescadores en la playa de Carvajal o alguna choza más allá del tenebroso Tajo de la Soga. O más lejos, entre las casas de pescadores de El Boliche, y un pequeño reguero de luces al final, en las barracas de Fuengirola. Las mujeres aguardaban cola ante la ducha para asearse; estaban en cueros, en una mano un trapo y en otra una pastilla de jabón. Cambiaban poco el agua de la tina, porque había que rellenarla con cántaros traídos de la fuente; Niña Difuntos prefería lavarse en el mar, porque el agua en la tina llegaba a estar gris y tenía una nata blancuzca de jabón cortado donde flotaban pelillos de pubis. Salían algunas quejándose de la falta de higiene y en el casetón terminaban cepillándose el pelo unas a otras; luego se acostaban en silencio y cogían fuerzas para el día siguiente. A Niña Difuntos ya se le notaba demasiado el embarazo. Había llovido todo el mes, tanto que los turistas extranjeros reclamaban indemnizaciones y daños; de pronto llegó la borrasca que destruyó palmeras centenarias, arrancándolas de cuajo y dejándolas tumbadas junto a los agujeros de sus raíces desgajadas. Cayeron tapias enteras aventadas por el temporal, y tan limpiamente se troncharon que los ladrillos yacían por tierra unos junto a otros, conservando la simetría. Se desplomaron tejados y postes de luz, y como el malecón del puerto estaba en parte derribado por la fuerza del mar, las aguas avanzaban rasantes sobre la plataforma de cemento con un ruido sordo. Niña Difuntos estuvo aquella tarde caminando sobre la desolación de cables y ladrillos esparcidos; trataba de no resbalar, y con el vientre enorme que dificultaba el equilibrio saltaba una zanja, evitaba un cable o un arroyo de barro, hasta volver al barracón donde notó que le había llegado su hora. Las compañeras la acomodaron en el mejor catre del burdel y ayudaron a nacer a la niña, a quien consideraban como a su propia hija. La llamaron Coralia, porque tenía la tez sonrosada del tono del más fino coral. Se crió en la playa junto a la mancebía, jugando con erizos pinchudos y con rosadas estrellas de mar; ellas la llevaban a pasear a lo largo de las laderas pizarrosas, entre cardos rojizos y brotes de palmito, mientras aquí y allá crecía una higuera achaparrada y retorcida, como temiendo alejarse demasiado de la tierra que la sustentaba. La arena se cubría con la masa viscosa de las algas, la marea se había retirado dejando las playas lisas y sobre la arena grisácea de pizarra aquella manta verde reventando de agua, tallos que no eran tallos y hojas que tampoco eran hojas, aunque fueran verdes, que pasarían la mañana verdeando el sol hasta secarse, y con la luz de la luna el mar las arrastraría de nuevo. La niña evitaba pisarlas porque parecían agarrarse a sus pies, con sus dedos

verdes llenos de sangre verde. El agua rozaba las arenas oscuras con un rumor de seda; había erizos cuajados de púas de un color morado casi negro, y si pisaba uno inadvertidamente, tenían que sacarle las púas con las pinzas de depilar las cejas, porque se partían y se quedaban dentro. De noche, cuando la oscuridad confundía el cielo con el mar, el brillo de las traíñas como gusanos de luz en el horizonte, atraía al pescado menudo. No había más ruido que el jadear de los marengos haciendo el amor y el lamer de las olas en la arena; durante el plenilunio, una enorme luna redonda arrancaba reflejos blancos en la superficie rizada. Niña Difuntos se quedaba mirando el faro al extremo de la bahía; y aunque era tan sólo un punto brillante, si aguardaba sorprendía de tiempo en tiempo un haz luminoso en el mar y en las paredes del casetón, por encima del marengo de turno. Era un resplandor primero y luego tres seguidos y un espacio de oscuridad, y contándolos se entretenía y se olvidaba de lo que estaba haciendo. “Quien ha perdido la honra anda por el mundo como muerto”, suspiraba. Una noche se prendió fuego en el lugar donde quemaban las basuras; se incendiaron las cañas y el fuego se corrió hasta la casilla del carbón. Cuando Niña Difuntos despertó se estaba quemando el carbón y las llamas se aproximaban a la casa con un resplandor rojizo. Intentó ella sola sofocar el fuego con cubos de agua de mar; el vestidillo negro se le había rasgado y enseñaba el trasero, y como no daba a basto con el agua, trataba de apagar el fuego con las manos. Alguien notó dentro del casetón que algo se quemaba, porque olía a humo. Cuando salieron vieron a Niña Difuntos atajando el fuego con una caña verde y le vocearon que se fuera, que se iba a asfixiar o quemar. Pero seguía golpeando con desespero y daba voces diciendo que salvaran a la niña. Acudieron con cubos desde las casetas vecinas, se los iban pasando con agua y al mismo tiempo llegaban otros que habían llenado en el mar, pasando en cadena de una en otra mano. Se oía el chasquido de las cañas al quemarse, mientras la humareda se metía por los ojos y en la nariz, cegando y asfixiando. El aire extendía lenguas ardientes y se oía el golpear incesante de la caña tratando de ahogar el incendio. Cuando lograron atajarlo, a Niña Difuntos se le caía la piel a tiras, tenía las manos chamuscadas y todo el cuerpo de color de rosa. Eran tantas las quemaduras que no tardó en morir; sus compañeras la enterraron llorando y lograron salvar a la niña, que creció en el burdel. “Del mal el menos”, trataban de consolarse, viendo lo bonita que era. Dejaron la playa y el casetón quemado y no quisieron reconstruirlo, para no recordar un horror semejante.

***

CORALIA ERA HIJA DE PASOS LARGOS, aunque no lo sabía; tampoco lo sabía él, ya que Niña Difuntos no llegó a confiarle su secreto. Había nacido con sus mismos ojos verdiazules; tenía dos años cuando se quemó la caseta del burdel y, aunque vio el fuego desde la cuna, hasta mucho tiempo después no supo que su madre murió a consecuencia de las quemaduras, cuando quiso sofocarlo con una caña. Las prostitutas se trasladaron desde entonces a una casa derruida de estilo francés, en la curva que llamaban de la Muerte o del Médico, extraña paradoja. Allí instalaron el nuevo prostíbulo. Con la ayuda de un hombre llamado Paco Francia, que tenía mujer y tres hijos, estuvieron separando escombros y allanando bancales, librándolos de pizarras, matojos y cascotes. Se reconstruyó la antigua casa, se le puso chimenea y un poyete en el zaguán para que aguardaran los clientes; tenían siempre preparada una manta para caso de incendio, porque sabían que no ardía la lana. Pusieron caracolas de adorno en toda la casa; situaron aparte el cuartillo donde guardaban el carbón y la leña y levantaron sus paredes con cemento y piedras para mayor seguridad. Colocaron un quinqué de petróleo en el antepecho de cada ventana; eran de hojalata pintada de verde, y los había también en la pared del corredor, colgando de dos alcayatas y humeando por encima del tubo de cristal. Tenían varios cuartos en el piso de arriba. Cerca estaba el puesto de la guardia civil; las parejas que hacían la ronda por la noche llamaban a la puerta y ellas les abrían desde arriba, tirando de una cuerda. Por las tardes, antes de que llegaran los clientes, juntaban los colchones en el corredor para dormir la siesta; allí se revolcaban muertas de risa, contaban chistes de su profesión y saltaban sobre los colchones sin embastar, hasta que se quedaban dormidas. Fuera crecían higueras con higos muy dulces, que se tendían al sol cuando estaban maduros. Escogían cuidadosamente los sanos, para evitar que alguno agusanara a los demás llenándolos de huevillos marrones, y cuando se secaban los metían bien apretados en seretes de esparto para comerlos en invierno. Habían sembrado los bancales de cacahuetes que era lo único que se daba allí, entreverados con algunos tomates que crecían enredados en cañas. Con el tiempo, las buganvillas terminarían escalando los muros de la casa y trabando sus pinchos en las rejas de las ventanas. Habían sembrado macizos de alhelíes y enmedio un pacífíco, y estaban naciendo brotes de heliantos. Vieron despuntar cada árbol y, aprovechando los ocios que les permitía el amor, acompañaban a Paco Francia al vivero forestal para recoger los haces de varillas.

Él tenía ya los hoyos preparados, le ayudaban a plantar el esqueje y a rellenar el hoyo de tierra, y ponían cañas alrededor para que no se los comieran las cabras. Así marcaron las lindes con pinos y cupresos, y cuando llegaba la noche estaban tan rendidas que se dormían haciendo el amor con los extranjeros. En la ladera pusieron geranios y grandes heliantos de pétalos blancos y corazón de oro, de forma que los propietarios de los alrededores llegaban a mirarlos con envidia, y acabaron entrando en la casa por las noches, cuando nadie podía verlos. Y al salir se llevaban de balde unas semillas de azaleas, o un esqueje con las flores moradas de la buganvilia. Repararon la antigua cochera que tenía encima una habitación abuhardillada, regaron piedrecillas blancas en los senderos del jardín y mandaron talar a Paco España las dos palmeras achaparradas, que desde entonces empezaron a crecer por encima de los tejados. Y trazó un camino con lascas de pizarra en forma de escalones, para que los clientes pudieran subir con más comodidad. Le pagaban con dinero contante, y cuando solicitaba un servicio era para ellas como un desconocido. A Coralia la instalaron en la habitación sobre la cochera, para apartarla de la casa. Era una niña extraña, distinta a las hijas de los pescadores; aparentaba más edad y tenía la mirada ausente, como si estuviera de vuelta de muchas cosas. Se turnaban para acompañarla la Rosa, la Nardo o la Margarita, que quedaban ese día exentas de servicio; nunca le hablaron a la niña de sus actividades, ni de lo que ocurría en la casa de estilo francés. No supo nunca lo que era el hambre ni la necesidad; siempre había algún plátano para la merienda y pescado frito para almorzar, lo que era un lujo para muchos. Iba con sus amigas a buscar el agua a la fuente por debajo de la carretera que era estrecha y retorcida y franqueada de malecones blancos, la porteaba en un pequeño cántaro y la volcaba en la tinaja. No había luz eléctrica en toda la costa desde Torremolinos a Fuengirola y las pocas ventas junto a la carretera se alumbraban con quinqués de petróleo o con petromax. Coralia creció deprisa y se hizo alta y espigada; y, según decía la Nardo, tenía los ojos glaucos como las princesas de los cuentos. Por entonces llevaba en la muñeca una pulsera cilíndrica de plata que no podía quitarse nunca, porque se había quedado pequeña y no pasaba de la mano. Por eso la llevaba día y noche, y parecía formar parte de ella misma. Tenía el pelo abundante de un rubio oscuro, partido en dos con una raya y peinado en dos trenzas que le nacían sobre las orejas. Se reía pocas veces y su cara adoptaba una graciosa seriedad; en invierno sus amigas le tejían jerseys de colores que no se veían en ninguna tienda, bufandas hechas con restos de

lanas, y medias de sport con dibujos de rombos. Tenía las pestañas muy largas y claras y, aunque sus facciones no fueran correctas, sí eran graciosas, y hasta bellas. En noches de tormenta, los rayos rasgaban el horizonte zigzagueando sobre el mar como hilillos nerviosos. La niña tenía miedo, pero la Nardo la tranquilizaba: “Las chispas buscan el agua”, decía, acariciándole el cabello. Eran chispas lejanas y sin ruido, como venillas iluminadas y continuas. Había tormentas secas que electrizaban el ambiente, pero a veces blandamente empezaba a llover, zumbaban los cristales bajo la lluvia y Coralia se dormía, inmersa en el murmullo. De mañana el mar era radiante y, bajo un sol espléndido, los insectos bullían en la tierra húmeda. Por entonces se instaló en las inmediaciones con su familia un pastor protestante. La niña protestante no era bonita, tenía los ojos tristes y el pelo negro y recio como crin de caballo. Iba mal vestida y miraba con recelo, atrincherada en su soledad. “Es hija de un pastor protestante”, decían las niñas de la costa, dudando que fuera una persona normal, o si su vestido sin gracia no ocultaría un apéndice infernal, algo así como un conato de rabo o un abdomen peludo. Nadie le hablaba, le hacían el vacío y la miraban sólo como una molesta curiosidad. Coralia y ella eran vecinas, por eso intimaron. Le sacaba a la niña protestante una cabeza, cuando ambas caminaban por la playa y llegaban juntas al Tajo de la Soga. El Tajo de la Soga siempre se llamó así; era una playa hundida un poco tenebrosa, quizá por el nombre que le dieron. Hallaron una bola que brillaba en la arena; la niña protestante la cogió para jugar con ella y entonces la bola estalló, y de la niña no quedaron más que unos jirones sangrientos esparcidos por la playa. Desde entonces Coralia se refugió en la Nardo como en una madre, porque era lo único que le quedaba en el mundo. Ella le contaba sus cosas, como si aquella mocosa hubiera sido una persona mayor; aunque había algunas que ni siquiera se contaba a sí misma, recuerdos hundidos en el fondo de su mente que minaban su razón. O quizá, su razón estaba minada de siempre por un destino fatal. Le contó a Coralia que su propia madre se había suicidado poniéndose en el tren. El albornoz de la Nardo colgaba siempre de un clavo de su cuarto, con un color dudoso y un olor más dudoso aún. Se paseaba por la casa con él y se le abría el escote hasta el ombligo, y tenía la cara grasienta y las manos con grasa de la cara, y todos los pomos de las ventanas y las puertas los dejaba pringosos. En su palangana había siempre unos cabellos gruesos y negros. La modista que cosía a la Nardo vivía en Málaga en una casamata cerca de los baños del Carmen. La Nardo se llevaba con ella a Coralia a las pruebas, tomaban el tren y volvían de

noche, cuando ya el mar estaba negro y se veían luces a lo lejos. La iba a tener que dejar, porque nunca tenía la ropa para cuando prometía, daba largas y largas, y por mucha paciencia que tuviera la Nardo acababa por perderla. Antes había tenido otra modista que vivía en el centro de Málaga, en una casa antigua de una plazoleta. Eran dos hermanas muy amables, un poco mayores y gruesas, y una de ellas tenía frenillo el hablar. La Nardo siempre dijo que eran unas modistas muy buenas. A Coralia le hicieron un abrigo, pero no le gustaba porque no le cerraba bien y era incómodo, y no era más que levantar los brazos y el abrigo se descomponía. Pero las modistas eran cumplidoras y amables y a la Nardo la trataban con respeto, señorita por acá y señorita por allá, y mucho más formales que ésta. Un día había llegado un forastero a la casa de estilo francés, y le propuso retirarla de aquella vida. Era un hombre ridículo, pero la Nardo se enamoró de él. Andaba por la playa en pantalón corto y tenía les pantorrillas blancas y brillantes, sin un solo pelo, como si se las hubiera depilado. Las compañeras le auguraron que mejor hubiera hecho tirándose al mar con una piedra al cuello que yéndose con él, pero ella parecía entusiasmada y tenía ganas de marcharse de allí, aunque no le salieron las cuentas como había pensado. Él empezó por decirle el primer día que sentía haber dejado solo a su amigo, un pobre viudo; y pronto empezaron las desazones, porque él le escatimaba el dinero hasta para comer. “Te está bien merecido”, le decían sus compañeras cuando la encontraban en la calle, y ella les contaba que era un tipo lleno de manías y de las mayores aberraciones. Hablaba mal de todo el mundo, cuando lo hacía se le iba la especie, y al final la Nardo no lograba saber de quién estaba hablando. Se instalaron en el último piso de una casa vieja; la Nardo tapizó las paredes con fotografías de todas sus amigas, y enmedio Coralia que salía muy bien, con sus trenzas rubias y sus ojos glaucos, como ella decía. Una noche el hombre se marchó con todos los ahorros de su vida y ni siquiera abonó el alquiler de los cuatro meses que llevaban en la casa. Una vecina estaba planchando la ropa cuando oyó un ruido ensordecedor en el patio. “No os asoméis a la ventana, por favor, porque alguien ha debido de caer”, les dijo a sus chiquillos. Porque sonó como si algo muy pesado hubiera arrastrado a su paso macetas y hubiera partido las cuerdas de tender la ropa, que vibraron como enormes cuerdas de guitarra. Al mismo tiempo se oyó un grito desgarrador que ponía los pelos de punta. “No os mováis, hijitos, no miréis”, les repitió. Y miró abajo con mucho tiento, casi sin atreverse, y vio algo que parecía una mujer con un albornoz oscuro, porque no se atrevió a mirarle la cara que tenía de perfil.

El cuerpo estaba boca abajo aplastado contra el cemento del patio, tenía la falda subida y asomaban las ligas de las medias y unos muslos muy blancos; vio las zapatillas a distancia, fuera de los pies. Desde entonces Coralia dejó la habitación de la cochera y se quedó en la casa de estilo francés; abandonó su inocencia para tomar el lugar de la Nardo y se dedicó al oficio más antiguo del mundo. Nadie le exigió nada, nadie se lo impidió, y ella lo hizo por agradecimiento. Al poco tiempo, todos los marengos de la costa la habían conocido. “Una buena pieza, y encima nuevecita”, decían entre ellos. Coralia tenía entonces quince años. Un día llegó a una iglesia de Málaga un fraile carmelita a imponer los escapularios; era un viejecito pálido y pequeño que llevaba el pelo peinado en un rulo como san Antonio; acudieron todas las mujeres del contorno con los brazos cubiertos, y medias para no profanar la casa del Señor. El les recomendó con voz muy suave que fueran puras y amantes de la virgen, y una a una les fue imponiendo aquel trocito de tela marrón que las llevaría directamente al paraíso si morían en sábado. Coralia había acudido con sus compañeras; había encendido una vela y le daba vueltas, hasta que la llama lamiendo la cera hizo que rebosara, cayendo en chorro ardiente sobre la palma de su mano. Caían las gotas y se enfriaban, de transparentes se convertían en blancas y se agarraban a los pelillos, y al despegarlas tiraban de ellos con una sensación de pinchazo. Guardaba cola para recibir el escapulario, cuando lo vio a la puerta de la sacristía. Era un cura nuevo que había venido destinado a la barriada de pescadores; se llamaba José Cupertino y todas las muchachas del barrio hablaban de él y lo amaban en secreto. Daban vueltas en torno a la iglesia hasta que lo hallaban; entonces huían con los ojos bajos y las mejillas arreboladas. Él era demasiado guapo o tenía demasiado fuego en la mirada; era demasiado varonil, aunque fuera virtuoso, aunque machacara su carne con cilicios, gritando de amor. Era demasiado alto, demasiado apuesto, demasiado joven para andar entre chicas que lo miraban como a hombre, demasiado triste o demasiado alegre, entre miradas furtivas que ocultaban un algo inconfesable. Todas lo amaban y él lo sabía, rezaba y gozaba, se aplicaba cilicios y también las amaba; así la función seguía, el baile seguía, la comparsa seguía. Él también vio a la joven dorada de tez y de pelo, de ojos grandes y verdiazules; le dio el agua bendita y ella siguió volcando las gotas de cera en su mano para disimular, hasta que todo empezó a nublarse alrededor y dejó de distinguir la llama de la vela. Hubo un corto revuelo en la iglesia: una muchacha se había desmayado y varias mujeres la sostenían, dándole aire con un pay-pay. Ella daba

grandes suspiros, con los ojos cerrados y pálida como una muerta; por fin la metieron en la sacristía, y una ráfaga de aire pareció despertarla. “Está volviendo en sí”, dijeron. Allí pasó la ceremonia, amodorrada y tiritando en una butaca, hasta que sus compañeras lo supieron y entraron a buscarla. Sentía frío, muchísimo frío, tanto que no se le aliviaba con el cerro de abrigos que las amigas le echaban encima. Aquella noche la pasó desvariando y hablando de él. El médico diagnosticó tuberculosis. Era corriente que una chica adelgazara y se pusiera pálida, la mandaban entonces a un lugar alto y seco a que hiciera reposo y se curara. A otras les hacían la plastia, o les metían aire en la pleura con una aguja grande, y aún así muchas se morían jóvenes, dejando un hueco con aromas a sahumerio. A ella la enviaron a un sanatorio de la sierra. A su vuelta, supo que él había rezado para que recuperara la salud; en cuanto pudo, fue a darle las gracias y a entregarle un ramo de flores para la virgen. Desde entonces, Coralia soñaba en las tibias noches de verano, llenas de jadeos y sudores, con el curita joven que se atragantaba cuando la veía venir, y se ponía rojo sin saber dónde esconder las manos. Luego se vieron a menudo.”Mal se apaga el fuego con las estopas”, decían las amigas, porque había empezado a ganarla para Dios y acabó enamorándose. Él fue su tabla de salvación, el que la ayudó en el marasmo de su angustia. Un día se sentaron frente a frente en la sacristía y ella le contó su vida, sin saber para qué. Quizá, para que el veneno de tantos amores vendidos no acabara por emponzoñarla, y no la acometieran ideas negras como la de quitarse la vida. Él había tomado sus manos y las besó una y otra vez. “Yo haré penitencia por ti, yo me daré azotes por ti, haré sangrar mi espalda por ti, pero no desesperes”, decía, y le besaba la palma y el envés de las manos. Cuando el cura le dijo a su párroco que dejaba la iglesia él no se extrañó, ni tampoco se extrañaron las compañeras de Coralia. “¿Por qué, si no, se ponía tan colorado cada vez que la veía?”. Pasaron más de un año juntos; al principio tomaron una habitación cerca del muelle, desde donde veían los cafés del puerto y escuchaban las sirenas de los barcos. Paseaban hasta el cementerio inglés, donde estaba enterrada la niña protestante; no parecía un camposanto, sino un hermoso jardín, y subían las escalerillas ajardinadas entre lápidas de mármol blanco y macizos floridos, siempre cogidos de la mano, a dejar en la tumba de su amiga un ramo de rosas amarillas. Un día la llevó a visitar el acuario donde había lampreas y langostas de antenas temblorosas, que los miraban a través de gruesos cristales, junto a anguilas de cuerpo interminable y medusas pegadas al fondo de arena. En el puerto olía a marisma y a aceite; saltaron

a una barca que cabeceaba, agarrándose a las tablas por miedo de volcar. El viejo pescador asió los remos con manos enormes, aspiró recio y alzó la cabeza, oteando. La barca giró chirriante y embocó la salida del puerto, por encima de la capa de aceite que sobrenadaba la bahía. Pronto dejaron atrás la farola y el muelle. Los reflejos del agua quebraban los ojos, el viejo parecía adormecido con la vista perdida en un punto lejano y al fondo la ciudad centelleaba al sol, entre el verde agresivo de las palmeras. Viajaban en tranvías amarillos provistos de jardinera, donde el cobrador les daba a cambio de unos céntimos un papelillo de color pálido que casi se deshacía entre los dedos con el sudor, y ellos buscaban cada día el capicúa, y les parecía de buena suerte que el número se leyera lo mismo de atrás a adelante que de adelante a atrás. También le compraba biznagas, jazmines arracimados en varillas que vendían pinchados en hojas de chumbera por las mesas de los cafés, y las mujeres se prendían en el pelo. Mientras, las niñas ricas jugaban al diábolo en las amplias aceras, bien vestidas y calzadas frente a las casas llenas de terrazas y balconcillos, junto al edificio del Desfile del Amor. Y en los solares deshabitados detrás del hotel Miramar entraban los mendigos a dormir, y era el mayor criadero de piojos, pulgas y garrapatas y toda clase de alimañas que saltaban al viandante como lobos hambrientos. En las playas los chiquillos se bañaban en cueros, entre los restos de excrementos que vomitaban los gruesos tubos del alcantarillado, y que se mezclaban con el agua salada y maloliente. La resaca se llevaba los detritus mar adentro o la marea los arrojaba a la playa, enredados en las algas. En el mercado compraban chirimoyas que cortaban en dos con una navajilla, y aparecían las pipas negras y brillantes como cuentas de un rosario de vieja entre la carne dulcísima, que si apuraban demasiado el pellejo se hacía en los bordes áspera y amarga. Comían caquis blandos y babosos, muy dulces si estaban muy maduros, y que si no lo estaban dejaban en la boca una aspereza que les duraba mucho tiempo. En Navidad salieron las parrandas pidiendo el aguinaldo; desde el balcón oían las panderetas y zambombas, cuando un grupo se detenía cerca cantando y bailando. Así fueron pasando los días, y en la inconsciencia de su amor no se percataban de que sus escasos caudales se estaban agotando. Así que una tarde tuvieron que dejar la ciudad y se trasladaron a la costa, para refugiarse en la cochera, cerca de la casa de estilo francés. Tomaron el trenecillo sucio y lento que bordeaba cerros, se hundía en un túnel y surgía luego entre cardizales y arroyos bordeados de adelfas de un rosa encendido. Se instalaron en la habitación abuhardillada, y en la

noche se sentían abrumados por el toldo magnífico del cielo, como una lona negra que se hubiera llenado de agujeros sobre un fondo de luz. Miraban por un tiempo los puntos brillantes y huidizos y los veían cada vez más cerca, tanto que cerraban los ojos con vértigo. Observaban el mar, las luces lejanas y esparcidas, y de tarde en tarde los faros de un viejo automóvil aparecían en la punta de Calaburras, ocultándose y emergiendo a intervalos, desapareciendo y volviendo a aparecer cada vez más cercano y único. Los faros lucían a la altura del Tajo de la Soga más acá de Carvajal, deslumbraban un momento sobre la curva y se perdían en dirección opuesta, borrando cualquier signo de civilización en la bahía. Tan sólo quedaba la farola alumbrando la cala con su guiño espaciado, desde la punta de Calaburras. En las noches oscuras sin luna el horizonte se poblaba por encima del mar con los focos de las traíñas sardineras, tres para cada barca, que atraían el pescado menudo y cubrían la superficie con un halo blancuzco y la estrecha bahía con el zumbar de sus motores. Desde la ventana, a través de las hojas recias de la buganvilia y de su tronco erizado de espinos, las oían zumbar y maniobrar sin descanso. En el plenilunio, un camino de plata se extendía desde la luna a la misma orilla lamida por las olas. Resultaba hermoso contemplar desde el montículo la bahía a los pies y el enorme disco de plata por encima, derramando su luz en el agua, un olor a marisma inundándolo todo, y crepitando los sonidos misteriosos de la naturaleza hasta que, con los ojos nublados por el sueño, terminaban por quedarse dormidos. De mañana se entretenían en buscar en la playa conchas de nácar llenas de irisaciones rosadas o amarillas, ligeras como si el agua las hubiera gastado, que se deshacían entre los dientes dejando un polvillo de yeso. “Fue ahí donde mi madre se quemó una noche”, decía Coralia con naturalidad. “Ardieron las cañas y ella quería apagar el fuego, y de las quemaduras murió". Él le hizo una cometa que subía alejándose en el aire, cada vez más alto y mas lejos, la brisa la mecía y agitaba su cola multicolor mientras ella tiraba del hilo, plantada en la arena con los pies desnudos, y el sol arrancaba de su pelo reflejos dorados. Pasaban el tiempo buscando piedrecillas de formas caprichosas, bien lisas y aplastadas como obleas o largas y finas como lombrices grisáceas, o blancas, restos del mármol que brillaba en vetas entre las pizarras del acantilado. Nunca les faltó un plato de comida, aunque él no sabía, o no quería saber, quién la proporcionaba, porque estaba demasiado absorto en su pasión para advertir algo que no fuera el olor y el calor de su amada. A veces se cruzaban con las mujeres de la casa de estilo francés, que volvían de comprar la leche o de acarrear

agua de la fuente; Coralia las saludaba con la mano y ellas apuraban el paso, porque no querían ser un obstáculo en su amor. Así estuvieron, hasta que un día el cura comenzó a sentir remordimientos y decidió replantearse su vida. Ella no trató de impedírselo. José Cupertino hizo confesión general, pidió perdón al arzobispo y la Iglesia lo recibió de nuevo en su seno. “Palabras y plumas se las lleva el viento”, decían las mujeres en la casa de estilo francés. A él lo destinaron a un pueblo de la sierra y, para evitar que Coralia volviera a su antigua vida, se la envió con una carta a su protector, el que había pagado sus estudios en el seminario. Se llamaba don Diego, era conde de san Justo y san Pastor y vivía en su casa-palacio de Extremadura. Sus amigas le costearon el viaje y le compraron ropa nueva, pero aunque cambió de lugar, nunca lograría olvidar a José Cupertino. Llevaba consigo un misal en latín que él le regaló, con una foto suya dentro; tenía entonces diecisiete años y entró al servicio de la vieja condesa, madre de don Diego. Cuando estaba sola en su cuarto miraba el retrato hasta que se le nublaba la vista, de modo que la foto estaba cada vez más ajada y ya le faltaban las puntas. Nunca pudo querer a nadie más que a José Cupertino. Deseaba los juegos de sus manos, recorriendo su cuerpo y dibujando sus formas, buscando rincones oscuros y húmedos; y añoraba sus besos, las caricias que ya nunca tendría. Cuando él murió de aquella forma misteriosa y horrible, ella nunca perdió las esperanzas de poder desvelar el enigma, de ordenar su exhumación, de buscar a un médico que certificara si las vértebras de su cuello estaban rotas o si por el contrario quedaban balas junto al esqueleto. Y aunque se las hubieran extraído en aquel hospital, de todas formas ella viviría acosada por la angustia mientras no pudiera desvelar su misterio. Muchos años más tarde Coralia quiso volver a la costa y apenas pudo reconocerla. La carretera discurría ahora entre modernos edificios que se alzaban a ambos lados ocultando el mar. Las casas más viejas habían desaparecido y en su lugar surgían establecimientos modernos, restaurantes de lujo que acogían a una muchedumbre multicolor. Reconoció la mancha verde del vivero forestal hundida entre nuevas edificaciones, y al minúsculo aeropuerto de entonces le habían agregado nuevas dependencias, de modo que el antiguo subsistía como una caseta entre setos floridos. Cerca habían instalado un campo de golf y apenas podían distinguirse más allá de las cunetas algunas higueras raquíticas. Los altos edificios del pueblo ocultaban la vista del mar, y sólo una casa grande con tejas vidriadas seguía dominando como siempre la plaza, tapizada de enredaderas. Mujeres semidesnudas arrastraban

sandalias doradas por las calles y se detenían ante los escaparates lujosos de las tiendas de “souvenirs”. La autopista había allanado terraplenes, acortado distancias y barrido edificaciones antiguas. Entre la avalancha de vehículos alcanzaba apenas a distinguir las pequeñas calas abarrotadas de bañistas y se admiró de que el pequeño castillo moruno de ladrillos rojos que conocía de siempre siguiera allí, porque parecía un objeto anacrónico situado al extremo de la caleta. Pensó con nostalgia en la casilla de las cuatro vacas perezosas, en la leche amarilla y caliente contenida en vasijas de zinc. La venta había desaparecido y en su lugar se alzaba un hotel de apartamentos. Estaba llegando a la casa de estilo francés y apenas pudo verla, porque habían surgido otras más esbeltas y ni siquiera pudo asegurarse de que siguiera allí. Habían convertido en piscina el lugar de la antigua cochera, y en las tierras vecinas donde antaño nacían cañas y palmitos habían construido villas con jardines. Volvió hacia atrás la cabeza para no perder de vista la antigua curva y el lecho del arroyo, pero un autobús de viajeros había cruzado y, cuando pasó, ya un muro de cemento ocultaba el paisaje. Ya no existía el puente viejo sobre la curva; otro más ancho y poderoso se alzaba sobre pilares de hormigón. En la playa habían instalado un nuevo merendero y la vieja atalaya árabe con su grueso torreón se había convertido en atracción para los turistas. Y allí seguían las palmeras gemelas sin crecer apenas, ya que por milagro las respetó la carretera y estaban achaparradas y llenas de hojas secas. Por el contrario, el pacífico se había convertido en un árbol enorme lleno de flores rojas. No pudo ver el puesto de la guardia civil en la loma; habían respetado les enormes tinajas de cerámica colocadas de siempre junto al muro circular, rellenas ahora con tierra y plantadas de geranios. No estaban los guardias que la saludaban con la mano al remontar la curva, y alguien dijo que la posada del Caballo Blanco se había incendiado tiempo atrás. Las casetas de los marengos se habían transformado en bares americanos llenos de luces de colores; el día se iba y se estaba iluminando la costa con un reguero de luces de ciudad, semejante a un gran reptil incandescente, que impedía distinguir a intervalos el brillo ahora sofocado del faro de Calaburras. La luna apareciendo en el cielo alumbraba un paisaje extraño y urbano, interceptado por telones de hormigón; no obstante, le parecía sentir los labios de él, cuando tomó sus manos por primera vez y se las besó muchas veces, y aún sentía el peso y el calor de su cuerpo.

LIBRO SEGUNDO: LA CIUDAD

"Es un sitio incomparable, un gigante hecho de rocas que soporta sobre las espaldas una pequeña ciudad, blanqueada y reblanqueada de cal. Sorprendente y antigua Ronda..."

Rainer Maria Rilke

ENTRE LOS SUCESIVOS HABITANTES de la Serranía habían configurado una raza peculiar, donde se embrollaban los rasgos semíticos con los púnicos y cartagineses que dejaron sus alfabetos en las monedas. En Accinipo seguían acuñándolas en tiempos de los romanos, y entonces el nombre latino figuraba entre dos espigas y un racimo de uvas; tal importancia llegó a cobrar la ciudad que Vespasiano le concedió el derecho latino, lo mismo que a Córdoba y a Sevilla. Un jefe bereber de Ronda se hizo fuerte contra Abderramán, y repartió la sierra entre sus amigos y familiares. Luego, con el reino de Granada, Ronda se convirtió en el núcleo de toda la región oeste, en un reino propio y alejado casi independiente, de forma que durante más de dos siglos y medio los rondeños no tuvieron más señor que ellos mismos. La ciudad se fue rodeando de jardines y castillos protegidos con murallas, se instalaron baños y se alzaron las puertas de Almocabar y la del Viento, para dar acceso al lugar. Su alcázar fortificado con tres muros de torres era inexpugnable, porque además estaba rodeado de una profunda hoz en cuyo fondo corría el río. Sólo con un ardid pudo el Rey Católico tomar la ciudad. Hizo creer a su alcaide Hamet-el-Zegrí que se dirigía a Loja, y cuando el alcaide acudió allá con todas sus huestes, dejó a Ronda sin guarnición. Fernando la ocupó siete años después del descubrimiento de América. Siglos más tarde, en el mes de febrero del año mil ochocientos diez dieron los franceses vista a Ronda, y llegados a los robledales del Mercadillo se desplegó la caballería que avanzó hacia la ciudad. Pero tan porfiada fue la actitud de los rondeños que obligaron a José Bonaparte a abandonarla, no sin antes dejar una nutrida guarnición. Nombró gobernador a Bussain, un barón del Imperio; era éste un valiente soldado de Napoleón, aunque tan zafio que divertía a todos con lo grosero de su habla. Tenía una talla colosal, y estaba poseído de una tal hambruna que acababa él solo con la ración de varios hombres. Los gabachos bajaban a caballo la pendiente, dejaban a un lado la iglesia del Padre Jesús junto a la fuente de los Ocho Caños y ajusticiaban a los rebeldes en el templete que siempre se llamó de los Ahorcados. Y como tenía cuatro brazos quedaban los desdichados de cuatro en cuatro, porque no era cosa de desperdiciar el sitio, y allí los veía la gente del pueblo y servían para escarmiento de revoltosos, con sus caras amoratadas, mientras los cuervos graznaban alrededor. Los

oficiales se alojaban en la posada de las Ánimas, donde paró Cervantes cuando andaba de alcabalero y donde se encontró con Espinel, y de esa forma se hicieron amigos el autor del Quijote y el del Escudero Marcos de Obregón. Era una casa blanca con portada de piedra y un balcón de forja rondeña, y por encima una hornacina de cristal donde la Virgen libraba a las ánimas del purgatorio. Todas las fachadas del pueblo estaban encaladas, tenían rejas negras con volutas, y en la fuente había siempre mujeres cargando el agua con sus cántaros. Habían instalado una prisión en el puente nuevo, sobre las bataholas de los hojalateros, y allí se pudrían los serranos que osaban alzarse contra los franceses. Pero nunca logaron apresar a Francisco de Borja, hijo de unos talabarteros del Mercadillo. Era un mozo vigoroso y esbelto, pelirrojo y con ojos verdes, ancho de pecho y gran jinete, con una fortaleza adquirida en monterías de jabalíes y venados en lo más fragoso de la Serranía. Era un andaluz bravo y altivo, capaz de dar su vida con tal de expulsar a los invasores, y además de ser capitán de guerrillas era un magnífico torero. De niño solía llegarse al sillón del Moro, un arco de piedra con un asiento donde decían que se había sentado el Zegrí a contemplar sus tierras. Del lado de la Ciudad la gente era más principal que la del Mercadillo, y él sabía que a ese lado abundaban los condes y marqueses que vivían en casas con cierros complicados y panzudos, y grandes patios sevillanos que se veían desde la calle. En las puertas había aldabones de bronce y unos clavos enormes y brillantes, y arriba balcones con celosías para que las mujeres pudieran mirar sin ser vistas a los que pasaban. En la plazoleta se alzaba un palacio con fachada de piedra, con figurillas de hombres y mujeres desnudas que se tapaban con las manos. Ya no había rey moro por entonces y sí muchas cagadas de persona en el asiento, y en el suelo a un lado y en el rincón, de modo que aquello apestaba desde lejos. Un día había un perro muerto al borde del camino y despedía tan mal olor que no pudo olvidarlo nunca, porque estuvo oliendo muchos días hasta que los gusanos lo vaciaron del todo. También había moscas, hormigas y bichos de todas clases, y al final no quedaban más que la piel y los huesos, pero el hedor lo llevaría para siempre metido en el alma. Si dejaba a un lado el puente romano *y* el árabe podía llegar al campamento de los gitanos, donde las gitanillas hacían repiquetear las castañuelas entre el humo de las fogatas. Y cuando acudían a la feria del pueblo los caballos caracoleaban, y los gitanos muraban piropos de tan cerca que se les podía oler el aliento a vinazo. A las mocitas se les subía la manzanilla a la cabeza y se les revolvía en burbujas chispeantes; se encendían sus ojos

y sus mejillas con la fiesta y no contenían la risa, aunque no supieran de qué se estaban riendo. Los collares se enredaban entre los flecos de los mantoncillos, cuando a la grupa de los caballos andaluces lucían faldas de lunares y zapatos rojos que sólo usaban para las fiestas. Miraban el cogote del jinete asomando por la camisa manchada de sudor, y al paso de la caballería tintineaban en sus orejas los zarcillos de oro. Llevaban el pelo tirante hacia atrás y les pinchaban las horquillas, y lucían caracoles en la frente pegados con zaragatona. Francisco de Borja se convirtió con el tiempo en el mozo más guapo del pueblo. Llevaba chaqueta colgada del hombro y un chaleco de seda de colores, calzones de terciopelo verde con botones de filigrana, una faja ceñida y polainas bordadas sobre los zapatos de becerro. Un día en que lo perseguían los franceses llegó a refugiarse en el Barrio, bajo el tejado de una casa, en la cámara que usaban de granero. No era posible que las registraran todas y le pareció un escondite seguro. La ocupaban unos gitanos, y desde allí oía las castañuelas y el tambor. Ellos le dieron a comer migas con torreznos y un cuartillo de vino rondeño, y allí conoció a Carmen, la moza más hermosa de la serranía. Su madre reparaba sartenes y cacharros de cobre, y ella mendigaba y decía la buenaventura, y hasta había bailado delante de la reina, que le regaló su mejor abanico. Era morena como todos los suyos, con los ojos grandes y la piel de aceituna con el sello de las Alpujarras; tenía el pelo negro como la endrina y los dientes blancos como las almendras. Estuvo bailando aquella noche polos y serranas, tangos y rondeñas, mientras los hombres la jaleaban; y como había olvidado las castañuelas hizo añicos un plato y hacía castañetear los trozos, cantando a la vez:

Si te dicen que voy preso, no voy por causa ninguna,
porque dicen que he robado la rueda de la fortuna,
Adiós Málaga la bella, tierra donde yo nací,
para todos fuiste madre y madrastra para mí.

Le dijo al guerrillero que hiciera el signo de la cruz en su mano con una moneda, y susurró a su oído: “Tú serás el más grande de la Serranía”. Sacó de entre la falda unos naipes usados, un caimán disecado y un imán, y un abanico de papel con redondeles formando círculo. Él cerró los ojos y lo recorrió con un dedo, y se quedó parado entre el redondel del Amor y el de la Muerte. De noche la llevó a la feria a la grupa de su caballo, desafiando la vigilancia de los franceses. Mientras se agarraba de su cintura a ella le ardía la cara, y como se les hizo tarde pasaron el resto de la noche en el campamento de los gitanos. Tres meses después, el Barón del Imperio se atrevió

a salir por el campo que estaba detrás de la iglesia de la Merced, y no había andado una legua a caballo cuando fue muerto por el disparo que le hizo Francisco de Borja. A él lo hirieron en la escaramuza los soldados, pero herido y todo siguió peleando y consiguió escapar. Sus compañeros lo ocultaron en un coche, el cochero azotó sus mulas y lograron llevarlo al pueblo antes de que muriese. Dijo que lo trasladaran a la iglesia del Padre Jesús y que llamaran a Carmen la Gitana. Parecía que en el templo se hubieran congelado varios siglos de frío, se había incrustado en las maderas de los bancos y hasta en los mantos de las imágenes, y aunque afuera también lo hacía se notaba menos, porque era un frío reciente. Aquella mañana los cántaros de Carmela amanecieron volcados, se le había derramado la sal y se le apagó la candela, así que supo desde entonces que su desgracia estaba escrita y que Francisco de Borja moriría. La condujeron a la iglesia escoltada y un compañero puso el fusil atravesado a la puerta, de forma que obstruyera el paso y nadie pudiera molestar a los que se casaban. Allí mismo murió Francisco de Borja. “Son gajes de la guerra”, dijo con el último suspiro, pero en el mes de agosto los franceses abandonaban Ronda, no sin colocar minas en el alcázar. Tuvo que ser Carmen la Gitana la que las descubriera y salvara el pueblo de la catástrofe. Estaba saliendo de la sierra el último francés cuando Carmen le dio a su marido un hijo póstumo. El rey Fernando séptimo a quien llamaban el Deseado pudo volver a España, y en todas partes se celebraban corridas de toros y se alzaron arcos triunfales, con cohetes y luminarias. Carmela estaba recién parida cuando entró un notario en su zaquizamí; llevaba una cartera con documentos, y leyó en tono protocolario los legajos que acreditaban para el niño el título de marqués de los Zegríes, la posesión de un palacio en Ronda y varias fincas en la sierra, todo en memoria de su padre. Todo se lo explicó el escribano a la atónita madre, accionando al mismo tiempo con una mano pálida donde lucía un grueso solitario. El palacio era el sueño de un gobernador, el mismo que ocuparan los Reyes Católicos cuando la conquista, y allí bordó la reina el pendón de Castilla que se conservaba en el ayuntamiento. Cuando Carmen entró con su hijo en el patio árabe, iba tan hinchada de orgullo como el pan caliente. “Aún quedan estancias del siglo quince”, dijo el protonotario, y le estuvo explicando que la portada era de orden dórico con torres mudéjares, y que el patio de azulejos databa del siglo dieciséis."Vea un hierro de forja rondeña bien trabajado, los aldabones de bronce, un último renacimiento barroco", enumeraba, y ella decía que sí con la cabeza, porque ni siquiera sabía leer ni escribir. En el zaguán le mostró el poyo

de piedra desde donde montaba en su caballo la reina Isabel, y luego la guió entre los pasadizos que comunicaban el jardín con la antigua Cashbah. Fueron al cortijo, y entraron por un arco de piedra, donde acababan de tallar un escudo con una vara de gladiolos sobre campo de gules. Visitaron los establos, los almacenes y las cocheras, y se detuvieron ante la tapia, donde las campánulas se extendían alargando los vástagos entre los granados. “Son de frutos ácidos, porque había que haberlos injertado”, le dijo el notario, y añadió que era aquélla la mejor dehesa de la serraría. Lo primero que hizo Carmen fue escoger su montura y encargarse una jamuga de montar. Tiró la baraja usada, el caimán disecado y el abanico de la fortuna con el que leía el porvenir, y se trasladó al palacio con su hijo. Varios meses después Francisco de Goya la vio en una juerga flamenca; acababa de pintar a los duques de Osuna con sus hijos, y a la duquesa de Alba; no cejó hasta conseguir que Carmen posara para él, y le hizo un retrato vestida de maja rondeña.

***

EL PRIMER MARQUÉS DE LOS ZEGRÍES se llamó Francisco de Borja, como su padre. Homero decía que el niño nacido de Neptuno y una ninfa no vino al mundo sino un año después de ser engendrado, es decir el doceavo mes, y lo mismo le sucedió a él. Se parecía a Carmen la Gitana y tenía el pelo de un negro azulado como ella, pero los ojos verdes del guerrillero que heredarían todos sus descendientes. Por una ironía de la sangre fue siempre un tanto afeminado, y afrancesado desde su nacimiento. Fue expreso deseo del rey que lo enviaran a educarse con los jesuitas. Fernando séptimo había exhortado a la nación a marchar con él delante por la ruta constitucional, pero se olvidó de la promesa en cuanto pudo, y las esperanzas que en él pusieron los españoles no llegaron a colmo. Era astuto y cobarde, y más se dejaba llevar por gentes de su camarilla que aconsejar por sus ministros. Restableció la inquisición que habían abolido las Cortes de Cádiz, autorizó el regreso de los jesuitas, clausuró las universidades y los teatros y prohibió la publicación de varios periódicos. Y así fue como Francisco de Borja acudió a un colegio distinguido con verjas terminadas en punta de lanza, donde asistían los hijos de familias ilustres generación tras generación, desde que Ignacio de Loyola fundara la Orden para educar príncipes. Siempre se avergonzó de ser hijo de guerrillero y de gitana, pero como lo ocultaba, pronto se hizo con grandes amistades. Tenía las manos y pies delicados y finos, y él lo achacaba ante los otros a lo selecto de su origen cuando apoyaba sus largos dedos de uñas alargadas en el

teclado del piano de cola. En cuanto a los pies los tenía suaves y sin durezas, bien diferentes de los pies del guerrillero. Todo en él era comedido, como su voz, sus gustos eran selectos, y gozaba sentándose ante el teclado, cerrando los ojos y aspirando hondamente antes de empezar a tocar. Su verdadera expresión era la seriedad, y resultaba más varonil cuando estaba serio que cuando sonreía. Había algunos en régimen de media pensión y también externos, que vivían en los alrededores, pero casi todos eran internos como Francisco de Borja. El Hermano de la enfermería era pequeño y regordete y decían que marica, porque le gustaba poner irrigaciones a los niños, y el pequeño marqués era su predilecto. Los dormitorios eran grandes y por la noche un sereno despertaba a los alumnos para orinar, y que así no se pudrieran los colchones. Los mayores tenían alcobas individuales, y hacía tanto frío que los tinteros se quedaban helados en las ventanas. A fin de curso se distribuían las dignidades del colegio en el teatro principal, nombraban al brigadier y a un subrigadier en cada clase, y no podían declamar el "Dulcísimo recuerdo de mi vida", porque aún no había nacido el padre Coloma. También se concedían dignidades menores, y cuando recogieron las últimas notas él estaba admitido con la clasificación de notable, y fueron a un concierto para celebrarlo. Habían tomado una platea, y aunque eran hombres hechos y derechos pensaron en comprar polvos de pica-pica y arrojarlos al patio de butacas. Pero hizo su buena estrella que no encontraran los polvos porque quizá ni se molestaron en buscarlos, ya que al día siguiente la gaceta local publicó la noticia sorprendente de que había sido detenida una banda de golfos por echar polvos de pica-pica en un local público. Cuando Francisco de Borja abandonó el colegio bailaba el minué y la pavana como nadie y se dedicaba a divertirse, pasaba de todo lo establecido, tenía sus propias ideas y trataba de vivir con arreglo a ellas. Daba tanta importancia a la política nacional que no le daba ninguna, se había trazado un camino, decía por ahí meto la cabeza y la metía aunque se rompiera la crisma; y mientras, las luchas de *negros* o liberales y *blancos* o absolutistas ensangrentaban a España. La expedición de los cien hijos de san Luis había restablecido el absolutismo del rey, y la horca permanecía levantada de continuo después de la reacción liberal. Por entonces murió Goya en Burdeos, y el joven marqués mandó su condolencia a la familia. A los dieciséis años fue uno de los fundadores del Conservatorio de Madrid, y luego huyó a Francia, por causa de la epidemia de cólera que azotó Andalucía, coincidiendo con la primera guerra carlista. Su madre se había quedado en Ronda entregada a sus juergas flamencas, y gastaba tanto

que tenía más trampas que los Guachapines. Como quería mejorar la estirpe, arregló la boda de su hijo con una señora de rancio abolengo llamada doña Alfonsa. Ella tenía treinta años, diez más que el marqués, pero era de la Real Maestranza de Ronda y tenía buenos dineros que Carmela necesitaba para sus francachelas crepusculares."Es más antigua que el pedo", protestó él cuando lo supo, a lo que la madre contestó que más valía vieja con dinero que moza con buenas carnes. "La gallina vieja hace buen caldo, y además, dicen que es más leída que la epístola de san Pablo". La tal doña Alfonsa era tan derecha como una hoz y siempre había sido flaca, demasiado insignificante y vestía trajes oscuros con pequeños estampados en blanco. Si algo le conmovió al marqués en su vida fue la belleza física y una mujer guapa conseguía que se olvidara de todo lo demás, pero con ella no fue el caso. Decidió no mirarla nunca y podía ser otra persona, un cuerpo sin rostro o un sexo sin cuerpo. "Conditio sine qua non", remedaba a la novia a quien en el pueblo llamaban la Latina. La noche de la boda, la desposada salió corriendo de la alcoba nupcial que Carmen les había preparado en el palacio. Cuando lo supo, la gitana se rió tanto, que le dolía de reírse detrás de las orejas. "A ver si te va a pasar como al de Utrera, que sacó a la novia y la dejó entera", y desde entonces la nuera nunca la pudo ver. Pero a los nueve meses del suceso, doña Alfonsa dio a luz a un varón a quien llamaron Borja a secas. No hicieron uso del matrimonio más que dos veces en su vida, y la segunda por equivocación. El marqués se asfixiaba en su casa de Ronda, y se mandó construir un palacete en uno de los barrios más elegantes de París. Y aunque según decía lo había logrado con sus rentas, las malas lenguas aseguraban que había sido con el dinero de su mujer. Doña Alfonsa no quiso acompañarlo, y él tampoco se lo pidió. El se pasaba allí la vida, mientras su mujer se ocupaba en Ronda de sus finanzas y procuraba sacar adelante las fincas. El pequeño Borja tenía siete años cuando su padre se lo llevó con él. En el palacio de París, los invitados franceses empezaban bailando la mazurca y el rigodón, seguían con la polca y acababan descomponiéndose. Se quedaban dormidos en casa del huésped con las bujías encendidas, tumbados en las gruesas alfombras y en los divanes estilo imperio tapizados en satén. Muy a menudo, Próspero Mérimée visitaba el palacio. Había nacido a primeros de siglo y estuvo en España en su juventud y mantenía una fiel amistad con la condesa de Montijo, cuya hija sería con el tiempo emperatriz de los franceses. Por entonces, estaba ocupado con sus Cartas de España, y había tomado de modelo a Carmen la de Ronda para su novela más famosa. Era un gran amigo del

teatro, y él le presentó al marqués a una actriz llamada Mimí. Tenía un temperamento apasionado y era bellísima. Él la llevó a su casa y estuvieron fumando hashish acomodados en un canapé. Tocaron el tema de los homosexuales que a ella la apasionaba en extremo, y le estuvo contando el caso de un noble conocido a quien habían sorprendido con su amante, un jovenzuelo de quince años hijo de un embajador. El caso había corrido como pólvora *y* el culpable se había suicidado. Del canapé pasaron a la cama y allí se amaron locamente bajo una lámpara de cincuenta brazos, mientras un centenar de espejos les devolvían sus imágenes; y tras de los mármoles del zócalo los ratoncillos no se atrevían a salir, ni a recorrer las saletas hasta que no se durmieran los intrusos que todas las noches los incomodaban. El marqués reclamó a su hijo Borja porque era el único vástago que tenía y su sucesor en el título, y no quería que doña Alfonsa terminara metiéndolo fraile. Cuando el niño llegó al palacete, a la puerta lo recibió un criado inglés muy empolvado, que lo condujo a sus habitaciones donde lo aguardaban el preceptor y una *demoiselle* que pusieron a su servicio. Pronto dio con el arsenal de disfraces que guardaba su padre en la mansarda y lo dejó maravillado. Estaba en lo más alto de palacio en un lugar que llamaban *charadas,* donde se habían ido acumulando año tras año. Algunos tenían verdadero valor, recamados con sartales de perlas y con hilos de oro, *y* había chalecos de seda natural profusamente bordados, calzones de raso, cintas de brocado y telas de gasa finísima. Había túnicas romanas de todos los colores, rematadas con galones de oro y con cabujones que despedían destellos. Y la *demoiselle* tenía un arte especial para ataviarlo, lo vestía de romano o de vikingo, o le envolvía la cabeza en turbantes de lamé con penachos de plumas fabulosas, prendiendo delante un broche de piedras simuladas tan gruesas como avellanas. Había allí abrigos de cosaco y bastones con mangos inverosímiles, sombreros de plumas y espadas de Toledo, todo bien clasificado con etiquetas. Cuando lo llamaba el preceptor para estudiar francés él le contestaba: “A posteriori”, porque dejando aparte a la *demoiselle* y los disfraces, tenía tirria a todo lo francés. La segunda vez que los marqueses realizaron el coito engendraron una niña, con ocasión de un viaje que hizo el marido a Ronda para hacer acopio de dinero. Llegó en pocas fechas de París a Madrid, mientras que la gente del pueblo viajaba lentamente en galeras, unas carretas sin muelles, forradas con esteras de esparto, donde gozaban largamente de todas las molestias e incomodidades. Francisco de Borja asistió en la Corte al estreno de don Juan Tenorio de Zorrilla, con dos antiguos condiscípulos de los

jesuitas; celebraron tanto su encuentro, y llegó a Ronda tan borracho que confundió a su esposa con una mujerzuela. “Estas sí que son piernas, y no las de mi mujer”, gritaba alborozado mientras la poseía. Luego volvió a París, sin que volviera a ver a doña Alfonsa ni en la cama ni en la vida. Llegó un momento en que no sabía qué hacer para quitarse de encima a Mimí, que estaba empezando a engordar y ya tenía sotabarba; por si fuera poco, sus deseos eran cada vez más insaciables, mientras que el marqués ya estaba sólo para sopas de vino. Una noche, bajo los vapores del champán, Francisco de Borja desafió en duelo al actual barón de Bussain, quien acusó a su padre de haber matado al suyo por la espalda y a traición a las afueras de Ronda. Habían pasado aquella noche en una pura bacanal, mientras el niño observaba la fiesta desde un balcón del piso alto, embutido en un largo camisón con un abrigo encima. Uno de los invitados había sido Víctor Hugo, que andaba por entonces liado con una pésima actriz llamada Julieta Drouet, y que amenizaba las veladas de sus amigotes con sesiones de espiritismo. Hasta altas horas de la noche estuvo hablando con los fantasmas del Dante, de Mahoma y de Isaías, y cuando salió del palacete fue para servir de testigo en el duelo. Amaneció un día frío, el cielo estaba gris y parecía que iba a nevar. Se reunieron los caballeros con sus padrinos, que dieron la señal de disparar, y el barón no le dio ocasión al contrincante de formular su última voluntad, porque lo mató de un pistoletazo. *Sus uñas negras, y los dedos de las manos y de los pies fríos y contraídos, indicaban una muerte cierta.* Al entierro acudieron políticos y hombres de estado, músicos y poetas famosos, así como muchas suripantas y coristas que se preciaban de haber compartido las debilidades del marqués. En el palacete las regias arañas quedaron recogidas, envueltas en sábanas de lino para que no cogieran polvo, se cubrieron los asientos de los canapés y los marcos que lucían suavemente a la media luz con un resplandor dorado. Borja se despidió de las pinturas, del viejo molino y el molinero caminando hacia el río, un río misterioso y lleno de sombras donde los árboles descolgaban sus ramas desmayadas. También se despidió de la *demoiselle,* de la que estaba enamorado hasta los tuétanos. Todo el palacio quedó como en verano, los muebles forrados con lienzos, atrancadas las contraventanas y las puertas condenadas con siete vueltas de llave.

***

DOÑA ALFONSA HABÍA SIDO prematuramente huérfana de padre y se crió con su madre viuda. Era de muy buena familia, todos militares según repetía a troche y

moche, y su padre había sido un coronel patriota a quien ajusticiaron los franceses. Era dama de la Real Maestranza de Caballería de Ronda, la más añeja de España, anterior a las de Sevilla, Valencia y Zaragoza. Desde niña hablaba latín de corrido y tocaba a la perfección la citarina. “De auditu”, decía modestamente, cuando le ponderaban su forma de tocar. Era descolorida y pecosa, tenía cara de perro pachón, pero tenía más orgullo que pecas en la cara. “La beldad poco dura, más vale la virtud”, le decía su madre para consolarla. A los veinte años no sabía cómo se encargaban los niños, ni le interesaba, porque además era pecado pensar en esas cosas; sí que sabía que estaban en la barriga de sus madres, pero no cómo habían llegado hasta allí; una vez una amiga se lo quiso contar pero se puso furiosa con ella, porque eran cosas que no podían saberse, a pique de perder la inocencia. No tenía idea de que aquello que tenían los hombres bajo la bragueta del pantalón sirviera para otra cosa que para orinar, pero es que tampoco sabía exactamente lo que había bajo la bragueta, aunque la intrigara. De todas formas, procuraba no pensar en eso porque hubiera sido pecado mortal. La casaron por conveniencias a los treinta años, cuando su suegra la gitana quiso emparentar con la nobleza. Doña Alfonsa fue por su matrimonio la primera marquesa de los Zegríes. Tenía miedo de que su marido la repugnara al llegar el momento, pese a que su director espiritual, un sacerdote jorobado y exangüe, la tranquilizaba diciendo que el deseo dura sólo un tiempo, y que al final desaparece, por lo que no había que darle demasiada importancia. La noche de bodas apretaba los dientes y rezaba para que Dios le diera fuerzas para resistir, y mientras trataba de cumplir con su obligación; al final, su repugnancia fue superada por el miedo y salió de la alcoba dando gritos y pidiendo socorro. Le habían dicho que *la mujer que se hacía preñada estando excesivamente flaca, abortaría antes de llegar a engordar;* no obstante, en su momento dio a luz al primogénito, al que llamaron Borja. Guardó cuarentena en la cama durante los cuarenta días de rigor, en los cuales estuvo sangrando con una larguísima regla que no parecía fuera a terminarse nunca. Padecía reglas dolorosas, y cada vez que llegaba su esposo de París la encontraba con la menstruación y con anginas, metida en la cama, y hacía tanto frío por entonces que el aire formaba una nube de vapor por encima de su cabeza, y se helaba la respiración en el embozo. El marqués ya ni la miraba, y ella conservaba el recuerdo de su virginidad perdida como hubiera podido guardar entre las hojas del misal los pétalos de una rosa marchita. Cuando el marqués se llevó consigo a su hijo, ella se quedó sola con su suegra Carmela. Las dos usaban más

sentencias que el derecho y, como no hay refrán que no sea verdadero, ambas atinaban. “Esa tiene la gracia en el culo, como las avispas”, se quejaba la nuera. “Mucho gastar y poco tener, mucho presumir y tener poco”. “Es porque ella no da ni los palos de balde”, se burlaba la gitana, a lo que ella contestaba, muy tiesa: “Nemo dat quod non habet”. Diez años después de la boda volvió a acostarse con el marqués, que la atropelló en plena borrachera de champán francés, y mientras la forzaba la llamaba Mimí. De resultas tuvieron una hija a quien pusieron doña Sol, que nació pelirroja y con los ojos verdes, igual que su hermano. Doña Alfonsa se fue del palacio después de haber aguantado diez años a su suegra. “Le prendería fuego a todo”, decía al salir. Así fue como dejó a la suegra con sus juergas flamencas, sus criados y sus caballerizos, y ella se llevó a la recién nacida al solar de sus mayores. Cuando el marqués murió en París, y Borja volvió a Ronda con su madre, la halló vestida con el hábito de san Francisco. El muchacho era el vivo retrato de su abuelo el guerrillero, pelirrojo como el fuego, aunque no tan corpulento. Como añoraba la serranía, la abuela gitana lo llevó con ella a la dehesa, donde ella prosiguió con sus jaranas y gastando el dinero de su nuera; en cuanto a él, mataba el tiempo dedicado a la caza. Doña Alfonsa siguió viviendo con su hija en el caserón de la ciudad. La hendedura del Tajo separaba dos poblaciones distintas, a un lado la antigua y silenciosa con edificios llenos de historia y de jardines colgantes, y al otro el Mercadillo bullanguero y ruidoso, donde estaban las familias nuevas de industriales y comerciantes y donde se alzaba la plaza de toros. En la Ciudad antigua brillaban los clavos en los portones, y detrás de las cancelas había patios señoriales, con grandes macetones vidriados, azulejos sevillanos y faroles de hierro, y cerámicas con reflejos de oro. La madre de doña Alfonsa era una mujer sencilla, sin más aspiración que su hija y sus nietos, y doña Alfonsa le había dejado los tiestos con plantas verdes y sin flor, porque le molestaban los colorines. Había llenado los rincones del patio de aspidistras y filodendros, de peperonias y esparragueras, y las ventanas tenían en el alféizar pequeñas macetas vidriadas con plantas de cactos. La niña tenía que tener cuidado de no posar la mano allí, porque hasta una corriente de aire podía aventar y clavar las espinas invisibles. Mandó colocar en el patio un toldo blanco y negro formando cuadriláteros, con argollas corredizas y cuerdas tirantes que se recogían atadas en una escarpia en la pared. A ciertas horas fijas que señalaban el final de la tarde y el comienzo del anochecer, chirriaban las poleas y el toldo se descorría, plegándose en bolsas paralelas. En la sala había un tresillo con copetes y

columnillas y el respaldo erguido, las sillas eran negras tapizadas en damasco amarillo, y hacían juego con un sofá que era un mamotreto, y con dos sillones igualmente feos donde doña Alfonsa recibía a las visitas, sentada en las sedas un poco ajadas de las tapicerías. “La que no tiene doncella tiene que servirse, y la que no tiene moza tiene que barrer”, suspiraba. Había ingresado en la Orden Tercera Franciscana, y por entonces se dedicaba a leer a los clásicos y a tocar la citarina. Llevaba faltriquera de tela negra atada a la cintura con cintas, y la falda con una abertura por donde metía la mano y alcanzaba en aquel reducto caliente llaves y monedas de céntimo, ochavos y maravedís, dedales, tijeritas y hasta un rosario que había bendecido el Santo Padre. Tenía un mendigo que acudía un día fijo a la semana, llamaba a la puerta a primera hora de la tarde y ella le abría sabiendo que era el mendigo, traía un cacharrito y ella le llenaba la bolsa de pan duro y el cacharro con sobras de comida. No por haberse marchado del palacio, doña Alfonsa abandonó la administración de los bienes propios y los de su marido, y atendía a los gastos de su suegra, que más que gastos eran dispendios. Después de comer se echaba la siesta, pero en vez de dormir se sentaba en la cama a hacer cuentas, porque era buena ama de casa y se administraba bien, y se quejaba de la gran carga que tenía que soportar. “Mucho comer trae poco comer”, le decía a su hija. “De hambre a nadie vi morir, sí de comer”, y sentenciaba luego: “Uti, non abuti”. Pero ella ni usaba ni abusaba, y se apuntaba a todo lo que era de balde costara lo que costase. “No hay doctrina como la de la hormiga”, solía decir, y que con el desahogo económico pasaba lo que con la salvación del alma, que nunca podía tenerse seguro. Y como entre sastres no se pagan las hechuras, a sus proveedores los pagaba en tres veces: tarde, mal y nunca. “Esa paga en castañas, como los serranos”, se quejaban en las tiendas cuando aplazaba sus abonos “sine die”. Guardaba las cuentas en un bargueño que tenía la tapa abatible tallada con cabezas de guerreros. “Deficit”, suspiraba cerrando la tapa. Conservaba allí tisanas contra la aerofagia y el insomnio, para la incontinencia y el reúma, y al lado inhalaciones para el asma y astringentes para combatir la diarrea. Contra la artritis y la hipertensión había conseguido papelillos depurativos, y laxantes para el riñón y el hígado. Le habían dicho que *cuando era del caso promover evacuaciones, convenía facilitar el efecto de las medicinas. Si habían de promoverse aquéllas por arriba, debía el vientre estreñirse; si por abajo, humedecerse,* y ella así lo hacía. La única solución para una persona como ella era tener el tiempo ocupado hasta el agobio, no dejar un resquicio por donde las

ideas pecaminosas se pudieran filtrar. Solía arrodillarse en el oratorio de la casa ante el Niño Jesús de las faldillas. “Muchos amenes al cielo llegan”, decía. El sagrario tenía en la puentecilla un ave tallada que se horadaba el pecho con el pico y se sacaba las entrañas para alimentar a sus crías. Cuando llegaba la cuaresma compraba la Bula de la Santa Cruzada en la sacristía de la parroquia. Algunas eran muy baratas como la de la criada, porque tenía menos ingresos. Le daban un pliego de pergamino con el precio de cada bula y lo guardaba también en el bargueño hasta el año siguiente, y así la familia estaba dispensada de muchos ayunos y abstinencias gracias a la bula de la Santa Cruzada, privilegio de España desde que luchó contra los moros. Le había enseñado a su hija a tocar la Marcha Real en la citarina. Doña Sol se estaba convirtiendo en una atractiva muchacha, pelirroja y de ojos verdes como su abuelo el guerrillero, que se pasaba las horas escuchando a los grajos del puente y pinchándose con las espinas de los cactos. No era práctica como su madre y andaba siempre en la luna, y doña Alfonsa no vivía, preocupada por su seguridad. “No basta con ser bueno, hay que parecerlo”, le decía. Le compró una alcancía de barro en forma de botijo con una hendedura para que guardara los ahorros, y cuando llegaron las ferias, para recobrar los reales de plata tuvo que hacer pedazos la alcancía. “No hables con el dedo, pues que no coses con la lengua”, la amonestaba su madre. Estaba la muchacha pensando en las musarañas cuando la vio el conde de san Justo y san Pastor, que había llegado de Cáceres para asistir a una corrida de toros y se llamaba don Hernán. Los dos eran muy jóvenes y se enamoraron, y el conde fue a pedir su mano sin avisar. “El día que no barres tienes visita”, rezongaba doña Alfonsa, pero le gustaba para yerno porque era un caballero “ad hoc” para una señorita tan refinada como su hija, y porque sabía que su madre se había metido a monja en Cáceres después de muchos años de matrimonio. Cuando se casaron, tenían ambos diecinueve años. No invitaron a la abuela gitana porque se opuso doña Alfonsa, y se fueron a vivir a Extremadura. Una vez al año, doña Alfonsa visitaba a su consuegra en el convento de clausura de Cáceres. Subía al locutorio por una escalerilla estrecha, hasta un salón amueblado con muebles vetustos y tapicerías centenarias. Había varios locutorios contiguos pero todos eran más o menos iguales, unas rejas dobles separaban de un lado a las visitas y de otro a las religiosas que hablaban en voz baja, sumidas en una sedante media luz. Había cuadros de la Beata en las paredes y máximas piadosas, las tarimas refulgían con el lustre de la cera y, al otro lado de las rejas, las caras de las monjas tenían el

color de la cera también. Luego supo que su consuegra había muerto, que sus carnes se abrían como granadas pútridas con un hedor inaguantable a pesar de todas las tisanas y lavados. Murió drogada, atosigada por los olores y por los recuerdos. Doña Alfonsa le envió una corona de lirios morados con un letrero en letras negras que decía "In Memoriam" por un lado y "Dies irae" por el revés, y desde entonces se encerró en su casa y no volvió a pisar la calle. Sus ojos se estaban nublando con las cataratas, y cada vez veía menos, así que andaba a tientas por los corredores y se pinchaba con los cactus de las macetas. "Veo menos que un perro por el culo", decía, hasta que se quedó completamente ciega. Seguía vistiendo el hábito de san Francisco y parecía una alcachofa, de tantas camisas como usaba. *Los dolores de riñones y de la vejiga eran malos de curar en los viejos*. Ella los padecía y le ponían inyecciones, y al practicante le imponía ver aquel pellejo endurecido y los miembros descarnados, porque tenía que dar un golpe seco con la aguja y el cuero se hundía como el de un tambor. Le ponían cataplasmas de mostaza y sanguijuelas en la espalda para evitar la congestión. Al final doña Alfonsa murió de un berrenchín, como los gorriones. Recibió los Santos Sacramentos, y dejó todas sus pertenencias a las monjitas que la habían cuidado.

***

EL SEGUNDO MARQUÉS de los Zegríes se parecía más a su abuelo que a su padre, y nació en el palacio que era de la familia por voluntad del rey. Cuando cumplió siete años y lo llevaron a París el padre le puso un preceptor y una *demoiselle* francesa que lo sacaba a pasear y lo cuidaba, de forma que el niño se hizo muy aseado y se pasaba la vida en el baño, porque desde que llegó estuvo enamorado de la señorita. Su madre tuvo por entonces una niña que él no conocía, y cuando el primer marqués murió en el duelo y lo recogieron cadáver de la orilla del Sena, él acababa de cumplir quince años y se volvió a España porque empezaba a ahogarlo la vida parisina y adoraba a su abuela. Dejó vacío el palacete de París y se fue a vivir a la dehesa con su abuela gitana. La casa era de estilo andaluz con las paredes blanqueadas y los tejados rojos. Rodeaba la vivienda un muro de piedra y arriba anchas tejas con reborde; abajo estaba el gran salón con una enorme chimenea, donde en una estantería se conservaban los viejos mamotretos que le confiara el notario del rey a la viuda del guerrillero. Las ventanas bajas daban a la Serranía y a un jardín un tanto abandonado, donde se alzaban tres grandes castaños muy juntos y a un lado la alberca que de cuando en cuando vaciaban y fregaban, y un cenador con asientos de troncos. Una gran estancia

servía de cocina, de comedor y de refugio para el invierno. El hogar se encendía en el centro sobre un fogón de piedra y el humo salía por un agujero practicado en el techo, deteniéndose a veces a algunos pies del suelo. Del vestíbulo arrancaban escaleras dobles. Arriba, los dormitorios eran grandes y tenían macizos muebles de nogal, al estilo rondeño. Pasados los años, allí recibió Borja a un ornitólogo inglés que desde principios de siglo pateaba la sierra en busca de huevos de pájaro. Carmela lo obsequió con pollo en pepitoria y un arroz con mucho picante, pimientos en aceite y gazpacho para desengrasar, y para remojar el condimento un buen vino de la tierra. “Una zona folklórica en una Andalucía folklórica”, dijo él, sonriendo. Luego, el segundo marqués le ofreció un cigarro que era una verdadera regalía de La Habana, y le estuvo mostrando sus tesoros. En una pieza rectangular guardaba ánforas, estelas y losas con inscripciones milenarias, junto a monedas griegas que ostentaban figuras mitológicas. En las vitrinas de castaño se lucían ámbares y conchas marinas, y el cuerpo petrificado de un reptil que conservaba aún los dientes agudos, y en el lomo las escamas del caparazón. Le mostró con orgullo el enorme fósil de una almeja, que había encontrado hacía poco en el río. Borja vestía por entonces chaqueta de cuero leonado, y un marsellés bordado en seda con botones de filigrana, que sonaban como cascabeles de plata cada vez que el marqués se movía. Llevaba pantalón corto ajustado a la pierna, y botas de las que pendían largas tiras de cuero. En los pliegues de su faja de seda llevaba dos pistolas cargadas hasta la boca, y un cuchillo de monte con mango adaptable al cañón de la escopeta. Montaba un potro andaluz de largas crines adornado con aparejos de seda y una manta a rayas chillonas con borlas a los lados, mientras de la silla colgaba un trabuco malagueño abocardado. Estuvieron visitando las ruinas de Accinipo, y le mostró al inglés unas piedras semihundidas en la maleza y los restos de una vía romana. Los labradores habían ido arrancando las piedras de las murallas, y hasta el pavimento del camino, y una franja de dos metros de ancha era lo que quedaba de una vía romana que había tenido más de cinco. Medio cegados por las zarzas y las matas de jaramugos vieron los restos de un hermoso mosaico romano de vivos colores. “Nadie sabe que existe -dijo el marqués. -Si lo supieran, ya lo habrían arrancado para algún museo”. Visitaron la cueva de los Murciélagos, que todos los serranos conocían ya, pero que el ornitólogo dio a conocer al mundo entero por medio de un artículo publicado en una revista inglesa. De esta forma pasaban los años por encima de Borja el marqués, mientras su abuela la gitana seguía invitando a la finca a sus parientes los

gitanos, y a los matuteros que la divertían con sus historias. Así se metió Borja en los cuarenta, sin que hubiera conocido más que uniones carnales esporádicas en su vida, aparte de su amor primerizo por la señorita francesa. Pasaba las noches en las ventas y en las alquerías; había olvidado el francés por completo y su abuela desesperaba de que se casara y diera un heredero al título de marqués de los Zegríes. A veces dormía en los establos, envuelto en una manta para caballerías; las malas lenguas decían que se mezclaba para pasar el rato con partidas de contrabandistas, de los que llevaban mochila a la espalda y el retaco en bandolera, o se jugaba al monte el dinero de su madre con los peones camineros. A su hermana doña Sol apenas la veía, la recordaba siempre como a una niña pelirroja y bonita que hablaba de corrido el latín y tocaba la citarina. Por entonces doña Sol ya era condesa, se había casado con el conde de san Justo y san Pastor y se había marchado a vivir a Cáceres. A la gitana no la invitaron a la boda porque era el escándalo de los parientes de sangre azul, llamando a las señoras puñeteras y otras cosas peores, y porque seguía convidando a su finca a gitanos y a gente de teatro. A pesar de los años, aún hacía caracolear la jaca y leía el porvenir en el abanico de la fortuna. Borja tampoco asistió, en parte por deferencia hacia su abuela y en parte porque no tenía ganas de ir, y no quería perderse una partida de caza. Había pasado mucho tiempo cuando un día fue a buscarlo a la finca su prima doña Manolita, que se había propuesto casarse con él. Era pariente por parte de madre y veinte años más joven que Borja, que iba camino de los cincuenta. Tenía la tez blanca y era morena de pelo, muy bien educada, y montaba a caballo como una depurada amazona. Llegó a la dehesa en una yegua de raza andaluza, negra y lustrosa, de remos firmes y cola rizada. Borja había salido; la abuela estaba dando de comer a los pavos, y la recibió tan mal trajeada que la recién llegada le preguntó por la señora. Más tarde apareció el marqués con el cabello rojo enmarañado y en traje campero, con zajones y una fusta en la mano. Volvía de cazar en la sierra, y en cuanto vio a su prima se dio cuenta de que le recordaba a alguien.“Vengo para casarme contigo”, le dijo ella sin pestañear, y entonces él se percató de que aquella jovencita era lo más parecido a la *demoiselle* francesa que lo bañaba en París, o que aquélla era una premonición de ésta; y aunque a la primera la quiso con toda su alma, verdaderamente era a ésta a quien había querido. Después de almorzar estuvieron cortando madroños junto al río Guadalevín que corría alegre entre adelfas y guijarros, y en las gargantas y quebradas tejieron guirnaldas con los mirtos y campanillas. Abajo tenían un panorama

hermoso, de pinos centenarios y de robustos abedules. Le estuvo contando lo del parecido, ella se echó a reír, y él le dijo: “Dichosa tú que puedes reírte”. Ella le contestó: “¿Por qué no puedes reírte tú, que lo tienes todo?” Y él repuso: “Parece que lo tengo todo, pero lo que más quiero, eso no lo tengo. No pensaba decírtelo, y no te lo hubiera dicho si no fuera porque te vas: me estoy enamorando de ti”. Doña Manolita se rió de nuevo nerviosamente, juntos dejaron la sierra y él la acompañó a Ronda. La loma descendía poco a poco cuajada de zarzas en flor, los palmitos reventaban de tan verdes y entre las manchas de las chumberas las adelfas parecían pintadas. Luego se despidieron, pero desde aquel día el marqués invitaba a doña Manolita a sus partidas de caza. Entraban en la cueva de los Cangrejos horadada de arroyos helados, o acampaban en la sima del Pozuelo cerca de Montejaque. “Esa zona es de pino negral y los pinsapos crecen más arriba, hacia allá -le señalaba él. -Más acá son encinas y alcornoques de hoja persistente, y no como el castaño que la tiene caediza”. Luego, en la dehesa, le hablaba de doña Manolita a la abuela gitana. Le decía que era de sangre azul, parienta suya por parte de madre, y también de la Real Maestranza de Ronda. “Por dama que sea, no hay ninguna que no se pea”, gruñía ella. Borja pidió finalmente a su prima en matrimonio, y se casaron en el palacio de Ronda; y aunque a la novia nadie le echaba más de veinte años, lo cierto es que ya había cumplido los treinta. De Cáceres vinieron los condes de san Justo y san Pastor, y esta vez la abuela gitana fue la invitada de honor en la boda. Parecía mojama, una aparición, y mientras en la ceremonia los hombres llevaban chistera, plastrones de color grosella y pantalones lila claro, y las damas vestidos de corte, ella se presentó llena de faralaes y en las manos palillos con borlas. En la fiesta, Carmela bailó y tocó la guitarra, y ante la consternación de su nuera se despachó contando las atrocidades de María Cisneros, que empezó matando a su marido y luego a su querido, y a quien dieron garrote vil en el cincuenta y dos. Contó que había conocido a Tragabuches, que nació en Ronda y desde muy joven se inició en el arte del toreo. Lo llamaban así porque había sido capaz de comerse él solo un borriquillo recién nacido. Un día encontró a su mujer con un acólito de la parroquia llamado el Listillo, que se había ocultado en una tinaja; Tragabuches sacó la navaja y allí lo degolló, tirando luego a su mujer por el balcón. La abuela empezó bebiendo vino aguado a partes iguales, y acabó más borracha que una cuba; y aunque todos bailaban el vals y el “shotish”, ella se marcaba el polo del contrabandista, el olé de la Curra y las malagueñas del torero. Estaba muriéndose a chorros y seguía cantando:

Un novio muy rumboso llevó a la novia
a comer caracoles en pepitoria.

Mientras, los invitados cuchicheaban y las damiselas ocultaban las sonrisas detrás del abanico. Debía rondar los cien años cuando murió en plena juerga, cantando polos y tocando la guitarra. “Con el estornudo se acaba el hipo”, dijo su nuera doña Alfonsa cuando le dieron la noticia.

***

MEDIABA EL SIGLO DIECINUEVE cuando la infanta María Luisa Fernanda, hermana de la reina Isabel segunda, visitó la feria de Ronda con su esposo, el duque de Montpensier. Hubo corridas de toros y fuegos artificiales, excursiones y toda clase de festejos en honor de los egregios visitantes, y las familias de pro se disputaban el honor de ser sus anfitriones. Las carreteras de la sierra estaban en el mismo estado en que las dejó Dios después del diluvio. Los privilegiados llegaron en cabriolés, calesas y berlinas, y los demás como pudieron en carrozas pesadas, con una escolta que frenaba las ruedas en las bajadas, vigilaba las guarniciones y los muelles o apretaba los tiros de las bestias, y dominaba a las mulas feroces y reacias. En las fiestas se conocieron los padres de doña Manolita, y se casaron dos años después. Cuando ella nació, fue su madrina de bautizo Eugenia de Montijo, a la sazón emperatriz de los franceses. Tenía nueve años cuando le fue llevando la cola a su prima doña Sol, que se casaba con un conde, y aunque a Borja lo invitaron como primogénito no asistió a la boda, y tuvo que conocerlo después en casa de su tía doña Alfonsa. Desde el principio le gustó aquel hombretón de pelo rojo y ojos verdes que podía ser su padre, y acabó enamorándose de él. Cuando se la llevaron a educarse a Sevilla tampoco lo olvidó, rodeada por el runrún de las palomas en aquel parque que recordaría siempre, con sus arcadas de rosas, sus fuentes y templetes, los estanques y las cenefas de azulejos. Muchos años después les mostraría a sus nietos postales articuladas en forma de acordeón, que seguirían guardadas desde entonces junto a los daguerrotipos de familia y a los clichés abarquillados dentro de una caja de dulce de membrillo. Más tarde la enviaron a la Corte para que conociera otros ambientes, pero siguió sin olvidarlo. Se carteaba a menudo con su prima pero nunca mencionaba a Borja, aunque hubiera deseado hacerlo, pero su dignidad se lo impedía. Tenía pocas noticias suyas pero sabía que seguía soltero. En Madrid asistía a saraos, y a los bailes del duque de Osuna llevaba miriñaques de rico muaré. Allí los pisaverdes y galanes se disputaban el privilegio de bailar con ella, porque era la más alta y la más guapa de todas sus amigas, y la llamaban muy sentimentales “doña Manolita de mi corazón”. Le parecía tan natural que la admiraran como el respirar y no tomaba a nadie en serio, y el mismo Gustavo Adolfo Bécquer a quien había conocido en Sevilla le dedicó madrigales y rimas. Era corriente en su familia que las mujeres se casaran a los treinta años y luego se murieran de viejas; así que sus amigas fueron contrayendo matrimonio, y aunque era tan bonita,

se empezaba a murmurar que se quedaría para vestir santos. Por entonces se inauguró en Ronda un monumento a Vicente Espinel; ella fue madrina en los festejos, y al año siguiente fue dama de honor en el casamiento del rey Alfonso doce con María de las Mercedes. Iba a cumplir los treinta años cuando decidió ir a la dehesa para buscar a su primo Borja, el segundo marqués. Aquel día almorzaron potaje y un plato de huevos con jamón, una menestra y un asado con ensalada y tras el postre una copa de aguardiente, y pan y vino a discreción. Cuando terminaron de comer la invitada no podía ni moverse, así que para estirar las piernas visitó la finca de su primo y estuvo recogiendo la flor de la lavándula, la erica y el citiso; y cuando hizo hueco, estuvo comiendo madroños con él. El campo estaba verde, y tenía aromas de jara y espliego. Cuando se prometieron, los padres de ella encargaron un equipo fastuoso con juegos de cama bordeados de encajes, con realces duros y rígidos que se marcaban en las mejillas durante el sueño, toallas bordadas y colchas de titiritaña con remates de pasamanería. Llevaba cama con baldaquino y mesas de noche con cubierta de ónice, y encima un verdó de oro puro cubierto con un vaso a juego. Sus enaguas estaban guarnecidas con volantes de tiras bordadas a mano recogidas con moñas de seda, y las había mandado almidonar para que estuvieran bien tiesas. Pasaron la luna de miel en Sevilla, arrullados por el run-run de las palomas en el parque de María Luisa. Luego, como a él no le gustaba la ciudad, decidieron repartir el tiempo entre la dehesa y el palacio de Ronda. En un principio acordaron promediar los meses del año, pero él le fue recortando el tiempo, de forma que apenas pasaban lo más crudo del invierno en el palacio. Él se levantaba al amanecer, pero ella era una dama perezosa; y, no sólo no madrugaba para ver la aurora, sino que se quedaba en la cama hasta la hora de comer. Últimamente ya no aguantaba la finca de la sierra porque decía que era un lugar quebrado, salvaje y frío en el invierno, tórrido en el verano y lleno de incomodidades. Tampoco le cuadraba visitar a su tía doña Alfonsa que se había convertido en su suegra, porque la hacía rezar a todas horas y a ella le dolían las rodillas, y le daba miedo de que le salieran beatas. “Ya no se acuerda de que fue nuera”, se quejaba la recién casada, y le molestaba que se pasara la vida quemando alhucema en los braseros y que persiguiera a las chinches como una obsesión, rociara las camas con petróleo y les prendiera fuego. Nunca pudo saber lo que hacía luego con los piojos de la palangana, seguramente los volcaría en el retrete y echaría agua encima. Así que doña Manolita decidió instalarse en el palacete que su esposo tenía en París. La encantaba aquel edificio en una calle con boulevard de un barrio elegante, con una placa conmemorativa en la fachada que recordaba la visita de amigos próceres en épocas pasadas, con amplias galerías, saloncitos y comedores con ventanas a un convento de monjas, ahora sofocado por las hiedras y las matas de glicinias. Pronto se percató de que las termitas

estaban arruinando la casa. De noche se oía el roer en el marco de las puertas, en las vigas y los entramados, y parecía que toda la techumbre se fuera a derrumbar. Una legión de artesanos estuvo sustituyendo las maderas enfermas, porque hasta los muebles mejores acababan comidos de carcoma, y los hundía el comején. Las cucarachas se habían adueñado del palacio y eran de todas las razas y colores, desde las rubias y alargadas que remontaban majestuosamente los tabiques agitando sus largas antenas, hasta las negras y pesadas que corrían veloces a ocultarse en los intersticios. Estuvo revisando los gabinetes y saletas corroídos por la humedad, y mandó rehacer las grecas de escayola, restaurar los frescos de los techos, que en sus tiempos representaron amorcillos y ninfas, pero que a la sazón apenas se distinguían entre los manchones de humedad. Mandó pintar guirnaldas en el comedor principal, y enmedio un bodegón con perdices, uvas y ciruelas moradas. Pasó su primer embarazo recorriendo anticuarios, remates y almonedas y tratando de renovar el mobiliario que habían dejado perdido los insectos. Escudriñaba cachivaches, haciendo equilibrios entre armarios de luna y consolas con tablero de mármol, y entre tanto chisme inútil hallaba un sillón taraceado con policromía de águila bicéfala, o una consola etérea con patas inverosímiles rematando en garras de pájaro grifo. Compró pequeños *boudoires* que guardaban secretos antiguos, y jardineras de caoba, y de esa forma recorrió todos los anticuarios de París, desde el establecimiento lujoso donde se amontonaban arañas de cristal de Bohemia, hasta el sótano infecto que olía a percudido y a orines de gato. Todo lo registró, y tenía una vista especial para exhumar una joya entre tanta morralla. Enseguida avistaba la línea impecable de una pata, o un penacho sobredorado en oro del Perú, aunque el estofado estuviera cubierto por la mugre. Adquirió un biombo con escenas de caza de Tenniers, y consiguió a buen precio la cama donde pasó su primera noche Napoleón con Josefina. “Un lecho apropiado para una persona como vos”, le dijo en francés el anticuario con una reverencia. Su colección de abanicos llegó a ser la más afamada de París. Tenían varillas de nácar con calados, algunos eran de carey o de plumas de pájaros exóticos, y mientras unos eran grandes y magníficos, halló otros tan diminutos que apenas podían manejarse, pero lucían en sus telas miniaturas de artistas famosos. Representaban damas con guardainfantes dentro de medallones dorados, o petimetres con futraques de seda en jardines arbitrarios. Algunos eran de encaje de Brujas o de Chantilly en colores suaves, otros negros como de viuda, y casi todos estaban firmados por los más conocidos actores y poetas. A ella le gustaban todos por igual, se los mostraba a las visitas y pasaba sus finos dedos sobre los varillajes y las guardas de lujo. Había atiborrado las vitrinas con chirimbolos sin objeto y alhajas antiguas, dijes de amatista y joyeros de China, con dedales de plata y esmalte, todo a buen precio como le relataba en sus cartas al marqués, su marido. Le escribía con

pluma de ave y tintero de plata, con un recipiente para la ceniza y una campanilla, y el mango de la campanilla era un hombrecillo con sombrero cónico, hecho de plata maciza. Le daba cuenta puntualmente de la marcha de las obras y la decoración, pidiéndole dinero para proseguirlas; porque no había capricho por absurdo que fuera que él pudiera negarle, y todo lo pagaba su suegra. Borja, que seguía cazando en la sierra, de cuando en cuando visitaba a su esposa en París. Llegaba con olores de jara y con ardores de montuno, y en una de sus cortas visitas la dejó embarazada. Se quedaba en su butaca adormilada, y de cuando en cuando abría los ojos y veía aquel cielo azul apenas surcado de nubes, a través de la ventana estrecha en un remedo del gótico. Arriba en los tejados, las chimeneas despedían pequeñas ráfagas de humo que el airecillo aventaba en un instante sobre las tejas grises. Enfrente había palacetes con jardín, villas con torrecilla coronada de una nerviosa veleta, y las ramas desmayadas de un sauce estremecidas por el aire. Las hojas se desprendían en ráfagas, voltiqueaban y vacilaban antes de caer, se depositaban blandamente sobre el lecho dorado con las otras hojas, alzándose en ligeros remolinos y volviendo a caer. Desde un principio doña Manolita hizo vida de sociedad en París; en el jardín del palacete recibía a las visitas, y las damas de buena familia la invitaban a sus casas, donde merendaban chocolate a la francesa y jugaban al “bilboquet”. Ella recorría las tiendas de sombreros, compraba los que estaban de moda y los otros se los regalaba a sus doncellas. Los tenía pequeños, de terciopelo granate o negro, de topé con pequeñas plumas o de raso con grandes alas, y algunos enormes de gasa, y había para el gusto de todas sus amigas que escogían uno para las fiestas o para la calle, de mañana o de tarde, porque nadie compraba tantos sombreros como ella. Estuvo viendo un hermoso abrigo de piel con una larga cola, pero alguien le dijo que eran pieles de corderos nonatos que habían sacado del vientre de sus madres para hacer el abrigo, y que para hacerlo habían matado a la madre primero. Le entró tal horror que rechazó el gabán, y no se explicaba cómo las señoras podían abrigarse con aquello sin estremecerse. Hacía pareja siempre con un caballero agradable que estaba separado de su esposa, una mujer muy bella según había oído la marquesa, y que tenía dos hijas muy hermosas también. La llevó a ver el río de aguas profundas y verdes, los viejos sillares de las márgenes contrastando con lo espeso de la arboleda, las enredaderas remontando las tapias cuajadas de flores violeta o de color de rosa. “El francés es un artesano de la tierra” -le explicaba. “Modela su huerto como pudiera hacerlo con un hermoso grupo de cerámica”. Atravesaban el puente y al otro lado los árboles eran más altos y más frondosos, sus copas se confundían y se miraban en el agua verdosa. Bordeaban el Louvre hasta la Place Royale, caminaban junto a las Tullerías y cruzaban bajo los soportales. “Lo que más me gusta de esta ciudad son los tejados -decía ella.

-Todos tan igualitos, con esa teja gris de pizarra y esas bonitas mansardas". Frente a los Inválidos se agrupaban soldados a caballo con uniformes rojos, con cascos dorados y en el casco un penacho negro y liso de crin, mientras los caballos piafaban, y a una orden de su capitán los jinetes montaban y se agrupaban ordenadamente. Parejas jóvenes paseaban tomando el sol y nadie parecía tener prisa. Siempre le fue fiel a su marido, aun enmedio de los excesos de la corte francesa, y aunque estaban físicamente separados, ella seguía adorándolo. Estaba ya fuera de cuenta y el marido quiso acompañarla, pero el niño se portaba bien y no venía, porque se iban terminando las obras y faltaba poco para que acabaran los pintores. El matrimonio salió a almorzar al mediodía para celebrar el término de la obra, y a la futura madre le sirvieron un gazpacho a la española suculento y carísimo. Quizás a consecuencia del susto de la cuenta, o porque los pintores ya habían rematado, se puso de parto. Al volver al palacete estaba subida en la escalera de mano colgando unos visillos, cuando notó algo húmedo entre las piernas. "Estoy rompiendo aguas -dijo. -El primogénito será niño, y como buen Francisco de Borja nacerá pelirrojo". Miró hacia afuera por el balcón y vio el cielo de un color gris de plomo, *y* sintió el aire silbar entre los edificios. "Va a llover más que cuando se ahogó Bigotes", añadió, y no había hecho más que decirlo cuando se arremolinó la lluvia. A las dos horas había venido al mundo el tercer marqués y le pusieron Francisco de Borja como a sus antepasados, pero siempre lo llamarían Curro. Y en algo se equivocó su madre, porque el niño nació con la tez blanca y el cabello negro como ella, y de los marqueses no heredó más que los ojos verdes del color de las uvas. En el puerperio la marquesa guardó la cuarentena sin salir, pero no pudo resignarse a pasarlo encamada, como lo había hecho su suegra y como era habitual. Para matar el tiempo estuvo dirigiendo a cuatro jardineros que Victor Hugo, ya octogenario, le envió *ex profeso*, y que acondicionaron el jardincillo, donde una maraña de bojes y evónimos había cegado los antiguos macizos. Hizo arrancar los vetustos plantones y en su lugar sembraron mirtos y arrayanes, magnolios e hibiscos de China entreverados con la regia dejadez del iris francés. Y en el centro un hermoso arriate con todas las variedades del gladiolo, la flor que campeaba en el escudo familiar sobre campo de gules. Al poco tiempo el genio francés de las letras murió, y doña Manolita acudió a sus exequias que se celebraron con gran pompa y honor, siendo inhumado en el Panteón que acogía a todas las glorias de Francia. Había dejado cincuenta mil francos a los pobres y ordenado que se abstuvieran de rezar por él en las iglesias, aunque declaraba que creía en Dios. Tres años después, la marquesa dio a luz a su segundo hijo a quien llamaron don Manuel. El segundón creció tartajoso, y era pecoso y pálido, vivo retrato de su abuela doña Alfonsa, que lo quería con locura. Se lo llevó con ella a Ronda, y eran tan parecidos como dos gotas de agua; ella le enseñó a tocar

la citarina de oído, y el latín a saltos. “Con latín andarás el mundo”, solía decirle. Por entonces había cumplido ochenta y cinco años, y era como Marta la piadosa, que mascaba la miel a los enfermos. En París, Eiffel estaba levantando su torre; en algunas calles seguía existiendo la pavimentación en madera, mientras que en otras hacía tímidamente su aparición el nuevo invento del asfalto. Se seguía usando el coche de alquiler con tracción animal, pero había irrumpido el tranvía sobre raíles, electrificado o no. Por entonces se estaban celebrando en Ronda corridas conmemorativas en memoria de la dinastía de los Romero, y fue entonces cuando Borja, el segundo marqués, tuvo la fatalidad de morir en la plaza corneado por un toro. Su abuela la gitana le había contagiado su afición, y acostumbraba a enfrentarse con la fiera sin capote. “Más cornadas da el miedo”, se jactaba. A mitad de la lidia un toro trató de saltar y se quedó enganchado en la barrera, y las tablas chorreando sangre. “El próximo acudirá a la querencia”, dijo alguien. El siguiente quiso escapar por el mismo sitio y derribó al marqués con su caballo sobre el pecho, y el morlaco encima de los dos. Desde las casas vecinas se podía ver parte de los graderíos bajo el tejado oscuro como una rosca enorme, los palcos con la gente dentro y sólo una zona de la arena amarilla, y de pronto se alzaron voces en la plaza con un bramido sordo. Corría el año noventa, Borja había cumplido los sesenta años y doña Alfonsa estaba ya más vieja que el palmar de Niebla.“Para mala salud, más vale morirse”, decía, y las criadas comentaban que era peor que la Perala, que cada día era más mala. Sufría varices y atascamientos en la circulación, y cuando por fin se murió con noventa años el tartamudo se quedó solo en Ronda. Y así fue como doña Manolita no pudo seguir en París, después de tanta desgracia. En muchos años nadie volvió a ocupar el palacete de los marqueses, que quedó solitario y aislado dentro del bullicio parisino, apagadas sus grandes arañas y cubiertos con lienzos blancos sus descalzadoras y canapés. Y allí, años más tarde, moriría asesinado en extrañas circunstancias el último marqués, que con eso seguiría el trágico destino de su estirpe, y de gran parte de los oriundos de la Serranía.

***

CUANDO DOÑA MANOLITA volvió a Ronda, se instaló en el palacio de la familia y se llevó a sus dos hijos con ella. Tenía por entonces cuarenta años y era muy bella, se dedicó a cultivar sus amistades y se relacionaba con sus parientes de la Maestranza. En París se había aficionado al chocolate con “croissants”, y aquí invitaba a merendar a todo el mundo a chocolate a la francesa. Quiso que le pusieran un teléfono, pero como en el pueblo no se había inaugurado la central, tuvo que conformarse con que le instalaran en la casa un ascensor hidráulico. Por entonces visitó Ronda la emperatriz Eugenia de Montijo, que acababa de enviudar, ya que su esposo Napoleón tercero había muerto desterrado en Londres. Allí fue recibida cariñosamente por el pueblo y

permaneció varios días muy festejada y enaltecida, y merendando con su ahijada doña Manolita que estrenó para la ocasión un juego de tazas, de un rosa tornasolado con todos los reflejos del iris. Estuvieron admirando juntas la huella que del caballo de Isabel la Católica, que seguía estampada en la losa de mármol a la puerta del templo del Espíritu Santo, y visitaron la tumba de Velazquillo, su bufón, a quien dieron tierra en santa María la Mayor. En el convento del Patrocinio compraron mostachones y torcidos, borrachuelos y budines, roscos de vino para mojar en el chocolate, y Eugenia le regaló a su anfitriona una caja de crema de membrillo con insignias de colorines, con medias lunas o estrellas o un globo terráqueo sobre fondo verde, y debajo nombres de países como Bolivia y México, Perú o Ecuador, y donde la marquesa guardaría muchos años después las instantáneas de toda la familia junto con los clichés abarquillados. Por la tarde el cielo presagiaba tormenta y hubo que resguardarse, empezaron a caer grandes gotas y al poco tiempo diluviaba, así que se guarecieron en el coche y volvieron a palacio. En un principio doña Manolita había tomado una nutrida servidumbre y luego recordaría el tiempo con terror, dedicada siempre a abrir *y* a cerrar alacenas con las llaves que llevaba colgadas del cinturón y sintiéndose una extraña en su propia casa, ya que por causa de la cocinera casi nunca entraba en la cocina. Había en el palacio costureras, niñeras y otras criadas, y ella atendía a unas y a otras, andaba con las llaves de acá para allá y lo disponía todo. En el piso alto y abuhardillado donde había baldaquinos sobre las camas como en los grabados antiguos, se comían las pasas y dejaban los rabos en las mesillas, a pique de que acudieran los roedores. “No dejéis los rabos, o luego no os quejéis de los ratones”, las amonestaba la marquesa. La cocinera se llamaba Paca y estaba medio loca, aunque era soltera y vivía con su madre tenía un niño y una niña. Se reía a carcajadas y robaba lo que quería, y como la señora le había dicho que se llevara las sobras guisaba como para un cuartel. Doña Manolita acabó por echarla, porque al final le daban escalofríos cada vez que tenía que acercarse a la zona de servicio. Por entonces, le enviaron de Cáceres a una muchacha que era repostera y se llamaba Magdalena, y enseguida los dos niños la quisieron, porque les daba unas barritas dulces y correosas que ella llamaba arropías y apañaba con miel. Las visitas le regalaban a la marquesa chocolatinas rellenas de crema amarilla o verde claro, según supiera a vainilla o a menta, y cuando se marchaban se comía primero la corteza, relamiéndose, y por fín la crema de una vez. A los bombones de licor les daba un pequeño mordisco, saltaba el chocolate y la costra endurecida del azúcar, y por el agujero goloseaba el licor a pequeños sorbos. Guardaba pastillas de café y leche y grandes caramelos en rodajas, y otros diminutos que llevaba cada uno estampado un modelo de flor, y los conservaba en arquetas que imitaban a la del Cid, y que le traía su cuñada doña Sol de regalo de sus viajes a Burgos. Con motivo de su cuarenta

cumpleaños, la condesa de san Justo y san Pastor le envió una gran caja de bombones, pero estaban apolillados, y no había hecho más que alzar la tapa cuando salieron mariposas revoloteando por la habitación, y en un momento el comedor se llenó de mariposas blancas. Eran pequeñas y juguetonas, muy suaves y huidizas, y doña Manolita casi se muere de asco porque además había capullos en los bombones y un entramado de telarañas de seda. Otras veces estaba en un tris de romperse los dientes con las peladillas. Usaba un laxante que sabia a chocolate y lo ingería a mansalva, hasta que se dio cuenta de que se le estaban poniendo los dedos amarillos y tuvo que dejarlo de tomar. No pasaba el tiempo por ella, seguía siendo hermosa, y ni siquiera durante la vejez se abandonó. “La buena vida estira las arrugas”, decían sus parientas envidiosas. Ya estaba preparado el taburete donde se sentaba doña Manolita con un manojo de horquillas en la mano. La peinadora era una muchacha joven y pizpireta que traía al palacio los últimos cotilleos y noticias del pueblo, y la marquesa la escuchaba sonriente mientras le alargaba las horquillas. Ella le marcaba las ondas, pero ya antes la señora se había lavado la cabeza y se la había perfumado con agua de olor. Un día se le antojó que le llevaran zaragatona. La buscaron por todos lados, nadie conocía aquello aunque ella dio toda clase de explicaciones, dijo que eran semillas oscuras que había que cocer y que servían para fijar el peinado. Por fín su cuñada dio en Cáceres con un puñado de aquellas pepitas, que habían quedado en el fondo del frasco floreado de una botica antigua. Seguía siendo una dama elegante, siempre tan erguida, con la nariz un poquito aguileña y un sombrero ajustado a la cabeza, prendido con un alfiler de gruesa perla. Salía bien vestida y tan peripuesta como siempre, y le gustaba que le hicieran fotos en la finca, delante del palacio y en la bajada del sillón del rey moro, o al borde del tajo apoyada en la barandilla. Le dolió mucho que su hijo Curro, el tercer marqués, se casara sin previo aviso con Carlota la Cubana. “Es tan fina como el tafetán de albarda”, decía moviendo la cabeza, y que se pondría con el tiempo como la madre abadesa, que tenía el culo como una artesa. Doña Manolita se había llevado con ella sus sombreros de París, y los prestaba para las bodas a sus amigas y parientes. Tenía el vestidor abarrotado de vestidos y abrigos, y su nuera Carlota la Cubana se pasaba la vida hurgando en los roperos, y no le gustaba que lo hiciera porque allí mismo guardaba sus joyas. Allí seguía la diadema que le regaló en su bautizo Eugenia de Montijo, y una aguja de oro con doce piedras como trozos de hielo montadas al aire sobre platino, y el collar de diamantes cuajado de facetas esplendorosas que devolvían la luz. También relucían los pendientes, y a su alrededor derramaban un haz de pavesas centelleantes. “Esa gallina come en tu casa y pone en la ajena”, le decía la marquesa a su hijo, y en el pueblo se murmuraba que Curro tenía más cuernos que la dehesa de Mihura. Cuando Carlota la Cubana se fue con un santero y se llevó todas las

joyas, a la suegra le hizo la misma gracia que si le arrancaran los dientes. “El perro viejo si ladra, atina”, decía, y sólo su gran espíritu la hizo sobrellevar el contratiempo hasta el punto de relegarlo al olvido. Viajaba mucho, con un afán de enterarse de todo que muchos jóvenes hubieran envidiado. Una noche soñó que le iba a tocar la lotería, se metió en grandes gastos y al final no le tocó. “Nadie debe vivir pobre por morir rico”, decía resignada. Era joven todavía cuando empezó con su padecimiento. Su madre y su abuela habían padecido de lo mismo, y cuando al fin llegó al pueblo en invento del teléfono hablaba en conferencia con doña Sol, su cuñada, *y* se quejaba de que aquello le picaba y le dolía, y aunque se daba toda clase de emplastes le seguía picando y doliendo. “Yo también sé lo que es eso”, le decía la condesa, en parte porque era verdad y en parte para consolarla. “Tanto es así, que he llegado a untarme pasta para los dientes y betún para los zapatos”. Pero a ella le parecía que lo suyo no era lo mismo y que iba de mal en peor. “Quien tiene almorranas no puede sentarse seguro”, se lamentaba, y empezó la peregrinación porque tuvo que acudir a un médico y luego a otro, y todos la ponían en decúbito supino.*“La crudeza de las deposiciones dimana de atrabilis* -le decían*. -El mal será más o menos considerable según la mayor o menor crudeza de dichas deposiciones”*. Hasta que le tuvieron que hacer un asiento con un agujero redondo en el centro donde se encajaba. Se sentía tan cómoda allí que terminó por no moverse de la silla, y seguía invitando a sus amigas a chocolate con bizcochos, y a vino dulce con cortadillos y pastitas. Había pasado holgadamente los sesenta, y una medicina que la hicieron tomar hizo que le volvieran las reglas. “Menos mal que está viuda”, decían las criadas, y era un medicamento que hacía crecer los pechos de los hombres tal como si hubieran sido mujeres. Por fin tuvieron que operarla, y entonces se pudo sentar tan a gusto como no lo había hecho en su vida. Le habían dicho que *los que habiendo curado de almorranas inveteradas no conservaban por lo menos una, corrían riesgo de volverse hidrópicos o tísicos,* así que ella guardaba como oro en paño un último vestigio que le quedó. Cerraba el zaguán un postigo de doble puerta, y al final tenía que levantar mucho los pies sí no quería tropezar con el inferior que siempre se cerraba, y acabó por no poder salir de casa. Llegó a ser una viejecita angelical, y atada a su asiento era el paño de lágrimas de todo el mundo. Tenía el carácter alegre y unas manos de oro, hacía paños de crochet y colchas de macramé, y se levantaba con trabajo, apoyada en un fino bastón de puño de plata. Cuando posaba el pie en el suelo su rostro se contraía, pero era un momento y luego volvía la sonrisa. Le gustaba jugar a las cartas para hacer trampas descaradas, no para engañar a nadie, sino para hacer reír. Tenía la intención de pasar la vejez en el asilo de los viejos, que era una casa con torrecillas al borde del tajo; pero como no hay nadie tan viejo que no piense vivir otro año, siempre lo andaba demorando. Conoció a dos bisnietos y se entretenía jugando

con ellos, y para que les salieran las cataplexias les daba a tomar un estornutorio, y les mandaba cerrar la boca y taparse las narices. Ayudaba a la niña a ensartar en un hilo cuentas de madera cilíndricas o esféricas, que le había teñido antes de colores y tenían un agujero en el centro para que se pudieran hilar fácilmente. Al niño le apañaba engrudo con agua y harina, lo mezclaba bien para que no hiciera grumos, lo amasaba con los dedos y luego con el índice untaba el cromo por detrás y lo apretaba contra el álbum, y algunos grumos quedaban en relieve. Falleció muy anciana, en su palacio de Ronda. Aquella tarde había pedido que le llevaran bizcotelas, que eran pasteles en forma de media luna y bañados de yema; su propia afición fue la causa del accidente, porque se atragantó con el chocolate y la encontraron muerta ante la mesa-camilla, con la taza delante y una bizcotela en la mano, y sonreía.

***

CURRO EL TERCER MARQUÉS había nacido en el palacete de París. Se parecía a doña Manolita, tenía el pelo negro como ella y la tez muy blanca, y de su padre heredó el color de los ojos. Era muy niño cuando lo metieron en un internado de frailes; lloraba mucho, los compañeros se burlaban y lo llamaban “mantequilla de Flandes” y él lloraba aún más. Le estuvieron enseñando geografía y algo de historia para que hiciera el ingreso, y el profesor vio que tenía una memoria prodigiosa para aprenderse las marcas de vinos. Siempre fue un poco genial, si por ser genial podía entenderse el no hacer lo que todo el mundo. “Este niño no aprende más que cosas malas -decía su madre. -¿Dónde aprendes esas cosas? No será de tu madre, ni de tu padre tampoco”. “Ya se autoeducará cuando crezca”, terciaba Borja el marqués. Cuando lo castigaban de cara a la pared, o lo encerraban en el cuarto de las escobas y los plumeros, donde encender el quinqué era peor que no encenderlo porque la luz iluminaba con reflejos temblorosos los trapos de limpiar y los mangos de las escobillas, él iba haciendo recuento mental de todas las palabrotas conocidas y por conocer, las hilaba todas seguidas y las farfullaba unas detrás de otras. Si lo liberaban apretaba los ojos y se hacía el dormido, hasta que se dormía de verdad y su madre lo metía en la cama con cuidado. Cuando murió su padre corneado por un toro, y también se murió su abuela doña Alfonsa sin haber llegado a conocerlo, se trasladaron al palacio de Ronda. Un día de carnaval, en pleno festejo, le saltaron un ojo. Las gentes corrían por las calles con caretas bailando, y todo el mundo se alborotó al saber que un muchacho le había saltado a otro un ojo con un palo, y más cuando se enteraron de que se trataba del pequeño marqués. Llevaba todavía el olor de la sangre cuando se lo llevaron a su madre y lo dejaron en la galería junto a la baranda, sobre el patio sevillano. Desde entonces lo llevaba cubierto con un parche negro, que le daba el aspecto de un desmedrado pirata. Todas las pesadillas de su pubertad tenían el mismo tema, una

muchedumbre que lo perseguía grotescamente disfrazada, gesticulante y monstruosa, y soñaba que todo el mundo corría, o quizá nadie corría sino él, seguido de un amigo que corría también. Temía que su hermano hubiera sido el herido, y al despertarse veía que el herido era él. Era tres años mayor que el segundón, que había nacido tartajoso, y el pequeño admiraba como algo grandioso sus palabras, sus gestos y sus actos. Lo buscaba de continuo, procuraba su compañía terrible, el suplicio que Curro le daba. Él no quería hacerle daño y provocaba su pequeña ira como en un juego, pero el menor se crecía encolerizado, trataba de golpearlo, le agarraba el pelo y se lo arrancaba a manojos. Lo pateaba, le clavaba las uñas y los dientes y lo mejor del juego consistía en evitar sus golpes y mordiscos, verlo revolverse como una fierecilla rabiosa y sobre todo haber conseguido abatir su paciencia. Al final Curro siempre se llevaba las palizas y su hermano nunca. Lo inmovilizaba contra el suelo, sujetaba su cuerpo bajo las rodillas y así lo mantenía, y el menor se debatía inútilmente, poco a poco se relajaba y luego volvía a debatirse, y cuando intentaba gritar el otro le tapaba la boca. Lo perseguía corriendo entre los muebles, rodeando las camas y las mesas, y acechaba al menor continuamente en sus lecturas y en su sueño. En la semioscuridad del dormitorio Curro fingía mirar con temor algo que se encontraba en el rincón oscuro, detrás de su hermano. Abría desmesuradamente su único ojo, mostraba los dientes en un gesto de terror y con las manos agarrotadas señalaba hacia el rincón, mientras el pequeño se encogía sin atreverse a volver la cabeza. Le hacía cosquillas hasta que se le cortaba la respiración y lo sacudían los espasmos, y un día se las hizo mientras nadaban en la alberca de la dehesa, sin que el pequeño pudiera alcanzar el fondo con los pies, con lo que estuvo en un tris de ahogarse, si no fuera porque él mismo lo salvó. Cuando estaba leyendo le arrancaba el libro de la mano y le tiraba de las orejas, y el otro aguantaba con una calma que no hacía sino acrecentar su afición. El pequeño leía con gafas, y en un último esfuerzo por enfadarle Curro se apoyó en ellas y sintió romperse los cristales bajo las palmas de las manos. Corrió hacia el dormitorio y se encerró, temblando de remordimientos por lo que había hecho aunque no supiera muy bien qué, tiritaba de miedo tras la puerta cerrada con pestillo. Temía oír el grito de su madre o los juramentos de los criados pero nada oyó, porque Manuel guardó las gafas rotas y siguió leyendo como pudo sin ellas, y la madre no llegó a saber lo sucedido hasta mucho tiempo después. Tenía Curro quince años cuando se escapó del palacio y se marchó en un barco a luchar en la guerra de Cuba. Por entonces era tímido y retraído, y todo le venía por causa de su parche en el ojo. Fue Carlota la Cubana quien lo inició en el amor en un prostíbulo de lujo. Ella tenía los doce recién cumplidos, y era más negra que una mala hora; pero a pesar de todo el joven marqués se enamoró de ella, ya que a causa de su defecto era tímido con las mujeres. La mulata llevaba puesta una falda roja,

las medias blancas llenas de agujeros, zapatos de tafilete rojo atados con cintas de colores, y abría la pañoleta para mostrar sus pechos del color del chocolate, mientras caminaba contoneándose como una yegua joven. El le confesó que no conocía mujer, porque era tuerto, y ella lo consoló diciendo que más valía tuerto que ciego. Enardecido por el descubrimiento del amor carnal, llevó a cabo acciones increíbles en la guerra y lo condecoraron por su valentía. Últimamente, había soltado una partida de caimanes que estaban preparados para un zoo de La Florida, y los espantó con cohetes; con lo que sembró el terror en las fuerzas contrarias y aprovechó el zafarrancho para tomar los cañones a los enemigos. Por su acción lo condecoraron. Cuando lo felicitaron en público, la mulata lo besó delante de todos y él le prometió con todo el batallón como testigo que la llevaría a España para hacerla su esposa. Había cumplido ya los dieciocho cuando volvió, derrotado pero cubierto de entorchados y condecoraciones. Hablaba de la guerra y se dedicaba a la molicie, y desde Ronda se casó por poder con Carlota la Cubana, que llegó a ser tercera marquesa de los Zegríes. La recién casada se presentó en el pueblo en una carroza tirada por un par de mulas, con las crines y colas recortadas de manera fantástica, y conducida por un postillón de su raza, con botas altas y sombrero de hule de tres picos. Las ruedas delanteras eran bajas y las de atrás muy altas, la vara sobresalía como el bauprés de un barco, y el carruaje lucía tanta madera sobredorada como el retablo de un altar. Llevaba una partida de loros que había sacado del prostíbulo donde alegraban las habitaciones, y fue el escándalo de la buena sociedad del pueblo cuando se presentó con su equipaje de cotorras y guacamayos. Los llevaba metidos en jaulas doradas y en cada bache daban un respingo en la varilla de la jaula. Carlota iba adornada como un sagrario, llena de cintas y oropeles y con un pandero en la mano, y la acompañaba un negro con una guitarra. De cuando en cuando tiraba a los balcones confetis y serpentinas. Llevaba al hombro un monito pequeño que hizo las delicias de los niños; iba repantingada en un edredón de damasco relleno de plumas de faisán, y se cubría las piernas con una colcha de chinos. Doña Manolita estaba tan ocupada dando de merendar a sus amigas que no se enteró de que tenía a su nuera cubana en la casa, y como la boda fue por poder le pasó desapercibida. Un día se la topó en un corredor y le preguntó quién era, a lo que la mulata contestó que Carlota. Entonces, le dijo a su hijo que no le gustaba la pinta de la nueva criada. Cuando supo que era su nuera se quemó con el chocolate, pero guardó la compostura.“Blanca y fría, no vale un higo”, se disculpó él. “Pues negra, ni higo ni breva”, le contestó doña Manolita, y enseguida se olvidó del problema, porque alguien estaba contando que el conde Zeppelin, en Alemania, acababa de construir el primer dirigible. Carlota andaba todo el día en chancletas con unas babuchas doradas que les había comprado a los moros, y como tenían la suela de cabritilla sonaban chac-chac.

Usaba un kimono negro que dejaba al desnudo el antebrazo, con grandes rosas y capullos bordados en todos los colores, y la más grande de todas la llevaba situada detrás, sobre el trasero. Su equipaje era una barahúnda. Cuando quería encontrar sus trapos de colores o ponerse sus plumas de tornasol, tenía que revolver entre almanaques y calendarios que llevaban coplas a la parte de atrás. Guardaba bolsas de confettis que eran recuerdo de otra época, y que acabarían confinadas en el cajón de la mesa de comedor de doña Manolita, como un residuo de pecado o de algo vergonzoso que había que ocultar. La nevera del palacio era baja y parecida a una mesa de noche, con un departamento donde introducían el hielo y un serpentín por donde pasaba el agua del depósito, y así podían tener agua fresca todo el año. Un hombre la estuvo pintando de azul y en la portezuela un oso blanco sobre un fondo nevado. Carlota estuvo viendo cómo la pintaba, y se quedaba muda de asombro de que el hombre pudiera hacer aquello, con bloques de hielo y un cielo azul sin nubes, y unos lagos azules y enmedio aquel oso polar. Por entonces, su suegra se retiró a sus habitaciones. “Dos tocas en una casa son demasiadas tocas”, decía. Cuando estaba dormida, Carlota le registraba los roperos. Introducía la llave chata y gruesa en el ojo de la cerradura que cedía con un chasquido, se quedaba alelada ante los sombreros de muaré, y ante las docenas de trajes en terciopelo de todos los colores, porque en sus tiempos de París doña Manolita compraba los vestidos de cuatro en cuatro, de la misma forma y tejido, aunque de distinto color. En un ropero había una arqueta llena de rubíes y esmeraldas, Carlota no tenía más que meter la mano y sacaba el rubí regalo del emperador de los franceses, y se quedaba sin poder respirar ni apartar la mirada de la joya. Las perlas allí tenían el tamaño de garbanzos y no eran lisas sino llenas de rugosidades y bultos, con la luz reflejándose en su textura de nácar, sobre los tres hilos de perlas unidos en un broche alargado de diamantes antiguos. Carlota cogía un solitario en la mano y entonces sus pupilas giraban como las de un camaleón, guiñaba un ojo y con el otro escudriñaba dentro, y cuando le daba vueltas en alto las luces cambiaban, centelleando. Luego lo tomaba cuidadosamente y lo volvía a guardar en el joyero, esperando mejor ocasión. Empezó encaprichándose con una sortija de zafiros porque tenía unas luces tan bonitas, era tan profundo el azul que parecía el fondo del mar. Al mirarla se acordaba de su tierra, por eso se enamoró de la sortija, y tanto se emperró con ella que doña Manolita consintió en que se la quedara. Desde entonces la llevaba puesta, le echaba el aliento y la frotaba contra la seda del quimono para que brillara mejor. Había empezado a engordar desaforadamente, tenía las facciones enterradas en grasa y unos muslos gruesos y apretados. Cuando hacía el amor quedaba jadeante, amoratada, con los ojos fuera de las órbitas en un éxtasis que le duraba hasta morirse. El médico dijo que no concebía porque el redaño comprimía la

boca del útero, y no quedaría preñada mientras no enflaqueciera. Un día, el alcohol hizo que empezara a disminuir el vigor del marqués. Aquello le tomó su tiempo, pero poco a poco la fuerza del miembro fue menor, y sólo alguna vez en el sueño notaba un conato de erección que lo despertaba, pero nunca llegaba a colmo.“El mozo por no saber, y el viejo por no poder, se queda la moza sin lo que ha menester”, se quejaba la mulata. “Y por si fuera poco me tiene más en cueros que un cerrojo, y las rosas del kimono se me están deshilachando”. Echaba de menos su antigua vida, y como ya en el pueblo era más conocida que el ungüento amarillo, le propuso al marido montar un prostíbulo en el palacio. Él puso una sola condición para mantener el prestigio, y es que sólo se admitirían clientes de sangre azul. Instalaron nuevos dormitorios, esperando sin duda que se ocuparan, y así no habría que acomodar a las gentes en colchones sobre las alfombras o en sofás, e incluso entre los sillones y las sillas. Empezaron a llegar al palacio objetos poco convencionales: un jarrón de la China con motivos eróticos, un biombo con escenas de bacanales griegas y un reloj en forma de caja de muerto, que tenía un cristal que subía y bajaba como una guillotina, para medir el tiempo de las prestaciones. Sin aguardar a tener el prostíbulo dispuesto, Carlota se acostaba tanto con nobles como con plebeyos. “Es más desahogada que las aves de corral”, se quejaba su suegra, por no decir que era más puta que las gallinas. Un cliente asiduo le había enseñado a tocar la mandolina, y cuando no la estaba tocando le estaba poniendo los cuernos a su marido, hasta que doña Manolita tuvo que hablarle seriamente a su hijo. “Más vale ser cornudo y que no lo sepa nadie, que no serlo y que se lo crea todo el mundo”, le contestó él, pero ya todos en el pueblo decían que era más cabrón que Aguantavisitas. Por entonces Carlota se había quedado embarazada y dio a luz un niño. “Si el hijo sale al padre, de dudas lo saca”, decía satisfecho el marqués, porque el recién nacido tenía el pelo rojo y los ojos de uva como los Francisco de Borja. No obstante, por una vez se rompió la tradición en la familia y el niño se llamó Carlos, por su madre. Un día llegó un santero a la feria, vendiendo un remedio infalible para las enfermedades de la garganta, campanillas de metal que tenían la virtud de librar de epidemias a los animales, así como cintajos que según él habían estado atados a la estatua de san Lázaro y preservaban del rayo y el granizo. Venía en una mula que tenía medio cuerpo afeitado en sentido horizontal, y como el marqués estaba demasiado borracho para llevar a Carlota a la feria, ella se fue con él. En la feria de ganados las parejas caracoleaban a caballo entre vacas y bestias sudorosas y las mujeres se agarraban a la cintura de los jinetes, resbalaban en el anca humedecida y se asían con la mano izquierda de la baticola. Él era el monstruo más feo que la gitanería diera jamás, y un facineroso completo, pero a Carlota le hizo tanta gracia, y tanto bailaron, que decidió marcharse con él. Aquella noche le dio un beso a su hijo de dos años, cogió

las alhajas, se subió a la grupa del feriante y los dos desaparecieron. Hicieron treinta leguas a galope tendido y llegaron al mar, donde embarcaron en San Roque. Desde allí pasaron a Gibraltar, donde Carlota preguntó por una amiga a quien llamaban la Rollona. Le dijeron que se había marchado a *finibus terrae*, que era la tierra de Carlota, y hacia allá se fue ella, dejando a su marido abrumado por la cornamenta. Se había llevado para el viaje el cobertor, y le dejó como recuerdo los loros y los guacamayos. “Me levanté a mear y perdí mi sitio”, decía furioso el marqués mientras terminaba con los pájaros a tiros. “Después de cornudo, sañudo”, decían los criados, y doña Manolita se limitó a mover la cabeza. “Más se perdió en el ataque de Ocaña”, dijo, y fue porque no sabía que su nuera se había llevado las joyas de la casa. Cuando se percató se le cayeron los palos del sombrajo, pero ni aún así perdió la compostura. “Échate con perros y te llenarán de pulgas”, fue lo único que dijo, golpeando el suelo con su bastón de puño de plata. Con todo, Curro el marqués añoraba a Carlota, y para olvidarla se dedicó a criar al retoño. Le enseñaba a triscar por la sierra y a cazar jabalíes, le hablaba de los celtas, los iberos y los cartagineses, y entre borrachera y borrachera le enseñó al muchacho la historia de la Serranía. “Hace millones de años, esto era el fondo del mar -le decía.- Luego vino el cataclismo, las aguas se retiraron, la piedra se abrió y en ella quedaron caracoles y almejas”. Le mostraba en la mano un hermoso ejemplar que había pertenecido a Borja, su padre, y aseguraba que aún podían hallarse corales entre las adelfas y fósiles al pie de los almendros. “Ahora, en lugar de gaviotas tenemos grajos y golondrinas”, añadía, rascándole con cariño la cabeza colorada. Lo llevó a ver la cueva de la Pileta, un laberinto de pasillos que subían y bajaban; el río Guadalevín entraba por el Hundidero, rastreaba cuatro kilómetros y salía por la cueva del Gato. “Es ahí donde la compañía sevillana de electricidad quiere construir un pantano”, decía socarrón. “Han tenido que terminar el dique para convencerse de que el agua se les va por las filtraciones”. Le señalaba los lugares en los que el agua subterránea alcanzaba el lecho del río como por un sifón. “Es la presión, la profundidad que la empuja”, explicaba. Dentro, le mostraba restos humanos del paleolítico, pinturas y cerámicas del neolítico, y descubrieron una figura femenina a la que luego llamaron la venus de Benaoján. En el exterior se alzaban unas enormes piedras verticales. “Son dólmenes”, explicaba Curro el marqués. “Tienen cinco mil años. Ya te enseñaré muchos más, entre Ronda y Montejaque”. Lo llevaba a cazar entre castaños y encinares y un día se toparon con un abeto gigante que se alzaba como por milagro. “Algunos quedan en África y tambien en Rusia -le explicó. -Son ejemplares sumamente raros”. Le hablaba de los celtas y los iberos, de los griegos y cartagineses, de los romanos, visigodos, árabes y cristianos, y de todos tenía algo que decirle. “Hemos heredado lo peor de todos esos”, sonreía. -“Esto es cuna de reyes poderosos, de soles y de lunas como diría

un poeta árabe". Y entre borrachera y borrachera le explicaba al muchacho la construcción del puente nuevo: "Tardaron más de cuarenta años en hacerlo y le costó la vida al arquitecto, que se cayó de lo alto. Lo montaron en un cestillo y lo descolgaron para tallar de su mano la fecha de la inauguración, y un golpe de viento le volvió la barquilla y lo mandó al carajo". El muchacho recordaba a su madre con un kimono de seda bordado con grandes rosas, y anudado a !a cintura con una banda de lo mismo. Con el tiempo el hermano de Curro, don Manuel, se había casado con una parienta por parte de madre que era tartajosa como él, y a la que llamaban doña Je-Jesusa. Luego el hermano y la cuñada murieron en accidente de automóvil, y él tuvo que llevarse a sus hijos: una pequeña, Beatriz, y un niño llamado Jesús. El marqués andaba ya más borracho que un piojo, y padecía de "delirium tremens". Un día lo encontraron en un ventorro, delirando y espantándose las sabandijas, y al mismo tiempo se acordaba de Carlota la Cubana y la insultaba en su delirio. Lo llevaron a rastras al palacio de Ronda y allí duró tres días; antes de morir, insistió en que le prendieran del pecho todas sus condecoraciones de Cuba, y le pidió a su hijo don Carlos que se casara allí mismo con su prima Beatriz. "Bien elige quien escoge vecina, ya está bien de mujeres allende los mares", le dijo. Los desposó el vicario ante él y cuando terminó con la boda le administró la extremaunción. Así, Curro murió de cirrosis hepática, rodeado por el cariño de los suyos. No volvieron a ver a Carlota la Cubana, y muchos años después alguien dijo haberse topado con ella. Era dueña de un prostíbulo de lujo en un barrio residencial de La Habana, iba toda pintarrajeada y más adornada que una vaca en rifa, y estaba más gorda que mentira de indiano. "No hay vieja de cintura para abajo", dijeron que decía, cacheteándose la barriga, y que añadía con una risotada que el que engorda de viejo, dos mocedades tiene. Llevaba puestas las joyas suntuosas de la casa de los Zegríes, y sobre todas llamaba la atención la diadema de brillantes que Eugenia de Montijo le regaló a doña Manolita en su bautizo. La alternaba con un turbante envuelto a la cabeza, y en el frente un broche en forma de media luna de rubíes engastados en oro, y pendiendo una gruesa esmeralda; y encima resaltaba una perla irregular, tan gruesa como tres garbanzos juntos. Era el broche que Napoleón le había arrebatado a los turcos en sus campañas de Egipto, y que Napoleón tercero le entregó a doña Manolita un día en que ella lo convidó a chocolate en su residencia de París. Nunca hubiera podido imaginar el tercer Napoleón que el prendedor terminaría en un prostíbulo a las afueras de La Habana.

***

DON MANUEL FUE EL hijo segundón de doña Manolita y de Borja el marqués, y fue a nacer también en París, como su hermano. Pero éste nació sietemesino y lo llevaba escrito en la cara y en el porte. Tenía dos años cuando su abuela doña Alfonsa

se lo llevó a Ronda con ella. Era descolorido y con pecas, y por las costumbres ahorrativas de su abuela andaba siempre con las tripas más huecas que miriñaque.“El que come y deja, dos veces pone la mesa”, acostumbraba a decirle, y le ponderaba a la criada las virtudes de la sopa: “Es económica -decía-, quita el hambre, hace dormir, nunca enfada y pone la cara colorada”. Ella lo enseñó a tocar la citarina como había hecho con sus hijos, y a hablar trabucando el latín. “Ci-ta-ri-na”, le vocalizaba, mostrándole el instrumento, un arpa pequeña con un sonido suave y cristalino. El niño se encontraba solo y tenía que jugar solo, así que con cajas de zapatos simulaba cocheras y almacenes, haciéndose la ilusión de que eran de verdad. Andaba siempre desalado por el miedo de pincharse con los cactos. Desde la escalera, a través del ventanillo redondo veía la llama temblorosa del oratorio proyectando reflejos vacilantes, subía los peldaños y se adentraba en el salón a oscuras, atinaba con la puerta del oratorio y buscaba medio a tientas el reclinatorio con el forro de pañete negro, y arriba distinguía los contornos del Niño Jesús de las faldillas que tenía el brazo tendido y parecía bendecir, y la otra mano sobre el pecho con los dedos extendidos también, en la misma postura con que las madres tomaban el pezón para dar de mamar a sus hijos. Brillaba la orla de la túnica morada con ribete de oro y a un lado estaba san José, también con hábito morado y la varilla de azucenas, y al otro lado la imagen de la Dolorosa, pero lo que más le gustaba a él era el Niño Jesús de las faldillas. Junto al patio había una estancia donde su abuela despiojaba a las criadas cuando llegaban del pueblo, y en la palangana sobrenadaba una escuadra de piojos oscuros. Les empapaba la cabeza con alcohol de quemar, separaba uno a uno los mechones de pelo hasta la raíz y enseguida los descubría, dándose maña para atraparlos y echarlos en la palangana donde pataleaban en el agua, y al pasar la peina espesa los que habían resistido salían agarrados entre las púas. Las liendres eran diminutas y brillantes, eran los huevos de los piojos y estaban de tal forma agarradas al pelo que había que sacarlas jalándolas hasta la punta. Y mientras los piojos nadaban desesperadamente en el agua de la palangana movidos por el instinto de conservación, doña Alfonsa revisaba al niño por si había agarrado alguno. Las chinches se agazapaban en los rincones de la casa en cuanto se descuidaba, y se metían ladinas en las bolsas que formaban los papeles de la pared o entre las aneas de las sillas, en las costuras de las ropas o dentro de las barras de las camas. Se hinchaban de tanto chupar sangre, y si se las aplastaba reventaban dejando un chafarrinón sangriento. Doña Alfonsa tenía a gala haberse librado de las chinches, pero no podía descuidar la vigilancia, porque cualquiera podía traer una de la calle, y como anidara ya estaba la casa plagada de chinches. Iban a Cáceres a ver a doña Casta que era una monja pálida, consuegra de la abuela, que había entrado en el convento a mediados del siglo diecinueve y desde

entonces no había visto la calle. Antes de monja había sido casada, y les contaba siempre que por su marido estaba emparentada con los Golfines de Cáceres, de una antigua estirpe de conquistadores. En uno de los viajes lo llevaron a ver el monasterio de los Jerónimos de Yuste, donde pasó sus últimos días un rey que se llamaba Carlos quinto y que al parecer fue el más poderoso de la tierra, según aseguraba todo el mundo. Había allí cuatro habitaciones llenas de crespones negros donde la muerte lo cogió sentado, y le contaron que lo habían enterrado en un ataúd de castaño. También visitaron a la virgen de Guadalupe, la patrona de los conquistadores que pasaron a América su devoción. Cuando murió la monja él sólo recordaba que apenas abultaba dentro de la caja, al otro lado de las rejas pinchudas. Había visto un muerto ya, el párroco viejito que dirigía la novena desde el púlpito, y era un muerto también pequeño y consumido rodeado de cirios, y había una fila de niños que entraban y se santiguaban deprisa sin atreverse a mirar, mientras el humo de los cirios se levantaba en volutas y se oían murmullos, y el arrastrar de pisadas en la tarima. El niño había heredado de doña Manolita los desórdenes intestinales, y ni las sopas de la abuela conseguían aliviarlo. De un clavo en el cuarto de aseo habían colgado una bolsa de goma, de ahí salía un tubo de goma también, y al extremo una cosa muy rara que doña Alfonsa llamaba cánula. Lo ponían de rodillas a cuatro patas en el suelo, le metían la cánula en el culo y él empezaba a sudar, doña Alfonsa abría una llave y el agua se colaba en las tripas, quería contener el agua pero seguía entrando y le parecía que iba a reventar. Las tripas se quejaban, no las oía pero sí las notaba, tenía ganas de obrar y hubiera soltado el trapo allí mismo, pero su abuela lo regañaba. Luego las tripas no daban más de sí y salía despedida la cánula, y detrás de la cánula bolas duras como cuentas de rosario, y un chorro de agua arrastrando las bolas, pero ya el agua no era como antes sino de color marrón. Aguantaba la inundación que se le metía por los calcetines dentro de los zapatos, y veía los aspavientos de su abuela todavía con la cánula en la mano. El pestillo del retrete giraba, dejando a la vista un letrero que decía libre, o bien ocupado. Un día tenía un mojón grande sin entrar ni salir, gemía de dolor y en la cocina doña Alfonsa preparaba la lavativa, hasta que en un esfuerzo supremo él logró que saliera sin más. Otras veces por el contrario se hacía su caca en el sofá de mimbre pintado de amarillo. El médico dijo que tenía oxiuros, unas lombrices blancas y pequeñas que se criaban en las tripas y viajaban al ano para poner los huevos y eran difíciles de quitar, ni siquiera con irrigaciones de ajo porque siempre quedarían los huevos. Las lombrices salían al ano y era cuando picaban a rabiar, las notaba retorcerse allí abajo y las sentía moverse y caminar, y algunas se mudaban de sitio y avanzaban despacio por las posaderas. Por fín le dieron unas píldoras moradas de violeta de genciana, y en las deposiciones que se habían vuelto de un morado oscuro

se las veía muy quietas, finas como hilos y enredadas unas en otras formando madejas. Cuando el niño tenía siete años murió Borja, su padre, corneado por un toro; también murió su abuela que había cumplido los noventa, así que doña Manolita se volvió a Ronda con el mayor, y se instaló en el palacio con sus dos hijos. Años después, don Manuel se enamoró de una parienta que era tartajosa como él. Se llamaba doña Jesusa y era prima segunda por parte de madre, y cada vez que se veían hablaban ambos en trabalenguas. Hasta que un día le preguntó si lo quería y ella dijo que sí-sí, luego ya eran novios, pero no podía decirle “te quiero” porque las palabras se le trabucaban antes de pronunciarlas. Al final, pudieron casarse. Terminada la ceremonia de la boda, con sus enojosas circunstancias por el defecto de los dos, salieron de viaje; y la impaciencia y el ardor de la novia eran tales que quería inducirlo a poseerla, sin contar con la presencia del cochero que arreaba las mulas. Él no hacía caso de sus insinuaciones, y ella se enfadaba por ello. Se fueron a vivir a casa de la fallecida doña Alfonsa, y allí vivían de la caridad de la familia. Doña Jesusa era más apañada que un pobre, regateaba en el mercado con su media lengua, y hasta conseguía ahorrar dinero, pues le daban los productos a mitad de precio; y como la criada también era tartamuda, nadie hablaba a derechas en aquella casa. Tuvieron un niño y una niña, ambos normales, y en su lactancia don Manuel arrimaba al fuego un tubo de cristal hasta que estaba blando, le alisaba los bordes y lo acodaba, ponía la goma del chupete en el brazo más corto y de esa forma el rorro de turno podía tomar su biberón echado, con toda comodidad. Les fabricó a sus vástagos un proyector de hoja de lata con una manivela de alambre; dentro puso una bombilla, hizo películas con cintas de papel vegetal y las enrolló en un canutillo de cartón, de modo que al girar la manivela las pequeñas figuras parecían moverse en la pantalla con dos posiciones distintas. No sólo don Manuel resultó en su modestia un pionero del cinematógrafo, sino que se pasaba horas haciéndoles sombras chinescas en la pared, simulando un perro lobo que abría y cerraba la boca, un gato o un conejo de largas orejas movibles. Compraron un aparato de radio de segunda mano, y él no se perdía una noticia. Un día su esposa se presentó con un automóvil que había comprado con los ahorros de toda la vida. Era de color rojo y estaba lleno de bocinas plateadas, espejillos y faros sobre pedúnculos de metal, como los ojos saltones de los sapos. Llevaba la capota bajada y las ruedas llenas de cromados, insignias en las portezuelas y una figura alada sobre el radiador, y tanto dentro como fuera del coche un sinfín de objetos inútiles y vistosos que llamaban la atención a su paso, porque además la bocina más grande y retorcida tenía un sonido cascado como la tos de un viejo bronquítico, y tartajeaba igual que la dueña. Un mecánico le estuvo mostrando cómo se manejaba, y llegó a ser una experta conductora. Desde entonces la familia viajaba con cierta frecuencia y hasta llegaban en

coche a Madrid. Por los badenes conocían ya que estaban llegando porque el coche subía y bajaba como en una montaña rusa, y cuando estaban en lo alto podían distinguir la capital, y cuando en lo más bajo no veían nada. Y así una vez y otra, notando un cosquilleo en el estómago al bajar, hasta que tenían los edificios de la ciudad casi el alcance de la mano. Los niños se acostumbraron a viajar en automóvil y había una alegría especial cuando estaban llegando, que estallaba en una explosión de fonemas. En el zoo le daban al elefante cacahuetes y monedas, el animal le pasaba las monedas al guarda y sabía muy bien los cacahuetes que le correspondían a cambio. Y si el guarda menguaba la ración, el elefante insistía golpeándolo suavemente con la trompa hasta que recibía su ración completa. Doña Jesusa quiso enseñar a conducir a su marido, y como en cada legua hay un pedazo de mal camino, ambos murieron en un aparatoso accidente. Los niños no murieron también porque convalecían del sarampión en un dormitorio de la casa lleno de trapos colorados. A los dos los recogió su tío, Curro el marqués, y se los llevó con él al palacio de los Zegríes.

***

DOÑA JESUSA HABÍA TENIDO siempre carita de pájaro y patitas de gorrión, y con su media lengua trataba de explicarse, mirando a todos lados con expresión interrogante como si estuviera asombrada de estar en el mundo, o como si a cada paso descubriera el mundo alrededor. Iba a ser el día de la madre y la maestra les encargó que llevaran fieltros de colores. Tenían que recortar hojas y pétalos y formar un ramo sobre un trozo cuadrado de fieltro, y para ello les hizo unos patrones en cartón. La niña era tartaja y no sabía pronunciar, no podía recitar la lección, cogió el trozo de fieltro y empezó a recortar redondeles, más pequeños cada vez. A cada paso alzaba la vista, pero no se movía de su asiento en la última fila de pupitres. La maestra vio su mesa cuajada de diminutos redondeles de todos los colores mientras ella seguía enfrascada en su tarea, y algunos eran más pequeños que una lenteja francesilla. De pronto parecía haber nacido una estrella en su frente, sus dedos menudos agarraban las tijeras con pericia, y cortaban los pequeños trozos redondos que caían en la mesa como un confetti de ángeles. Cuando terminó de cortar, estaba tan orgullosa con su obra como Dios el día que terminó la creación. Juntaron aquello con mucha paciencia, la niña se mordía la punta de la lengua y estaba tan contenta que la risa le retozaba, hasta le había cambiado la cara. Cuando todas terminaron su trabajo, el suyo era el más bonito: había redondeles pequeños con todos los colores del iris, y formaban racimos como las uvas en otoño. Estaba muy ufana de poder regalar aquello a su mamá, y seguramente también su mamá se puso muy ufana. Cuando la metían en la cama a dormir se hacía un ovillo y empezaba a pensar en cosas, se metía la mano en ese sitio y le gustaba tenerla allí tan calentita, se imaginaba siempre cosas y el tiempo pasaba mientras

estaba a gusto y sin ganas de moverse, con la mano tan calentita metida allí. Cuando la sacaba tenía un olorcillo que le gustaba, y lo respiraba fuerte antes de que se terminara. Cuando creció, todos pudieron comprobar que se le daban muy bien las cuentas, y como sus padres eran viejos empezó a llevarlas en su casa, y ellos la dejaban hacer. Con su lengua de trapo jugaba con las amigas a la lotería, y les ganaba los céntimos. Empezó guardándolos en un pañuelo de holán, y terminó siendo cofundadora de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad. Por entonces se casó con su primo don Manuel, que también era tartamudo. En la pedida él le regaló un aderezo de marquesitas que venían engastadas en medallones de plata formando arabescos, sin gran valor pero muy decorativos, y ella a él un libro de arte con litografías de la catedral de León. Como no tenían monedas de oro las cogieron de cobre y las limpiaron con sidol, y fueron las arras de la novia. La tarta de bodas tuvo muchos pisos y fue regalo de su suegra doña Manolita, toda de chocolate, y por expreso deseo de la desposada llevaba en lo alto una alcancía de biscuit. A la boda asistió toda la familia y su cuñado Curro, el marqués, cogió una borrachera que le duró tres días, y en ella tomó la perentoria decisión de casarse por poder con Carlota la Cubana. La noche de boda, la novia tuvo que tomar una tisana contra la excitación de los nervios; luego no recordaba nada, sólo que se volcó la tisana en el camisón de raso blanco. Lo demás se había borrado de su mente, por lo que no se acordaba de lo que sintió, ni si sintió algo, ni de cómo lo hicieron ni de cuántas veces, como si hubiera estado en coma. Tampoco recordaba si gozó, pero sí que al día siguiente don Manuel no hacía más que comer bocadillos de jamón, y que lo notaba muy distante, como si hubiera perdido el interés. Ella sufría por eso, y con su media lengua le preguntaba a todas horas si seguía queriéndola. En su viaje de novios vio doña Jesusa el primer modelo de automóvil, y como era decidida y emprendedora concibió la idea secreta de ahorrar para comprarse un auto. Siempre sería una mujercita menuda y nerviosa, aunque de un sentido común no vulgar. Siempre estuvo muy enamorada de su marido, a quien consideraba de una casta superior. No había aguardado a los treinta años para casarse como todas las mujeres de su familia, y cuando nació su primer hijo tenía veintidós. Era más socorrida que huevos con tomate y usaba un bolso pequeño y cuadrado que había pertenecido a su madre y estaba pasado de moda, pero la piel era buena y le hacía el avío, y además el cuero era brillante y formaba cuadros grandes y pequeños muy decorativos. Para ahorrar servía platos de cascajo para celebrar la navidad, nueces y almendras y avellanas siempre partidas, pero con su cáscara. Miraba cada céntimo, y a sus hijos les escatimaba los caramelos. Para calentarse tenían un chubesqui de hierro negro con una parrilla y una puertecilla en la panza redonda, y un tubo negro de latón que atravesaba el tabique y salía al patio a través del muro por la cocina, que era de carbón,

muy antigua y con las losas partidas. A veces el chubesqui olía mal y las brasas echaban humo. Entonces perfumaba el cuarto con alhucemas que era un incienso de andar por casa, parecido a los granos de anís, y al quemarlo despedía un humo perfumado. Era uno de los pocos lujos que se permitía, porque en el patio había empezado a criar gallinas para no tener que comprar los huevos. No se le conocían amigas, estaba dedicada a su familia, y tampoco era caprichosa para vestir, siempre supeditada a los gustos de su marido, que era bien poco exigente. Para que no se apolillara la ropa la metía en un baúl y la rociaba con bolas de alcanfor que parecían de azúcar. A los niños les daban ganas de comérselas, si no hubiera sido porque su madre los aleccionaba, silabeándoles que te-tenían veneno y que se po-podían morir si las comían. Al principio eran gruesas, pero se deshacían y a final de verano no eran mayores que cabezas de alfiler. Aunque era una niña muy bonita, la pequeña Beatriz había nacido con unos prematuros ataques de asma, de los que nunca se libraría. Cuando no era más que un bebé, la madre le colocaba un cautchuc en la cuna para que no se percudiera el colchón. Era color de rosa y muy tierno, y tenía ojetes en las cuatro esquinas donde se introducían las cintas para atarlo a los largueros, y encima llevaba las sábanas y el muletón. La abuela doña Manolita los visitaba de cuando en cuando, les daba a los niños cucharadas de cacao en polvo y a ellos les gustaba que se las diera, hasta que un día se las dio por sorpresa cuando estaban metidos en sus camas y estuvieron a punto de ahogarse, con aquel polvillo fino y marrón. A la pequeña le duró más el ahogo, y era que empezaba ya con sus prematuros ataques de asma que le durarían hasta la muerte. Comían a diario un plato de legumbre y después croquetas, carne picada o cualquier otra cosa corriente, porque nadie tenía tendencia a engordar en aquella casa. Una vez que tuvo que disfrazar a la pequeña Beatriz, doña Jesusa estuvo recortando como en sus buenos tiempos en los antiguos manteos de familia flores de fieltro y lentejuelas, racimos de espejillos con hilos de oro, filigranas caprichosas de telas antiguas, algunas apolilladas, de un color naranja fuerte o de un verde brillante. Recortaba con cuidado de no llevarse por delante el cordoncillo, los espejillos y las lentejuelas, y cuando tuvo una greca recortada la superpuso en un retal de terciopelo verde-billar, la sujetó con alfileres y la cosió con puntadas invisibles. Abrió el baúl con olor a alcanfor y a polvo centenario, y sacó la blusa blanca bordada en sedas de colores que había pertenecido a una de sus tatarabuelas, con ramos de flores en la pechera y en las mangas, y el descote cerrado con un cordoncillo multicolor. Sacó una trenza antigua de pelo natural y la estuvo peinando cuidadosamente, entreverando al mismo tiempo cintas de terciopelo de todos los colores. Una vez vestida, la niña se vio muy bonita en el espejo del recibidor, porque llevaba medias de canutillo caladas y en la mano un cestillo con flores de trapo, y el delantalito de nansú, y unas enaguas

blancas y almidonadas con tiras de encaje que le asomaban por el ruedo de la falda. Llevaba en el cesto margaritas con hojas blancas y el corazón amarillo, otras moradas y otras de un rosa suave con hojas y rabos verdes, y la llevaron a retratar a casa de un fotógrafo que era amigo de su padre, y por eso no les cobraba. Había instalado el estudio en la calleja llena de virutas rizadas que soltaban de la serrería, y al pasar olieron a madera fresca, pisaron encima del serrín, y tuvieron que rodear para no tropezar con los tablones que estaban apilados en la acera. El fotógrafo tenía vitrinas con retratos de la gente del pueblo en posturas difíciles, con luces misteriosas, y eran en blanco y negro porque no se habían inventado las fotos en color. Pero él se daba maña para retocarlas y les daba rubio en los cabellos, carmín en la cara y tonos suaves en los vestidos. La hija del fotógrafo era una muchachita delicada que le ayudaba a iluminar las fotos con un pincelillo fino, y que usaba una guillotina con el corte rizado para recortar las fotografías. Como Beatriz era una niña menuda y bonita que lucía en las fotos, le hicieron varias de estudio con el cestillo y el ramo de flores; y aunque en el retrato no salieran los tonos porque no había colores entonces, quedó fotografiada en blanco y negro por los siglos de los siglos para que sus hijos y sus nietos pudieran admirar los bonitos ojos, la pequeña nariz, y el rostro con una linda sonrisa que mostraba los dientes como perlas pequeñas. Cuando se inauguró el cinematógrafo, doña Jesusa llevaba a sus hijos los jueves por la tarde, y le gustaba el cine porque en ese rato no tenía que hablar, y así descansaba de sus esfuerzos articulatorios. Salían de la primera sesión, merendaban chocolate y pasteles en casa la abuela doña Manolita y se metían en otro cine que les pagaba ella, y tenían que aguardar a la cola porque las localidades no eran numeradas. Los domingos por la mañana los llevaba a la *matiné* a ver películas de dibujos, y en la taquilla les daban un muñeco recortado en cartón, con una peana para tenerse derecho. Doña Jesusa tenía el pie tan pequeño que siempre le venían bien los zapatos de las rebajas, y parecían los de una niña, si no hubiera sido por los juanetes y los ojos de gallo. Iba siempre arreglada con los pendientes y el collar de marquesitas, y el pelo en un rulo como san Antonio, con unos tacones muy altos para no parecer tan pequeña. Cuando estaba nerviosa se mordía la lengua, y había contagiado su costumbre a los niños. Al contrario de su mujer que era una polvorilla, don Manuel era un hombre tranquilo y no se inmutaba por nada. Leía el periódico durante la comida y doña Jesusa protestaba, sobre todo porque así no se apercibía de las incorrecciones de los niños. “¿Ve-ves lo que hacen?”, lo solía increpar, y él apartaba el periódico y decía: “Va-vamos, ni-niños, fo-formalidad”. Por eso decía doña Manolita que tenían falta de padre. Por fin, el sueño de doña Jesusa pudo hacerse realidad. Había conseguido reunir el dinero suficiente y encargó un automóvil a la capital, sin saber que el capricho le costaría la vida al matrimonio. Era temerario adentrarse en la

sierra, porque además del peligro cierto de los bandoleros, la carretera era estrecha y estaba mal pavimentada, pasando del firme al abismo sin previo aviso. Cuando viajaban doña Jesusa se quitaba el reloj, los pendientes y el collar de marquesitas y se los daba a la criada de doña Manolita, que se los guardaba en el seno anudados en un pañuelo de hierbas. La carretera serpeaba y la madre les daba a su modo a los niños consejos para no vomitar, o los paraba en lo alto de la curva para mostrarles abajo el agujero. Era ella la que conducía y al marido lo comía la envidia, así que decidió enseñarlo también a conducir. Aquel día aciago doña Jesusa había cerrado los ojos, y empezaba a dormirse porque el zumbido del motor le servía de arrullo reconfortante, y además iba fiada en su pericia de maestra, y en los reflejos del alumno. Apenas si sintió el topetazo. Luego le pareció que flotaba, sin saber que estaba conociendo la ingravidez de la muerte. Habían chocado con un camión de naranjas, que rodaron también hacia el abismo. Un auto pasó sin detenerse, la mamá ordenó a su pequeño que no mirara, pero el pequeño ya había mirado. “Hay sesos por todas partes”, dijo con voz redicha, “están todos los sesos por ahí". La madre no quiso verlo y volvió la cabeza a otro lado. Los transportistas pidieron daños y perjuicios a los herederos, pero como los niños eran insolventes, no pudieron indemnizar la pérdida de las naranjas. La única herencia que recibieron fue un último modelo de automóvil carbonizado, que Curro el marqués se llevó a la dehesa donde quedó arrumbado, y allí podían admirarlo los curiosos muchos años después.

***

EL CUARTO MARQUÉS terminó por llamarse don Carlos, porque se empeñó su madre, Carlota la Cubana. Pese a la mala reputación de ella, ni las peores lenguas pusieron en duda lo legítimo de su filiación, ya que era pelirrojo como el fuego y tenía los ojos verde uva, un puro calco de los Francisco de Borja. Su madre lo abandonó con dos años, y así como heredó de la rama paterna la afición a la caza, de ella le vino la inclinación a la mala vida. Su abuela doña Manolita se hizo cargo de él y lo crió a base de chocolate a la taza; y aunque el niño se estaba oscureciendo por los excesos de la alimentación, ella lo achacaba a su ascendencia cubana. El médico, alarmado, dijo que la sangre le estaba criando glóbulos de chocolate y le puso una rígida dieta en que lo excluía, así que poco a poco fue recobrando su verdadero color. En lugar de asistir a las clases en el colegio de los Salesianos, él hacía novillos y se bajaba al río al sitio que llamaban la Presa, y allí se bañaba en pleno invierno con otros muchachos. En los pocos ratos en que su padre estaba sereno, le gustaba patear con él la Serranía y la Ciudad, y detenerse en el puente nuevo para mirar la sierra, y al fondo los dos picos tan iguales y parejos como dos pechos puntiagudos. Podía distinguir desde arriba el caminillo estrecho por donde su padre lo llevaba a caballo vadeando el río, y trataba de

otear desde allí el camino de herradura que hicieron los romanos. Tenía don Carlos trece años cuando sus tíos tartamudos murieron en el accidente, y sus primos se vinieron a vivir a su casa. Don Jesús era de su edad, y Beatriz tenía seis años y era bonita y endeble. Cuando acabó en los Salesianos, ingresó en una academia militar donde fue un cadete aventajado, y un cliente habitual en las casas de lenocinio. Poco después de dejar la academia, lo llamaron junto a su padre moribundo; padecía delirium tremens y deliró toda la noche, y como no se movió de su lado supo de su boca la historia de su madre, Carlota la Cubana, que le habían ocultado hasta entonces. Al día siguiente, el padre le pidió que se casara con su prima doña Beatriz; él lo hizo por no desairarlo, y así pudo morir tranquilo, con el hígado machacado por el alcohol y el pecho alamarado de entorchados de Cuba. La boda se celebró in articulo mortis del padrino, y la madrina fue doña Manolita, que era una anciana venerable. En el entierro sonaron cañones, sin que nadie supiera de dónde salía aquella algarabía de artilleros. Don Carlos tenía veinte años cuando se casó, y la esposa catorce; y aunque la quería como prima, él siguió frecuentando los burdeles y las mujeres de vida dudosa. Cuando lo destinaron al ejército, la muchacha se quedó al cuidado de su abuela doña Manolita. Aunque andaba siempre con ataques de asma, se maquillaba y acicalaba para atraer a su marido, disimulando su palidez con coloretes de rubor y acentuando el brillo de sus ojos con abéñula azul. Con el tiempo, tuvieron un hijo al que bautizaron con los nombres de Francisco de Borja Carlos Manuel, pero al que todos llamaban Francisco. La Dorita que era la niñera sacaba al niño de paseo, y como era muy guapa don Carlos la miraba de forma descarada. La madre de Dorita tenía un bar y ella le preparaba mejillones, y el bar estaba lleno de botellas de gaseosa con una bola de cristal encajada en el cuello. Y había que ver con qué gracia Dorita metía el dedo y empujaba para desencajar la bola, y cómo la gaseosa espumeaba por el cuello de la botella, y sabía a azúcar con agua caliente, bien fuera color naranja o amarilla, o transparente y con burbujas. Cuando se hartó de la Dorita, don Carlos se echó una novia que era dependienta en una tienda, tenía unas trenzas largas y se las daba de intelectual, y vivía en una calle que luego se llamó de Pedro Romero por lo de los turistas. Le pedía versos y él se los hacía, y los que más le gustaban eran los que no le escribía y le susurraba al oído lleno de pasión, porque eran versos obscenos. Buscaba primero la rima y luego rellenaba los huecos que era lo más difícil, se reunían por la noche en el paseo de los ingleses para que nadie los viera, y había momentos de desesperación entre los dos, porque la impaciencia los abrasaba. A lo lejos se desdibujaban los contornos, de pronto un grito o un tañido que parecía sonar en el vacío hacía vibrar las barandas y la profundidad se hacía tenebrosa con las pequeñas luces en el fondo, porque el cielo estaba negro como si hubieran derramado un inmenso tintero. Se

escribían a escondidas y don Carlos recibía las esquelas de amor en casa de su asistente, que se las llevaba a diario, y él también contestaba a diario y en verso, aunque luego se vieran por la noche en el paseo de los ingleses. Un día la dependienta se cortó las trenzas y el marqués la dejó, y desde entonces se le vio frecuentando la tienda de los talabarteros, donde en la ventana a modo de cortina había una pieza de albardería bordada de puro estilo árabe, y las paredes estaban tapizadas de arreos de todas clases. Había bozales y atajates, cabezadas y alforjas, todo bordado en lanas de colores. La talabartera era una hembra de bandera, y en cuanto aparecía el marqués se ponía tierna. “Usté dirá”, le decía acodándose en el mostrador, y sin decir nada él se metía en la trastienda donde había un velón de cinco brazos al que le habían quitado las mechas, y le habían instalado bombillas torneadas en forma de velas. “El hombre a los treinta o vive o revienta”, decía el marqués, y como no hay cosa secreta que no se sepa, todo el pueblo estaba enterado de lo suyo. La talabartera lo llamaba pariente delante de todos, porque decía que ambos descendían de los mismos abuelos, los padres del guerrillero Francisco de Borja, lo que era verdad. Por entonces nació la hija de los marqueses, Martina Beatriz Isabel de Hungría. Todo el pueblo sabía lo de don Carlos con la talabartera; y como en amores entras cuando quieres y sales cuando puedes, aquello acabó como la comedia de Ubrique. La moza se plantó frente al palacio, y agitando los brazos empezó a proferir amenazas, contando sus relaciones a gritos. Doña Manolita la vio desde el balcón, y como era decidida se atrevió a bajar, mientras la gente se arremolinaba. “Más vale una vez colorada que ciento amarilla”, se dijo, así que a empujones la echó de allí y amenazó con llamar a los guardias. Mientras, la esposa estaba arriba sin saber lo que estaba ocurriendo, porque sufría un nuevo ataque de asma. Por entonces estaba a punto de producirse el Movimiento Nacional. Siempre hubo problemas en la sierra, pues la economía estaba asfixiada por el aislamiento y no había forma de extenderse con aquella orografía, ni de distribuir los productos, ya que algunos pueblos de la comarca apenas conocían la rueda. El ferrocarril tenía un trazado laberíntico, y el material era puro desecho del resto de la península. Se encontraban por allí vagones que se dejaron de ver en el resto veinticinco años atrás, y aún quedaban algunos de los primeros que rodaron. Y por si hubiera sido poco, estaba el asunto de los huídos. Un día el marqués recibió en el palacio la visita del gobernador. “Hermosos forjados tienen ustedes en la casa”, dijo con envidia, mientras mascaba un puro y escupía. El marqués asintió, sonriendo. “Aquí trabajan el hierro como si fuera orfebrería”, contestó, y el otro carraspeó, después de hacer salir a sus acompañantes. “El motivo de mi visita es que quiero terminar con los grupos de refugiados, y nadie como usted para echar a esos hijos de perra”. El otro repuso que era el primer interesado en terminar con los rebeldes, ya que era una aventura llegar

a la dehesa con la Serranía llena de rojos. “Pero no es tan fácil hacer como decir”. El gobernador sacó un viejo mapa y con un dedo marrón de nicotina fue señalando los pueblos: Igualeja, Cartájima, Perauta, Montejaque. “Fuercen a las familias, usen de la coacción si es preciso”, ordenó, y con la uña oscura se rascó la negra cueva de su nariz. Cuando la autoridad se retiró, se organizó una batida en toda regla. Buscaban sobre todo a Pastor el de Montejaque, pero no daban con el bandido porque las gentes pactaban con él. “Esta tierra está maldecida de la naturaleza”, protestaban los jóvenes guardias civiles que acababan de llegar de Valdemoro, mientras registraban una a una las cuevas, gargantas y boquetes. No había hecho más que terminar la guerra civil cuando doña Manolita murió atragantada con el chocolate. Las relaciones matrimoniales del marqués y su mujer acabaron en catástrofe, porque ella estaba cada vez más débil y ya empalmaba los ataques de asma. Le prohibieron que tuviera más hijos pero tuvo el tercero, que fue varón, y era anormal porque había nacido sin cráneo, y con el cabello rojizo. Todo fueron conversaciones en voz baja y pasos sigilosos, y nadie se explicaba lo que había podido ocurrir. “De tales bodas tales costras”, bramaba el marqués. Los criados achacaban a una enfermedad secreta del padre aquel defecto del pequeño, y el médico lo atribuyó a la mala salud de la marquesa, y a su parentesco con el marqués. Se reunió la familia y decidieron dejar al pequeño monstruo sin comer, para que muriera de inanición, pero el niño resistía y se convirtió en un testimonio tenebroso, en mudo acusador de sus parientes, mientras la madre se moría a consecuencia del parto difícil. “En mal de muerte no hay médico que valga”, decían las criadas, y cuando la enterraron parecía todavía una niña. Estaban todos demasiado ocupados con la ceremonia, y cuando fueron a echar mano del recién nacido había desaparecido de la cuna. Lo dieron por muerto. Nunca el niño volvió a la casa ni nadie preguntó por él, ni volvieron a recordarlo. Cuatro Coronados, el mozo de mulas que se había quedado en la casa, vio que el pequeño se estaba acabando de hambre; lo enfajó, y subiéndolo a lomos de una caballería se lo llevó a su madre a la sierra para que lo criara. Don Carlos, el marqués, se quedó solo con sus dos hijos, y sobrevivió a su esposa un año solamente. Un día estaba en la sierra cazando jabalíes y pasó cerca de la ermita. Allí vio al pequeño metido en un cesto de maíz: tenía la cara muy sucia y estaba chupando una tira de tocino salado, y lo miraba sin llorar, con unos ojos verdes del color de las uvas. Tenía puesta una bilbaína colorada y le asomaban por ella unos pocos mechones rojizos. El marqués se quedó tan turbado con la vista de la criatura, que lo atacó una jauría de cerdos salvajes y lo cogieron por sorpresa. Lo encontraron cerca de la ermita, casi irreconocible, destrozado por los jabalíes.

***

BEATRIZ ERA HIJA DE TARTAMUDOS y todos creían que ella lo sería también.

Y aunque empezó hablando a empujones por imitación infantil, luego corrigió su defecto, que no era congénito sino adquirido. Era asmática y no recordaba desde cuándo, aunque su madre le decía que desde que pasó la to-tosferina. Pero sí recordaría siempre que no podía entrar en una iglesia por causa del humo de las velas. “Tan natural como el respirar”, decían todos, y sin embargo para ella no era natural el respirar, ni fácil. Lo que sí le parecía natural era asfixiarse, como si a todo el mundo le sucediera, y se había ingeniado sus trucos para combatir el ahogo. Sobre todo la madrugada era angustiosa, porque se desvelaba y tenía que sentarse en la cama con varias almohadas. Más tarde descubrió que era mejor asomarse a la ventana, o salir fuera cuando estaba en el campo, o viajar en el coche dentro del ahí-te-pudras. Recordaba la noche sobre su cabeza y el run-run del motor, los padres iban dentro con su hermano y ella atrás al aire con la criada de su abuela. Se había quedado dormida y la almohadilla cayó a la carretera, y eso siempre lo recordaría. Cuando sus padres murieron, las amiguitas estaban en el zaguán sin atreverse a dar vuelta a la mariposa del timbre, porque si trataban de hacerlo se ponían a reír como locas, y no era cosa para reír. Se esforzaban por estar serias y ponerse tristes, y en cuanto alargaban la mano a la mariposa del timbre las volvía a ahoga la risa. Alguien salió y tuvieron que entrar, sofocando la carcajada, y le dijeron a su amiga retorciéndose que sentían tanto que se hubieran roto la cabeza sus papás, que se la hubieran abierto en dos con las rocas del fondo del barranco porque no habían calculado bien y aquello estaba lleno de curvas, y que los encontraran estrellados en el fondo con las cabezas partidas en dos. Después del funeral por sus padres, a ella y a su hermano se los llevó su tío Curro, el marqués. Desde un principio le gustó aquel palacio que tenía hierros en las ventanas y un escudo de piedra, la blancura africana de la cal, y llevaría siempre metida en los huesos la magia de sus patios umbrosos, de las plantas colgantes y multicolores. La llevaron al colegio de las Esclavas, y allí las monjas la enseñaron a pronunciar sin titubeos. El colegio estaba en la Ciudad en una plaza muy tranquila como todo lo de por allí, y en la iglesia estaba la virgen de la Paz que era la patrona del pueblo. La tuvieron que instalar en el jardín de la infancia con las tizas de colores y la jaula del periquito, que miraba a las niñas como hipnotizado y brincaba a su son. Había en la pared muñecas vestidas de holandesas con tocas almidonadas y molinos de viento, y niños con pantalones bombachos; el piano era viejo y de color caoba, con candelabros dorados que giraban a un lado y a otro y enmedio el letrero con la marca. En invierno el aire silbaba en los arcos del puente nuevo, y alzaba las faldas de las niñas que vivían en el Mercadillo. Las capas de uniforme revoloteaban, las cuartillas volaban como palomas cuando ellas trataban de sujetar las faldas en su sitio para no enseñar las piernas, y como querían sostener las ropas, los libros y los cabellos al mismo tiempo,

todo acababa trastocado. Seguían el camino de siempre hasta el colegio de las Esclavas entre casas señoriales, y dejaban a su izquierda la rampa que llevaba a la casa del rey moro y al palacio del marqués de Salvatierra. El aire era finísimo y pasaba encajonado entre los muros pétreos, batiendo contra el puente y ululando en sus ojos, y era tanta su fuerza que hubiera podido arrastrar a las chiquillas como en un cuento, y hubieran podido volar como hojas desprendidas de los árboles. Desde arriba las tierras, los caminos y el río de espumas blancas formaban un mosaico multicolor. Pegados al río había molinos con pequeñas bocas vomitando espumas, dejando resbalar la mirada se alcanzaban los montes punteados de encinas y chaparros y más allá la sierra de distintos colores, como en una decoración de teatro de tonos grises, azulados y violeta, hasta perderse en un horizonte de brumas azules. Las fachadas blancas recién encaladas estaban guarnecidas de rejas saledizas sobre el poyete cargado de cal, los clavos resplandecían en las hojas de los portones y tras de los zaguanes con suelo de mármol brillaban los metales y las lozas. Veían en los balcones con rejas panzudas los hierros negros formando volutas, y en las callejuelas empinadas hallaban el fondo constante de la Serraría. Beatriz no iba con las amigas a la alameda, y jugaban en el zaguán de su casa, frente a las puertas de cristal donde habían grabado al esmeril un escudo de gladiolos. Se reunían a solas en la casa cuando el marqués y las muchachas habían salido, en la alcoba de Beatriz que tenía cortinas azules, y allí la iniciaron en aquel juego que desconocía y ante el que sentía una legítima aversión. Luego el cura habló del juego de los novios, ella se puso roja y miró de reojo a los lados por si las otras lo notaban, porque nunca había oído hablar de eso a una persona mayor. Cuando cumplió catorce años murió su protector, y andaba todavía jugando a comiditas y a los novios cuando la casaron con su primo el marqués. Acababa de tener la regla por primera vez y le llegaba con irregularidad, pero aún así no había pasado un año cuando tuvo su primer hijo. Cuando fueron a bautizarlo, su abuela doña Manolita se percató de que el faldón de cristianar que había usado toda la familia estaba ratonado y se había convertido en jirones con el tiempo, de forma que más que un faldón regio parecía un trapo de limpiar el polvo, así que la bisabuela le compró al chiquillo uno nuevo para el bautizo. La madre tenía quince años y el niño era muy lindo, con los ojos claros y verdes como sus antepasados, sólo que a él se le torcían un poco. En un principio no lo deseó. Le daba miedo por causa de sus engorros de salud y hasta temía un accidente mortal. Pero lo quiso en cuanto lo vio tan bonito, aunque hubiera sido un poco endeble y torciera uno de sus bonitos ojos, y tuviera un ruido en el pecho, y nunca consiguiera verlo gordo como a los hijos de sus conocidas. Cuando lo operaron de una hernia era poco más grande que un pez, y hacía un ruido al respirar que espantaba a las visitas, y como la madre no tenía apenas leche tuvo que ayudarlo

desde un principio con el biberón. Jugaba con él de manera enfermiza, le rizaba el pelo con tenacillas y lo peinaba con tupé, y para que el pelo se quedara duro se lo empapaba con limón, y le moldeaba graciosos tirabuzones alrededor de la cabeza. La madre era tan joven que le salían pretendientes por la calle, vestía a la última moda con vestidos de charlestón y nadie se creía que aquel muchachito de tirabuzones fuera su hijo. Cuatro años después tuvo a la niña. Por entonces doña Manolita ya había cumplido los ochenta y fue la madrina, y el padrino fue don Diego, el último conde de san Justo y san Pastor. Le pusieron Martina Beatriz Isabel de Hungría, pero la llamaban Martina, y la gente del pueblo la Marquesita. Era mucho más fuerte que su hermano, de forma que cuando todos cogían la gripe ella nunca la cogía. Pero como no hay gozo cumplido en este mundo, estaba doña Beatriz recién parida cuando encontró entre las cosas de su esposo fotos de mujeres y un puñado de cartas de amor. Se lo contó a doña Manolita que era su paño de lágrimas, y ella intentó tranquilizarla pero no lo consiguió. Desde entonces sentía celos feroces, de noche lo aguardaba escuchando la radio pero la radio se terminaba, y tenía que seguir aguardando y espiando cualquier ruido en la calle, pasos que no sonaban casi nunca a aquellas horas más que cuando llegaba él, porque en la Ciudad eran gente de orden y se retiraban pronto. Empezaba a ponerse nerviosa y a temblar, trataba de leer una revista y se le caía de las manos, y daba vueltas arreglando cosas, pero las cosas ya estaban arregladas y entonces no tenía qué hacer. “Acúestate con el mayorcito y estáte tranquila”,le decía la abuela. “La noche es capa de pecadores”, murmuraba ella, y se sentaba frente a la ventana en la oscuridad, envuelta en una manta para no sentir el frío de la noche, teniendo la ciudad silenciosa a sus pies y aquel sonido insistente y rítmico en el pecho, aquel aliento cavernoso, y se estaba durante horas frente a los cristales abiertos con los ojos cerrados por el sueño, notando en las mejillas el aire fresco y vitalizante y sintiendo ganas de extenderse, dejar el sillón frente a la ventana y hundirse en los edredones calientes, si no hubiera sabido que allí sería peor. De un lado la angustia de la ausencia y de otro el pecho que silbaría con fiereza impidiendo el sueño, o cualquier simulacro de sueño, mientras que aquí tenía que mantenerse erguida pero podía respirar, era incómoda la postura pero se respiraba. Notaba el cosquilleo de la manta y el cuerpo reclamaba la horizontal, pero era que el cuerpo no sabía que dentro, por alguna causa que los médicos no sabían descubrir, polen o algún polvo enredado en las pelusas del colchón o una bola de alcanfor que quedó en un armario desde el verano, o alguna alfombra, y la fina maraña de los bronquios quedaba bloqueada, faltaba el aire y volvía la pesadilla, la tortura de cada noche mezclada con la ausencia. Tendría que levantarse y volver a la ventana, sentarse en el sillón envuelta en la manta y así una noche y otra, deseando morir de una vez o quizá sin fuerzas para desearlo. Su hijo padecía un asma hereditaria pero él

gritaba y se enfadaba mucho, y cuando doña Beatriz lo veía con su ataque se angustiaba tanto que hubiera preferido mil veces padecerlo ella misma. En cambio, cuando ella sufría una crisis trataba de que nadie lo notara, disimulaba ante su marido y huía de todos, porque lo que más la entristecía eran los ojos de los niños, mirándola. Por eso aguantaba la respiración, para que no se notaran los ruidos del pecho que todo el mundo oía, aunque no tuvieran el oído pegado a su espalda. Se escondía en cualquier rincón o salía fuera para no respirar el polvo, o el humo de la casa. No podía estar cerca cuando movían un colchón, ni junto a la cocina cuando freían, ni podía sentarse en ciertos sillones que acumulaban más polvo que otros. No cejaba ella en querer conquistar a su marido y probaba todos los cosméticos, y tenía el tocador lleno de pomos y tubos de abéñula blanca, o verde, o azul. Tomaba la caja redonda y negra de los coloretes compactos, desenroscaba la tapa y hallaba la brocha y un papelillo de seda, y debajo el arrebol, y después de haberse coloreado las mejillas se daba abéñula en los párpados, y los teñía según su capricho de azul o de verde. La abéñula blanca no tenía color, no daba más que brillo y era para cuando tenía los ojos malos por el insomnio. Se aplicaba unos polvos rosados con la borla de plumón de cisne, y nunca se daba cremas aunque tenía el cutis seco, porque al niño no le gustaba que se las diera. De ese forma no lo manchaba cuando le daba besos, y sus mejillas eran suaves y olían a colorete "Un rubor". Usaba rimmel para las pestañas, tomaba la cajita alargada que tenía un espejo en la tapa y dentro una pastilla negra, y un pequeño cepillo que humedecía de saliva; luego se las rizaba y se arrancaba con las pinzas los pelillos de las cejas, hasta dejárselas muy finas. Encima de su tocador había un perfumador de cristal rosa con una perilla de goma, se perfumaba la piel blanca y delicada, y nunca tomaba el sol porque a su marido le gustaban las mujeres blancas. A veces el niño le cogía la borla de plumas de cisne, y entonces los pelillos se le colaban por la nariz y lo obligaban a estornudar. Cuando se terminó la guerra, doña Beatriz usaba zapatos de cuña y peinado de Arriba España, y faldas de vuelo para disimular su delgadez. No le agradaban los zapatos que vendían y los encargaba a Sevilla, hechos a la medida con trabilla en verano, y abotinados en el invierno. El marqués se inmiscuía en los asuntos de la casa, y según él sus gastos eran excesivos porque compraba afeites y todos los discos de moda, y empezaba a salir con las amigas. En el pueblo decían que no se entendía con su marido, que lo aguardaba por las noches y él no llegaba hasta el amanecer. Primero empezó con la niñera, que le decía a la doncella que fuera a confesarse por ella y le contara al cura que se acostaba con el marqués, pero a la doncella le daba vergüenza de ir, y por contra se lo contaba a todo el mundo. Luego siguió con la dependienta de trenzas, y era el asistente el que lo contaba. Guardaba una carpeta en su escritorio y allí escondía las cartas que recibía el asistente en su casa y

le llevaba por la mañana. Pero el marqués tuvo unas fiebres y estuvo delirando, y le gritaba al soldado en su delirio que quemara las cartas, no fuera a verlas la señora. Entonces doña Beatriz fue al escritorio, descerrajó el cajón y halló los sobres perfumados con efluvios de violetas, trabados con una cinta de seda rosa. En aquel momento dejó de portarse cono una señora, se fue en busca del asistente y lo echó a la calle a empujones. El marqués se encontró de pronto con su intimidad patas arriba, así que dejó a la dependienta y se lió con la talabartera que estaba mucho mejor, porque además estaba harto de escribir cartas estúpidas y componer versos sin sentido, y la talabartera marchaba por el camino llano. Mientras, languidecía la marquesa y seguía arreglándole el pelo al primogénito, y entreteniéndose en prender a troche y moche colgaduras en las ventanas. Era obligatorio adornar con colgaduras los balcones para festejar la victoria de las tropas nacionales, y todo el pueblo se vestía de tiras alargadas que flameaban en rojo y amarillo, que había que sacar de los baúles donde estaban guardadas con bolas de naftalina, y que llevaban cintas cosidas para que pudieran atarse a los hierros del balcón. Algunas lucían un Sagrado Corazón en el centro, con un dedo extendido señalando la víscera llameante. Cuando no adornaba las ventanas disfrazaba a su hijo de niña con volantes y canesús, con enagüillas y refajos y lazos de satén, le sacaba fotos y las pegaba en cuadernos de pastas negras, prendidas con picos de papel. Luego, con tinta blanca iba escribiendo alrededor fechas y circunstancias señaladas del primogénito. En la caja de dulce de membrillo que guardaba doña Manolita, los clichés antiguos se habían vuelto rojizos y estaban enrollados, y había viejos retratos de señoras con sombrero, hombres con levita y ancianos con bastón, todos bien clasificados con gomas aunque nadie recordaba ya quién era el hombre de levita, ni el chiquillo jugando al boliche ni el bebé con el caballo de cartón, ni la pequeña con el gran lazo a la cabeza y el aro forrado de terciopelo. Al final doña Beatriz había adelgazado tanto que se transparentaba, y a fuerza de no respirar y de sufrir de amores se estaba consumiendo. Últimamente su hijo había crecido mucho y estaba tan alto como ella, y le daba temor a la madre que siguiera creciendo y la dejara. Pero todavía la quería y le daba besos apretados y largos, tanto que tenía que protestar para quitárselo de encima. Algunas noches hacía un esfuerzo porque estaba cansada, y se quedaba a rezar con él, y todavía rezaban el “Niñito Jesús”, y aunque a la niña también le hubiera gustado que lo hiciera con ella, nunca llegó a conseguirlo. La madre detestaba que su hijo creciera, que perdiera la suavidad de la piel y el olor de su pelo, que se hiciera grande y desgarbado, que le salieran granos en la cara y unos pelos ralos en el bigote, o que le sobresaliera la nuez y se le descompusiera el perfil. Por entonces la marquesa volvió a quedarse embarazada, y cuando se diagnosticó el embarazo, el médico dijo que dado su estado de salud

constituía un peligro. Ella quería llevarlo todo por delante, arreglo y marido, familia y preñez y enfermedad. El gran vientre la atosigaba y tomaron una religiosa para que la cuidara por las noches, y la monja decía que *mujer preñada que tuviera la menstruación, era imposible que criara al feto sano.* Cuando vino al mundo su tercer hijo, que nació sin cráneo y ni siquiera lloraba, a la madre le dijeron que había nacido muerto y lo dejaron morir de inanición, pero fue ella la que murió. De pronto se había quedado floja, con la monja al lado ofreciéndole un vaso de leche. “Tómela, le hará bien”, le dijo, y no hizo más que incorporarse para coger el vaso cuando el corazón se detuvo. “Vengan, por favor, iba a tomar el vaso de leche pero está como muerta”. Eran las dos de la mañana, y cuando llegó el marqués la encontró cadáver. El marido se quedó solo, los hijos se quedaron solos, el recién nacido mejor hubiera sido que se fuera con ella, pero no lo hizo. Y todos dejados de la mano de Dios. El día antes estuvo mirando a través de la galería el patio florido, y tenía veintiséis años cuando murió. Había un gran alboroto en la casa porque acababa de fallecer la marquesa y abandonaron al niño a su suerte, de tal forma que todos se habían olvidado del idiota, que se iba apagando porque no le daban de comer. El mozo de mulas creyó que el niño estaba muerto o a punto de morir, y decidió llevárselo a la sierra a su madre, como si hubiera sido suyo. La madre lo acogió con reservas, pero al final acabó aceptándolo y lo cristianó como Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados. Le llevó unas hierbas para hacerle un cocimiento, sin percatarse de que el niño lo que necesitaba era comer. Después de mucho cavilar, terminó poniéndole en la manita una tira de tocino salado, y la criatura empezó chupando el tocino y acabó devorándolo, y como era agradecido rugía de satisfacción. Le pusieron la boina colorada que había sido de un carlista y con ella le cubrían la deformidad de la cabeza, y poco después lo querían como si hubiera sido de su propia sangre, porque los dos acabaron creyendo que lo era. Y a nadie le dijeron nunca que Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, era hijo de los marqueses.

***

DON JESÚS HABÍA NACIDO muy despabilado, aunque como creció entre tartajosos, todos creían que lo era. Un día de reyes estaba merendando chocolate en casa de su abuela doña Manolita, donde había acudido con sus padres para recoger los juguetes. Le habían traído un xilófono y estaba mojando la varilla en la taza humeante cuando pronunció de seguido: “El chocolate es malo para el hígado”. La abuela se quedó muda de estupor. Comprobó que sabía hablar a las mil maravillas, y como portavoz de la familia decidió en el acto que el niño sería abogado, porque tenía cualidades para el foro. Mientras, el niño había perdido la bola de madera que iba al extremo de la varilla, la estaba buscando debajo de la mesa con faldillas, entre los

pliegues de paño carmesí con dibujos de cadeneta, y al mismo tiempo tiraba del cabo de seda de colores, la cadeneta empezaba a desprenderse y él seguía tirando, se llevaba las flores y las hojas y al final no quedaba más que la señal en la tela. También le habían traído un teatro con un frontón de cartón piedra, y en medallones representados varios ingenios de la Literatura. Tenía cortinajes verdes con flecos de oro que subían y bajaban resbalando por una ranura, y varias decoraciones distintas según la función que se fuera a representar. Y árboles y ventanas que parecían de verdad y en las ventanas celofanes de colores. Los personajes iban recortados en cartulina, y entraban y salían de escena prendidos en un listón. Cuando creció, doña Manolita se encargó de enviarlo a los Salesianos, le guardó el teatro en la alacena y allí se quedó para siempre. Iba al colegio más derecho que una vela, y cuando los otros no habían abandonado las primeras letras él ya sabía lo que eran consonantes oclusivas y labiales, y devoraba los volúmenes en la biblioteca de los Maestrantes. Usaba palabras gruesas que nadie sabía cómo diablos había podido aprender, quizá en los libros de refranes de sus antepasados, y era tan pedante que llamaba a las chufas tubérculos de la raíz de la aguaturma. Tanto leía, sin saltarse siquiera la letra pequeña, que a veces le lloraban los ojos y se le nublaba la vista. Desde muy joven soltaba peroratas políticas y sociológicas, y dichos antiguos a diestro y siniestro, que había aprendido en los memoriales antiguos; así, cuando sus padres murieron en accidente él se limitó a acoger la noticia con una sentencia de filósofo. Tenía trece años cuando pasó a casa de su tío el marqués, y apenas se apercibió del cambio, porque estaba tan embebido en los libros que no notó la diferencia. Su abuela doña Manolita guardaba una caja de galletas alargadas, con tres capas de barquillo cobijando dos de crema de coco. Él se comía primero dos barquillos pelados y guardaba el tercero, suculento, porque ocupaba el centro de una dulce trilogía de coco que se deshacía en la boca. Para evitar que se notara el hurto a primera vista, alzaba el papel encerado con la marca de las galletas, y en lugar de cogerlas de arriba las iba entresacando de abajo, hasta que la abuela se apercibió del saqueo y puso el grito en el cielo. Andaba siempre manejando mapamundis antiguos orlados de angelotes, donde podía leerse Mar di India y Oceanus Chinensis. Conociendo sus aficiones, doña Manolita le regaló en su catorce cumpleaños un diario encuadernado en piel y las tapas cerradas con un diminuto candado, y ahí empezó a escribir sus memorias, resucitando los recuerdos de su primera niñez. Lo escondió en el ropero donde antaño se guardaban las alhajas, y donde a falta de joyas ahora doña Manolita conservaba las notas de los colegios, las estampas de primera comunión y los cuadernos de redacciones de sus nietos. Por entonces, al muchacho le dio por atiborrarse de novelas policíacas; gastaba en ellas sus propinas y se encerraba en el retrete con aquellos libros de pastas amarillas, viviendo con tal intensidad las

degollinas que al final no se atrevía a entrar solo en el excusado. Por eso doña Manolita se las quemó en la cocina de carbón, donde quedaron reducidas a pavesas voladoras. Miraba asombrado cómo traían a rastras a su tío a la vuelta de las borracheras, agarrado por los sobacos y con la cara verde de bilis. Fue el último que usó velocípedo en el pueblo, porque lo había rescatado de las carboneras del marqués, y con él recorrió la serranía recopilando coplas y tradiciones ancestrales. Llevaba por todo equipaje los Comentarios de César y las Vidas de Cornelio Nepote, y llegó a reunir cinco mil sentencias del acervo popular. “Las palabras son como la capa superficial del agua profunda”, decía, y afirmaba que los cantares eran el reflejo de la mentalidad de un pueblo. Espiaba las conversaciones de los viejos en las plazas y de las criadas en las cocinas, tomaba nota de las imprecaciones de las viejas y de las discusiones conyugales en los patios de vecindad, rellenando con todo ello un mamotreto de cuartillas caligrafiadas en letra menuda y cuidadosa. Apuntaba las palabras que le sugerían cosas, y cuando tenía una ringlera se dedicaba a escribir algo sobre aquellas palabras, que provocaban en su memoria una cascada de imágenes. “Apañar, vocablo entrañable con resonancias de niñez", rememoraba. No era arreglar sino apañar, su abuela lo decía, “Hay que apañar tal cosa o tal otra”, estaba rota y había que apañarla, o apañar un buen postre, o un buen chocolate, o apañar las habitaciones para pasar el verano. Palabra con sabor inédito, un revulsivo semejante a la consabida magdalena mojada en el té. También anotaba palabras del diccionario: ajimez, ajonjolí, arquivolta, y doña Manolita se asombraba de todas las cosas que sabía. Se pasaba horas haciendo crucigramas, escudriñando vericuetos de palabras extrañas y barajando significados sin cansarse. Pronto se atiborraban de vocablos todos aquellos cuadernillos, y había que salir a comprar otros o aguardar a la próxima semana para seguir rellenando recuadros. Una vez al año los jóvenes de buenas familias representaban una obra clásica en el teatro Espinel, en la que él solía llevar la voz cantante. Le gustaba el chirriar del telón, accionaba la palanca *y* la lona subía a trompicones y se atrancaba algunas veces, y lo malo no era que no subiera sino que tampoco quería bajar. En la apoteosis final salían todos los actores cogidos de la mano, giraban entre bastidores y bambalinas y terminaban con una reverencia ante las candilejas, mientras el telón bajaba, chirriante. Cuando terminó el bachillerato, don Jesús pasó a estudiar la carrera de Leyes como había decidido muchos años antes doña Manolita. Se aprendía los textos de memoria con leerlos una sola vez, y luego los recitaba como suyos. Estaba a punto de ser abogado cuando un verano conoció en la función de aficionados a Consuelo, la hija segunda del alcalde de Montejaque. Desde entonces se convirtió para él en la personificación de la hermosura. Representaban una obra que él mismo había traducido de Molière, y don Jesús vestía casaca de raso y un

chaleco bordado en sedas de colores, que procedían del palacete de París *y* que se trajo doña Manolita el año del cólera como recuerdo de los buenos tiempos. Usaba además calzas de seda y zapatos de tacón, y llevaba rulos en el pelo y una coleta postiza. Con el padre simpatizó enseguida y también con la madre, porque el pretendiente era más cumplido que un luto. Estaba acabando la carrera, y como tenía buena memoria empezó a preparar notarías, y se escribían una vez por semana hasta que por fín se hicieron novios formales. Don Jesús se había instalado en una pensión con otros estudiantes, y cuando más enfrascado estaba con los temas oía un coro de voces en la pieza contigua:

Los estudiantes navarros, chispón,
jódete patrón, saca pan y vino, chorizo y jamón, y el porrón,
cuando van a la posada,
lo primero que preguntan, chispón,
jódete patrón, saca pan y vino, chorizo y jamón, y el porrón,
dónde duerme la criada.

Su oído era fino y sus nervios sensibles, así que cualquier cosa, el pasar de una hoja o el crujir de una silla lo hacía saltar y estar constantemente alerta. Lo afectaban las conversaciones, les daba vueltas en la cabeza sobre todo si oía dos o tres al mismo tiempo, y más que el trabajo lo agotaba la tensión. Había entrado en un bazar quirúrgico un poco temeroso, cavilando en qué pensarían cuando él pidiera algo para taparse los oídos. Pero sin inmutarse, un dependiente viejo abrió un cajón estrecho del mostrador y le mostró un arsenal de adminículos para el caso. Había bolas de cera mezclada con algodón color de rosa, y unos taponcillos de goma guardados en envases de baquelita junto con una nota plegada explicando su utilidad, y en cada uno un cordoncillo azul para que una vez usados pudieran extraerse sin dificultad, jalando del extremo del cordón. Los había de tres tamaños y eligió el más grande. “Ya que no puedes hacer callar al mundo, sí puedes aislarte de él”, se dijo, y experimentó las ventajas de no oír más que lo que le convenía. Los sonidos le llegaban velados, sabía que la gente estaba hablando a voces de sus cosas, interrumpiéndose unos a otros a cada paso, pero el no entender lo que decían le procuraba una gran tranquilidad. En un principio temía pasar por incorrecto o por tonto a los ojos de los demás y, aunque no había logrado vencer del todo la sensación llegó a dominarla, y hasta se le pasaron los dolores de cabeza que lo habían atosigado últimamente. De mañana se introducía los tapones de goma con su cordoncillo azul emergiendo del oído como un fino gusanillo inmóvil, y desde entonces el maravilloso invento suizo, como rezaba el prospecto, lo sumía en una suave penumbra sonora que no se distinguía de aquélla que disfrutaba en la bañera, cuando metía las orejas por debajo del nivel del agua. Además, había descubierto otra

aplicación de los taponcillos. De noche, cuando sus compañeros de fonda conectaban la radio a todo gas, abría el cajón de la mesa de noche, sacaba dos bolas de cera entreverada con algodón donde ya se advertía un sospechoso color amarillento, se las encajaba en los oídos y podía dormir. Lo malo era que luego no escuchaba el despertador y podía llegar tarde a la academia. Lo suspendieron en la primera convocatoria, luego en la segunda, y ya empezaba a caérsele el pelo, cuando un día empezó a sentir náuseas, y la víspera de Año Nuevo se puso muy enfermo. Su destino estaba allí seguramente y le organizó la enfermedad, llenó su boca con las llagas del afta, hizo que tuviera que tomar aspirinas hasta hartarse, y entonces permitió que surgiera la llama, puso en sus manos una hoja con la estadística de los huevos de gallina que iba anotando un compañero estudiante de Agrónomos, y por la noche, mientras todos cenaban, puso la primera piedra para su Historia de las Generaciones. Empezó con un lápiz negro, o con un lápiz rojo o con una pluma, que después ni siquiera lo recordaría, y aquellas primeras anécdotas fueron a parar al fondo de una caja junto con las hojas arrancadas de una vieja agenda donde siguió escribiendo a ratos, la agenda atrasada cuyos días eran los de un año pasado, y en cuyas páginas fue pergeñando recuerdos que no tenían nada que ver con las fechas. Todo estaba escrito, desde que suspendió las oposiciones y tuvo que decirle a su novia que no se había presentado, desde que estuvo en la cama escribiendo horas y horas hasta que llegó la madrugada, cuando ya estaba empezando a levantarse el día y había luces rosadas detrás de los visillos. Más tarde decidió llenar un cuaderno de ideas originales, súbitas e inconexas, y empezó a describir animales exóticos, a investigar sus razas y colores, a buscar piedras y flores raras para describirlas, y detectaba con fruición cualquier volumen, en cualquier parte. Acudió a las grandes enciclopedias, y en vetustas ediciones de librerías de viejo iba rastreando los tesoros. Halló un pequeño libro esclarecedor, los *Aforismos de Hipócrates en latín y castellano, traducción arreglada de las más correctas interpretaciones del texto con pocas y breves notas en ilustración de los lugares oscuros, para comodidad de los alumnos del arte de curar, así latinos como romancistas. Obra póstuma del Dr. García Suelto, séptima edición, publicada en Barcelona por la Editorial Pubil,* y mientras hurgaba en sus máximas tenía a la novia esperando. Perdía el hilo, eran tantos los recuerdos y los hechos que lo acosaban que saltaba de unos a otros sin orden ni concierto. A ratos lo abrumaba el pesimismo, releía lo escrito y lo inundaba un sentimiento de desánimo. Y estaba el interés profesional de sacar las oposiciones, de no quedarse estancado, alcanzar los más altos estadios de la profesión sin sentirse frustrado. Sus compañeros de pensión estaban empezando a preocuparse, los pocos que quedaban, porque ya algunos se habían marchado. Empezaba las cosas y las dejaba sin terminar, y cada vez estaba

más maleado por las Letras. A veces lo inundaba una exaltación, como una ola de clarividencia, y entonces se estremecía y se sentía capaz de transmitir algo que mereciera la pena, y hasta perdía el contacto con la realidad del momento, sustituida por la obsesión de traducir todas sus sensaciones en palabras escritas. Le aconsejaron que visitara a un médico, preferentemente a un psiquiatra, pero él sonrió enigmáticamente por toda respuesta, porque había inventado la máquina infernal que arrancaba a su mente lo que había almacenado en tanto tiempo. Quería arañar la costra del recuerdo, tomaba el diccionario y pasaba las hojas, buscaba la palabra como lo había hecho en su niñez, con el pulso acelerado como quien espera hallar un objeto valioso, y se encontraba con que aguamanil era un jarro con pico para dar aguamanos. Y mientras, se le pasaban meses sin enviarle una letra a su novia. Por fin, un mes de diciembre iba a hacer seis años que empezó a escribir partiendo de la nada, dejando de preparar oposiciones para Notarías o cualquier otra cosa. Sabía que eran las tres de la madrugada, porque había sonado la hora en el reloj de cuco de la pensión. Había sacado un paquete de papas fritas y una garrafa de vino dulce para festejar el año nuevo, y mientras escribía iba bebiendo tragos de la garrafa. Los compañeros de habitación lo encontraron con una linda cogorza, y los llamaba con los nombres cambiados. *Las mujeres nunca son ambidextras*, les dijo, y añadió que *en la disentería inveterada, el hastío era mal síntoma y si había fiebre era peor,* y se echó a reír como un loco dejando a sus amigos asombrados. Uno dijo que le encontraba algo raro en los ojos y avisaron a un médico, y fue una suerte que lo llamaran, porque no había tocado a la puerta cuando don Jesús comenzó a reaccionar en forma violenta. Al parecer sufría esquizofrenia, que era algo así como un desdoblamiento de la personalidad. Tuvo que pasar el año nuevo en el manicomio donde le aplicaron un tratamiento de caballo, y cuando salió andaba escribiendo versos y se había olvidado de su Historia de las Generaciones. En un momento la situación llegó a inquietar a la familia de Consuelo, que parecía haber heredado el sino de las mujeres de la familia de su novio porque llevaban cerca de diez años prometidos, ella iba a cumplir los treinta y él no le hablaba de matrimonio. La muchacha desfallecía, y a sus cartas él contestaba que quería tener la seguridad de que iba a sacar el número uno, porque quería ir de notario a Madrid. Otras veces le confesaba que, como era tímido en el fondo, no se había presentado a la última convocatoria. “Ten paciencia”, le repetía una y otra vez. Su abuela doña Manolita se estaba muriendo de vieja esperando que el nieto sacara la controvertida oposición, y quiso el destino que la ganara por fin cuando todos desesperaban. En lugar de sacar el número uno y quedarse en Madrid, sacó el último y lo mandaron a Bollullos del Condado, en la provincia de Sevilla. Fijaron la fecha de la petición de mano y don Jesús empezó a comprarse camisas, pijamas y ropa interior y, cuando se casaron,

ambos iban a cumplir los treinta y uno. Pasaron la luna de miel encerrados en el palacete de París, entre cortinas de telarañas añejas y en la cama con baldaquino que había sido de Napoleón, mientras a su puerta se acumulaban los desayunos de siete días. Cuando salieron, a él le tuvieron que administrar inyecciones de hígado de bacalao, y Consuelo estaba embarazada de su hijo mayor. Muchos años después, aún conservaba don Jesús unos papeles que encontró en el palacio manchados con orines de gato, la carta fogosa de una tal Mimí, unas cuartillas foliadas con la letra del primer marqués y el recorte de un periódico antiguo que hablaba de la guerra de los Bóers. Consuelo había jurado que no se movería de Montejaque, así que don Jesús tuvo que renunciar a su carrera, que tantos sudores y vigilias le había costado; se instaló en el pueblo de su mujer, donde se ocupó de la fábrica de embutidos. Por entonces tuvo que ir a la guerra. Volvía sano y salvo, capitán jurídico lleno de piojos en las costuras del capote, pero en el camino lo atropelló un tranvía, y nunca más sintió que su pierna volviera a funcionar como antes. Una ambulancia lo había recogido y atravesaron la ciudad entre alaridos de sirena mientras todos cedían el paso, y de pronto se le ocurrió la idea de la hepatitis. “No me faltaba más que eso”, pensó, y desde ese momento todo fue tratar de escabullirse. El coche se detuvo ante un hospital donde se apearon los enfermeros y él detrás, cojeando, estuvo husmeando en el jardincito y salió a la calle por donde había venido. Cuando estuvo fuera respiró y se alejó deprisa, con la pierna a la rastra. En otra ocasión iba a la compra y lo detuvieron los milicianos, le hicieron levantar las manos y él no podía, porque la derecha se le había trabado con la cinta de la bolsa del pan, y estuvieron a punto de dejarlo seco allí mismo. Y para más escarnio se le volcó la botella de vinagre en el bolsillo, y estuvo trasminando a acético por los siglos de los siglos. Un día que salió de viaje se puso una camisa azul para que no lo detuvieran en el camino, y sin saber cómo se encontró en zona de nadie. Gracias a que un campesino lo avisó. “Quítese esa camisa si no quiere que lo frían a tiros”, le dijo, y tuvo que quedarse en camiseta blanca, en pleno invierno, y volver a su casa a toda prisa. Pensaba compaginar sus actividades industriales con la manía de escribir, y optó por seguir con la Historia de las Generaciones. Buscando los orígenes de su familia dio con la alcancía de su abuela doña Alfonsa llena de luises de oro, y gracias al importante hallazgo pudo permitirse el lujo de recorrer los archivos y bibliotecas del país. Escarbó en la del duque de Osuna, y en los dominicos de Córdoba halló un documento de valor inestimable, referente a los orígenes de Ronda. Visitó el archivo de Indias en Sevilla y el de Simancas cerca de Valladolid. Salieron a las nueve en punto de la plaza mayor en un coche renqueante que hacía el servicio diario, por una carretera bordeada de árboles y granjas de gallinas ponedoras, y al final hallaron el pueblecito y el castillo. El coche se detuvo al pie de las escalinatas de piedra, y subió con los archiveros que se

mostraron muy cordiales en todo momento. Pasaron el foso, y alguien tiró de la cuerda de una campanilla que no se oyó sonar. Aguardaron unos minutos hasta que la puerta cedió sin que nadie la tocara, chirriando al abrirse. Alguien les hizo señas desde una ventana y ellos alzaron el brazo saludando, entraron en un patio con cipreses y subieron unas angostas escaleras de caracol con peldaños de piedra, y así llegaron al torreón donde habían instalado la biblioteca. Desde la ventana se dominaba un paisaje magnífico: el río y el pueblo envueltos en una neblina invernal, y más allá las manchas oscuras de los pinares. Le dieron un lugar en la sala de investigadores junto a una ventana, entre muros espesos y carpetas con hojas de servicios de los soldados de Orán. Allí se dispuso a trazar la saga de unas familias que extendían sus brazos como los de un gran árbol, relatos distintos que nacían de muy diversas fuentes, y que se unían en un punto que era su vida, que a su vez daría lugar a otras vidas que vendrían después. Si quería escribir la Historia de las Generaciones no debía omitir lo más mínimo, ni de los hechos ni de las personas. Había conocido a algunos, de otros había oído hablar en su niñez, y quería llegar hasta las raíces. Para ello escarbó entre manuscritos antiguos y pergaminos deshechos en que la tinta corrosiva había taladrado el papel, tuvo que descifrar geroglíficos y completar abreviaturas, leer en pesados sellos de lacre y aprender tratamientos jerárquicos, él solo en el salón de techos altísimos y muros espesos, atiborrados de manuscritos. En los descansos, bajaban al pueblo a tomar café. Los archiveros llevaban allí muchos años y todo el mundo los conocía, y en el pueblo le propusieron que diera una charla acerca de lo que estaba haciendo, pero no se consideraba capaz, ni tenía costumbre de dar conferencias. Así que declinó la invitación y todos lo sintieron, aunque mandó una carta al alcalde presentándole sus excusas. Allí se estuvo un mes. Iban y venían en el coche, atravesaban el paisaje abrumado de nieve todos los días a la misma hora hacia el castillo, y terminado el trabajo desde allí hasta la capital. Las mujeres hacían labor en el camino, caía la nieve y el río estaba helado junto a los bosquecillos de álamos. El chófer bebía para matar el frío, ellas lo sabían, mataban el miedo con el ganchillo y eran unas artistas del crochet. Cuando volvió al pueblo de Consuelo, ya había nacido su primer hijo varón. Tuvieron once muchachos y una niña, y los llamaron como a los Apóstoles. Eran todos descoloridos y pecosos como su padre don Jesús. En el armario grande del despachito que daba a la plaza había una caja con el mecano que le había regalado doña Manolita con motivo de su boda, unas barras metálicas pintadas de rojo o azul, con agujeros por donde entraban los tornillos. Había ruedas que él sabía armar de muchas formas, apañaba con ellas una grúa que se movía con manivela y se enfadaba mucho si le tocaban el mecano, y lo mismo los patines con ruedas de hierro que también guardaba en el armario. Les decía a los niños que era Riquete el del copete, y con los dedos se

escarbaba los pelos hacia arriba; tenía el cabello escaso y ellos lo sorprendían mirándose de reojo en un espejo cualquiera, arreglándose las entradas demasiado pronunciadas para su gusto. Por entonces supo lo que ocurría entre su cuñado el marqués y la talabartera, y no podía comprender cómo él podía despreciar a su hermana Beatriz por una furcia como aquélla, y que encima le diera dinero. Con el tiempo lo nombraron alcalde del pueblo y se estrenó para las fiestas. De noche en la plaza se encendieron los cohetes que había mandado traer de la capital, los apóstoles miraban cómo el alguacil tomaba en la mano la caña fina y prendía la mecha, y el cohete se escapaba de entre los dedos subiendo como una exhalación y estallando arriba en una lluvia de colores. Al día siguiente los niños encontraban aquellas cañas finas esparcidas en la plaza y en las azoteas. Sus obligaciones municipales no le impedían seguir con sus Generaciones, ni llevar de cuando en cuando a los niños al circo de la capital, para que vieran a los trapecistas con sus mallas doradas, a las focas equilibristas y a los perritos vestidos de etiqueta, y todos miraban con la boca abierta conteniendo la respiración. Dos de sus hijos habían nacido tartajosos; alguien dijo que no deberían casarse, sino ingresar en alguna asociación, para no transmitir su tara. Así lo hicieron, y uno a uno fueron ingresando en el Opus, para observar la castidad y evitar nuevos ridículos en la familia. Hubo dos excepciones: don Pedro, el mayor, se casó con Plácida que era hija de un médico, pero formaron un matrimonio blanco para no procrear. La menor había sido niña, pero no tenía problema, porque desde muy pequeña se había desgraciado en sus partes generativas. Tenía dos años cuando saltó, jugando, con tan mala fortuna que quedó ensartada en un palo que le desopiló los ovarios. Don Jesús conservaba aún el velocípedo en que había recorrido los pueblos, pero se había comprado una bicicleta de mujer y la compartía con su hija. Le había recompuesto el columpio de sogas entre las vigas del matadero, y había colgado anillas de las vigas para no perder la elasticidad de la musculatura. En las casas del pueblo, los tabiques que siempre estuvieron encalados estaban ahora empapelados en colores chillones. En cada casa había un tresillo y un mueble-bar con la televisión, y ya no estaban en las paredes los carteros bordados en seda, ni las fotos de los militares y de los viejos, ni las de los niños de primera comunión. Ahora había cuadros grandes, con marcos dorados que reproducían pinturas conocidas. Mientras, don Jesús ya estaba pasando a limpio su libro. Tuvo que corregirlo todo junto, equilibrar las partes, intercalar con cuidado y copiar definitivamente. Temía que algunos de sus personajes dieran lugar a tergiversaciones; sospechaba que el libro haría sufrir, y lo sentía. En los estantes junto a las facturas de los embutidos guardaba los cancioneros y libros de refranes antiguos que había utilizado, y el famoso y pequeño volumen, ya amarillento, con los Aforismos de Hipócrates, junto a los libros de espiritismo que habían pertenecido a un tío

tatarabuelo de su mujer, y un obsoleto método de Rorscharch de sus tiempos de estudiante, con láminas de colores donde se adivinaban cuerpos de murciélago y alas de mariposa, agujeros profundos y equívocos helados de fresa. Conservaba también algunas novelas policíacas de su juventud que había logrado salvar de la pira de doña Manolita, y ahora era su hija menor quien las devoraba en el retrete. Llegó de nuevo el otoño con su lluvia pertinaz, y él había concluido su libro. Haciendo la Historia de las Generaciones había dudado, se había divertido a ratos y otros se había emocionado, y aún así la obra le supuso un gran esfuerzo. No tuvo aquel año domingos ni festivos, se acostaba pensando en los personajes y soñaba con ellos. Aquello fue su do de pecho, y ya no había más que hacer sino descender. Quizá se dedicara luego a escribir novelas policiacas, para matar el tiempo. Pedía a Dios que el libro que iba a publicar fuera bueno pero temía que no lo fuese, aunque tenía en su descargo el haberle dedicado veinte años y el haber hecho veinte versiones, hasta que no le quedó más que destruirlo. Las pruebas del libro estarían listas, según le habían dicho, para la próxima semana. Podría enviarlo a sus amigos, a todo el que lo hubiera alentado con sus opiniones y su prestigio. Sus hijos le regalaron el libro el día de año nuevo. En realidad, él mismo lo compró y se lo dio a ellos para que lo envolvieran en papel de regalo y se lo ofrecieran, ante el aplauso de todos, a la hora de la comida.

***

EL QUINTO Y ÚLTIMO Marqués de los Zegríes se llamó Francisco de Borja Carlos Miguel. No nació pelirrojo, sino que tenía el pelo negro como sus antepasados los gitanos, y los ojos verdes de los Francisco de Borja. Cuando nació, doña Beatriz aguardaba una niña y lo trató como si lo fuera. Su cuna, faldones y jerséis eran color de rosa, y cuando creció, su madre seguía vistiéndolo de niña. Cuando su hermana vino al mundo no cambiaron las cosas, porque la madre apenas hacía caso de la recién nacida. A él lo trataba como a un juguete y lo emperifollaba con tirabuzones, pese a las protestas del padre, que acababa cediendo ante las crisis asmáticas de doña Beatriz. Le rizaba el pelo con tenacillas que colocaba encima de los carbones rojos, casi blancos; tenía preparado un papel y cuando le parecía que estaba a punto la probaba, el papel se abarquillaba dorándose y al mismo tiempo despedía un olor a chamusquina. A veces, no era más que tocar el papel con la tenacilla cuando se alzaba una columna de humo, y el trozo ennegrecido se quedaba pegado al metal. Cuando la muestra se rizaba sin dorarse, era el momento de tomar un mechón del cabello oscuro, prender las puntas en la tenacilla, sujetarla *y* hacerla girar. Empezaba a desprenderse un vapor perfumado, a veces oliendo a chamuscado, que caracoleaba y se metía en la nariz, y era cuando las puntas del cabello se quedaban pardas y abiertas. Los mechones más largos no ofrecían dificultad, pero los que rondaban el cuello *y* las orejas hacían al niño

agarrotarse a la silla, temiendo de un momento a otro la quemadura. La madre aflojaba la tenaza y retiraba el mechón, y así hasta que la cabeza quedaba llena de tirabuzones. Acostaba al pequeño con ella, y fueron experiencias de las que el niño nunca se libraría. En un principio él mismo se creía niña, hasta que lo desengañó su amiguito Nicomedes Luis. Estaban escondidos bajo la mesa del salón que tenía un tapete de malla bordado con lanas de colores, y bajándose los pantaloncitos se mostraron lo de cada uno: por eso vio Francisco que tenía lo mismo que su amigo, aunque algo menor. Sobre el tapete había un frutero de metal con un plato de cristal tallado. La mesa tenía cuatro cajones que no se usaban nunca y se abrían y cerraban con mucha suavidad, y a Francisco le gustaba registrarlos aunque siempre encontraba las mismas cosas: un paquete lleno de confetti, redondelitos de papel que en tiempos echaban a la calle en carnaval, pero ahora el carnaval estaba prohibido y él los miraba como objetos de pecado. El pequeño había heredado el asma de su madre. En su colegio había una capilla, y en el altar una imagen grande de la virgen con corona de estrellas, y casi todos los alumnos tenían la imagen en pequeño porque la vendían muy barata los frailes. Tenía las manos unidas y rosas alrededor de la cabeza, y una aureola de metal pinchada con un clavo por detrás. Cuando él entraba en la capilla, tenía que salirse porque lo ahogaba el humo de las velas. Su madre tenía prometido que irían a Lourdes si se le curaba el ahogo, pero él sabía que nunca sanaría, o que a ella se le olvidaría con el tiempo lo que prometió. Entraba en la capilla y había subido con trabajo las escaleras, deteniéndose en cada escalón, y dentro olía a flores y a incienso, y al humo de las velas. Iban tomando su lugar y él ocupaba el suyo, pero ya el humo había empezado su obra y no era sólo la falta de aire sino un picor en la garganta que le provocaba la tos, con lo que el ahogo se hacía más profundo. Tampoco podía correr en los recreos, y lo peor llegaba por las noches, porque aunque hubiera pasado la tarde tranquilo no era más que meterse en la cama cuando lo molestaba el polvo del colchón, o las pelusas de la manta o el miraguano de la almohada. El miraguano era tan suave que cuando lo apretaba con las manos le parecía tocar dentro de la funda lomos de gatos pequeños que se rebullían en silencio. No sabía entonces que el miraguano era un mullido vegetal, pero conocía por experiencia que se colaba en las narices y en la respiración, y le provocaba los ataques. Usaba pequeños comprimidos para el asma que había que dividir por la mitad, y se notaba extraño cuando los tomaba, porque aunque le mejoraban el ahogo le producían un gran nerviosismo, de forma que andaba siempre excitado y ansioso. A veces le temblaban las manos y no podía sujetar la cuchara para comer, otras le daban ganas de llorar o de reír, y a medianoche le parecía que se estaba volviendo de algodón, de forma que estaba ya medio drogado. Por eso era un niño tan extraño y rebelde, siempre al margen de sus compañeros que no

llegaban a entenderlo y lo veían como a un chico demasiado mimado, demasiado guapo, con aquellos rizos negros y unos ojos verdes como uvas. Tenía once años cuando murió su madre; cuando murió el padre un año después lo enviaron interno a un colegio de jesuitas, donde habían asistido sus antepasados con los hijos de las mejores familias. También internaron a Nicomedes Luis, el hijo del escribiente; le dieron beca porque su padre se había quedado sin trabajo al morir el marqués, y ya no había nada que escribir en el palacio. Empezaron siendo inseparables, jugaban y salían juntos los domingos, tomaban juntos el tranvía y eran como uña y carne. Un día en que volvían al colegio subieron a un tranvía con jardinera, y cada uno ocupó un lugar distinto. Entonces apareció aquel hombre. Era un tipo extraño y a Francisco se le puso muy cerca, tanto que lo rozaba. El vagón no iba lleno y el muchacho sentía el cuerpo del hombre contra él, y su dureza que lo oprimía bajo la trinchera desabotonada, y no se atrevía a moverse ni a rebullir, pero se dio cuenta de que sentía un hormiguillo que le calentaba la sangre. Cuando bajaron a la acera supo con estupor que a su amigo le había sucedido lo mismo, aunque se enfadó mucho, y aquello le dio qué pensar. Aquella noche no pudo dormir, y algo cambió dentro de él, como si una oscura sensación se abriera paso dentro de su cuerpo. Francisco tenía buena voz, y su profesor de gimnasia le aconsejaba que la ejercitara para combatir los ataques de asma. Desde un principio ambos muchachos ensayaban juntos en el coro, aunque los timbres de sus voces eran diferentes, y mientras la de Francisco era alta y sostenida la de su amigo era grave y cálida. El pequeño marqués se acompañaba correctamente al piano, pero Nicomedes Luis era el tormento de propios y extraños cuando se sentaba a aporrear lo único que sabía, atronando la enfermería con aquellos acordes monótonos mientras su amigo se asfixiaba con un nuevo ataque de su mal. Pero cuando pasaron a los cursos de mayores, de la noche a la mañana dejaron de hablarse, sin que nadie supiera la razón. Nunca volvieron a salir juntos, y tuvieron que pasar los años, tuvieron que dejar el colegio para volver a reencontrarse. Por entonces todos los profesores se quejaban de que Francisco no se tomaba interés por su trabajo, pero era un muchacho distinguido, y a su modo tenía personalidad. Ambos estaban en la misma clase porque tenían la misma edad, y los obligaban a cumplir una disciplina rigurosa. En los corredores había retratos de alumnos desde la inauguración del colegio, o por mejor decir desde que se inventó el daguerrotipo, porque el colegio era anterior. Los retratos más antiguos se habían quedado amarillos, y mostraban a los colegiales con chalinas y el cabello pegado con fijador. Francisco no pudo saber nunca el motivo de que llevara aquel asma agarrada a su pecho, ni desde cuándo la padecía, aunque tratara de esforzarse y recordar. Tenía amagos y también ataques declarados y entonces notaba que la vida huía, sentía impotencia y aguantaba sin esperanza, por el único motivo de

sobrevivir. Guardaba una actitud siempre pasiva, observando la vida alrededor y sin poder compartirla, tratando sólo de que un poco de aire le penetrara en los pulmones, usando trucos y mañas conocidas como hiciera su madre, y miraba el campo de recreo polvoriento y a los compañeros saltar tras el balón, jugar y reír, y le gustaba verlos aunque él no pudiera compartir sus juegos. Porque estaba respirando un poquito y se sentía tranquilo. Luego sonaba la campana y había terminado el recreo, formaban las filas y al subir la escalera volvía a notar el jadeo, trataba de olvidar aquello que lo acompañaba siempre, y resignarse. Llevaba el sistema respiratorio como hubiera podido transportar una delicadísima pieza de cristal, temiendo a cada paso que algo pudiera dañarlo. Por eso evitaba toser, correr o acalorarse, o hablar en tono más alto forzando la garganta o reír demasiado, porque entonces el jadeo era mayor, volvían las toses y los arrechuchos. Sentía las lágrimas a flor de piel con una sensibilidad extrema, exacerbada con las medicinas excitantes, un temblorcillo molesto y constante en los labios y un galope en el corazón. Le daban impulsos de una gran cordialidad y verborrea, seguidos de cerca de una repentina depresión. “Temperamento hipersensible”, diagnosticaban sus profesores que no se percataban de la acción sumada de la medicina. Las píldoras le combatían el ahogo durante unas horas, luego era necesario aumentar las dosis aunque tuviera la sensibilidad pronta a saltar. Quizá de ahí venía su temperamento sensitivo siendo una consecuencia de ello, o quizás era simultáneo. Y prefería no tomar medicamentos, porque al rato de haberlos tomado le volvía el temblor a las manos, y hasta los dientes le llegaban a castañetear. El director era un hombre grande y solemne que padecía asma como él. Muchas veces, después de un fuerte ataque le preguntaba al muchacho cómo había pasado la noche, y las crisis de ambos solían coincidir. Sus compañeros oían los silbidos de su pecho y encendían cerillas, miraban a su cama y aguardaban curiosos con la llama en la mano. Hasta que la cerilla acababa consumiéndose y amenazaba con quemar la punta de los dedos, la sujetaban con las uñas y la soltaban con violencia, porque se habían abrasado las yemas. El ataque más fuerte lo acometió en los últimos cursos, cuando desinfectaron los dormitorios y él se acostó como siempre, sin apercibirse del peligro que corría. Se sintió tan mal que rogó que lo sacaran de allí *y* se lo llevaran a cualquier parte, y cuando llamaron al taxista que hacía el servicio de noche no pudo vestirse ni peinarse para bajar al coche, tan débil se encontraba que salió en pijama con la bata encima y los labios amoratados. Cuando dejó la ciudad se le empezó a aliviar el ahogo, de forma que en plena carretera pudo dejar el coche y subir una loma sin dificultad. Tenía gran ascendiente entre unos pocos, que lo llamaban el marquesito, y solía hacer los papeles principales en las zarzuelas y en las operetas. Repetían una y otra vez cada frase hasta que la sabían bien, ensayaban cada voz por separado y luego las unían, y

en los viajes cantaban hasta enronquecer. A él le pedían siempre que lo hiciera, carraspeaba un poco y sentía fijas todas las miradas. Era el último curso y acudieron a un campamento de verano en el norte, ocupando durante un mes un gran edificio grisáceo que se alzaba en un monte, rodeado de otros montes parecidos y oscuros, con tajos de minas de donde extraían el carbón. La tierra estaba seca y amarilla, surcada de cortaduras negras en un paisaje desolado con un cielo plomizo, y grandes nubes que avanzaban despacio. Dormían en una nave con literas donde cabían ochenta muchachos, y la primera noche Francisco miraba hacia arriba, veía el cochón lleno de pajas y sabía que lo eran, porque cada que el vecino se movía le caían encima y se le metían por la nariz. Las ventanas estaban cerradas y detrás se veía un cielo gris de tormenta. Mientras, él se estaba ahogando, abría la boca como un pez y se tragaba las pajillas y las respiraciones de los otros. Pidió que abrieran la ventana, quiso sentarse pero no podía, porque la cabeza tropezaba en el somier más alto; se oían exclamaciones y quejidos y él sentía sobre todo sus bronquios jadeando como fuelles. Fuera, de tiempo en tiempo, el cielo se esclarecía con el fulgor de los relámpagos. De modo que lo enviaron a dormir solo en la enfermería, y mientras los demás tomaban clases de política y de religión y desfilaban cantando letras patrióticas, y repetían que el hombre era portador de valores humanos, él permanecía solitario. Los muchachos vascos se negaban a cantar y a desfilar, y no respondían a sus nombres traducidos al castellano, ni consentían en entonar las *Montañas nevadas,* y sólo accedían a aprender religión en el campo, sentados con el cura debajo de los árboles. Mientras, Francisco volvía a bucear en el primer recuerdo de su asfixia con afición obsesiva, la relacionaba con su nacimiento o con la secuela de algún mal catarro. No lograba retroceder más allá de las nubes de incienso de sus ocho años, y recordaba que su madre había llegado a prometer que lo llevaría a Lourdes si sanaba, pero su madre había muerto hacía tiempo y además no había por qué. Las nubes se cernían plomizas amenazando lluvia, y sus compañeros se habían congregado bajo el mástil de la bandera que, a pequeños tirones, comenzaba a bajar. “Los asmáticos son todos locos”, oía decir a menudo. “Son los nervios, fallos de alguna glándula, falta de adrenalina”. Pronto llegaría el final del colegio, les darían las notas y disfrutarían unas vacaciones perpetuas, y se organizaría la última desbandada. En la última representación de teatro Francisco cogió una tal borrachera que iba durmiéndose encima de los pupitres, un fraile lo miraba con desprecio y él apenas podía disculparse. “No he hecho más que comerme las frutas de las jarras”, balbucía. Le dieron una esponja con amoniaco y se la obligaron a oler, porque tenía que hacer el papel principal y ni siquiera podía tenerse de pie. Cuando Francisco tuvo que ingresar en la Academia Militar por imposición de la familia, su hermana estaba en Cáceres con su padrino, el conde de san Justo y san Pastor. A

veces iba a verla y permanecían ambos en el gran salón, y él le contaba lo que había sucedido en aquel tiempo, a quién había visto, lo que pensaba de las chicas, de sus cualidades y de sus defectos. Mientras, el reloj del comedor encerrado en la caja alfonsina seguía marcando las horas, la casa estaba silenciosa y todos dormían. Lo cierto era que no se le conocían amistades femeninas duraderas, y al poco tiempo se produjo el escándalo: el director de la Academia había sido compañero de su padre y trató de ocultar los hechos, pero lo invitó a dejar la institución. Él así lo hizo, se trasladó a París y se instaló en el antiguo palacete deshabitado. Todavía los lienzos antiguos cubrían los muebles, y él no se molestó en quitarlos. No recibiría su herencia hasta la mayoría de edad, pero en su residencia parisina se reunía con amigos equívocos, gastando por adelantado un dinero que no poseía. Conoció al actual barón de Bussain, que le interesó vivamente: era un hombre distinguido que poseía un castillo en el campo, y había alcanzado la treintena cuando hizo amistad con el joven marqués de los Zegríes. Alardeaba de su ascendencia inglesa, y había heredado de su madre británica unos ojos pálidos como el acero y el cabello de un rubio pajizo. Pero los antecedentes del barón no eran tan claros como sus ojos: se decía que había colaborado con los alemanes, aunque nunca se pudo probar, e incluso que había llegado a traicionar a su propia familia. Ambos se hicieron compañeros de orgías; el barón le prestaba al joven grandes cantidades, todo a cuenta de la herencia de los Zegríes. Un día, Francisco bromeó con su amigo acerca de la muerte de su antepasado a las puertas de Ronda. “Era al parecer un hombre burdo -le dijo ante todos-, y fue Francisco de Borja, mi antepasado, quien acabó con aquel hijo de perra”. Contó ante todos riendo que el tal había sido soldado de Napoleón, y que los gladiolos que campeaban en su escudo se trasladaron al de su ejecutor. Había pasado tanto tiempo de aquello que ya pertenecía a la Historia, o al menos así lo creía el joven marqués; pero un ocho de octubre lo hallaron muerto en el palacio, con un tiro en la sien y los pantalones bajados, atiborrado de drogas y caída a su lado una taza de café. La policía no pudo aclarar las misteriosas circunstancias de su muerte; los periódicos hablaron del caso, especulando sobre una venganza de homosexuales. Su hermana Martina heredó el título de marquesa de los Zegríes, y acudió a París para dar tierra al cuerpo de su hermano y hacerse cargo del palacio, pero no lo habitó.

***

SE LLAMABA MARTINA Beatriz Isabel de Hungría y la llamaban la Marquesita, aunque en realidad el marqués fuera su hermano el mayor, y era hija de don Carlos y de doña Beatriz. Cuando ella nació, su hermano Francisco tenía cuatro años, lo vestían de niña y lo rizaban con tirabuzones, y en cambio a ella la peinaban con la raya al lado y con unas coletas. Sus abuelos maternos ya habían muerto y también había muerto

su abuelo Curro, el marqués, y nadie hablaba nunca de Carlota la Cubana, que el parecer vivía en el extranjero. Desde pequeña la llevaron a las Esclavas Concepcionistas donde había ido su madre, y allí hizo la primera comunión. Adornaron el comulgatorio con flores blancas, almidonaron los manteles del altar y los encajes raspaban de tan tiesos, y pusieron dos cordones trabados en los bancos para que nadie sino las comulgantes pudiera sentarse allí. Su madre se arreglaba mucho, tenía una linda voz y les cantaba bonitas canciones, y se sentaba por las noches junto a su hermano para rezar el Niñito Jesús. Tenía un collar de ámbar de cuentas meladas y suaves, y a Martina le gustaba sobre todo porque le habían contado la historia del ámbar, y sabía que un insecto en edades muy remotas había quedado atrapado, que siglos y siglos de tiempo lo habían encerrado en aquella casa como de caramelo o cristal. “Tu padrino es político”, le decían, refiriéndose al conde de san Justo y san Pastor. Ella no sabía lo que era un político, pero debía ser algo muy serio porque su padrino le pareció muy serio, aunque luego se percató de que podía ser cariñoso si se lo proponía. La enviaba libros, como aquel del hombre de la gorra que contaba fantasías absurdas, que cazaba leones con la imaginación y cultivaba un pequeño baobab en una maceta del jardín. Había visto pocas veces a aquel hombretón de pelo rojo que atronaba la casa con su voz, ostentosamente vestido y bien peinado, con pañuelo en el bolsillo y un alfiler en la corbata. No sabía entonces que un político perteneciera a un partido ni lo que era un partido político. La palabra *político* evocaba en ella la idea de un alguien lejano, con el matiz de que estaba un poco más alto que los demás, quizá sus pies no tocaban el suelo sino que quedaban en el aire, aunque tampoco muy lejos de la tierra. Tampoco sabía lo que era un ministro y aquello contribuía a la idea de hombre-más-lejano, y más sorprendente todavía era saber que había pronunciado discursos, y eso lo convertía en un padrino aséptico en ligera y continua levitación. Fueron luego los libros que le enviaba por su cumpleaños los que lo acercaron un poco, los que tiraron de sus pies hasta dejarlo a ras del suelo: historias de conquistadores, de marinos y de generales, muchos de los cuales pertenecían a su propia familia. Martina fue una niña inadaptada desde siempre. Primero murió su madre y luego su padre, que estaba tendido en una caja, amortajado hasta los ojos con una sábana, aunque era joven aún. La hija no lloraba, tenía los ojos brillantes y fijos y decía a todos que se habían equivocado, quería que pincharan a su padre que bajo la cobertura piadosa del sudario estaba destrozado por los jabalíes, y ella misma quería pincharlo para que vieran que no estaba muerto. No podían enterrar a su padre, porque no estaba muerto todavía. Fue a buscarla el padrino, abrió la caja de caudales y sacó unos pendientes y el collar de ámbar, y a ella le dio tanta pena que se levantó de la mesa y se subió para llorar. Quedaban pocas joyas en el maletín, porque las que no se

llevó la cubana se habían entregado en la guerra. Quedaba el sello de su padre con el escudo, y la pulsera de pedida de su bisabuela que no podía usarse porque tenía el broche roto, y ella siempre tuvo temor de que le cambiaran los brillantes. Y unos pendientes de perlas de dudoso gusto, una sortija de gusto más dudoso todavía con reminiscencias cubistas. No conoció nunca la existencia de su hermano anormal. Era tan pequeña que los recuerdos de entonces se deshacían en una niebla lechosa, se debatían entre el sueño y la fantasía. Se veía subiendo una escalerilla, había arriba una casa pequeña, se sentaba a la puerta de la casa y resbalaba en un tobogán. Había muñecos en los pilares, pintados en colores brillantes: Pipo llevaba una espada de madera en la mano y en la cabeza un gorro de papel, y Pipa estaba el lado y era una perrita de largas orejas, todo en lo profundo de sus sueños infantiles. Cuando sus padres murieron se la llevó a Cáceres su padrino, que era el conde de san Justo y san Pastor. Ella tenía entonces once años y nunca olvidaría el portalón cerrado, la lluvia cayendo tenaz, y la calle brillante entre escudos tallados en piedra, iluminada por una bombilla, al lado la gran maleta conteniendo sus cosas y don Diego allí, los dos aguardando a que algo crujiera, a que alguien metiera la llave en la puerta y la hiciera girar, y la lluvia parecía una cortina bajo el débil resplandor de la bombilla. Por fín alguien bajó las escaleras porque sintieron unos pasos sedosos en el silencio de la noche entre el rumor apagado de la lluvia, y por el montante distinguieron que se había encendido el farol. Era Coralia, y cogió la maleta con los vestidos de Martina y los discos de viejos tangos que compró su madre, tangos de Gardel mezclados con músicas hawaianas, piezas de flamenco y canciones de Conchita Supervía, y la maleta pesaba tanto que la tuvieron que ayudar. En los primeros tiempos, Martina aprendió muchas cosas de Cáceres. Fue cuando supo que don Diego había sido ministro de la monarquía y que se había retirado de la política. Era su padrino y aquello era una cosa extraordinaria, y aunque tenía que hacer esfuerzos para recordar a su madrina y entresacarla de toda su familia por parte de padre y por parte de madre, con él no era lo mismo, máxime porque estaba sola y él orgulloso de su ahijada. Don Diego hablaba siempre de sus antepasados los conquistadores. Era aquélla según le dijo la tierra de Hernán Cortés, que empezó de estudiante en Salamanca y conquistó el imperio de Méjico. “El océano Pacífico lo descubrió un extremeño -decía. -Se llamaba Núñez de Balboa y nació en Jerez de los Caballeros”. Se lo contaba muchas veces, sentados ambos ante la chimenea en las tardes de invierno, cuando la niña se refugiaba en el calor porque la consumía la nostalgia y la ahogaba la melancolía. Allí estaba Magdalena, la cocinera que lo había sido de su abuela doña Manolita, y había una criada grande y rubia con un lenguaje difícil de entender, y tenía con ella a su hija que era la doncella. Además estaba Justo, el jardinero. El ama de llaves se llamaba Coralia

y ella se encargó de Martina, y era ella quien le compraba los zapatos y los calcetines de color azul marino, las telas de los uniformes para el colegio y la de los abrigos, para que se los hiciera la modista. En aquella ciudad todas las casas eran antiguas, tenían portalones oscuros y escaleras de piedra, y sobre los portones un arco o un dintel, y algunas patios con columnas y grandes losas en el suelo, y hasta un pozo en el centro con un brocal de piedra. Los entramados eran antiguos y había alacenas en maderas nobles, y en las fachadas los canalones estaban desprendidos, y así cuando llovía el agua caía a chorros del tejado y formaba cascadas en la acera. La casa estaba silenciosa, con sus gruesos cristales siempre cerrados y las contraventanas protegiendo del frío o del calor de la calle. Fuera de las murallas subían por la cuesta los grandes camiones como mastodontes ruidosos, pero dentro de la ciudad vieja el tiempo se detenía y era siempre la misma hora en el reloj parado de la iglesia. Desde el campanario se veían los campos extensos y el trigo amarillo a lo lejos, y corría el airecillo a despecho del verano, ya que estaba cayendo la tarde y las espigas se mecían, casi imperceptiblemente, y las campanas iban a empezar a llamar para el rosario. Servían para que las monjas acudieran a oración, y a ella para saber la hora de entrada en el colegio que estaba retirado, echaría los bofes corriendo por el camino, como decía Magdalena. Cruzaba la plaza de Santa María junto a la estatua de san Pedro de Alcántara y salía por el arco de la Estrella, y al otro lado el bullicio de la ciudad nueva parecía trasladarla tres siglos en el tiempo hasta que llegaba al colegio desalada, con el abrigo desabrochado y desatado el cordón de los zapatos. Mientras don Diego se habría acomodado en un sillón de terciopelo detrás de los cristales del casino, y estaría con él su amigo el viejo profesor de árabe, y el médico y otros a quienes ella veía a diario; y como sabía que hablarían de ella al verla pasar, procuraba componer un poco la figura. Don Diego les diría lo bien que dibujaba y que tenía grandes dotes para la pintura. Y luego verlo entrar y salir todos los días, oír la llave en la cerradura y sus pasos, llegar a su lado y besarlo, y oír un comentario suyo amable porque siempre se interesaba por la marcha de sus estudios. Era para él un motivo de orgullo cuando los resultados eran buenos, aunque él supiera que quizá no habían sido tan buenos, y estaba a salvo porque él no vería el boletín de notas, su firma era demasiado apreciada para firmar el boletín, por eso lo hacía Coralia con letra picuda. Allí figuraba la nota media de las asignaturas y la clasificación de conducta, con menciones a la cruz de plata, de oro o de bronce, y se especificaban las faltas de asistencia. Un día y otro cruzaba la plaza del mercado a la salida del colegio, era launa menos cuarto y se detenía en la esquina para oír al charlatán picado de viruelas, escuchar su voz rota y destemplada y ver cómo ofrecía las cajitas redondas llenas de pastillas de eucaliptos, lápices y cuchillas de afeitar, mientras una mujer aguardaba sentada en una silla con

un pañuelo negro tapándole los ojos, ciñéndole las sienes y el cabello negro y grasiento, mientras que dentro del mercado olía a pescado pasado y a verduras rancias, y fuera como siempre el hombre picado de viruelas que tenía la voz tan ronca como si estuviera rota, pregonando plumas y lapiceros, y pastillas de eucaliptos para la tos. Había otros charlatanes pero ninguno como él, y escuchándolo con la boca abierta se les iba a los chiquillos el santo al cielo y se les pasaba el tiempo sin sentir. Cuando Martina se daba cuenta de lo tarde que era salía corriendo para llegar a casa a buena hora, y al día siguiente se quedaba otra vez plantada ante el charlatán de las pastillas doradas que sabían a eucaliptos y a miel, y mientras la mujer aguardaba, con su pelo negro y grasiento y un cansancio infinito en los ojos, a que él se los vendara con un pañuelo negro y deslucido. Se lo ataba en la nuca y empezaba a hacerle preguntas sobre la concurrencia, sobre el color de las corbatas o la edad de los curiosos, y ella aguantaba quieta y resignada mientras la voz del hombre sonaba colérica y le arrancaba el pañuelo de un violento tirón, y hasta la abofeteaba si se confundía. En la acera de enfrente estaban los puestos de ajos y los vendedores de cangrejos, afanándose de continuo en devolver a sus cestas los bichos inquietos que trepaban constantemente tratando de escapar. Ella regresaba a casa de don Diego con su uniforme de verano, se quitaba la blusa de seda blanca que se había ensuciado por el cuello y la falda azul marino tableada, cambiaba los zapatos marrones por sandalias y se ponía el vestido de flores del año anterior, notando en los brazos el frío de la casona. Pero al salir al jardín reencontraba de nuevo los aromas, los ruidos de siempre en las galerías de las casas vecinas, bajaba los escalones entre la nube blanca de la enredadera y así llegaba al fondo siempre húmedo, para remover con la pequeña azada la tierra entre los rosales y el boj, donde habitaban las lombrices rosadas. Tenían un abultamiento en el centro de su cuerpo cilíndrico, se retorcían un momento y ella las miraba con asco y las cubría con la tierra de nuevo. El jardinero era hijo de Magdalena y la trataba con mucho respeto, le cortaba ramos de lilas y la dejaba regar con la manga. Había violetas en el jardín que tenían un bonito color morado claro, eran muy frágiles y suaves, y estaban medio escondidas entre pequeñas hojas de un verde brillante, y medio asfixiadas entre los tallos pinchudos de los rosales, bajo la sombra del boj y del evónimo. Había un pequeño gallinero adosado al jardín, y con el tiempo se había roto la alambrera y las gallinas salían y entraban a placer. La flor de los rosales no era fina, tenían todos el mismo color y muchos pétalos menudos, pero su aroma alcanzaba el balcón del comedor y la galería. En primavera nacían clavellinas diminutas pegadas al suelo y pensamientos morados y amarillos, y el lilo se cuajaba de ramos como caperuzas. Las escalerillas para entrar al entresuelo estaban viejas y partidas y al subirlas y bajarlas había que saltar los escalones para no caer. La galería había estado en tiempos

sustentada por gruesos pilares de madera, pero como amenazaban con hundirse los cambiaron por otros de ladrillo, y la hiedra trepaba por los muros, hundía sus diminutas uñas deshaciendo el yeso que se desmoronaba dejando los ladrillos desnudos. Todas las primaveras les nacían vástagos nuevos sobre los antiguos, y tenían un tierno color verde claro. Brotaban prímulas blancas y anaranjadas, moradas y rojas, y azaleas que eran semejantes a las prímulas aunque más delicadas, y el jardín estallaba en verdes y rosados. Luego todo anunciaba el verano, las hojas de los árboles se hacían grandes y recias y la hiedra casi cegaban el ventanillo, mientras que el perfume de las rosas ya deshilachadas se colaba por todas partes, y los pétalos cubrían los paseíllos del jardín como en una doméstica procesión del Corpus. Martina paseaba a la sombra de los rododendros o miraba el cielo luminoso entre los témpanos de la parra, o subía a la cocina donde trajinaba Magdalena, bajo la enredadera velo-de-novia que rodeaba la escalera como un manto de gasa. Luego hacía su aparición el áster de otoño, los membrillos amarilleaban y las hojas del guindo de guiñamelojo se habían desprendido, y se respiraba un aroma a humedad y a flores marchitas. Por encima de los tejados el cielo se volvía gris, y las tejas parecían más oscuras. Arriba estaba el desván que era un cuarto misterioso, y para subir había que buscar las llaves en el cajón de Magdalena. Cuando las hallaba, Martina subía de puntillas la escalera oscura mientras oía a la doncella en el comedor y a don Diego que escuchaba la radio, la gata de angora se escabullía en el pasillo y ella entornaba la puerta, para que nadie supiera que estaba en el desván. Dejaba a un lado tanto chisme conocido, cajones de madera y sillas rotas con olores antiguos, y al llegar a la puerta del fondo metía la llave en el gran candado y tenía que esforzarse para que girase en la cerradura oxidada. En la penumbra del anochecer se hallaba en una habitación alargada con ventanas sobre el tejado, ante la sillería de flores talladas tapizada en granate, y apoyadas en la pared las orlas académicas donde estaban retratados los antepasados de don Diego, y él mismo, entre graves señores con barba. Había marcos abigarrados donde se había saltado la escayola, tibores panzudos y barrocos en las repisas junto a frascos de cristal polvorientos, y en una caja de cartón una colección completa de viejas bolas de billar con el marfil cuarteado y oscuro. Martina les pasaba suavemente las yemas de los dedos, palpaba sus grietas y sus pequeños agujeros y las notaba invariablemente frías. Había recogidos a un lado cristales rotos que se habían guardado por si acaso, junto al cajón con las figuras descabezadas de un antiguo nacimiento, con restos de serrín y de musgo y un cable enredado con bombillas pintadas de rojo o azul. A Martina siempre le gustaron los colores, y una sensibilidad especial se los hacía percibir frescos y vívidos. En una ceguera luminosa cerraba los ojos y veía brotar cascadas deslumbrantes, rayos de oro y puntos de luces como en una lluvia de confettis,

culebrillas y soles que estallaban formando cataratas, y si llegaba a frotarse los ojos con las manos era la embriaguez del color. Salía a la galería radiante después de atravesar los salones en penumbra y el fondo de sus ojos se convertía en fuego, veía la sangre a través de los párpados cerrados y sus tonos cambiantes. Amaba los colores. El carmesí le resultaba un tono de cuento o de canción folklórica, manto carmesí bordeado de armiño en el rey, o labios carmesí de la princesa. Le gustaba dibujar, y copiaba los grabados de las revistas antiguas que su padrino guardaba en el despacho, de forma que todos sus cuadernos estaban llenos de dibujos iluminados a todo color. Copiaba de tarjetas postales barcos con velas amarillas, paisajes de otoño y ciervos de grandes cornamentas, y al fondo un paisaje de cordilleras nevadas. Invariablemente pasaban los meses de calor en La Hacienda, que era la finca de veraneo de su padrino, y le parecía extraño que él fuera el dueño de todo aquello, de todas las colmenas y palomares y de la era, y de aquellos montones de paja tan altos como montañas. Todos los años Justo el jardinero sacaba la miel endurecida y blanca, y al masticarla se notaban los terrones de azúcar. Magdalena guisaba los pichones con salsa de chocolate, como le enseñara en tiempos doña Manolita, y antes los habían sacado del palomar grande y redondo que estaba enmedio de los campos de trigo. El jardinero colocaba reteles al fondo del arroyo para pescar cangrejos, y como eran aros con malla recordaban a los cazamariposas. Había cumplido Martina los catorce cuando pasó un verano en Ronda con unas primas, y cuando reencontró el abismo recordó que antes le parecía natural que las personas se vieran abajo tan pequeñas y que al lanzar una piedra se perdiera de vista, después de rebotar varias veces en los muros terrosos. Y que de noche las luces brillaran abajo como puntos, junto al torrente que levantaba espumas blancas y a los ojos diminutos de la presa. Porque de niñas no conocían el vértigo, podían subirse al escalón y proyectar el cuerpo fuera sin saber que aquello se llamara el abismo, ni que escondiera la muerte. Cuando ya calzaban zapatos de medio tacón y usaban medias tan finas que se rompían con mirarlas descubrieron el secreto, oyeron las voces y sintieron el vértigo, tuvieron que asirse de la barandilla y mirar a otro lado, y decir para disimular que se estaba haciendo tarde y el aire comenzaba a ser frío. Allí se encontró a Nicomedes Luis que era hijo del antiguo escribiente de sus padres. No lo veía desde niña y se había habituado a considerarlo su inferior, pero ahora tenía dieciocho años y una novia que se llamaba Tránsito que vivía en el Mercadillo como él. Se había convertido en un muchacho recio y fuerte de facciones duras y pelo ensortijado, usaba gafas de ancha montura, y aunque no era demasiado guapo tampoco le pareció feo. Por ella, Nicomedes Luis dejó a su novia del Mercadillo. Las amigas eran ladinas, apartaron a Tránsito y, en lugar de seguir a su novia, Nicomedes Luis la había seguido a ella. Como Martina no quería al muchacho todo aquello le

importaba poco, pero necesitaba personalizar su amor naciente y para eso Nicomedes Luis era tan bueno como otro cualquiera. Cuando estuvo de vuelta en Cáceres y recibió una carta donde la llamaba *noviecita de mi corazón,* el hecho la indignó: “Vaya un tipo cursi, y además presuntuoso”, pensó, y a partir de entonces no volvió ni a acordarse de él, pero él ya nunca volvió con su novia del Mercadillo. El día del cumpleaños de don Diego era siempre una fecha importarte en la casa, había bandejas de pasteles, yemas y dulces de todas clases, y botellas de un vino blanco y oloroso para obsequiar a las numerosas visitas que acudían a felicitarlo. Aquel año Martina estuvo comiendo pasteles mano a mano con Coralia, guarecidas en la penumbra de un pequeño salón, y hubo un acto en el ayuntamiento donde el conde pronunció un discurso, el último de su vida pública. Los concejales le ofrecieron un homenaje caluroso, un pergamino y una placa de plata con sus armas cinceladas, y el vate local leyó unos versos conmemorando la ocasión. A la fiesta acudió don Casto, el hermano menor del conde a quien Martina veía pocas veces. El hombre iniciaba un oscuro carraspeo que acababa atronando, trataba de aliviar la chimenea de la garganta y la nariz y después de un forcejeo ruidoso la mano alcanzaba el pañuelo del bolsillo, lo situaba ante a boca y expelía algo que envolvía cuidadosamente. Luego el pañuelo ocupaba su sitio en el bolsillo y él seguía mascando con fruición, paladeando el postre que había preparado Magdalena. Y Martina seguía pensando en aquello que había ingresado en el pañuelo, sentía el postre erizarse en su estómago y tenía que hacer un esfuerzo para que la imagen se esfumara y la digestión siguiera sin tropiezo. La galería de la casa estaba llena de periódicos viejos, todos descoloridos porque no dejaba de darles la luz, y la madera de las ventanas había recibido tantas lluvias que no encajaban las fallebas, y las cuerdas de las persianas formaban marañas de nudos. Los sillones de mimbre se habían reblanquecido con el sol y el barniz había desaparecido con el tiempo, las humedades y el calor tórrido del verano. Los almohadones de la galería habían tenido algún color pero eran blancos ahora, con asomos de rojo o de naranja o amarillo por debajo de los botones, mientras los periódicos se apilaban con las páginas amarillentas, algunas con corros oscuros porque las había alcanzado la lluvia. La parra alargaba sus vástagos hacia la galería y la hiedra trepaba por el muro junto al lilo y debajo del balcón del comedor, y en primavera el lilo seguía cuajándose de flor entre azul y violeta, y sus finas ramas se curvaban bajo el peso. En invierno el jardín permanecía silencioso, los macizos de boj abrumados por la nieve, cubierto todo por el blanco edredón que nadie había pisado, los tejadillos y las oscuras tejas se habían remozado bajo la nevada y no mostraban el peso del tiempo, y las escalerillas de ladrillos estaban sumergidas bajo aquel manto como de algodón. Entonces era la melancolía, cuando el rayo de sol que entraba por el ventanillo casi cegado por la hiedra había lamido su cara, luego sus

hombros y sus brazos, le había bajado por las piernas y se había detenido un momento en un ángulo de la cama con colcha de seda. Entonces le parecía estar ciega porque todo se quedaba oscuro de repente y no veía nada, ni la pintura de la pared que formaba relieve en azul y gris, y que cuando la miraba fijamente le sugería figuras extrañas. Desaparecía todo en un instante y no podía distinguir el macetero ni la puerta que daba al pasillo, donde chisporroteaban las brasas dentro de la caldera de la calefacción. “Espera, compañero sol, no te vayas todavía”, musitaba, pero poco a poco los rayos sesgados y fríos lamían el último jirón de la colcha y huían de su carne caliente. Después venía el escalofrío, se ovillaba en la cama y se acariciaba a sí misma suavemente, los hombros y el cuello y los muslos cálidos, y guardaba las manos entre los muslos, siempre aovillada en postura fetal, como si ya no estuviera sola. Su hermano estaba interno, a veces llegaba y charlaban como antes, pero poco a poco también él se le fue haciendo extraño. Aunque ella presumía de hermano con las amigas, y lo que más le gustaba era encontrarlo en casa cuando volvía de vacaciones, y entonces él le decía que estaba muy guapa con su vestido nuevo, y aunque ella lo sonsacaba para que le contara si tenía novia, él no le contestaba y parecían angustiarle algunas cosas en su relación con las muchachas. Solía llegar en motocicleta y para combatir el frío se envolvía las rodillas en papel de periódico, y fue él quien la animó para que tomara sus primeras clases de pintura, y le regaló un maletín con colores de óleo. Siempre le había parecido difícil pintar a la acuarela dejando traslucir el papel y usando veladuras muy pálidas, y en cambio con el óleo descubrió el placer de pintar, porque podía insistir y modificar el color o el dibujo a capricho. Empezó copiando en un lienzo un trozo de cecina parecido al jamón, con unos pimientos colorados y una jarra de loza vidriada de amarillo, donde el borde se oscurecía y adquiría tonalidad de caramelo en las gotas como verrugas, y un trozo de pan que estaba duro porque siempre era el mismo, y un vaso de grueso cristal mediado de vino oscuro, todo sobre un fondo de pañete rojo con pliegues. Cuando tuvo diecisiete años y pudo dejar el colegio, la admitieron en el mejor estudio de arte de la ciudad. Estudiaba figuras blancas de yeso y las dibujaba a carboncillo, trazaba sobre el papel de estraza un suave escorzo y las mórbidas líneas de una anatomía, y así trasladó al papel el discóbolo que sostenía el disco en su mano derecha y parecía fuera a lanzarlo de un momento a otro, y la venus de carnes lisas y senos pequeños, ombligo firme y caderas redondas. Dibujó al niño de la espina sentado, inclinado sobre un pie, y al niño de la oca pequeño y regordete. Hizo cabezas de varones y matronas con bucles y mantos plegados, mientras a través de las ventanas altas el sol alumbraba un movedizo polvillo de oro, un polvo luminoso que bailaba al sol que entraba a raudales en el estudio a través de las altas luceras. Usaba carboncillos, gruesos y también finos, lisos o corcovados que

venían en paquetes, y fijaba el dibujo soplando por un tubo acodado un líquido pegajoso y volátil con olor a alcohol. En el centro del estudio estaba el búcaro con flores y alrededor los caballetes, delante los alumnos que estudiaban pintura y que venían de toda la comarca. Todos tenían las batas manchadas, todos sostenían la paleta en una mano y el pincel en la otra y miraban atentamente el modelo. La bata de Martina era color de rosa, un vestido de verano que no usaba ya. Tenía ante sí el lienzo clavado en un bastidor, muy tirante, y en un principio el modelo podía ser una fruta o una botella o un ramo de lilas, o una de las cabezas que antes había dibujado a carboncillo, envuelta ahora en una tela multicolor. Sostenía los pinceles trabados en la mano izquierda, y los más gruesos le servían para rellenar los fondos con la pintura aguada, y los más finos para dibujar las siluetas. A veces con la espátula difundía masas de pintura, y estaba tan absorta en su trabajo que no se preocupaba de los demás. Tenía extendidos en la paleta los colores empezando por el blanco de zinc y luego el amarillo, diversos ocres y el bermellón, el carmín y los verdes y azules y el negro de humo, que a poco se mezclaban y se hacían sucios y agrisados. Para que no se amustiaran las flores las cortaban muy frescas, diluían en el agua una pastilla de aspirina y pintaban durante muchas horas, para que el cuadro estuviera pronto terminado. Decían que estaba dotada para el arte *y* para cualquier habilidad, ya que el arte no era uno solo, sino una cuenca donde fluían todos los ramales. Quizá se trataba de una cuestión de visión, o el secreto estaba dentro de su cabeza, lo cierto era que mientras algunos cuidaban el dibujo despreciando el color, sus pinturas lucían colores radiantes y en sus cuadros el cristal verde de una botella era algo más que un cristal verde oscuro. Bien fuera un manojo de lilas o un ramo de claveles ella los veía de distinta manera, y frente al modelo su interpretación era siempre distinta. Quizá ostentaba una sensibilidad infantil amante de oropeles y lentejuelas, quizá un gusto primitivo semejante al de los indígenas que cambiaban metales preciosos por abalorios multicolores, quizá fueran los genes de su abuela la cubana, o algún vestigio del gusto por los tonos brillantes que se mostraba todavía en el profundo seno de las cavernas prehistóricas. “Un buen colorista se advierte incluso en un apunte al carbón”, decía su maestro, y aunque no lo confesara abiertamente, lo cierto era que se refería a Martina. Su hermano había ingresado en la academia militar, y cuando la dejó ella desconocía el motivo y pensó que al parecer no servía para el ejército. No llegaba a inquietarla demasiado, llegaba a la casa y seguían charlando como antes y luego se marchaba y no regresaba en mucho tiempo. Luego se fue al palacio de París y allí murió con veintidós años y en extrañas circunstancias, y entonces la vivienda quedó de nuevo abandonada. Ella no consiguió llorarlo, pero estuvo mucho tiempo recordando los tiempos en que las piedras saltiqueaban a sus pies cuando jugaban, y ahora cada piedra que saltaba en el abismo repercutía en su

garganta. Se vio trasplantada a otro mundo luchando en sueños contra una extraña y nueva sensación, contra la nueva persona que surgía y el vértigo que barría la felicidad de una inocencia perdida. Cuando fue mayor de edad, Martina estuvo en disposición de trazar su propio futuro. La fortuna de sus padres se había quedado en bien poca cosa, y el resto su hermano lo había dilapidado, así que puso en venta el palacete de París. Se había convertido en una mujer bella y distinguida, muy semejante a su madre doña Beatriz. Tenía los ojos grandes y verdes, la tez morena y unas facciones delicadas y bellas, sus manos eran finas y caminaba con gracia y ligereza. No quiso vender el palacio de Ronda y lo cedió como museo, y ella se fue a seguir pintando a París, y con ella se llevó a Coralia. Ocuparon un apartamento en un piso alto, sin más muebles que los necesarios pero claros y agradables a la vista. Tenía habitaciones con terrazas y un largo balcón en la trasera dominando un panorama magnífico, y en cuanto lo vio soñó con instalarse allí, poner cortinas y visillos en las ventanas y llenar de leños la chimenea, cubrir la terraza en invierno y llenarla de flores en verano, mientras abajo susurraban los árboles y el río. Por entonces le llegó una nota del barón de Bussain. Lo recibió en su casa y le pareció un hombre muy guapo de extraños ojos sumamente claros, alto y delgado y con la tez curtida por el sol. Tenía un bigotillo recortado y una soberbia dentadura que mostraba casi continuamente al sonreír, pero sus ojos no sonreían y era distante y frío. Estuvo diciendo que era de ascendencia extranjera y había conocido a su hermano en París, y aunque aparentaba más edad que Martina empezaron a salir juntos. Según le contó, no tenía familia y había estudiado arquitectura, y a Coralia le hablaba de él con entusiasmo hasta que un día el barón le presentó unos pagarés. Eran deudas de su hermano y la muchacha se quedó consternada, porque no tenía dinero para hacer frente al pago. Él pareció entonces cambiar de intención, y ante el asombro de Martina destruyó los documentos, en forma un tanto ostentosa. Iniciaron un frío idilio que terminó en una boda convencional. Coralia fue la madrina y el padrino fue un amigo del barón, de aspecto un tanto ambiguo, y todos los invitados habían conocido a Francisco. A Coralia le extrañó que no asistiera la familia y alguien le explicó que todos habían muerto bajo los nazis, pero aquella noche la mujer no pudo dormir, pensando que no le gustaban nada sus amigos. El barón tenía una hermosa finca junto al Loira donde se trasladaron, y pronto comprobó Martina que se trataba de un degenerado, lo que la hizo encerrarse en una tenaz frigidez. Un día le encontró a su marido unas cartas equívocas de Francisco, y entonces comenzó a sospechar. Lo notaba excitado y colérico y pensó que quizá estaba complicado en su muerte, e incluso trató de indagarlo por todos los medios, pero no consiguió ningún resultado. Una vez discutieron en forma violenta. El barón la dejaba cada vez más por los amigos, y Martina sufrió en poco tiempo varios accidentes

peligrosos en los que siempre tenía algo que ver su marido, pero tampoco pudo demostrarlo. Ignoraba el motivo de su inquina pero no era feliz y decidió separarse, y cuando fríamente le planteó el divorcio, ante su asombro él lo aceptó cortésmente. No había pasado un año de la boda cuando lo realizaron, y Martina volvió a París con Coralia y se entregó por completo a su arte. Por entonces murió en Cáceres don Diego, y aunque su imagen se le hacía ya lejana, él había sido su padrino y ella acudió a los funerales. No llegó a verlo muerto, quizá fue el único muerto de su casa que no vio. Añoraba a su hermano y los lugares de su niñez, y mirando atrás veía aquellos momentos como rayos fulgurantes, como si hubiera abierto un cofrecillo de joyas y sorprendiera la luz en sus facetas. En los funerales encontró a Nicomedes Luis, que había ganado unas oposiciones sin importancia, y apenas lo reconoció cuando ella bajaba los peldaños de la iglesia y él apoyó las manos en los hombros de Martina, que se desprendió sin disimulo, como si le molestara aquella excesiva muestra de confianza. Luego tomaron ambos una estrecha calle en la ciudad antigua, llena de viejas casas con miradores desvencijados que tenían los cristales rotos o caídos. El callejón se estrechaba más y más hasta llegar a una tapia, y ella llevaba un cuaderno y un lápiz y lo apuntaba todo, desde las viejas galerías que cerraban la vista del cielo hasta los desvencijados aleros. Le parecía entonces no habitar un mundo real, sino uno de aquellos escenarios de los cuentos infantiles donde había niños huérfanos a quienes todos golpeaban, zapateros remendones que un día tenían que guarnecer el chapín de una princesa. Estuvieron recordando a Francisco y ella empezó como entre brumas a hablar de sí misma, de forma que contó que no había tenido hijos ni los quería porque estaba muy cómoda así, aunque lo cierto era que tener un hijo era lo único que siempre había deseado. Nombraron al barón y se sintió extraña, los dos sentados en aquella terraza hablando de otro hombre, y se asombró de que charlando con Nicomedes Luis se sentía en cierto modo liberada de sus fantasmas. De forma que, como iba a tomarse unas vacaciones le sugirió que la acompañara, y el proponérselo le pareció lo más natural. En Ronda, alguien dio la noticia. “Están juntos - dijeron -, tenían que terminar así”, y al poco tiempo todo el mundo sabía que Martina y Nicomedes Luis se habían encontrado, que viajaban juntos y habían tomado el barco de Tánger y estaban visitando Marruecos. Aquella tarde el barco dejaba un reguero de espumas, gotas muy finas se pulverizaban alrededor mientras distinguían la costa a un lado y a otro, sentían en la cara y en las manos la humedad del mar y veían saltar a lo lejos los delfines. Hallaron playas blancas e inmensas, corrieron en las dunas calientes y se dejaron caer revolcándose como niños, y riéndose mientras el mar embravecido estallaba en la arena con un rugido de cataclismo. Almorzaron en un chiringuito de la playa, Martina confundió a un camarero con Justo el jardinero, y resultó ser su hermano gemelo,

Pastor. Pasados unos días, los dos amigos se fueron juntos a París. Era verano y los acogió la exuberancia de la vegetación en las cunetas, con su verde brillante, macizo y compacto, un tanto monótono según él. “Parece que el francés, al contrario que el español, no tiene que luchar por conseguir vegetación sino por librarse de ella”, observó. Estuvieron visitando la ciudad con un tiempo espléndido y tomaron fotos en la plaza ante la catedral, bajo las torres chatas, y mientras las notas del órgano estallaban entre las bóvedas. Cruzaban el río por el puente de Notre Dame y llegaban al Louvre, y él allí comentaba que le gustaba el palacio, pero que la colección del Prado era mejor. “Demasiados retratos de Napoleón”, reía tomándola del brazo. Llegaron a la torre Eiffel y subieron deprisa, casi vertiginosamente, entre la vieja armazón claveteada de gruesos remaches, mientras la ciudad se alejaba a sus pies. “Es de esperar que no vengan a molestarnos aquí las visitas inoportunas”, bromeaba Martina mientras subía los peldaños metálicos que la acercaban a la antena de la radiotelevisión. El monumento de los Inválidos le pareció a él de pésimo gusto, y por demás pretencioso. “Y esa tumba monstruosa”, comentó al salir. En el *Jardin des Plantes* encontraban niños y viejos tomando el sol, visitaban el barrio latino caminando despacio, y rodeando iban a parar a la Sorbona. Allí recorrían pasillos destartalados, corredores y oficinas siniestras, y leían en los tableros anuncios de viajes económicos para estudiantes; luego salían a respirar fuera, porque a Nicomedes Luis el edificio le parecía asfixiante y lóbrego. “Durarte el curso, este barrio cambia de fisonomía”, le dijo ella colgándose de su brazo, y como habían comprado un cucurucho de ciruelas se comían una y tiraban el hueso en la calzada entre las ruedas de los automóviles, y recalaban ante la iglesia de *St. Germain-des-Près.* Se acostaban muy tarde por las noches, y en largas tertulias les llegaba la madrugada. Se levantaban tarde, y todas las noches como una obligación hacían el amor. Era siempre lo mismo: levantarse, almorzar, pasar la tarde de cualquier forma, acostarse de madrugada y hacer el amor, y volver a levantarse tarde por la mañana, y había momentos en que ambos tenían la convicción de que hubiera merecido la pena vivir sólo para eso, hacerlo una y otra vez en una suerte de feliz embriaguez. Pero Martina quería un hijo sobre todo y el acto llegó a convertirse en algo mecánico, hacer *aquello* sin emoción y sin preámbulos, dejando a un lado las caricias y las delicadezas, en una febril ansiedad. Un día visitaban un local de lujo y se encontraron con el barón, y se saludaron como si nada hubiera sucedido. Los meses pasaban y Martina no se quedaba embarazada, permanecía en la cama porque no se encontraba bien o tenía dolor de cabeza, o escalofríos, y empezaron a distanciarse porque era frígida, y al parecer estéril. Luego pasaba el día en el estudio, y él recorriendo la ciudad. Martina llamaba a su casa y decía que llegaría tarde porque tenía compromiso con unos amigos, y lo que podía haber sido un buen final se convirtió

en algo espinoso parecido al desastre. Aquellas dudas y vacilaciones provocaron en ella una seria crisis psicológica, y lo que empezó siendo una circunstancia marcó la pauta de su vida. Nicomedes Luis no la culpaba a ella, tal vez a su temperamento, tal vez a que no supieron educarla adecuadamente, hacerle valorar el amor en el que era completamente ignorante. Quería sin duda deshacerse de él y empezó a no volver al piso por las noches, de forma que él estaba dispuesto a marcharse y a hacerse cargo del trabajo que había abandonado. Ella siguió pintando. Echaba de menos un amor, echaba de menos a los hijos, a un amigo, se sentía sola. A veces recordaba al barón, recordaba a Nicomedes Luis, pero no quería, o no podía, volver al pasado. Los separaba su propio orgullo, y los sentía tan lejanos como a seres que habitaran distintas galaxias, porque además había perdido sus esperanzas de maternidad. Por eso avanzaba en su carrera, sin nada a qué asirse fuera de ella, y sus cuadros iban cobrando renombre internacional. Vivía consigo misma y con sus recuerdos y pintaba sin trabajo, como si el pincel trabajaba solo, llenaba lienzos y al mismo tiempo iba quedando vacía de amargura, de forma que se estaba convirtiendo en una celebridad. Era un no estar dormida ni despierta, un dejarse llevar enmedio del silencio, oyendo el tic-tac de un reloj, el rozar de una hoja o el resbalar de un papel, el crujir de un asiento, mientras permanecía en aquella actitud de semidespierta o semidormida, entre el liviano movimiento que existía entre estar leyendo un libro y estirar la mano, tomar el cigarrillo y sacudirlo, casi imperceptiblemente, en el cenicero de ónix. Si coincidía quizá con su marido en una reunión, se saludaban como dos extraños. Con motivo de la publicación de un libro volvió a tener noticias de Nicomedes Luis, y su amistad se reanudó, no sin una cierta melancolía por parte de ambos. El le envió su libro y ella le contestó, animándolo a que siguiera escribiendo. Un día visitó en Cáceres la casa que iban a derribar. Habían arrancado los pesados llamadores, los portones estaban cerrados y tenían letreros soeces escritos con tiza. Nadie había vivido allí desde hacía mucho tiempo, nadie había subido al piso superior, sólo los vagabundos que abrieron brecha en la trasera de la casa. Fuera la ciudad estaba igual, y en cambio la casa le pareció el reo que aguardaba en la celda de la muerte a que llegara su hora. Era imposible volver en el tiempo, subir las crujientes escaleras del desván, abrir uno a uno los ventanillos sobre el tejado y andar hacia la habitación cerrada, meter la llave en el candado y dar vuelta, y hallar las mismas cosas, el cajón con las figuras descabezadas del nacimiento y las hileras de frascos blancos de polvo, las orlas con caras de otro siglo, revolver en las lámparas quebradas o en los apliques desparejados, ver cómo seguía cojeando el sofá, tocar la seda ajada de la tapicería. Le parecía penetrar a través de los tiempos, y se sentía flotar en los senderos cegados del jardín. Estaba alegre porque al fín había podido llorar, lloraba como una tonta vagando por aquella casa en ruinas entre obreros

que iban y venían acarreando y un fragor de escombros derramados. Un camión, incrustando su trasera en la casa, recogía los cascotes que se derrumbaban en su panza con polvo y estrépito. Había un hombre blanquecino y la miraba llorar. “Es que he vivido aquí tantos años”, se disculpaba ella. A través de la chimenea en el antiguo comedor se distinguían ahora las maderas del desván y un hueco azul encima, el cielo azul, y oía arriba las voces de varios hombres más. Los pasos se torcían sobre los cascotes y las vigas apiladas que rodaban bajo los pies, y ella devoraba con los ojos todo aquello deseando aprisionar una imagen última, guardar un último vestigio doloroso. El escombro crujía bajo sus pies, subió con tiento las escaleras medio cegadas del jardín, a través de una puerta que siempre estuvo cerrada y nunca se había utilizado, y que ahora encontró abierta de par en par bajo el tejadillo del viejo gallinero, que había perdido sus alambreras por completo. Habían cortado los árboles, y entre las vigas medio podridas, apiladas en montones vacilantes, subió las escaleras del jardín cubiertas de escombros, traspuso la puerta de la cocina que estaba abierta y siguió por el pasillo hasta el desván. Seguían gimiendo los escalones y aquello tenía por techo el cielo y unas vigas solitarias, desnudas y desamparadas. Había tejas desprendidas, apiladas cuidadosamente sobre las losetas de barro cocido. Pensó que al menos las tejas se aprovecharían, Dios sabía dónde, porque eran buenas para que resbalara la lluvia en una construcción cualquiera, de nueva planta. Y el cielo azul pastel tan ofensivamente indiferente, desvelando hasta los sótanos aquel tono inmutable sin una sola mancha, sin una nube. Maderas astilladas, agobiadas por el peso de los siglos, liberadas ahora, condenadas al fuego. Y la luz irrumpiendo por primera vez hasta el último rincón tenebroso, que cobijara la fecha antigua que no vio nunca con sus propios ojos, desnudando las tinieblas que escapaban estremecidas aleteando entre los entramados podridos, a través de los huecos que dejaban las tarimas desclavadas y las losetas desprendidas. La sombra de los Conquistadores quedaría prendida allí, bajo los cimientos más profundos, aunque arrancaran las vigas carcomidas y las amontonaran en el jardín, junto a los troncos cercenados de los árboles. Aunque talaran la parra y derribaran los tejados, aunque destrozaran las tarimas y las losas y desgajaran las puertas y se las llevaran a otro lado, o las quemaran, aunque se divisara el cielo desde el sótano profundo a través del entramado del primer piso, y del segundo piso, y del desván, y del tejado, porque nunca terminarían de sacar el escombro de allí. Le parecía despertar de un extraño éxtasis, y se estremeció porque ya no era tiempo de arrastrar añoranzas enfermizas. La triste realidad la aguardaba fuera, y se volvió por última vez a contemplar la maraña de grises descoloridos tachonada por el verde de las hojas perennes, y las hiedras todavía rampantes por los ladrillos rojos y desnudos. Y había un camión que incrustaba su trasera en la casa y recogía los cascotes que se

derramaban en su panza con polvo y estrépito, y había un hombre cubierto de polvo blanquecino con una gorra manchada de yeso, y se oía hablar a varios hombres más, y los pasos se torcían sobre los cascotes y sobre las vigas apiladas, y había un ansia en el fondo, un deseo de aprisionar aquella última imagen, aunque fuera atormentadora, de conservar un último recuerdo lacerante. Contempló por última vez los aleros de tejas desprendidas y a punto de caer. Y sobre las escaleras de ladrillos se habían derrumbado las arcadas de hierro, y las barandas estaban tronchadas, caídas hacia el jardín.

LIBRO TERCERO: EXTREMADURA.

“Extremadura es tierra fuerte, de paisaje con lontananza de infinita idealidad. La fuerza se alía aquí al espíritu. Se ha dilatado Extremadura más allá de la mar: tierras incógnitas con montañas altísimas, donde los ríos tienen anchura de mares”.

AZORÍN.

DESDE LA SIERRA DE GATA hasta Andalucía, y desde Portugal a Castilla, se extendió Extremadura. Sus llanuras y valles, sus cordilleras y montañas fueron cuna de conquistadores que asombraron al mundo con sus hazañas en el descubrimiento y conquista de América. En Trujillo nacieron Pizarro y Orellana, Hernán Cortés en Medellín, Pedro de Valdivia en La Serena y Vasco Núñez de Balboa en Jerez de los Caballeros. Allí se acumularon viejas piedras romanas y castillos medievales, entre vegas fértiles, huertas de frutales y campos de trigo. Y bajo su cielo luminoso se alzaba Cáceres, la ciudad antigua donde el poder feudal se rebeló desde siempre contra el soberano. Tanto fue así que, a fin de acabar para siempre con la actitud de los nobles rebeldes, los Reyes Católicos se vieron obligados a ordenar que todas las torres de las casas feudales fueran cercenadas; debían derribarse hasta la altura del resto del caserío, macizando aspilleras, cegando troneras e inutilizando matacanes. Allí el inmemorial apellido Moctezuma se unió a la vieja nobleza española, cuando un capitán extremeño compañero de Hernán Cortés desposó a la princesa Ixtlaxochitl, hija de Moctezuma el emperador de los aztecas, quien bautizada cor el nombre de Isabel hizo posible que la sangre india se uniera con la de los nobles extremeños. En la ciudad dividida en bandos y linajes contrarios se afincaron los Carvajales; aquéllos, condenados a muerte por el rey Fernando cuarto, fueron escarnecidos, y arrojados por la Peña de Martos, no sin antes emplazar al monarca ante el tribunal de Dios en el término de treinta días, que fueron los que el rey sobrevivió. Desde entonces, la banda roja que ornaba el escudo de los hermanos perdió para sus herederos el color rubre de los comendadores de Calatrava y se tornó en negra, o sable. Más tarde, cuando los soldados de Napoleón tomaron la ciudad, el intruso José le confirió el rango de capital, mientras el obispo Álvarez de Castro era asesinado por los franceses, por el delito de ser hermano del ilustre y heroico defensor de Gerona. Por aquel tiempo ejercía en Cáceres un cirujano, sin título de médico como era habitual entonces, que se llamaba don Zenón. Sus principios habían sido humildes: había nacido en el barrio de los hebreos o Judería Vieja, primero que los judíos ocuparon en Cáceres tras la reconquista, al amparo del antiguo alcázar. Quedó huérfano desde muy niño y pasó por diversos oficios: fue aprendiz de platero, y en la platería se ocupaba de barrer y de otros menesteres parecidos. Luego inició sus estudios médicos, ayudándose con su trabajo y haciéndose notar por su inteligencia despierta, un ojo clínico nada común y una privilegiada memoria. *La vida es corta* -recitaba de corrido-. *El arte largo, la ocasión fugitiva, la experiencia falaz, el juicio dificultoso. No basta con que el médico haga por*

su parte lo que deba hacer, si por la suya no contribuyen al mismo tiempo el enfermo, los asistentes y demás circunstancias exteriores. Había empezado tundiendo barbas y sacando muelas y acabó siendo nombrado Practicante Mayor en Cirugía del Hospital del Rey. Más tarde empezó a vender sus libros clínicos y lo nombraron director del hospital. Por entonces conoció a doña Guiomar. Era de rancio abolengo, emparentada con la familia de los Golfines, y vivía a la sombra del palacio episcopal, en una casona antigua tan parecida a otras de por allí, que lucía sobre la puerta adintelada un escudo heráldico. Cerca quedaba la empinada calle del Adarve de la Estrella, y en las inmediaciones se alzaban la casa del Sol y la del Aguila, la torre de los Plata y la mansión de las Cigüeñas. Después de unas púdicas relaciones, la pareja llegó a casarse. En las plazuelas y rincones la vida transcurría tranquila, sólo turbada por las escaramuzas con los franceses y las extremadas temperaturas, y gran brusquedad en el paso de unas estaciones a otras. En verano se padecían calores pegajosos e insistentes y en invierno mucho frío, aunque con poca nieve; y como muchos no estaban calculados para ello padecían el peligro de quebrarse por la extremosidad del clima. Poco a poco el prestigio de don Zenón como médico traspuso las fronteras, de forma que el mismo Papa fue a engrosar el número de los que le confiaban el cuidado de su salud. No era excesivamente puntual a la hora de pagar sus deudas y, así como los pobres rebañaban en sus arcas y compensaban al médico en ochavos o en maravedís, los de extracción media en reales y pesetas de plata o incluso en medios duros y en duros, y los más acomodados en doblones y en onzas de oro, el Papa suplía los honorarios con indulgencias. Cuando el Santo Padre sufrió la enfermedad papal por excelencia, las paperas, don Zenón lo curó. Se le quedó mirando gravemente y dijo luego de corrido: *"El cuarto día es el indicador del séptimo, el octavo es el primero de la semana siguiente; obsérvese el onceno, que es el cuarto de esta segunda semana; obsérvese también el día diecisiete, que es el tercero después del catorceno y el sexto después del día once".* El Papa sanó de las paperas, y aunque quedó inútil para engendrar a consecuencia de que el mal le había atacado los dídimos, por causa de su ministerio la cosa no revestía mayor importancia. Así que nombró al médico, agradecido, conde de san Justo y san Pastor, y así llegó a ser además de uno de los médicos mejores del mundo, uno de los más respetados. Era el conde seco y enjuto, de color cetrino, nariz ganchuda y grandes entradas en los aladares, una piel amarillenta y una larga barba que empezó siendo oscura y acabó canosa, porque no tuvo tiempo de blanquear. Sus alargadas manos parecían talladas en bronce, y desde siempre su único hijo acostumbraba a besárselas doblando una rodilla. Y si no lo hacía, él se lo tomaba muy a mal. Tenía fama de hombre duro, pero en confianza era muy cordial, aunque en la casa se guardaba una gran compostura y su hijo lo llamaba de

vos. “Hubo un tiempo en que los dioses nacían en Extremadura”, decía el padre con orgullo. Le contaba que los aztecas adoraban a los ídolos. “Eran dioses falsos fabricados en madera y oro -le decía, -y Moctezuma y sus indios les sacrificaban vidas humanas. Tenían templos que brillaban como el sol, y cuyo brillo se oscurecía con la sangre de muchas víctimas”. Le relataba que Hernán Cortés llegó a Méjico con cuatrocientos hombres y trece caballos, y así ganó a los indios sus ciudades y sus templos. “Esos son los parientes de tu madre -señalaba en la galería de retratos-, los Vargas de Trujillo y los Zúñiga de Plasencia”. Le narraba de Pedro de Valdivia que nació en La Serena, que venció a los araucanos y fundó Santiago de Chile y La Serena de América. Los indios le cortaron los brazos con conchas de mar, luego se comieron los brazos, y mientras él los veía y se desangraba al mismo tiempo. Entonces, el niño disimulaba un escalofrío de terror. Caminando por las calles le iba mostrando las distintas casas solariegas, y le explicaba que en Cáceres había nacido la orden militar de Santiago. “¿Y Francisco Pizarro? -seguía. -Nació aquí cerca, en Trujillo, y acompañado de unos pocos hombres conquistó el fabuloso imperio del Perú”. Ensalzaba el río Tajo que irrumpía en Cáceres por el puente del Arzobispo y salía por el de Alcántara, camino de Portugal. De cuando en cuando don Zenón se oprimía con los dedos las aletas de la nariz expulsando por uno u otro conducto dos chorros de mocos blancuzcos; con un extremo del pañuelo los lanzaba al empedrado de la calle, ya que según decía era antihigiénico guardarlos en el bolsillo. También le hablaba al niño de sus enfermos. Le decía que *los empiemáticos en quienes se hacía la operación por medio del fuego o del hierro, si el pus salía blanco y puro se salvaban, pues el pus estaba contenido en la túnica exterior de aquella entraña; mas si salía sanguinolento, fangoso y fétido y semejante al alpechín, se morían.* El hijo había nacido en Cáceres cuando lo ocupaban los franceses, y por aquello de que en casa del herrero es común el uso del cuchillo de palo, fue el único que sobrevivió de la unión del conde de san Justo y san Pastor y de su esposa doña Guiomar. Ella era una mujer débil que no hacía más que dar a luz y rezar, y tomaban amas para los hijos que fueron dieciséis. Y como los alumbramientos eran seguidos, se daba el caso de que coincidían cinco amas en la casa sin que ninguno de los vástagos lograra pasar de los cuatro años, pese a que se trataba a las añas a cuerpo de rey. Se guisaban grandes cantidades de comida, y en el cocido diario se empleaban los espinazos de tres cerdos adultos, con toda su carne adherida. Las amas consumían bocadillos de jamón por las noches y continuamente vasos de leche, y cada niño quería a la suya como a una segunda madre. Eran fieles y cariñosas con su señora, a quien se consideraban unidas por los lazos del afecto, y también por la maternidad. “Servir a buen amo es libertad del alma”, decían. Acudían al estrado a rezar con doña Guiomar mientras amamantaban a los

rorros, y en un rincón permanecía mudo un pequeño pianoforte del siglo que acababa de pasar, y que había sido una novedad que trajera don Zenón de Italia en tiempos del clavicordio. Aquel estrado era semejante a todos los de las casas grandes de la ciudad, y allí se reunía la familia y recibía a las visitas de confianza junto al brasero de las veladas invernales, acomodados todos en una sillería de caoba tapizada en damasco carmesí. Había vitrinas con chucherías y retratos de familia, y dentro de una urna una composición floral hecha con conchas marinas. Había fanales con pájaros disecados, y en una jaula un pájaro mecánico hacía dúo con la caja de música que le enviaron al médico desde Portugal. Mientras estaba rezando doña Guiomar bordaba pequeños cuadros con paisajes o los urdía con telas en relieves, labores comunes en aquellos tiempos en que las damas ociosas no sabían en qué entretener sus largas veladas. Cuando terminaban los rezos, doña Guiomar suspiraba y les hablaba a las mujeres del linaje de los Golfines, en cuya casa-palacio figuraban los emblemas de las familias entroncadas con la estirpe, entre las que ella se contaba. También les refería consejas acerca de cierta torre del palacio de Galarza, que encerró uno de los secretos de Felipe segundo. Doña Guiomar falleció joven, rodeada de amas y de hijos lactantes que no tardarían en seguirla, mientras que un cura viejo le administraba los últimos sacramentos y su hijo don Severo, el único mayorcito, se sorbía las lágrimas frente al espejo del tocador con servicio de loza de Sagardelos, entre dos grandes armarios mallorquines de estilo morisco. “Vivió treinta y cinco años y pocos días -rezaba su losa sepulcral en la iglesia de Santa María. -Feliz ella que descansa eternamente en el seno de Dios, empero llórala su esposo”. El médico decidió que su hijo se hiciera sacerdote y lo envió al seminario de Valladolid, donde cursó sus primeros estudios llegando a dominar el latín y la filosofía. El edificio tenía unas altas verjas que lo separaban de la calle, y cerca estaba una de las más hermosas iglesias de Castilla, de estilo gótico y fachada plateresca, donde situarían con los años el museo de escultura. En un convento de monjas de clausura se veneraba el auténtico Santo Sudario del Redentor, o al menos eso decían allí. El seminarista no pudo verlo nunca, pero asistía con sus compañeros a la feria del Sudario que se organizaba el lunes y martes de pascua junto al Campo Grande, y donde vendían cortezas de tocino retorcidas, y piringüingüis o caracolillos negros que los muchachos extraían con un alfiler de señora. También vendían aceitunas gordas llenas de polvo, y unos cachivaches de colores hechos de barro, pintados en colores vivos con barnices malos que se quedaban pegados a las manos por el sudor. No había clases en el seminario hasta el miércoles y los ordenandos salían de paseo en dos filas, y se cruzaban con las señoritas que llevaban basquiñas estrenadas en domingo de Ramos. Pasaban el puente sintiéndolo vibrar bajo los pies al paso de los carros, temiendo ser precipitados en el agua del río que pasaba

del color del chocolate, y andaban un trecho por el camino extramuros. Durante las celebraciones de la semana santa, como surgidos de una lejana edad aparecían los capirotes oscuros y tétricos, con dos agujeros redondos por donde asomaba el brillo de unos ojos febriles por las penitencias. Semejaban seres de otro mundo que hubieran salido de sus tumbas, y sólo conservaran ahora la inquietud de unos ojos brillantes como ascuas. Don Severo estudió varios años en el seminario. Su alta frente, su rostro cetrino, sus cejas alzadas, el largo cuerpo y la mirada oscura, la nariz aguileña y sus manos largas y cuidadas, todo en él llamaba la atención. No obstante su carácter no era dócil sino colérico, y su vocación vacilante. En una ocasión, los futuros misacantanos obtuvieron permiso del rector para asistir a la vendimia de Montealegre de Campos, en el corazón de Castilla. Allí conoció a doña Casta, adornada de todas las virtudes y de buena familia, y como su vocación era impuesta y vacilante, y entre todas las prendas femeniles don Severo valoraba la virtud, decidió colgar los hábitos. Pensó que su obligación dinástica era tomar esposa y así cooperaría con más eficacia a la expansión de la Iglesia, ya que ella le daría hijos para el cielo, y podrían tener uno o más sacerdotes. Por entonces había muerto don Zenón, inficionado por la peste. El cólera era un visitante tenaz, y a lo largo del siglo el mundo sufrió seis pandemias coléricas, que partían de los focos endémicos originales situados en la península del Indostán, y daban origen a la enfermedad exótica llamada el morbo asiático. Las epidemias recorrían Europa, y desde las ciudades las gentes huían al campo infeccionándolo también, a lo que contribuían las partidas de jornaleros y la actividad de los contrabandistas. El cólera se asentó en el valle del Genil, entrando por la campiña cordobesa y alcanzando Extremadura. Fue sentido como una amenaza sin remedio por el aparato de su cuadro clínico, la imposibilidad de un tratamiento y la incertidumbre de su avance. La actividad oficial se quedó reducida a unos pocos bandos sanitarios que quedaban incumplidos, ya que la gente los rechazaba por ineficaces, y habían tildado a los hospitales de cementerios de vivos y de moribundos. Al mismo tiempo la Iglesia promulgaba cartas pastorales y sermones, intimidando con el origen divino del mal que venía a castigar la impiedad y el liberalismo. Por aquel entonces se había publicado en Cádiz la *"Descripción de los síntomas con que el cólera morbo pestilencial se ha presentado en el suelo nativo y en el norte de Europa, y de los caracteres distintivos entre esta enfermedad y la cólera-morbo indígena, e indicaciones generales de su método curativo"*. Don Zenón había contribuido en gran parte al escrito con su solvencia y con su ejemplo, ya que sin tener en cuenta los honores cosechados ni su gran autoridad como galeno, era el primero en echarse a los caminos para combatir la epidemia, usando bismuto, quinina y cloro aunque sin resultados, y hasta probando los baños de vapor, sin poder impedir que el viento maldito llegara desde la estepa asiática

y se favoreciera con la falta de higiene y la deficiente alimentación, e incluso fuera llevado a América por los emigrantes. Mientras, las gentes se refugiaban en el fatalismo y la impotencia ante la adversidad. y los médicos atribuían el mal a las alteraciones meteorológicas. Por entonces se recorrían los caminos en diligencias que se detenían en posadas malas, peores y pésimas, o en simples ventorrillos levantados al borde del camino con cañas o troncos de árboles. El mayoral conducía y pagaba al postillón un real por cada posta y por cada viajero, y empleaba mulas para el tiro, porque eran más duras y rápidas que los caballos. Llevaba cada coche un mínimo de ocho y un máximo de doce, y salían de Cáceres casi a diario. En la posada les daban habitación, sal y algunos objetos para cocinar, como parrillas y sartenes, búcaros y tinajas para el agua. Dormían en el suelo sobre una estera de junco o esparto, y el conde lo hacía al raso para dejar el sitio a las mujeres y los niños, comiendo como todos guiso de bacalao, migas con chicharrones y frite extremeño. La enfermedad se prolongaba de manera anómala por causa de la población que huyó a la primera arremetida y regresó luego, así como por el mal saneamiento de las localidades y del abastecimiento de aguas. La mayor contribución a la mortandad fue la de la mujer de edad madura, pero nadie podía considerarse libre del contagio, ya que las gentes bebían de la misma jarra y metían la cuchara de palo en el mismo recipiente, y mojaban todos juntos el pan en el adobo, pescando las mezquinas tajadas con sus cuchillos puntiagudos. Nadie se desnudaba en las posadas ni se lavaba por la mañana, y dormían apretujados, envueltos en sus capas para librarse del frío, o en mantas de viaje que llevaban atravesadas en la silla del caballo o sobre el hombro izquierdo al caminar. Fue así como el conde enfermó, sin saber cómo: empezó rilándose en la estera, y acabó limpiándose el trasero en el cementerio, mientras dejaba inconclusa una "*Memoria sobre el cólera morbo epidémico, observado y tratado en París según el método fisiológico*". Así que no pudo asistir en Valladolid a la boda de don Severo y doña Casta, que fue sonada. Los casó un cardenal, según comentaba una gaceta de la época. El padre de la novia repartió raciones de comida entre los pobres de la localidad, como también contaban los periódicos, y se celebró la boda en Nuestra Señora de la Antigua, donde la novia acudió en coche cubierto tirado por caballos percherones. Su cama nupcial era muy alta, rematada por perinolas; sobre el somier acolchado iban dos colchones embastados de lana, bajo cobijas y alifafes del color de las galas cardenalicias, mientras que los embozos de hilo de Holanda llevaban bordado el emblema patriótico del águila imperial. Las amigas le regalaron a la novia un mueble tocador de caoba con bronce dorado, jarro y jofaina de *vermeil* y estuche de aseo con vasos de cristal de Bohemia; su padre, un hermoso piano alemán con seis pedales y varios registros que databa del siglo dieciocho, y que tuvo que quedarse en Valladolid por dificultades de transporte. La

pareja se instaló en Cáceres, en la casona que don Severo había heredado de su madre doña Guiomar, aunque era demasiado grande para ellos solos, con docenas de habitaciones, ventanas y balcones. Y aunque el marido no podía ser tachado de derrochador, ni siquiera de espléndido, nunca escatimó para los gastos normales. No había heredado la vocación médica de su padre pero sí su amor por los estudios; desde entonces se dedicó con constancia a estudiar la carrera de Leyes que había elegido por vocación, aunque se veía obligado a luchar contra un inconveniente que le deparó la naturaleza, pues tenía los incisivos separados y se le escapaba el aire por la ranura. No obstante acabó siendo un nuevo Demóstenes, pionero de la reforma agraria y presidente de la Diputación. La vida de la pareja transcurría con normalidad, si no fuera porque los embarazos de doña Casta no llegaban a colmo. Tenía por lo menos un aborto al año y de todos ellos sólo sobrevivió un hijo, a quien llamaron don Hernán, por su supuesta relación de descendencia con el Conquistador. El padre había reunido una valiosa biblioteca con libros en todas las lenguas, pues los compraba por cestos en las almonedas internacionales, y entre la morralla había adquirido algunos de gran valor. Tenía las Vidas Paralelas de Plutarco traducidas al sánscrito, una antiquísima edición de las máximas de Epicteto, y se enorgullecía sobre todo de una relación autógrafa de las indígenas antillanas que se había llevado al huerto Cristóbal Colón, de puño y letra del Almirante. Abundaba su biblioteca en incunables y en libros raros y curiosos, y dentro de un marco de ébano guardaba una página manuscrita de santa Teresa, que mostraba a sus visitantes ilustres. Consiguió una cátedra en la universidad, que en sus frecuentes ausencias ponía en manos de ayudantes anodinos. Más tarde lo nombraron Rector, y muchos años después se conservaba en cuidada caligrafía el discurso que pronunciara con motivo de su toma de posesión. Todos admiraban en él, además de su conocimiento de las leyes divinas y humanas, su dominio de la filosofía. En política era conservador, y cuando subían al poder sus adversarios políticos era relevado de su cargo, y así fue nombrado y cesado de rector varias veces. Tenía un carácter sumamente rígido; no sólo imponía respeto entre sus adversarios en el foro, sino entre sus propios defendidos. Había en su despacho una mesa con muchos cajones llenos de papeles y encima un reloj en estuche de terciopelo, que daba las horas con un sonido cristalino. Las paredes estaban atestadas de libros y los estantes de madera se combaban bajo el peso de la cultura. Tomaba una escalerilla de tres peldaños, la arrimaba a la estantería y pasaba la yema endurecida del dedo sobre los lomos añejos, hasta que el dedo se detenía en un título y cuidadosamente extraía aquel libro entre sus compañeros. Bajaba los peldaños y se sentaba ante una mesa camilla cuadrangular que tenía faldillas con olor a lana chamuscada, repasando con mimo aquellas páginas amarillentas. No usaba lentes para la lectura; de cuando en cuando observaba el otro

lado de la calle a través del balcón y detenía la mirada en la torre de Bujaco, fabricada en mampostería sobre basamentos romanos con sus aristas reforzadas por sillares de granito, sus matacanes aspillerados y el remate de almenas coronadas por pirámides. Escribía con palillero de madera, tomaba una cuartilla de un montón de papeles de color barquillo, y sujetando con la mano izquierda las páginas abiertas del libro anotaba algo con letra cuidadosa. Cuando había terminado, subía de nuevo los dos peldaños de la escalerilla y situaba el libro pulcramente en el mismo hueco que había dejado antes, y abajo limpiaba la plumilla con un pedacito de trapo de algodón. Guardaba un fichero lleno de anotaciones legales y las cuentas que le adeudaban, sobre una mesa pequeña y baja. Uno de sus clientes era un famoso poeta de la época, que en lugar de pagarle en dinero le enviaba un par de gallinas por navidad; no era extraño, ya que si ni el Papa liquidaba sus deudas, no lo iba a hacer un poeta romántico como él, que lo compensaba en cambio con objetos curiosos como un daguerrotipo dedicado. Presidía el despacho un retrato al óleo de don Zenón, donde aparecía con la toga, la muceta amarilla y un birrete amarillo encima de la mesa. Una vez a la semana don Severo recibía en la penumbra del despacho al médico de la familia, antiguo colega de su padre, que acudía con meticulosa exactitud y visitaba luego en su alcoba al primogénito y único descendiente del abogado, para controlarle la anemia que padecía desde su nacimiento y curarle las anginas. Le recetaba pediluvios y, según decían las criadas, era la única forma de que el muchacho se lavara los pies. Después de situado, don Severo dedicó su vida a acrecentar su hacienda; pero mientras otros colegas invertían en fincas urbanas y se estaban haciendo dueños de gran parte de la ciudad moderna, él empleó todos sus medios en agrandar la finca que había adquirido no lejos de Trujillo, solar de sus mayores. Había levantado tenadas para las ovejas y casas para los pastores, entre grandes extensiones donde se cultivaba el trigo, y junto a la hermosa huerta regada por el río Tajo. Mandó construir un molino, donde los labradores de toda la comarca molían el trigo, un macizo edificio blanco adosado a un cauce que desembocaba en el río por medio de una esclusa y un arroyo. Otros varios edificios rodeaban una plazoleta donde se reunían por las tardes las mujeres e hijos de los molineros y hortelanos. En el molino se amontonaban los sacos y un polvillo blanco lo inundaba todo; los molineros tenían el cabello blanco de harina, mientras un ronroneo continuo hacía estremecerse los cimientos de la casa. Tras el zaguán partían las escaleras de madera. Arriba estaba la vivienda de los condes, sencilla pero acogedora, con habitaciones a la plazoleta y otras que daban al cauce o a los inmensos trigales, y en un anaquel del gabinete el hijo de los dueños guardaba sus novelas de Dumas. En una estancia grande con balcón sobre la era había dos alcobas separadas donde dormían don Severo y doña Casta; desde el balcón podía divisarse el canal recto como una flecha, que se perdía entre los

campos de trigo amarillo, entre verdes orillas donde susurraba el aire entre los álamos. Allí pasaban los condes el verano con su familia y servidumbre. Acudían los molineros todos enharinados a saludarlos con respeto, envueltos en aquel olor especial que don Severo no podía olvidar en sus inviernos de Cáceres. Llegó a hacer de La Hacienda un verdadero pueblo habitado por muchas familias, con árboles frutales, palomares y viñas, y la hermosa huerta junto al río donde tiraba de la noria una mula cansina. Por la calzada del oeste avanzaba la cabaña que llevaba a la oveja trashumante hasta el valle de la Serena; al paso de los cercados podían admirarse reses de lidia fieras y nostálgicas, de divisas y fierros de cartel, y en montanera se criaban piaras de cerdos pequeños y negros, de sangre africana, que se nutrían con las bellotas de los encinares. El aire mecía suavemente las hojas de plata de los álamos, sobre el agua que corría con un temblor de insectos y las juncias de los márgenes. La Hacienda fue convirtiéndose en el único consuelo del conde y le daba más satisfacciones que su hijo, que era más vago que la chaqueta de un pisador; por más que había dado licencia a sus preceptores para que fueran duros con él, circunstancia que ellos aprovechaban para zurrar a todas horas al heredero de la casa de san Justo y san Pastor. Tan escarmentado quedó don Hernán que renegó de los estudios y se dedicó a asistir a todas las corridas de toros que se celebraban en territorio nacional, e incluso allende sus fronteras, y a mostrar los trofeos que había colgado de las paredes de su habitación. Era un mozuelo un tanto disipado, aunque dentro de un orden. Se lavaba los dientes con una brocha impregnada en unos polvos frescos y fragantes que llamaba perborato, porque según decía combatía la caries, y eso a don Severo le parecía cosa de maricas. “Dios me dio un solo huevo y me lo dio huero”, se lamentaba el padre. Por si fuera poco, doña Casta empezó por entonces a enfermar de los nervios. A su hijo nunca lo habían preocupado los dementes, le parecía algo tan natural que los hubiera como que nacieran los higos de las higueras. Los consideraba cosa de risa, ya que ninguno le había tocado de cerca como cosa propia, y sólo había oído historias sobre ellos que casi siempre le hacían mucha gracia. Don Severo se desvivía por su mujer, y se desazonaba porque cada vez sufría más crisis nerviosas que desembocaban en ataques agresivos. Empezó acostándose con un detente de paño rojo, que tenía pintado un corazón llameante y un letrero abajo, que rezaba: “Detente, enemigo, el corazón de Jesús está conmigo”. El trozo de fieltro estaba prendido de su almohada con un imperdible, y al mismo tiempo ella se negaba a que su marido la tocara. “Gran parte de la salud es conocer la enfermedad”, decía él, quien la atendía personalmente en sus arrebatos, sin permitir que otras manos la tocaran. Por las noches le introducía el calorín de cobre en la cama de los dos colchones, le suministraba sus medicinas, la ponía a orinar en el bacín y le arreglaba el embozo bordado. Luego vaciaba el bacín y

lo metía debajo de la cama: era de barro vidriado, en forma de cilindro alto y estrecho, con dos pequeñas asas y un reborde saliente, y más que un objeto útil parecía un recuerdo de la artesanía popular. "*Quien de locura enferma no sana nunca*", le decían los médicos, a lo que él contestaba que no se menea la hoja de un árbol sin la voluntad de Dios. Lo que él no podía imaginar es que moriría pronto, y que la esposa lo sobreviviría durante muchos años. No obstante, pudo asistir todavía a la boda de su hijo con doña Sol, en Ronda, donde oyó hablar con estupor de una abuela gitana que tenía la novia. Doña Casta no quiso acudir porque estaba haciendo ejercicios en una casa de oración, antes de ingresar en un convento. Don Severo tenía aversión por los amigos de su hijo, ya que era amante de la vida ordenada y enemigo de los toreros. Tampoco le gustaba la esposa que había elegido, quizá por celos naturales de padre. A poco de la boda, enfermó.*"Si al hidrópico le entra la tos, no hay remedio"*, dijo su médico de cabecera a quien llamaron con urgencia, aunque no era día de visita. Añadió luego que *si la lengua se quedaba de repente sin movimiento, o alguna otra parte del cuerpo se paralizaba, éste era un síntoma atrabiliario*. El hecho fue que don Severo murió antes tres días, acompañado por las oraciones de su esposa que alternaba momentos lúcidos con sus retahílas de enferma.

***

DOÑA CASTA ERA ORIUNDA de Tierra de Campos. Había nacido en Palacios de Campos en la provincia de Valladolid, y descendía de hidalgos castellanos. Una característica de su origen fue la homogénea condición de sus antepasados. A troche y moche contaba todo lo referente a su familia, subrayando siempre que procedía de la región castellana más pura y vieja. De niña la llevaban a pasear a Montealegre, a un tiro de piedra de su lugar de nacimiento. Un abuelo de doña Casta había comprado allí el castillo por mil reales de vellón, y ahora estaba medio derruido y servía de corralón para las gallinas. El castillo de Montealegre de Campos, que según decían los de Palacios no era monte, ni alegre, ni de Campos, era una pura ruina y tenía carcomidas las paredes, y en su base la gente del pueblo se había dedicado a arrancar las piedras dejándolo en un tris de derrumbarse. Por dentro estaba hueco, lo que podía verse por los agujeros del portón cerrado, y enmedio estaban las gallinas cloqueando. Dentro algunas estancias conservaban la techumbre, y servían a los animales de cobijo para el invierno. En la casa solariega de Palacios había un corral, y una cocina de pajas donde guisaban. Siempre había oído doña Casta que el cocido se hacía mejor y más sabroso en cocina de pajas. Allí dejaban un puchero hirviendo siempre con huesos y legumbres, y de allí iban sacando cucharadas si había un enfermo en la casa, alguna parturienta o algún niño pequeño. Lo llamaban puchero de enfermo y le añadían tocino, hueso o legumbre de cuando en cuando, para reponer la vianda. Las familias pudientes

tenían grandes manteles de hilo que usaban en los funerales, adamascados y muy largos, pues en estas ocasiones invitaban a cordero a toda la comarca, de forma que hubo quien se arruinó con varios mortuorios seguidos. El padre de doña Casta se había ido quedando ciego, veía menos que un burro por el culo y se pasaba el día en la iglesia, que era como todas las iglesias de todos los pueblos de Castilla. Calentaban la casa con glorias, prendiendo fuego a la paja que introducían bajo el suelo, así como boñigas del corral, que era el lugar donde todos los habitantes del pueblo hacían sus necesidades. La familia tenía viñas y en el mes de septiembre cogían las uvas, que eran coloradas y pequeñas, y con ellas hacían un vino clarete que llamaban albillo. Los hombres pisaban el fruto con sus pies polvorientos; los mozos hacían lagarejos a las muchachas, bajándoles los calzones y restregándoles los racimos en el mismo culo. En la bodega se guardaban los toneles para hacer el vino, unos más grandes y otros menos, unos mejores que otros porque sacaban el vino mejor. Todos decían que doña Casta era malhumorada, porque no le gustaban las bromas. “La mujer y el cristal siempre están en peligro de romperse”, decía. Era el dechado de las virtudes teologales y no tenía más defecto que ser más fea que una noche de truenos. De niña parecían vestirla sus propios enemigos, con un casquete en la cabeza en forma de solideo y un rabo gordo y tieso encima. Cuando fue mayor la llevaron sus padres a Valladolid a conocer el Pisuerga, por aquello de que *el Duero lleva la fama y Pisuerga lleva el agua.* Una bruma lechosa se extendía sobre el río entre las copas de los árboles, parecía correr y se colaba por las calles, y así cuando doña Casta salía por las mañanas de casa de sus parientes maternos, apenas veía la fachada de la casa de enfrente. Las personas le parecían bultos movedizos, y así durante un día y otro, durante los largos meses del invierno. *En todas las estaciones del año, por lo común los tiempos secos eran más saludables que los lluviosos. En tiempos de lluvias frecuentes se formaban enfermedades y fiebres de larga duración, diarreas, putrefacciones, epilepsias, apoplejías y anginas; en los de sequedad, consunciones, oftalmías, artritis, estrangurias y disenterías. En cuanto a las constituciones cotidianas, los vientos septentrionales apretaban las carnes, daban robustez, buen color y agilidad al cuerpo, y perspicacia al oído; pero restriñían el vientre, mortificaban la vista y aumentaban el dolor en la región del tórax a los que ya lo padecían.* Aquéllos fueron tiempos de revueltas en el país. Don Rafael de Riego, cuyo pronunciamiento en Cabezas de san Juan había abierto el trienio liberal, acabó ahorcado por el Gobierno absolutista en la madrileña plaza de la Cebada. En las iglesias no sonaban las campanas, y las carracas rompiendo el silencio anunciaban la próxima cuaresma con un sonido de viejo acatarrado; las vendían en la feria del Sudario, con sus tablillas de madera sobre una rueda de madera dentada. Cuando alcanzó la juventud, doña Casta era más zancuda que un alcaraván; a su

pueblo apenas llegaban las noticias, y así nadie sabía que habían fusilado a Torrijos y ahorcado a María Pineda, ni que Morse había inventado el telégrafo; y no conocieron la muerte de Fernando Séptimo hasta que llegó al pueblo la primera epidemia de cólera. En la vendimia, doña Casta conoció al que había de ser su marido, que acudió con un grupo de seminaristas de Valladolid. El clero andaba revuelto, porque acababa de ocurrir en Madrid la matanza de frailes y se habían exaltado los ánimos. Un hermano de doña Casta era también seminarista y los dos jóvenes estuvieron merendando en la casa, sobre un mantel de damasco de hilo con cubiertos de plata. Por entonces don Severo atravesaba una mala época: se debatía entre escrúpulos religiosos, y como a ella le pasaba lo mismo, desde un principio se convirtieron en mutuos confidentes, de manera que aquel viaje cambió el rumbo de sus vidas. A ella le gustaba aquel joven moreno, de melancólicos ojos oscuros, enjuto de carnes y de aguileña nariz, que le llevaba de Villafrechós cajitas de almendras garrapiñadas con pellas de azúcar, y al que al hablar se le escapaba el aire entre los dientes. Ella le llevaba cinco años, pero a la luz de la candela toda rústica parece bella, como suelen decir, y además era virtuosa. Cuando se prometieron, él solía detenerse frente a la casa de su novia que se asomaba al mirador, y las pocas veces que salió a la calle lo hacía acompañada de una señora amiga de la familia que había venido menos. “Tierra de Campos, tierra de diablos”, le decían a don Severo sus compañeros de seminario, ahora que estaba a tiempo de arrepentirse. Cuando se casaron, los prometidos no se habían visto ni media docena de veces, y siempre acompañados de la carabina. Después de la boda en Valladolid se trasladaron a Cáceres en una calesa, que llevaba el interior forrado con peluche de seda y terciopelo de colores; los acompañaban dos escopeteros y un lacayo embozado, que se ayudaba en su orientación con un catalejo. Se cruzaron con la posta de Madrid a Bayona, dejaron atrás carretas cubiertas que llamaban galeras y fueron adelantados por diligencias y correos; vieron alguna berlina, el cupé de un alto personaje y un cabriolet que iba con mucha prisa hacia la frontera francesa. En ocasiones se vieron obligados a dejar el camino real y seguir el carretero, siempre temiendo que algún bandolero les saliera al paso por un sendero de herradura. La novia calmaba su sed en los ventorros tomando agua con azucarillos y los rústicos quedaban alelados ante aquella visión. En el camino les dijeron que se había suicidado Larra, y que en su entierro se había dado a conocer un poeta nuevo llamado José Zorrilla. Entraron en Cáceres por la puerta de la Estrella, dejaron a un lado el palacio de Toledo-Moctezuma y llegaron hasta la casa, donde los criados descargaron con sumo cuidado un cuadro-reloj con paisaje marino y una mesa-velador con tablero de alabastro e incrustaciones polícromas, regalos del cardenal que los había casado en Valladolid, y que aparte de su dormitorio constituían los únicos bienes muebles que doña Casta había consentido

en trasladar a Cáceres desde Tierra de Campos. Nunca pudo adaptarse a la nueva ciudad; añoraba su casa y su tierra y sólo pudieron consolarla la profundidad de sus ideas religiosas, y la compañía de su antigua doncella. “Pan de Bamba, mollete de Zaratán, ajos de Muriel, quesos de Peñafiel y de Cerratos la miel”, suspiraba con añoranza. De su casa le enviaban orzas con una miel blanca y endurecida, y grumos de azúcar que se quedaban adheridos a la orza de barro, y ella la hacía aclarar al baño de María. Volcaba una porción en un plato hondo y la mezclaba con agua hasta que terminaban por deshacerse los grumos, luego la tomaba a sorbetones con una cuchara y se la daba a probar a su marido, porque decía que era buena para la continencia. La llamaba hidromiel y alimento de reyes, y repetía siempre que su padre y sus abuelos la habían preparado como ella lo hacía. No tardó en colocar celosías en las ventanas de la casa, y hacer obra para que de un dormitorio no se pudiera pasar a los demás, para lo cual se acomodó un largo pasillo, y ordenó que quitaran las lunas de todos los armarios roperos. Un día al toser advirtió que había un poco de sangre en su pañuelo, y enseguida pensó que estaba tísica. “Dios quiera tenerme en su gloria”, se adelantó, pero no volvió a ver sangre después y se murió de vieja. Una puerta de cuarterones separaba su alcoba de la del esposo, y permanecía cerrada durante toda la cuaresma y el adviento. Madrugaba para asistir a misa, cuando el cielo era negro todavía, los faroles de gas estaban encendidos y hacía tanto frío que las alcantarilla vomitaban un humo espeso. Una luz amarilla alumbraba los vahos de la madrugada, el calor de los orines y los excrementos, el vapor de aguas recalentadas y el sudor de la noche. Ella caminaba deprisa, seguida de su criada, y se persignaba para ahuyentar los malos pensamientos mientras seguía calle abajo evitando la boca oscura y flaturienta, entre paredes desnudas y lóbregas. Alzaba la aldabilla de hierro y entraba en la iglesia, avanzando sobre la tarima que chirriaba, mientras la monja sacristana que arreglaba el altar para la ceremonia iba de un lado a otro con las vinajeras o estiraba el mantel. “Dios nos dé paz y paciencia”, la saludaba doña Casta, y ella le contestaba en voz baja: “Y muerte con Penitencia”. Ellas se arrodillaban en el banco primero, frente al sagrario donde titilaba una lamparilla colorada, y había un espeso silencio porque los pasos de las monjas estaban ahogados por las suelas de fieltro y por la alfombra que se extendía ante el altar. Arriba las velas humeaban, y una hermana lega que había entrado con un velo cubriéndole la cara, hacía la genuflexión inclinando la frente hasta el suelo. Doña Casta aguantaba la respiración dentro de aquel ambiente con olor a maderas viejas, a incienso y a las flores blancas que adornaban el altar. A un lado estaba el órgano silencioso con sus tubos retorcidos y sobre los bancos permanecían cerrados los breviarios de las religiosas, forrados en papel azul. Repartían los libros de cánticos y en un tablero indicaban las páginas a utilizar, con grandes números trazados en cartulina.

Ella buscaba la página, y la marcaba con una cinta de seda. “Felicidad, Perpetua, Águeda, Lucía, Anastasia y todos los santos”, murmuraba. Las oraciones las sabía de memoria, ni tenía siquiera que mirar los renglones del viejo misal con cantos rojos y pastas de piel, que llevaba en columnas paralelas el ordinario de la misa en latín y en castellano. Las monjas le regalaban tiestos con ruinas y polipodios, pero lo que ella deseaba de veras era uno de aquellos cilicios que nunca había visto, que estaban hechos con alambres de pinchos y se ataban a la cintura. Sabía que las monjas los llevaban en cuaresma, por eso tenían aquellas caras de sufrimiento resignado, y todas las beatas hablaban de cilicios aunque nunca los hubieran visto. Tras mucho rogar, doña Casta consiguió uno que no se quitó hasta la muerte, y entonces nadie se molestó en quitárselo, tan incrustado lo llevaba por el tiempo y la suciedad natural. Hubo libros que formaron hitos en su vida, devocionarios con pastas negras que daban a sus días una razón de ser, y se pasaba horas gozosas en la iglesia meditando en ellos. Sufría crisis religiosas que aliviaba leyendo la Introducción a la Vida Devota, escrita en el siglo diecisiete por san Francisco de Sales y traducida del francés por don Francisco de Quevedo y Villegas. Sus confesiones eran diarias, y siempre las mismas: se arrodillaba ante el confesionario y al otro lado de la celosía había un fraile franciscano de cabellos canosos, de cara bondadosa y ojos entrecerrados, bisbiseando algo. La alambrera estaba tan sucia que se habían cegado los huecos entre los alambres. Doña Casta se acomodaba y lo saludaba con un “Ave María Purísima”, a lo que el fraile contestaba “Sin pecado concebida”, invariablemente y a diario. Le contaba con voz gangosa el tiempo que hacía desde que se confesó la última vez, que eran veinticuatro horas o quizá sólo veinte, y empezaba a considerar su vida con orden desde que salió de la iglesia el día antes, lugares que había visitado o personas que había visto, y siempre confesaba lo mismo porque era raro que cambiaran sus circunstancias. Podía haber sido soberbia y altiva con la servidumbre, haber pecado con la imaginación o de gula. No había cometido acciones impuras ni con otros ni consigo misma, porque ni siquiera sabía cómo podían cometerse. Y dudaba si había confesado debidamente, si ciertamente se le habrían perdonado los pecados en una confesión anterior. No creía haber caído en pecado mortal, aunque eso nunca podía saberse: quizá, cuando su marido en cuaresma la había tomado por el codo, ahí podía estar el pecado mortal. ¿Cómo podría saberlo? Pero era necesario, tenía que haber un pecado mortal porque todos somos pecadores, se decía. ¿O era que ella no iba a ser como los demás? Había que pensar, examinarlo todo, las críticas y los malos humores, el hablar en la iglesia, ahí podía estar el pecado mortal. En vano el sacerdote trataba de imbuirle una idea distinta de lo que era la confesión. Según él, tratar de evitar todas las faltas era algo así como querer tapar cuatro agujeros con tres tapones, que siempre quedaba alguno al descubierto. De modo

que no tenía que preocuparse tanto de las faltas, sino de las ocasiones en que pudiendo haber obrado el bien no lo había hecho. Trataba en balde de formar en ella una idea positiva y alegre de la virtud, pero ella andaba cada vez más acongojada y mustia, y temiendo hablar de las imaginaciones que no hubiera querido tener, porque eran pecado, cosas ocultas y vergonzosas. El confesor era un ser entregado, y sí en algo no acertó no fue por desidia propia, ni por falta de buena voluntad. Doña Casta simultaneaba sus escrúpulos con sus abortos. *A la mujer que estaba amenazada de malparir se le aflojaban los pechos. Si se le volvían a poner duros tendría dolores en ellos, o bien en los muslos, en los ojos o en las rodillas, aunque no abortaría,* pero aún así sus embarazos nunca llegaban a colmo. Por fin pudo darle al conde un heredero, que hacía el número diez de sus hermanos malogrados, cumpliendo así con su obligación. Últimamente, ella no parecía andar muy bien de la cabeza: tenía una extraña mirada y se estaba quedando medio transparente de tan flaca. Un día le pareció que las monjas se burlaban de ella; se lo comunicó a la superiora y ella se percató de que la dama no estaba en sus cabales y sufría manía persecutoria, pese a que últimamente parecía más piadosa que nunca y se llegaba a oír tres misas en una mañana. Un día, en la iglesia se oyeron de pronto unos gritos horribles seguidos de una escalofriante carcajada. Se trataba de la condesa; la llevaron entre varios a su casa, mientras disparaba retahílas de palabras y sílabas en forma de trabalenguas, todo en un tono de voz que lastimaba el oído. Desde entonces no se separó de su detente colorado. “O es devota o loca, porque habla consigo”, decían las criadas, y el conde se pasaba el día entristecido. “Los placeres vienen por onzas y los males por arrobas”, les decía a sus amigos, pero evitaba el tema de la enfermedad como si así hubiera podido curarla, y a cualquier alusión amistosa contestaba con el silencio. “Líbrete Dios de la enfermedad que baja de Castilla”, se santiguaban las vecinas, que ya estaban en el secreto. El conde le aconsejó a su hijo que cerrara el pestillo por las noches, porque ya una vez su madre lo había perseguido con una hacheta de cortar el jamón, gritando que era Agustina de Aragón, y el niño hijo de Boabdil el Chico, y exigió que la llevaran con urgencia a Zaragoza para recuperar un cañón que había dejado abandonado. Por fin tuvieron que llamar al alienista. *“El miedo y la tristeza, cuando duran mucho, constituyen una afección melancólica”*, sentenció el galeno, y luego añadió que *el que adolecía de frenesí después de los cuarenta años, no curaba jamás*. Así que el conde no pudo demorar las cosas ni ignorar la realidad, y tuvo que internarla en una casa para orates. “La pena es coja, pero llega”, se lamentaba, porque además el hijo le había salido disipado y rebelde, y no le gustaba trabajar. Y como las desgracias son como las cerezas, que se llevan unas a otras, también don Severo enfermó. *Como era delgado y propenso al vómito, se purgaba por arriba, pero no en el invierno. Decían que el que*

adolecía de fiebre que no fuera de carácter bilioso, quedaba bueno echándole en la cabeza una gran cantidad de agua caliente, y estuvieron a punto de escaldarlo. Cuando se casó don Hernán, el hijo, con doña Sol en Ronda, les dijeron a los invitados que la madre no había asistido a la boda porque estaba tomando las aguas, aunque todos sabían que estaba recluida por trastornos de la mente. Cuando por fin sanó, su marido había muerto y ella concibió la idea de ingresar religiosa, ya que estaba muy apegada a las monjas, y del manicomio pasó sin transición al convento de clausura. Tenían rejas las ventanas y dentro de las rejas celosías, era imposible ver nada dentro desde fuera y los viandantes adivinaban en el interior perfumes a cera y a rosas marchitas, y olores a refajo de monja. O la condesa mejoró, o al menos en el convento nadie se percataba de sus desvaríos. Ayudaba a extraer el cabello de ángel de la cidra, una calabaza pequeña, a elaborarlo y a meterlo en frascos de cristal, y a través del torno se lo vendían a los fieles. Por entonces Sor Casta tenía la nariz larga y verrugosa, le faltaban algunos dientes y otros estaban a punto de salirse de la encía, disparados hacia adelante. Se acomodaba ante el armonio, ponía sobre las teclas sus manos sarmentosas y escudriñaba en el papel, pasaba las hojas o las volvía atrás mientras una *soror* le sujetaba la partitura, y empezaba a tocar marcando la melodía en el teclado con un dedo torcido. Al principio las religiosas la acompañaban tarareando entre dientes para no equivocarse, pero después de varias veces vocalizaban claramente la letra, con sus voces nasales que hacían vibrar los cristales que daban al jardín. Ella les enseñaba canciones castellanas, y todas miraban a Sor Casta sentada en el armonio, con sus arrugas y su gran nariz, y todas coreaban:

La casa del señor cura nunca la vi como ahora,
ventana sobre ventana y el corredor a la moda,

o lo de los pastores que se iban a la Extremadura y dejaban la sierra triste y oscura, o lo de la Clara, que con agua de rosas se lavaba la cara. Al otro lado estaba el jardín umbrío tapizado de enredaderas, y en el centro se alzaba un altísimo magnolio donde coreaban los pájaros, mientras que en el anchuroso claustro saltaban los trémolos con resonancias de Tierra de Campos. Entonces Sor Casta se transfiguraba, sus dedos ya no eran sinuosos sino los de una hábil concertista, y en su nariz parecían desaparecer las verrugas. Y aunque las hubiera se hacían imperceptibles, porque las tapaba la inspiración. Su boca arrugada se estiraba en una sonrisa y mientras iba pasando las hojas de la partitura disfrutaba una segunda juventud, o quizá una primera, porque en su momento no la había conocido. Su consuegra rondeña la visitaba en el convento y se ponía amarilla de envidia, porque siempre había querido ser monja y había errado su vocación por casarse sin considerarlo. Le llevaba a su nietecito el tartajoso que miraba a aquella monja vieja con dientes escasos y larguísimos, y con

bultos en la nariz, y ella le regalaba estampas y escapularios decorados con flores menudas, en cajitas rellenas con almohadillas de satén. También le regalaba frascos de cabello de ángel en hebras doradas y dulces, con un sabor que al chiquillo no le gustaba mucho, y que tenían que recoger a través del torno de las monjitas. El rostro de la hermana portera tenía el color de la cera amarilla y la piel un tanto ajada, aunque de aspecto suave, y ella los encaminaba al locutorio por un corredor donde había figurillas de barro con escenas religiosas como la flagelación, el descanso de la huida a Egipto o la oración del huerto, presididas por un barrillo primoroso del niño Jesús Pastor. Allí los dejaba aguardando, acomodados en una sillería lacada en negro con incrustaciones en nácar, hasta que Sor Casta salía por una puerta que chirriaba al fondo, y sentían sus pasos leves sobre la tarima. Era delgada y caminaba erguida, envuelta en los hábitos de lino finísimo, con la toca almidonada ciñéndole las arrugas de la frente y el cuello. Su voz tras de las rejas y las cortinas tenía un tono insinuante, y todo en ella denotaba una santidad especial. Comentaban el nuevo concordato entre España y el Vaticano, lamentaban la abolición del diezmo eclesiástico o la muerte del papa Pío nono, que dio lugar a la elección de León trece en el solio pontificio. Al final no podían besarla, y como mucho rozaban sus manos pálidas entre los hierros dobles y pinchudos, procurando no lastimarse con ellos. Visitaban luego la iglesia, donde el niño miraba el sagrario con los ojos muy abiertos, pensando que si tanto brillaba te-tenía de ser de oro pu-puro. Desde la puerta se le veía brillar, y también relucían las piedras de la custodia que era toda dorada con rayos largos y ondulados y otros pequeños cuajados de piedrecillas relucientes. La consuegra abandonaba el convento con una nueva inyección de misticismo, y volvía a su casa a tocar la citarina y a tratar de enderezar el tartamudeo de su nieto con ejercicios articulatorios. Cuando Sor Casta murió estaba hecha carne momia, y no obstante su óbito supuso un duro golpe para la consuegra. “A la muerte no hay cosa fuerte”, suspiraba, y se consolaba pensando que había fallecido en olor de santidad, de resultas de la convulsión que le vino después de ingerir un purgante. Era un olor que al tartajoso le parecía de almizcle, aunque no estuviera muy seguro, ya que nunca había olido el almizcle. La enterraron en la huerta del convento entre guisantes en flor, y la noticia se extendió por la ciudad de Cáceres cuando todos la creían muerta hacía más de veinte años.

***

EL TERCER CONDE, don Hernán, fue toda su vida más inútil que un bachiller en artes, o que una mano sin dedos. En vano su padre se esforzaba en darle buenos consejos.“No hay dificultad más grande que la poca voluntad”, le decía, y él lo escuchaba como quien oye llover, mientras paseaban ambos por la parte antigua del moderno Cáceres, entre edificios dieciochescos y decimonónicos, camino del palacio

de Justicia donde se ubicaba la real Audiencia de Extremadura. El padre se explayaba hablándole al chiquillo del castillo de la orden de los Templarios y de Alcántara, y del extraordinario castillo de Bellvís, y le contaba con tintas escalofriantes que él mismo había presenciado ejecuciones de condenados, cuyas cabezas se exponían al público metidas en jaulas de hierro hasta que se pudrían y las devoraban los pájaros. Y mientras el resto de los chicos se jugaban al chito los ochavos morunos, o hacían bailar sus peonzas a la salida de la escuela, a él lo obligaban a tocar el violín, y como mucho le permitían montar a la puerta de su casa su caballo-triciclo, que causaba la burla de los demás. Le importaba bien poco que los reyes católicos hubieran mandado desmochar los torreones de los nobles revoltosos de la ciudad, y que sólo a su antepasado don Diego de Cáceres le hubieran permitido conservar sus almenas. No acrecentó sus ansias de saber el que siendo un mocoso su padre lo llevara a la inauguración del ferrocarril Madrid-Aranjuez, ni le hizo mella el que Le Verrier hubiera descubierto el planeta Neptuno mediante operaciones matemáticas. Sí en cambio disfrutó en el estreno de la Traviata, al que sus padres lo invitaron con motivo de cumplir los trece años. Pronto se aficionó a las corridas de toros y se hizo amigo de rejoneadores y toreros. Se convirtió en un lechuguino con el pelo cortado en melena, con bigotillo cuidado y perilla, que saludaba displicente a las damitas sosteniendo en la mano una impecable chistera gris, o alborotaba la ciudad recorriendo las vetustas calles en un moderno y brillante velocípedo. Frecuentaba de incógnito las fondas, cafés y botillerías, donde danzaban las mozas extremeñas al son de panderos y castañuelas. Se reunía con conspiradores carlistas, que usaban capote sobre el uniforme militar y escarapelas rojas en el sombrero de copa, y leían el periódico carlista “La Esperanza”. Había comenzado la guerra de África, pero él sólo la conocía de oídas. Tenía dieciocho años cuando en una corrida de la plaza de Ronda conoció a doña Sol, la hija del marqués de los Zegríes. La vio reír con sus amigas en un palco de la Maestranza y se quedó privado y atónito por su belleza y por sus ojos verdes, de forma que lanzó con tino un clavel a su palco y ella le dio las gracias con un gesto de su abanico. Iba ataviada de maja, con una madroñera roja de raso natural de donde pendían madroños negros de seda. Sostenía la red una peineta de carey y las borlitas negras y sedosas le caían sobre la frente y los hombros, prendiéndose en el descote del vestido con un par de claveles encendidos. Era muy alta y tenía el cabello rojizo, peinado en una gruesa trenza que le rodeaba la cabeza como una corona. “Ojos verdes, duques y reyes”, suspiró al verla don Hernán. Ella había nacido de la segunda y última unión de los marqueses, cuando el marido borracho confundió a su mujer doña Alfonsa con una suripanta francesa. A su padre no llegó a conocerlo, ni lo vio nunca porque la madre temía que la contaminara con sus ideas liberales. Cuando el marqués murió en un duelo

en París la niña tenía cinco años, y se crió con su madre que la enseñó a hablar en latín y a tocar la citarina; le había mandado hacer un precioso retrato con un vestido azul y en la mano un aro forrado en terciopelo con cascabeles, y éste fue el único dispendio que se permitió doña Alfonsa en su vida. “Es más lista que rata cuartelera”, decía la madre con orgullo, pero lo cierto era que la niña siempre estaba en la luna y se enteraba de todo con retraso. Un día se miró los calzones, los vio llenos de una sangre muy roja, y empezó a gritar pidiendo socorro hasta que sus amiguitas consiguieron calmarla y la hicieron entrar en razón. Desde entonces pudo considerarse mayor y quedó sometida a la servidumbre de las toallitas higiénicas, y al miedo de perder el apósito en cualquier sitio. Para evitarlo, su madre le había cosido dos asas con cinta de hiladillo, por donde pasaba un cordón que luego se ataba a la cintura. A partir de entonces dejó de crecer, pero ya había crecido bastante y se convirtió en una muchacha espigada, con el pelo rojizo más claro en verano, y casi dorado en la frente. Tenía un lunar en la mejilla, la nariz recta, la boca grande y atractiva, y una graciosa manera de hablar ceceando. Sonreía constantemente con modales un tanto afectados, y era tan ruidosa que hacía tintinear a su paso las lámparas de cristal de roca y estremecerse las esparragueras. Al colegio llevaba uniforme con capelina y un cuello blanco y almidonado sujeto con una polea. Cuando tenía diecisiete años la presentaron en sociedad, con motivo de las fiestas que se celebraron por el nacimiento del rey Alfonso doce, y desde entonces la solicitaban en todos los saraos los galanes y los guardias de corps. Aquella tarde don Hernán la saludó con el achaque de un lejano parentesco, le compró confites en un puesto y la invitó a madroños de verdad, que iban ensartados en finas varillas. La llamó prima de su alma, y ella no hubiera podido asegurar si aquello era una forma de decir, o si por el contrario expresaba un verdadero sentimiento. Don Hernán volvió a Cáceres fascinado. Desde allí le envió una carta y un cesto de acerolas de su finca de Extremadura, y ella se emocionó con la misiva, y más porque nunca había visto acerolas, que eran manzanas diminutas con un sabor dulce y perfumado. En la primera ocasión que tuvo, él fue a visitarla en su velocípedo y aprovechó el viaje para pedirle relaciones. Le llevó de regalo una peineta de carey con incrustaciones de oro fino, y ella enseguida se la prendió del pelo y la sujetó con horquillas, se puso una mantilla de blondas y la adornó con claveles. Doña Alfonsa le concedió la mano de su hija, pues sabía que el novio estaba emparentado por su abuela con los Golfines de Cáceres. Aquella tarde lo obsequió con un concierto de citarina que él aguantó impávido, mientras lanzaba miradas ardorosas a su prometida, acomodados ambos en el confidente, un sillón doble donde solían platicar los enamorados bajo la vigilancia de la suegra. Luego lo invitaron a cenar. “Toda buena cena empieza bebiendo”, le dijo doña Alfonsa, escanciándole un vaso de limonada. Los

novios contaban los días que faltaban para la boda, que se celebró en Ronda, y ambos tenían diecinueve años cuando se casaron. No invitaron a Carmela la Gitana, aunque era abuela paterna de la novia, pero ella no lo tomó a mal, porque ya estaba acostumbrada a los desplantes de su nuera doña Alfonsa. A su hermano el marqués de los Zegríes sí que lo invitaron, pero él se excusó por motivos de peso, aunque lo cierto era que estaba cazando alimañas en la sierra. Asistió el duque de Osuna vistiendo el hábito de Calatrava y lo acompañaba Leonor, hija única del príncipe Francisco José Federico, de las más antiguas familias principescas de Europa. Ella, con su gran belleza y decisión, fue capaz de inducir al matrimonio al duque cuando él había sobrepasado los cincuenta, y estaba neurasténico y al borde de la ruina, que ella precipitó con sus muchas excentricidades. Le regalaron a la novia una soberbia araña de cristal de la Granja, y al novio una ostentosa consola de caoba clara, adornada con taraceas. A la casa de Ronda llegaron embalados en virutas espejos isabelinos, fanales con floreros, porcelanas francesas y candelabros de plata maciza, un reloj de la Selva Negra y una cómoda de palo rosa con incrustaciones de marfil, entre otras chucherías. En cuanto a los regalos que llegaron a Cáceres destacaba un biombo francés único en su especie, con escenas de movimiento pintadas en cristal, que resultaron ser un lejano antecedente del cinematógrafo; lo envió Luis Napoleón, que se había proclamado emperador con el nombre de Napoleón Tercero, y al que en su tierna infancia había sanado el primer conde de unas fiebres malignas. Doña Sol trasplantó a Extremadura las costumbres andaluzas; llenó el caserón de testimonios románticos, las vitrinas de estuches y abanicos, de antifaces grotescos y de carnets de baile. Atiborró las repisas con caracolas de nautilus, las mesas con floripondios y cajitas de música, las vitrinas con joyeros de concha y cuadernos de autógrafos, y en un mueble francés con incrustaciones de marquetería guardó las cartas de sus admiradores, a las que no quiso renunciar. Allí mismo conservaba como un tesoro un dibujo de Gustavo Adolfo Bécquer, el poeta de las rimas, que entretenía sus aburridas horas de oficina sacando apuntes del natural, lo que le acarreó el despido. Don Severo, el segundo conde, andaba perdido entre aquella maraña de recuerdos y bibelots que le habían anegado la casa, mientras su hijo le dedicaba poesías a la recién casada. A él no le gustaban ni la esposa que había elegido ni que escribiera versos, pues todavía recordaba que el mal del siglo había arrastrado al poeta Larra a pegarse un tiro, no sin antes componer la postura ante un espejo. Pero don Hernán estaba demasiado ocupado en hacer el amor con doña Sol para pensar en suicidarse. Ella no tenía idea de cómo se propagaba la especie ni le importaba nada, ni sentía la menor curiosidad, ni la más ligera frustración, y sí una ola que le subía dentro inundándola de alegría y llenando sus ojos de lágrimas. Se instalaron para siempre en el caserón extremeño, en una calle tranquila cercana a

una iglesia que proyectaba su sombra sobre los edificios dotados de una respetable vejez. Hicieron quitar las celosías que mandara poner doña Casta, ya que ella estaba en la casa de orates y de allí pasaría al convento, de donde no saldría nunca. Las puertas del caserón eran de pesados cuarterones con muchas manos de pintura de un marrón oscuro, y habían adquirido junto con el grosor de la madera el de las capas de emplaste que redondeaban las aristas. Tenían aldabillas de hierro negro, pero ellos no se molestaban en cerrarlas mientras se pasaban la mañana en la cama, en un juego que acababan de descubrir y al que se dedicaban un una plácida inactividad. Al mismo tiempo eran el escándalo de propios y extraños, porque los gritos de ella se oían en todo el ámbito de las murallas y espantaban de sus nidos a las cigüeñas. La antigua carabina de doña Casta andaba furiosa, pues había sorprendido a los señoritos haciendo el amor a las doce del mediodía con la puerta de par en par, y no era decente que a esa hora hicieran lo que estaban haciendo y menos con la puerta abierta, estando el señor conde en la casa, y todas las criadas solteras. Era una mujer ahorrativa hasta el punto de que remendaba los trapos de limpiar el polvo, hasta que al final no quedaba tela y todo eran zurcidos. Mientras, estaba criticando a los recién casados, o hablaba de los quesos de su pueblo que eran grandes y sabrosos, y de que todos vivían allí de la labranza. Y cuanto más ricos eran, más pares de mulas tenían. “Lo menos que podían hacer era cerrar la puerta”, decía, volviendo a su tema. Cuando doña Sol se apercibió de su indiscreción, dudó entre dar explicaciones al servicio, o callar prudentemente. Don Hernán salía de aquellas sesiones rendido, pálido y ojeroso, como tras una orgía que era, con los miembros ingrávidos como si no tocara el suelo, con la cabeza hueca y zumbándole los oídos. Por entonces falleció su padre y él heredó el título de conde de san Justo y san Pastor. Un barbero rasuró el cadáver cuidadosamente, lo vistieron con el hábito de Santiago y lo enterraron con solemnidad, mientras la esposa, doña Casta, rumiaba sus manías persecutorias entre muros que ya por entonces se empezaban a derruir, donde los hombres no eran hombres sino bestias alucinadas, y su nuera doña Sol se estremecía imaginando dentro alaridos y escenas dantescas, seres maniatados y gesticulantes sostenidos por grandes loqueros de mirada fría y músculos poderosos. *“El que tiene arrebatos de furor y no conoce a nadie, ni oye ni entiende, ya está moribundo”*, pronosticaban los doctores, sin saber que en el caso de doña Casta se equivocaban de medio a medio. Los días soleados de octubre se vivía en Cáceres una tardía primavera. Las hojas empezaban a dorarse y temblaban al sol, los viejos se sentaban en los bancos de piedra con sus cachabas y sus sombreros típicos, mientras las madres a su lado hacían calceta con una bolsa en las rodillas y a veces soltaban las agujas y salían corriendo, cogían por el sobaco al angelito que estaba jugando en el barro, le daban un azote en el culo y volvían a la

calceta. Presidía la plaza el templo de Santa María, concatedral de Coria-Cáceres, obra románica de transición al gótico que conservaba en su pavimento un catálogo completo de la heráldica cacereña esculpida en losas sepulcrales. Doña Sol paseaba junto a las losas, tratando de descifrar en letras de piedra los recios epitafios, como aquel que rezaba: “Aquí esperan los Golfines el día del juicio”. En pleno invierno, cuando la respiración flotaba en torno como una nube de vapor, cuando las ramas estaban peladas y el cielo gris, le parecía una delicia oprimir con la punta del pequeño zapato la superficie dura y cristalina, sentirla crujir y ceder bajo la pisada. Notaba las grietas del hielo y veía brotar el agua debajo, y entonces insistía y machacaba el hielo en toda su extensión, cada vez más duro, espeso y resbaladizo conforme se acercaba a los bordes del charco, a la tierra endurecida por la helada. Había un inconveniente, y era que las aceras estaban llenas de escupitajos, quizá por el frío; y tenía que andar con cuidado y mirar el suelo para no pisar y resbalar, o que se le quedaran pegados al botín de fina cabritilla. El árbol del amor que ella llamaba ciclamor estaba a un lado de la plaza, doña Sol arrancaba las primeras flores de un color violeta tirando a rosado, las guardaba dentro del misal apachurradas y allí se iban quedando secas, y al cabo del tiempo se habían convertido en transparentes como alas de mariposa. El arbusto estaba junto a otros más altos y era rechoncho y casi redondo, y en la plaza de tonos grises y piedras antiguas el color pimpante del ciclamor anunciaba la primavera con sus flores en racimos que se incrustaban en el papel-biblia, donde dejaban su huella para siempre. Después de muchos años hallaría la pequeña flor dormida, y se asombraría de que hubiera pasado tanto tiempo. Doña Casta y doña Sol se llevaban como suegra y nuera. Cuando la dama recobró su conocimiento y conoció su existencia, le envió como trasnochado regalo de bodas un libro pequeño que se llamaba el Kempis. Había que abrirlo y leer una línea, y aquello le diría lo que tenía que hacer en cada momento. “Yo ya sé lo que tengo que hacer, sin que nadie me lo tenga que decir”, comentaba ella con un deje de despecho. Le había recomendado la suegra a su propio confesor, que era el primero a la izquierda, y allí tenía que acudir doña Sol a confesarle los pecados. Mientras, los monagos daban bandazos con sus túnicas coloradas y la sobrepelliz de batista, y sus anchas mangas bordeadas de encajes. En navidad y nochebuena llevaban el hábito blanco de los dominicos, y parecían más vanidosos con las capuchas a la espalda y las tiras blancas de los escapularios; y mientras estaban meneando el incensario entre nubes olorosas, la miraban y se reían. Durante la pascua doña Sol miraba tiempo y tiempo el cirio junto al altar, porque se aburría en la iglesia, pensaba cuánta cera se habría gastado allí y contaba las gruesas bolas de incienso pinchadas en la cera. Las velas que llevaban los feligreses eran finas y engalanaban el monumento, y por encima asomaban las hojas amarillas de las palmas que habían

salido en procesión y formaban un palio de oro y una cascada de rayos dorados. Se oía el crujir de los bancos y el arrastrar de las pisadas, porque la puerta de la calle estaba abierta a todo el mundo en esas fechas, aunque el convento fuera de clausura. Doña Sol llegaba a la portería, allí una monja contestaba desde el otro lado del torno que giraba, aparecía el frasco grande de cristal lleno de cabello de ángel que sacaban las monjas de la cidra, y que le enviaba Sor Casta. La condesa se lo comía a cucharadas y era como el pelo de un hada, brillante y de color miel, y con él rellenaba los pastelillos que le mandaba con el cosario a su cuñada doña Manolita, que estaba viviendo en Ronda. El joven matrimonio pasaba el verano en La Hacienda, la hermosa finca que poseían, que era la envidia de todos los que por entonces presumían de tener una casa de campo, y que había creado con su esfuerzo don Severo. Allí se hartaba la joven condesa de acerolas, aquellas manzanas pequeñas como guindas que le recordaban su noviazgo y que tenían un olor aromático muy particular, y aunque las había visto en otoño en las fruterías entre cajones de naranjas, nunca las vio en su árbol hasta que no llegó a La Hacienda. Y aunque la pareja se pasaba la vida retozando en la cama, dando escándalo a todos con sus desmanes amorosos, tuvieron que pasar trece años para que ella se quedara encinta. Ya desesperaban de tener descendencia, de forma que decidieron encomendarse a la virgen de Guadalupe. El ayuntamiento cacereño había acordado en tiempos librar cuarenta y tres mil maravedís para comprar la casa que había sido del vaquero a quien se apareció la Virgen, y que dio con el lugar donde habían enterrado la imagen para librarla de los sarracenos. Luego se construyó el monasterio, donde llegaron los condes descalzos y a pie, arrodillándose en el ermita del Humilladero donde se detenían los peregrinos medievales. Atravesaron el pueblo descalzos, bebieron de la fuente en la plaza de los soportales y por fin llegaron al monasterio guerrero y monacal, mezcla de alcázar, fortaleza y templo. Fuera por causa de la caminata, o porque todas las mujeres de su familia se quedaban preñadas a partir de los treinta, lo cierto es que doña Sol se quedó embarazada. Desde entonces empezó a tener más antojos que una monja y a aborrecer a su marido. “Todos los días olla amarga el caldo”, se quejaba ante sus insinuaciones, de forma que limitaba el tiempo de cohabitación y se negaba a hacer el amor con la luz encendida. Don Hernán asestaba toda su artillería, tratando de llamar su atención, y sólo conseguía provocar en ella un sentimiento de rechazo. Lo llamaba mono libidinoso y le afeaba su incontinencia, así que él decidió cambiar de táctica y no la miraba siquiera. Pusieron dos camas en habitaciones separadas; desde entonces doña Sol empezó a dormir bien, porque hasta entonces se pasaba las noches agarrada al larguero como las gallinas, pues en cuanto lo tocaba ya lo tenía encima, y estaba demasiado cansada. Así, estando lejos, no se le ocurrían las malas ideas. A veces él alargaba la mano y tanteaba el aire,

sin hallarla, pero luego se acostumbró y se fue bandeando hasta que nació el primogénito. Lo llamaron don Diego y su madre se volcó en él, de forma que en lugar de sus gemidos amorosos, atronaban la casa los gritos del bebé, que berreaba en forma extraordinaria. Era él quien ahora desvelaba a los vecinos y espantaba con su llanto a las cigüeñas. La condesa crió a su hijo al pecho durante el primer año; para ello se encerraba en la alcoba con él, atrancaba la puerta con llave y a su marido no volvió a admitirlo en el lecho conyugal. Como el niño no dejaba de llorar en toda la noche, por la mañana la madre estaba tan molida que se pasaba el día durmiendo, de forma que se le cambió el sueño y pasaban semanas sin que se viera el matrimonio. Pero don Hernán tenía más paciencia que Job en el muladar. Empezó a frecuentar el casino y a jugar al chapó, y llegó a dominar el billar como un consumado maestro. En cuanto al primogénito, fue creciendo fuerte y atlético, con el pelo rojo y los ojos verdes de doña Sol. Era un chiquillo huesudo, con una gran dureza física; era extrovertido, sin ningún miedo al porvenir, y mientras la condesa sesteaba tranquila él se subía a los tejados y así recorría la ciudad, y llegando al casino veía a su padre jugar al billar entre los cristales de la montera. Tenía trece años cuando su madre empezó con la edad crítica, y con ella le vinieron nuevos deseos carnales que rayaban en el furor uterino. Pasaron los meses, llegó la primavera y algo no marchaba bien, no recordaba la fecha exacta de la última regla, pero la próxima se demoraba y luego la tuvo tres veces en un solo mes. Había oído tantas cosas sobre la edad terrible, y ya había cumplido los cuarenta. A veces le dolía la cabeza, lo achacaba al estreñimiento o a algún defecto de la vista, todo antes de aceptar que estaba llegando la hora mala. Una noche se coló en la habitación de su marido. Él no había hecho en muchos años más que jugar al chapó y al billar y tenía los muelles oxidados por el poco uso, hasta el punto de que sospechaba haber perdido la cualidad de varón. “Cierro la puerta, quien viniere que llame”, dijo ella metiéndose en la cama, y él repuso dándole la espalda que de otro temple estaba la gaita. “Estás más flojo que un bendo”, observó luego ella, y él contestó medio dormido que ella estaba más vieja que el andar para alante. Pero como a lo más oscuro amanece Dios, ella se encargó de engrasarlo, y con la madurez volvió la concordia al matrimonio y los gritos de amor al dormitorio de los condes. De forma que a los nueve meses de su incursión nocturna, doña Sol parió al segundón. Llegaba el mayorcito del colegio y se encontró con el médico que salía. “Tienes un amiguito con quien jugar”, le dijo dándole una toba en el cogote que a él no le hizo ninguna gracia, como tampoco le hacía gracia la noticia. Al recién nacido le pusieron don Casto por la abuela paterna que aún vivía, y como la veta debía estar algo agotada, el niño vino al mundo muy endeble y menudo, y desde muy niño padeció una cierta intolerancia para los alimentos. Su madre no pudo criarlo porque no le quedaba leche; pasó la cuarentena en la cama

como era menester, pero en seguida su antigua afición renació, y después sus relaciones conyugales siguieron con normalidad, y seguirían sin cambio apreciable hasta la más avanzada vejez de los cónyuges. En cuanto a doña Casta, murió a la edad de noventa años, sin que llegara a conocer la encíclica Rerum Novarum. Cuando murió su padre, don Hernán soñaba muchas veces que no había muerto, y cuando su madre murió soñaba que tampoco había muerto, pero que estaba enferma y lo perseguía con la hacheta. Estuvo a punto de vender la Hacienda, y si no lo hizo fue porque se opuso doña Sol. Las casas se estaban agrietando en torno a la plazoleta, y las de los molineros y hortelanos, sólo por milagro se sostenían en pie. Por falta de cuido se habían derrumbado las tenadas donde tiempo atrás se refugiaban las ovejas. Estaban muy deterioradas las viviendas de los pastores del lado del río, y últimamente el primogénito, don Diego, había utilizado una parte para instalar algunas duchas. Los corrales estaban reducidos a poco más que los cimientos, y los niños saltaban los muretes entre matojos y escombros de adobes. La explanada junto al río Tajo, antaño un vergel, conservaba sólo los frutales que no llegaban a madurar, porque los chicos del contorno arrancaban las frutas verdes. En su casa de Cáceres, don Hernán seguía conservando el bonito reloj de su padre en su estuche de terciopelo encima de la mesa del despacho, y ahora él se encargaba de darle cuerda, de forma que el reloj no se paraba nunca y sus campanadas sonaban exactas, y seguían siendo como de cristal. En cambio, el reloj del comedor atrasaba cinco minutos todos los días colgado de su caja alfonsina; él arrimaba una silla y abría la puertecilla de cristal, y tras haber consultado la hora en el reloj de bolsillo adelantaba los cinco minutos. Hacía girar varias veces la pequeña llave que crujía en los dos orificios, el de la hora y el de las campanadas, y colocaba la silla en su sitio. Mientras, se estaba mordiendo los pelos de su gran bigote; masticaba continuamente las puntas como si rumiara, y la lengua se le quedaba llena de pelillos pequeños que se le metían entre los dientes. También se arrancaba las cejas, pegaba un tirón y sacaba varios pelillos juntos. Doña Sol, la condesa, andaba rejuvenecida. Renovó la sala *Restauración*, que según ella guardaba reminiscencias de un romanticismo cursi, y llamó al quincallero para que se llevara los tarjeteros y los biombos, los tresillos de peluche y las cortinas filipinas de abalorios que ella misma había conseguido en tiempos con tanto trabajo. Hizo retirar los muebles lacados y los costureros, las cómodas japonesas y las colchas de Manila de seda carmesí, y tuvo que pagar encima para que se llevaran un extraño sofá tan pintoresco como incómodo, así como una colección de varios puf y tres mesitas con tablero bordado a punto de cruz. Tan sólo conservó un cuadro de flores, compuesto con cromos que ella misma había recortado, de estampas que iban dentro de las cajas de chocolate que le enviaba doña Manolita desde Ronda. Todo lo sustituyó por muebles

claros y mecedoras tapizadas con cretonas de flores, que pronto el sol puso todas descoloridas. Mandó restaurar la galería sobre pilares de ladrillos para que no se hundiera, y quitar las maderas viejas que sustituyeron por modernas ventanas de guillotina, tirando a la basura las cortinas y reposteros que se reemplazaron por persianas pintadas en colores alegres. Encargó una alfombra prerrafaelista con volutas azules y blancas, empapeló de azul el salón del piano y el tapizado de las sillas lo sustituyó por otro también azul. En el tresillo colocó pañitos con cenefas azules y los prendió con alfileres, de forma que lo más fácil era pincharse con ellos. Se desprendió de los candelabros porque habían instalado el alumbrado eléctrico, del brasero de bronce que ya no se encendía, y la badila inútil que ya no se usaba, porque había radiadores para la calefacción. El gas del alumbrado, que conoció su auge por los años noventa, se usaba ahora para guisar en la cocina. Doña Sol no pudo inaugurar el ferrocarril Transiberiano, como hubiera sido su gusto, pero acudió a la sesión que prepararon los hermanos Lumière, que con su aparato mostraban la salida de los obreros de su propia fábrica. Más tarde, en las fiestas de san Isidro, asistió a la primera representación de cine de Madrid. El matrimonio seguía tomando vino en las comidas, ya que el conde decía que el vino era la teta del viejo. Salían a menudo a pasear por las calles de Cáceres, y el conde caminaba erguido, enfundado en la levita o el chaqué, cubriéndose con el clac y llevando corbata y monóculo. Alternaba su hermosa colección de bastones, mientras que la condesa cuidaba con esmero el aspecto de su calzado y de su chal, y nunca prescindía del abanico y del velillo. Con el nuevo siglo, don Hernán optó por la americana y el sombrero flexible y ella por el traje sastre y los zapatos bajos; pero a las fiestas seguía acudiendo ostentosa de sedas, encajes y plumas. En el paseo que tenía lugar en la plaza mayor se cruzaban con gentes del pueblo que lucían trajes regionales de Montemayor, grandes sombreros y faldas coruscantes ceñidas con corpiños de seda; y en la nevería, él le compraba helados y pasteles de hojaldre. “Ya está viejo Pedro para cabrero”, decían los vecinos viendo a la pareja con sus arrumacos de ancianos. Se carteaban con doña Manolita, su pariente rondeña, y mientras ellos le enviaban por navidad alfajores y dulces de almendras, ella correspondía con piñonates, roscos de canela y yemas del Tajo, o les enviaba una receta infalible con que aderezar los boniatos con miel. Se intercambiaban tisanas digestivas, contra el reumatismo y las varices, o para combatir la obesidad de Carlota la Cubana, nuera de doña Manolita y esposa del actual marqués de los Zegríes, antes de que volviera al oficio para el que Dios la echara al mundo. Doña Sol había sido muy hermosa y todavía lo era, a pesar de la edad, y conservaba un brillo de juventud en sus ojos del color de las uvas. Su marido le había regalado el último modelo de fonógrafo, con un agujero por donde entraba una manivela, que cuando no se usaba de dejaba encajada en los ganchos

metálicos. Como tenía pocos discos la condesa los ponía una y otra vez, y le daba de cuando en cuando a la manivela para que no se muriera la voz. Los guardaba ordenados en el musiquero que había sido de doña Casta, un primoroso mueble francés con incrustaciones de maderas finas que había sobrevivido a la limpia de objetos anacrónicos, y los buscaba allí cuando quería poner música. Estaban muriéndose a chorros y los hijos solteros, ya maduros, los sorprendían retozando en la cama. Jugaban dentro del mosquitero de tarlatana azul pálido donde se habían colado los mosquitos que los freían por las noches, y que pendía de una armadura de sombrilla sujeta en un gancho del techo, justo encima le la cama. Alzaban la sábana de arriba y jugaban debajo, como si hubieran ocupado una tienda de campaña. Los esposos murieron con diferencia de horas, aunque ella era la enferma en realidad. El médico había dicho que *el sudor era bueno para los calenturientos cuando se presentaba al tercer día, al quinto, al sétimo, nono, undécimo, catorceno, diecisiete. veintiuno y treinta y cuatro, pues estos sudores juzgaban la enfermedad*. Le dijeron al conde que *las deposiciones espumosas eran señal de catarro pituitoso en la cabeza*, así que él no dejaba de observar *la calidad de las secreciones que se hacían por la cámara, orina, sudor y demás vías naturales.* Llevaba enferma varios meses y él la atendía, y cuando él cogió una colitis fulminante y murió, a ella no se lo dijeron, y no necesitaron decírselo porque lo supo en cuanto no lo vio a su lado. La hallaron sin vida, sentada en una mecedora tapizada en cretona con flores de lis. Además, había visto salir su ánima por el torreón y estaba sentada en la torre desmochada, aguardándolo.

***

DON DIEGO DE CÁCERES Y TRUJILLO nació después de trece años de retozo de sus padres, a raíz de que la condesa fuera en peregrinación a Guadalupe. Era un niño llorón, que había venido al mundo sin poder conciliar el sueño, y ese defecto le duraría de por vida. A los seis años tenía los pulmones de un barítono de primera; su madre lo vestía de terciopelo con golilla y cuando los otros niños se reían de sus trazas llamándolo marica, él para desengañarlos los hacía palidecer mostrándoles con descaro sus atributos. Desde su nacimiento la condesa empezó a aborrecer a su marido y gastaba sus días durmiendo agotada por las noches en blanco, mientras él se pasaba la vida gateando por los tejados de Cáceres y comiéndose los alfajores que extraía del bolsillo de su guardapolvos. Aferrado a las tejas aprendió las costumbres de las casas de citas, y a través de la montera del casino espiaba a su padre cuando estaba jugando al billar con sus amigotes. Nunca se le ocurrió al conde mirar hacia arriba mientras jugaba al billar en el patio amonterado del casino, porque se hubiera quedado frío de haber visto el chiquillo de seis años encaramado al tejado y asomado a los cristales de la montera, aferrado a las tejas y contemplando el curioso espectáculo en lo hondo de

unos cuadrados verdes donde rodaban bolas blancas o rojas, y otras bolas más gruesas y rosadas en torno que eran las calvas de los amigos de su padre. Había recorrido doce tejados partiendo de su casa para ver a los señores con varas largas que tomaban de junto a la pared, que de tiempo en tiempo las frotaban en la punta con algo en un movimiento circular, y que acababan pegando en las bolas como niños pequeños. Cuando doña Sol dormía, que era siempre, él le metía al piano la sordina, y no era que supiera tocar el piano todavía, pero le gustaba pulsar aquella nota fina que hacía vibrar la copa dorada con la tapadera de penacho. Había otros objetos sobre el piano, como una mano de porcelana azul sosteniendo un cuerno en forma de búcaro que maldito lo que haría allí, y hubiera estado mucho mejor en el cuarto de aseo sujetando las brochas para los dientes que entre aquel conjunto heterogéneo. Él prefería la copa, quizá de oro macizo, aunque nunca llegó a saberlo con seguridad, con escudos de esmaltes multicolores muy duros y suaves al tacto, y una cubierta que despedía un suave tañido al pulsarse ciertas notas agudas del piano. Llevaba un remate atornillado y vacilante porque el tornillo estaba flojo y el remate giraba, y no tenía que ser de oro macizo aquel copete porque su tono era oscuro y apagado, y desentonaba con el resto de la copa que era igual que el cáliz de una iglesia. Husmeaba en la biblioteca los libros que pertenecieron a su bisabuelo, viejos volúmenes que compendiaban la ciencia médica de su tiempo, cuidadosamente encuadernados en cabritilla jaspeada con lomos rojos y epígrafes dorados, con páginas amarillentas en caracteres arcaicos, y en los viejos grabados de anatomía, los más valiosos protegidos en un armario con puertas de cristal, estudiaba las partes prohibidas del hombre y la mujer. En el balcón sobre el jardín las maderas estaban podridas y no encajaban bien, los vidrios también eran antiguos y desfiguraban las imágenes al otro lado de los postigos de cuarterones despintados. Miraba la llovizna tras los cristales, sobre el jardín descolorido del invierno y las ramas ahiladas de los árboles, oscureciendo las tejas ya oscuras de por sí. Era un color de tristeza el de los muros y el del cielo, y él se pasaba el tiempo con la nariz pegada al vidrio de la ventana, porque aunque la lluvia lo entristecía, tampoco podía librarse de su hechizo. A veces unos finos carámbanos pendían de las ramas desnudas de follaje brillando al sol como estalactitas de diamantes, mientras el estanque se helaba también y el jardín se llenaba de escarcha. En primavera, bajo la umbría los membrillos estaban verdes y la hiedra reptaba, arrancando el yeso son sus uñas, y en verano las rosas se habían marchitado y despedían un aroma espeso y agrio. Luego abandonó la ciudad para seguir sus estudios y su padre lo acompañaba a la estación de ferrocarril, iba solo en primera clase si se exceptuaban unos cuantos señores canosos que viajaban con pase, y él entretenía la madrugada curioseándolo todo, los pañitos de crochet y el aspecto ridículo de sus compañeros de coche, porque no podía

dormir. Cada vez que volvía a su casa aporreaba los aldabones, dos manos de bronce que sujetaban desde siglos dos bolas doradas y hacían sonar el portón macizo con un vibrar profundo y sostenido. Aguardaba unos minutos en la semioscuridad bajo la fina lluvia, y cuando oía pasos afelpados en la escalera sabía que alguien se acercaría a la puerta y descorrería los cerrojos, alumbrando con un cabo de vela el zócalo alicatado de color caramelo. De arriba pendía una farola y la escalera estaba alfombrada, con pasamanos de madera brillante por el uso y recias puertas en el entresuelo pintadas de marrón. Añoraba ver de nuevo los muros gruesos de tapial, los tragaluces y el portalón, y los sótanos tan profundos que nunca se desvelaban. Y dentro de la casa los techos altos y las cortinas de damasco en los salones, las ventanas entrecerradas por que no se comiera el sol el estampado de las tapicerías, los pasillos oscuros y los dormitorios como celdas de convento. Las golondrinas se cobijaban en el alero llenando los alrededores con sus excrementos, pero no en la casa siguiente ni en la anterior, que también tenían aleros en sus tejados, sino que sólo en la suya se cobijaban las golondrinas. Nunca le gustaron las novelas, y las historias de conquistadores además de ser verdaderas le parecían mucho más apasionantes. Alguien le dijo que su abuela doña Casta descendía de la pata izquierda de doña Urraca y él se desvelaba tratando de indagar lo que significaba aquello, ya que doña Urraca no parecía tener buena fama, y más de ramera que de otra cosa. Estaba en plena pubertad cuando nació su hermano el segundón, que aunque sobrevivió estaba comido de ictericia, y viendo a sus padres retozar sin ninguna precaución, se había prometido imitarlos en cuanto pudiera, en un futuro no muy lejano. Un día la criada entró en el cuarto mientras él se bañaba, se le pusieron los ojos como platos y se le desplomó el cerro de toallas que llevaba para guardar, y allí mismo las dejó en el suelo y se fue haciéndose de cruces. Días después, por el ojo de una cerradura el mozo vio bañarse a la criada desnuda en un barreño, y aunque le caían churretes negros por la espalda él vio que la tenía nacarada, de forma que aquella misma noche se coló en el cuarto de la maritornes y ella le abrió los ojos a la vida. La experiencia le gustó de veras, y aunque la repitió todas las veces que le vino en gana, los condes sus padres estaban demasiado ocupados entre sí para darse cuenta de sus devaneos. Cuando cumplió los dieciocho, su padre le hacía consideraciones morales, lo prevenía contra fantasías desastrosas y le aconsejaba que no dejara el menor resquicio para su penetración, ya que lo podían llenar de ideas impuras y preparar el veneno de las desilusiones, a lo que él asentía sin discutir. Desde siempre don Diego disfrutaba martirizando a su hermano menor, que lo huía como a un terremoto y lloraba sacando la lengua que tenía larga y estrecha, estiraba la punta tanteando la lágrima, la recogía y la chupaba y volvía a lo mismo a fin de recoger la siguiente. Para evitarlo, los condes lo mandaron a estudiar leyes a Valladolid, que era

la tierra de su abuela doña Casta. Allí se aburría de muerte, y para distraerse acompañaba a las señoritas por el Campo Grande entre riachuelos y puentecillos de troncos y una cascada que no parecía artificial, aunque lo fuera. Caía el agua desde arriba hasta un hueco rocoso y profundo, y se podía subir a lo más alto de la gruta por escalones bordeados de alambres de pinchos. Arriba trascendía un olor tan malo que había que taparse las narices, pero desde allí se dominaba un paisaje de estanque con aguas de un color verde oscuro, y el arcén de piedra artificial donde se sentaban las niñeras a platicar con los militares. Cuando don Diego volvía a su casa de Cáceres después de una ausencia llegaba a la cocina, abría la desvencijada puerta de cristales y se asomaba a la galería de servicio, y desde allí pegaba un silbido y la criada se enteraba de que el señorito estaba allí. Vuelto a sus estudios superiores, cambió de estrategia: se acostaba con la doméstica de la pensión, tenía amigos desharrapados con los que visitaba las tascas codeándose con gente sencilla, bien fueran jornaleros o esquiroles, y entre ellos hacían apuestas que hubieran abochornado a sus antepasados ilustres, como la de ocultarse tras un lienzo y mostrar el trasero, para que los demás adivinasen a quién pertenecía. Como estimaba el buen comer lo solían invitar a bodas y a bautizos, y aunque el ama de la pensión era una buena cocinera era él quien se metía los días de fiesta en la cocina, porque no consentía en probar el mismo alimento durante dos fiestas seguidas. Le cambiaba el pelo de color y podía ser desde un cobre rojizo a un caoba encendido, y en cuanto pudo se dejaba bigote y a temporadas barba, y cuando a veces se afeitaba ambas cosas le decían riendo sus hermanos de francachela que le había quedado cara de nalgatorio. En una ocasión le cortaron un hermoso bigote de guías, se lo comieron de postre mezclado con natillas, y estuvieron bebiendo vino hasta que lo dejaron por agotamiento. No se casó nunca, y siempre vivió de hijo de familia sin complicaciones porque se encontraba muy cómodo así, pero ello no fue obstáculo para que cuando acabó la carrera de leyes se decidiera a sentar la cabeza, y a dedicarse a la política como hiciera su abuelo el segundo conde de san Justo y san Pastor. Pasaba invariablemente los veranos en la Hacienda, junto con sus padres y hermano. El segundón se estaba convirtiendo en un buen estudiante, en un muchachito timorato que guardaba las formas y las conveniencias, pero aunque en un principio se le sometía en todo luego dejó de someterse, cogiendo al mayor por sorpresa; y de tal forma se comportaba en sociedad que, al contrario que el primogénito, ni a las peores lenguas daba qué hablar. Desde que murió don Severo la finca había empezado a decaer, de forma que de ser una hacienda espléndida se había convertido en un lugar ideal de veraneo. Don Hernán ocupaba con su familia la vivienda principal, y la servidumbre un edificio más pequeño cercano al río en el lugar donde el agua saltaba por encima de las gruesas piedras redondas, y que llamaban la cascajera.

Había un pararrayos adosado a la casa del lado del cauce, y cuando el cielo amagaba tormenta y se cubría de nubarrones, cuando bramaba el trueno cada vez más cerca y los relámpagos lo inundaban todo con su luz, el menor de los dos hermanos se acurrucaba junto a su escritorio, porque sabía que antes o después la tormenta estallaría encima, y entre el zurriar de los granizos y el batir de la lluvia llegaría el estruendo y el cable del pararrayos se agitaría golpeando el muro con su ensordecedor tableteo, y los cimientos de la casa se estremecerían. Así que se agarraba del pupitre sin pestañear, y cuando ya el rayo había caído y se lo había tragado el cauce respiraba tranquilo. Almorzaban trucha asalmonada que el conde pescaba en el río, y don Hernán aseguraba invariablemente que en ningún sitio la había comido como allí. El río Tajo era hermoso, las ramas gráciles de los árboles caían a ambos lados y se sumergían en el caudal alzando remolinos, el agua era verde y profunda y tenía mucha profundidad y poca corriente del lado de la huerta, donde los mosquitos la sobrenadaban. Luego el rápido iba haciéndose mayor, y al llegar a la cascajera el agua saltaba sobre los guijos redondos, pudiéndose vadear el río sin mojarse los pies. Allí los chopos eran altos y frondosos, en las márgenes crecían hierbas altas y juncos y las mujeres golpeaban en el río las sábanas de lienzo, mientras hilos de telaraña se tendían entre los árboles. Cerca jugaban los niños de los hortelanos y tiraban cantos al río, y tenían las mejillas coloradas como los melocotones del huerto. Una perra amarilla olisqueaba el camino, salía corriendo y volvía atrás, miraba a la noria y perseguía a los niños por encima del puentecillo de tablas. La tierra brillaba porque contenía trozos de yeso cristalizado en flecha con irisaciones, limpios y transparentes y compuestos de laminillas que podían separarse con las uñas, o con granos de tierra entre las láminas coruscantes, y todo estaba lleno de fragmentos que lucían al sol, y una cortadura del terreno que parecía cortada a cuchillo mostraba grandes lascas de yeso cristalizado en flecha que los chiquillos mascaban junto al río. Don Diego recorría los senderos con una flor de malva en la boca y soñando que llegaría a ser un personaje, llegaba a casa del hortelano que estaba sentado al calor de la cocina en las noches frescas de septiembre, acomodado en el poyete y ceceando un extremeño cerrado. Los niños habían construido un balancín que pendía de una rama en la plazoleta, entre la casa de los molineros y la de los señores, en el solar que en tiempos había ocupado un jardín y que por entonces estaba cegado de matojos y de flores de malva. Habían trabado dos cuerdas a una tablilla y a la rama del árbol más gruesa, y en el mismo tronco clavaban un murciélago para obligarlo a fumar, y aunque el animal se debatía inútilmente le metían a la fuerza el cigarro del que arrancaba grandes chupadas. Para ir a las viñas tomaban una carretera con árboles blanqueados de cal, y enmedio saltaban las urracas que también llamaban maricas o picazas y que corrían a pequeños saltos, y los niños decían que

robaban los objetos brillantes y los guardaban en sus nidos. El pueblo más cercano era un villorrio con su sala de baile, con una pianola y una tienda donde se compraba casi todo, hasta el pescado que llegaba una vez por semana en el tren. La señora Lucía era importante en el lugar y vendía pirulís, unos caramelos picudos envueltos en un papel de seda que se quedaba pegado, y también expendía un vino claro que espumeaba como la gaseosa. Llegaban a la estación en carretas, menos don Hernán que había inaugurado el recorrido en velocípedo, y años después las muchachitas lo harían en bicicletas con mallas de seda en colorines, trabadas en el salvabarros de atrás para que no se engancharan las faldas. Formarían grupos en la cañada por donde todavía pasaban las ovejas, y se encajarían en las huellas profundas de los carros con peligro de caer. Allí, en la finca que fundara su abuelo y que su padre conservaba como Dios le daba a entender, hallaba todos los veranos a la hija de los molineros. Conocía a la muchacha desde que era una mocosa y siempre la había visto lavar en el río. Cuando ella cumplió los diecisiete, el hijo de los condes le doblaba la edad; toda su familia había servido desde siempre en la Hacienda, y ella no se había movido de allí. Se llamaba Pepa y era medio simple; le gustaba subirse a los árboles con los muchachos, y al gatear enseñaba unos muslos blancos y gruesos. Con el tiempo se había convertido en una moza sana y colorada, y era guapa de cara, aunque tenía un asomo de bozo y las piernas algo torcidas, pero los mozos del lugar empezaban a propalar que sería una real hembra con sus hermosos ojos y sus anchas caderas, aunque fuera simple y tuviera las manos rojas y abiertas de lavar en el río. Salía los domingos en el burro y las otras veían el burro pastando en la cuneta, pero no a ella ni al mozo que la acompañaba. “Vergonzosa es esa, que se tapa la cara con el faldón de la camisa”, criticaban. Su madre era una mujer gruesa con barriga y el padre un molinero como todos, lleno siempre de harina. La chica trepaba al moral como nadie porque las curvas de sus piernas se abrazaban a los nudos del árbol y sus brazos gordezuelos se aferraban al tronco, y subía como un animal a lo mas alto mientras las ramas se curvaban con su peso. Su amor secreto era el hijo mayor de los condes, y aunque tuviera las manos ocupadas en el lavado nunca dejaba de pensar en él, o mientras comía acerolas en la peralera o partía almendrucos en un escalón. Llevaba la falda recogida y dentro un puñado de almendras, estiraba la falda y las almendras se esparcían, las iba golpeando una a una y partiendo la corteza verde claro y luego la cáscara sin madurar todavía, y sacaba el fruto que estaba tierno y de buen sabor. Don Diego la miraba escurrir la ropa con las manos y aclararla en el agua fría que le abría llagas profundas en los dedos, y a veces se subía las faldas y mostraba dos gruesas piernas y el borde de los calzones atados con cintas.

Ayer en el molino la molinera

me dijo si quería dormir con ella,

canturreaba don Diego. “Nunca me ve sino cuando meo, y siempre me halla arremangada”, suspiraba ella en su escaso conocimiento, y notaba su cercanía y que algo duro se le posaba en los muslos. Pensaba que era la mano del señorito que tanteaba el bolsillo, porque no podía imaginarse lo que era, hasta que un día a la orilla del río le miró el pantalón, y le divisó un bulto que no le había visto antes. Atravesaba los campos de trigo pisando entre los surcos punteados de amapolas, cogía garbanzos verdes de las matas y las manos le quedaban ácidas por las cascarillas, y las amapolas se le deshojaban por mucho cuidado que tuviera al troncharlas, quedando el botón verde con una coronilla oscura. Un día don Diego la llevó a las tenadas entre pajas y boñigas de ovejas, entre paredes de adobes derruídos donde quedaban poco más que los cimientos, donde en tiempos se guardaban las ovejas y ahora habían quedado para entretenimiento de los niños. “El hombre de seso tiempo ahorra”, se dijo el galán, a quien le gustaba la Pepa más que a los chiquillos la leche, y en el mismo lugar y tiempo le hizo un hijo. Pasaron los meses y ella siguió lavando en el río, hasta que a la madre le salió de ojo la redondez de su vientre. “Con el rey me eché, más puta fui”, fue lo único que pudieron sacarle el respecto, y tuvieron que resignarse con su suerte. Había tantas moras en el gran moral que los chicos no daban abasto a comerlas, pero a ella le daba miedo subirse por entonces no fuera a resbalar y caer, porque le había crecido demasiado la barriga y las ramas eran tan altas que remontaban los tejados. Pero un día no pudo aguantar la tentación y empezó gateando como un mono, con barriga y todo porque no había hecho otra cosa desde que nació, y al tiempo que enseñaba los calzones agujereados se cayó de lo más alto del moral, el romperse una rama con el peso. Y aunque ella murió reventada, el niño pudo sobrevivir al batacazo. La enterraron del lado del río en la alameda, y plantaron encima un macizo de campanillas que desde entonces estuvo siempre florecido. Al principio eran matas pequeñas y pronto alargaron sus vástagos sobre los troncos de los álamos, y hasta amenazaron con anegar las juncias con sus flores moradas. Cada vez las ramas se hicieron más recias, de forma que el lugar empezó a abombarse; y aunque cortaban las más gruesas, en un cerrar y abrir de ojos habían empezado a retoñar. Al hijo de Pepa le pusieron de nombre José Cupertino. Nunca conoció su filiación, porque los molineros lo metieron en la inclusa, hasta que a los diez años don Diego se erigió en su protector y lo envió al seminario, de donde no saldría hasta después de cantar misa. Por entonces don Diego andaba encandilado con Juana García, la doncella de sus ancianos padres. Con el achaque de quitarle las espinillas la perseguía por los pasillos de la casa de Cáceres. “Cómo le gustará esa cochinada”, se quejaba ella, pero cuanto más lo evitaba más gusto le sacaba don Diego a los barrillos. “Nadie sabe lo que tiene que aguantar una pobre”,

protestaba ella, y mientras él le contaba los lunares, y tardaba en hacerlo porque tenía muchos. “Lo ha hecho usted tantas veces que tiene que saber la cantidad de memoria”, le decía. Era además un poco besucón, la verdad era que siempre tenía que estar huyendo la Juana de él, y más hubiera huido si le hubieran dicho lo que vendría, porque además le gustaba darle azotes en el culo, todo sin malicia y sin mala intención. “Abrazos y besos no hacen chicos, pero tocan a vísperas”, se le revolvía la criada, y él le contestaba sonriente que un hombre besador era poco empreñador. La solía coger por detrás y lo había hecho varias veces, pero aquélla debió de afinar la puntería y Juana tuvo que disimular el embarazo hasta el final. Se fue a parir al pueblo y dio a luz a una niña, Domitila, mientras don Diego se entregaba en cuerpo y alma a la política, Tenía tal fuerza de persuasión que se hacía recibir por las masas como elegido de la providencia, y así llegó a ser ministro de la monarquía. Luego, con las elecciones, se barruntó que el negocio se venía abajo y hasta tuvo que acudir al médico por primera vez en su vida. “Existe demasiada tensión, pero no la que marca el aparatito. Debe revisar la graduación de sus gafas”, le indicó el facultativo. Cuando se derrumbó la monarquía él se retiró de la política, y fue a despedir al rey cuando salió con destino a París. Luego se fue a su casa solariega de Cáceres. Los viejos condes no llegaron a conocer el desastre y se hubieran muerto del sobresalto, si no hubiera sido porque fallecieron un año antes, circunstancia que aprovechó Juana la criada para llevarse con ella a su hija Domitila. Cuando don Diego estuvo en Ronda a apadrinar a Martina Beatriz Isabel de Hungría, que era hija de sus sobrinos los marqueses, fue considerando por el camino que todos sus amigos se habían casado y tenían hijos y hasta nietos, hasta dos generaciones habían crecido y él, hombre apasionado, se hallaba ante una vida vacía de pasión. Cuando José Cupertino murió, consideró su trágica muerte como un castigo a sus veleidades, y cuando recibió la noticia se ocultó para llorar. Poco dado a la sensibilidad, sintió que sus manos temblaban y se le saltaba el corazón, porque era su hijo, y aunque no había vuelto a verlo desde el seminario su imagen le traía antiguos recuerdos, y su corazón sangraba de nuevo. Y luego sería siempre así, aunque hubieran pasado muchos años, aunque el tiempo hubiera en cierto modo restañado la herida, rumiaría una y otra vez la historia que le habían contado. Cuando cumplió setenta años hubo pasteles en la fiesta, y copas de vino dorado para obsequiar a las visitas. Por entonces ya Martina Beatriz había perdido a sus padres; él se la había llevado consigo a vivir a su casa de Cáceres, y la trataba como si hubiera sido su propia hija. Siempre a la misma hora la ahijada oía la llave en la cerradura y el chirriar de la puerta, y un golpe al cerrarse. Él se quitaba el abrigo y el flexible, dejaba el bastón en el perchero y se aproximaba a la caldera donde chisporroteaban las brasas, situaba las manos cerca y las frotaba una contra otra, mientras sus cabellos

todavía abundantes, aunque entreverados de canas, despedían reflejos rojizos. Era un hombre alto, y todavía robusto, y sus ojos verdes estaban surcados de finas arrugas. Entraba en el despacho y en el asiento más cercano se acomodaba para descalzarse; Domitila acudía con las zapatillas y aguardaba, hasta que tomaba las botas y se las llevaba para lustrarlas. Magdalena la cocinera aparecía con la merienda dispuesta en la bandeja, la dejaba sobre la mesa y salía rezongando. Giraban los suaves goznes de la puerta de cuarterones que estaban hundidos bajo las capas de pintura, y al otro lado estaban los pasillos en penumbra, y los grandes armarios, las puertas con montantes de cristal de los dormitorios, que había que cubrir con papel de estraza para que no asomara la luz, si Martina quería que no asomara la luz para seguir pintando por la noche sin incomodar a su padrino. Don Diego no era sombra de lo que había sido, aunque no miraba hacia atrás con ira, sino con cierta complacencia y con una sonrisa de comprensión. Cuando Martina fue mayor de edad y quiso marcharse a París él le aconsejó que lo hiciera, y le pidió que le escribiera de cuando en cuando. Antes de morir, don Diego reconoció a Domitila como hija. “El tiempo todo lo cubre y todo lo descubre”, moqueaba Juana García limpiándose las lágrimas con el delantal.

***

FALTABAN QUINCE AÑOS para que acabara el siglo diecinueve cuando murió el rey Alfonso doce, y su hijo póstumo vino al mundo el mismo día en que doña Sol daba a luz a su segundo hijo varón. Don Casto nació cuando su madre había cumplido los cuarenta y cinco, y siempre estuvo condicionado por su nombre de pila. Durante mucho tiempo se trasladó arrastrándose, dando culadas, de forma que se clavaba las astillas de la tarima en el trasero, y desde entonces andaba como gato por brasas, en la mano un muñeco redondo y panzudo que podía tumbar cuantas veces quería y él solo se ponía de pie. Apoyaba la frente en las rodillas de doña Sol y se quedaba quieto, para que ella le dijera aserrín aserrán, y trataba de saber por el contacto de los dedos cuántos le había apoyado su madre encima, y siempre se equivocaba de número. Se quedaba petrificado frente al gran búho disecado sobre el aparador del comedor, y con las manitas en los bolsillos del guardapolvo con cuello de piqué musitaba bú-bú, con una especie de temor religioso, ya que el bicho parecía dominarlo todo desde el trinchero con sus alas abiertas como si fuera a echarse volar. Tenía el pico abierto y aguzado y las garras fuertes, pero lo peor eran sus ojos de color naranja, los ojos fijos de cristal que parecían querer taladrarlo con la mirada. Por la noche la casa se llenaba de chasquidos inquietantes, era el ulular del viento sobre los tejados o el crujir de una falleba, y cualquier rumor cobraba un gran relieve en el silencio. Solía permanecer alerta sobre la tibia almohada, aguardando hasta que oía un menudo rasgar bao el entarimado, o detrás de los ladrillos del tabique. De día oía crepitar la caldera nueva de

la calefacción y se acercaba con cuidado de no quemarse, apoyaba el trasero cubierto con el calzón y el percal a rayas de su delantal, y veía en la pared el reflejo de las llamas a través de la trampilla. Sobre el perchero que llamaban el *burro* estaba la bufanda de seda que había sido de su abuelo y entonces usaba su padre, y sobre el terciopelo claveteado de bronce estaba la chistera gris de don Hernán el conde, su progenitor. Le gustaba el chisporroteo del carbón encendido y se distraía viendo sacar las escorias, aquella masa gris llena de poros y agujeros con las que simulaban montañas en el portal de Belén. Don Diego era su hermano mayor y él lo temía más que al cólera, y gradualmente fue creciendo en él la idea de que no lo querían, de que era una criatura de segunda clase comparado con aquel hombrachón de pelo rojo y ojos vivaces que era su hermano, y ante el que se veía desmedrado, enteco y acosado por toda clase de dolamas, si bien *las eflorescencias cutáneas, cuando eran extendidas le picaban poco, y cuando sentía dolor en los hipocondrios sin inflamación ni calentura, pronto se le acababa el dolor*. En un principio no tuvo una noción clara de su inferioridad física, pero conforme fue creciendo la sensación se agudizó; no obstante no sentía envidia, pero en el fondo estaba condolido. Acompañaba a su madre la condesa en sus paseos matinales, y jugaba al boliche al pie de la escultura romana de Ceres que coronaba la torre de Bujaco, y que el pueblo veneraba como la Santa de la Plaza. En vísperas de carnaval, las gentes lucían sus trajes regionales en la plaza mayor y se cubrían el rostro con máscaras. Por entonces llegó la noticia de que a Cánovas del Castillo lo había matado Angiolillo, un anarquista italiano. La situación de España era alarmante y las guerras de África se habían convertido en una sangría nacional. De regreso pasaban por la plaza de san Jorge, ante la residencia de jesuitas que los hijos de san Ignacio tenían que abandonar de tiempo en tiempo, cada vez que el Estado decretaba su expulsión. Cuando llegaba a casa el muchachito se sentaba ante el piano con su caja de maderas finas y en la tapa el escudo real, que había sido construido en París para la reina por la casa Pleyel, y que llegó a Cáceres por un capricho de la fortuna. Luego se subía en los frutales del jardín, y allí se dejaba olvidado el misal que había sido de su abuela doña Casta, hasta que un día lo cogió la tormenta y lo dejó todo alabeado y desteñido. El rojo de los cantos se corrió hasta las letras en castellano y latín, y el misal que ya era grueso de por sí abultaba el doble que en un principio, y hasta las estampas se quedaron onduladas. Cerca estaba el tragaluz con tela metálica que se había desprendido, y por allí saltaban los gatos a la cochera que le habían alquilado al droguero para que almacenara sus bidones. De cuando en cuando se abría el portalón y unos hombres cargaban toneletes, y los gatos huían por los huecos de la alambrera a refugiarse en el jardín y aguardar a que se fuera toda aquella gente para poder volver junto a los fardeles. Nunca sintió el muchacho la concupiscencia carnal.

Se entretenía en sueños masturbatorios, pero el placer que le proporcionaban era sólo intelectual. No se tocaba por un deseo sensible e inmediato sino para procurarse compañía, y sólo alguna vez en sus conversaciones con amigos notaba una cierta inflamación en sus partes pudendas. De mañana se levantaba tarde, y por la noche se estaba algún tiempo desvelado distrayéndose en algo que lo apasionaba y era un juego de imaginar. Pensaba en las niñas que conocía y se representaba a sí mismo infringiéndoles algún daño como punzarlas o cortarlas, siempre en la parte de adelante, y tanto lo distraía aquello que se le pasaba el tiempo sin sentir, y al mismo tiempo se manoseaba para librarse de la soledad, y darse sensación de compañía. Nunca pensó que aquello constituyera pecado, hasta que fue a confesarse para hacer la Primera Comunión y surgió el espinoso tema de las faltas de modestia cristiana. Según decían sus amigos las faltas eran lícitas mientras no pasaran de tres, y él creía la teoría a pies juntillas y la llevaba a la práctica; cada tres veces se acusaba de haber faltado a la modestia y la cosa quedaba así, y nunca le pidieron mayores explicaciones. Más tarde evitaría cualquier acto sospechoso, para no verse obligado a declararlo. Hacía el acto de contrición que era preciso para el perdón de los pecados, aunque el de atrición también valía con tal de decir los pecados al confesor, pero todos sabían que no era bonito tener pena por causa de castigo, y sí en cambio por haber ofendido a Dios, que era tan bueno y era su Padre. Le sonaba la palabra adúltero sin que supiera muy bien lo que significaba, pero sí como algo malo y vergonzoso, y por eso le parecía extraño hallar una palabra similar en los prospectos de las medicinas relacionando aquella cosa mala con la dosis de las pastillas. Hasta mucho después no supo en realidad lo que era una virgen, y se quedó asombrado el saber que aquello a que tanta importancia se daba iba condicionado por una pequeña y frágil membrana en un lugar un tanto inconfesable. Siempre que los mayores hablaban de algún afeminado aguzaba el oído, y había un tono de burla en la conversación que lo paralizaba. Lo mismo le ocurría cuando hablaban de locos. Se acostumbró a no sonreír porque se le habían roto los dientes incisivos de pequeño; rodó las escaleras de piedra, temieron que se hubiera descalabrado y tuvieron que ponerle suero antitetánico, porque el lugar estaba alfombrado de cagajones, así que desde entonces hablaba ceceando entre los dientes rotos. Una vez pasó una noche horrible con dolor de barriga, y afortunadamente no llegaron a purgarlo, ya que el día siguiente seguían los dolores abdominales y tuvieron que extraerle el apéndice. Luego se pasaba el tiempo soñando con ríos y que estaba nadando en un lago sin poder beber de aquel agua, porque tan sólo le mojaban los labios con un algodoncito. Venían las visitas y lo obligaban a reír, y no sólo enseñaba entonces los dientes quebrados sino que sentía como si se le abrieran las entrañas. Cuando se puso en pie creía que el vientre se le caía hasta los pies y no dejaba de

sostenerlo con la mano, y para más molestia le estuvo supurando la herida todo un año seguido, por un agujerito. Llevaba un esparadrapo con una gasa estéril que le cambiaban a diario, hasta que al final le salió un nudo gordo pegado a la gasa y entonces el agujero se cerró. Por entonces su hermano don Diego era un desharrapado que se mezclaba en las peleas de estudiantes y rompía las farolas a pedradas. Por el contrario él iba convirtiéndose en un árbitro de la elegancia, aunque un tanto desequilibrado porque había salido a su abuela doña Casta. Era como si algo se le pasara de rosca dentro, en el complicado mecanismo de sus neuronas, y espantaba las ideas negras como a moscas pero volvían una y otra vez, como los moscardones que en septiembre estaban a punto de morir pero seguían volando con torpeza. Notaba sensaciones extrañas: de pronto sus manos parecían crecer al extremo de unos brazos que no eran los suyos, pero que llevaba pegados a los hombros. Pero los nervios no le impedían estudiar ni fabricarse reglas nemotécnicas que iba memorizando por los pasillos, o en la penumbra del gran despacho donde estaba el retrato de su bisabuelo, y cuando dejaba de memorizar se acercaba al lugar donde estaban las revistas antiguas encuadernadas en gruesos tomos, y como ya las conocía tanteaba en ellas, sacaba un volumen y corría los otros en el hueco para que no se notara la falta. Se iba a su cuarto con el botín, se cerraba por dentro y empezaba a pasar las hojas con bonitos figurines de mujeres que se sabia de memoria, y con la navaja de afeitar de su padre las rebanaba hábilmente y así crecía la colección de sus estampas femeninas, que guardaba en carpetas antes de devolver las revistas a su sitio. Pasaba los veranos en La Hacienda, soñaba con las mozas que lavaban en el río pañuelos blancos y fragantes, y se mojaba los pies en el arroyo tan claro que se veía el fondo de piedrecillas, cada grano de arena y las piedras cubiertas de verdín. Y hasta los cangrejos que se escabullían, tratando de confundirse con el fondo. El chorro de agua era claro y frío, surgía entre las zarzas y los culantrillos; lo habían encauzado en un tubo y se derramaba en el arroyo, donde don Casto ponía los reteles con el cebo para pescar a los cangrejos. La opinión que tenía de su hermano don Diego era desastrosa. “A la moza y la parra, álzale la falda”, le aconsejaba el mayor entre risotadas, y él se callaba porque predicar en desierto era sermón perdido. Le habían contado cosas muy serias de él y se resistía a creerlas, hacía un esfuerzo de imaginación y ni aun así lo conseguía, y le indignaba que anduviera persiguiendo a la Pepa que era zafia y no limpia, y menos distinguida como las mujeres de sus revistas, y menos inteligente y cultivada. Con el tiempo se hizo fiscal, y cuando tomó posesión era el funcionario más joven y lo tenía a gala. Llevaba almidonadas e impolutas las puñetas de encaje de su toga, vestía con elegancia y frecuentaba los lugares distinguidos. “Mala cosa, cobrar mala fama”, decía a cada paso. Y ahora que habían pasado tantos años y había

aprendido tantas cosas, se daba cuenta de que sus imaginaciones infantiles estaban plagadas de fantasías eróticas de carácter sádico. Siempre aparecía sangre allí, se infringía un daño a la persona imaginada y siempre en sus órganos sexuales. A su hermano le reprochaba su desorden moral, pero él no lograba poner orden en su propia cabeza. Antes de entrar en su trabajo daba largos paseos por el campo, y le parecía delicioso recorrerlo temprano porque cada estación le mostraba sus especiales características. Tenía una compañera que vivía cerca, y aunque trabajaban juntos y se conocían de muchos años, y ambos eran solteros, nunca volvieron juntos a sus casas. Se despedían cortésmente a la puerta de la Audiencia y cada cual tomaba un camino distinto, y así durante treinta años, por el temor de provocar habladurías. Cuando sus padres murieron, ya muy ancianos y casi al mismo tiempo, en una extraña compenetración, él abandonó la casa solariega que ocupaba su hermano. Luego, en sus esporádicas visitas aprovechaba para husmear en el desván. Nunca pudo superar la añoranza del sobrado, el recuerdo de aquella pieza abierta a todos los vientos y siempre oscurecida, si de día con los cuarterones atrancados dando paso en sus rendijas a los finos hilos de luz, si en la anochecida dejando colarse los últimos resplandores, el lucir de las primeras bujías instaladas en la calle, y más tarde de los focos pendientes que el aire hacía bascular. Si de noche, bajo el brillo de las estrellas, bañado en luna entre el maullar amoroso de las gatas en celo. Y abajo el jardín cobijando ronroneos, y en las galerías vecinas las luces encendidas, voces de niños y humos de fritanga sobre los árboles del jardín. Eran todavía las mismas llaves grandes y pesadas como si no se hubieran inventado los llavines, había que dar dos vueltas y la cerradura gemía y se abría la puerta estrecha y alta, dando paso a las escaleras empinadas y oscuras, que había que subir con cuidado para no dar con las botellas vacías colocadas de siempre a las orillas, y que no rodaran los escalones de vieja madera. O bajaba al zaguán y abría un portillo a la derecha, con la llave que le diera Magdalena, siempre recomendando al señor fiscal que cerrara bien al salir. Entraba al cuchitril que servía de carbonera, y andaba con cuidado de no tropezar en la oscuridad, sobre el firme de tierra prensada y negruzca. Daba al interruptor y se encendía una bombilla polvorienta, se adentraba en las piezas profundas donde se almacenaba el carbón, y el techo quedaba tan bajo que tenía que inclinarse al pasar. La luz era tan tenue que le permitía tan sólo distinguir los muros para no tropezar, pero no leer los rótulos escritos desde siempre que mostraban en sus fechas vetustas la antigüedad de la casa. Se demoraba un momento pensativo y escarbaba el negro montón con el tacón de su zapato, y al salir apagando la luz sentía el olor concentrado de muchas generaciones de gatos. Tenía más de sesenta años y permanecía soltero, pero a diferencia de su hermano no se le habían conocido aventuras, aunque sí un cúmulo de

manías. Ganó fama de estricto entre los fiscales de toda la nación, y condenaba con especial rigor los delitos sexuales ya que, según decía, él mismo había tardado muchos años en saber lo que era un burdel, y aún ahora no se explicaba cómo un hombre podía pagar a una mujer para hacer una cosa tan sucia. Estaba siempre alerta para sorprender cualquier error, y era el pánico de las criadas cuando lo veían aparecer en la casa con una brazada de periódicos bajo el brazo. “No hay razón como la de la vara”, era su norma de vida. Y si alguien iba solicitando su piedad hacia una desgraciada que se había provocado un aborto y estaba en el hospital, y tenía dos hijos y un marido enfermo, cuando saliera de allí iba a ir derecha a la cárcel y quién se ocuparía entonces de los niños, el fiscal montaba en cólera y llamaba a la mujer desvergonzada y asesina. Era tan severo que hasta su propio hermano le había cogido miedo, porque don Casto era de la opinión de que todo el mundo era culpable mientras no se demostrara lo contrario. “Dí mentira y sacarás verdad”, sentenciaba, y también: “Confessio est regina probationum”. Pensaba que la cocinera robaba el café para dárselo a las vecinas, pero don Diego no creía que ella se robara el café, sino que usaba la achicoria que tenía en la despensa para darle color. “Ignoranti juris neminem excusat”, repetía don Casto. Cuando murió don Diego él acababa de jubilarse, y aunque conocía sus devaneos pensaba que iba a quedar heredero a su muerte, pero se encontró con que su hermano había testado a favor de su hija natural. Se hizo de cruces y las manos se le quedaron frías, cuando supo que el conde había reconocido como hija a la doncella. “Por la caridad entra la peste”, bramaba, y empalidecía pensando que una simple criada pudiera figurar como condesa en el árbol genealógico, así que pleiteó y movió todos los hilos a su alcance. No ganó el pleito en cuanto a las posesiones de su hermano, ni consiguió el dinero, pero logró salvar el título nobiliario y quedó convertido en conde de san Justo y san Pastor. “Puta la madre, puta la hija y hasta la manta que las cobija”, decía al borde del berrenchín. Cuando tuvo lugar la luctuosa primavera de Praga, don Casto estaba vivo todavía, aunque convertido en carcamal. Le habían dicho *que los esputos en las fiebres continuas eran malos cuando eran díluidos o sanguinolentos, o fétidos, o biliosos. Cuando eran de buena especie, eran útiles. Lo mismo sucedía con respecto a las evacuaciones de la cámara y vejiga; en general, el que se suprimiera la salida de cualquier material de que convenía desembarazarse, era malo si aún quedaba qué arrojar.* Y mientras almorzaba una raja de merluza, pero no entera, porque entre lo que se quedaba pegado a la espina y a las raspas, y entre lo que se le metía entre los dientes, aquello se quedaba en nada. Se quejaba de que no tenía ni para comer y cenaba un huevo pasado por agua, lo iba cascando en forma de corona encajado en la huevera de plata, lo golpeaba con el borde de la cucharilla y abría brecha en la cáscara. Con la misma cucharilla levantaba el casquete sobre la clara blanda y la yema

tierna, con un cuchillo rebanaba tirillas de pan, con él reventaba la yema y la juntaba con la clara.

***

JOSÉ CUPERTINO NUNCA SUPO que era hijo de Pepa y nieto de los molineros. Mucho menos llegó a imaginar que era hijo de don Diego el conde, ni que su madre lo concibió en una tenada, entre pajas y boñigas de ovejas. Ni que se subió en un moral y cayó desde allí, y que cuando fueron a recogerla estaba reventada, pero él había podido sobrevivir. Era una criatura sensible, de hermosas facciones y ojos soñadores. A los diez años conoció al conde, su protector, que lo envió al seminario; desde entonces lo respetó siempre, aunque ignoraba que fuera su padre. Desde el balcón de su celda veía la espadaña de una iglesia y el cielo azul detrás, las sábanas estaban heladas, por la rendija de balcón se colaba un soplo de hielo y afuera, sobre los tejados, silbaba el aire. Dentro oía un suspiro, el crujido de un somier o una respiración agitada, y el chistar autoritario del vigilante. Las campanas sonaban nítidas en la bruma de la mañana, miraba fuera y se percataba que apenas era de día, veía los muros grises y la espadaña de la iglesia, y aguardaba inmóvil bajo las mantas a que se desgranaran los tañidos. El cielo era de un gris desvaído y sin luces, abajo el patio parecía un gran hueco porque las lámparas del seminario estaban apagadas, y se sucedían los tañidos del alba nítidos y acompasados, oía los ronquidos sibilantes de sus compañeros y alguien que se quejaba. El frío había trazado manchas húmedas en el cristal, y por la noche el vapor de las respiraciones se había helado y formaba una película de hielo que hacía borrosas las imágenes de fuera. Ayudaba a misa y manejaba las vinajeras de cristal, una con agua y otra con vino, y luego un sacerdote anciano de pulso tembloroso las volcaba en el cáliz. Al chocar producían un fino tintineo, las dejaba en el recipiente de plata y manipulaba los paños de batista bordeados de encaje, enjugaba los vasos con un movimiento circular, se limpiaba los labios con ellos y también los dedos. En cuaresma salían el recreo embadurnadas de ceniza la frente y las solapas, y llevaban un aire penitencial que no casaba bien con el alboroto. Estaban ateridos, la tierra del suelo endurecida por la helada y se acercaban a las bateas de mimbre, tomaban un panecillo no demasiado tierno y una naranja, la pelaban con los dedos insensibles de frío, hincaban las uñas en la piel suave y rugosa y arrancaban los trozos. Luego tiraban las mondas en las papeleras de alambre rizado y el jugo resbalaba por la mano, y los gajos eran rojizos como de fruto injerto. Centelleaba el sol en los cristales más altos con un resplandor rosado y abajo quedaban las copas de los árboles y los ruidos de la ciudad, y siempre recordaría como en un sueño José Cupertino la reverberación rojiza, el sol mirándose en las altas ventanas sobre el patio, deslumbrando como el fuego sobre los tejados oscuros. Luego todo desaparecía, menos aquella luz que lo bañaba

todo y lo ocultaba todo, y de pronto se marchaba dejándolo ciego, mientras que el frío se extendía sobre los patios de recreo y todo volvía a ser como antes. Encendían las lámparas en las aulas, y desde abajo veían los globos blancos pendiendo de los techos. Los muchachos llevaban becas coloradas, zapatos gastados y el pelo muy corto, y algunos usaban cilicios para domeñar las inclinaciones de la carne. Los mayores se reunían a jugar al billar o a hablar con el cura, y todos llevaban en los ojos un aleteo de jaculatorias. Él trataba de rezarle con fervor a la Virgen, la invocaba con respeto para seguir una tradición y tratando de convencerse a sí mismo, aunque algo en su fuero interno se le resistía. Años después llegó al convencimiento de que un culto cualquiera llevado a extremos de latría podía dar en aberración. Le desagradaba pensar que ese celo hubiera separado a la Iglesia de otros hermanos, y trataba de explicárselo porque los sacerdotes no tenían mujer, y precisaban de una imagen femenina para cubrir su carencia. Y al necesitarla, trataban de inculcar en los fieles el mismo sentimiento. No obstante, respetaba su persona y el atributo de su maternidad. Les hablaban del comunismo como de las fuerzas desatadas del averno, y los puños crispados, gritos y mujeres desgreñadas acudían a su imaginación al conjuro de aquella palabra. Más tarde lo presentarían como un castigo justo de Dios a la humanidad, pero siempre como algo detestable y no como alguna especie de justicia social. El profesor de filosofía era el preferido de José Cupertino. Pleno de vida y experiencia, era un humanista que amaba la literatura y el arte, dibujaba muy bien y era el encargado de dirigir el coro. Se había hecho sacerdote no demasiado joven y conocía bien la vida y la psicología de las gentes, con una teología abierta y ecuménica y una religión inteligente. Dejaba una profunda huella en la mentalidad de sus alumnos, les comunicaba una visión amplia y universal, católica en el sentido estricto más que en el jerárquico y deformante. Hacía bonitos dibujos en el encerado usando tizas de colores, y enseñó nuevos sistemas de representación a los muchachos. También tenía buena voz. Físicamente era un hombre macizo y no alto, pero tampoco grueso, con la cabeza firmemente asentada sobre el cuello. Fue su ángel durante el tiempo de su niñez espiritual, lo sostenía en cada recodo del camino y sonreía siempre, le contagiaba su confianza y su fuerza y lo iba soltando de la mano sin que él mismo lo advirtiera, se iba alejando sin ruido para que no se apercibiera. Era un hombre áspero, nunca se prestó a mórbidos juegos efectivos tan comunes entre los alumnos y algunos profesores. Era sobre todo una persona sana de espíritu, y como profesor era terrible porque se daba entero, entregaba media vida en la explicación de sus clases y era metódico, exacto, inflexible. Preguntaba siempre a todo el mundo y varias veces. Luego, cuando su vida se apagó por causa de un terrible enfermedad, José Cupertino fue uno de los últimos que lo vio y habló con él. Entonces le pareció que se esfumaba en el éter, y pensó que tenía que ser así, que no podía

estar siempre llevando de la mano a una criatura que de todas formas no quería perderlo definitivamente, no quería que se fuera del todo aunque estuviera oculto, porque quería pensar que estaba todavía ahí, vigilante, para acudir cuando su voz lo llamara y sacarlo otra vez de su angustia. El muchacho era brillante en los estudios de teología, y sentía muy honda su vocación. Quería creer en las ideas intactas de alguien, en sus nociones arriesgadas y desprendidas. En su primera juventud tuvo dudas de fe, crisis anímicas que le hicieron sufrir y que hacían de la oración un tormento, porque la buscaba como el agua para beber y le estaba negada. Luego, con el tiempo, poco a poco las aguas volvieron a sus cauces. En realidad, padeció una estructura medieval donde cualquier opinión personal estaba vedada, siendo así que muchas de las nociones establecidas repugnaban a su razón. Siempre tomó el Evangelio con temor, buscando pasajes que vinieran a darle la paz, pero temiendo hallar frases o situaciones que repugnaran a su sentido de la justicia o el recto uso de razón. Hallaba símbolos esclarecedores que podían iluminar una vida, y otras veces textos inexplicables y oscuros, cuando no abiertamente abyectos en su opinión. Pero no quería renunciar a una herencia que le era tan precisa como el aire para respirar, y fue desarrollando poco a poco su sentido crítico, seleccionando los datos luminosos y orillando los que oscurecían la figura del Maestro, y pensaba en una mala traducción o en una interpretación errónea, bien por el paso sucesivo de unas lenguas a otras, o por la dudosa voluntad de las personas o los grupos sociales, que abultaban los hechos o los desfiguraban. Siempre con timidez fue haciéndose un evangelio a su medida, que le diera la dimensión de su fe sin hacerlo caer en aberraciones. Fue entonces cuando, acuciado por la necesidad, elaboró su propia filosofía, y llegó a la conclusión de que, de una forma u otra, todo lo que podía perturbar la conciencia no era verdadero. Basándose en aquel principio empezó a entender a los hombres y a las diversas religiones, buscaba la paz y pensaba que no había que forzar las mentes, y creía posible convivir en armonía enmedio de las ideas más dispares. No concebía a Dios como un verdugo, pero sabía que la Iglesia oficial podía llegar a serlo con tal de mantener una supremacía espiritual, como si siempre temiera que le fuera arrebatada. Pensaba que Cristo se manifestaba a cada uno de una manera misteriosa y única, y que en cada cual despertaba sentimientos distintos, según la propia personalidad. Quería conservar el asombro, usar una mirada prístina, y no debía crisparse ni tratar de ser mejor de lo que era, no debía compararse con otros, sino ser él mismo. Con veinte años cantó misa, y su primer destino fue una barriada de pescadores de Málaga. El tren pasaba entre chabolas, las aguas acariciaban una arena sucia donde los chiquillos correteaban desnudos con los cuerpos del color del bronce, y los pequeños sexos brincaban con sus brincos. Se oían voces destempladas en las viviendas, el agua

traía fulgores tornasolados de aceite y por encima de los tejados de hojalata se alzaban columnas finas de humo, mientras los marengos liaban sus cigarros cerca de los montones de redes y aparejos. Allí, en una vieja iglesia, se entregó a su ministerio. Deseaba ayudar a los humildes, y por primera vez se enfrentó con la vida y experimentó las miserias del mundo. También conoció el pecado en la práctica, porque antes lo había conocido en los libros y en los sermones, y aprendió a comprender al pecador. Supo del hambre de los niños de barrigas hinchadas, y se privó de su pan para dárselo. El día de la bendición de los escapularios, los fieles se apiñaban a la puerta y las vidrieras llenaban la iglesia de reflejos de todos los colores, desde las caras de la gente hasta las losetas del suelo y los angelotes dorados del altar, como si todo hubiera estado cubierto de un polvo de rubíes y esmeraldas. Entonces vio a Coralia. La muchacha le llamó la atención, como si fuera distinta de las otras; llevaba un velo negro que se resbalaba y dos largas y gruesas trenzas. Le pareció que llevaba la belleza en el corazón y en la mirada, y tenía una expresión de niña que quería confiarse a alguien y no la dejaban. Luego la perdió de vista, hasta que la halló desmayada en la sacristía, reclinada en aquel asiento donde él había recibido a tantas madres angustiadas a quienes su hombre no entregaba dinero y lo pasaban mal, que cada año tenían un nuevo hijo sin esperanza. “Ten paciencia -les decía él, -cada cual llevamos nuestra cruz”. Luego habían pesado muchos días desde aquel en que se impusieron los escapularios, y estaban los dos sentados a solas en la sacristía, porque José Cupertino se había hecho su confidente y se sentía lleno de serenidad, lleno de amistad, y la tarde era dulce y se sabían en paz, y era quizá porque estaban juntos. Él quiso redimirla y acabó enamorándose, soñaba con ella y ella le correspondía, aunque ninguno dejaba traslucir sus sentimientos. Hasta que un día la besó muchas veces, en sus hermosos ojos verdiazules, en los labios y en la boca, recorría las manos de Coralia con sus dedos y sus manos jugaban durante horas, mientras caminaban juntos por la playa solitaria. Pronto su amor fue del dominio publico. Él no sentía ningún remordimiento, porque la pasión lo cegaba, y no había pasado un año desde que salió del seminario cuando colgó la sotana, reunieron ambos el poco dinero que tenían y tomaron una vivienda en el puerto. Desde la ventana veían los palos de los barcos en el muelle, no había barandillas en las escaleras y eran los únicos vecinos, porque la casa estaba sin terminar. Se adentraban por pasillos y habitaciones desconocidas hasta que llegaban a perderse, porque todas las casas de la manzana se comunicaban aunque dieran a calles distintas, y los cuartos estaban vacíos, los pasillos no se acababan nunca en aquel laberinto, y había albañiles trabajando pero no los miraban siquiera. Muchos años después recordarían la casa y hubieran querido volver, a los largos pasillos y a las habitaciones vacías y todavía húmedas, pero ya era imposible. Paseaban bajo los

plátanos orientales a la luz de la luna, subían a lo alto del monte y desde allí observaban la costa y el puerto, las playas y los pueblos costeros, siempre con las manos entrelazadas. Cuando se les terminó el dinero tuvieron que volver a la casita de la costa donde Coralia se había criado, y que no era más que una cochera reformada. Las mimosas formaban un bosquecillo en el bancal, y los árboles se llenaban de pequeñas bolas amarillas que antes compraban en la floristerías de los puestos callejeros, y que ahora tenían al alcance de la mano, y formaban sobre la hierba una alfombra de puntos amarillos. Se sentía el latido de la tierra, susurraba la brisa entre las ramas de las dos palmeras gemelas, temblaba la dama de noche esparciendo perfume. Hicieron una vida idílica cerca de la casa de estilo francés que ocupaban las amigas y protectoras de Coralia, todas mayores que ella, y que desde el principio se mostraron muy cariñosas y cordiales. Él no trató de indagar nada más, tal era su ceguera. Junto al acantilado pizarroso, las espumas creaban en la noche fosforescencias misteriosas, y las estrellas eran como joyas sobre terciopelo. Había una estrella lejana que se apagaba y reaparecía, mientras la luna por encima del sendero argentado parecía una gran bandeja redonda. Todo era silencio, sólo el rozar del mar en la arena sonaba como un rasgar de sedas, y el aroma de la dama de noche llegaba mezclado con oleadas de calor; el cielo era de un azul oscuro y enmedio estaba el disco de plata, y su reflejo alargado en el mar. De cuando en cuando, oían un portazo en la casa de estilo francés. Una luz se encendía, se distinguían voces masculinas y risas de mujer. De mañana se tendían ambos de bruces en la arena, mirando muy de cerca los granos menudos que brillaban con todos los colores porque el sol los hacía resplandecer, y parecía acrecer su tamaño, igual que lo hacía con las motas de polvo que en la casa flotaban en el aire. Eran arenas grises generadas por rocas de pizarra, que vistas de lejos formaban una masa compacta y oscura, pero que observadas de cerca parecían fragmentos de piedras preciosas. Algunas brillaban más que otras, como pequeños soles entre sus compañeras, y había fragmentos de conchas marinas, restos diminutos de caparazones de crustáceos y erizos, o cristales verdes de botella donde el mar había redondeado las aristas y que eran blanquecinos si estaban secos, pero si se humedecían con saliva o con agua marina se transformaban en esmeraldas en la palma de la mano. José Cupertino se encajaba unas gafas de agua y se adentraba entre las rocas, allí las actinias balanceaban sus finos tentáculos de un color verde claro que se hacía rosado en las puntas, se agitaban al unísono como en una danza, y los rojos tomates de mar asidos a la piedra parecían heridas abiertas. En las hendeduras se protegían los erizos oscuros de un tono morado, las púas se estremecían con la corriente, y unos formaban colonias apretadas mientras que otros se esparcían, como bolas sobre la pizarra sumergida. Un pez fosforescente cruzaba, aleteaba un momento y cambiaba de

dirección, aparecía una bandada de peces diminutos como escamas de plata y se hundía en una grieta profunda. El sol formaba una lámina de aluminio en la superficie y a José Cupertino le parecía habitar una caja de plata donde no llegaban más sonidos que el batir de las olas, o el resbalar de la arena. Era un mundo diferente y deslumbrador, y así transcurrió aquel verano con noches de paisajes misteriosos, sueños alucinantes con arrecifes de coral donde encallaban barcos antiguos y ríos que mostraban el oro resplandeciente de sus orillas. Poco a poco, José Cupertino se fue percatando de lo que estaba haciendo; empezó a decirse a sí mismo que no podía vivir así, tenía que tomar una decisión pero la iba dilatando, tenía que romper las cadenas, pero en los momentos de amor todos sus escrúpulos se venían abajo. Era como en un laberinto, confundía en los espejos el espacio y podía darse de narices en el cristal, le parecía encontrar la salida y estaba en el mismo sitio de antes mientras daba vueltas sin poder dormir, notando los ruidos de la noche, el tictac de un reloj como el latido de un corazón mecánico. Pedía al cielo que le mandase una señal, que le mostrara claramente el camino. Hasta que un día cruzó la plaza soleada ante el palacio del obispo, se detuvo ante el portón brillante y entreabierto, y respirando hondo ingresó en la frescura del hermoso patio, sacando fuerzas de flaqueza. Habló con el obispo y le rogó que lo perdonara. “En la guerra de amor, el que huye vence”, le dijo él sonriendo. También habló con su protector y le rogó que se hiciera cargo de Coralia, que entró a cuidar a la vieja condesa; cuando la anciana murió pocos meses después, igual que su marido, ella no se apartó de su cabecera. El obispo destinó al sacerdote arrepentido a un pueblo de la serranía. Llegado a su nuevo destino, José Cupertino advirtió enseguida en qué desprestigio había dejado su predecesor la parroquia. “Este pueblo está dejado de la mano de Dios”, se dijo el primer día, mientras tiraba a la basura periódicos amontonados desde el año del cólera, y cerros de recordatorios obsoletos y esquelas mortuorias. Blanqueaban las casas en las calles, veía a las mujeres con sus vestidos negros y pañoletas de lo mismo, llevando a la cabeza los cántaros rebosantes por la cuesta empinada. Cada una iba contoneándose apenas sobre las piedras redondas, erguida y ligera bajo la carga, con el perfil de una diosa de Egipto. Mientras, los pavos reales se erguían sobre los tejados, rodeados de la majestad de sus plumas metálicas brillantes y azules. Empezó a celebrar las bodas de balde, y durante unos meses desfilaron por la iglesia parejas de ancianos, algunos casi centenarios, que acudían apoyados en sus biznietos. También bautizó a una gran cantidad de feligreses, cualquiera que fuera su edad. Las mocitas comentaban entre ellas lo guapo que era, con aquellos ojos rasgados y oscuros, y unos dientes iguales y blancos cuando sonreía. Tenía voz de terciopelo, cuando hablaba desde el púlpito no le quitaban ojo y pronto lo llamaron el Cura Mocito. En realidad no les importaba mucho lo que tenía que decirles,

y canturreaban por lo bajo:

El señor cura mocito cuando baja del altar,

parece un clavel dorado acabado de arrancar.

Vivía solo, lo ayudaban las mujeres del pueblo y lo socorría la esposa del alcalde. Acabó con los supuestos exorcismos que llevaba a cabo su antecesor, y cuando hizo volver de la muerte a un anarquista llamado Pastor, él no lo atribuyó a milagro, sino a las propias fuerzas de la naturaleza, aunque no pudo impedir que en el pueblo corrieran las voces de que además de guapo era santo. Un día halló a un grupo de mujeres que rezaban en un rincón, y entre el murmullo de oraciones oyó un quejido prolongado. “Es el endemoniado”, le dijeron. “Este hombre está enfermo y no vais a curarlo con exorcismos”, les dijo él, y se lo mandó a don Camilo el médico, que en aquellos días iba a casarse con la menor de las tres hijas del alcalde. El novio había jurado que no se casaría en la iglesia, porque era ateo y se negaba a pisar sus umbrales; José Cupertino llegó a un acuerdo con él, de forma que el médico no confesó ni comulgó, ni se casó en la iglesia porque lo hicieron en el oratorio de la casa. En la boda, el cura conoció a Pasos Largos, el mítico bandolero ya anciano y acabado, que tenía unos ojos verdiazules que lo hicieron estremecer. Luego supo que se había echado de nuevo a la sierra y quiso ayudarlo, junto con el anarquista Pastor. Les dijeron que merodeaba por la sierra Blanquilla, y eran las seis y media de la mañana cuando lo hallaron cerca de la cueva del Soparmito, parapetado tras una gran piedra. Pero al aproximarse vieron que estaba muerto. Llevaba dos heridas de arma de fuego, una en el pecho y otra en el vientre, sin salida, y un guardia civil lo estaba vigilando. “Una confidencia nos puso sobre su pista”, les dijo él, “lo tuvimos cercado en la gruta, y no consintió en entregarse”. Luego llegó el juzgado de instrucción. “Su vida no merecía otro final”, dijo el juez liando un cigarro, y dispuso que trasladaran a Ronda el cuerpo del bandido, para practicarle la autopsia. “Hoy es domingo de Ramos”, le dijo el cura a Pastor, y él contestó asintiendo: “Hoy empieza la primavera”. Aún no había estallado el Movimiento, y los dos se acercaron a Ronda para asistir al entierro. El pueblo estaba como izado en el cielo, sobre la gran isla rocosa partida en su mitad. Imponía con aquel ventarrón cruzar el tajo por el puente nuevo, y cuando lo hicieron oían a los grajos lanzar gritos entre las hendeduras, mientras el eco devolvía el chillido. Su vuelo oscuro salvaba el precipicio, trazaba un repentino quiebro y volvía al nido bajo el puente. “Parece que lloran por él”, se dijo José Cupertino. Allí los vientos y las lluvias habían tallado una colosal asa de piedra, horadando las rocas en sus partes más tiernas, y sobresalía en la pared vertical mientras que la caldera la formaban la población y sus cimientos sobre el abismo. La grieta enorme separaba los dos barrios del pueblo, el Mercadillo y la Ciudad, y sus flancos pardos ostentaban racimos de verdes chumberas. De trecho en trecho había

pequeñas plataformas inaccesibles y la vista resbalaba hacia abajo, donde yacían gigantescas rocas desprendidas entre profundos valles de hierba. En el fondo podía distinguirse un hilo de plata, resto de la enorme corriente que en tiempos antiquísimos horadó la montaña. “Se llama río de la Leche, ¿sabe usté? Los moros lo llamaron Guadalevín”, decía Pastor, mientras él observaba abajo a los hombres del tamaño de insectos, los tejadillos rojos de un molino junto a diminutas cascadas, y los sonidos eran tan lejanos que parecían de otro mundo. Sólo el viento y los pájaros quebraban el silencio, como un vidrio que se hubiera hecho pedazos. Recorrieron las callejuelas empinadas, y Pastor le estuvo mostrando las antiguas escaleras de la mina al borde del tajo, los nichos y habitaciones abiertas por los árabes en la roca viva. Fue la primera y última vez que José Cupertino visitó el palacio de los marqueses, y algunos meses más tarde ayudó a Pastor a esconderse y salvó la vida a muchos hombres, ocultándolos como pudo. No distinguía de colores y los acogía en la iglesia, aunque sabía que escondiéndolos estaba jugando con fuego. Pensaba a veces si no estaba loco cuando consideraba con una cierta serenidad la tarea a que se había sometido, porque advertía la futilidad de un tal esfuerzo, pero se veía obligado a seguir, ya que lo sublevaba permanecer indiferente en aquella ocasión; y aunque hubiera podido dedicarse a rezar, no le parecía suficiente. “Capitalismo, suerte de mafia poderosa que nunca podrá ser desterrada”, se decía. Cristo había perdonado a todos, había comprendido a todos pero no transigió con el rico, como si su pecado hubiera sido el único indigno de perdón y, paradoja inexplicable, el rico se había erigido desde siempre en portador de la Doctrina. La Iglesia oficial lo era, las órdenes religiosas lo eran también, y lo más grave era que muchos creían estar en posesión de la verdad. No habría perdón para tales personas, en el fondo ninguna era inocente, estaban jugando con los conceptos y ofreciendo un sacrificio a Moloch. Había potencias poderosísimas que apoyaban el sistema, que usaban de cualquier poder para imponer su ideología haciendo gala de libertad, y él pensaba que el socialismo en cierto modo había tomado la antorcha del cristianismo, ahogada por tantos siglos de púrpura y aberración. Tampoco aprobaba los regímenes totalitarios de izquierdas, porque estimaba la libertad sobre todas las cosas, y aunque creía que el bien de muchos debía anteponerse al de unos pocos, nunca hubiera consentido en perder su independencia moral. Tenía la seguridad de estar haciendo algo bueno, de que formaba arte de una recién nacida sociedad y que debía seguir adelante. Alguna vez, casi no lo recordaba, confió en algún político, pero siempre se vio chasqueado y retiró a todos su confianza. En el fondo creía que el mundo no tenía remedio, porque las pocas inteligencias claras tropezarían con un cúmulo de dificultades, y las teorías quedarían en eso. Quería confiar en algunos dirigentes del pueblo, pero pensaba que si no fallaba la buena voluntad podía fallar la capacidad de

cada cual, y estaba además la vanidad que causaba estragos, ya que el hombre era demasiado débil para hacer cara a las insinuaciones de la riqueza o del poder. “Y no obstante, -pensaba, -hay que seguir en la brecha”. No pretendía imponer sus ideas a nadie. El recuerdo de su antiguo profesor de filosofía lo ayudaba, y le parecía notar su bondadosa providencia hasta el punto de sentir su presencia cálida, de forma que por aquellos días su imagen se había convertido en obsesión: lo protegía de la angustia que lo atenazaba, del terror que lo hacía sudar sobre la almohada y las garras de hielo que le apretaban la garganta, de la niebla que se extendía ente sus ojos y el peso helado que le atenazaba el corazón. Era bueno que estuviera allí, saber que no estaba solo, que en lugar de disfrutar de la Bienaventuranza que se había ganado permaneciera aún sin atravesar las puertas que no tenían regreso, quedándose en esa zona ambigua que no era allá ni tampoco acá, flotando en el éter y atento a su llamada como un correo de otro mundo, ya que le había pedido que no se fuera, que se quedara un poco más de tiempo sacrificando la Beatitud, que por otro lado sería eterna en cuanto franqueara las puertas. Por entonces, había decidido escribir a Coralia. La muchacha temía por él, pero era alentador que él precisamente hubiera alzado una voz sincera ante tantos convencionalismos, que se hubiera atrevido a expresar su verdad por encima de todo, y de esa forma lo fueron considerando un peligro, y se convirtió en un proscrito. Hasta que una mañana Pastor llegó al pueblo buscándolo, porque se había cursado orden para su detención. Le alargó unas ropas de paisano, y le dijo: “Vamos deprisa, que no tardarán en llegar, y puede usté darse por muerto”. Caminaron por la sierra durante muchas horas y perdieron la cuenta de las leguas que habían andado, de las trochas que habían subido y bajado, pues pasaron dos veces por la misma cortadura, como si estuvieran dando vueltas. “No puedo más -dijo José Cupertino.- ¿Cuándo llegamos?” Notaba una punzada en el costado y tenía que detenerse sin respirar, como si un puñal lo estuviera atravesando, y luego respiraba con tiento para que no volviera el dolor. Se ocultaban entre los alcornoques desnudos acabados de descorchar, y cuando llegó la noche se escondieron bajo una enorme chaparra, sin comer ni beber. “No podemos encender fuego”, dijo Pastor con la boca seca. De madrugada se deslizaron como serpientes entre los sembrados, de cuando en cuando se detenían a tomar aliento y luego seguían, mientras los perros ladraban en los cortijos y se oían aullidos de lobos. Por fin llegaron a una gruta cerca de Benaoján. “Tiene varias entradas”, observó Pastor, “aquí no nos encontrarán”. El silencio allí era profundo, casi absoluto, y sólo al raspar con la punta del zapato en la arenilla el roce parecía expandirse y resonaba en lo hondo, y hasta creían oír el latido de sus corazones. Cuando Pastor encendió la linterna, al cura le pareció que el cansancio de tantas horas se esfumaba en su cuerpo. No tenía ojos para admirar tanta grandeza: ante ellos se mostraba una verdadera

hecatombe geológica hecha de columnas enormes, y según iban caminando, aparecían en los muros pinturas con más de treinta siglos de antigüedad. Estuvieron a punto de caer en un lago negro y profundo, y por fin llegaron a una sala tan alta como la cúpula de una catedral. Allí Pastor se despidió, prometiendo que volvería con víveres y armas. Le dejó la linterna, y a su luz estuvo el cura releyendo la carta que escribió a Coralia y que nunca llegó a enviar. “A veces, todavía, acudes a mis sueños -le decía. -¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? Te pido perdón por el mal que te hice. Tenía que escribirte, tenía que hablarte para curar hasta el fondo cualquier resto de herida, de podredumbre. Creo que he abusado de ti, que te he utilizado a fin de llegar a vencer mis viejas obsesiones y mis limitaciones de tanto tiempo. Créeme, pienso en ti muchas veces, y nunca sin angustia. A veces siento impulsos de que volvamos a hablar como en aquellos días lejanos, de recuperar nuestra antigua amistad, pero pienso que nuestros caminos se apartaron ya, y que no es posible encontrarse de nuevo. Pobre amiga mía, yo siempre tan egoísta no te hablo más que de mí. Siempre he sido igual y es por lo que, muchas veces, me ha remordido la conciencia pensando si en nuestro amor, que por tu parte fue sincero y entregado, no hubo por la mía mucho de egoísmo. Me fío tan poco de mí que siempre recelo de mis buenas intenciones. De pronto he pensado que quizá no te gusten estos recuerdos, quizá te duelan, o incluso te ofendan. Me parece que querrías ver enterrado todo esto, que te parece una profanación por mi parte el que te hable de ello ahora. Por otro lado, no sé cuál será tu estado de ánimo, y ni siquiera si me recordarás todavía. He llegado a pensar que no me reconocerías ahora, como si yo no hubiera sido nada para ti. Como si los años, con su temible labor de exterminio, hubieran agostado en mí todo lo que amaste. Quiero imaginarme tu actual forma de vida y veo sacrificio, pocas compensaciones. De algo puedes estar segura: me sigo acordando de ti. Supongo que te casarás y tendrás una familia, pero yo nunca podré olvidarte: tú has sido mi único amor”. Las horas pasaban con una terrible lentitud. No sabía por qué, pero volvía a sentir aquel miedo irracional como un velo que se extendía y lo cubría todo, la memoria de la infancia confiada, algo que se iba cerrando sobre la cúpula de la mente y que avanzaba ocultándose, aprisionándolo sin que él mismo pudiera apercibirse, ocupando vericuetos y tomando rincones. De pronto adquiría la forma de un terror. El sentimiento proliferaba, veía abismos en todas partes, profundidades que no había visto antes. Venía el asirse, mirar hacia atrás, el hormiguillo que nacía en las plantas de los pies y terminaba en los dedos de las manos. El pulpo había nacido subrepticiamente pero estaba allí, lo abarcaba todo, se colaba por los intersticios, por cada pliegue de la conciencia. Entonces era la agonía, el sentir el vacío bajo los pies, el preguntarse si él mismo no era una mera sombra, el miedo a enloquecer. Llegó a experimentar los terrores y las angustias del infierno, se veía

empujado a la desesperación, y en un letargo alterado por las pesadillas estuvo soñando con el remolino que había visto una vez en el centro del pantano, girando y arrastrando hojas y pequeñas ramas, y aunque parecía inofensivo su fuerza era enorme y podía haber arrastrado a un buey, o al árbol más grande, sorbiéndolo hacia la esclusa en el río. Soñó con la profundidad de las ventanas abiertas y le pareció que iba a caer. Lo despertó la sensación de la caída, y estaba anegado en un sudor frío y pegajoso, de forma que anduvo tanteando las paredes de la cueva, porque había dejado encendida la linterna y se le había agotado la pila. Hiriéndose y resbalando, logró por fin alcanzar la salida, sin sospechar que lo aguardaban fuera. Una de las balas lo alcanzó entre las cejas y le hizo un agujero como una perra chica. Luego lo remataron, destrozándole el rostro. El guardia tenía botones en los puños y enganchó el dedo pulgar en el correaje, sujetó el arma por el cañón y apoyó la culata en una piedra, mientras su tricornio brillaba acharolado a la luz del amanecer. “Muy hábil tiene que ser el que lo reconozca”, rió, mirando aquellas facciones que las balas habían deshecho. Todos miraban el cuerpo acribillado de José Cupertino, y mientras un coro de ángeles alzaba su voz: “No tengas miedo de morir, sino alégrate, porque no hay cosa más segura que la muerte. Los muertos no están solos. Los muertos están juntos, todos del mismo lado, con ellos está Cristo. Él es quien hiere a los ricos, quien condena a los ricos, quien vomita a los ricos, se viste de harapos y es tan bello con los harapos, porque sus ojos brillan como el sol. Es mísero entre los míseros, fuerte entre los fuertes, bello entre los bellos, quien arrastra tras de sí, a través del desierto y de las montañas y obliga a caminar sobre las aguas, obliga a hacer milagros, a derrochar milagros como si fueran piedras del camino. Es la fuerza y la belleza y la bondad. El hombre entre los hombres, el amado que atrae a los pobres, a las prostitutas y a las adúlteras, quien se deja besar por las mujeres de la vida, acoge a los homosexuales y los hace sus amigos. Quien venga a los débiles, y hace harina con los que abusan del poder. El principio y el fin, el alfa y el omega, la vida y la muerte, el infinito y el caos. Lo abarca todo, lo tiene todo, lo afirma todo, lo sostiene todo. Es el hijo amado del Padre, el hijo consentido del Padre, el hijo mimado del Padre que se derrite por él. Es el vencedor, el conquistador, el rey, el amo. Quien doblega voluntades, enciende corazones, fortalece a los débiles, hace basura de los poderosos. Es la esperanza de los pobres, la razón de su vida, la fuerza de su brazo, el fuego de su cólera, ese es Jesús, el Cristo”. Así cantaban los ángeles en torno al cuerpo acribillado de José Cupertino, mientras don Diego lo lloraba en silencio en su casa de Cáceres, y Coralia no podría olvidarlo jamás.

***

JUANA GARCÍA HABÍA NACIDO en La Serena de Extremadura. Era rubia y grande, con los ojos azules y más blanca que el pan de Alcalá. “En Cáceres caballeros

y en Plasencia dineros”, le decía su padre cuando a los veinte años entró al servicio de los condes. Andaba azacanada de acá para allá, cuando lo más importante en una casa, según decía Magdalena la cocinera, era que la mujer estuviera peinada y las camas hechas. Alzaba el gancho del ventanillo que daba sobre la escalera, y desde arriba podía mirar libremente a todo el que subía, porque la mirilla quedaba muy por encima de sus cabezas. “¿Quién?”, preguntaba desde dentro. “Paz”, le contestaban fuera, y entonces abría. Era muy bruta, rompía todo lo que hallaba a su paso, y había alcanzado cotas increíbles en el arte de destrozar: ollas de porcelana, pilas de fregar de granito, y mesitas de alabastro donde se subía a manejar el plumero. El mármol se iba a la quinta puñeta, como decía Magdalena, y había logrado desbaratar quicios de puertas y balaustradas, y hasta las losetas basculaban a su paso. Era el suyo un despliegue de fuerza irracional, digno de mejor causa, y hubiera sido a buen seguro una Juana de Extremadura que hubiera dejado por los suelos a una Agustina de Aragón. Pero era fiel a los señoritos, sobre todo a don Diego, por el que se desvivía. Asoleaba la ropa en el tejado, la extendía sobre las tejas chorreando y cuando se secaba la rociaba con agua jabonosa. Luego se endurecía tomando la forma de las tejas, ella la enjuagaba en agua clara y abundante y cuando soltaba el jabón la volvía a tender, esta vez en las cuerdas que atravesaban el desván de parte a parte, y las sujetaba con pinzas de madera. Toda la lana de su colchón se desplazaba a un lado y a otro cuando la movía y era difícil devolverla a su sitio, y en cambio los de los señores estaban embastados, tenían ojetes metálicos en la tela a rayas y unas cintas pasadas sujetando la lana. Por las mañanas, Magdalena tenía que sacarla a empujones de la cama. “Cuando amanece, amanece para todos”, le decía, y ella andaba despelujada por el pasillo medio a oscuras limpiando a tientas el corredor dividido por cortinas, las colgaduras le rozaban la cara como murciélagos y ella tanteaba en la pared hasta encontrar las puertas, hasta dar con otra cortina de damasco rojo que tampoco veía, y a la derecha quedaba la habitación de los señores condes y a la izquierda la puerta de madera con montante de cristal que era del señorito Diego. Los días de invierno sin sol ponía la ropa en una artesa, cuidadosamente superpuesta, y la cubría con un paño blanco; rociaba el paño con cenizas, volcaba encima el agua ardiente y la colada dejaba la ropa escamondada de tan blanca. Envolvía la pastilla de azulete en un trapo y la agitaba en el agua de aclarar, la pastilla se derretía y derramaba una sangre azul que debía ser como la de los condes. Y dejaba la ropa de un blanco azulado, como los ampos de la nieve. Siempre había un frasco de brillantina en la repisa de su cuarto, la usaba para marcarse las ondas cuando se peinaba, y su compañera se quejaba de que ponía perdidas las almohadas. La dejaba luego en el palanganero de hierro pintado de blanco que tenía asas para colgar la toalla, y al lado un jarro desportillado. Cada vez

que se cruzaba en los pasillos con el hijo de los condes, los ojos se le ponían tiernos, y él entonces la porfiaba para que se dejara sacar los barrillos. “Tú empieza con besos, y acabarás pecando”, decía Magdalena, cuando la sorprendía rondando la habitación del señorito, y ella se revolvía diciéndole que era más fea que pegarle Dios en viernes santo, y que no había flaca que no fuera bellaca. “Ni gorda que no sea boba”, le contestaba Magdalena, y sabía muy bien que a cada paso el señorito andaba metiéndole mano, y que no podía dirigirle la palabra a solas sin buscarle los pechos por debajo de la blusa, con el achaque de las espinillas. Ella misma no pudo saber cómo ocurrió, pero un día ambos se vieron enzarzados sobre el suelo de tarima, junto a la cortina de damasco rojo del salón. Tenía Juana veintitrés años cuando se quedó embarazada, se desmayaba en la iglesia y sus amigas empezaban a murmurar, porque además no le bajaba la regla. “Hija, no me pondrás la cara en vergüenza”, le dijo su madre, y al volver del médico la madre estaba pálida y ella más roja que de costumbre, porque estaba preñada de seis meses, y aún así repetía: “No sé cómo ha podido ser”. Y aunque hubiera parecido difícil creerlo, quizá decía la verdad. Para disimular se apretaba los refajos, hasta que un día cogió sus pobres ropas, las guardó en la maleta y se marchó al pueblo con su madre. Tuvo una niña que llamó Domitila y la dejó con los abuelos, y volvió a la casa con rellenos para suplir la diferencia, de forma que se acostumbró el bulto y cada vez que intentaba quitárselo se resfriaba. Domitila García llevaba los apellidos de su madre y siempre desconoció su filiación, y que era hija natural de don Diego. Vivió en el pueblo hasta los siete años, y cuando murieron los ancianos condes su madre se la llevó con ella. “Aquí hace la misma falta que los perros en misa”, decía Magdalena. Se crió en el jardín y de esa forma no molestaba a nadie, y la madre la prevenía contra Justo, el jardinero, que era hijo de Magdalena, máxime porque la muchacha era hermosa, y porque estaba llena de lunares que había heredado de su madre: los tenía en la cara y en los brazos, en las piernas y hasta en los dedos de los pies. Se pasaba la vida subida en las higueras, y don Diego la ignoraba por completo. Domitila no sabía lo que era un fiscal, seguramente nada bueno porque don Casto era adusto, sonreía poco y como de compromiso, y además pensaba mal de todo el mundo. Le acariciaba el pelo, pero era un halago que no le gustaba, y era porque sus ojos no sonreían; así que cuando don Casto llegaba a la casa ella no se movía del jardín, encaramada en el tronco de la higuera que era liso y suave, y como había oído que las ramas eran frágiles tenía cuidado de que no se quebraran. Cogía los higos sin estar maduros y una gota blanca y pegajosa se quedaba temblando en la herida del árbol, y aquella leche le cortaba los labios. Criaba gusanos de seda que le hacían grandes capullos amarillos o blancos, y que ella cortaba por la mitad para ver lo que tenían dentro. En cambio le daban asco las babosas y las lombrices que desenterraba

con la azadilla, que se retorcían partidas en dos, y la babosa avanzaba dejando un reguero de babas, su cuerpo podía alargarse o encogerse, se detenía y luego seguía arrastrándose, siempre dejando aquella baba brillante en el sendero. Subida en la higuera repasaba los santos del libro que le había prestado el jardinero, y sabía que Magdalena se asomaría llamando desde arriba porque era la hora de comer. La niña hurgaba en la fresquera, una alacena con tela metálica donde estaban las sobras de comida y un cestillo con perejil y ajos, los papelillos de azafrán y pimienta y las cortezas de canela en rama. Se daba cuenta de todo, andaba como un fantasma sorprendiendo conversaciones detrás de las cortinas, y aunque parecía que estaba jugando con la gata de angora sabía todo lo que pasaba alrededor. Guardaba el azúcar en una caja de baquelita que había contenido litines del doctor Gustín, se la comía encerrada en el excusado, y como en el cuartillo hacía mucho frío el culo se le quedaba como un sorbete. Lo que no sabía Domitila era lo que los señoritos pensaban de ella, y era porque quizá no pensaban nada. Cuando se aburría subía los pocos escalones del jardín al entresuelo, cuidando de que no se partieran porque estaban podridos, uno de ellos se había tronchado ya y Justo tenía la culpa, porque según decía Juana era un vago y estaba comiendo la sopa boba. Empujaba con fuerza y la puerta cedía, y dentro empezaba a revolver los baúles con ropas, y las revistas apiladas durante muchos años. Sentada en un baúl cogía un tomo encuadernado y lo apoyaba en las rodillas, a la luz difusa de la calle hojeaba los tomos y veía que algunos de mujeres estaban recortados. Justo no le gustaba, aunque le contara algunas historias. Estaban la de los rebaños, de la mesta y los caminos reales, y decía que después de tantos años los pastores trashumantes no habían perdido sus derechos, por eso las ovejas seguían dejando un reguero de cagarrutas en el centro de la ciudad. Pasado el tiempo, su madre tuvo que ponerle sostén, porque los pechos se le descolgaban y le dolían cuando saltaba en el jardín; al principio eran poco más que unos pequeños bultos dolorosos, pero aquello no tardó en crecer. Así que le estuvo cortando unos sostenes de lienzo moreno, les puso tirantes de raso y corchetes detrás, y los remató con un piquillo. Estrenó el primero para acudir a la iglesia donde haba un humo de incienso y muchas velas encendidas, y una música muy hermosa salía de no se sabía dónde. El obispo se había subido en un estrado y llevaba un gorrito colorado y redondo encima de la cabeza, los niños pasaban uno a uno y él les decía algo y les daba un cachete en la cara, después bajaban entre la multitud y se perdían en ella. Poco a poco Domitila empezó ayudar en las tareas de la casa, y si supo alguna vez quién era su padre, muy bien que lo disimuló. Como hiciera en sus tiempos Magdalena arrimaba la silla, encajaba un plato hondo entre las piernas, cogía un guisante y reventaba la vaina y caían las bolitas verdes en el plato como una cascada, con un menudo golpeteo, pero

casi nunca los guisantes terminaban pelados en el plato sino en la boca de Domitila, tan dulces y tiernos eran, mientras en un cubo recogía las mondas inútiles, de forma que quedaban tan mermados que no había apenas para hacer una tortilla. Arrancaba los tallos arriñonados de la coliflor que crujían entre sus dientes y tenían un sabor fuerte y fresco. No se encontraba pan entonces, Magdalena tenía que amasarlo los jueves y mezclaba el agua con la harina y un poco de levadura, trabajaba la masa con los puños y la golpeaba, hasta que daba forma a los panes o armaba cestillos en torno a unos huevos y los mandaba al horno con Domitila, y a la vuelta ella aprovechaba para golosearlos. “Anda, que comes más que la orilla de un río”, rezongaba la cocinera. Cuando a los quince años Domitila se quedó de doncella, seguía tan blanca y con las mejillas sonrosadas y llenas de lunares, y como en la casa se guisaban budines y toda clase de platos de cocina, ella no estaba a deseo de nada. “¿Qué cosa es casar?”, le preguntaba a Juana García. “Dicen que parir y llorar, aunque yo no lo sé, porque no me he casado nunca”, le contestaba ella. La chica bailaba la tarima del pasillo con sendas bayetas bajo los pies, golpeaba el suelo con el talón, iba y venía navegando sobre las bayetas, los brazos agitándose a los lados mientras la cera se abrillantaba, y según Magdalena cada día se volvía más bolchevique, y hasta le daba por fumar. “Que no se entere el conde”, decía, y abría de par en par los balcones, cerraba las puertas del salón y alzaba las ventanas de guillotina de la galería, y estaba fumando mientras quitaba el polvo de la consola y de las sillas de estilo fernandino. Y como en una mesa había una venus de Milo pequeña la pinchaba con un alfiler a la altura del ojo del culo, y ya llevaba practicado un agujero respetable. Por entonces llegó a la casa Martina, a quien llamaban la marquesita, que era ahijada del conde y se había quedado huérfana. Desde un principio Domitila le tuvo envidia, porque tenía las manos suaves y finas, y las suyas eran callosas y ásperas. Siguió aborreciéndola hasta que ambas se convirtieron en mujeres y Martina se marchó a París, llevándose a Coralia con ella. Cuando murió don Diego, Juana García no se apartó de su lecho de muerte; fue entonces cuando consiguió que reconociera a su hija natural, de forma que Domitila pudo heredar su fortuna. “Ni se muere padre ni cenamos”, se quejaba la chica que siempre tuvo buen apetito, y mientras la madre gimoteaba por los pasillos su tío don Casto decidía pleitear contra ellas, ante la alarma de Juana García, que sentenciaba que pleito y orinal llevaban a cualquiera al hospital, y que de un pleito nacían cien. El caballero no ganó el litigio pero arrebató a Domitila el título de condesa. Lo primero que hizo la heredera fue poner en la calle a Magdalena y a su hijo, y encargar al abogado de don Diego que pusiera en venta la casona y la finca. Todo lo que había dejado su padre lo convirtió en dinero y el abogado lo invertía en valores seguros, sin que don Casto pudiera evitarlo, y fue bastante que pudiera librar el título de la vergüenza. A Domitila le cambiaron el

apellido y para colmo le pusieron de nombre doña Sol, como su abuela; así que ni ella misma sabía si se trataba de la misma persona o si era una persona distinta. Pero como aquel nombre se le despegaba, todos siguieron llamándola por el antiguo que abreviaban en Domi. En un principio había dudado si vender La Hacienda, pero más tarde recibió una oferta que al abogado se le pareció ventajosa, y cedió. Luego el dinero se había devaluado, pero el que recibió por las tierras junto con el del caserón y otras zarandajas, hacían que pudiera contemplar su más lejano porvenir con una amplia seguridad. Domitila estaba ya madura pero de buen ver. Nunca había visto el mar y se tomó la revancha, y para abrir boca cruzó el estrecho y se marchó a Tánger que era lo que estaba de moda, y allí visitó tiendas de indios y de anticuarios árabes para llevarse los recuerdos y mostrárselos a sus amigas. Miraba embelesada todas aquellas maravillas, ajorcas de perlas y collares de ágata, brazaletes de plata labrada y túnicas duras recamadas en oro, o sutiles como telas de araña. Le mostraron amatistas y ópalos entre la suavidad de los caftanes, y colmillos de elefante ornados con la más loca fantasía y engastados en plata. Se probó jaiques de ormesí verde orlados en oro que le hicieron perder la cabeza, y tanto ella como su madre regatearon almizcles de oriente y papelinas de Cachemira, y adquirieron docenas de medias de nilón, todas iguales para poder intercambiarlas y que los pares no se descabalaran al hacerse una carrera. Pasaron la aduana con piezas de seda enrolladas al cuerpo y abrigos de visón en pleno agosto, y polveras y encendedores en el doble fondo de la maleta. Luego, para epatar a Martina, se fueron a vivir a Paris. Llegaron con el cielo gris de lluvia, y mientras en un taxi bordeaban los quais junto al Sena se quedaban pasmadas mirando los suntuosos edificios, los puentes sobre el río y la torre de hierro que sobresalía sobre lo demás. Una guía francesa injertada de yanqui las aguardaba en el hotel, y cuando después de asearse salieron a conocer la ciudad les chocó que las flores allí tuvieran unos colores tan bonitos. “Es la lluvia”, dijo su cicerone con un gracioso acento. “Aquí llueve mucho”. Husmearon en tiendas de modas, de joyas y perfumes, y de cuando en cuando la francesa hacía un gesto de desagrado o de aprobación. Las llevó a ver la casa de Rodin, con sus majestuosas escaleras, y lo que más le gustó a Domitila fue la escultura del beso, y lo que menos las de Balzac el barrigudo. “Estoy harta de estatuas”, dijo Juana García, y se marcharon a una *brasserie* a merendar. Paseando en el *bâteau mouche* le llamó la atención un objeto flotante, como un globo deshinchado y largo, y la francesa se echó a reír. “Es para que no vengan los *babys*”, explicó, mientras Juana García se hacía de cruces. “Estos franceses saben más que un guiso de conejo”, se asombraba, y decidieron quedársela de acompañante perpetua, porque alguien tenía que informarlas, viajar con ellas y servirles de intérprete. Se llamaba Christiane y era hija de americano y francesa, y ella introducía a Domitila en sociedad y la iniciaba en

toda clase de experiencias eróticas, y de paso se daba la gran vida. Bajaban al comedor ennoblecido de muebles normandos hasta el lugar que tenían reservado, entre otras mesas ocupadas por familias con sus hijos, unos niños rubios tan habituados el hotel que no les hacía sensación. En cambio Domitila y su madre miraban con asombro la ceremonia del servicio, el movimiento pendular con que un camarero impecable trasladaba los alimentos desde una pequeña bandeja ubicada en el carrito hasta el plato de cada una. Nunca aprenderían a comer aquellos bichos, había que romperles el pellejo duro que terminaba en una uña y siempre un chorro de líquido alcanzaba la chaqueta más cercana. Asistían a los conciertos, aunque Domitila aborrecía la música y se encontraba allí como ratón en boca de gato. La sala estaba a oscuras y la gente carraspeaba, delante lucía el escenario con los profesores de chaqué y las damas un poquito maduras luciendo blusas blancas y faldas negras hasta los pies, pero tuvieron que abandonar los conciertos porque no era más que sentarse en la butaca y a Juana García le empezaba la tos, debía ser algo psicológico el picor que le daba, de forma que el acomodador ya la conocía y le ofrecía de una cajita redonda pastillas de regaliz. Según decía la francesa, Domi tenía mal gusto para vestir porque combinaba un abrigo de raso con un vestido de percal. No llegaba a padecer de obesidad pero sí de una cierta redondez, y aquellos primeros meses significaron un cambio radical en su forma de vida. Se acostumbró a reprimirse cuando su mayor gusto hubiera sido merendarse un sandwich de tres pisos con huevo, mayonesa y bacón, queso y mostaza y algunas cosas más, o ponerse morada de patatas fritas. “Tengo que adelgazar aunque me muera”, se dijo, mirándose desnuda en un espejo del hotel, el vientre caído y la carnosa espalda y en el cogote una protuberancia redonda, y no valía esconder el vientre porque entonces sobresalía la pechera. Christiane cuidaba su alimentación, le aconsejaba las comidas adecuadas y le permitía todo lo más mordisquear un colín para matar el hambre, de forma que tenía las tripas como cañón de órgano. Almorzaba dos huevos cocidos y una pera, y de noche tomaba una taza de leche descremada endulzada con sacarina, con algo de café, y una cucharada de laxante le mantenía la actividad del vientre, la libraba según la francesa de toxinas peligrosas, y una vez habiendo evacuado se sentía como si flotara. Se estuvo dos meses sin apenas comer y los rollos de grasas se le derretían como manteca al sol, y por si hubiera sido poco a las cinco de la tarde lo dejaba todo para acudir a un gimnasio donde hacía flexiones y se martirizaba con los aparatos, tomaba masaje en cintas vibradoras y rodillos eléctricos, pedaleaba en la bicicleta y al final se relajaba en la sauna y se daba una ducha de agua helada. Al pasar se observaba en el espejo que cubría por entero la pared, notaba que había perdido vientre y que su aspecto era pasable teniendo en cuenta que había cumplido los treinta, y suspiraba con alivio pensando que el abono le duraría todavía unos meses,

porque los precios eran astronómicos. Fue tomando la sauna cuando acudió a su mente la idea: “Tengo que comprar el palacio de París”. Sabía que Martina estaba necesitada de dinero, y ni corta ni perezosa le ordenó al abogado que adquiriera el inmueble que había pertenecido a los marqueses. Estuvo revisándolo con Christiane, las sillas torneadas de tiempos del primer marqués con remates de guirnaldas y tapicerías de sedas que empezaban a abrirse, los pebeteros y los apliques isabelinos con lágrimas de cristal, y un barómetro regalo del tercer Napoleón de porcelana fileteada en oro, con amorcillos incrustados y en el centro algo parecido a un reloj, que señalaba muchas cosas que la Domi desconocía. Mandaron reparar las deficiencias y tapar las goteras, y en el pequeño jardín la francesa inventó un cenador de columnillas. Tuvieron que acudir al modisto para ocupar en parte los vestidores y roperos. Juana García se puso sombrero y le pegaba tanto como guitarra en velatorio; por entonces su hija la obligó a quitarse los refajos y amuebló para ella todo un ala del palacete. La instaló allí con una doncella a su servicio, y ella estaba tan ancha que no le cabía un piñón por el culo, porque además tenía un ropero lleno de chápiros y vestidos, y una piel de zorro con la cara casi entera y terminada en punta, el cuerpo suave de color canela y la cola gruesa y cilíndrica, y en lugar de los dientes una pinza plateada. Juana García se lo enroscaba al cuello porque ya era una señora respetable y tenía criada, y una hija con abogado, y un palacete para recibir a las visitas. “Mejor es ver al hijo en la horca que a la hija en el casorio”, decía satisfecha. En otro ala instalaron a la francesa, que en lugar de empleada parecía la dueña de todo, y les salía más cara que capricho de monja. Pasaban el verano en una playa y Domitila se encajaba el bikini que se había comprado en la mejor boutique del bañador, para que el sol le diera en aquel vientre lleno de surcos blancos como gusanillos que le había dejado el adelgazamiento. Bien untada de aceite de nueces desde las uñas de las manos hasta las plantas de los pies para que no se resecaran, se tumbaba junto a las rocas al lado de la chica francesa que llegó blanca y estaba tomando tan bonito color, y ni siquiera cambiaba una palabra con la dama corpulenta que se quedaba al sol un poco retirada, y que alguien comentaba que debía ser su madre o su tía, porque ambas llegaban a la playa al mismo tiempo, extendían en la arena sus toallas multicolores y se tumbaban al sol sin hablarse, con el rostro achicharrado y lleno de crema grasienta. Entraban en el agua y la capa de aceite se les deslizaba y subía a la superficie, uniéndose allí con otras lociones y aceites cutáneos, que formaban una película tornasolada y sobrenadante plagada de colillas y bolsas de plástico, pajitas y algún papelillo cuadrado, o un condón hinchado y lacio como un despojo de placer. Domitila tuvo que encargarse un nuevo vestido de fiesta, y para ello eligió una tela dorada que se abrazaba a su cuerpo suavemente marcando las caderas y alcanzando las puntas de los pies, y al erguirse sobre sus

tacones altos le parecía tener el empaque de una reina. A Chistiane le gustaba así, sin cinturones ni costuras, la tela sujeta a los hombros y nada más, desplomándose sobre la redondez de los pechos, marcando apenas el vientre, abrazando las piernas, cubriendo hasta el suelo los pies. Eligió un abrigo que tenía el color de una noche de luna, su piel era brillante y suave; lo sentía como una caricia, rozaba su cuello y su mejilla, y aunque nunca hubiera soñado gastar tanto dinero en un abrigo, no pudo menos que quedarse con el visón *diamant noir,* porque era tan suave y tan cálido que no hubiera podido ya prescindir de él. Por entonces conoció en París al amante de Martina, que le pareció guapo y muy hombre, y que además tenia un aire de intelectual. Fue en el restaurante de la torre Eiffel donde aguardaba a la francesa, y Domitila que iba aquel día especialmente arreglada de peluquería y llena de pulseras de oro, gritó: "¡Mira quién está, si es mi medio prima!", y todos los presentes volvieron la cabeza. Era la primera vez que la llamaba así y ella le contestó con frialdad, porque Domitila no podía disimular sus orígenes. Al acompañante se le insinuó un poco, y ambos quedaron mutuamente impresionados. Luego, cuando Nicomedes Luis rompió con Martina, la visitó en el palacete y se quedó instalado allí. Al menos, así lo contaba la gente del pueblo.

***

MAGDALENA ERA sobrina de una pinche de hotel aficionada a la bebida, y ella llevaba camino de serlo, porque la tía la arrastraba a su vicio. La condesa decidió arrancarla de su mala influencia y la llevó con ella a su casa; como la chica había aprendido de su pariente tanto lo bueno como lo malo se reveló como una magnífica repostera, aunque de vez en cuando tenía alguna escaramuza con el vino. Varias veces tuvo que salir doña Sol a buscarla cuando volvía a las andadas, por lo que la muchacha había cobrado por ella una auténtica veneración. La antigua cocinera de los condes era maliciosa, su novio era más joven y trabajaba en el comercio, hablaba con ella desde la calle y también se acostaba con ella en la propia casa de los condes como supieron después, cuando un mal día amaneció bañada en sangre. El conde la mandó al hospital y dijo que no quería saber nada de aquello, y que sólo faltaba, un noble como él. Luego supieron que el novio entraba en casa por la noche, que se acostaba con la cocinera tabique con tabique del resto del servicio que dormía ignorante. La madre ya era vieja y nadie le explicó lo que había pasado, así que puso verdes a los condes por haber mandado a su hija al hospital, y se despachó llamándolos canallas. Luego la pareja terminó por casarse y poner una tienda de ultramarinos, y Magdalena sustituyó a la cocinera. Los días de fiesta llegaba tarde a la última misa de la mañana y se arrodillaba en las baldosas de piedra, tan frías que se le helaban las rodillas y el frío le subía por los muslos y la dejaba tiesa, y mientras estaba descifrando las letras grabadas en las

losas, con un punto de asco y otro de curiosidad, pensando quién sería el fiambre que estaba metido allí debajo. Al mismo tiempo estaba recordando que le quedaban por picar los pimientos, que había que hacer la mayonesa y que la mayonesa se cortaría como siempre a última hora, porque además estaba ella con la regla. Mientras había pasado el sanctus y llegaba la comunión, en su cabeza bailaban los huevos cocidos rellenos de *foiegras* francés; y como ya estaría todo el mundo aguardando para comer, en cuanto podía sin escándalo hacía la genuflexión encima de los huesos del muerto y salía de la iglesia corriendo, prometiéndose no volver al domingo siguiente. Por entonces se había quedado sin servicio la marquesa de los Zegríes, y ella se marchó a Ronda con doña Manolita para servirle de repostera. Estaba comprando una libra de chocolate, cuando vio a Florentino el cabrero, que se había vestido de fiesta para conquistarla; y aunque ella se resistió al principio, terminó casándose con él y se fueron a vivir a la sierra. Allí alquilaron una casita y allí tuvieron dos mellizos; pero el marido no le daba dinero y le hacía la vida imposible, así que ella cogió a uno de los niños y se marchó sin avisar, en el borrico donde el cabrero vendía los quesos. Llegó a Extremadura con un hijo de más y unos dientes de menos, y allí se enteró de que Florentino se había marchado al otro mundo mientras trenzaba una tomiza, y que estaba tan tieso sentado en el poyete que no pudieron enderezarlo, y tuvieron que enterrarlo sentado en el cajón donde la marquesa les había enviado su regalo de bodas. En casa de los condes la recibieron con los brazos abiertos. “Nadie ha nacido que no yerre”, le dijo doña Sol, y desde entonces fue una institución en la familia y la reina de la cocina y sus alrededores. Mechaba la carne con una aguja de hacer calceta, le metía tirillas de tocino y la adobaba y asaba a fuego lento, y era una artista cortándola en lonchas muy finas y adornándola con la guarnición. Era ella quien asaba el lechazo en las solemnidades y no estaba ni demasiado crudo ni demasiado hecho, con una salsa dorada que sabía un poquito a vinagre y en un punto que nadie dominaba como ella. Su hijo Justo se crió en el jardín escarbando la tierra con la azadilla y haciendo carriles, puentecillos y agujeros para jugar con las canicas, corriendo a las gallinas por los senderos y agachándose para entrar en el gallinero y espantarlas, o alzando la trampilla por si habían puesto algún huevo. Lo tomaba todavía caliente y se lo subía a Magdalena, que lo cogía amorosamente en sus manos y lo freía a la primera ocasión. Con un palito, Pastor escarbaba en el agujero de las cochinillas que se enroscaban en sí mismas, y cuanto más hurgaba más se endurecían y cerraban, como si no hubieran sido bichos sino la semilla de alguna planta. Cuando había llovido encontraba los macizos apretados de caracoles prendidos en los tallos, los sujetaba en una mano y agitaban sus cuerpecillos y los extraños cuernecillos blandos, tocaba el extremo del apéndice y se encogía al contacto con la yema del dedo. Se acostumbró a convivir con

los caracoles, y apenas pasaba a creer cómo tantos bichos habían podido nacer y crecer en tan poco tiempo, y cuando los arrancaba de la planta y los sostenía en alto se estremecían como si hubieran padecido de vértigo. En primavera plantaba ramitas en los macizos y revolvía en el cuchitril bajo la escalera donde guardaban la herramienta. Disfrutaba regando el gallinero y haciendo chillar a las gallinas, y gozaba persiguiendo al gallo de roja cresta muy altanera por los senderos del jardín. Magdalena les cortaba el cuello a las gallinas, la sangre caía en el plato a grandes goterones y resaltaba sobre la porcelana blanca. El niño miraba en el pescuezo aquella profunda cortadura como una boca roja, y luego se comía la gallina con su madre y el resto del servicio. En la cocina el hueco del fogón le quedaba a la altura de los ojos y procuraba retirarse cuando Magdalena cogía el soplillo, ajustaba en la mano el asa de madera y lo agitaba, y entonces las brasas estallaban como puntos brillantes y se apagaban no más haber salido del fogón, cubriendo el suelo con un polvillo de ceniza. La señora que había llegado de Valladolid con doña Casta era ya una anciana de pelo blanco cortado como un paje, cuando él la conoció vivía ya con las monjitas en la Beneficencia. Era muy parlanchina y contaba siempre que había acompañado a doña Casta cuando iba al teatro en Valladolid, porque tenían reservada una platea en el mejor local de la ciudad. También contaba que la Esgueva era un río hembra, que lo habían desviado, y el río se tomaba la revancha y se salía a cada paso inundando los sótanos de las casas. Para obsequiar a la vieja, Magdalena tostaba azúcar en un cazo en que el azúcar se ponía marrón y hervía por los bordes, y ella la volcaba en un mármol untado de aceite y la dejaba enfriar, pero antes de que se enfriara del todo la cortaba con un cuchillo en cuadraditos. Se los daba a la anciana que convidaba a Justo, y se guardaba los restantes en el pañuelo para chuparlos en el asilo. Cuando su madre guisaba los corderos le guardaba las tabas, cuando había reunido un buen número las cocía junto con una cinta de terciopelo, y según fuera el color de la cinta así las tabas eran rojas o verdes, amarillas o azules, y se las regalaba a Justo para que se entretuviera jugando en el jardín. En invierno el agua del cubo se helaba y la tierra se endurecía, pero el gallinero estaba caliente por el calor de las gallinas subidas en el palo o adormecidas en un rincón. Cuando fuera mozo, Justo quería ser jardinero. En los veranos se marchaba a La Hacienda con toda la familia, y allí ayudaba a su madre a pelar los pichones escaldándolos primero, y luego quemando los cañones en las brasas. “Huerta con palomar, mejor que un paraíso”, decía Magdalena, y se le abrían las carnes acordándose de la Serranía. Justo tenía cuatro años cuando veía a don Diego meterse en las tenadas con la Pepa, y los seguía inocentemente mirando sin hacer ruido. Luego se subía al moral con la Pepa y le miraba las piernas desde abajo, y fue quien dio el aviso cuando la chica se cayó. Él contribuyó con sus manecitas a plantar los macizos

de campanillas encima de su tumba. Justo sabía poco de sí mismo, fuera de que era hijo legítimo de Florentino el pastor y Magdalena, y que tenía un hermano gemelo a quien no conocía y que se llamaba Pastor. Se encontraba muy solo en la casa y echaba de menos al mellizo, y a veces sentía escalofríos que no eran de frío ni de miedo, sí seguramente de soledad. Un día estuvo untando un balón que le regaló la condesa con grasa de caballo, y desde entonces sus ropas y sus cosas tenían un olor repugnante como el del balón. En cuanto pudo manejar una azada Justo se quedó de jardinero, y en esas estaba cuando llegó a la casa Juana García. En nochebuena él era el encargado de armar el nacimiento, desenterraba las bombillas que yacían en el fondo de un cajón y las unía en un cable, levantaba montañas de escorias y simulaba hogueras tapando las bombillas con papel colorado, y disimulaba las figuras para que no se viera que estaban descabezadas. En primavera fumigaba los rosales para que los cocos no se los comieran, y con una regadera iba espolvoreando el azufre para evitar que los bichitos de un verde brillante formaran racimos en las axilas de las hojas. Tuvo que cercenar la gran acacia, porque dañaba los cimientos de las casas vecinas, y cuando un grueso muñón desnudo y gris fue lo único que quedaba del árbol, el viejo conde lo miró desde el balcón del comedor y se dolió por la escabechina. Pero luego transcurrieron meses, llegaron las lluvias y los primeros calores y al mismo tiempo que el cobertizo se cegaba con las hojas tiernas de la enredadera, empezaron a nacer innumerables brotes de acacia. Primero eran muy pequeños, apenas se distinguían sobre la tierra oscura y más bien parecían insectos en los paseíllos terrosos. Más tarde empezaron a crecer al lado de los frutales y en el centro de los macizos, y amenazaban con apoderarse del jardín, de manera que el jardinero decidió arrancarlos y emprendió contra ellos una tenaz batalla. Todos los días arrancaba pimpollos y aparecían otros nuevos, mientras dos gruesos brazos nacían del tronco principal y se alzaban, monstruosos y desafiantes. Era una invasión sin medida que amenazaba con tragarse el jardín, los rosales se agazapaban en los macizos y hasta los frutales parecían temerosos. Cuando llegó el verano muchos brotes se habían hecho demasiado fuertes para ser arrancados, y crecieron nuevos árboles junto al membrillo, al manzano y al guindo de guiñamelojo, al lado de la parra y pegados el lilo, se aproximaron a las hundidas escaleras del entresuelo y dieron sombra a la caseta de las gallinas. Desde entonces el jardín cambió, y nunca volvió a ser como antes. Justo le enseñaba a Domitila el nombre de las flores y conforme fue creciendo se fue enamorando de ella, pero nunca logró que lo quisiera, aunque lo provocaba de continuo y luego lo dejaba con las ganas. Cuando más tarde llegó Martina, Justo era un hombre hecho y derecho. Como era el año de la escasez llevaban del pueblo el aceite escondido en maletas, y Magdalena dio en fabricar un jabón casero que batía en la tina, mezclando el aceite con

sosa y azulete, y después lo volcaba en un cajón y lo cortaba en tacos con un cuchillo largo. Seguía haciendo el pan para la semana bregando la masa con los puños, agregando la levadura y más harina hasta que la masa se endurecía, porque el que vendían en la calle se atravesaba en la garganta y no era de trigo sino de maíz, y tenía forma de tapón de cántaro, y hasta en la procesión de la Santa Cena los apóstoles llevaban aquellos mismos rebojos de maíz. En el pueblo podían conseguirse muchas cosas que no encontraban en la capital, donde el azúcar era pura melaza y se removía en el azucarero como en un cuenco de gusanos. Fue por entonces cuando don Casto, el hermano del conde, dio en propalar que Magdalena les daba achicoria y se quedaba con el café. Y cuando le decía algo amable como de pasada, ella no creía que lo dijera de corazón, porque era un hombre desagradable y tenía más genio que una escopeta sin seguro. Un día le espetó a Coralia, que llevaba años en la casa: “Tú has robado mi pluma”, y ella dijo: “No he robado su pluma”. “Pues si no la has robado tú, la habrá robado el jardinero”. “¿Por qué dice que el jardinero ha robado la pluma? Yo no lo creo, para qué la iba a robar”. “Pues alguien ha tenido que robarla. Todo el mundo es culpable mientras no se demuestre lo contrario”. La pluma no apareció, ella no la había robado ni creía que Justo tampoco, y don Casto repetía que “Ignorantia juris neminem excusat”. Un día apareció la pluma, estaba en un cajón y era ni más ni menos que el propio don Diego quien la había extraviado, y no decía nada por el miedo que le tenía. El fiscal subía los escalones de la casa agarrado al pasamanos, llamaba a la puerta y cuando le abrían decía invariablemente: “Esto no es un timbre, esto es un pedo”. Y cuando el conde le preguntaba: “¿Qué tal estás, hermano?”, él le contestaba: “Ya lo ves, caído”. Llegó preguntando qué había de aquel cura que había ayudado a los republicanos y que incluso se ocultó en la sierra con ellos, a quien llamaban el cura mocito, y en qué forma había muerto, y mientras se comía a sorbetones las granadas que Magdalena había preparado con azúcar y vino dulce, y decía que el guisado tenía demasiado adobo y demasiadas especias, y estaba duro para su gusto. Por entonces Domitila trabajaba de doncella en la casa. “Salgo del trueno y me doy con el relámpago”, decía Magdalena, y había que separarlas todo el tiempo porque se insultaban y llegaban a las manos. “Me cago en diez y me llevo uno”, gritaba la cocinera, y Domitila se agarraba de su moño y la desmelenaba a conciencia, y cuando Magdalena podía levantarse tenía la cabeza modorra y estaba furiosa. “Tienes que marcharte de aquí -chillaba, -no puedo aguantarte, porque eres una fiera”. Y si Juana García se metía enmedio, ella le decía que no había puta sin alcahueta, y que ella lo era. Su otro mellizo, Pastor, había huido cuando el movimiento, y no había sabido nunca de él por sí mismo. “Amor de hijo y viento de culo todo es uno”, se quejaba amargamente Magdalena, que cuando murió don Diego se había convertido en una

anciana y se hartó de llorar. Y más cuando supo que lo había heredado Domitila, porque antes de morir la reconoció como hija. “A quien Dios quiere bien, la perra le pare puercos”, rezongaba cuando se lo dijeron, y al final Domitila terminó echándola de casa con su hijo. “No estoy tan coja que no pueda andar una legua”, decía mientras hacía las maletas. Se marcharon a Tánger con Pastor, que trabajaba de camarero, y él colocó a su hermano como jardinero en casa de un moro notable, el Amín de la Mendubía. Era un hombre muy grueso, y cuando tenía invitados alcanzaba con sus manazas un montón de pasta cocida, pellizcaba un trozo de carne y con el cuscús hacía una bola y se las daba a comer. Rodeaban una mesa baja donde se había colocado una gran bandeja redonda, y todos eran hombres allí porque las esposas y todas las mujeres de la casa estaban ocultas en sus habitaciones. Magdalena se instaló en el Zoco Chico y servía en un bacalito vestida de mora, y entre pasteles de coco enranciado y frascos de mermelada inglesa seguía cantando como en sus buenos tiempos:

Si tu marido es celoso dale a comer macarrones,
verás con la mantequita qué mansito se te pone.

Vivía con sus dos hijos solteros, y gracias al trabajo de todos y a un sueldo regular llegaron a disfrutar de una economía saneada. Un día Pastor se encontró con Martina, que por entonces se había tomado vacaciones y andaba en Tánger con Nicomedes Luis. Ella lo confundió con su hermano Justo, porque eran iguales, y le dijo que Domitila había vendido la casona de Cáceres y que la iba a derribar. “No hace poco el que quema su casa, espanta a los ratones y se calienta”, había dicho Magdalena cuando lo supo. Tánger ya estaba en decadencia por entonces, y pronto perdería su condición de ciudad internacional.

***

EPÍLOGO: EL MERCADILLO

"...Todas las virtudes y los vicios de antaño hierven con ímpetu ahora, sin más válvulas que la política y el amor..."

Ricardo León. ***Alcalá de los Zegríes***

NICOMEDES NACIÓ CON EL SIGLO, y era hijo de talabarteros. Pertenecía a una familia humilde y vino al mundo a la sombra de la plaza de toros, en el Mercadillo de Ronda. Se crió entre monturas y gualdrapas, y ataharres bordados en lanas de colores. Su madre tuvo más hijos que una araña y su padre no andaba sobrado de dinero, así que de los veinticuatro hermanos muchos habían muerto, bien depauperados o tísicos, de forma que Nicomedes no había conocido más que a doce. Tenía el pelo lacio y cara de ratón, andaba desnutrido y llevaba la ropa estrecha y recosida, y chupaba continuamente un bulto duro y repugnante que le había salido en una mano y que llamaba un *clavo.* En su casa solían apretarse como piojos en costura; no había baldosines en el suelo sino piedras y tierra endurecida, y dejaba trascender un olor a humedad y a orines de niño pequeño, a respiraciones condensadas y a humo de cocina, porque sólo había una habitación exterior que daba a la calle y usaba el matrimonio, y lo demás eran cuchitriles oscuros y sin ventilación, donde se acurrucaban niños y abuelos a la luz de un candil. Los chiquillos chapaleaban en el fango persiguiendo a los perros callejeros, y la madre con la cara ahumada y el pelo encrespado, con ojos vivos y nariz ganchuda y los dientes en punta como los de un caníbal, ni se molestaba en mover los colchones de borra que estaban duros y pesaban como tierra, así que por la noche los bultos se clavaban en el cuerpo. Vivían frente al corralón y tenían la puerta siempre abierta y colgados de las escarpias los arreos, sentado en una silla baja el padre tejía las alforjas y hacía alpargatas de esparto para sus hijos. Nicomedes andaba siempre por la calle con el hijo del peluquero que tenía los espejos de la barbería llenos de cagadas de mosca, aunque colgaban del techo unas tiras untuosas donde muchas se quedaban pegadas, y en las paredes carteles de toros. Un niño pobre era un niño triste, solía tener las piernas retorcidas y en lugar de cinturón una cuerda para que no se cayeran los pantalones. No llevaba zapatos sino alpargatas y andaba con cuidado de que no se salieran a cada paso, porque le estaban grandes. Sorbía las velas de mocos que subían y bajaban, y cuando llegaban a la boca se las tragaba. Llevaban todos una honda en la mano y la manoseaban, también una piedra y la ponían con cuidado en la honda, pero no la lanzaban nunca. Lo más que hacían era tirarla con rabia al suelo y salir trotando con las alpargatas demasiado grandes para sus pies. Alguna vez la madre les daba higos secos para el almuerzo y los guardaban en el bolsillo como orejas retorcidas, y a veces eran todo su alimento. Su

retrete era un agujero en el suelo y afirmaban un pie a cada lado, y se aseaban con lo que podían o no se limpiaban, y al orinar las gotas salpicaban las alpargatas y las piernas. Los domingos su madre los llevaba a la cárcel, iba a visitar a un primo suyo y le llevaba tabaco, Nicomedes aguardaba fuera y cuando ella salía parecía que le había cambiado la cara. Por la noche, todos en la casa se disputaban un trozo de pan o un dornajo de patatas. Los de la Maestranza eran dueños de la plaza de toros; podían entrar a su antojo, no pagaban en las corridas y vivían en la Ciudad en unas casas grandes con zaguanes alicatados, con cancelas de hierro y en los patios maceteros de cobre con tiestos de pilistras. Sus balcones eran panzudos y tenían rejas caprichosas de forja rondeña, sobre la calle empedrada de cantos redondos. Cuando a Nicomedes lo enviaron a estudiar al Seminario tenía catorce años, y todo le llamaba la atención. Extrañaba el mármol de las mesas, el chocar de los cubiertos, las tocas almidonadas de las monjas que iban de mesa en mesa sirviendo la sopa, y había siempre olor a sopa y a garbanzos cocidos, y la sopa podía cortarse como si hubiera sido requesón. Todos tenían las manos rojas por el frío y en los dedos sabañones. Los cuartos de baño tenían tinas antiguas, un cura entraba de ciento en viento en el estudio con una pizarra en la mano y los llamaba por orden de números. Eran piezas destartaladas y frías, y cuando llegaban ya se encontraban llena la bañera con agua que humeaba, dejaban la toalla colgada de la puerta y luego tenían que saltar fuera y alcanzarla. Hacían siempre las mismas cosas a las mismas horas, todos los días sin poder elegir, porque había un horario que era el mismo para todo el mundo. En la iglesia le gustaba el tintineo de las campanillas y que todo fuera allí blanco y dorado, y aquellos confesionarios góticos llenos de jeribeques y rematados de torrecillas. Había que temer el purgatorio, por eso había que confesar hasta los pecados veniales, y rezaban jaculatorias para ganar indulgencias aunque no supieran muy bien lo que eran, y las había con trescientos días, y otras más valiosas de mil. Nicomedes entornaba los ojos en la penumbra de la iglesia, miraba las velas del altar y veía sus luces descompuestas en millones de rayos concéntricos mientras el humo del incienso se levantaba a ráfagas, las voces estallaban y la suya sonaba más que todas porque le gustaba ahuecarla, de forma que el que estaba el lado le pegaba con el codo y le decía: “Más bajo”. Pero no hacía caso y seguía engolando la voz para que sonara más que todas. “*Pulvis eris et in pulvis reverteris*”, les decían, y les explicaban que eran polvo y en polvo se tenían que convertir. Miraba la custodia en el altar y lo demás se esfumaba, y la Forma blanca parecía crecer inundándole todo. Nicomedes pasaba el invierno con los dedos hinchados y rojos, incapaz de agarrar nada, y a veces se le reventaban los sabañones, se llenaban de un agua amarillenta que se secaba formando postilla. Por las mañanas, el agua del jarro estaba siempre helada. En el vestíbulo del seminario había un viejo

arcón con asiento abatible y respaldo, donde se guardaban los objetos perdidos, y estaba siempre lleno de bufandas y guantes desparejados, de libros sin marcar y de las cosas más peregrinas. En cada pupitre tenían un agujero redondo y allí encajaba un tintero de porcelana blanca, pero los tinteros se habían ido rompiendo uno a uno y en algunas mesas no quedaban más que los redondeles vacíos. Se aprendían el acusativo que no tenía nada que ver con acusar, ni el dativo nada con dar ni el ablativo nada con hablar, y tenían que saber de memoria los concilios desde Nicea pasando por Corinto y Éfeso y terminando por el Vaticano, y también sin saltarse uno todos los hijos de Jacob. El muchacho no había abierto siquiera el libro de griego, así que al llegar el examen aquello de *aoristo* le sonaba a chino. Los llevaron a ver la fábrica de azúcar, les fueron mostrando las fases de su producción y vieron la melaza, un líquido oscuro con un fuerte olor, luego el azúcar sin refinar todavía amarilla, y por fin los terrones blancos de azúcar prensado en forma de pilón, y al final les regalaron unos pocos. Un día un amigo le prestó a Nicomedes sus gafas, porque tenía conjuntivitis, y asomado a la ventana él miró los ladrillos de enfrente y se dio cuenta de que los veía mejor, e incluso distinguía las líneas blancas entre ellos. Recalaba en casa de sus padres como un extraño, porque en realidad no pertenecía aquí ni allá, ni a ninguna parte, y así estuvieron pasando los años hasta que llegó el momento de elegir definitivamente y para siempre entre dos caminos. Había oído que las plantas se ahilaban por falta de sol, que los tallos crecían sin ensanchar y se volvían de un verde casi blanco, y como él se veía blanco y descolorido, pensó que estaba ahilándose por falta de sol. De forma que antes de cantar misa lo pensó mejor y dejó el seminario, poco después de que ingresara en la institución José Cupertino, y volvió a Ronda con sus padres. Tenía ya formación suficiente para ponerse a trabajar y decidió hacerlo. Eran las tres y cuarto de la tarde y las piedras se derretían por el calor cuando llegó a casa de los marqueses, tiró de la campanilla y le abrieron la puerta, lo hicieron pasar y le dijeron que aguardara. Recordaba a Curro, el marqués. Lo había llevado de pequeño a su finca, lo emborrachó y lo metió en un saco grande donde casi perdió el conocimiento. Cuando despertó se encontró atado dentro de la saca, y era algo que nunca podría olvidar. Fue doña Manolita la que lo recibió y lo colocó de escribiente, porque el Marqués tenía sus cuentas y sus papeles abandonados. Llevaba ella una sortija en forma de lanzadera que rutilaba en su dedo blanco, con el centelleo de los brillantes y el brillo rojo del rubí, y cada vez que movía la mano se agitaba un haz de puntos luminosos. Aquel año murió despeñado el matrimonio de tartajosos, y los dos hijos se fueron a vivir a la casa. Curro el marqués no hacía más que beber y andaba más borracho que Noé, y más de una vez Nicomedes tuvo que llevarlo al palacio medio a rastras. Así sucedió tres días antes de su muerte, y aquella cogorza sería la última. Nicomedes se había puesto el don y no

había vuelto por casa de los esparteros, y aunque se daba mucho pote llevaba dentro una especie de amargura, porque era delgado y sin gracia, y una cierta envidia hacia el individuo extrovertido con éxito entre las mujeres, capaz de enfrentarse a la vida con moral de victoria. “No hay mejor amigo que veinte duros”, solía decir. Lo instalaron en el último piso, en un cuartucho bajo las escaleras, y desde allí oía el zurriar del aire en el abismo y el canto de los grajos. Había baldas en las paredes y en las más bajas cajas de viejos zapatos que estaban allí desde siempre, y también el betún y los cepillos, daba la luz y se encendía una bombilla polvorienta que esclarecía apenas las cajas de cartón. El baúl panzudo donde guardaba sus cosas estaba recubierto de hojalata de todos los colores y la tapa no encajaba bien, porque de tantas idas y venidas se le habían aflojado las bisagras y también las chapas de metal, por lo que había que tener cuidado de no llevarse un dedo con ellas. Su colcha era de un color indefinido, se había lavado muchas veces y la tela se abría, y era un poco escasa para la cama de hierro niquelado. Pasaba a veces por la callejuela donde estaba la serrería y que había recorrido tantas veces de chico, y lo que más le llamaba la atención era que seguía el olor a pino y a madera fresca, pero ahora miraba por encima del hombro a los que porteaban los maderos aserrados y los dejaban caer a la largo de la acera, interceptándole el paso. Por entonces conoció a Luisa, que vivía por allí. Le gustaba aquella muchacha cuando llevaba la ropa planchada al palacio, y más porque tenía un taller de bordado, aunque el taller no era suyo sino de su madre. El antiguo seminarista empezó recitándole a Luisa los versos de aquel rey que tenía un palacio de malaquita y un gran manto de tisú, y acabó casándose con ella con el beneplácito de doña Manolita que se interesaba por sus relaciones, y le aconsejaba que no perdiera la ocasión porque la chica parecía modosa. Cuando se casaron él le antepuso el doña desde el primer día, vivían en el palacio de los marqueses, y en su habitación les pusieron una cama de matrimonio con baldaquino. Doña Luisa, como él la llamaba, se quedó embarazada dos meses después que la joven marquesa doña Beatriz. Y cuando el escribiente tuvo que marchar a Madrid a unos asuntos del marqués y se llevó a su esposa, ella tuvo a Nicomedes Luis en la capital y antes de término, al mismo tiempo que en Ronda la marquesa daba a luz a Francisco. Los dos pequeños se criaron juntos en el palacio, aunque al hijo de los amos lo vestían de rosa y lo trataban como a una niña, hasta que cuando cumplieron siete años los mandaron juntos al externado de los salesianos de Ronda. Mientras, don Nicomedes anotaba números y cuentas con un palillero que nunca supo si era de plata de verdad, pero que estaba hueco, se rascaba la oreja con él y cuando lo chupaba inadvertidamente notaba su sabor amargo. Era un artista desbastando la punta de los lapiceros: empezaba con un corte en forma de corona y lo afilaba luego, con cuidado de no romper la punta. A media mañana, doña

Luisa le llevaba al despacho un vaso de leche para que no lo acometiera el hambre dolorosa, que era un vestigio de su niñez. En el palacio había muchos gastos porque estaban la cocinera y la niñera, la cuerpo de casa y una costurera para repasar, la mujer que se llevaba la ropa a lavar y la planchadora, y una enfermera fija para la marquesa. Don Nicomedes daba al interruptor de la lámpara y se encendía una bombilla azul, porque lo suyo era hacer cuentas todo el día. Se sentaba en el despachito a las ocho y media de la mañana y se quedaba hasta las tres, siempre cotejando y temiendo que no le cuadraran las cuentas y se le escapara alguna cantidad, y había días en que le cundía y podía leer el periódico al final, y otros empezaba a dolerle la cabeza porque tenía que haber cambiado el cristal de las gafas, pero según él no le alcanzaba el dinero para eso, pese a que decía que gastaba todo lo más en algún café de cuándo en cuándo. Soplaba dentro de la taza, estaba tan caliente el café que el vaho le inundaba los cristales y le quitaba la visión. En el cuartillo de los zapatos había encontrado un extraordinario botín, un cajón lleno de novelas de Nick Carter y de Buffalo Bill donde estaban dibujados los apaches y los sioux, el aguerrido coronel Cody y la guapa señorita rubia que habían raptado los indios. De cuando en cuando los colonos de la sierra visitaban a doña Manolita y ella los invitaba a merendar en grandes tazones redondos que sorbían en la cocina, y doña Luisa no podía sufrir que alguien pronunciara su nombre sin sentir un violento rubor, así que dejaba la mesa ante la extrañeza de todos, o simulaba que se había atragantado con el chocolate o se disculpaba porque tenía que salir con mucha prisa para algo inexcusable. Su marido trabajaba últimamente con una pluma-fuente de color negro, la apoyaba suavemente en la mano y la dejaba resbalar en el papel, y parecía que la pluma-fuente se deslizara sola. En sus ratos libres, Nicomedes se dedicaba a liar los cigarrillos del marqués en una máquina que él había traído de Francia. Ponía con cuidado el papelillo de fumar en la máquina Victoria, el picadillo de tabaco en su sitio, miraba si había agua en el depósito, tiraba del asa y sin el menor trabajo salía el cigarrillo tan redondo, hasta que llenaba con ellos una arqueta de madera con talla de guerreros. Le gustaba estar solo con su mundo interior y era narcisista, enamorado de sus propios pensamientos, y según él no tenía más amigos que los números. “No hay cerradura para ganzúa de oro”, repetía siempre. Había tenido tratos con José Cupertino, a quien conoció en el seminario, y nunca estuvo clara su intervención en aquella muerte, ya que en el pueblo decían que lo había denunciado por envidia. Cuando las tropas nacionales entraron en Ronda, él se despepitaba poniendo colgaduras patrióticas en los balcones y frecuentaba la amistad de un señorito que se dedicaba a dar el paseo a los rojos, y mostraba la pistola en el casino con las muescas que hacía cada día, una por cada muerto. Al mismo tiempo el escribiente trataba de imbuir en la cabeza de su hijo, Nicomedes Luis, la idea de que

era un genio de las Letras. Le decía que estaba predestinado porque había nacido en el distrito de la Universidad y lo habían bautizado en la iglesia del Buen Consejo, y el chico trataba de seguir sus sugerencias por complacerlo, y se esmeraba en los ejercicios de redacción del colegio de los Salesianos. En el año cuarenta se precipitaron los acontecimientos. Primero murió doña Manolita de un estúpido accidente, ya que se atragantó con el chocolate, y poco después doña Beatriz al dar a luz al imbécil, y fue el propio don Nicomedes quien se encargó de inscribir al fenómeno como muerto en el registro. La amante de don Carlos era su sobrina la talabartera, y él procuraba en lo posible favorecer las relaciones. Luego murió don Carlos que había aguantado indemne los años de la guerra, y la casa se deshizo dejando al escribiente sin trabajo. Era el año del hambre, y la hacienda de los marqueses estaba tan diezmada que apenas les quedaban tierras, de forma los herederos se habían ido desprendiendo de sus fincas, dehesas y casas para sobrevivir, y se habían deshecho de sus jornaleros. Desde entonces don Nicomedes se lo pasó tomando empleos provisionales y precarios, y odiando a su esposa como si proyectara en ella su fracaso. Sacaron el niño del colegio, porque debían varios meses y no había forma de pagar. “La mujer sólo tiene dos horas buenas, en la cama y en la sepultura”, solía decir. Cuando perdió su último empleo solicitó un préstamo, y ni siquiera alcanzaba a pagar los plazos y los réditos. Y una vez que hizo una lista de los empleos que tuvo y que perdió, tuvo que ejercitar mucho la memoria y aún olvidaba alguno. Pudo enviar a Nicomedes Luis con una beca a los jesuitas, y se hubieran muerto de hambre de no ser por el taller de bordado de su suegra. Comían boniatos a todas horas, y mientras las mujeres de la casa se desojaban para sacar la familia adelante, él estaba en el casino hablando mal de todo el mundo. “A mí el trabajo me lo hacen los ángeles, como a san Isidro”, decía con sorna. Su parienta la talabartera se había metido a estraperlista, y los guardias civiles entraban y salían de su casa, le compraban tabaco y chocolatinas de Gibraltar; se había convertido en el garbanzo negro de la familia y no hacía distinciones entre sus clientes, alzaba la tapa del mostrador y todo el mundo se colaba dentro, de forma que tanto él como doña Luisa le había retirado el saludo. “Cada cual estornuda como Dios le da a entender”, lo desafiaba la sobrina. Cuando la patrona del pueblo fue coronada canónicamente hubo misa de campaña, desfile militar y procesión, y don Nicomedes ocupaba la primera fila. Lo llamaban míster Chips y nadie lo soportaba, llevaba bastón y un sombrero ajado y su cara parecía pergamino, y a su hijo le seguía llenando la cabeza de fantasías. Lo hacía verse cenando con ocasión de un premio importante rodeado de amigos que aguardaban su éxito, y luego lo describía acosado por los periodistas que le hacían preguntas; le aconsejaba que fuera ensayando las respuestas, y él mismo hacía viajes a la capital a visitar a los políticos y a hacerse con influencias,

y viajaba en el metro de un lado a otro con su abrigo raído. Un día en el andén subterráneo empezaron a oírse unos lamentos que se convirtieron en alaridos. Un hombrecillo se apoyaba en una papelera gimiendo, hincaba la cabeza entre las manos y luego la echaba hacia atrás, gritando y llorando, mientras todo el mundo había enmudecido y lo miraba. Una señora iba a acercarse a preguntar, y se aproximaba cuando el hombre se irguió de nuevo y lanzó un aguda carcajada. Reía y a la vez lloraba, llegó el tren y todos se apresuraron a cogerlo, y él los siguió, con sus risotadas y lamentos. “Un pobre loco”, dijeron los del coche contiguo, felicitándose de no compartirlo con él. En la estación siguiente, don Nicomedes abandonó el vagón y lo vieron caminar por el andén, trastabillando con pasos vacilantes.

***

LUISA LLEVABA EL NOMBRE DE SU MADRE y el de su padre, que también se llamaba Luis. El padre era sereno, llevaba capa de color terroso, un chuzo y un farol, y anunciaba la hora y el tiempo; avisaba a la comadrona o al médico, y al cura para que administrara los últimos sacramentos. Se reía de dientes para afuera como los conejos, y tenía más narices que Fernando séptimo. “Hombre narigudo, pocas veces cornudo”, bromeaba. Trabajaba de noche y descansaba de día, y cuando llegaba a su casa se quitaba los zapatos y los tiraba en un rincón, se zampaba un cocido chupando la médula tierna y sabrosa de hueso hasta que sólo quedaba el canuto, y se echaba a dormir en una alcoba junto a la salita donde bordaba su mujer. Había dos alcobas italianas en un comedor destartalado, y como no ventilaban bien siempre había olores a cuerpo y a viciado. Luisa era una niña redicha y envidiosa, y escurridiza como una pescadilla, que usaba refajo pespunteado encima de la camisa, con tirantes y cintas atadas al cuerpo, para que no se le enfriara el vientre. Asistía a la escuela pública y allí la enseñaban a coser y a bordar para que ayudara a su madre cuando fuera mayor, y le daban barritas de regaliz de premio cuando sacaba limpios los bodoques. Su madre le aclaraba el pelo con camomila, y había aprovechado una capa vieja del sereno, la había arreglado y la niña la llevaba a la escuela. Cuando se hacía una herida en las rodillas, o bien en las canillas corriendo al golpearse con sus propios zapatos, se le formaban cicatrices abultadas y de color rosa que preocupaban a su madre, como también la preocupaba un trocito de carne que le estaba creciendo en un lugar oculto hasta que le colgó como un jirón amoratado que le dolía y se enredaba al andar, que ella trataba de meter hacia adentro con el dedo para que no estorbara. La madre se lo estuvo mirando con una vecina aunque ella se resistía, y la vecina dijo que estaba a punto de desarrollarse. Al mismo tiempo le nacían en los sobacos pelillos que parecían estar enfermos, porque tiraba y se los arrancaba sin esfuerzo como si se pudrieran por el sudor. Las más pequeñas hablaban del desarrollo que sus hermanas mayores habían

tenido y ellas no, y sabían a ciencia cierta quién tenía la regla y a quien le faltaba todavía, y en cuanto a alguna le venía se enteraban todas las demás. Se desnudaban cuando estaban a solas, mostraban los senos que apenas habían empezado a despuntar, abrían las piernecillas y se exponían a la curiosidad de las otras, y mostraban el pubis desprovisto de vello ayudándose con los dedos, un monte de venus regordete o unos labios gruesos rodeando una abertura rosada en forma de ojal. Reunidas inocentemente en sus juegos perversos, las más pequeñas asistían a las exhibiciones con una especie de estupor metidas en la pila de lavar, donde habían formado un abrigo con cortinas de flores prendidas con pinzas de la ropa, o se limitaban a observarse en solitario, sin saber que con el tiempo aquello les acarrearía el peso de un pecado mortal que no imaginaban siquiera. Y cuando Luisa veía al novio de su vecina que era alto y llevaba una máquina de retratar en bandolera, los imaginaba a los dos jugando a las mismas cochinadas. Cuando un fraile vestido de marrón llegó al pueblo, todas acudieron a recibir la imposición del escapulario. Ahí era nada, todos los pecados perdonados, todas las indulgencias ganadas por llevar prendido del cuello un pedacito de tela oscura que picaba en la espalda, y otro igual que raspaba en el pecho; y con algo de suerte, si morían en sábado las llevaba derechas al paraíso sin pasar por el purgatorio. Pasaban calor en misa porque les habían puesto chaquetas y calcetines blancos, y a las mayores medias, y cuando hacían cola ente el confesionario todo el mundo cuchicheaba y el cura no parecía enterarse de nada, metido en la caseta con celosías y visillos. Su madre que era bordadora le enseñaba realces y filtirés, matizados y vainicas, y parecía mentira que aquella mujer fuera la madre de Luisa porque parecía una anciana, aunque fuera una verdadera artista del recamado y el pasadillo, del ojete y el filtiré. Le colgaba del cuello una trompetilla de madera clara, y cuando querían decirle algo se ponía la trompetilla en la oreja y se acercaba para que le hablaran. Era desconfiada como todos los sordos, y siempre creía que estaban hablando de ella. Se peinaba con moño y se salían los pelos grises, y al hablarle al oído los pelos se metían en la boca. Estaba siempre mala y a los dos los tenía fritos con las enfermedades, pero decía su marido que viviría más que nadie. Cuando estaban en plena comida abría la boca y les mostraba la lengua llagada, o una grieta en la encía bajo los dientes postizos que se le meneaban. Tenía las piernas flacas, y gracias a las medias no se le veían las pantorrillas cruzadas por los ramalazos anaranjados de las cabrillas, que a fuerza de tiempo no se borraban nunca, ni siquiera en verano. Barruntaba la lluvia en los pies y todos sus zapatos tenían una forma personal, no porque torciera los tacones, que también los torcía, sino porque el cuero se estiraba del lado del juanete. “Va a llover”, decía con gesto dolorido. Apenas salía a la calle, y cuando lo hacía se ponía un traje de seda que le hicieron cuando se casó, y unos zapatos negros donde todavía no se

había marcado el juanete del todo. Bordaba sentada en un taburete de anea, con el asiento liso por arriba y por debajo los nudos y las trabazones, y zurcía con primor siempre por el revés, con ovillos de hilo de todos los colores. Luisa había aprendido a coser en la máquina de su madre, y como no tenía pie había que darle a la rueda con una manivela que hacía un ruido muy suave al girar. Por las tardes la bordadora se convertía en planchadora y arreglaba la mesa para planchar, rociaba la ropa demasiado seca y hacía un envuelto apretado con ella, la dejaba a un lado y con la plancha de hierro muy caliente la iba secando, y quedaba estirada y tiesa que daba gusto verla. Para probar el calor echaba un escupitín en la plancha, y la saliva rebotaba y se pulverizaba. Almidonaba los vestidos, las enaguas y las tiras bordadas, los peinadores y los cubrecorsés, y para eso tomaba el almidón en pequeños trozos blancos, lo disolvía en agua y con un trapo extendía en la prenda el líquido lechoso. Los cuellos los dejaba duros y brillantes como si hubieran sido de cartón, y mientras estaba platicando sola. “Hartas riquezas tiene el que más no desea”, le decía a Luisa, que estaba ordenando los alfileres de colores en un alfiletero de papel para luego jugar con ellos al montón. Los tenía de un azul porcelana y otros rojos o verdes, algunos menudos y otros gruesos, y hasta de los de perla que se usaban en las bodas. Desde la salita, Luisa oía roncar a su padre el sereno, y de cuando en cuando el hombre soltaba un pedo tan largo que parecía no fuera a terminarse nunca. Por las mañanas, la casa se llenaba de muchachas que bordaban entre olores nocturnos. Cosían en una habitación alargada junto a la cocina desde donde oían roncar al sereno, mojaban las telas primero para quitarles el apresto y que no se encogieran al lavarlas, y luego calcaban grecas y letras de colores que venían en cuadernillos apaisados. Enhebraban la aguja con perlés de Fabra y Coats, hacían un nudito en el hilo enrollándolo con el dedo y aprendían el punto de cruz en una tira de panamá. El costurero se iba llenando de pespuntes, cadenetas y ojales, de crucetillas y bodoques, y al final estaba tan sucio que había que lavarlo. Lo planchaba doña Luisa, y le cosía un papel de seda para que no se volviera a ensuciar y poderlo lucir en la exposición. No resultaba fácil hacer los ojales y tenían que ensayar primero para que no salieran torcidos. Las más adelantadas sujetaban la tela en el bastidor y apretaban la palomilla, y cuando estaba tensa hacían bordado Richelieu. En la casa usaban todos los vecinos el mismo retrete en la escalera, y las muchachas se quejaban porque se llenaban de ladillas. Luisa bajaba a la mercería a comprar agremanes y entredoses, botones y puntillas, y allí la atendía un muchacho que se había pasado la vida entre borlas y guardamalletas. La chica tenía una falda de flores azules y un corpiño azul con cordones de seda, y lo llevaba con una blusa de nansú blanco rizada en el cuello. El nansú se lo había regalado la marquesa que era su parroquiana y aprovecharon el bordado para el delantero, y la espalda la sacaron lisa.

Lo malo era que se transparentaba demasiado, y si se miraba al espejo se veía en el pecho dos botones oscuros; y aunque su madre le hizo un viso con un trozo de seda, a pesar de todo se seguían viendo los dos pequeños redondeles. Lo suyo era oler a sobaquina, la madre siempre había padecido de lo mismo y luego la hija, y era inevitable, en cuanto usaban una prenda dos veces ya tenían corros en los sobacos. El tufo a sudor se mezclaba con el del alcanfor, y aunque en el otoño airearan la ropa, nunca se veía libre del tufillo. Luisa no era guapa ni nunca lo sería, y se le estaba pasando la juventud sin que ni el dependiente de las borlas la mirara, y hasta le empezaban a salir cabrillas del brasero en las piernas, igual que a su madre. “A la hija tápale la rendija”, decía el sereno curándose en salud, y le repetía para consolarla que la esencia fina se vendía en frasco pequeño, y la madre que habría más días que longanizas para casarse. Repartía la ropa de casa en casa con el azafate, y detrás de las cancelas de hierro hallaba los patios en penumbra con esparragueras y aspidistras, con aromas de comida y sombras de palmera. El sol entrando por entre los toldos iluminaba bronces y cobres rojizos, percheros con asas de metal y escaleras con pasamanos de madera brillante. Le llevaba sábanas de holanda bordada a doña Manolita, y mantelillos para servir el chocolate, con cenefas a filtiré. A veces coincidía en el zaguán con el mendigo de la casa, y entonces salía la cocinera llevando en una mano una bolsa con mendrugos, y en la otra una fiambrera con las sobras de la comida. “Que Dios se lo pague”, decía el pobre, y al mismo tiempo se lo agradecía dándose golpes en el pecho. En casa de doña Manolita había bandejas de plata en el comedor con el escudo de los marqueses, y un tibor de cristal con un ramo de gladiolos grabado en esmeril. A don Nicomedes lo conoció en el palacio. Según le dijeron, era antiguo seminarista y trabajaba de escribiente, y ella no recordaba conocerlo de entes. Luisa dejaba el azafate y le parecía que él la estaba mirando, algo le daba un vuelco dentro y se quedaba sin rebullir, aspiraba hondo para no desmayarse y se ponía muy derecha. Aunque a veces se equivocaba y él no estaba allí ni la miraba como había creído, pero nunca podía dominar la sensación. Como era domingo de ramos y el que no estrenaba no tenia manos, ella estrenó un vestido de hechura sastre y de pata de gallo en azul y blanco. La tela no le había costado cara y era de doble ancho, pero se veía bonita con él. Estrenó también un bolso en forma de bombonera con un espejo redondo en la tapa, unos zapatos de medio tacón y unas medias finas que se calzó con guantes para que no se engancharan. Aquel domingo había empezado a salir con don Nicomedes y él llevaba un paraguas que desteñía, de forma que el traje nuevo se le llenó de chafarrinones negros de arriba a abajo. No hubo forma de quitarlos y lo tiñeron todo de azul para disimular el perjuicio, pero al teñirlo se quedó tan mermado que las mangas apenas le alcanzaban a los codos. Él llamaba a la familia de los marqueses la del

autobombo, y Luisa se los imaginaba a todos con un bombo colgado del cuello como en la procesión. Estuvieron en la esquina de la calle con las manos juntas como despedida, sin poder desprenderse uno del otro, y entonces fue cuando él le dijo que la quería. Le regalaba a la novia caramelos refrescantes que eran los más baratos, pero luego le dijo que había leído que se le podían picar los dientes con el dulce y dejó de regalárselos, y era por ahorrarse el dinero. Juntos experimentaron las primeras sensaciones físicas que desconocían por completo y pasaban en la alameda los días fríos del invierno, asomados al balcón del tajo con las manos ateridas, o juntos en un banco dándose calor. Nadie la besó antes que él. Notaba su boca cerca y a medida que se aproximaba se sentía electrizar, y cuando llegaba notaba una sacudida distinta y un grito se ahogaba en su garganta. Se habían apoyado en el murete, cuando él acertó a tocarla en sus partes y ella no pudo por menos que gritar. La madre y la hija estuvieron cortando camisones, pecheras y camisas-pantalón, con patrones que habían sacado de revistas italianas en papeles de periódico. El día de la boda llevaba ella una esclavina blanca que parecía armiño y era piel de conejo, y se casaron temprano para no tener que invitar a nadie. Habían habilitado las bohardillas para el servicio y se quedaron a vivir en el palacio, y aunque enlucieron las paredes de azul pálido, la pintura era mala y pronto se quedó descolorida. Luisa se lavaba la cara con manopla de felpa y la dejaba olvidada en todos lados, y se bañaba en una tina que habían puesto en un patio que daba a las cuadras, y a los retretes de servicio. Allí siempre olía a sosa cáustica y a zotal, y para limpiarse el trasero habían puesto trozos de periódico, colgados de la pared con una guita y un clavo. “Esa está siempre mano sobre mano, como mujer de escribano”, decían las criadas, pero enseguida se quedó embarazada. Un día doña Manolita la invitó a merendar, era su santo y había muchos convidados, y sirvieron copas con cucuruchos de merengue. Quiso beber aquello y no se conmovía por más que volcaba la copa, porque no era líquido sino sólido, era un dulce de chocolate que había aderezado la propia marquesa para obsequiarlos. Luisa sentía las miradas fijas y la cara le ardía, su marido la observaba y la marquesa se reía, así que dijo algo confuso y se levantó de la mesa. “Haz cien y no hagas una, y no has hecho ninguna”, lloriqueaba, cuando en su cuarto don Nicomedes le afeó el percance. No sabía lo que era un bidé porque nunca lo había tenido en su casa, y las criadas se burlaban de ella. Estaba muy adelantada en su embarazo y quiso ir a Madrid con su marido, porque nunca había visto la capital y se le antojó conocerla. El primer dolor le llegó en el cine, el escribiente la sacó en volandas y aún así estuvo a punto de parir en el ascensor, porque habían estado viendo una película de miedo y rompió aguas de puro temor. La misma patrona de la pensión recogió a Nicomedes Luis, lo envolvió en una toalla limpia y tiró la placenta por el retrete. Doña Luisa sacaba a pasear al bebé

en un cochecito prestado, por los alrededores de la ciudad universitaria. Lo bautizaron en una iglesia que quemaron después durante el Movimiento, y estaban tan ufanos porque su primer hijo había nacido en el distrito de la Universidad. La madre se ponía de manos en la cama, colocaba al niño sobre el colchón y lo amamantaba con los pechos colgantes, en las posturas más difíciles, para aliviar el dolor de sus pezones agrietados. El escozor la atormentaba desde los dedos de los pies hasta las sienes subiendo por la columna vertebral, y la sangre que mamaba el bebé se le volvía como pez en el estomaguillo. Lloraba de hambre cuando era su hora y ella le arrimaba el pecho con terror, y el niño lo aprisionaba con una fuerza increíble en un cuerpo tan menudo, porque había nacido sietemesino. Mientras, la madre mordía un pañuelo o el embozo de la sábana. Y aunque la naturaleza la había menospreciado con un pezón umbilical, sumido hacia adentro, la criatura se encargó de volverlo por la violencia su posición natural. Por entonces Luisa la bordadora se pasó tres años enteros trabajando en un equipo de novia para la hija menor del alcalde de Montejaque, que iba a casarse con don Camilo el médico. Durante el Movimiento doña Luisa prestó servicios como enfermera, ayudó como pudo en el hospital donde había militares heridos, algunos muy apuestos, guapos y con bigotes finos, y todos con hombros cuadrados por causa de las hombreras. Imitaba el habla y los gestos de las grandes señoras y despreciaba a sus antiguas vecinas, aunque su padre el sereno la advertía: “Siéntate en tu sitio, y no te harán levantar”. A las criadas de palacio las miraba con desconfianza como si fueran a robarle el marido, cuando ni siquiera habían pensado en eso, y hasta les enviaba esquelas anónimas. Después de la guerra vendía papeletas para rifas benéficas y se peinaba con un rulo a la manera de san Antonio. A las doce del mediodía sonaban las campanas de la iglesia y cruzaba las manos, bajaba la vista y bisbiseaba entre dientes porque era la hora del ángelus. En el año del hambre el escribiente se quedó sin trabajo y tras muchos avatares tuvieron que volver al taller de bordado, y mientras ella trabajaba su marido se había diplomado de paseante en cortes, y el sereno se desesperaba. “Parientes y trastos viejos, pocos y lejos”, decía con los ojos hinchados de sueño, y pasaba bostezando y desabrochándose la bragueta; volvía a pasar abrochándose los botones y remetiéndose la elástica dentro del pantalón de canutillo, entraba detrás de la cortina y se oía crujir el somier. Las aprendizas se quedaban calladas y la bordadora sonreía, como disculpándose. “El pobre trabaja de noche y tiene que dormir ahora”, decía, mientras agarraba la trompetilla en la mano. Caminaba ya a pequeños pasos, arrastraba los zancajillos cubiertos con botas negras de paño y subía con trabajo las escaleras de la casa, abrumada bajo la curva de su espalda. A su nieto Nicomedes Luis le dieron una beca y lo mandaron con los jesuitas, pero pasaba los veranos en Ronda y ella le contaba los cuentos de “*Érase que se era*”, y de “*Colorín*

colorete, por la chimenea sale un cuete", y los cuentos de Argimirín el que tenía un ojo en un dedo, sin darse cuenta de que el muchacho se estaba convirtiendo en un hombrecito, y quería dedicarse a novelista. Su padre le había prohibido que hablara con los talabarteros, y como se disponía también a vivir del bordado fue su abuelo el sereno quien tuvo que abrirle los ojos y ponerle los pies en la tierra. Años después vería aquélla casa desde la de enfrente, y pensaría con pasmo cómo no se habrían hundido la casa y el tejado, y las aprendizas con sus bastidores y sillitas bajas, sus cajas de hilos y sus punzones para hacer los ojetes, y su abuela la bordadora y su cocina, y el puchero del cocido que barbotaba, y el abuelo que dormía constantemente en aquel cuartucho de al lado, una alcoba oscura y sin ventilación que daba al cuarto donde bordaban las niñas, que les transmitía olores a sueño y a sudor nocturno, a calores de cama y a quejidos de duermevela. Cuando fuera más viejo el sereno, decía, ya no podría subir las escaleras y se iría a vivir al asilo, vendría a la casa una vez a la semana y lo subirían a la silla de la reina, se llevaría al asilo la merienda y el paquete de tabaco, y también algún dinero, pero por entonces aquello estaba lejos de suceder.

***

AL PRINCIPIO NICOMEDES LUIS era tan delgadito que todos los pantalones se le caían, y cuando le estaban bien de anchos le quedaban cortos. Usaba gafas como su padre y las rompía a cada paso, y hasta se las clavaba en la frente, de forma que siempre tenían que estar haciéndole gafas nuevas. En la puerta de la espartera, que era su abuela, se quedaba mirando los arreos de esparto y de lanas de colores, y ante la barbería las tiras matamoscas que colgaban del techo, negras de tantas moscas muertas y de algunas que aleteaban todavía, y guardaba las manos en los bolsillos del horrible traje a rayas que su madre le había hecho con las sobras de un traje de mujer, con botones de distinto color y rodilleras en los pantalones. Llevaba al colegio los libros y la merienda en un cabás de hojalata pintada de colores, con el ratón Mickey y al otro lado la Betty Boop, y de la mano una pizarra negra con marco que se salía a cada paso y había que estar metiendo todo el tiempo, y un agujero para ensartar un cordón y poderla colgar. Los pizarrines de manteca eran blandos y grises, y en cambio los de pizarra chirriaban al escribir. Para subir a casa de sus otros abuelos, la bordadora y el sereno, tenía que entrar en un zaguán viejo y pequeño, tan estrecho que era fácil pasar sin advertirlo entre las tiendas de alpargatas y almacenes de ropa interior afelpada. Las escaleras eran angostas y oscuras y el techo estaba negro, bien por falta de luz o por la misma suciedad. Subía tanteando los muros percuridos llenos de letreros raspados y llegaba arriba canturreando, con una voz gruesa para su edad. Un día su abuela lo esperaba con una chaqueta azul marino, con un escudo dorado en la manga; le hicieron un retrato con ella y la devolvieron después, porque se la habían prestado en una

tienda. Su padre le repetía que tenía que ser un genio de las letras, y le había regalado una estilográfica de marca Kaweco con plumín de oro de catorce quilates, que él no tardó en perder. A los diez años escribió un cuento en un cuaderno, y era la historia de un muchacho que abandonaba a su familia para marcharse con el circo. En el palacio de los marqueses tenía una mesa con las patas torneadas, y un cajón con una bola que se caía siempre y andaba siempre rodando por el suelo, y procuraba no dejar nada encima porque a los gatos les había dado por orinarse allí a través de la ventana, y le ponían la mesa perdida de pequeñas gotas brillantes. El primer día de colegio le dieron un libro con las pastas rojas que le gustó, pero tenía que pagarlo, y como no andaban muy bien de dinero la madre le regañó por haberlo cogido, aunque no tuvo más remedio que hacerlo. Lloraba ella retorciéndose las manos y le decía que lo devolviera, porque no podían pagarlo. Cuando tenía once murieron doña Manolita y la marquesa; a continuación murió el marqués y, como su padre se quedó sin trabajo, tuvo que devolver los libros de texto. Luego lo mandaron interno con una beca de los jesuitas. Ya había visto otro colegio de frailes y los dos eran parecidos, con grandes aulas y asientos aviejados, y los muchachos caminando en dos filas. Las matemáticas nunca fueron su fuerte y la redacción lo sacaba de apuros subiéndole la nota global, y le premiaron un trabajo sobre la Atlántida donde las luces eran suaves y la blancura lo inundaba todo, y el viento a ráfagas quebraba el silencio. A fuerza de escribir en los cuadernos le salía un callo donde apoyaba el lápiz y, aunque se lo recortaba con tijeras, cuanto más lo cortaba más crecía. Entraba del frío en un lugar caliente y las gafas se le empañaban con el vaho, y durante unos segundos andaba como a ciegas. El fraile que dirigía el coro tenía voz acaramelada y le iba diciendo a Nicomedes Luis lo que lo apreciaba y lo bien que escribía, lo miraba con ojos tiernos y le cogía la mano que él retiraba de un tirón, y prefería al de gimnasia que lo cronometraba mientras hacía largos en la piscina, y lo entrenaba para el concurso interescolar. Llevaba el mismo curso que Francisco, y andaban siempre juntos hasta que un día el compañero le dijo que se había enamorado de él. Desde entonces, dejaron de hablarse y se evitaban en las aulas y en los recreos. Cuando llegó a su casa con un flamante título de bachiller en el bolsillo, su padre lo recibió satisfecho y en el acto le antepuso el tratamiento de *don*. En cambio, su abuelo el sereno le sugirió que ahora no tendría más remedio que ganarse la vida. “No hay un mal más agudo en la tierra que la falta de dinero”, le dijo. Por entonces se había hecho novio de Tránsito, una muchacha triste que vivía frente a frente de la plaza de toros. Pero se acordaba de Martina, la hermana de Francisco, y con el tiempo aquel recuerdo se fue convirtiendo en obsesión. No podía apartarla de su mente, sobre todo cuando pisaba los lugares en donde habían convivido, aunque ella no sospechaba nada y mucho menos le correspondía. Aquel verano dejó a Tránsito por ella, y como se hubiera

muerto antes que decirle una palabra de amor decidió escribirle, pero ella no le contestó. Necesitaba conseguir dinero, y pensó en inventar alguna de aquellas novelas populares que se hacían deprisa y se cobraban bien. Su padre lo animaba a presentarse a los premios que según él eran la lotería de los escritores, y le aconsejaba que siguiera el sistema de los militares de cuchara, tomara un puesto en la cola y a esperar, y el tiempo acabaría por llevarlo a la gloria. Se presentó a un concurso y su obra no pasó del primer escrutinio, porque era un ladrillo de ochocientas paginas imposible de ser editado por una firma con sentido común. Había borrajeado historias de drogas ocultas en caracolas rosadas, escribió novelas de amor y de vaqueros y hasta consideró la posibilidad de dedicarse clandestinamente a la novela pornográfica, hasta que su abuelo lo despertó de sus ensueños y lo amenazó con ponerlo de patas en la calle. Muchas veces soñaba despierto con la capital, y le parecía que tenía que ser como el cielo para él. Había nacido allí y allí recobraría sus raíces, en la ciudad cosmopolita, y le tiraba sobre todo el barrio universitario donde sería el hijo pródigo vuelto después de tanto tiempo, y aquella casa digna donde había nacido, y donde según su padre llegaría a tener una lápida conmemorativa. Luego decidió preparar oposiciones a la Administración, que era lo más seguro, y eligió las de auxiliar de bibliotecas. Y aunque era cierto que volvió a su lugar de origen, tuvo que hospedarse en un cuchitril de mala muerte donde mudaban las sábanas una vez al año, y donde sus compañeros de cuarto guardaban debajo del somier chorizos enranciados y morcillas llenas de pelusas. Desde allí tomaba un autobús que lo llevaba al centro, subía unas escaleras chirriantes con olor a coles recocidas y entraba en un amplio corredor lleno de humo de tabaco, donde mostraba el carnet del centro taquigráfico que llevaba su foto cosida con grapas. Tenía que aprender aquellos signos demoníacos y traducir a ellos todas las palabras, de tal forma que en el cine, en el sueño y en la calle, y cuando jugaba al parchís con los amigos, seguía traduciéndolo todo en signos taquigráficos. Mientras recorría los laberintos del metro donde preguntaba a cada paso para no extraviarse, iba aprendiendo de memoria la mecánica de los expedientes de traslado o de toma de posesión. A su madre le parecía entender que todos los opositores estaban guillados a fuerza de estudiar y de tomar pastillas, que empezaba a caérseles el pelo prematuramente y andaban alelados, y se volvían tan tímidos que no osaban acercarse a una chica. Pero a fuerza de trabajo y anfetaminas el muchacho ganó la oposición sin mayores inconvenientes, y lo destinaron a una biblioteca de provincia. Un pequeño despacho desvencijado lo aguardaba donde el libro no sería ya más el arca del tesoro, sino un número dado de páginas y de centímetros que figuraban en la ficha correspondiente. Las horas se alargaban, siempre resultaba demasiado aburrido o violento estar sentado frente a la directora que se mostraba tensamente adusta,

mientras los libros se apilaban en grandes montones. Por entonces se enteró del escándalo y de la extraña muerte de Francisco, y en una revista del corazón leyó la noticia de la boda de Martina con un barón francés. Cuando murió don Diego, su padre lo envió a los funerales en representación de la familia, porque no había abandonado su esperanza de que encontrara a alguien que pudiera ayudarlo en su carrera de escritor. Conforme iba avanzando entre los bancos buscaba a Martina con la mirada, y cuando la halló y le dio la mano, le dijo *lo he sentido mucho* y ella ni siquiera lo reconoció. Varias mujeres enlutadas ocupaban los primeros bancos, y vio entre ellas a una rubia provocativa con un exceso de maquillaje. Le inquietaba saber qué pensamientos pasaban por la mente de Martina después de tanto tiempo, y cuando estuvieron fuera de la iglesia se hizo el encontradizo. Allí supo por la propia Martina que su matrimonio había fracasado, y estaba tramitando el divorcio. El la escuchó comprensivo, de forma que al cabo de un rato habían reanudado su amistad y hasta se convirtieron en mutuos confidentes. Así que doña Luisa supo con estupor que su hijo viajaba con la actual marquesa, y que luego vivía con ella en París. Desde el principio, Nicomedes Luis pudo percatarse de que su compañera era fría como un témpano, que en el fondo su única aspiración era tener un hijo, y el tiempo no hizo más que darle la razón. Cruzaban la gran plaza junto al obelisco de Luxor que le llevaba reminiscencias trágicas, caminaban tanto que acababan cansados, y al cruzar el puente sobre el Sena los jardines ofrecían por la noche un aspecto mágico. Almorzaban en una terraza acristalada frente al Trocadero, y si en un principio se había sentido incómodo cuando Martina lo invitaba, más tarde llegó a encontrarlo natural. Evitaban los lugares frecuentados y apenas usaban el bonito automóvil, y de esa forma habían ido descubriendo la ciudad y hallando sus propios rincones. Martina telefoneaba a Coralia para que no los aguardara, y Nicomedes Luis había adoptado la postura de ignorar que existieran las cuentas del hotel. De cuando en cuando le hacía un pequeño regalo que ella aceptaba indiferente, y apenas conocía a sus amigos si no era por casualidad. Una madrugada se encontraron con el barón; se saludaron con naturalidad, y al tomar aquella mano fina y alargada Nicomedes Luis sintió clavarse en la suya la dureza de una gruesa sortija, y se estremeció. Un día que bordeaban edificios magníficos, con hierro en las ventanas y balaustradas de piedra, Martina señaló: “Esa era mi casa”. Él había deseado visitar los castillos del Loira desde muy pequeño, cuando la vieja marquesa vaciaba la caja de postales y desplegaba las tiras dobladas en acordeón, donde en color sepia se sucedían las afrancesadas construcciones. “Ahora las venden en color”, asintió Martina sonriendo, con una cierta melancolía. Reponían fuerzas con té o café acompañado de tarta de fresas, y luego se metían en un teatro o en un cine. Cuando coincidieron con Domi en el restaurante de la torre Eiffel, la identificó enseguida

con la mujer rubia del funeral. Ella los saludó con un entusiasmo excesivo y se levantó de la mesa, mostrando su mala educación. Llevaba un escote pronunciado y los brazos llenos de pulseras de oro; se empeñó en invitarlos, y estuvo comentando los espectáculos más atrevidos y los sitios más caros, contando que había tomado consigo una chica francesa de buena familia para que le mostrara París. Cuando se despidieron, Domi se demoró en retirar la mano, y mirándolo a los ojos lo invitó a visitarla en el palacete, mientras Martina la observaba con sonrisa de esfinge; más tarde, cuando volvían al apartamento, ella le contó que Domitila había sido criada del conde, que la había reconocido como hija y nombrado heredera. "¿Tiene mucho dinero?", preguntó él. "Imagino que sí", dijo secamente Martina, y añadió que le había comprado su palacio en París. Pasado el tiempo, aunque no tenía demasiado orgullo él empezaba a encontrarse incómodo, sobre todo desde que ella había empezado salir con sus amigos y a dejarlo en la casa con excusas incoherentes. Llegó a pasar alguna tarde sin bajar a la calle, o tomando el ascensor para comprar cigarrillos y subiendo después, y acomodándose en la terraza, desde donde admiraba un panorama grandioso. Era tan hermoso y cosmopolita que trató de tomar una panorámica en color, y para ello enfocaba trozos del paisaje teniendo como referencia la arista de un edificio o un grupo de árboles, siempre apoyado en la barandilla de metal. Se acodaba en la mesa cavilando, afuera sonaba la sirena de la policía o de una ambulancia y el sonido le llegaba lejano. Las persianas estaban bajas, la luz del pasillo encendida, y se oía el tictac del reloj de pilas que duraban años, dos desde que Martina las puso, el mismo día en que estrenó el reloj. Oía el trajinar de Coralia en la casa, o entraba en el baño y daba la llave de la luz, siempre la misma porque la otra se agarrotaba siempre, y se encendían las bombillas sobre el juego de tocador de porcelana. El agua de la cisterna caía azulada, giraba y se sumía, y le gustaba tirar de la cadena y ver cómo el agua era azul. Se echaba hacia atrás sentado en la taza, no era más que adoptar la postura cuando los intestinos se relajaban, y el movimiento peristáltico acechaba en el rincón más recóndito de su aparato excretor. Un cierto olorcillo se expandía un momento cabrilleando ante el espejo, mientras una oleada de placer le anegaba el cuerpo y el alma, felices de verse liberados de la fetidez que el primero llevaba dentro. Luego, como en un rito, tiraba del rollo de papel, un papel perfumado que tenía dos capas simultáneas y consecutivas, lo plegaba en varios dobleces y lo usaba con cuidado de que no se rompiera, tiraba de la cadena y veía cómo el agua era azul. Incluso usaba el desodorante y la pasta de dientes de Martina. Ella se ausentaba de continuo, pintando en el estudio que compartía con dos compañeros, un hombre y una muchacha joven, y que era amplio y bien iluminado. Había ido dos veces a buscarla y lo recibió con frialdad, así que decidió tener paciencia y aguardar, aunque ella se demoraba y él

consultaba el reloj ente una taza de café vacía y un cenicero lleno de colillas. En la cocina apenas entraba, y con Coralia tan sólo cruzaba algunas palabras de compromiso. Leía muchos libros, todos los que llegaban a sus manos, y la literatura sudamericana fue para él un verdadero hallazgo que lo impulsó nuevamente a escribir, cosa que no habían logrado los escritores nacionales. Salía a la calle, saludaba al portero que también salía, pensaba que le debía el dinero de un taxi y hacía la vista gorda, cruzaba la calzada sorteando vehículos y apenas tenía que aguardar para coger el autobús y en pocos minutos se hallaba en una biblioteca que había descubierto, bajo unos soportales donde la gente comía bocadillos y se resguardaba de la lluvia. Se rompía la cabeza tratando de hilar una novela y al mismo tiempo la tensión lo inutilizaba, o se metía en la cama y dormía a ratos en un sustitutivo del suicidio. Engullía el comprimido que extraía de un pequeño frasco y de momento nada sucedía, pero un poco más tarde se notaba ingrávido, le cosquilleaba la risa, tenía que esforzarse por no echarse a reír por cualquier cosa. Aquello que antes no llamara su atención la llamaba ahora, veía en una pequeña superficie rugosidades que antes no había visto o se identificaba con un pequeño objeto como con algo vivo e inusitado, pensaba en sí mismo y no se veía tan acabado como antes. Le quedaban energías, y ante el pupitre iluminado la mano corría sobre el papel sin cansarse, como si alguien le dictara. Era un gran defensor del narrador oculto, y si en un libro el narrador se desmandaba la obra lo había perdido todo para él, y era en ello inflexible como buen principiante. Una noche en que Martina estaba ausente se le ocurrió invitar a Coralia. “¿Quieres salir a alguna parte?”, le dijo, y como ella se mostrara sorprendida, insistió: “Vamos, podemos salir a algún sitio”. Cuando volvieron del *musichall* Martina no había regresado, ni lo haría ya en toda la noche. Nicomedes Luis no podía dormir, tenía la boca seca y el espectáculo lo había puesto al rojo vivo. Saltó a oscuras de la cama y pensó ir a la cocina y servirse una cerveza, y hubiera dejado la casa, hubiera salido de nuevo a buscar compañía a la calle, en cualquier calle y en cualquier esquina, pero estaba demasiado cansado, o demasiado aburrido. No encendió la luz del pasillo y caminó a oscuras, y cuando llegó cerca del cuarto de Coralia vio que la puerta estaba entornada y se detuvo. Estuvo escuchando un momento, y en lugar de seguir a la cocina empujó la puerta. Ella lo miró como si lo estuviera aguardando. Se estuvieron amando, él sentía los brazos fláccidos de la mujer en torno a su cuello, oía sus quejidos y su voz anhelante, y que lo llamaba José Cupertino. Ella estuvo llorando hasta quedarse dormida, y cuando Nicomedes Luis volvió a su cuarto pensaba que había sido un triste consuelo, le dolía la cabeza y sentía vértigo. Aún percibía el tibio aroma de Coralia y notaba sus brazos suaves y un poco ternes, y su aliento desfallecido. Contemplaba su vida como algo vacío y sin sentido, ya que lo suyo se había convertido en algo peor que un matrimonio fracasado y

seguirían las esperas, Martina no llegaría o lo haría demasiado tarde, cenarían en silencio y cada uno ocuparía su dormitorio. Decidió no esperar a que llegase el día: guardó en un sobre las pequeñas pastillas de jabón que les dieran en los hoteles, la mousse que hallaban a diario en el baño, el pequeño frasco de perfume que ella le regaló en la calle Rivoli, los planos de París y las postales en color de los castillos del Loira. Estuvo metiendo en la maleta sus dos trajes, las camisas y las corbatas de seda que ella le compró, y unos folios con notas para su próxima novela. Habían tomado muchas fotos pero casi todas se las quedó Martina, y otros carretes aún sin revelar los había perdido. Recobraría su rumbo de siempre, tendría que volver a la biblioteca porque había gastado todo su dinero y sólo le quedaban los cheques de viaje. El sigilo con que inició su aventura se la hacía ver como algo que no había sucedido, decidió marcharse al hotel que tenía un jardincillo con flores y un bar con faroles chinos, tomar allí una habitación y sacar un billete de tren, poner en orden sus ideas y volver allá de donde nunca debió salir. Era un lugar que había conocido con Martina, y al mirar los precios detrás de la puerta sintió escalofríos. Había dejado sus señas escritas y aguardó, pero Martina no lo llamaba ni hacía intención de buscarlo, y el dinero de los cheques de viaje se le escapaba como el humo. Fue el último desayuno en el hotel, y procuró cargar bien el estómago con mermelada, con pan y mantequilla y lo demás, y tomó el metro. Se le ocurrió que no conocía la casa de Victor Hugo y se apeó en la Bastilla, estaba lloviendo y se refugió en la plaza de los Vosgos dentro de un soportal, fuera de la calzada acharolada por la lluvia. La casa no lo decepcionó y estuvo husmeando los patios interiores y admirando los dibujos del escritor, sus daguerrotipos y los de aquella hija desgraciada que se volvió loca. Se terminaba su estancia en París y ni siquiera sabía dónde almorzar, estuvo contando sus últimos francos y tomó un taxi, y cuando estuvo dentro le indicó al taxista la estación de Waterloo. Aquella mañana Coralia salió muy temprano, y cuando volvió a la casa ya Nicomedes Luis se había marchado sin despedirse, llevándose sus cosas. Martina supo que se había acostado con él, porque ella misma se lo dijo llorando, y también que había creído estar amando a José Cupertino. Ella la consoló y le dijo que no se preocupara, y no quiso llamarlo aunque sabía que estaba en el hotel y la aguardaba. Pero el muchacho había cambiado de intención, recordó a Domitila y pensó que le llevaba varios años, pero se conservaba bien y tenía dinero, y además se le había insinuado.“Le extrañará que llame a su puerta a estas horas”, se dijo, pero aún así rectificó la dirección, y el chófer lo dejó ante el palacete. En el pueblo dijeron que había roto con Martina y estaba en París amancebado con una millonaria, y nadie lo puso en duda. Meses después él terminó su primer libro, y Domitila aportó lo necesario para editarlo. Estaba la tinta todavía fresca cuando él le envió un ejemplar a Martina: era la historia de ambos y él había

intentado, como un hechicero, taladrarla con sus agujas y someterla a su maleficio. Aguardó durante semanas la llegada de una respuesta y, como se demoraba, empezó a dudar que lo hubiera recibido. Por fin le devolvieron el paquete, que nadie había abierto. “No lo ha leído, no ha podido admirarlo ni entristecerse con él”, se decía con rabia. Así que había decidido que un día de aquellos iría a reexpedirlo, incluyendo dentro una de sus nuevas tarjetas, y trataría de explicarle que el libro salió, como le dijo, pero que fue devuelto, y que aprovechaba su reenvío para mandarle un afectuoso recuerdo y desearle una feliz navidad. Escribía deprisa, dejaba correr su mano sobre el papel, armada de la pluma de oro que le regaló Domitila, la gruesa pluma estilográfica que iba soltando tinta verde, y así le parecía que se establecía una corriente fluida entre sus ideas y la mano, que saltaban al papel por medio de una punta verde y húmeda. Mientras, Domitila lo observaba reclinada en la cama donde había dormido Napoleón con Josefina, bajo el lujoso baldaquino de raso.

***

EL PUEBLO SE LLAMABA DAIMIEL, según le dijeron. Tránsito no llegó a conocerlo porque estaba todavía en la barriga de su medre, pero le habían dicho que había pantanos allí llenos de mosquitos, y también una nube de sanguijuelas dentro del agua. Había oído o quizá soñado que si alguien se caía a la ciénaga le chupaban la sangre los bichos, hasta dejarlo sin una gota. Sus padres eran recién casados y en la casa grande donde vivían el médico pasaba la consulta, y los enfermos aguardaban en unos bancos de madera arrimados a la pared. Ella nació én Morón de la Frontera, en la provincia de Sevilla, la vacunaron muy pequeña de la viruela y la vacuna le hizo verdugones en el brazo que no se le borrarían nunca. En la nebulosa de sus primeros recuerdos se le juntaban las cosas verdaderas con las que no habían pasado, o con las que sabía porque las había oído contar, y así había oído hablar de un tal Carcunda, tío tatarabuelo de su madre, que era un acérrimo carlista y se quedaba dormido a lomos del caballo en plena sierra, y el caballo lo devolvía a casa. Y no sabía si había visto o había oído contar que unos hombres entraron en la casa buscando al abuelo Rafael, mientras los dientes de la niña castañeteaban, aunque quizá no los viera entrar y oyera que lo contaban luego, que mandaron abrir la caja de caudales que tenía cuatro ruedecillas combinadas, y como hallaron dentro un cartucho de bombones dijeron que estarían envenenados. “No están envenenados, los tiene para su nieta”, había dicho Alacoque, y era como si lo hubiera oído aunque no lo oyera de verdad y sólo lo escuchara luego, o lo hubiera soñado. Entonces le dijeron a Alacoque que probara uno y ella lo probó, y ellos se guardaron los bombones y se marcharon a buscarlo a otro lado. En verdad don Rafael no estaba allí, ni nunca volvería a estar porque no lo vieron más. Decían que lo habrían llevado a Madrid con otros prisioneros, y con esa ilusión

vivieron mucho tiempo hasta que el fín conocieron la verdad. “Padre, me quiero confesar, han venido a buscarme y me barrunto que no volveré”, había dicho él. Así que cuando supieron por Pastor que lo habían quemado vivo en la sierra fue como si el mundo se viniera abajo. Amelia y sus hermanas se pusieron de luto y también doña María, que dejó el pueblo desde entonces y encaneció en pocos meses. Alquiló una casa junto a la plaza de toros, y a través del ventanilla del granero y de sus barrotes en cruz oían resbalar los cascos de las caballerías en el empedrado del picadero. El pozo era negro y profundo, abajo el agua tenía reflejos de luz, y al ponerle la tapa metálica sonaba con un tañido lúgubre. Tiraban de la cuerda húmeda, el cubo subía rebosando agua y se tambaleaba soltando chorros que caían al fondo con un sonido hueco, y cuando llegaba arriba lo agarraban y lo apoyaban en el brocal. Tránsito se asomaba el pozo y escupía, y se rompía por un momento la imagen del cielo, hablaba fuerte con una voz profunda y el eco le devolvía la voz. Porque era la nieta mayor de doña María y su predilecta, y a temporadas la llevaba con ella a Ronda. Muchos años después recordaría la bomba del pozo, una rueda pintada de un rojo brillante, y que daban vuelta a la manecilla de la rueda dejando el principio caer todo el peso del cuerpo, pero luego casi volteaba sola. El viejo candil estaba colgado en la pared aunque ya no se usaba nunca, era puntiagudo como la lámpara de Aladino y tenía una mecha en la punta y una panza para meter el aceite, pero ya entonces estaba seco y servía de adorno en el comedor. En la cocina se apañaban los braseros de cisco de orujo y allí se cayó Plácida sentada cuando era muy pequeña, y en la despensa había orzas y un tinajero, y en una tinaja panzuda se guardaban. las aceitunas y se sacaban luego con un cazo con agujeros. Antes las habían machacado hasta que asomaba el hueso, y las habían metido en salmuera con especias y una rama de laurel. En una habitación acristalada cosía la costurera y le contaba a Tránsito argumentos de películas de Miguel Ligero, y le cantaba tangos de Carlos Gardel. Y cuando se hizo protestante en el pueblo le hicieron el vacío, pero doña María seguía hablándole y le encargaba los vestidos. La lámpara del comedor tenia abalorios de colores ensartados en hilos, de forma que si se arrancaba el primero caían los demás, y a Tránsito le gustaba descuajar aquellos bolitas transparentes como puntos de luz de mil colores que colgaban en flecos de la lámpara, formando dibujos y reflejando la luz de las bombillas, y le hacía gracia romper el nudito que los sujetaba y poner la mano debajo, y la cascada de cristales violetas y rojos, azules y amarillos o blancos dejaba un hilo negruzco y retorcido. Andaba zarceando por todos lados, sacaba los cajones donde siempre veía las mismas cosas, subía al trastero y abría el baúl, y allí encontraba trajes antiguos de seda con canutillos transparentes como si hubieran sido de escarcha, o de terciopelo labrado con aires de charlestón. Pasó el sarampión rodeada de trapos rojos en las ventanas, en noches de zozobra que

nunca olvidaría, y hasta allí la perseguía su abuela con el tazón redondo lleno de un café negro mezclado con el aceite de ricino. Desde entonces aborreció el café, y no podía olerlo sin sentir náuseas. Miraba las hojas gráciles de las acacias que alcanzaban el balcón, unidas tan delicadamente por un rabito, o se sentaba en el poyete del cierro que daba a la calle de san Carlos, levantaba un poquito el visillo y podía ver a la gente yendo y viniendo, y un destartalado autobús pintado de amarillo, y a ratos leía cuentos de Marujita y las historias del flecha guerrero, o de una niña muy repipi que se llamaba Alicia. En la sala las cortinas de malla amarilla tenían pájaros recortados en negro como los grajos del puente nuevo, y si los miraba fijamente le parecía que se movían, que se iban a echar a volar y sin posarse en los balcones ni en los tejados iban a embocar el abismo chillando bajo el puente. La puerta del zaguán era de vidrio esmerilado y dejaba ver la silueta de la criada que hablaba con su novio fuera y se besaba con él, y cuando no estaba besando al novio andaba espurreando la ropa en la azotea, le daba añil y la tendía en los alambres, y quedaba más limpia que una patena. No sabía entonces Tránsito si era feliz, y ni siquiera se lo preguntaba, pero luego recordaría aquel tiempo con añoranza. Un pregonero recorría las calles, era un hombre pequeño y oscuro con alguna clase de deformidad, pero de tanto verlo la gente no sabía en qué consistía su maca, y tenía una bocina gris por donde voceaba los bandos del ayuntamiento o las películas que daban en el cine de la plaza de toros. Los niños aprendían a montar en bicicleta enfrente del taller, desembocaban en la alameda y se asomaban al balcón del tajo, aunque sabían que iban a ver el mismo paisaje que estaban viendo todos los días de su vida desde que nacieron: la misma caída del sol por detrás de las montañas con sus velos colorados de fuego. En el estanque, los patos y los cisnes se desperezaban a todas horas como si siempre tuvieran sueño, o se zambullían en el agua hundiendo el cuello hasta el fondo y sacándolo lleno de gotas brillantes, o nadaban sin mirar a los lados mientras los niños echaban migas a su paso. “Haz algo, hija”, le decía a Tránsito su abuela, y cuando tenía miedo de andar sola por la casa ella lo achacaba a que no tenía la conciencia tranquila. Cuando nació su único hermano Tránsito lo escuchó nacer, o al menos oyó los gritos de su madre. El niño tenía cara de angelito, era gracioso y sonriente y agitaba las pequeñas manos húmedas de babas. Pero un día no estaba en la cuna y Amelia lloraba, y Tránsito supo que se había muerto. Oyó decir algo del cordón del ombligo y de un descuido de la comadrona, y que la abuela lo había sostenido en brazos hasta el final, así que tuvo que salir de la casa aquel día, comer lentejas en casa de una vecina y volver al día siguiente, y siempre relacionaría después las lentejas con la muerte sin saber por qué. Y cada vez que veía la cuna vacía y a su madre llorando, cantaba sin poderlo remediar:

Ya lo lleven ya lo llevan,

ya lo llevan a enterrar,
ya sus ojos se cerraron,
se cerraron a la luz.

Y parecía que lo estaba viendo aunque nunca lo vio, metido en una caja blanca tirada por dos caballos blancos, atravesando el paseo donde otros niños jugaban al corro. “No me vendas papeletas por ahí”, le decía su abuela. “Si es que son de acción católica”. “Ni aunque sean de acción católica. ¡Vaya una niña, vendiendo papeletas, qué dirá la gente!” Pero ella seguía vendiendo boletos para las rifas en las terrazas de los cafés, por las tiendas y hasta en las casas particulares, y el taco bajaba poco a poco, tanto que apenas bajaba y siempre se quedaba casi entero, y doña María tenía que quedarse con las papeletas. Tránsito sabía que su madre se había pasado media vida en un internado de religiosas porque tenía unas estampas muy bonitas que le regalaron las monjas cuando se casó, de pergamino con azucenas y abajo en letra picuda unas firmas: “*Sor María de la Fe, Sor María de la Paz*”. Sabía que conoció a su padre cuando era muy joven, y que lo vio en la feria de un pueblo reflejado en el espejo de un bar. Bastante tenía Tránsito con adaptarse a uno y otro colegio, empezando por el de las monjitas de Morón de la Frontera donde leían que *Frasquita encontró a la tía Felisa que tenía una carta en la mano*. En el colegio de Morón una niña sacaba la lengua y ella sacaba la suya, las dos juntaban las lenguas y a sus cuatro años aquello le parecía muy divertido hasta que lo supo don Camilo y dijo que era una porquería, y que no lo volviera a hacer. Su amiga se llamaba Rosita y tenía los bucles como la Shirley Temple, y siempre andaba contando que se había ocultado la luna, luna lunera. A Tránsito nunca le gustó aficionarse a las cosas porque tendría que dejarlas pronto, confundía las caras y los nombres que nunca se aprendía del todo, y le parecía reconocer a alguien que pertenecía en realidad a otra parte, o recordar un nombre que había oído en un lugar distinto. Miraba trazar signos en la pizarra, callaba si le preguntaban, pero no le preguntaban nunca porque era la nueva y porque nunca sabía nada. Siempre fue atolondrada, porque nunca se hizo preguntas vitales como aquello de por qué estoy aquí, y se conformaba con leer las vidas de Genoveva de Brabante y de Rosa de Tanenburgo o las aventuras del flecha guerrero. Cuando tuvo que aprenderse el nuevo Ripalda graduado su abuela se sentaba en la cama a su lado y le repetía una y otra vez, para que no lo olvidara, que *vino el arcángel san Gabriel a anunciar a nuestra señora la virgen María que el Verbo divino tomaría carne de sus entrañas sin detrimento de su virginal pureza, y luego el espíritu santo formó de la sangre Purísima de la Virgen el cuerpo de un niño perfectísimo, y creando un alma nobilísima la infundió en aquel cuerpo, y en el mismo instante el hijo de Dios se unió a aquel cuerpo y alma racional, quedando sin dejar de ser Dios hecho hombre verdadero.* No entendía nada de aquel

galimatías que la abuela leía sentada en el borde de su cama, aunque ella fuera una de las cosas más grandes que Tránsito tuviera en su vida y siempre deseara parecérsele, porque era cariñosa y al mismo tiempo no era tierna. No podía ponerle zarcillos porque su padre don Camilo no consintió que le abrieran las orejas, por eso cuando otras niñas vestidas de gitana usaban largos pendientes de aro que tintineaban el volver la cabeza, ella los llevaba de clip. Pero le ponía peinecillos verdes y rojos y gruesas horquillas de colores, y claveles sujetos con una peina sobre la cabeza. Ella le compró un vestido de flamenca en percal almidonado y un mantoncillo con flecos, castañuelas con borlas rojas y amarillas, le pintó los labios y lunares en la cara y le hizo caracoles en la frente pegados con fijador. Tránsito creía, porque su madre también lo creyó, que a la abuela se le había vuelto el pelo blanco en pocos meses por la pena, pero luego vino don Camilo con sus precisiones científicas diciendo que era un fenómeno clínicamente imposible, y que la solución era más fácil, porque doña María se había dejado de teñir el pelo cuando enviudó. A Tránsito le daban avenates y tan pronto estaba triste como contenta, y cuando jugaba a las tinieblas con las otras niñas temblaba como una azogada. "*Asadura dura, que me robaste de mi sepultura*", decían en la oscuridad, y luego: "*Ay, madre, quién será. Cállate, hija, que ya se irá".“No me voy no me voy, que debajo de tu cama estoy"*. No veía nada, pero cuando encendían la luz estaba sudando de miedo. Por las tardes sonaba el pregón de los barquillos de canela y ella se limpiaba los zapatos con búfalo, se aseaba y se cambiaba el vestido, doña María metía dos dedos en el bolsillo de su vestido negro y le daba unas monedas. Ella se las gastaba en chucherías y en polos de menta, o compraba en la tienda donde lo vendían todo a cero noventa y cinco, y ningún cine al aire libre le gustaba tanto como el que hacían en la plaza de toros. Sus padres se habían empeñado en que dejara de mascarse las uñas, porque tiraba a degüello con los dientes y las rasgaba hasta la mitad, luego le dolía la uña y la chupaba con la comezón de seguir tirando, de forma que los dedos eran una pura llaga. Le untaban a diario un líquido amargo que llamaban acíbar, pero su abuela volcaba agua en la palangana y le lavaba las manos porque le tenía lástima. Le gustaba su abuela porque se empolvaba la cara con polvos de arroz y siempre olía a hierba fresca, y nunca vestía de claro sino de negro, con un manto largo de gasa cada vez que salía a la calle. Tenía una sonrisa joven con sus dientes postizos, y Tránsito no se acordaba ya de que aquellos dientes blancos e iguales no fueran los suyos, porque nunca la veía sin ellos, y eso aunque dormían en camas vecinas y ella se los quitaba por la noche, y los metía en un vaso con agua. La abuela no era amiga de fotografías y por eso no se las hacía, aunque era alta y blanca y bien plantada y tenía la frente amplia y los pómulos un poco salientes. Llegaban a la casa caballeros canosos que le consultaban cuestiones de negocios, y a la nieta le parecía natural, como si todas las

abuelas del mundo acostumbraran a hablar con sus visitas de las vicisitudes de la bolsa o de la compraventa de los animales. En una alacena bajo la escalera guardaba embutidos y guindas en aguardiente, que ella misma había preparado, y que en un principio eran rojas y luego se hinchaban y oscurecían, y cuando estaban en sazón las sacaba con cuchara de palo, crujían al morderlas y reventaban en la boca. Había en ella algo que la encantaba y era su inmutable serenidad, y la alegría que tenía de dar, porque daba a manos llenas todo lo que tenía, y siempre procuraba tener para seguir dando. Ella era en la casa, porque así lo había querido su desgracia, el hombre y la mujer, y su hacienda subía como la espuma, porque intuía las altas y bajas del ganado y jugaba a la bolsa como si hubiera sido un juego de niños. No se alteraba ni perdía el sosiego, se fiaba de todos porque nadie la engañaba nunca y caminaba sola por la vida sin apoyarse en nadie. Contaba la tierra por fanegas, el dinero por reales, el aceite por arrobas, las telas por varas y las distancias por leguas, y cuando había que resolver un problema arduo y los demás se complicaban en operaciones matemáticas y en cálculos de ingeniería, ella entraba en la cocina y vertía unos garbanzos en la mesa, los separaba y agrupaba y daba con la solución. Tránsito tenía miedo de andar a solas los pasillos y también lo tenía de la guerra, de que tiraran una bomba en su casa y la dejaran sin nada, y todo era posible porque los mayores hablaban de la guerra como de la cosa más natural, ya que había una en Alemania. Soñaba que andaba descalza por las calles y con una camisa tan corta que apenas le tapaba el ombligo, o soñaba que sabía volar y con un pequeño esfuerzo se alzaba del suelo como una pluma, o que por el contrario quería correr y no podía, los pies se quedaban pegados, y mientras un toro la perseguía mirándola con ojos negros y tristes; y aunque había mucha gente en la calle, siempre el toro se fijaba en ella. En su colegio de Málaga todos los profesores eran alemanes, y Plácida tenía suerte porque era pequeña y la tenían en el kindergarten con plastelinas y cuentas de collar que ensartaba por un agujero. Pero a Tránsito le tiraban de las patillas y de las orejas, y la obligaban a aprender himnos de guerra en alemán. Con once años no había adelantado mucho porque estaba siempre en la luna, y no sabía las lecciones que había que estudiar ni los ejercicios que hacer, ni oía el timbre que sonaba hasta que todo el mundo estaba fuera. Se perdía en los pasillos, cogía los libros que no necesitaba y olvidaba los que sí, perdía la escuadra o el cartabón y siempre andaba pidiendo las cosas prestadas. No se estudiaba la lección que era, sino la de delante o la de atrás, o la primera parte si era la segunda, todo menos atinar con lo del día. Tomaba el libro de gramática por el de cálculo o el de español por el de alemán, y siempre andaba sola buscando cosas que las demás habían encontrado hacía tiempo, Su madre quería que aprendiera música, y la mandaba a casa de una profesora que vivía en un piso antiguo con pebeteros y flores

de trapo por todas partes. Iba a clase sin haberse leído la lección, al final el método tenía composiciones escritas a mano para repentizar, y lo peor de todo era la teoría de la música, que había que aprender de memoria y le daba pesadillas. Tenía doce años y no había hecho la primera comunión, y su abuela decía: “Es un contradiós, cuando la haga va a parecer que se va a casar”; así que se la llevó con ella a Ronda, y dejó el colegio alemán por el de las Esclavas Concepcionistas del Divino Corazón de Jesús. Dormían en la misma habitación aunque en camas distintas, la abuela se quitaba el vestido y se quedaba con un corsé lleno de cintas encima de la camisa. Luego se destrenzaba el corsé, y se metía en la cama de perinolas que se enroscaban y se desenroscaban, y le enseñaba a Tránsito las oraciones. Era ya primavera y no sabía la salve ni el señormíojesucristo, ni nada de lo que había que saberse para hacer la primera comunión. La niña se sentía protegida porque sabía que con ella nunca podría faltarle de nada, se admiraba de que tuviera dinero para todo y se lo diera, y le gustaba estar en su casa porque además allí podía hacer lo que le venía en gana. Por fin llegó la víspera de la ceremonia, y la acostaron pronto para que no pecara comiendo después de las doce. Tampoco por la mañana la dejaron desayunar, le pusieron el traje blanco que su abuela había comprado en La Aguja de Oro con la banda de organdí y el bolsillo de organdí, y el velo que se abarquillaba por las puntas. Las manos las llevaba ocupadas con los guantes de seda blanca, con el rosario de nácar y el librillo de broche dorado. Era la última de la fila por ser la más alta, y cuando comenzó la misa eran más de las doce y estaba sudando debajo del velo de puntas retorcidas y las dobles enaguas de puntillas almidonadas. Había olvidado la salve y el credo y el acto de contrición perfecta, y la garganta le picaba con el humo de los incensarios, pero aún así aguantaba de rodillas mientras le caían los chorros de sudor. Al acercarse a comulgar no se quitó los guantes, y la Forma se le quedó pegada el paladar ten seca que no pudo despegarla con la punta de la lengua, y le habían dicho que no metiera el dedo para desprenderla. Las llamas del altar habían empezado a confundirse unas con otras y a bailar, y el sudor se le hacía de hielo hasta que perdió la noción del tiempo. A ella le daba igual aquel colegio que cualquier otro, tantos había recorrido que ni siquiera los recordaba: colegios de monjas y escuelas de pueblo, el alemán en lo alto de una colina y ahora el de las Esclavas, y en cada uno las alumnas llevaban un uniforme distinto o no lo llevaban, y tenían costumbres distintas que ella desconocía. Cambiaba de compañeras sin haber llegado a intimar, hasta que decidió no hacer amistad con ninguna. No sabía las áreas ni las centiáreas ni se preocupaba por eso, ni las fechas de las batallas ni las conjunciones, y todo eran castigos, porque andaba a última hora preguntando y leyéndolo todo deprisa, y pocas veces salía con bien del apuro. Jugaba en la alameda entre macizos de pinsapos, se colaba entre las calvas de la vegetación

y se hacía polvo las rodillas, o se asomaba a la pileta donde nadaban tres o cuatro peces colorados y gordos con ganas de morirse de viejos. “Ésta es tan provechosa como el emplasto de ranas”, decían sus maestras, y ella no sabía si aquello era algo bueno o algo malo. Su tía Alacoque la adoraba y ella estaba deseando de que llegara el domingo para bajar a la finca de sus tíos, aunque le diera vergüenza de andar por las calles de Ronda con Zito Palli, porque cantaba a voces y la gente se quedaba mirando, aunque ya lo conocían. La avergonzaba tanto que se adelantaba corriendo o se cruzaba de acera, para que nadie sospechara que iba con él. Zito Palli había comprado la finca, y un día escardillando en la huerta advirtió que aquello se hundía, y daba a una habitación como en los cuentos de las mil y una noches. Así fue como descubrió los baños árabes y desenterró muchas cosas, y cuando un albañil encontraba algo lo avisaba, él se lo pagaba y lo ponía en su museo. Tenía un toro del tamaño de un perro al que le faltaban los cuernos, ollas sin asas y monedas pesadas y viejas, que estaban verdes como de haber estado sepultadas mucho tiempo. Sus tíos la llevaban por la noche al cine de la plaza de toros, donde hacía frío incluso en verano, y miraba la pantalla con todas las estrellas encima, mientras a Plácida la habían mandado al cine de las sábanas blancas. Alacoque le había regalado una colcha con faisanes y se la guardaba para cuando se casara, y lo malo era que de tanto estar guardada la tela podría abrirse y desbaratarse los faisanes, y la prenda convertirse en el cubrecamas nupcial de una soltera, con todos sus sueños enredados en los bordados de colores. Eran alegres los días de corrida, entonces retiraban los cartelones con fotogramas de películas y se abrían de par en par las grandes puertas, se formaban colas ente las taquillas y se veían gentes desconocidas por las calles, que habían llegado de la sierra y de la misma capital. A los catorce años, Tránsito se hizo novia de Nicomedes Luis. El muchacho era nieto de la bordadora y lo conoció en el taller de bordado, donde doña María la mandaba a aprender. Él tenía dieciocho y acababa determinar el bachiller, y gastaba gafas y bigotillo. Como doña María se oponía al noviazgo, cuando pasaba el niño de los barquillos de canela con su pregón, Tránsito salía a pasear con el novio a escondidas para que su abuela no la viera. Las malas lenguas decían que él estaba de vuelta de todo, que sabía lo que había que hacer para encargar un niño y que había tenido ya catorce novias, y Tránsito hacía la número quince. Por entonces llegó a pasar el verano Martina, a quien llamaban la marquesita. Tránsito la recordaba desde niña., y era la envidia de las otras porque siempre tenía de todo, la mejor soga y un balón y todo lo que estaba de moda, por eso siempre se hacía la mandona. A Tránsito se le enredaban los pies en la cuerda o la soga le pegaba en la cara, y la pelota se le escapaba de las manos después de haberle tronchado los dedos. Cuando llegó Martina sus amigas le tendieron una trampa, las separaron a los dos lados de la calle.

Nicomedes Luis se marchó en busca de Martina y, por un mecanismo opuesto a la defensa, cada vez Tránsito lo quería más. “Ojos hay que de legañas se enamoran”, decía despechada, y lo ponía de sinvergüenza sin provecho ninguno, y hasta lo amenazaba con denunciarlo. Guardaba un prendedor que el muchacho le regaló y lo llevaba a todas partes pegado al cuerpo, se acostaba con él, y por la mañana lo tenía incrustado en el trasero o a los pies de la cama, o se le había clavado en la mejilla dejando una señal. Decían en su casa que tenía menos luces que un eslabón de palo y se empeñaban en que estudiara, como Plácida. Cuando después de mucho tiempo logró acceder a la universidad, se llevaba a clase una labor; y cuando el catedrático de física o el de matemáticas escribían integrales en el encerado, ella se dedicaba a deshilar. Y mientras los otros aprendían reacciones en cadena ella estaba dedicada a bastillas de pañuelos, a rumiar su neurosis, o a jugar al pingpong en los sótanos de la universidad. Hasta que un día decidió renunciar y dedicarse a la fructífera actividad del paseo, entreverado con la confección de sábanas y servilletas para la problemática fecha de su boda; mientras daba vueltas a la cabeza se aprendía de memoria las poesías de García Lorca, y tanto la emocionaban que le llenaban los ojos de lágrimas. Por entonces se estuvo carteando con un muchacho enfermo. Nunca supo muy bien la dolencia que padecía, se escribía con ella y, le mandaba reposteros con pájaros pintados en relieve. Ella recibía con emoción sus regalos, bordeaba los pájaros con vainicas y pensaba en el muchacho tan joven, recluido en un lugar de reposo. Estuvieron trece años escribiéndose hasta que el endeble murió, y Tránsito se despidió de los hombres. “Esperando marido, le llegan las tetas el braguero”, decía la gente, y lo cierto era que en el fondo no se olvidaba de Nicomedes Luis, porque aunque sabía que se había marchado a París junto con Martina, ella disfrutaba de la facultad masoquista de amar sin ser amada. “Estoy tan acostumbrada a perder, que ganar me ofende”, solía decir, y esperando sin querer esperar, desesperando sin querer desesperar fue consumiendo los años de una tardía juventud, y al final estaba más pasada que la masa. Una vez por navidad compró un organdí rosa que la favorecía y unas lentejuelas plateadas, y ella misma se cortó un vestido con falda larga y el cuerpo salpicado de lentejuelas, y con lo que le sobró se hizo un foulard. Nunca llegó a usar el modelo porque no tenía ocasión de lucirlo, y acabó en el fondo de un cajón con las madejas de colores y las agujas de pasta, y cuando un día fue a ponérselo para verse en el espejo del ropero vio que se había llenado de grietas. Se abría a tiras el cuerpo ceñido cuajado de lentejuelas, se abría la falda que llevaba un viso para que no se transparentaran las piernas, y también el foulard. Luego quiso aprovechar un viaje para ver una película de escándalo, de aquéllas que todo el mundo había visto ya. Quería llegar con la luz apagada, porque temía que algún conocido la descubriera, y ya por el

camino pensaba que todos la miraban de reojo, hombres y mujeres, estudiantes y amas de casa que sabían muy bien que se disponía a ver una película escabrosa. Trató de evitar sus miradas ocultándose tras unas gafas ahumadas y las solapas del abrigo, y hasta las manos le temblaban dentro de los bolsillos, quizá por el doble de Chinchón que se había bebido hasta animarse, y el corazón le golpeaba bajo las solapas de mezclilla cuando alcanzó a ver el local. Dio una pasada sin atreverse a mirar, y se detuvo ante una tienda de objetos de regalo para espiar a los que entraban. “Casi me da vergüenza pasar”, le dijo a la chica de la ventanilla que asintió sonriendo y le dio un pequeño tique, y ella irrumpió en el local como una tromba pensando que no debía tener aspecto sospechoso, porque llevaba un abrigo de mezclilla y el pelo despeinado, y estaba sin maquillar. Rogó el acomodador que la situara cerca de la puerta, pero luego se arrepintió, porque había allí una luz colorada, y cada vez que alguien entraba o salía tenia que taparse la cara con la mano. Aquello había empezado y era un film del cine mudo donde varias personas se iban acostando unas con otras, y hacían sus cosas a toda velocidad a los acordes de una música frenética, mientras los vecinos escuchaban detrás de los tabiques. Más tarde surgían misteriosas curvas y pilosidades a todo color, grietas inquietantes y superficies lisas y pálidas, nuevos pelos y nuevos intersticios hasta que vio que se trataba de un bebé desnudo, y por fin salió una jovencita masturbándose con una pelota de baseball. De forma que se hartó, se levantó y se fue, no sin antes detenerse a comentar con el portero lo aburrido que todo aquello era, y a considerar que la más pobre fantasía era más poderosa que la lisa realidad,. Cuando Tránsito enfermó creía superado su amor por Nicomedes Luis, y estaba enamorada de Federico García Lorca. *El dolor que sentía en la circunferencia del hígado se disipó al sobrevenir la calentura,* y mientras se estaba acabando no había quien la convenciera de que no estaba en Montejaque. “Dice que se ve el Hacho por la ventana, dónde se creerá que está. Por aquí no veo más que una calle por donde pasen coches, y las farolas encendidas. Debe de estar muy mal”. “Es verdad, tiene muy mala cara”. Y cuando Tránsito murió, nadie podía explicarse la causa. “Ha sido de amores contrariados”, decían unos. “De amor nadie se muere, yo digo que ha sido de ganas de morirse”. “A lo mejor se ha muerto de aburrimiento”, decían los mejor encaminados. “Pobre el doctor, tan guapo. Esta le fallece moza vieja, el único varón se le murió, y la Plácida casada y virgen. Dios da nariz a quien no tiene pañuelo”. Todos se habían reunido en el velorio de Tránsito, cada hora de la noche servía para contar una historia distinta por alguien diferente, y se interrumpían unos a otros, de forma que nadie parecía asistir a un duelo, sino a una ceremonia familiar cualquiera. Tránsito se trabucaba y en su cabeza cambiaba los nombres de todos, y cuando trataba de hablar no le salía más que un susurro que nadie escuchaba; y como mucho pensaban que era

el viento que gemía, o los ratones bajo la tarima. Le habían cortado el pelo y le pusieron el vestido de primera comunión, porque era mocita; se le había quedado estrecho y corto, y de aquellas trazas se fue a pasear con los fantasmas por la Serranía. Allí se topó con Pasos Largos, que andaba todavía tinto en sangre con dos agujeros de bala; él la miró tristemente y se marchó con la escopeta al hombro. Sentado ante la ermita, se encontró con Florentino el Viejo que estaba trenzando la tomiza. “Mañana te tengo que medir, me perece que has debido de menguar un poco desde ayer”, le dijo él, indicándole que se sentara. “No me extrañaría”, contestó ella, al tiempo que veía bajar a un sujeto por el camino de herradura. “No lo conoces. Ese era tío de tu abuela, el tío Frasquito que en paz descanse”, dijo el hombre sin dejar de trenzar, y Tránsito afirmó: “Él es. Hay que ver, morirse tan joven siendo tan alto. Ahora me voy a ir, tengo que hacer varias visitas”. “Pues vete con Dios”. De haber sabido que hallaría la antigua casa de la abuela en Ronda, la casa donde nació su hermana y donde naciera su hermano también, convertida en salón de futbolines, y de haber sabido que en Montejaque la fábrica engullía la hermosa vivienda y aniquilaba el patio, los arriates en flor de las hortensias y la palmera de los dátiles, quizá no hubiera vuelto. Se habían cegado las gateras y el corredor no lucía encerado, y no estaba el cuadro de las viejas a quien había que dar las buenas noches en la escalera, ni la gran cocina con sus columnas ahumadas. Arrimados a la acera de la plaza había autos y furgonetas, y para más comodidad habían asfaltado las calles donde sólo transitaban viejos y niños, porque los jóvenes estaban en Alemania. Pero la mole del Hacho no había sentido el arañazo de los tiempos nuevos, y al fondo Tabizna se alzaba, impasible como una pirámide sin edad. Las cabras merodeaban todavía, mordisqueaban los matojos en los pegujales entre peñas, y al fondo blanqueaban las paredes del cementerio que pronto Tránsito visitaría. Quiso subir al castillo, y por el camino se encontró con las ánimas de las personas desaparecidas hacía tantos años y trabó conversación con ellas, como si las hubiera visto el día antes. “Es la nieta de doña María”, decían. Llegó arriba y reconoció algunas casas, un viejo establo derruido donde en tiempos encerraban las cabras y gruñían los cerdos, y se asomó el barranco con ansia de ver los cielos lejanos surcados de pequeñas nubes, el camino zigzagueante hasta Benaoján, pero un tufo a basuras y a desperdicios hizo que tuviera que taparse las narices. Había por allí bolsas de plástico y botellas vacías, papeles sucios que arrastraba el aire, y estuvo buscando un sitio libre de escombros para sentarse y descansar, pero se extendían hasta el borde del barranco y se vertían abajo. Cerró los ojos y trató de recordar, pero no había quien recordara nada con aquel olor. Todo se había perdido, pensó en el hombre como en el mayor depredador de la naturaleza, el mayor azote que podía existir bajo la luz del sol o el resplandor de las estrellas. Hizo un esfuerzo y se trasladó con el pensamiento, y

ahora su hermano estaba naciendo allí puerta con puerta, y ella tenía siete años. No podía olvidar unos gritos a medianoche y la voz sosegada del médico que aconsejaba calma, y a partir de entonces todo estaba tan cerca que se podía tocar con la mano. Le parecía estar viendo los vestidos de fiesta con aire de charlestón y chorreras de abalorios transparentes, cosidos con hilos como telas de araña, y opulentos terciopelos labrados sembrados de florecillas de satén. También recordaba el día en que Amelia, su madre, había entrado llorando en su habitación. “Ha muerto la abuela, ha muerto el mismo de mi santo”, le dijo, y estaba muerta allí, al otro lado de la puerta de cristales, y Tránsito nunca pudo consolarse de su pérdida. “Tengo miedo”, dijo en voz alta asomado al abismo, mientras el aire le ahuecaba el vestido de nansú deslucido. “No tendrás la conciencia tranquila”, oyó, y vio delante a una mujer alta y blanca que se parecía a doña María, y era sobre todo asombrosa la semejanza del cabello, la frente y la tez. Ésta era un poco más guapa y tenía los ojos hermosos, unos ojos castaños y grandes donde retozaban las ganas de reír. Llevaba la cabeza erguida sobre un cuello blanco como la nieve y lucía unos pechos firmes para la vejez, sobre un talle de matrona antigua. Cruzaba las manos de marfil en posición de absoluta calma, y ella revivió otros ojos, otro pelo y otro cuerpo semejante, también erguido y señorial. “No es raro que nos parezcamos, porque soy Laura, tu tatarabuela”, dijo la aparición leyendo sus pensamientos. “¿Dónde está ella?”, preguntó Tránsito. “ Está demasiado arriba”, oyó. Tenía tanto frío en el alma que decidió volver al velatorio de donde no debió de haber salido, y al menos se calentaría con el humo de las velas. Al entrar en la sala se miró en el espejo y no se vio, y una mujer vestida de monago se acercó a la caja para arreglar las flores. “¿Es usted una viva, o una muerta?”, le preguntó Tránsito, y ella no contestó. Luego se sentó a su lado en una silla baja y oyó que la llamaban Emerenciana la Rubia, y estaba refiriendo que venía del entierro de Apuleyo Aquiles de los Cuatro Coronados, el tonto, que había muerto aquel día. “Tiene usted en su casa al muerto y va a llorar al ajeno”, le dijo Tránsito acomodándose en la caja. “No me llames de usted. He venido a dar un recado, y me vuelvo enseguida”. “Aguarda un poco, tenemos que hablar”. “¿De qué vamos a hablar a estas horas? No es tiempo de hablar, sino de dormir”. “No quiero dormirme, vaya a ser que no me despierte”. “Pues entonces, habla”. “No, mejor canto: *Rocío, ay mi Rocío, manojito de claveles, capullito florecío, de pensar en tu querer estoy perdiendo el sentío”.* “¿Por qué no te casaste, Tránsito?”, le preguntó Emerenciana. “Y yo qué sé, no habría nacido para eso”. “Te casas, tienes hijos, te haces vieja y te mueres, y otros vienen detrás”. “Ya ves, yo ni siquiera he llegado a vieja”. “Mejor hubieras hecho con haberte casado, ahora tendrías hijos alrededor”. “Y, ¿para qué me servirían? Me hubiera muerto lo mismo, o a lo mejor me había muerto antes”, dijo Tránsito rebullendo, y vio delante a niña Difuntos, la huérfana que se volcó

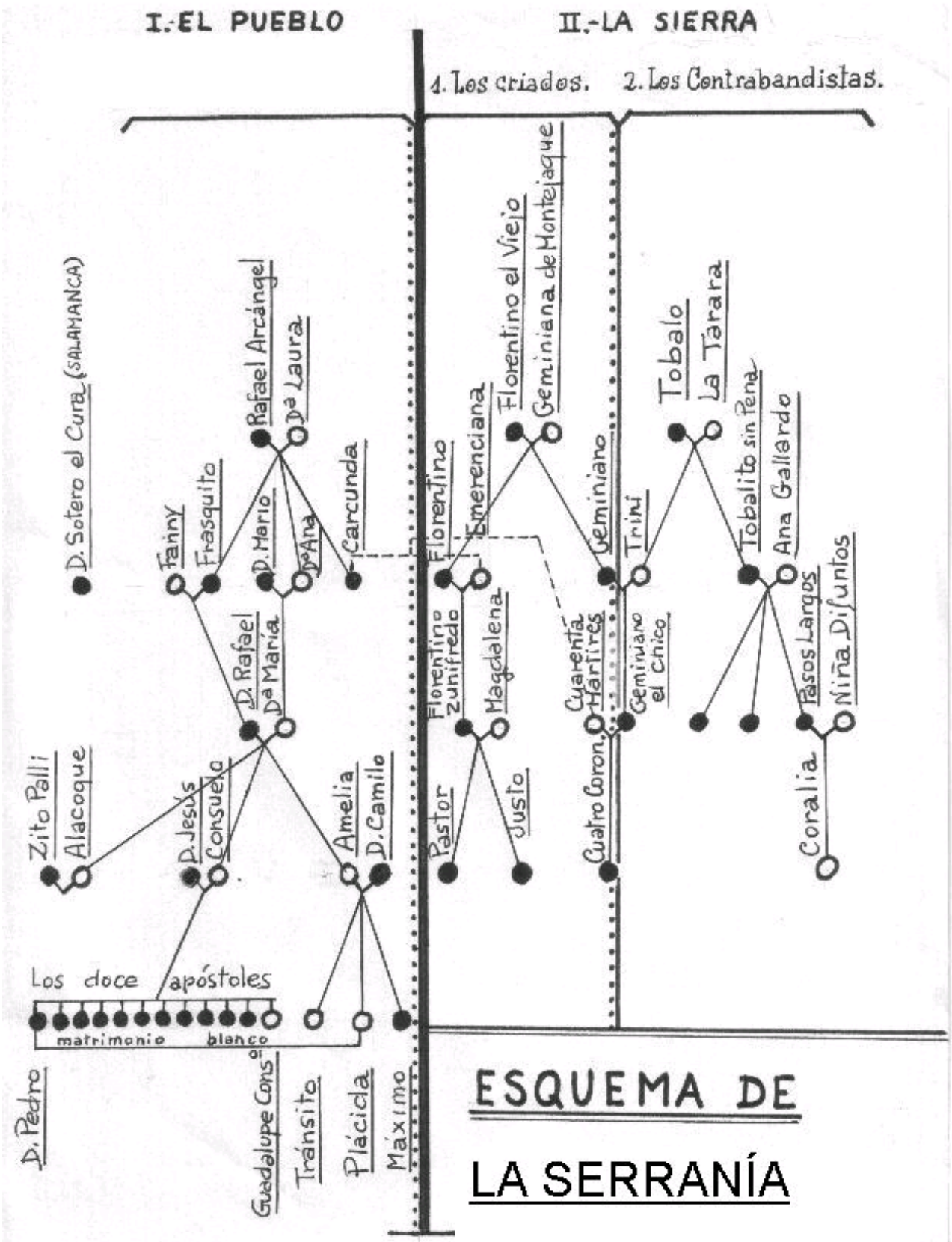
el café, y llevaba en la mano una amapola deshojada. “¿Te vienes a jugar con nosotras?”, le preguntó con voz triste. “No puedo, ya me he muerto y estoy en la caja”. “¿Qué dices? Están floreciendo las glicinias y el arroyo está muy bonito. Vente con nosotras”. “¿Cómo que están floreciendo las glicinias? Estamos en otoño”, dijo la Rubia arreglando una cinta de la corona. “Me gusta ver florecer las glicinias”, dijo Tránsito haciendo pucheros. Se había dado cuenta de que los vivos hablaban de sucesos que ella también oía y entendía, y la importunaban con su charla, y Emerenciana con sus cosas se dirigía a ella como si hubiera estado muerta, porque estaba muerta, y hasta el Cura Mocito apareció a la cabecera de la caja en cuerpo glorioso para confortarla, porque había casado a sus padres, pero ella no necesitaba que la confortaran sino que la dejaran tranquila. Y si hablaba a los que estaban vivos no la oían, a lo sumo creían que era el gemido del viento, y continuaban con su trajín. Fue entonces cuando sonó la voz: *“Qué tendrán, mare, para cosas de amores los olivares. Todo se ha roto en el mundo, no queda más que el silencio”.* “¿Qué dice?”, preguntó Emerenciana que estaba medio sorda, y Tránsito le contestó: “Es Federico García, viene vendiendo cuchillos”. “Qué cosa tan rara”, dijo la albina moviendo la cabeza. Ahora Tránsito tenia miedo de que se la comieran los ratones, tenía los pies fríos y la luz se reflejaba en el mantel blanco del altar, deslumbrándola. Un perro ladraba fuera y habían abierto la puerta un número incontable de veces. Cómo se podía descansar así. Ella, verdaderamente, no podía. “Me duele el costado”, se quejó. “Será de la mala postura”, le dijo Emerenciana. Estaba contando que Nicomedes Luis se había amancebado en Francia con una millonaria. “Ella lleva metido un aparato dentro para no parir”, dijo, chupando un hilo para ensartar una aguja gorda. “Cosas veredes, son medros del progreso. Tú sí debes sentirlo, tú lo querías”, añadió la vieja mirándola de reojo. “Y no he dejado de quererlo”, contestó ella con una punta de carmín en las mejillas, ya descoloridas por la muerte y por la noche. Su madre estaba arreglando los claveles de los pies, y era tan pequeña que casi había tenido que empinarse. Desde ahí la veía un poco triste, y no hubiera querido que lo estuviera. “Está agachadita pero vivirá muchos años”, pensó, y entonces sonó la voz de Plácida. “¿Me oyes, Tránsito, me oyes?”, la removió su hermana. “Fuera está el Hacho, y el cielo amaga tormenta”, le contestó ella. “Estás hablando sola”. “¿Tú puedes oírme?” “Algo te oigo. Nos han dejado solas”, dijo Plácida. “Es verdad, nos han dejado solas. No sé qué me pasa, que se me revuelven los vivos con los muertos”. “Eso se arregla con el tiempo, no te preocupes. Papá no entra, porque no quiere ver un difunto”. “Ya lo sé, le pasa desde siempre. Está empezando a crecerme bigote, ¿no crees?” “No es más que la sombra de las velas”. Tenía los pies fríos, no podía pensar con los pies fríos, y luego tantas interrupciones y ruidos, estaba con la inquietud de verse incomodada a cada paso, todo el mundo parecía exigirle y todos se extrañaban

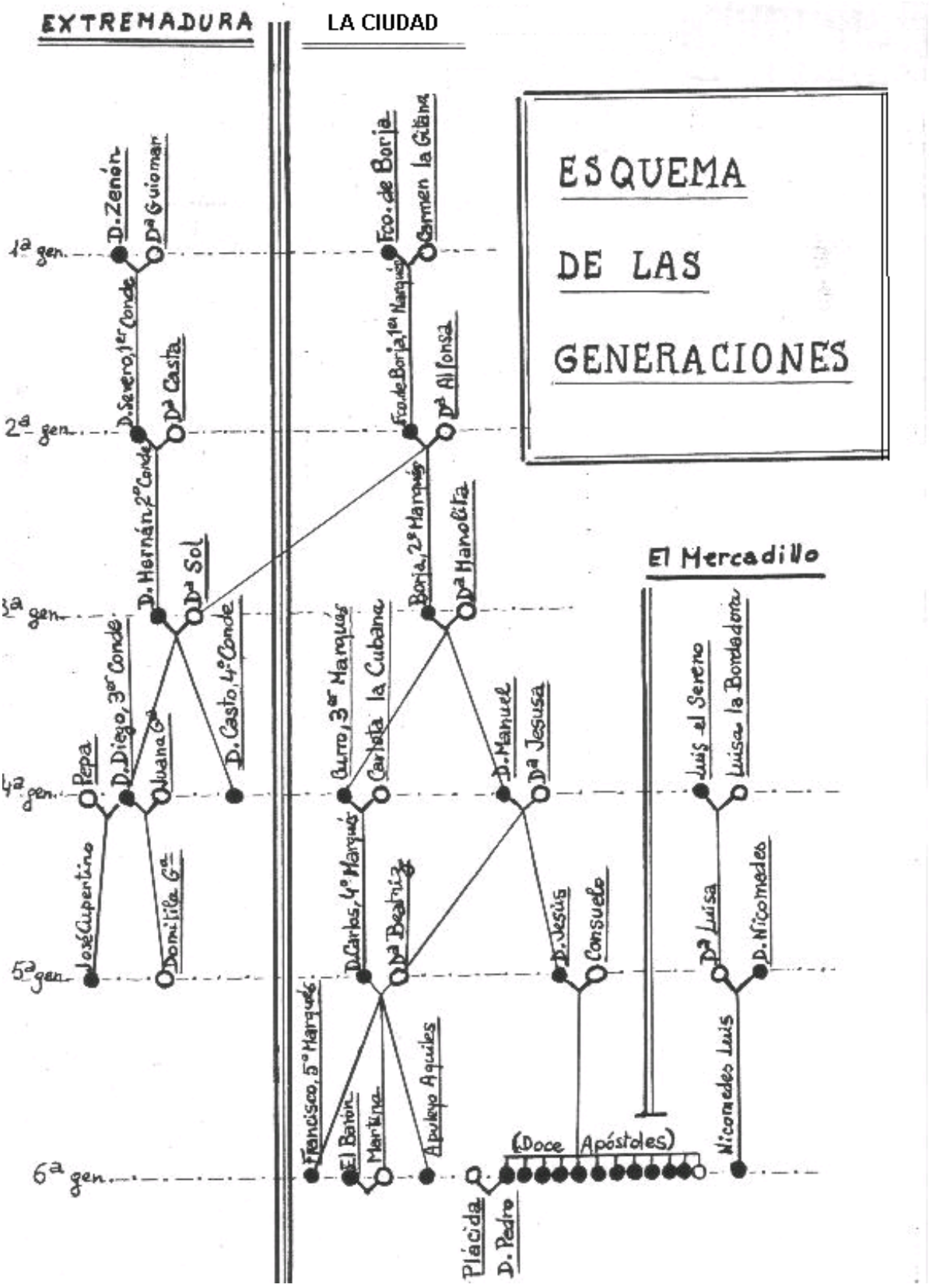
de que pudiera tener alguna exigencia. A primera hora de la madrugada había padecido una auténtica verborrea, pero ahora que lo necesitaba adolecía de todo lo contrario. “Estoy cansada, solamente dejo correr el pensamiento”, musitó. “Nunca pensé que un ataúd pudiera ser tan estrecho, y es que además de ser estrecho es incómodo”. “Siempre fuiste muy comodona”, dijo Plácida. “ Tránsito, ¿me oyes?” “Claro que te oigo, sigue”. “Pensé que te habías dormido”. Viéndola tendida en la caja recordaba ahora el tiempo en que ambas se metían en la misma cama aunque tenían dos camas para dormir, pero lo hacían juntas y se encajaban en forma de cuatro. “Me decías siempre que tenía el culo frío”. “Y es porque lo tenías frío siempre, picudo y helado. Sería por la cicatriz que te hiciste cuando te caíste sentada en el brasero, la que no querías enseñarme nunca, y aunque estuvieras dormida te removías en las sábanas si intentaba vértela. Quisiera creer que no he hecho más que empezar”. “Vamos, no seas tan pesimista. ¿Quieres que te arregle la almohada?” “No vale la pena, la luz de la aurora va a asomar por encima del Hacho. ¿No tienes frío?” “Sí que lo tengo, voy a ponerme una toquilla”. “Qué bonito ramo, ¿qué son?”, oyó Tránsito que exclamaban fuera. “Son gladiolos y rosas”, dijo don Jesús, el suegro de Plácida. Por entonces estaba a punto de terminar la Historia de las Generaciones, tanto que a lo sumo le faltaban unas líneas. Había tardado una vida en hacerla, había dividido la obra en tres libros y un epílogo, y todavía no le había buscado título. “¿También estás ahí?”, dijo alguien en tono lastimero. “Sí, aquí estoy. *De la cueva salen largos sollozos. ¿No ves que me estoy desangrando? Cien jacas caracolean, sus jinetes están muertos”.* “Ya está desvariando”, intervino desde su rincón Emerenciana. “Es Federico García, con su cantinela”. “ Debe de estar loco”. “No que no está loco, sino muerto. Dicen que lo mataron a la vera de un cementerio, y que agonizando le dispararon un tiro por semejante parte”, explicó Tránsito con un hilo de voz. “Vaya por Dios”, suspiró Emerenciana. *“Por un camino va la muerte, coronada de azahares marchitos. Su grito fue terrible. Los viejos dicen que se erizaban los cabellos, y se abría el azogue de los espejos. Cuando yo muera, enterradme con mi guitarra bajo la arena. No tengas pena ninguna, que yo me caso contigo cuando acabe la asituna.* “¿Qué está diciendo? Apenas lo oigo”. “Son cosas suyas”, trató de consolarla Emerenciana. Tránsito pensó en doña María, porque sabía que estaba allí y la contemplaba, pero sentía tan lejana aquella mirada suya que aunque a ratos le parecía divisarla en el vacío, luego daba en pensar que se trataba de figuraciones. *El término de todo llegaría cuando el calor del alma, desde la parte que estaba encima del ombligo, subiera más arriba del diafragma, y el húmedo quedara consumido de todo punto. Después que el pulmón y el corazón perdieron la humedad que les quedaba, por haberse fijado el calor en los sitios en que su concentración era mortífera, se exhaló de repente el espíritu del calor, que era la*

forma de la trabazón recíproca del todo con sus partes. Al punto el alma, huyendo de su albergue corporal, bien fuera a través de las carnes, bien por los respiraderos de la cabeza que tanto contribuían a la vida, dejó para siempre el frío y cadavérico simulacro de TRÁNSITO junto con la bilis, sangre, carne, pituita y cuantos elementos la formaban.

FIN

Deo Gratias.


I.-EL PUEBLO
II.-LA SIERRA
1. Los criados.
2. Los Contrabandistas.
D. Sotero el Cura (SALAMANCA)
Fanny
Frasquito
Rafael Arcángel
Dª Laura
D. Mario
Dª Ana
Carcunda
D. Rafael
Dª María
Zito Palli
Alacoque
D. Jesús
Consuelo
Amelia
D. Camilo
Los doce apóstoles
matrimonio
blanco
D. Pedro
Guadalupe Consº
Tránsito
Plácida
Máximo
Florentino
Emerenciana
Florentino el Viejo
Geminiana de Montejaque
Florentino Zunifredo
Magdalena
Pastor
Justo
Geminiano
Cuarenta Mártires
Cuatro Coron.
Trini
Geminiano el Chico
Tobalo
La Tarara
Tobalito sin Pena
Ana Gallardo
Pasos Largos
Niña Difuntos
Coralia
ESQUEMA DE
LA SERRANÍA


EXTREMADURA
LA CIUDAD
ESQUEMA DE LAS GENERACIONES
El Mercadillo
1ª gen.
2ª gen.
3ª gen.
4ª gen.
5ª gen.
6ª gen.
D. Zenón
Dª Guiomar
D. Severo, 1er Conde
Dª Casta
D. Hernán, 2º Conde
Dª Sol
D. Diego, 3er Conde
Pepa
Juana Gª
José Cupertino
Domitila Gª
D. Casto, 4º Conde
Fco. de Borja
Carmen la Gitana
Fco. de Borja, 1er Marqués
Dª Alfonsa
Borja, 2º Marqués
Dª Hanolita
Curro, 3er Marqués
Carlota la Cubana
D. Carlos, 4º Marqués
Dª Beatriz
Francisco, 5º Marqués
El Barón
Martina
Apolayo Aquiles
D. Manuel
Dª Jesusa
D. Jesús
Consuelo
(Doce Apóstoles)
Plácida
D. Pedro
Luis el Sereno
Luisa la Bordadora
Dª Luisa
D. Nicomedes
Nicomedes Luis